

El Movimiento de Okupación como Proceso Emancipador



UNIVERSIDAD MIGUEL HERNÁNDEZ DE ELCHE

Programa de Doctorado: Antropología Aplicada en Contextos de Crisis

Departamento de Ciencias Sociales y Humanas



EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO PROCESO

EMANCIPADOR

El caso de Donostialdea

Directora: Dra. Mercedes Jabardo Velasco

Autoría: Sheila Padrones Gil

2017



D. José Alberto García Avilés, en calidad de Director del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Miguel Hernández de Elche,

INFORMO

Que doy mi conformidad a la lectura y defensa de la tesis doctoral presentada por Dña. Sheila Padrones Gil, titulada *"El Movimiento de Okupación como Proceso Emancipador. El caso de Donostialdea"*, bajo la dirección de la profesora doctora Dña. Mercedes Jabardo Velasco, y la considero conforme en cuanto a forma y contenido para que sea presentada para su correspondiente exposición pública.

Y para que conste a los efectos oportunos, firmo el presente informe en julio de 2017.

Fdo.: José Alberto García Avilés
Director del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas



Departamento de Ciencias Sociales y Humanas
UNIVERSITAT MIGUEL HERNÁNDEZ DE ELCHE
Edif. Torreblanca, Av. de la Universidad s/n
03202 Elche (Alicante), España
Telf. - Fax (34) 965 222 070



Dña. Mercedes Jabardo Velasco, en calidad de directora de la tesis doctoral "*El Movimiento de Okupación como Proceso Emancipador. El caso de Donostialdea*",

INFORMO

Que doy mi conformidad a la lectura y defensa de la tesis doctoral presentada por Dña. Sheila Padrones Gil, "*El Movimiento de Okupación como Proceso Emancipador. El caso de Donostialdea*", y la considero conforme en cuanto a forma y contenido para que sea presentada para su correspondiente exposición pública.

Y para que conste a los efectos oportunos, firmo el presente informe en julio de 2017.

Fdo.: Mercedes Jabardo Velasco
Directora de la tesis doctoral



Departamento de Ciencias Sociales y Humanas
UNIVERSITAT MIGUEL HERNÁNDEZ DE ELICHE
Edif. Torreblanca, Av. de la Universidad s/n
03202 Elche (Alicante), España
Telf. - Fax (34) 965 222 070

A quienes visibilizáis que
otros mundos son posibles



ÍNDICE

RESUMEN.....	5
AGRADECIMIENTOS.....	7
0. PRÓLOGO.....	11
PARTE PRIMERA. MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA.....	15
CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO.....	19
1.1. INTRODUCCIÓN. DE DÓNDE PARTE ESTA TESIS Y A DÓNDE PRETENDE LLEGAR.....	19
1.2. ENTRE LOS ESTUDIOS CULTURALES Y EL PARADIGMA DE LA MODERNIDAD/COLONIALIDAD. UN NODO PARA LA CONFLUENCIA.....	27
1.2.1 Repensando los conceptos... ..	33
1.2.2 ... para reubicarlos... ..	43
1.2.3 ... en un nuevo contexto emancipador.....	47
1.3 A MODO DE APUNTE. DE LA DEFENSA DEL TERRITORIO A LA LUCHA CONTRA LA GENTRIFICACIÓN.....	53
CAPÍTULO 2. METODOLOGÍA.....	65
2.1 ENTRANDO EN EL CAMPO ¿CUÁNDO EMPIEZA EL GRAN HERMANO?... ..	67
2.2 AMPLIANDO Y ACOTANDO EL CAMPO. UNA DERIVA OBLIGADA Y NECESARIA.....	70
2.3 METODOLOGÍA EN TÉRMINOS METODOLÓGICOS.....	72
2.4 CUESTIONES DE FORMA Y ALGUNOS OBJETIVOS.....	83
PARTE SEGUNDA. EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN.....	85
CAPÍTULO 3. EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO PROCESO EMANCIPADOR.....	89
3.1 INTRODUCCIÓN. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.....	89
3.2 REABRIENDO EL DEBATE SOBRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.....	95
3.3 EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO MOVIMIENTO.....	99
3.4 RETOMANDO EL DEBATE. EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO PROCESO EMANCIPADOR.....	113

CAPÍTULO 4. LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA. UN POCO DE HISTORIA..	117
4.1 INTRODUCCIÓN. UN ACERCAMIENTO A ALGUNAS TIPOLOGÍAS.....	117
4.1.1 La okupación rural. Entre el campo y la ciudad.....	124
4.2 LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA. UNOS CICLOS PARTICULARES...	128
4.2.1 Fase 1. 1980-1991: viviendas, casas de la juventud, gaztetxes y centros sociales	135
4.2.2 Fase 2. 1991-1996: ¿un movimiento juvenil?.....	149
4.2.3 Fase 3. 1996-2004: Combinando y marcando ideologías.....	157
4.2.4 Fase 4. 2004-2008: Una oleada diferente.....	162
4.2.5 Fase 5. 2008-actualidad: Creando sinergias.....	167
CAPÍTULO 5. SITUANDO LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA.....	175
5.1 RELACIÓN CON INSTITUCIONES. LAS TRAMPAS DE LA NEGOCIACIÓN,	175
UN CIERTO RECONOCIMIENTO Y ALGUNAS ESTRATEGIAS.....	
5.2 UNA JUVENTUD NO TAN JOVEN.....	182
5.3 DISTINGUIENDO NOMENCLATURAS.....	183
5.4 EL PUNK. ELABORANDO EL FUTURO DE LOS SIN FUTURO.....	186
5.5 UN TERRITORIO DE IDEOLOGÍAS VARIAS.....	189
5.5.1 Un marcado carácter antidesarrollista.....	190
5.5.2 La invisibilización de las discrepancias.....	193
5.6 VISIBILIZANDO OTRAS DISCREPANCIAS.....	196
5.7 RECAPITULANDO. LAS PARTICULARES CARACTERÍSTICAS DE LA	
OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA.....	200
PARTE TERCERA EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO AGENTE CREADOR DE	
CULTURA.....	205
CAPÍTULO 6. LA PRODUCCIÓN CULTURAL DE LA RESISTENCIA.....	209
6.1 INTRODUCCIÓN. GENERANDO CULTURA DESDE LA CRÍTICA.....	209
6.1.1 La cultura en los estudios sobre la okupación.....	212
6.2 LA OKUPACIÓN Y SUS PROTAGONISTAS.....	216
6.3 LAS MUJERES O HACIA LA REAPROPIACIÓN DE LO ORIGINARIO.....	225
6.4 ORGANIZANDO LAS RELACIONES: ENTRE PERSONAL Y LO COLECTIVO	
.....	235
6.6 LOS ESPACIOS DE SOCIALIZACIÓN.....	252
6.6 LA FINANCIACIÓN. EN BUSCA DE LA AUTOGESTIÓN.....	268
CAPÍTULO 7. LA REPRODUCCIÓN CULTURAL DE LA RESISTENCIA.....	293
7.1 INTRODUCCIÓN. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ALTERNATIVOS (O	
LOS APARATOS IDEOLÓGICOS DEL MOVIMIENTO).....	293
7.2 LOS MEDIOS ESCRITOS.....	298
7.3 LAS RADIOS LIBRES.....	310
7.4 LOS MEDIOS AUDIOVISUALES.....	315
7.5 LA MÚSICA.....	319
7.6 EL DOBLE JUEGO DE LA TECNOLOGÍA.....	321
7.7 EL USO DEL LENGUAJE, O LA POLÍTICA DE LA SIGNIFICACIÓN.....	329

PARTE CUARTA. ALGUNAS POSIBLES VÍAS PARA CREAR SINERGIAS.....	337
CAPÍTULO 8. CAMINANDO HACIA LA UTOPIA.....	341
8.1 EL PROCESO EMANCIPATORIO DEL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN.....	341
8.2 ENTRE EL RUPTURISMO Y EL REFORMISMO.....	343
8.2.1 Del derecho a techo al derecho a una vivienda digna.....	346
8.2.2 Del movimiento asambleario a la democracia directa y participativa.....	353
8.2.3 De la agricultura ecológica a la soberanía alimentaria.....	360
8.2.4 Del antidesarrollo al decrecimiento.....	365
8.2.5 Del feminismo, o de la sostenibilidad de la vida.....	374
8.3 ENTRE LA INCORPORACIÓN Y LA DESVIACIÓN.....	377
CAPÍTULO 9. A MODO DE CONCLUSIÓN. ALGUNAS POSIBLES PAUTAS PARA MATERIALIZAR LA EMANCIPACIÓN.....	383
EPÍLOGO.....	391
BIBLIOGRAFÍA.....	395
ANEXOS.....	411
ANEXO 1. RELACIÓN TEMPORAL DE OKUPACIONES POR TERRITORIO.....	413
ANEXO 2. RELACIÓN GEOGRÁFICA DE OKUPACIONES.....	421
ANEXO 3. RELACIÓN DE OKUPACIONES Y DESALOJOS POR FASE Y TERRITORIO.....	431

RESUMEN

La tesis que aquí se presenta pretende mostrar cómo los movimientos sociales se constituyen en procesos emancipadores. Para ello se parte de un estudio de caso y de un movimiento concreto: la okupación y su actuación en la comarca de Donostialdea (Gipuzkoa). Así, se mostrará también cómo la cultura particular generada en los espacios okupados puede colaborar en esos procesos de emancipación, mostrando, a su vez, que los movimientos sociales se interrelacionan entre sí para crear sinergias que puedan combatir al mismo tiempo todos los ámbitos opresores del sistema hegemónico. Se visibilizarán, asimismo, algunas de esas confluencias considerando que las prácticas culturales elaboradas por el movimiento de okupación pueden ser una buena base para hacer frente a la crisis sistémica en que nos encontramos. Para ello el texto se divide en cuatro apartados.

El primero abarcaría el marco teórico, así como la metodología. Partiremos de las aportaciones realizadas por el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham (CCCS) para cuestionar cómo han sido interpretados algunos conceptos como hegemonía o cultura. Será a través de estos referentes teóricos que analizaremos las formas culturales generadas por el movimiento. Pero enmarcaremos también al movimiento dentro de nuevas líneas críticas que están surgiendo desde América Latina. Por ello, lo abordaremos desde el paradigma de la modernidad/colonialidad, desde donde se presenta a los movimientos sociales como agentes activos inmersos en procesos emancipadores.

En la segunda parte nos centramos en el movimiento de okupación. Presentaremos brevemente cómo ha sido analizado en diferentes contextos y qué características particulares podemos atribuirle en el contexto vasco. Ya en el tercer apartado describimos las prácticas culturales particulares que adopta el movimiento en Euskal Herria. Finalmente, analizamos cómo la crisis sistémica que comenzó en 2008 y el cambio en la situación socioeconómica que esta crisis conlleva han permitido que el movimiento cree sinergias con otros movimientos que surgen a raíz de ella. Consideramos, por lo analizado en los apartados anteriores, que el movimiento de okupación a través de su recorrido y prácticas puede colaborar en mostrar otros caminos posibles para materializar la tan necesaria transformación social.

AGRADECIMIENTOS

Han sido muchas las personas que han participado directa e indirectamente en esta tesis. Muchas las personas de las que he aprendido y a quienes he 'robado' ideas para plasmarlas en este texto. Muchas quienes se han prestado a, o han aceptado mi invitación (a veces ruego) de, colaborar. Y muchas también las que, me han apoyado durante estos años, familia, amigos, compañero, que han estado ahí, aún sin entender del todo lo que estaba haciendo, aprendiendo en el día a día lo que supone una tesis doctoral, y manteniéndose a mi lado aunque, como ya dijera, no siempre compartan o entiendan de qué trata ésta ni cual es su objetivo final. No me queda, pues, sino darles las gracias por el aguante y el saber estar, del que, sin duda, también he aprendido.

Entre las personas que han participado conscientemente, por su parte, también encuentro quienes desde el comienzo me enseñaron a ser crítica con lo que veo, a cuestionar cada suceso, afirmación y toma de decisión política. Ainara e Iban, sin vosotras esta tesis no hubiera sido posible porque sois vosotros quienes, hace ya años, me abristeis las puertas de este mundo de okupas y me enseñasteis a cuestionar el mundo; a politizar la vida.

Quiero dedicarla y agradecer también a todos los espacios que habéis posibilitado que este texto tome la forma que aquí presenta por colaborar desinteresadamente (o con un interés que se corresponde con los objetivos que el texto pretende) con este proyecto. A Minas y Txerrimuño por enseñarme que la perseverancia puede lograr que los buenos sueños se cumplan aunque, en ocasiones, también haya que aguantar alguna que otra pesadilla. A Apaizartza por demostrar, a mí y al mundo, que hilando bien las luchas y las fuerzas se pueden conseguir grandes logros con pequeños pasos (¿qué son cinco hectáreas en la inmensidad del mundo sino un pequeño, aunque a veces se nos quede grande, terreno por el cual empezar a materializar nuestros deseos?). A Matxarda por mostrar la valentía que supone plantear la disidencia desde dentro de la disidencia misma. A esos espacios que, sin haberlos conocido (Zapa, Martu, la Casa de las Duchas) habéis sentado las bases para que todo un movimiento insurgente, compuesto de muchos movimientos diversos, hayan podido continuar vuestros pasos.

Y por supuesto a Itxasgain y quienes estáis sembrando la semilla de lo que puede llegar a ser la Firestone. Si antes decía que dos personas me habían abierto las puertas de este mundo, Itxasgain, sin duda, me empujó de pleno a su interior; me sumergió en ese entramado de redes que me permitió ir hilando todo lo que aquí se presenta. A Itxasgain por enseñarme que la base de una buena investigación está en la capacidad de generar empatía con las personas; empatía que se genera a partir de compartir momentos y vivencias. Pero a Itxasgain, sobre todo, por enseñarme que esas vivencias pueden perduran más allá de la investigación.

Me he referido aquí a los espacios que han hecho esto posible, pero cuando digo espacios digo personas, porque como ya sabemos, unos no son nada sin las otras. No he dado nombres pero todas vosotras sabéis quienes sois: Neka y Josetxo, Pirata y Pedro, Xabi y Josu, Txelo e Isa, Rita, Josemi, Gara, también Agus y Aran aunque pensaseis que no me ibais a aportar nada. Alba, Alex, Aritz, Bozko, Dani, Eli, Gaua, Irati, Isaac, Janfri, Leia, Maialen y Maialen, Olaia, Pelayo, Tala, Salomao allá donde estés en tu Brasil, Adrián y Nerea tanto si estáis en Valencia como si seguís viajando de okupa en okupa, los Grillos, la Kafeta, y todas aquellas personas cuyos nombres no menciono (y pido perdón por ello) pero me habéis ayudado, a través de largas e intensas conversaciones a configurar este pensamiento y texto. También a aquellas personas que os conformáis con una comida a cambio de vuestra ayuda y quienes me habéis dado comida y alojamiento a cambio de nada, demostrando que no todos los valores capitalistas han calado todavía en ciertos sectores de la sociedad y que el intercambio, la reciprocidad y la ayuda mutua son todavía posibles.

Esta tesis sin embargo, no hubiera podido salir adelante sin la colaboración específica de una persona. Una persona que me ha permitido, incluso diría obligado, a que la tesis fuera mía y sólo mía, sin que otras voces (teóricas) penetren en ella, ni siquiera la suya; que me ha dado total libertad para hacerla a mi manera, sin dejar, por otro lado, de acompañar mis pasos. Mercedes, las interminables tutorías, aquellas en las que te exponía todos mis inconexos planteamientos; aquellas en las dábamos vueltas y más vueltas a un sinfín de debates y posibilidades, aquellas innumerables tutorías han dado por fin su fruto. Y aunque no lo quieras, parte de tu voz está en él; porque tanto tú como tu tesis doctoral me habéis acompañado en este proceso, sirviéndome de referencia y ejemplo.

Esta tesis está, pues, dedicada a todas y todos vosotras no sólo por enseñarme a cuestionar lo aparentemente incuestionable, sino por mostrarme que hay alternativas, que otros mundos son posibles y que las vías para alcanzarlos están ya en construcción; sólo hay que seguirlas, trabajarlas y cuidarlas a cada paso.



0. PRÓLOGO

En una de las muchas entrevistas realizadas para poder completar este texto, para poder siquiera darle forma, me plantean que el sueño de un mundo ideal consistiría en un mundo en el que no existiera la okupación. No porque ello suponga, como querrían los ostentores del poder, el haber conseguido erradicarla bajo unas normas regladas por el mercado de libre comercio; sino porque ello supondría, por el contrario, que sería ese mercado mismo el que habría quedado erradicado y, por consiguiente, nadie tendría necesidad de okupar porque todas las personas dispondrían de un lugar donde residir.

Este sueño, a día de hoy, parece una utopía en un mundo cada vez más liberalizado, donde cada vez se comercia con más cosas, con la vivienda, con la alimentación, con la salud, con la cultura; con las necesidades básicas. Pero como veremos a lo largo de las siguientes páginas, la utopía, como bien decía Eduardo Galeano, nos sirve, como el horizonte, para aprender a caminar. Y, como veremos también, no son pocas las personas que se empeñan en caminar cada día un poquito más lejos; en dar cada día dos pasos más, aunque a veces implique dar alguno hacia atrás para poder observar mejor el horizonte y descubrir nuevos caminos. Esos nuevos caminos no pasan únicamente por la okupación de viviendas. Conllevan una crítica integral del sistema; una crítica en la que se ponen en cuestión todas las normas del capital: el patriarcado, el heteropatriarcado, la colonización, la devastación de la naturaleza, la

Prólogo

mercantilización de las necesidades básicas y de las no tan básicas, del tiempo que nos es propio, del que nos roban mediante el trabajo, la escuela, la cárcel, la expropiación de nuestros cuerpos y espacios, la tergiversación de la información. En definitiva, lo que se pone en cuestión es la insostenibilidad de la vida; la insostenibilidad de la vida de aquellas personas diversas que no se asemejan a los patrones dictados por quienes tienen poder para hacer ese dictado.

Pero frente a esta situación encontramos numerosas resistencias. Resistencias que se llevan a cabo a veces en modo de pequeñas subversiones y otras veces de reivindicaciones más grandes. Algunas en el día a día y otras en momentos puntuales de manera colectiva. Todas ellas sirven para crear esa utopía; para avanzar hacia ella. La construcción de alternativas sin esperar a que los gobiernos suplan nuestras necesidades, y precisamente porque muchas veces son esos gobiernos mismos quienes nos hacen carecer de lo básico (y de lo no tan básico, pero no por ello exento de importancia), es un hecho que caracteriza a los movimientos sociales que en esta tesis presentamos. Los movimientos sociales, en plural, sí. Porque aunque aparentemente esta tesis verse sobre la okupación, en el fondo habla de muchas luchas más: feminismo, antimilitarismo, ecologismo, soberanía alimentaria, antidesarrollismo. Versa de todas ellas porque las luchas se entrecruzan; porque quien se implica en una de ellas para combatir alguna injusticia pocas veces se quedará de brazos cruzados ante las demás. Además, no debemos olvidar que los espacios okupados, como se mostrará a lo largo de este texto, proporcionan también las infraestructuras necesarias para que muchas de esas luchas tengan un lugar donde pensar, donde pensarse e idear. Y en Euskal Herria, el terreno en el que nos encontramos, encontramos que hay muchas luchas ideando. Ideando nuevos imaginarios para tratar de combatir este sistema.

Estas luchas muchas veces se enfrentan entre sí. Pero también tratan de crear sinergias y aunar fuerzas. Borbor-K es una de esas iniciativas que ha tratado de crear un 'Laboratorio de saberes populares' en y para Euskal Herria. Pretendiendo ser un proyecto de formación política, ha englobado en su seno a diversos movimientos sociales que se dan estas tierras complejas, con el fin de crear ese proceso, de lograr que los movimientos se empoderen, se formen y se aúnen, en un camino que ha durado, por el momento, dos años, pero que continúa en marcha. En la sistematización de esta experiencia describen así nuestro contexto:

Texto 0.1 Situación de los movimientos sociales en Euskal Herria según Borbor-K

“Este pequeño país, que no alcanza los tres millones de habitantes, se encuentra atravesado por múltiples opresiones. El conflicto político con los Estados español y francés a causa del no reconocimiento del derecho a la autodeterminación como pueblo, ha caracterizado su historia contemporánea de manera especial.

Así la historia de lucha es amplia y diversa. Existe un tejido organizativo con una nutrida y fértil experiencia de auto-organización en diversos ámbitos, como la recuperación lingüística, el ocio y el tiempo libre, los medios de comunicación (periódicos, revistas y radios), los espacios ocupados y/o auto-gestionados, la economía social, los modelos educativos alternativos, las fiestas populares y reivindicativas, entre otros.

Los movimientos ecologistas, anti-desarrollistas, feministas, de solidaridad internacionalista, anti-militarista, de lucha contra la exclusión social y la pobreza, del movimiento LGTB, antirracistas, de lucha obrera, de las agricultoras y pescadores, por los derechos de las personas presas (sociales y políticas) pintan el territorio de múltiples modos de lucha y miles de protagonistas que con conflictos, victorias y también algunas derrotas conviven con reforzados y complejos mecanismos de represión y control social” (Dañobeitia y Roco, 2016: 17).

Me permito la libertad de hacer uso de esta descripción porque considero que enmarca consistentemente el contexto en el que se encuentra también la okupación. La okupación y todos aquellos movimientos sociales que se entrelazan con ella a lo largo de tiempos y espacios. Nos encontramos así en un pequeño territorio en el que se conjugan distintas y muy diversas maneras de hacer frente a las múltiples opresiones de un sistema injusto. Pero también nos encontramos en un contexto muy particular; precisamente porque el movimiento social que se genera para combatir estas injusticias, esta vez sí en singular, adquiere una significativa importancia teniendo en cuenta las proporciones de su población. Se trata éste de un contexto pequeño con un movimiento muy amplio.

Este movimiento no surge de la nada. Ya han quedado descritas en el texto de Borbor-K cuales son las intenciones y algunos motivos de esas luchas. Sin embargo, me gustaría rescatar aquí un ejemplo más remoto que nos permite atisbar que la singularidad del territorio viene de lejos. Se trata de un extracto de la exhaustiva obra de Silvia Federici *Calibán y la bruja*; es un extracto largo, pero que confío que sirva para disponer de una mejor composición del contexto en que nos encontramos.

Texto 0.2 Una pequeña particularidad del contexto vasco en la historia

“A pesar de los intentos individuales de hijos, maridos o padres de salvar a sus parientes femeninas de la hoguera, no hay registros, salvo una excepción, de alguna organización masculina que se opusiera a la persecución, lo que sugiere que la propaganda tuvo éxito en separar a las mujeres de los hombres. La excepción proviene de los pescadores de una región vasca, donde el inquisidor francés Pierre Lancre estaba llevando a cabo juicios en masa que condujeron a la quema de una cantidad aproximada de seiscientas mujeres. Mark Kurlansky informa que los pescadores habían estado ausentes, ocupados en la temporada anual del bacalao. Pero:

'[Cuando los hombres] de la flota d bacalao de St.-Jean-de-Luz, una de las más grandes [del País Vasco] oyó rumores de que sus esposas, madres e hijas estaban siendo desnudadas, apuñaladas y muchas de ellas habían sido ya ejecutadas, la campaña del bacalao de 1609 terminó dos meses antes. Los pescadores regresaron, garrotes en mano y liberaron a un convoy de brujas que eran llevadas al lugar de la quema. Esta resistencia popular fue todo lo que hizo falta para detener los juicios [...]' (Kurlansky, 2001: 102).

La intervención de los pescadores vascos contra la persecución de sus parientas fue un acontecimiento único. Ningún otro grupo u organización se levantó en defensa de las brujas” (Federici, 2016: 264).

Este fragmento llamó mi atención por dos cosas. La primera de ellas es obvia. Se trataba de una referencia al pequeño territorio en el que vivo en una obra de contexto internacional; eso, queramos o no, siempre nos acerca un poco a la historia que nos están contando y nos hace sentirnos identificadas. La segunda puede resultar más obvia aún. No se trataba tan sólo de un acercamiento a mi lugar de nacimiento, sino que además este acercamiento suponía una excepción a nivel mundial de un acontecimiento que podemos tachar de lacra: la persecución y quema de miles de mujeres que fueron acusadas de brujas sin que nadie se organizara eficientemente para impedirlo. Que la excepción se dé en el contexto vasco no trae sino un pequeño regocijo y motivo de orgullo.

Pero va más allá. Muestra que las luchas sociales que aquí se dan vienen de largo, que no surgen de la nada, sino que se van forjando a lo largo de generaciones y años, de intercambios de experiencias y enseñanzas, de identificaciones varias de las causas opresoras y de la puesta en marcha de alternativas y resistencias. Y es precisamente a algunas de esas generaciones que han sabido identificar esas causas y, más que menos, transmitir esas experiencias y enseñanzas a quienes quiero dedicar esta tesis. A quienes han sabido hacerlo y a quienes están caminando para seguir sus pasos en un futuro, porque es desde ellas desde donde se pueden vislumbrar los procesos emancipadores, los caminos hacia modelos sociales más justos.

PARTE PRIMERA

MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

“Las cosas se duplican en Tlön;
propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando los olvida la gente.
Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo
y que se perdió de vista a su muerte.
A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro”

(Tlön, Uqbar, Orbis Tertius; *Ficciones*, Jorge Luís Borges, 2015: 31).

CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO

1.1. INTRODUCCIÓN. DE DÓNDE PARTE ESTA TESIS Y A DÓNDE PRETENDE LLEGAR

Son diversos los motivos de los que surge esta tesis y han sido varias las posibilidades que se han sopesado a la hora de enfocarla. En un principio, y pretendiendo dar continuidad al Trabajo Fin de Máster en el que se analizaba la relación entre distintos centros sociales y los movimientos sociales que en torno a ellos se generan, decidí centrarme en aquellos centros sociales okupados, es decir, aquellos que están desarrollando sus actividades en un espacio que no les pertenece legalmente y sin permiso de la propiedad. Me resultaba atractiva esta opción por el hecho de que la okupación ya por sí misma connotaba una lucha por la autogestión fuera de las lógicas del sistema institucional. Asumía en este sentido la hipótesis de que los CSA/CSOA (Centro Social Autogestionado/Centro Social Okupado y Autogestionado) funcionan como aglutinadores de aquellos movimientos sociales que plantean alternativas y formas otras de vida, y que estas formas se ensayan y experimentan en los propios centros, llegando a suponer estas experiencias un medio de transformación social mediante el cuestionamiento total del sistema hegemónico. Sistema que, por otra parte, invisibiliza estos movimientos y estos espacios dando la sensación de que no existen; pero que, sin embargo, tiende también a reprimirlos, desalojarlos y derribarlos cuando se convierten en un foco de insurrección, ya que como afirma James Scott en su obra *Los dominados y el arte de la resistencia*, “muchas formas de autoridad pueden tolerar un nivel notablemente alto de inconformidad práctica mientras en realidad no rompa con la hegemonía

Capítulo 1. Marco teórico

del tejido público” (2003: 283). Sin embargo, es cuando se confronta abiertamente ese orden sistémico cuando el poder siente la necesidad no ya de ignorar, sino de eliminar esos focos de subversión.

Por otro lado, nos encontramos con la inquietud que produce a la autora el hecho de que Donostia adquiriera el título de Capitalidad Cultural Europea para el año 2016 y de las consecuencias que ello puede acarrear para la ciudad. Surgen aquí dudas acerca de los distintos modelos de ciudad que se fomentan, por una parte, desde las instituciones y, por otra, desde una ciudadanía que no se siente representada en ese modelo. En este sentido encontramos que el cuestionamiento de ese tipo de ciudad parte, precisamente, de los centros culturales que se vienen invisibilizando desde el poder hegemónico.

Se presentan en este contexto dos modelos de ciudad, al igual que dos modelos de cultura que los acompañan. Esto supone el poner en cuestión aquello que se entiende por cultura; cultura que, teóricamente, une y comparte toda la ciudadanía. Nadie está en contra de la cultura, asumen los colectivos que se oponen a la capitalidad, pero habría que analizar qué se considera cultura y qué no desde los organismos que fomentan esa capitalidad, y qué consecuencias tiene ello para el resto de habitantes, para aquellas personas y grupos que quedan excluidas, ya que este proceso deja al margen a muchos agentes sociales así como a la expresión cultural de éstos. Es de este modo que estos movimientos cuestionan, más allá de los actos organizados, qué se esconde detrás de ese concepto de cultura, qué papel adquiere el capital económico en él, quién obtiene un sueldo de este proceso y quién actúa meramente como voluntario, qué actos quedan fuera y bajo qué criterios.

Desde mi posición de estudiante de antropología que ha enfocado su TFM a analizar la relación entre los centros sociales autogestionados, entendiéndolos como lugares de producción de conocimiento, y los movimientos sociales que a su alrededor se mueven, observo de cerca y con atención cómo unos meses antes de que se inaugure la capitalidad, dos de los cuatro centros sociales okupados que existían en la ciudad desaparecen. Precisamente aquellos donde he realizado mi trabajo de campo para el TFM y para esta tesis que aquí se presenta. Aunque la decisión es tomada por los propietarios de los espacios y no por el gobierno municipal, es cierto que en uno de los casos el ayuntamiento se ve inmiscuido en la toma de decisiones acerca del desalojo y derribo. Este hecho me lleva a cuestionarme, junto

con miembros de esos espacios ya desaparecidos y de aquellos que aún quedan en pie, qué modelo de ciudad es el que se está impulsando desde las instituciones. Este nuevo movimiento, ya coordinado bajo la plataforma *2016 Desokupatu (Desocupemos 2016)*, engloba gran parte de la respuesta ciudadana que se manifiesta en contra del modelo cultural de una élite y del modelo de ciudad que ésta conlleva.

En este sentido, la gentrificación, palabra hasta entonces desconocida por la gran mayoría, comienza a escucharse en estos círculos. Las consecuencias de la revalorización del suelo, sobre todo en barrios como Egia, barrio obrero que se encuentra ahora estratégicamente situado entre los centros culturales de Gazteszena y Tabakalera, este último recién inaugurado para la ocasión, y la nueva estación de autobuses (también recién inaugurada en el barrio) que enlazará con la futura estación del Tren de Alta Velocidad (TAV), comienza a preocupar a una ciudadanía que se ve imposibilitada del acceso a la vivienda. La transformación de la ciudad enfocada, sobre todo, a la atracción turística se vive entre estos colectivos como una subida del nivel de vida sin que los sueldos, de aquellas personas que los tienen, reciban su correspondiente incremento. Así, la gentrificación se vive como amenaza y son precisamente los sectores que se mueven en torno a esa cultura alternativa los que se sienten más amenazados; aunque esto no signifique que vayan a ser los únicos afectados.

Este cuestionamiento surge en gran medida desde esos centros sociales okupados que han desaparecido y desde aquellos que aún siguen en marcha; centros desde los que se plantea otro modelo de ciudad más horizontal, más solidario; en definitiva no capitalizado. En este sentido, podemos afirmar que no se trata solamente de la remodelación del espacio urbano, sino que la crítica engloba al modelo social en su conjunto; modelo que, precisamente, coincide en muchas de sus formas con aquel que se viene elaborando desde el movimiento de okupación desde sus inicios y que ha sido ocultado, invisibilizado por el sistema, cuando no demonizado y criminalizado. Demonizado y criminalizado porque no sólo se opone a la especulación en materia de vivienda, sino que realiza una crítica más amplia que abarca todos los aspectos de la vida que están siendo vendidos, mercantilizados, en el mercado del capital.

Es por ello que sentimos la necesidad de visibilizar este movimiento y sus prácticas; visibilizarlo en el sentido que da Boaventura de Sousa Santos al término, planteándolo como una ecología otra de saberes, saberes que se han ido obviando por parte de la sociedad

Capítulo 1. Marco teórico

hegemonía pero que se han mantenido, en cierta medida presentes a través de sus haceres. Así, no se pretende visibilizar el movimiento a partir de la criminalización y desvirtuación de quienes lo han marginado, sino desde sus propias categorías y cosmovisión, considerando que es un movimiento bien capaz de crear una cultura propia; cultura que va construyéndose y reconstruyéndose desde la crítica misma que realiza. Estudiaremos pues el movimiento desde el enfoque teórico del marxismo cultural británico, analizando sus prácticas y relaciones, así como sus formas de resistencia en su intento de crear una cultura que actúe fuera de las lógicas del sistema capitalista. Sin embargo, no consideramos al colectivo okupa como un grupo subordinado cuyos métodos de resistencia se enfoquen a resistir de manera silenciosa dentro de la sociedad hegemónica, sino que entendemos el movimiento como un proceso de emancipación social en el que sus integrantes se constituyen en agentes activos para la transformación social y cuyas prácticas y reivindicaciones han tenido influencia en la sociedad a lo largo de sus más de treinta años de historia. Es por ello que, a pesar de tener las investigaciones llevadas a cabo por el grupo de estudios culturales británicos como referencia, enmarcamos esta tesis en el actual paradigma que podemos calificar como paradigma de la modernidad/colonialidad; paradigma que, desde América Latina, se está acercando a los movimientos sociales tal y como aquí tratamos de presentarlos, es decir, como procesos emancipadores que pueden marcar las vías de mundos otros posibles.

Así, cabría destacar que es en estos agentes activos en los que se va a centrar esta tesis, siendo consciente la autora de que existen numerosas okupaciones silenciosas, okupaciones que no son reivindicadas por el hecho de que quienes las llevan a cabo utilizan esta herramienta de transformación como fin en su necesidad de vivienda. Y siendo consciente también de que no todas las okupaciones reivindicadas son capaces de politizar su existencia. Es así que, dentro de la gran variedad de okupaciones existentes, nos centraremos en aquellas que son reivindicadas y en cuyo seno se pretende una transformación social. No caeremos tampoco en el error de mitificar el movimiento. Trataremos de presentarlo con sus aciertos y desaciertos, sin obviar que es un movimiento que vive en el corazón de una sociedad ya contaminada por la ideología neoliberal; un movimiento que plantea alternativas a ésta, precisamente por encontrarse inmerso en ella, pero que, por ese mismo motivo, no se libra de su influencia, llegando a reproducir, en no pocas ocasiones, los mismos actos que critica.

Por otro lado, y como ya se ha advertido, este movimiento no se encuentra aislado. Ha tenido influencia en la sociedad que le rodea, del mismo modo que ha sido influenciado por ésta. En este sentido, cabe señalar que, desde el inicio de la crisis sistémica que dio comienzo en 2008, algunas formas y prácticas del movimiento de okupación están siendo ahora adoptadas por quienes, desde una visión más reformista, están siendo apartados por el propio sistema aun cuando hasta ahora han estado jugando dentro del mismo; formas que no hubieran sido posibles sin el trabajo y el recorrido que el movimiento de okupación ha llevado a cabo durante todos estos años; formas que constituyen un legado de quienes se han movido en torno a este movimiento desde sus inicios. Y, de hecho, es precisamente cerca de estos nuevos movimientos de lucha social donde encontramos a gran parte de quienes iniciaron su andadura en este movimiento en los '80, así como a parte de quienes se están ahora incorporando a él, conjugando así sus fuerzas.

Así, los distintos movimientos sociales existentes se encuentran en continua búsqueda de formas nuevas de acción y de organización social. Con sus aciertos y desaciertos, sus prácticas se transforman en un laboratorio de experiencias a partir de la fórmula de ensayo y error; fórmula mediante la cual van experimentando formas otras de vida alternativas a este modo organizacional que ha permitido tal cantidad de subordinación social. Por ello, remitiéndonos a aquello que nos señalan Zesar Martínez y Beatriz Casado, a quienes a continuación presentaremos, podemos decir que

“Los movimientos sociales, desde sus específicas luchas, conocimientos y lugares de enunciación, están generando nuevos imaginarios y formas de existencia que plantean otras formas de relación de lo humano con el resto de la vida. Protagonizan la producción de nuevos sentidos de la interdependencia social, de la vulnerabilidad de la vida, de sus sofisticados mecanismos cíclicos de reproducción, y también de sus procesos de sostenibilidad y cuidado; saliéndose así de la linealidad evolucionista del imaginario del progreso moderno, y abriendo con su acción colectiva el ensayo de alternativas, y por tanto de futuros posibles” (Martínez y Casado, 2013: 14).

Es por ello que pretendemos mostrar en esta tesis cómo a partir de las prácticas ensayadas en el movimiento de okupación, que se presentan como una forma de cultura propia, se va construyendo un proceso de emancipación que propone alternativas a esta crisis sistémica en la que nos encontramos, tratando de visibilizar que lo que hasta ahora ha sido ocultado, si no demonizado por el poder, puede ser una emergencia a rescatar. Mostrando que esas luchas no

Capítulo 1. Marco teórico

son áridas sino que pueden ser una semilla fértil en un terreno ya por ellas arado. Mostrando, también, aquello que hasta ahora ha sido invisibilizado para que, como en la ciudad de Tlön de Borges, se multiplique y no sucumba en el olvido.

Así, como ya se indicara, asumiremos esta tesis desde dos posicionamientos teóricos diferenciados pero que, a mi modo de ver, tienen también sus confluencias. Por un lado, lo enmarcamos siguiendo la línea teórica sugerida por la Escuela de Estudios Culturales británicos, así como por las investigaciones realizadas por este grupo; línea que nos permitirá revisar conceptos como los de 'hegemonía', 'resistencia', 'ideología' y, por supuesto, 'cultura'. Para ello tendremos como principal referente a Stuart Hall, aunque no será el único. Contaremos también con voces como las de Paul Willis, Raymond Williams o E.P. Thompson, que dedicaron sus estudios a interpretar las formas de resistencia de la juventud británica de clase obrera en la Inglaterra de posguerra.

Pero es cierto que, al considerar la okupación reivindicada como un movimiento social y, por lo tanto, como un sujeto político activo, nos vemos en el deber de abordarla desde los nuevos paradigmas desde los cuales se están estudiando actualmente los movimientos sociales; paradigmas que consideran los movimientos como procesos emancipadores a través de los cuales sus integrantes elaboran alternativas de vida, alternativas al modelo social hegemónico. En este sentido, como ya señaláramos, el paradigma de la modernidad/colonialidad nos aporta una visión que nos permite analizar cómo se producen esas invisibilizaciones de las que habláramos más arriba, así como apuntar hacia posibles futuros emergentes que la hegemonía trata de paliar. Para ello nos apoyaremos en autores que, tanto desde dentro como desde fuera de este grupo, han contribuido a la consolidación de esta corriente de pensamiento. Entre ellos contamos con Arturo Escobar, que nos ayudará a acompañar a los movimientos sociales desde la Academia, y con Boaventura de Sousa Santos, autor que aunque no forme parte directa del grupo supone un referente teórico fundamental para la consolidación del paradigma. Por otro lado, no olvidaremos a quienes han introducido estas corrientes en este lado del mundo. Así, contaremos también con las voces e influencia de Juan Carlos Gimeno y de algunos miembros del Instituto Hegoa; Instituto de la Universidad del País Vasco que ha traído y aplicado en los últimos años estas teorías a nuestro entorno más cercano. El curso *Baserritik Mundura (Del caserío al mundo)* puesto en marcha por Beatriz

Casado y Zesar Martínez en ese mismo Instituto, y que conjuga en un espacio universitario la pedagogía y la metodología utilizada en los procesos formativos de La Vía Campesina tratando de adaptarlas a la realidad vasca, es buena prueba de ello. Este Instituto tiene varias líneas de investigación dedicadas a los estudios de desarrollo y a la cooperación crítica, así como varias publicaciones al respecto; publicaciones que nos han servido también de referencia y que nos permiten seguir el trabajo realizado por Casado y Martínez. Trabajo que cobrará también, por la aportación realizada al contexto estudiado, gran presencia en este texto.

Por otro lado, no debemos olvidar algunas aportaciones que, sin formar parte de estas corrientes de pensamiento han contribuido a la formación del mío. En este sentido autores como James C. Scott o autoras como Silvia Federici, que han sido citadas más arriba, adquirirán también una importancia que será transversal para esta tesis. James C. Scott nos aportará su crítica visión sobre la politización de lo que hasta el momento no se consideraba político, como son los espacios de socialización de las clases subordinadas y los pequeños actos de resistencia que en ellos se dan; así como los discursos que tanto estas clases como las clases gobernantes crean para mantener o romper el orden por ellas establecido. Su noción de hegemonía, que hace uno con la planteada desde los estudios culturales, nos parece fundamental; mientras que su visibilización de lo que él denomina 'discurso oculto' nos acerca a las formas de pensamiento del paradigma de la modernidad/colonialidad. Silvia Federici, por su parte, nos aporta una visión crítica del marxismo que visibiliza lo que éste ocultó por su condición de occidental y de hombre: el papel asignado a la mujer en el proceso de consolidación del sistema capitalista; así como el de los pueblos colonizados, que, como veremos, enlaza también a la perfección con algunos aspectos señalados por el paradigma de la modernidad/colonialidad. Finalmente, otro autor del que nos ha sido imposible desprendernos ha sido Ivan Illich por su contundente y visionaria crítica a la ideología del desarrollo; crítica que encaja perfectamente con la visión que desde la okupación se tiene de la misma, así como con la de ese paradigma que desde América Latina se viene defendiendo, algo que también saben reconocer autores posdesarrollistas como Escobar, quien considera a Illich un “proto-crítico de la modernidad desde una perspectiva decolonial” (2013: 237).

Capítulo 1. Marco teórico

Aunque se podrán encontrar muchas otras aportaciones teóricas a lo largo del texto, la obra de estas tres personas forman parte transversal de él a pesar de que no se enmarquen dentro de ninguna de las corrientes presentadas, y, por ello, quería constatarlo desde sus inicios.

Presentaremos, eso sí, en los siguientes apartados, las principales aportaciones que estas corrientes han realizado a las ciencias sociales; así como una posible vía de conjugación de ellas para poder situar mejor dónde nos encontramos. Nuestra pretensión es, de este modo, contribuir al debate abierto por el paradigma de la modernidad/colonialidad incorporando al mismo aquellos movimientos sociales que surgen en el Norte. Tomaremos para ello, como ya se viene señalando, al movimiento de okupación por considerar que tanto sus planteamientos como sus prácticas realizan una crítica al sistema hegemónico que puede contribuir al desarrollo de esos procesos emancipadores; crítica que se puede enmarcar en esos paradigmas que vienen siendo críticos con el pensamiento eurocéntrico y con la ideología del progreso que desde él se fomenta. Esto nos permite, a su vez, lanzar una nueva mirada sobre el movimiento de okupación, mirada desde la cual todavía no ha sido académicamente pensado, situándolo bajo el sustrato de los movimientos emancipatorios, en los cuales consideramos, deben enmarcarse los movimientos sociales.

Antes de ello, sin embargo, un último apunte. Se encontrarán también algunas referencias literarias a lo largo del texto. La mayoría no requieren presentación; Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, José Saramago, Jorge Luís Borges, Italo Calvino, son, sospecho, fuente de inspiración para toda persona que los lea. Algunos textos serán literales, otros subyacerán en el mío. Sus escritos, su pensamiento crítico, su natural forma de contar historias aparentemente sencillas pero, sobre todo, muy humanas nos desplazan siempre a un mundo injusto en el que, sin embargo, nunca faltan la esperanza y el saber hacer. En ellas se muestra siempre la parte oculta de lo real posible. Toda su obra, por lo menos toda aquella que he podido abarcar hasta el momento (y que, por desgracia, no continuará creciendo), han marcado no sólo mi configuración del mundo, sino de mi pensamiento y escritura; mostrando que para la vida los referentes no siempre han de ser teóricos. Desde la literatura hay siempre formas de cuestionar la realidad y de plantear también nuevos mundos otros.

Y también una última autocrítica a este respecto. Los referentes femeninos que me faltan en este sentido espero, con el tiempo, poder aumentarlos, para completar así mi visión del mundo.

1.2. ENTRE LOS ESTUDIOS CULTURALES Y EL PARADIGMA DE LA MODERNIDAD/COLONIALIDAD. UN NODO PARA LA CONFLUENCIA

El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS) surge durante los años '60 en la Universidad de Birmingham de la mano de un grupo de estudiosos afines a la Nueva Izquierda que pretendían comprender las relaciones entre lo cultural y lo político con sus consecuentes relaciones de poder, ámbito que todavía no había sido indagado por ningún instituto. Así, pretendían identificar tanto las formas de dominación como los procesos de lucha política, es decir, las resistencias que se manifestaban a través de las prácticas cotidianas de la gente. No se trata, como matiza Eduardo Restrepo (2012) en su análisis de la obra de estos autores, de estudios específicos de cultura, ni de estudios específicos de economía o poder; sino de la interrelación de éstos. Interrelación que permite analizar las formas que tiene el poder de ejercer la hegemonía. Así como analizar también las formas que tienen las clases subordinadas de resistir a ésta. Los estudios culturales nacen, por ello, con un claro objetivo político.

De este modo, “la vocación de los estudios culturales ha sido la de permitir a las personas entender lo que está sucediendo, y especialmente proporcionar maneras de pensamiento, estrategias de sobrevivencia, y recursos para la resistencia a todos los que son ahora excluidos en términos económicos, políticos y culturales, de algo que podría llamarse acceso a la cultura nacional de la comunidad nacional”, nos dice Stuart Hall (2010: 27) en su texto *El surgimiento de los estudios culturales y la crisis de las humanidades*. Este autor fue director del centro entre 1968 y 1979, y marcó de manera notoria las líneas de pensamiento del grupo. Pero no es su único referente; entre otros destacan también Richard Hoggart (fundador del centro), Raymond Williams, E.P. Thompson o Paul Willis.

Capítulo 1. Marco teórico

Así, este grupo de investigadores trata de discernir cuáles son los métodos de resistencia adoptados por distintos colectivos excluidos por la sociedad hegemónica, estudiando, principalmente en sus primeros años, las subculturas juveniles de la Inglaterra de posguerra para, más adelante, centrarse en los medios de comunicación de masas y en el uso que estos grupos hacen de ellos, así como en la forma que tienen estos medios de transmitir mensajes hegemónicos y de mantener el control social.

El CCCS tiene una clara influencia marxista proveniente de esa Nueva Izquierda de la que nace. Desde él se adopta la postura del intelectual orgánico de Gramsci, lo que significaría que quien participara de ello debería comprometerse con el proyecto, así como haber tenido una implicación previa para con el campo de estudio, con la intención de traducir después el conocimiento en práctica; es decir, para ponerlo al servicio de algún otro proyecto. En este sentido esta escuela se propondría tanto politizar la teoría como teorizar lo político, esto es, teorizar desde la práctica con el fin de transformar la realidad, de ofrecer técnicas de resistencia al colectivo estudiado. Entienden así la teoría no como voluntad de verdad, sino como “un conjunto de conocimientos disputados, localizados, coyunturales que tienen que debatirse en una forma dialógica, pero también como práctica que siempre piensa acerca de sus intervenciones en un mundo donde produciría alguna diferencia, donde tendría algún efecto” (Hall, 2010: 63).

Y es en este sentido como entendemos también la teoría desde el programa de doctorado en el que surge esta tesis, entendiendo que la universidad tiene que constituir un lugar de generación de conocimiento crítico desde el cual se pueda colaborar a la transformación del mundo; entendiendo que esa generación de conocimiento crítico tiene que ir de la mano de aquellos movimientos sociales y políticos que, desde sus prácticas, buscan esa transformación social, siendo la universidad, como nos dice Juan Carlos Gimeno, un movimiento de retaguardia y no de vanguardia, un movimiento de acompañamiento, que empuje “procesos sociales con otros actores sociales, producidos en el esfuerzo por cambiar un mundo injusto y desigual” (2012: 176). Así, aunque nos apoyemos en este trabajo en el marco de los estudios culturales para mostrar al movimiento de okupación como un movimiento capaz de crear una cultura propia que sirve a esa transformación social, presentamos aquí nuestra primera diferencia para con ellos. Diferencia que radica en el papel adoptado por la Academia.

Mientras que desde los estudios culturales se adopta el papel del intelectual defendido por Gramsci, intelectual que se posiciona en un movimiento de vanguardia, aquí adoptamos aquel defendido por el paradigma de la modernidad/colonialidad, que nos sugiere que el papel de la Academia debe ser de acompañamiento de lo que estos movimientos ya producen por sí mismos; es decir, debe ir a la retaguardia.

Esto no nos exime, sin embargo, de tomar esta línea de pensamiento como referencia. Ha pasado ya algo más de medio siglo desde que naciera el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos y, como veremos más adelante, las trayectorias seguidas por quienes han estudiado los movimientos sociales, sus procesos de formación, organización e inquietudes, han ido variando según los propios movimientos han demostrado que esas teorías no eran válidas. Así, a pesar del tiempo transcurrido y de este matiz ya señalado, creemos que sus teorías no quedan obsoletas porque, como sus propios autores afirman, la producción teórica ha de ser dialógica, de modo que permita seguir trabajando sobre postulados ya realizados, contrastándolos y renovándolos a partir de los cambios que acontecen en la sociedad. Y es así como se va conformando también el pensamiento de los estudios culturales, que se va viendo modificado en su raíz a partir de las críticas que va recibiendo desde otros sectores sociales. De este modo, esta escuela que surge, con gran influencia del pensamiento gramsciano, como una crítica al propio pensamiento marxista va, poco a poco, introduciendo en sus formas de hacer las críticas aportadas tanto por el movimiento feminista como por quienes cuestionaban la raza, demostrando su propia premisa de que los movimientos provocan también transformaciones teóricas. Es por ello que sus miembros consideran los estudios culturales como un proyecto en continua construcción en el cual la teoría sería, como ya se ha mencionado anteriormente, una práctica que pueda producir efectos, a la vez que se retroalimenta de las aportaciones de los distintos movimientos sociales de los que se rodea.

No es casualidad, por tanto, que desde América Latina se estén rescatando sus aportaciones teóricas y que se haya editado, entre otras, la obra *Stuart Hall. Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en Estudios Culturales*¹, dado que es desde allí también desde donde está surgiendo un verdadero movimiento insurgente en las universidades; es de

1 Restrepo, Eduardo; Walsh, Catherine y Victor Vich (eds.) (2010). *Stuart Hall. Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en Estudios Culturales*, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad Javeriana; Instituto de Estudios Peruanos; Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; Envión Editores. Se trata de una compilación de textos de Stuart Hall.

Capítulo 1. Marco teórico

América Latina de donde provienen hoy día las teorías más críticas, donde se está produciendo ese conocimiento otro que trata, como decíamos más arriba, de visibilizar lo invisibilizado, de mostrar esos otros mundos posibles que hasta ahora han permanecido ocultos por el sistema de la modernidad/colonialidad. Esta recuperación de los estudios culturales británicos, por supuesto, no está exenta de polémica. Quienes abogan por construir un conocimiento crítico latinoamericano específico consideran que esta teoría supone un modo más de colonizar el pensamiento². Sin embargo, Stuart Hall era jamaicano y negro. Cabe matizarlo porque su estancia en Gran Bretaña y la configuración de su pensamiento se vieron marcadas por estas características. Su posición de intelectual académico no le eximía de ellas. Vivió en sus propias carnes lo que suponía la Otredad, y teorizó al respecto con el objetivo de lograr un cambio social; teorizó desde los márgenes que el propio sistema genera dentro del sistema mismo. Y esto le otorga un carácter crítico particular.

El paradigma de la modernidad/colonialidad, por su parte, está teniendo su auge e influencia en ámbitos académicos en los últimos años, donde hasta ahora la producción de conocimiento era prácticamente euro y androcéntrica. Sin embargo, el recorrido de esta corriente de pensamiento se remonta décadas atrás. De la mano de pensadores como Enrique Dussel que, mediante su *Filosofía de la Liberación*, comenzó a cuestionar ya en los '70 la modernidad y las formas de explotación que ésta había aplicado al continente americano, especialmente al centro y sur de América, va surgiendo toda una corriente de pensamiento crítico que comienza a visibilizar lo que Mignolo (2009) ha denominado como 'el lado oculto de la modernidad', es decir, la colonialidad como parte fundamental y necesaria para que se suceda la forma de pensamiento y organización moderna actual. Así, sugieren desde este paradigma, no se podría entender la una sin la otra; la modernidad implica colonialidad, y ésta ha sido invisibilizada, mientras que sus protagonistas han sido construidos como 'otredad', como 'no-ser' a partir de aquellos que 'son' (Dussel, 2011). Propone así Dussel crear un modelo de filosofía que tenga por objetivo liberar; liberación que, considera este autor, tiene que venir desde esas clases oprimidas, desde lo subalterno, esta vez en calidad real de sujeto, y no de mero objeto. De este modo, esta filosofía plantea cómo dar voz a ese sujeto. Y es a través de este nuevo paradigma como comienza a asumirse esa tarea.

2 A este respecto, véase Restrepo, 2012.

Como ya dijera Franz Fanon en 1956, con su intervención *Racismo y cultura* en el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros en París, “no es posible someter a hombres sin lógicamente infravalorarlos de alguna manera” (2001: 5). Fanon se refería concretamente al racismo. Sin embargo, se puede extrapolar esta afirmación a todos aquellos países que fueron colonizados por Occidente, ya que es precisamente la construcción de esta infravaloración que convierte al resto del mundo en exterior (a aquel que no es Europa o Norteamérica) lo que Dussel analiza en su obra. Así, este autor realiza una profunda crítica a la configuración del pensamiento moderno, insistiendo en que éste no podría darse sin la dominación de otros pueblos. Lo que en su momento fue una corriente filosófica más, señala, al convertirse en ideología, y concretamente en ideología hegemónica, se presenta como realidad única; y, al hacerlo, deja fuera todo lo demás, que se construye como inexistente, como 'no-ser', ya que el ser es el fundamento mismo del sistema, la totalidad, señala. El pensamiento crítico constituiría así la Filosofía de la Liberación, el contradiscurso; siempre y cuando sea capaz de mantenerse como filosofía y no convertirse en ideología.

Pero para ello debe liberarse de la colonialidad, es decir, de toda aquella corriente de pensamiento que a lo largo de los siglos se ha ido introduciendo en la mente de las personas que han sufrido el colonialismo. Es por ello que se replantean la reconceptualización de los conceptos, de los sustantivos críticos. Reconceptualización que implicaría la creación de una 'epistemología del Sur'; una descolonización del saber que permita, como apunta el título de una obra de Santos, reinventar el poder (2010). Se cuestiona, de este modo, que la producción de conocimiento occidental sea la única forma de producción de conocimiento posible. Y, ante esto, se plantea que el resto de formas de comprender el mundo han sido invisibilizadas por la modernidad en un intento de aplicar su hegemonía. Así, para poder comprender esas otras formas de comprensión del mundo, debemos distanciarnos del conocimiento aprendido. Realizando esto, es decir, tomando distancia de las versiones dominantes de la modernidad occidental, nos indica Santos, es como nos podremos acercar a las versiones subalternas, silenciadas, marginalizadas de modernidad y de racionalidad, tanto occidentales como no occidentales (2010: 21). Esa distancia nos permitirá tener en cuenta y revalorizar otros saberes, otras escalas, otras productividades, otras diferencias y temporalidades. Nos permitirá reconocer otras realidades en las que el conocimiento no será una representación o

Capítulo 1. Marco teórico

interpretación de la realidad, sino una intervención en ésta. Y para intervenir en ella este paradigma se sitúa del lado de los movimientos sociales, acompañándolos en sus andares y ayudándoles a producir ese conocimiento propio aplicando metodologías que podemos decir ya que forman parte de esa epistemología del Sur, como pueden ser la educación popular o la pedagogía del oprimido de Paolo Freire u Orlando Fals Borda, entre otros, quienes en su búsqueda de desarrollar unas nuevas ciencias sociales desde la periferia, sientan las bases del nuevo paradigma del postdesarrollo (Escobar, 2013). Mediante estas pedagogías estos autores pretenden educar dialogando y atendiendo a las necesidades de quienes la solicitan. Estas formas otras de educación no responden al modelo hegemónico, y, sin embargo, están demostrando desde los márgenes que el conocimiento no se produce únicamente en los ámbitos académicos, sino que son los propios procesos en los que las personas se sumergen los que aportan la capacidad de producir un conocimiento específico para cada contexto y lugar; conocimiento que posibilita que quienes lo construyen den salida a sus problemas de la manera que consideren más adecuada a sus necesidades. Pero para ello hay que cuestionar, como sugieren desde el paradigma de la modernidad/colonialidad, las formas aprendidas.

Es así que estos teóricos provenientes del Sur condenan el eurocentrismo de la producción del conocimiento y reivindican unas formas otras de hacer y de pensar, planteando que es necesario un cambio de paradigma dentro de las Ciencias Sociales; planteando esa Epistemología del Sur. De este modo, empieza a considerarse desde esos márgenes invisibilizados que también su forma otra de construir conocimiento ha sido ignorada y ha quedado invisibilizada por aquello que Santos llama 'pensamiento abismal' (2005); empieza a considerarse, pues, que también sus prácticas son válidas aunque la hegemonía occidental no las valore como tal. Así, la 'globalización contrahegemónica' (Santos, 2005), es decir el conjunto de movimientos sociales que están luchando contra la globalización neoliberal, pone en cuestión no sólo el sistema económico dominante, sino la forma en que éste atraviesa todos los ámbitos de la vida social y cultural, entre ellos las instituciones y su manera de crear sociedad a través de ellas. Y la Universidad es una institución más que los autores provenientes del Sur consideran sometida al sistema. Buscan para ello un cambio de paradigma, enmarcándose en lo que hemos venido denominando paradigma de la modernidad/colonialidad.

Desde este nuevo paradigma proponen superar los postulados del desarrollismo. Así, autores como Arturo Escobar (2005) consideran que nos encontramos en un momento de transición tanto en el sentido epistemológico, donde la ciencia moderna va perdiendo dominio para abrir paso a una pluralidad de formas de conocimiento; como en el socio-político, dado que están emergiendo movimientos sociales de nuevo orden. Esta nueva etapa emergente es lo que denominan 'postdesarrollo'; etapa que consiste en una transición hacia un modelo en el que se deje de lado la ideología del desarrollo y comience a vislumbrarse otra dirección. Esta transición radicaría, según este autor, “en una tensión insostenible entre las funciones de la modernidad de regulación social y la emancipación social, las cuales están relacionadas, a su vez, al creciente desequilibrio entre expectativas y experiencia” (2005: 27); es decir, un desequilibrio entre el conjunto de normas, instituciones y prácticas por medio de las cuales se estabilizan las expectativas y que se basan en los principios de Estado, mercado y comunidad (la regulación social) y el reclamo que la emancipación social, las distintas experiencias, hacen de un ordenamiento diferente. Lo que estos autores ponen en cuestión, pues, es la incapacidad de pensar más allá de los paradigmas establecidos, de buscar soluciones modernas a problemas modernos, ya que, como nos dice Walter Mignolo, tanto los argumentos de izquierdas como de derechas están contaminados por la ideología de la modernidad (2009: 47). Habría que buscar, pues, nuevos significados y conceptos que nos permitan pensar más allá de ese pensamiento abismal. En este sentido, el postdesarrollo posibilita esta práctica social y política, liberando el “espacio discursivo para que surjan otros pensamientos, otras posibilidades, otras formas de práctica social” (Escobar, 2013: 238).

1.2.1 Repensando los conceptos...

Y es para repensar estos significados y conceptos para lo que recurrimos al grupo de los estudios culturales, ya que las aportaciones realizadas por este grupo respecto a términos como hegemonía, ideología y resistencia nos parecen especialmente sugerentes. Y también, como obviarlo, respecto al concepto de cultura. Revisarlos, pues, es una tarea que consideramos fundamental para continuar con esta línea de pensamiento.

Capítulo 1. Marco teórico

Así, encontramos que el concepto de 'hegemonía' se haya íntegramente ligado al de 'ideología'. Para la comprensión de este concepto se basan, nuevamente, en Gramsci. Nos la describen así:

“la hegemonía trabaja a través de la ideología, aunque no consiste en ideas, percepciones y definiciones falsas. *Principalmente*, funciona insertando a la clase subordinada en las instituciones y estructuras clave sobre las que se apoyan el poder y la autoridad social del orden dominante. Es, ante todo, en estas estructuras y relaciones en las que la clase subordinada *vive su subordinación*. Con frecuencia, este sometimiento se logra porque el orden dominante tiene éxito en debilitar, destruir, desplazar o incorporar instituciones de defensa y resistencia alternativas producidas por la clase subordinada” [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 100].

En este sentido, encontramos que la clase dirigente no sólo coacciona, sino que ejerce una 'autoridad social total' sobre las clases subordinadas; autoridad que se ve inmiscuida en todas sus prácticas, eliminando la capacidad de formular alternativas a este orden establecido por la clase en el poder. Clase que plantea que este orden ha sido fruto de un consenso social, obtenido a través de un consentimiento por parte de todos los grupos poblacionales. Se elimina la capacidad de formular alternativas, pues, porque se muestra este orden como natural, como algo incuestionable que ha surgido espontáneamente en el seno de la sociedad (ibid.). A través de esa naturalización del ejercicio del poder, de esta ideología que justifica la desigualdad, los grupos dominantes no sólo ejercerían la dominación, sino que los grupos dominados consentirían en ella, la interiorizarían a tal punto que le otorgarían legitimidad, de tal modo que la represión no sería ejercida directamente, sino que serían los grupos subordinados quienes autorregularían sus conductas. Así, la hegemonía, como sugiere Gimeno (2012: 146), no se refiere a la construcción del consenso, sino del consentimiento, no busca tanto el acuerdo sobre una visión del mundo, sino más bien estar de acuerdo en que un grupo particular debe liderar ese mundo; de este modo, los grupos oprimidos no tienen porqué estar de acuerdo con esa opresión, bastaría con que la aceptasen. En este sentido, continúan desde los estudios culturales, la hegemonía prevalece “cuando las clases dominantes no solo rigen o ‘dirigen’, sino *guían*. El Estado es una gran fuerza educadora en este proceso; educa a través de regulaciones de la vida de las clases subordinadas” [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 100].

A este respecto, nos advierte Hall, el punto de vista hegemónico define según sus propios términos el universo de sentidos posibles de un sector amplio de las relaciones sociales, de

modo que se otorga a sí mismo el sello de la legitimidad; es decir, se presenta como el único orden posible, como algo inevitable (1980: 9). Este orden social es asumido por una gran parte de la población que acaba identificándose con esa cultura dominante y asumiendo ese orden como algo natural; formando y sintiéndose parte de las instituciones que lo legitiman aun sin haber participado directamente en su constitución. Es así que la cultura dominante acaba siendo experimentada como propia por quienes no la producen y se convierte en la base de la ideología dominante [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 65]. Es esta, en definitiva, la forma de funcionar de la hegemonía, la cual, a través del poder, a través de discursos difundidos en gran parte por los medios de comunicación de masas, consigue que la gran mayoría de la sociedad llegue a un consenso entre lo que es socialmente aceptable y lo que no. Es por ello que, cuando ese orden es cuestionado por algún sector social no sólo es reprimido por el poder imperante, sino que es rechazado también por aquellas personas que se identifican, aun siendo también oprimidas por éste, con el modelo social hegemónico; siendo, ese cuestionamiento a menudo, contestado por ese consenso sin que las instituciones gubernamentales tengan necesidad de actuar.

Sin embargo, esto no significa que dejen de darse resistencias entre aquellos grupos que no aceptan tan abiertamente la hegemonía. De este modo, el conjunto de la población no siempre acepta estas regulaciones; y es en su oposición a ellas en las que actúan tanto quienes provienen del Sur como quienes tratan de ejercer su resistencia aquí en el Norte. Para ello desarrollan sus propios modos de vida. Y son estos modos de vida los que se estudian desde los estudios culturales con el fin de ofrecer herramientas no a la hegemonía, sino a esa resistencia. Son estos aspectos los que nos muestran en la obra de referencia *Rituales de Resistencia*, donde analizan esas formas culturales generadas por las subculturas juveniles de la Inglaterra de posguerra. Formas culturales que implican una respuesta rebelde a la configuración del orden social. Esta respuesta toma forma muchas veces dentro de los límites que le marca la propia cultura dominante. En este sentido, cabría recuperar de nuevo a Scott, quien analiza cómo esta cultura dominante ha de ofrecer a los grupos subordinados unas armas políticas con las que puedan defenderse en el ámbito público (2003: 152). Es sabiendo utilizar estas armas, haciéndolas suyas, cuando los grupos subordinados muestran su capacidad de resistir, nos dice. Pero se trataría esta de una resistencia enmarcada dentro del

Capítulo 1. Marco teórico

consentimiento, ya que, como veremos más adelante, es el propio orden hegemónico el que da las pautas que considera oportunas para que la protesta se lleve a cabo. Cuando estas pautas no se siguen, o bien se invisibiliza la protesta, o bien se criminaliza; pudiendo así ignorar o reprimir las demandas de los distintos movimientos en función de los intereses y del nivel de inconformidad o el apoyo popular mostrado. En este sentido, cabría cuestionarse, como lo hace Scott (2003), si la resistencia de los subordinados que es deliberadamente ignorada por las élites, o es nombrada de otra manera, se puede considerar como tal. Hecho que nos obliga a atender a la capacidad de quienes ostentan el poder para crear una realidad que se asemeje a sus intereses.

Criminalización e invisibilización son dos de las formas que adopta el poder para reprimir o eliminar la protesta. Una tercera vía incluiría los procesos de incorporación de aquellas tendencias sociales que no le es posible controlar, resignificando su propio entorno e identidad para ello. En este sentido, la cultura de la clase dominante tratará de englobar el resto de manifestaciones culturales como derivadas de su Cultura, sin atender ni admitir que exista una influencia mutua entre los distintos grupos que pretende englobar. Es este otro de los principales focos en que el grupo de los estudios culturales centra su atención. En estos procesos de incorporación se puede observar cómo los grupos subordinados oponen resistencia a esa hegemonía y cómo ésta va incorporando, poco a poco, estas culturas otras cuando no puede eliminarlas; proceso que Bauman ha llamado 'destrucción creativa' (2012: 11-12). Como veremos cuando analicemos el movimiento de okupación en Euskal Herria, también estos procesos se dan en este territorio.

Por otro lado, observamos que limitándose a usar las armas que desde el poder se les ofrece, los grupos subordinados corren el riesgo de no ir más allá en sus reivindicaciones. Y es aquí donde situamos al movimiento de okupación, movimiento que no sólo no acepta estas pautas, sino que se enfrenta directamente a ellas. Esto no significa que rechace las formas ofrecidas por la hegemonía. Muy al contrario, aprende también a utilizarlas. Ejemplo de ello sería el uso que hacen de las leyes, los vacíos legales que encuentran en ellas y que utilizan en beneficio propio, el reclamo que hacen de las supuestas concesiones ciudadanas que estas leyes ofrecen, etc., demostrando que esas mismas armas pueden ser utilizadas en contra del

sistema hegemónico, en un intento de buscar la deslegitimación social de éste y de colarse por las grietas que deja abiertas.

Sin embargo, no se limitan a utilizar estas armas. Buscan también otros métodos de lucha que van construyendo sobre la práctica. Así, al ver que las demandas no son satisfechas se opta por la acción directa: la toma de viviendas en desuso, algo que se contradice con el derecho a la propiedad privada. Para hacer uso del primer derecho citado y defenderse frente al segundo, se cuentan asimismo con medios legales y con el conocimiento de la ley. De este modo, se juega, como se ha comentado más arriba, con las propias armas que la hegemonía ofrece.

Pero no se trata sólo de utilizar sus propias armas, sino también de transformar sus propios conceptos, de ponerlos en cuestión y de otorgarles un sentido crítico. Algo que, como ya apuntamos más arriba, reivindica también Santos (2010) en su defensa de la recuperación de la conciencia crítica por parte de las Ciencias Sociales. El mismo autor destaca, en este sentido, la capacidad de los movimientos sociales de utilizar en un sentido contrahegemónico y con fines contrahegemónicos los instrumentos y conceptos hegemónicos. Recuperar estos sustantivos en sus acepciones críticas es, pues, un deber que tienen los movimientos sociales, señala; matizando que estos términos hegemónicos no son exclusivos de la hegemonía y que las distintas luchas sociales los pueden resemantizar transformado, así, sus significados.

Esta resemantización formaría parte de lo que Paul Willis (1981) denominó 'producción cultural'. Este autor parte de una crítica a las teorías de la reproducción social para señalar que las pautas culturales, actividades y actitudes no son fijas, sino que se encuentran en un continuo proceso de reelaboración. Así, presenta a las clases subordinadas como agentes activos cuya producción y reproducción cultural suponen una forma de resistencia al poder hegemónico, mostrando que estas clases no sólo no tienen que aceptar la cultura dominante, sino que son capaces de enfrentarse a ella generando una cultura propia.

Willis distingue, de este modo, entre cuatro categorías diferentes: 'producción social', 'reproducción social', 'producción cultural' y 'reproducción cultural'. Así, se refiere a Reproducción Social cuando habla “de la sucesión de las *relaciones* entre las clases sociales (y *no* de las clases mismas), en la medida en que estas relaciones son necesarias para la continuidad del modo de producción capitalista” (1981: 432). Esto significaría que la

Capítulo 1. Marco teórico

Reproducción Social permitiría mantener el orden social hegemónico. Sin embargo, los distintos grupos sociales, a partir de sus prácticas diarias, también producen cultura. Y es esta cultura la que el autor denomina como Producción Cultural. Así, nos asegura que “*Producción Cultural* designa, al menos en parte, el uso creativo de los discursos, los significados, los materiales, las prácticas y los procesos de grupo, para explorar, comprender y ocupar creativamente posiciones particulares en los conjuntos de posibilidades materiales que, en general, se hallan disponibles” (1981: 449). De este modo, operando con las posibilidades que le otorga la cultura dominante, los grupos subordinados van reelaborando significados hasta conseguir una cultura distintiva; hasta formar lo que los autores de *Rituales de Resistencia* han venido en llamar un 'mapa de significados', es decir, las estructuras de relación social y de significado que modelan la existencia colectiva de los grupos, limitando, modificando y constriñendo “la forma en la que los grupos viven y reproducen su existencia social” [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 63].

Así, al igual que la Reproducción Social reproduce el orden hegemónico, también la Producción Cultural transmite su mapa de significados, sus patrones de organización social y de relación, de generación en generación. Esta transmisión, esta herencia cultural, es a lo que Willis se refiere cuando habla de Reproducción Cultural. Así, “*Reproducción Cultural* designa el modo en el que este conjunto de procesos opera, en último término y efectivamente, para conceder una nueva vida a las creencias ideológicas y sociales, así como para reforzarlas” (1981: 449). Sin embargo, también este autor advierte que los grupos dominantes tratan continuamente de romper y eliminar la Producción Cultural del resto de grupos; Producción Cultural que se va conformando en las prácticas diarias de la gente, de manera informal. Sin embargo, cuando el grupo dominante no logra reprimir las prácticas de los grupos subordinados, las incorpora, como ya señalamos anteriormente, a sus prácticas de tal forma que hace desaparecer el valor subversivo que implican. Esta Producción Cultural, por su parte, implica un valor subversivo precisamente porque forma parte de las prácticas que los grupos subordinados configuran para resistir; para materializar su resistencia.

De modo que es a partir de esa Producción Cultural informal, de esas prácticas, de la narrativa construida en torno a ellas, que podemos llegar a entender cómo se forman las lógicas desde las que surge la contrahegemonía; desde las que se lucha contra el sistema. Y es

por esto por lo que nos parece especialmente sugerente el análisis que realiza Willis para aplicar sus formulaciones a los procesos culturales generados por el movimiento de okupación. Situar, como Willis indica, el punto de partida en el medio cultural nos permite entender cómo funcionan las lógicas del grupo, cómo se reproducen éstas y qué formas adoptan; ya que serán estas producciones culturales colectivas las que nos den la clave sobre cómo un grupo social toma conciencia de sí mismo y pasa a la acción; sobre cómo comienza su andadura hacia la emancipación.

En este sentido nos indica el mismo autor que es imprescindible atender, antes que a la lucha, a la formación de ese saber común que, a partir de la Reproducción Cultural, refuerza las creencias ideológicas y sociales de la Producción Cultural; esto es, las formas culturales creadas por éste, en relación con las posibilidades materiales de las que dispone, para hacer frente a la dominación. Una vez creadas esas formas culturales, la Reproducción Cultural, que es alimentada, en parte, en esos espacios francos creados por el grupo, permitirá el paso a la acción en esa búsqueda de emancipación antes mencionada; convirtiendo sus prácticas culturales cotidianas, como señalan Martínez y Casado, en terreno y fuente de prácticas políticas (2013: 30); cuestionando, así, ese orden social establecido y su forma democrática, forma que sólo permite protestar en las formas que la propia democracia establece.

El plantear que las prácticas cotidianas pueden transformarse en fuente de prácticas políticas nos obliga, una vez más, a retomar a Scott y lo que define como 'infrapolítica'. Para Scott es en estas prácticas cotidianas donde cobra vida la verdadera política de los grupos subordinados; en aquellos espacios que no se han tenido en cuenta como políticos porque no formaban parte del discurso público de estos grupos (2003: 277). Es por ello que distingue entre las formas abiertas, declaradas, de resistencia, que atraen más la atención, y la resistencia disfrazada, discreta, implícita, que comprende ese ámbito que denomina 'infrapolítica', es decir, "una resistencia que evita cualquier declaración explícita de sus intenciones" (2003: 300).

En el caso de la okupación, encontramos que actúa en ambos lados. Así, las formas abiertas de resistencia constituirían los actos públicos llevados a cabo por sus miembros, es decir, las okupaciones mismas cuando son reivindicadas, la resistencia ante los desalojos, los actos y okupaciones simbólicas, las manifestaciones; mientras que la infrapolítica se

Capítulo 1. Marco teórico

estructura en el día a día, en las prácticas cotidianas, aquellas que se realizan en esos espacios okupados y que no son reivindicadas como tal pero que subyacen en sus formas de hacer y que influyen también en sus relaciones sociales y en las de quienes les rodean. Así, mientras que las primeras prácticas han sido, cuando no silenciadas, demonizadas por el poder hegemónico y sus medios de comunicación, las segundas han ido penetrando de forma silenciosa en el grueso de la sociedad y están saliendo a la luz en forma de reivindicaciones en otros movimientos sociales no tan rupturistas, como veremos más adelante.

En este sentido, asegura Scott que estas formas cotidianas de resistencia no serían posibles sin tener en cuenta los espacios sociales en los que esta resistencia se alimenta y adquiere sentido. Es por esto también por lo que nos parece especialmente interesante recuperar a este autor; porque lo que él propone se corresponde, como veremos en los próximos capítulos, con lo defendido en esta tesis. Así, los espacios de socialización se tornan fundamentales también en el ámbito analizado; espacios que no son sino los lugares okupados en los que la gente se reúne y donde el discurso oculto va tomando la forma que adquirirá cuando se manifieste, finalmente, como público. Y es por ello que consideramos indispensable, junto con Scott, el análisis de estos espacios; porque como nos indica “sólo especificando cómo se elaboran y se defienden esos espacios será posible pasar del sujeto rebelde individual –una construcción abstracta- a la socialización de las prácticas y discursos de resistencia” (2003: 174). Así, haciendo acopio de lo defendido por Scott entendemos que para completar la visión del mundo que el movimiento de okupación tiene es necesario atender tanto a las formas políticas abiertas, a las manifestadas públicamente, como a las más íntimas, aquellas que pertenecen al ámbito de la infrapolítica. Es por ello que se analizarán las prácticas diarias de estos grupos para ver cómo se forma esa resistencia, para analizar cómo se genera ese conocimiento otro que da paso a la acción; ese conocimiento y esas interrelaciones que es lo vamos a considerar en este texto como cultura.

De este modo, siguiendo el legado de los estudios culturales, consideramos también aquí que la cultura se encuentra imbricada con todas las prácticas y manifestaciones de la actividad humana, como señala Hall (2010: 36); prácticas y manifestaciones que van configurando la historia de los grupos, la Producción Cultural de la que hablaba Willis, y que será después

reproducida por las siguientes generaciones. Es por ello que entendemos la cultura en el sentido que este autor le da; es decir, como

“un sistema relativamente coherente de acciones materiales y de sistemas simbólicos engranados que, con respecto a cada área, tienen sus propias prácticas y objetivos; y que estas prácticas y objetivos constituyen el medio ordinario de la vida social a través del cual, entre otras cosas, los agentes sociales desembocan en una conciencia colectiva, mediada y vivida, de sus propias condiciones de existencia y de su relación con otras clases” (Willis, 1981: 448).

Se considera, pues, la cultura como un imbricado de relaciones en continuo movimiento y no como unos patrones estáticos en los que el conflicto no tiene lugar. Desde el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos se muestra la cultura como una constante lucha en la cual se van transformando los patrones de conducta en función de los logros obtenidos en esa confrontación, de las reformulaciones de los distintos significados, tanto de los objetos materiales como de sus expresiones sociales, su sistema de creencias, etc., de tal modo que no se entiende la cultura como una única expresión del conjunto social, sino que cada colectivo va elaborando sus propias prácticas en relación a su posición y necesidades respecto al resto de la sociedad. En este sentido, coincidimos con los autores cuando dicen que la cultura dominante se representa a sí misma como *la* cultura, invisibilizando todas las demás manifestaciones culturales (Hall y Jefferson, 2014: 65).

Y es por esto mismo que no todos los grupos sociales son considerados por igual en el conjunto de esta sociedad; porque estas prácticas son también categorizadas junto con los grupos sociales que las desarrollan. Pero quienes elaboran esta categorización son, como señala Hall, quienes tienen el poder para hacerlo, expresando así los intereses que subyacen en ella. Así, como ya advirtiéramos al principio, no todos los grupos sociales se sienten identificados con esta categorización mostrando su rechazo a ciertos modelos de cultura que no se adecuan a sus ideales. Es este el caso, por ejemplo, de esa cultura que se promociona desde la Capitalidad Cultural que acoge la ciudad de Donostia en el año 2016. A este respecto, considero, debemos recurrir a otro de los principales autores de los estudios culturales y a un concepto que nos parece que define muy bien la sensación creada dentro de estos grupos. Me refiero aquí a las 'estructuras del sentir' planteadas por Raymond Williams.

Capítulo 1. Marco teórico

Según este autor, existe una tensión frecuente entre la interpretación admitida y la experiencia práctica, que tiende a diferir de la conciencia oficial. Esta experiencia práctica consiste así en una especie de sentimiento y pensamiento social y material que va tomando forma en la conciencia de la gente antes de manifestarse como algo articulado y definido (2000: 153). Este tipo de pensamiento es lo que Williams denomina 'estructuras del sentir', es decir, aquello que va fermentando en las prácticas de las personas antes incluso de tener conciencia de ello, antes de poder expresarlo con palabras; aquello que realizan porque creen que así debe ser aunque no puedan otorgarle una explicación racional. Así, es a partir de estas prácticas, de estas acciones, que se va configurando el pensamiento de estos grupos y no al revés. De modo que, aunque inicialmente compartan un común sentimiento de injusticia, una misma estructura del sentir, es a partir de los actos que se va generando su cosmovisión, dando paso a ese pensamiento colectivo y a esa identidad común necesaria para que surja el movimiento.

Pensamiento e identidad que, como ya se ha venido advirtiendo, no concuerdan con aquella conciencia oficial que se constituye como hegemónica, mostrando que existen distintos tipos de cultura: la oficial, la de las clases dominantes, y la popular, la de las clases subordinadas, la que se reclama desde quienes sienten que la otra es la cultura de las élites y no la suya. En este sentido nos señala E. P. Thompson que se muestra una visión demasiado consensual de la cultura popular, como si ésta también fuera homogénea. Nada más lejos de la realidad. Este tipo de cultura también está plena de contradicciones, fracciones y oposiciones, señala (1995: 19). Así, son estas contradicciones, estas fracciones y oposiciones, las que tratan de mostrar y analizar los miembros del grupo de estudios culturales. Y esto es lo que se tratará también de identificar en la tercera parte de esta tesis, en la que se mostrará cómo las prácticas llevadas a cabo por quienes participan del movimiento de okupación pueden desembocar en un tipo de cultura propia que va lidiando con la cultura oficial, transformándose así mutuamente. De este modo, la cultura de la okupación, sus prácticas, sus sentires, van cobrando forma a partir de la oposición a la cultura hegemónica, a partir de la oposición a las restricciones sociales impuestas por el gobierno, pero también por el conjunto de la sociedad que consiente ese gobierno, creando conflicto dentro de la misma; cuestionando no sólo a ese gobierno, sino también al propio ejercicio de su hegemonía.

1.2.2 ... para reubicarlos...

Llegados a este punto conviene retomar a autores como Santos (2006) o Escobar (2005), quienes nos aseguran, como ya señaláramos más arriba, que estas discrepancias entre hegemonía y resistencia se dan debido a que las expectativas sociales no se corresponden con las experiencias reales de las personas. La regulación social, pues, no se adecua a las expectativas de emancipación social que la modernidad pretendía, lo que, en vez de reducir, ha ampliado las distancias entre ambas, generando esa tensión insostenible que, según estos autores, requiere un cambio de modelo. Se trata pues de unas formas modernas que están en crisis, pero que demuestran que lo que está en crisis es el sistema en su conjunto (Santos, 2006). La causa de la crisis reside, según Santos, en el eurocentrismo de las ciencias sociales que, habiendo producido sus teorías desde tres o cuatro países del Norte, dejaron fuera a las sociedades coloniales y que, por lo tanto, no se adecuan a las realidades sociales del Sur (Santos, 2006: 15). Es por ello que reclama un nuevo modo de producción de conocimiento que reconozca que “la comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo” (Santos, 2006: 16) y que permita reinventar la emancipación social a partir del Sur; propone, pues, como ya dijéramos, descolonizar el saber para reinventar el poder.

Retomamos aquí este debate porque consideramos que convergen estos autores en ciertos sentidos con los teóricos de los estudios culturales, de modo que no es de extrañar que, como ya se ha comentado al inicio de este apartado, desde algunos sectores hayan rescatado la obra de Stuart Hall, quien trabajando en Inglaterra pero de origen jamaicano, comienza a cuestionar ya el eurocentrismo y el positivismo de las Ciencias Sociales. Se centran también desde el CCCS en aquellos grupos que han quedado en los márgenes y les reconocen la capacidad de producir sus propias formas culturales en su continua lidia con el poder hegemónico, mostrando que no solamente es válido aquello que desde el poder institucional se encomienda a la sociedad. Además, se ha señalado más arriba cómo el Centro de Estudios Culturales se encontraba en continuo diálogo con distintos grupos sociales, lo que le permitía ir modificando sus teorías para incorporar las críticas que recibía y cuestionar desde ellas. Y es esa necesidad de producir conocimiento desde la práctica lo que une significativamente

Capítulo 1. Marco teórico

estos dos paradigmas. Así, se propone desde América Latina retomar una universidad crítica con los grupos hegemónicos; retomar una Universidad que ha estado guiada en las últimas décadas por la ideología del desarrollo y que ha dejado de lado la producción de conocimiento crítico. Esta Universidad está emergiendo allí desde una postura comprometida con los movimientos sociales y con las necesidades del pueblo, revalorizando sus saberes y buscando caminos otros que no sigan el modelo del desarrollo y de la modernidad. Una Universidad que, siguiendo a Wallerstein, necesita florecer, y que no lo hará bien si se queda aislada de la praxis, de la participación en el movimiento y la actividad política (2012: 53), creando para ello, como también se indicara al inicio, teorías de retaguardia. Es en este sentido que propone Santos recuperar los sustantivos críticos. Pero recuperarlos de una manera particular; recuperarlos de forma que nos permitan pensar lo impensable; de forma que nos permitan “asumir la sorpresa como acto constitutivo de la labor teórica” (2010: 19). A este respecto propone este autor una forma particular de hacer sociología; una forma que permita detectar las emergencias y visibilizar las ausencias que el poder hegemónico occidental ha dejado de lado³. El objetivo de este tipo de sociología consistiría en acortar esa distancia entre expectativas y experiencia, entre regulación y emancipación social, aquello en donde Escobar veía un creciente desequilibrio. Y, como propone el mismo Santos, también entre Academia y Sociedad. Y es en base a esta forma de hacer sociología, antropología diríamos aquí, que se pretende en esta tesis visibilizar la experiencia del movimiento de okupación. No para que el movimiento se acerque a la Academia, sino para que la Academia se acerque al movimiento con la intención de aprender de él, de aprender de sus experiencias y de colaborar, en la medida de lo posible, en cumplir sus expectativas; con el fin de que la Academia pueda convertirse en esa herramienta de transformación social que, considero, debería ser.

Pero, ¿cómo nos hemos dado cuenta de que existen estas discrepancias, esta distancia? Sencillamente explicado (a pesar de ser consciente de que la explicación es todo menos sencilla), nos hemos dado cuenta porque asistimos a un momento histórico en que grupos sociales de muy diversa índole han comenzado a identificar los distintos modos de

3 Para una profundización en la 'Sociología de las ausencias' y en la 'Sociología de las emergencias' de Santos véase, entre otros, Santos, 2005, 2006 y 2010, donde expone cómo desde el poder hegemónico se genera lo que llama 'monoculturas' del saber, del tiempo, de la naturalización de las diferencias, de la escala dominante y del productivismo capitalista; y propone, para visibilizarlas cinco ecologías que permitan combatir esta producción de ausencias para transformarlas en presencias, en emergencias.

subordinación existentes y a unificar sus luchas para hacerles frente. Esto está mostrando que la crisis que nos habían calificado como financiera es, realmente, una crisis sistémica, como ya decíamos más arriba. Este hecho supone un cuestionamiento completo de la modernidad y de las formas que ésta ha adoptado para materializar su ideología. Y a este respecto la actuación de la Academia, como la del resto de instituciones, ha demostrado que la gente siempre va por delante de la regulación, de las leyes que pretenden tanto adaptar como controlar sus comportamientos; y que, más allá de acortar esas distancias, están colaborando en su incremento. Así, unas pocas voces críticas, no pudiendo ignorar esta nueva situación, están tratando de hacerse un hueco en ella para cuestionar y tratar de acortar este distanciamiento. Para ello retomamos a los autores citados y recurrimos a algunos de los conceptos que nos permiten analizar estas diferencias para intentar, con ellos, no sólo paliar las consecuencias, sino fomentar alternativas.

Así, asistimos, como decíamos, a una época en la que cada vez más sectores sociales a lo largo y ancho del mundo se han empezado a movilizar. A movilizar y organizar, cuestionando el orden social imperante, debido a que esta crisis sistémica en la que nos vemos sumergidos en vez de tratar de acortar esas distancias, las está incrementando, dejando cada vez más de lado las necesidades sociales de quienes la sufren. Esta situación ha derivado en lo que Santos ha denominado 'fascismo social'; concepto que nos resulta especialmente interesante porque describe la forma en que grupos sociales que se creían dentro del sistema, consintiendo en éste a pesar de no haber participado directamente de la elaboración del consenso, están siendo desplazados de él por quienes lo han planteado como naturalizado; mostrando que éste sistema, que este consenso, responde a los intereses de unos grupos que, aunque de ideología mayoritaria, son, en número, minoritarios. Así, describe este autor el fascismo social como “un régimen social de relaciones de poder extremadamente desiguales que concede a la parte más fuerte un poder de veto sobre la vida y el sustento de la parte más débil” (2010: 42). Distingue Santos dos formas de proceder en el fascismo social, el postcontractualismo y el precontractualismo. El primero de ellos haría referencia al “proceso por medio del cual grupos sociales e intereses sociales que hasta ahora fueron incluidos en el contrato social son excluidos de éste sin ninguna perspectiva de retorno”; encontraría aquí a las clases trabajadoras y populares, a quienes se está excluyendo del contrato social mediante la

Capítulo 1. Marco teórico

supresión de derechos sociales y económicos, es decir, gente que pierde su vivienda, pequeños productores y comerciantes, paradas, jubilados, etc. En el segundo de los casos, nos dice, el proceder del fascismo social consiste en “bloquear el acceso a la ciudadanía a grupos sociales que antes se consideraban a sí mismos candidatos de ciudadanía y que tenían la razonable expectativa de acceder a ella”; englobaría en este sector a jóvenes o inmigrantes, entre otros (2010: 43-44). Asegura, al mismo tiempo, que el fascismo social puede convivir perfectamente con la democracia política liberal; la sociedades son políticamente democráticas y socialmente fascistas, señala Santos.

De este modo, esos sectores sociales que están siendo excluidos del sistema, aquellos que están siendo privados de los derechos que el propio sistema les dice que tienen, han comenzado a movilizarse, convergiendo con aquellos sectores que ya venían buscando alternativas décadas atrás. Este proceso deriva, siguiendo una vez más a Santos, en un 'cosmopolitismo subalterno'; concepto que también nos resulta útil para describir lo que el mismo autor califica como 'globalización contrahegemónica'. El cosmopolitismo subalterno, consiste, nos dice Santos, “en el conjunto extenso de redes, iniciativas, organizaciones y movimientos que luchan contra la exclusión económica, social, política y cultural generada por la encarnación más reciente del capitalismo global, conocida como globalización neoliberal” (2010: 47). Es decir, todas aquellas formas mediante las cuales estos sectores están tratando de hacer frente a esas desigualdades generadas por un sistema injusto basado en los principios de la modernidad y el progreso.

En este sentido, señalan Martínez y Casado (2013) cuatro ejes principales a partir de los cuales la modernidad ha subordinado al resto de seres humanos que no formaban parte (aparente) del sistema. Estos ejes serían el capitalismo, el racismo, el patriarcado y el imperialismo. Y señalamos aparente, entre paréntesis, porque cabría indicar, que nada escapa a ese formato de sistema-mundo planteado por Wallerstein (2012). De modo que, como también anuncian desde el paradigma de la modernidad/colonialidad, la modernidad no habría alcanzado el formato actual si no hubiese actuado a partir de estos cuatro modos de explotación humana y natural. Cuestionar estas cuatro subordinaciones hace, pues, tambalear al sistema hegemónico, como apuntan Martínez y Casado (2013).

1.2.3 ... en un nuevo contexto emancipador

De este modo, los movimientos sociales comienzan a ser entendidos, a partir de este momento y bajo este nuevo enfoque, como procesos de aprendizaje donde se construyen prácticas y se establecen relaciones sociales, articulando y sistematizando sus saberes y experiencias para generar una nueva forma de conocimiento que permita pasar a la praxis, a la acción consciente; ya que, como señalan Martínez et al., “el movimiento autoconstruye y articula sus saberes para alimentar su proceso transformador emancipatorio” y constituirse, de esta forma, en sujeto (2012: 17). Se comienza a criticar también a partir de ahora el sesgo occidental que las teorías sobre los movimientos sociales han tenido hasta el momento, apuntado también la tendencia androcéntrica y objetivista de estos estudios. Y se propone, como ya se ha venido señalando, entender los movimientos sociales no como objetos de estudio, sino como sujetos; sujetos “que estudian la realidad, realizan aportes cognitivos para su comprensión, y se constituyen así en poderes de resistencia y lucha (también epistémica) frente a los poderes de dominación y la hegemonía ideológica que establecen” (Martínez y Casado, 2013: 7).

Así, nos indican desde el Instituto Hegoa dos razones por las que consideran que los movimientos sociales son sujetos estratégicos para el fortalecimiento de procesos de transformación social que permitan superar las relaciones de subordinación de unos sectores sociales sobre otros. Por un lado, nos dicen,

“son los movimientos sociales los agentes que plantean un cuestionamiento crítico de las formas y relaciones de dominación existentes en la sociedad; es decir, un posicionamiento colectivo de inconformismo y contestación respecto de las cosas que no funcionan satisfactoriamente, respecto de las relaciones que inferiorizan y discriminan [...]. Además de la crítica y la denuncia, son estos agentes colectivos los que buscan prefigurar, con su práctica y su trabajo auto-constitutivo, formas innovadoras de relación, de organización de la convivencia social y de la lucha política emancipadora” (Martínez et al., 2012: 32).

Por otro, al encontrarse en los márgenes del sistema social,

“viven, por lo tanto, cuestionando e interpelándose por los mecanismos que generan las situaciones de subordinación y sufrimiento que sufren o con las que empatizan; y así, [viven] en permanente re-inención o búsqueda recursiva de saberes, propuestas y prácticas de solución alternativas que no reproduzcan el mismo modelo que alimenta esos desequilibrios y asimetrías sociales. Todo ello les cualifica como referente para construir salidas emancipadoras a diferentes aspectos de las crisis que viven nuestras sociedades” (Martínez et al., 2012: 32).

Capítulo 1. Marco teórico

Podemos observar, pues, que para estos autores la transformación emancipadora comienza en las prácticas presentes, en la vida cotidiana; y plantean la emancipación en estos términos, es decir, a partir de la transformación misma de las prácticas cotidianas, tanto personales como colectivas, con el fin de producir cambios en las relaciones de poder opresoras existentes (Martinez et al., 2012: 16).

Y son estas prácticas cotidianas, aquello que Willis denomina Producción Cultural, traídas al ámbito de lo político, las que se observarán en esta tesis para entender cómo se va conformando esa lucha hacia la emancipación. Traemos así estas teorías al Norte hegemónico porque entendemos que también aquí surgen distintas respuestas que tratan de hacer frente a ese sistema; respuestas que se atreven a plantear alternativas y a considerar otras formas de organización posibles. Respuestas que se atreven a componer su propia filosofía y alternativas que adoptan la forma de movimientos sociales en proceso de emancipación, uniendo sus fuerzas en esa globalización contrahegemónica para hacer frente al sistema. Entendemos, pues, que existen periferias incluso dentro del mismo centro, dado que el fascismo social descrito por Santos se da también en él, traspasando unas fronteras que vemos ahora inexistentes.

Así, es en esta periferia del Norte hegemónico donde situamos al movimiento de okupación. De modo que bajo la premisa de que no sólo existen movimientos de emancipación en aquellas partes del mundo globalizado que la modernidad ha pretendido clasificar como 'fuera', entendemos que el mismo centro también cuenta con sus propias periferias desde donde se ensayan otras formas de hacer, desde donde se idean prácticas otras de transformación social. Efectivamente, no podemos analizar este movimiento con las categorías que requerirían los pueblos del Sur, porque también sus condiciones son otras. Sin embargo, consideramos que se pueden adaptar para analizar cómo surgen los procesos de emancipación aquí en el Norte, aplicando así lo que Santos califica como un proceso de traducción intercultural que permita poner en práctica una ecología de saberes (2010).

Consideramos, pues, el movimiento de okupación como uno de estos espacios de creación y transformación, dado que su propia forma de hacer a través de la okupación de edificios en desuso para realizar sus actividades supone ya una transgresión de las normas establecidas. En su lucha contra la propiedad privada, lucha que se lleva a cabo a partir de la acción directa,

muestran ya un desacuerdo con el sistema imperante. Es por ello que consideramos también que se trata de un sujeto político activo que reivindica sus actos, sus posiciones, su ideología; se trata de un colectivo que se enfrenta directamente al poder hegemónico a través de sus acciones, de un colectivo que ha roto el silencio y que ha penetrado en el discurso público, llegando, en ocasiones, incluso a transformar la agenda política y a penetrar sus prácticas en el grueso de la sociedad.

Pero no se trataría sólo de salir de lo que Scott (2003) llama discurso oculto a partir de actos reivindicativos o simbólicos, sino que el movimiento muestra en sus prácticas diarias otra forma de hacer las cosas, un rechazo a la sociedad hegemónica en la que se ve inmiscuido y que trata de cambiar día a día. Y estas prácticas diarias son las que acaban constituyendo una cultura propia, “se trata, en última instancia, de dónde y cómo la gente experimenta sus condiciones de vida, las define y responde a ellas” (Hall, 2010: 37). Así, entendemos que la formación e identidad son imprescindibles para lograr la liberación, pero que ésta no puede darse en la esfera pública sino se da primero en los ámbitos más personales, ya que, de no ser así, reproduciría de nuevo aquellas opresiones contra las que ha estado falsamente luchando. La emancipación ha de darse, pues, en todos los ámbitos, o no logrará ser emancipadora.

Así, estas prácticas cotidianas de las que hablamos comparten un aspecto común. En su intento de transformar la realidad desde su vida diaria insertan el mensaje mismo en la acción. Y es la suma de esas acciones lo que permite a los grupos liberarse primero dentro del propio colectivo para, después, buscar la emancipación en el ámbito social. De este modo, la cotidianidad se convierte en el principal ámbito de lucha en ese camino hacia la emancipación.

Pero como ya señaláramos, no podemos aplicar los mismos atributos a los movimientos del Norte y a los movimientos del Sur, dado que sus características y condiciones son otras. Encontramos así que mientras que desde el Sur se nos habla de emancipación, término que hace referencia a la liberación, en el Norte se escucha más la palabra empoderamiento, concepto que alude a ir alcanzando mayores cuotas de poder, pero que no por ello implica la desaparición y superación que estas relaciones de poder conllevan. Recuperamos, en este sentido a Bauman, quien nos dice que el empoderamiento “se consigue cuando las personas adquieren la capacidad de controlar (o, cuando menos, de influir significativamente en) las

Capítulo 1. Marco teórico

fuerzas personales, políticas, económicas y sociales que, de otro modo, zarandearían continuamente su trayectoria vital” (2012: 165). De modo que el empoderamiento tendría cabida en la cotidianidad de la gente y en su negociación de espacios de poder con los grupos dominantes. Sin embargo, el hecho de que ciertos colectivos sociales se empoderen no tiene por qué subvertir las relaciones de poder existentes.

Estos procesos tienden a darse en el Norte en forma de lo que se ha llamado 'participación ciudadana', proceso mediante el cual la gente puede decidir sobre los asuntos sociales en los que se ve inmersa, pero sin llegar a cuestionar en profundidad las bases del sistema. Es decir, se les permite jugar dentro de un juego prediseñado en el que las opciones son amplias, formando parte de ese amplio abanico que la hegemonía tolera del que hablaban Scott o Hall; pero no se les permite idear otro juego posible; juego que podría dar paso a esa emancipación social. Se permite, así, elegir entre opciones dadas pero no plantear nuevas, ni cuestionar las viejas. Sin embargo, desde nuestro planteamiento consideramos que el proceso de empoderamiento es fundamental para lograr la emancipación⁴. Por un lado, siguiendo las reglas del juego que nos proponen se puede influir en él, adquiriendo, desde las propias formas del sistema, competencias sociales hasta el momento negadas; por otro, el adquirir estas competencias posibilita el reforzamiento del grupo, de tal modo que éste se verá, en un momento dado, capacitado para pasar a la acción sin necesidad de atender a la regulación social a la ha venido siendo sometido y que le ha mantenido subordinado al poder hegemónico; capacitado, pues, para que sus experiencias comiencen a asemejarse a sus expectativas.

Podríamos decir, así, que a través del empoderamiento, de esa participación en el juego del sistema que, sin embargo, les permite buscar ese revés, los grupos pueden llegar a tomar conciencia para sí mismos, permitiéndoles esto comenzar su proceso de liberación. A este respecto, es reseñable el proceso participativo llevado a cabo en Gernika en torno a la okupación de la antigua fábrica de armas Astra, recogido en Martínez (2014), quien también participó del proceso. En el mismo, son los propios colectivos de la localidad quienes piden apoyo a una institución como la Universidad del País Vasco con el fin de subvertir las

4 A este respecto es interesante el análisis que hacen Javier Encina y Ainhoa Ezeiza sobre la capacidad de desempoderarse con el fin de no reproducir, desde el empoderamiento, las formas de poder existentes. En Encina, Javier y Ainhoa Ezeiza (coords.) (2017). *Sin poder. Construyendo colectivamente la autogestión de la vida cotidiana*, Huarte, Volapük.

relaciones de poder y poner en marcha un verdadero proceso participativo respecto al uso del espacio. En esta primera fase de empoderamiento es, pues, fundamental hacer propios los recursos del sistema, hacer propios los conceptos y, como diría Santos, resignificarlos. En el caso de Astra se muestra cómo el apoyo de una institución como la universidad puede tornarse fundamental para lograr la legitimidad, posibilitando que la iniciativa social sea respetada y apoyada por otras instituciones. Al mismo tiempo, la misma universidad cumple, como señala Martínez (2014: 35) con su función de responsabilidad social y servicio público, haciendo su aportación y transfiriendo su conocimiento a los sectores populares. El caso de Astra muestra, de este modo, que la participación y los procesos participativos contribuyen, efectivamente, al empoderamiento de los colectivos, pero siempre y cuando las iniciativas partan desde la propia ciudadanía y las instituciones estén dispuestas a dejar que ésta tome las riendas.

Por otro lado, esta apropiación de los conceptos converge en lo que Stuart Hall ha llamado lectura oposicional. Así, nos señala el autor que “uno de los momentos políticos más significativos [...] es aquel en donde los acontecimientos que son normalmente significados y decodificados de manera negociada comienzan a ser objeto de una lectura oposicional. Es aquí que uno encuentra la ‘política de la significación’: la lucha en el seno del discurso” (Hall, 1980: 10). Lucha a la que haremos alusión en la tercera parte de esta tesis cuando analicemos el uso que el movimiento de okupación realiza de los medios de comunicación, así como de la forma en que estos medios presentan al movimiento.

Así, es en este momento de resignificación, de apropiación de los términos, cuando el empoderamiento se comienza a transformar en proceso de emancipación. En este proceso la formación adquiere un papel fundamental, como muestran los casos analizados por Martínez y Casado, que han trabajado de cerca con La Vía Campesina y la Marcha Mundial de las Mujeres, así como con otros colectivos de Euskal Herria. Se trataría de recuperar, pues, esa conciencia crítica para ponerla al servicio de la emancipación, tanto en el Sur como en el Norte. Y recalamos en el Norte, porque, tal y como nos señalan los mismos autores, no hay que olvidar que de la modernidad, a partir de esa conciencia crítica, también han surgido muchas luchas emancipadoras críticas con el sistema, como pueden ser la luchas feminista, antirracista, socialista, anarquista, ecologista o antimilitarista, que, con sus prácticas, tratan de superar las situaciones de opresión y desigualdad. Así, añadiremos, por nuestra parte, el

Capítulo 1. Marco teórico

movimiento de okupación a este listado. Sin embargo, nos advierten, para superar cualquier forma de subordinación deberán entrar en contacto con las experiencias de los pueblos colonizados, dado que como ya señaláramos, los procesos de emancipación han de tener en cuenta y luchar al mismo tiempo, a fin de ser efectivos, contra todas las opresiones existentes. Es por ello que la emancipación es un proceso en el que se van incorporando todas esas resistencias. Como veremos a lo largo de los capítulos que siguen, también la okupación trata de hacer frente a varios aspectos a la vez. De hecho, sus espacios okupados sirven, generalmente, como aquellas 'zonas de contacto' mencionadas por Santos⁵; zonas que se corresponden también con aquellos 'espacios francos' mencionados por Francesca Polletta, es decir, “áreas de interacción social donde los detentadores de determinadas visiones del mundo refuerzan la solidaridad mutua y experimentan con estilos de vida alternativos” (en Della Porta y Diani, 2011: 173). Y que no son sino esos espacios okupados (viviendas, centros sociales, gaztetxes en el caso vasco) donde se crean lugares no sólo de encuentro o de vivienda, sino de campamento base para multitud de movimientos sociales. Alrededor de estos espacios convergen infinidad de movimientos para poner en común sus impresiones y llevar a cabo sus prácticas, lo que supone, también, el refuerzo del movimiento mismo a través del intercambio de experiencias. Así, partiendo de la propia reutilización de edificios en desuso y su rehabilitación de forma voluntaria por parte de quienes integran los colectivos que frecuentan estos espacios, encontramos que las actividades propuestas claman contra la mercantilización de la cultura y a favor de la resistencia a esa sociedad líquida que plantea Bauman como característica ineludible de la modernidad (2012). Estos espacios permiten, así, reforzar y cohesionar los lazos personales y convertir éstos en una de las principales armas de las luchas llevadas a cabo.

Todas estas luchas tendrán que ser, por lo tanto, paralelas, señalan desde el paradigma de la modernidad/colonialidad (Santos, 2010; Martínez y Casado, 2013). Ninguna lucha hacia la emancipación podrá tener éxito si no se lleva a cabo en todos los ámbitos sociales; en aquellos ámbitos señalados ya unas líneas más arriba: las luchas anticapitalista, anticolonialista, antipatriarcal y antiimperialista habrán de ser una. Y para ello será desde las prácticas

5 “La construcción de coaliciones para profundizar en la globalización contrahegemónica presupone la existencia de zonas de contacto, concebidas como campos sociales donde diferentes movimientos/organizaciones se encuentran e interactúan con el fin de evaluar recíprocamente sus aspiraciones normativas, sus prácticas y saberes”, nos dice (Santos, 2005: 158).

cotidianas donde se ensayan esos modelos contrahegemónicos, esas prácticas cotidianas que acostumbran a estar atravesadas por estas cuatro lacras, desde donde se deberá enfocar el principio de la lucha. Analizaremos, pues, el movimiento de okupación en función de su repuesta a estos aspectos, teniendo en cuenta todo lo anteriormente expuesto, para discernir si sus prácticas culturales constituyen un proceso de emancipación; para advertir si logran desvincularse mediante ellas de aquello que la hegemonía ha puesto tanto empeño en hacer interiorizar al conjunto de la sociedad. Para descubrir si, como Juan Salvador Gaviota, sus esfuerzos les permiten ir al lugar y al tiempo que deseen.

En este sentido, deberemos atender, como señalan los autores de los estudios culturales, siguiendo una vez más a Gramsci, tanto a los movimientos orgánicos de la sociedad, es decir, a los relativamente permanentes, como a los coyunturales, esto es, los ocasionales, los casi accidentales, con el fin de encontrar la relación correcta entre ambas; con el fin de identificar cómo surge el movimiento analizado [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 62], tarea que asumiremos en el apartado segundo de esta tesis. Antes, sin embargo, nos gustaría realizar un último apunte; una pequeña aportación que entendemos como una de las próximas luchas a considerar y que podría abrir las vías para una posible investigación y acción futura.

1.3 A MODO DE APUNTE. DE LA DEFENSA DEL TERRITORIO A LA LUCHA CONTRA LA GENTRIFICACIÓN

Nos sugieren Jorge Dieste y Ángel Pueyo, en uno de sus textos sobre el movimiento de okupación, la idea de que los grandes proyectos urbanos llevados a cabo en distintas ciudades están enfocados a potenciar lo que llaman 'ciudad-vitrina', es decir, ciudades en las que los esfuerzos se han concentrado en potenciar unos aspectos concretos para reforzar su imagen y presencia frente a un contexto internacional, organizando para ello grandes ferias y eventos (Dieste y Pueyo, 2003). Señalan como ejemplo de ello la Exposición Universal de Sevilla o los Juegos Olímpicos de Barcelona, entre muchas otras. Este tipo de estrategias, orientadas a atraer la inversión de capital extranjero a partir del cada vez más rentable negocio del turismo, y que se presentan como una inversión global para obtener un beneficio local, tiene serias

Capítulo 1. Marco teórico

consecuencias en la ciudadanía y en las ciudades en las que se aplican. Apuntan estos autores a una de ellas, los costes que son asumidos por sus habitantes para el disfrute de las élites. Hay, sin embargo, más; muchas de las cuales quedan ocultas tras el esplendor que el beneficio produce a esas élites.

El fomento de las ciudades marca está orientado directamente al consumo. La creación de grandes eventos, de exposiciones universales, de capitalidades culturales, supone un paso más en la puesta en marcha de la ideología neoliberal; la comercialización de la ciudad se convierte, como consecuencia, en la mercantilización de la vida. Así, “el resultado a corto plazo de estos mega eventos puede ser la inyección de miles de millones de dólares en la economía local, aunque los costes para los ciudadanos normales (en forma de atascos de tráfico, recortes en los servicios públicos y precios más altos) han sido notablemente subestimados [...], ciertos costes (como la alteración de los barrios) simplemente no se contabilizan”, nos advertían ya a mediados de los años '80 John R. Logan y Harvey Moloch, cuando comenzaron a vislumbrar que la ciudad estaba siendo transformada en una gran máquina de crecimiento, cuestionando también su mercantilización y la consecuente transformación de los valores de uso de una mayoría en los valores de cambio de unos pocos (1987: 185).

Como ya se ha indicado al principio de este texto, esta investigación se lleva a cabo mientras la ciudad de Donostia está celebrando su Capitalidad Cultural Europea. Este título hace renacer un debate sobre la cultura en la ciudad, causando una confrontación entre las élites y quienes defienden una cultura más popular. Sin embargo, tomando la cultura como punto de partida, lo que se está defendiendo desde los sectores populares es un modelo social. Un modelo que se sustente sobre las necesidades reales de la ciudadanía; modelo que conlleva no sólo unas manifestaciones culturales que representen a la misma, sino unas bases más igualitarias, más equitativas; en definitiva, más sociales. Este modelo choca con el presentado por el poder gubernamental, en el que prima la obtención de beneficio, la toma de decisiones vertical, la satisfacción de las necesidades de unos pocos. De este modo, comienza a cuestionarse en estos círculos críticos qué consecuencias tendrá la capitalidad en la población y en la transformación urbana. Así, asistimos en el breve periodo de un año a la construcción de numerosos hoteles en algunos de los sitios más emblemáticos de la ciudad, a la subida de

los precios tanto de la hostelería como de los alquileres, a la masificación de las calles. Y nos preguntamos si ser protagonistas y representantes de la cultura europea por unos meses será tan beneficioso como nos han intentado hacer creer.

La subida de los precios, sobre todo en materia de alquiler; la dificultad para encontrar un piso en el que vivir durante los doce meses del año, ya que es más rentable alquilárselo a turistas por una semana durante los meses de verano que a alguien afincado en la ciudad por un mes; el no poder pasear tranquilamente por tus calles porque sientes que ya no perteneces a ellas; el encontrarte continuamente rodeado de turistas, carteles publicitarios y tiendas de referencia internacional, invisibilizando el poco pequeño comercio que no ha sido aun eliminado; han conseguido que la palabrota de la gentrificación, desconocida hasta el momento, comience a ser debatida también entre estos sectores de la población que comienzan a verse excluidos. Este tema llega demasiado tarde a mi investigación. Sin embargo, comparte con ella un aspecto esencial: la problemática del acceso a la vivienda y del modelo social que se pretende construir. De este modo, aunque no es éste el eje de esta tesis, sí me gustaría dedicar un pequeño apartado a su presentación al considerar que la okupación puede suponer no sólo una forma más de resistencia a este proceso que entendemos como la representación del máximo exponente del liberalismo urbano, sino una alternativa a él. Lo consideramos así, por un lado, por su crítica directa, mediante la okupación de edificios, a la privatización de la vivienda y a la especulación que con ella se hace; por otro, porque desde sus prácticas cotidianas, desde todas aquellas luchas que en torno a la okupación se han venido llevando a cabo durante estos últimos treinta años, sospecho que se puede contribuir a la creación de un modelo de ciudad más convivencial, término que tomo prestado de aquella sociedad presentada hace ya más de cuarenta años por el teólogo, filósofo y crítico Ivan Illich.

Aunque nos señala Neil Smith, uno de los más tempranos estudiosos de la gentrificación, que ésta tiene precedentes ya en la remodelación urbanística de París llevada a cabo tras la Revolución Francesa por el barón Haussmann, así como en algunas otras ciudades a lo largo del siglo XIX, esta práctica comienza a darse con más frecuencia en la posguerra del mundo capitalista avanzado. Sin embargo, el término se acuña por primera vez en 1964 en un texto de Ruth Glass en el que describe el proceso de renovación de viviendas en el barrio de Islington, Londres, y el consecuente desplazamiento de sus habitantes de clase obrera. Neil Smith

Capítulo 1. Marco teórico

comienza a interesarse por este tipo de fenómenos ya en la década de los '70. Pero no es hasta que Rosalyn Deutsche y Cara Ryan analizan en profundidad, en 1984, cómo la introducción de galerías de arte en el Lower East Side de Manhattan influye de forma terriblemente negativa en la población local, que no se empieza a tomar en serio este tipo de intervenciones urbanas.

Tal y como nos explican desde el Observatorio Metropolitano de Madrid, “su raíz etimológica en inglés hace referencia a la *Gentry* (clase rentista rural británica) que en su acepción urbana corresponde con la clase media-alta (profesionales, *managers*, etc.) capaces de pagar los aumentados alquileres de las casas renovadas de los barrios populares” (OMM, 2015: 19; nota a pie de página, 2). Se observa, de este modo, que la propia palabra tiene connotaciones de clase y, los afectados por ella, acaban considerándola una palabrota. Nace, pues, con una acepción crítica en la que se toma como punto de partida y de análisis el desplazamiento que este proceso provoca en las clases bajas. Así, nos advierte Smith que aunque el proceso de gentrificación surja como una 'anomalía esporádica', se ha generalizado como parte de una estrategia urbana que, según este autor, “toma el relevo de las políticas públicas urbanas liberales”; políticas que están perfectamente interconectadas con los circuitos globales del capital y de la circulación cultural (Smith, 2002: 245).

En este sentido, desde el Observatorio Metropolitano de Madrid se subraya que “más allá de la apelación al *glamour* de la producción artística y a un deseo personal de vivir en un entorno seductor y estimulante, la gentrificación es ante todo una operación de mercado dirigida a revalorizar los centros urbanos por medio de la entrada de nuevos habitantes de rentas más altas. La atracción de las clases medias-altas por los barrios gentrificados produce la transformación tanto de su aspecto externo como de su composición social y sus funciones económicas” (OMM, 2015: 19). Es por ello que, preocupados por las consecuencias de este proceso, este colectivo edita el pasado 2015 una compilación en forma de diálogo de los textos más críticos sobre el uso del término y la aplicación del mismo; libro que titulan *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*. En él nos muestran cómo también aquí, al igual que se criticaba en los anteriores apartados, la ideología neoliberal ha ido penetrando en la Academia y desplazando de ella las perspectivas críticas que consideraban la gentrificación como un proceso negativo para la clases sociales más

desfavorecidas, para acabar centrándose los debates en aquellos aspectos que resaltan los beneficios del proceso.

No es este el lugar para hacer un análisis detallado de esta contienda ni para explicar en profundidad cómo funciona el fenómeno (tarea que ya asume Neil Smith en su obra *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*). Sin embargo, sí nos gustaría destacar varios aspectos de todo ello, dado que consideramos que tienen una relación bastante estrecha con algunos de los puntos que se tratan en esta tesis.

La expulsión de las perspectivas críticas de los análisis sociales es un fenómeno que ha acontecido también a nivel global y, como puede observarse, en todos los ámbitos de la producción académica. La economía neoliberal no sólo ha calado en el círculo económico, si entendemos éste como aquel en el que se da la producción y el intercambio de bienes y servicios. Su alcance abarca la completud de la vida, penetrando en todas las formas sociales existentes y mostrando, de este modo, que la economía no es sólo aquello que puede ser contabilizado en función del beneficio obtenido según las normas del mercado. Se nos presenta, así, la economía como un conjunto de relaciones sociales y productivas dirigidas a la satisfacción de las necesidades humanas a partir de los recursos disponibles; recursos tanto materiales como sociales, algo que no contempla la ciencia económica. Cuando una forma económica atraviesa de tal manera todos estos ámbitos de la vida deja de ser un mero sistema económico, una forma más de organización de los recursos, para pasar a convertirse en una ideología. La ideología neoliberal, disfrazada de forma de organización de los recursos disponibles, se va apropiando, poco a poco, de nuestra forma de entender el mundo y de las relaciones sociales que en él llevamos a cabo. De este modo, va introduciéndose también en los círculos más críticos para acabar desplazando a quienes aún se resisten a penetrar en sus lógicas. Es este, también, el caso de los análisis acerca de la gentrificación.

Sin embargo, un grupo de teóricos comienza a cuestionarse esta situación a partir de la primera década del nuevo siglo, cuando en sus investigaciones observan cómo el foco de interés de los estudios acerca de la gentrificación ha ido desplazándose desde el análisis de los efectos producidos en quienes han sido desplazados por el proceso, al análisis de los agentes que lo justifican. En este sentido, observan también cómo se ha ido redefiniendo el término hasta convertirse en sinónimo de 'reurbanización' o 'regeneración urbana' con el fin de

Capítulo 1. Marco teórico

eliminar de la palabra las connotaciones de clase ya señaladas. A este respecto, considera Smith que ambos vocablos conllevan el mismo proceso y que es necesario visibilizar y cuestionar este disfraz. Es necesario, pues, recobrar la gentrificación como una palabrota, ya que, como apunta Tom Slater, la expulsión de estas perspectivas críticas tiene serias implicaciones para las personas expuestas a la gentrificación, por lo que su recuperación “es esencial para que los desafíos políticos al proceso puedan ser eficaces” (Slater, 2006: 107). Plantear, de este modo, el desafío a la política desde la Academia significa, a su vez, recuperar los sustantivos críticos en el sentido en que indica Santos.

Señala Slater que hasta finales de la década de 1980 la gentrificación era intensamente criticada por la Academia. “La literatura académica estaba caracterizada por una creciente sofisticación teórica con la que los investigadores trataban de entender las causas del proceso, y esto era a menudo una respuesta a la clara injusticia del desplazamiento de los residentes de clase trabajadora, y al papel nada inocente de las instituciones público-privadas”, nos dice (2006: 113-114). Para recuperar este debate propone plantearlo desde una perspectiva política en la que se analicen los objetivos de las políticas urbanas; perspectiva que desafíe los verdaderos efectos de la gentrificación. Así, habría que empezar a considerar de nuevo el proceso como un problema y no como una solución a la pobreza y al deterioro urbano; aspecto este último en el que se han centrado quienes defienden su implementación, tanto desde el poder como desde la generación de conocimiento.

En este sentido, apunta también Smith el oportunismo del proceso y la posición de clase de quienes lo investigan. El hecho de que se haya eliminado del análisis a las clases más vulnerables, precisamente a las afectadas por el proceso de gentrificación, implica un claro posicionamiento político y un interés subyacente. “Los análisis culturales tienen lugar ‘en el mundo’”, nos dice, “y el lujo de omitir la violencia de la gentrificación de nuestro ámbito [el académico] es un lujo político que nace de los privilegios de raza y clase” (y género, añadiríamos aquí) (Smith, 2012: 93); lujo que puede permitirse la invisibilización de quienes no pertenecen a su grupo social.

También Loïc Wacquant denuncia el olvido de la clase trabajadora en los estudios sociales. Así, apunta, todo este olvido forma parte de “un patrón más amplio de *invisibilidad de la clase trabajadora* en la esfera pública y en la investigación social de las últimas dos

décadas” (2008: 146). Décadas que coinciden con la introducción de la ideología neoliberal en todos los ámbitos de la vida social, pero, sobre todo, en el papel de un Estado fuertemente influenciado por sus lógicas. Así, nos señala que éste ha pasado de ser “garante de cierta cobertura social para las poblaciones de bajos ingresos a facilitador de instalaciones y servicios empresariales para urbanitas de clase media y alta” (2008: 146). En este sentido, señala Slater que el papel de ese mismo Estado se ha basado en la difusión de la 'mezcla social' y de la idea de la vivienda en propiedad para obtener beneficio mediante las nuevas políticas urbanas y de vivienda (2006: 131). Para ello se traslada a personas de las clases medias a zonas de clase trabajadora; nunca al revés, apunta. Sin embargo, esta mezcla social pocas veces se da, ya que este traslado acaba derivando en el aumento del nivel de vida de la zona, lo que obliga a las clases trabajadoras a desplazarse a otros lugares más baratos. Así, “la gentrificación disfrazada como ‘mezcla social’ es un excelente ejemplo de cómo la retórica y la realidad de la gentrificación han sido sustituidas por un lenguaje discursivo, teórica y políticamente diferente consistente en desviar las críticas y las resistencias” incide Slater (2006: 133).

Una de las formas para revalorizar los centros urbanos es, como ya se ha advertido, la constitución de la ciudad en un producto avalado por el respaldo internacional. Así asistimos en los últimos tiempos a transformaciones urbanas inducidas en pos de ser futuras sedes de Exposiciones Universales, Juegos Olímpicos o Capitales Culturales. En el contexto español el año 1992 fue el máximo exponente de la liberalización urbana. Mientras Madrid celebraba su Capitalidad Europea de la Cultura, Barcelona acogía los Juegos Olímpicos y Sevilla se convertía en sede de la Expo Universal; al tiempo que se celebraba el V Centenario de la conquista de América. Este fue el paso que desde el gobierno de Felipe González se dio para mostrar al público internacional que España también era contemporánea y europea; que había dejado atrás su régimen dictatorial y autárquico y que se había abierto al mundo. Este paso fue fuertemente contestado por amplios sectores sociales. Sin embargo, esta protesta obtuvo una respuesta aun más dura por parte del poder gubernamental, con numerosas detenciones y represalias, extranjeros deportados e incluso disparos de fuego real en una manifestación contra todo este montaje en Sevilla; situación que derivó en la consigna “Expo para los ricos, balas para los pobres”.

Capítulo 1. Marco teórico

La celebración de estos acontecimientos supuso grandes transformaciones en las urbes de Sevilla, Madrid y Barcelona. Aunque las protestas fueron numerosas las autoridades gubernamentales no las tuvieron en cuenta. Entre quienes se oponían a estas celebraciones se encontraban gentes de toda la península que se desplazaron a los lugares indicados para manifestarse. Pero también se contó con gran procedencia del extranjero, sobre todo en lo que concernía a la celebración del V Centenario, donde fue especialmente notable la presencia centro y sudamericana. Los colectivos que se manifestaban contra estas intervenciones urbanas fueron también numerosos y variados; ecologistas, feministas, antimilitaristas, defensores de los derechos indígenas, estaban en sus filas. Entre ellos también gente del movimiento de okupación se trasladó a Sevilla y Barcelona para mostrar su rechazo. Vislumbraban ya que la especulación urbana iba más allá de la revalorización del suelo que pisaban y empezaba a mostrarse como la venta directa de la ciudad. Las protestas fueron fuertes pero no lograron parar la máquina de crecimiento en que se transformarían las urbes en los próximos años; máquina que las convertiría en el campo de batalla entre el valor de uso y el valor de cambio del suelo.

Este hecho no es nada nuevo. Ya recoge Eduardo Mendoza los cambios que acontecieron en la ciudad de Barcelona entre las dos Exposiciones Universales realizadas en los años 1888 y 1929 a través de las andaduras de Onofre Bouvila, personaje principal de su novela *La ciudad de los prodigios*. Estos eventos, pues, traen cambios y provocan especulación en las ciudades desde que, como hubiera dicho José Saramago, el mundo es mundo. Sin embargo, apuntan los críticos de la gentrificación que desde las décadas de 1960 y 1970 ésta adquirió la forma de respuesta a la serie de transformaciones globales que tuvieron lugar a partir de la expansión económica de los '80. “La reestructuración de las economías nacionales y urbanas de los países capitalistas desarrollados hacia el sector servicios, el ocio y el consumo; y la emergencia de una jerarquía global de ciudades a escala mundial, nacional y regional (Sassen, 1991). Estos cambios han hecho que la gentrificación pasara de ser una preocupación relativamente marginal en un cierto nicho de la industria inmobiliaria, a convertirse en la vanguardia de la transformación urbana”, señala Smith (2012: 38). Y en este contexto, las exposiciones universales, capitalidades y demás titulaciones juegan un papel fundamental como excusa para llevar estas transformaciones a cabo. Recalca el mismo autor, así, que “la

gentrificación como estrategia urbana global es la expresión consumada de un urbanismo neoliberal que moviliza las demandas de la propiedad individual a través de un mercado lubricado por las subvenciones estatales” (Smith, 2002: 268).

De este modo, nos dicen desde el Observatorio Metropolitano de Madrid, las ciudades se han convertido también en mercancías y sus estructuras han adquirido valores de mercado a partir del comercio y del turismo (OMM, 2015: 18); todo lo cual conlleva una competitividad idéntica a la que se desarrolla entre las distintas empresas para promocionar sus productos. Y, junto con las características propias de la ciudad (como pueden ser, por ejemplo, las físicas), la cultura se convierte en centro de esta mercantilización.

En este sentido, destaca Jamie Peck el surgimiento de lo que Richard Florida, en su obra *The rise of the creative class: and how it's transforming work, leisure, community and everyday life*, ha llamado 'clase creativa'. Supondría esto el surgimiento de una nueva clase social que, a partir de sus creaciones artísticas, se convertiría en el motor del desarrollo económico de las ciudades. Lejos de elogiar esta idea de Florida, Peck analiza cómo el intento de atraer a este tipo de personas a sus ciudades ha provocado nuevos modos de gentrificación y la subordinación del resto de clases a los gustos y necesidades de los 'creativos'. Nos advierte, así, que “el incremento de las subvenciones públicas a las artes, los espectáculos de calle y la rehabilitación de las fachadas urbanas, con la esperanza de obtener ‘retornos’ en forma de gentrificación e ingresos por turismo, corre el riesgo evidente de que tales atracciones pretendidamente originales terminen constituyendo su propio grupo de establecimientos anodinos” (Peck, 2005: 70), perdiendo, de este modo, la verdadera esencia de las ciudades en las que toma forma este proceso. Apunta, además, algunos de los efectos secundarios de estas ciudades creativas, como puede ser el subempleo, presentándolo como un escalón que cualquiera que se esfuerce en pertenecer a la clase creativa puede subir. Quien no lo logra no es por falta de oportunidades; es por falta de talento, sugeriría el modelo de ciudad creativa.

Este modelo se adaptaría, así, al modelo de comercio neoliberal, donde el emprendizaje y la falta de compromiso con el lugar y con la comunidad que lo habita se tornan característica, continúa Peck, fomentando un determinado modelo de consumo y de consumidor (2005: 96). Esa clase de consumidores, por su parte, no se corresponde con las clases obreras, sino con

Capítulo 1. Marco teórico

ese ideario de clase media que, entrando en las lógicas de la ideología neoliberal, compite entre sí por ascender en la escala social. Esta competencia personal beneficia directamente a las ciudades. Los trabajos precarios no son sólo el sustento de una clase baja preparada para servir a la media; sino que esta clase media también realiza sus trabajos artísticos de manera gratuita en sus esperanzas de conseguir una subvención que le permita continuar creando; y, como consecuencia, que le permita continuar compitiendo. Esta competencia interna favorece también la externa, de manera que cuanta más gente de clase creativa se encuentre en una ciudad, más gente de clase creativa atraerá; relegando al resto de la población a trabajos orientados a servir a éstos. Así, nos advierte, “en lugar de ‘civilizar’ el desarrollo económico urbano ‘aportando cultura’, las estrategias de creatividad hacen lo contrario: mercantilizan las artes y los recursos culturales, incluso la misma tolerancia social, agregándolos como supuestos activos económicos a regímenes de competitividad urbana en pleno desarrollo” (Peck, 2005: 94).

Es este el contexto en el que nos encontramos en la Donostia de 2016, donde desde las instituciones se ha promovido un modelo de cultura que no se corresponde con lo que gran parte de su ciudadanía siente. En este sentido, nos recuerdan Logan y Moloch que “la coalición de la máquina de crecimiento moviliza estas motivaciones culturales, las legitima y las canaliza hacia actividades acordes con sus objetivos de crecimiento”; pero que esta coalición y “los contribuyentes de las campañas electorales no son ni cultural, ni económica, ni étnicamente representativos de la población de su ciudad” (1987: 169, 175). Sin embargo, cuando la ideología del crecimiento penetra en estas instituciones, el capital se asegura de que la tendencia se mantenga aunque cambien los nombres políticos, así como de que las alternativas se promuevan sólo dentro del marco que el propio crecimiento muestra. La hegemonía muestra aquí, y una vez más, su potencial; se toleran los desacuerdos entre las élites, pero no acerca de la creencia de que el crecimiento sea el modelo a seguir. Es por ello que también en Donostia se invisibiliza y criminaliza a los sectores que se oponen a este modelo.

Así, la crítica a este modelo ha venido, precisamente, desde aquellos espacios que en esta capitalidad han sido deliberadamente ignorados por el poder gubernamental, desde aquellos que demandan el valor de uso de los espacios, tanto públicos como privados, y denuncian,

asimismo, el valor de cambio, por su parte cada vez más alto, que se otorga a esos espacios; desde aquellos sectores, pues, que condenan la política neoliberal que está impregnando todos los rincones de sus ciudades, todos los rincones de su vida. En este sentido, nos dice Jamie Peck, junto con Neil Brenner y Nik Theodore, cuando analizan cómo el neoliberalismo ha penetrado en el urbanismo, que “una de las claves para trascender el liberalismo es, por lo tanto, la construcción de nuevas formas de solidaridad urbana, entre ciudades y dentro de ellas” (Brenner et al., 2009: 240). Y como ya se ha ido señalando en los apartados anteriores consideramos que desde la okupación y desde las redes que se crean en torno a ella se posibilita la capacidad de que se materialice esa solidaridad.

En este sentido, estas políticas orientadas a la mercantilización de las ciudades no se dan sin respuesta ciudadana; desembocan en unas luchas, en unas formas de resistencia, que muestran, como nos advierten desde el OMM, que las ciudades acaban convirtiéndose en un campo de pruebas de la resiliencia de las comunidades frente a la privatización y financiarización de las instituciones que garantizaban la reproducción social (OMM, 2015: 18). Este campo de pruebas invita no sólo a la adaptación a esas políticas, sino a la búsqueda de alternativas y se constituye, como señalan Brenner et al., en lugares de resistencia. En este sentido, cabría señalar que uno de los principales focos de la resistencia urbana lo supone la okupación. En su lucha contra la propiedad privada, y en las luchas ecologista, feminista, antimilitarista y antiimperialista que giran en torno a los espacios okupados, llevan años fermentándose formas otras de organización social que hacen frente a la ideología neoliberal. Uno de sus principales reclamos, la lucha antidesarrollista, la lucha contra el crecimiento ilimitado escenificada en la oposición a la construcción de grandes infraestructuras, muestra no sólo un rechazo, sino una tendencia hacia una búsqueda de un modelo social más convivencial. No se trata, pues, de prácticas que vayan a cambiar de un día para otro la sociedad en su conjunto, como de hecho no ha sucedido todavía, pero sí de emergencias, de latencias; posibilidades que permiten idear otros imaginarios posibles. Y la trayectoria y experiencias que quienes se implicaron en el movimiento de okupación en sus inicios han ido trabajado a lo largo de estos años puede ser muy valiosa para ello; ya que como nos dicen una vez más los críticos de gentrificación, “cuestionar el sentido común del crecimiento en cualquier localidad específica implica poner en juego la transferencia de beneficios y los

Capítulo 1. Marco teórico

intereses de aquellos que ganan con el crecimiento” (Logan y Molotch, 1987: 205). Y este colectivo lleva ya más de treinta años cuestionando esta política. Es por ello que consideramos la okupación como un lugar donde esas alternativas llevan ya años ensayándose.

Como se ha indicado al inicio de este apartado, no se pretende aquí analizar cómo el movimiento de okupación incide en la lucha contra la gentrificación. Sin embargo, consideramos fundamental establecer esta relación para un análisis futuro. La okupación, centrada en gran parte, mediante la lucha antidesarrollista, en la defensa del territorio, puede jugar un destacado papel como impulsora de la lucha contra la gentrificación, sobre todo, si como ha señalado Peter Marcuse, nos dice Smith, “lo contrario a la gentrificación no debería ser el deterioro y el abandono -la degentrificación- sino la democratización de la vivienda” (2012: 354).

Mediante sus prácticas, las okupas demuestran que lo que hace habitable un espacio es el hecho de que esté habitado, incidiendo así, también, en que no es necesario hacer las ciudades habitables para las clases medias, pues éstas han sido siempre habitables; ya que han sido siempre habitadas por las clases trabajadoras. En este sentido, sus prácticas pueden demostrar también que existe otra forma de habitarlas, una forma que no tiene por qué responder a los valores del mercado; una forma más social e igualitaria de convivencia. Forma que será lo que se estudie en esta tesis para sistematizar en qué modo este movimiento puede colaborar no sólo en la lucha contra la gentrificación, sino en la lucha por la emergencia de otros mundos posibles.

Dejaremos así el análisis de la relación entre okupación y gentrificación para una investigación futura y nos centraremos en los próximos capítulos en el surgimiento del movimiento y en las manifestaciones culturales de éste. Pero no nos gustaría cerrar este apartado sin hacer referencia a una cita que rescatamos de *La nueva frontera urbana* de Neil Smith, cita con la que, precisamente, cierra la obra, y que dice así:

“Si queremos ser fieles a la historia, si pretendemos, realmente, comprender la ciudad como una nueva frontera urbana, el acto más patriótico, y con el que debemos empezar, en tanto pioneros, es la ocupación de viviendas. Es muy posible que en un mundo futuro también lleguemos a reconocer a los okupas de hoy como aquéllos que tenían la visión más inteligente de la frontera urbana” (Smith, 2012: 355).

CAPÍTULO 2. METODOLOGÍA

No son pocas la vueltas que ha dado esta tesis; ni escasos los cambios de enfoque que ha sufrido. A lo largo de los tres largos, y a la vez tan cortos, años que ha durado su desarrollo me he encontrado con múltiples dificultades que la han hecho derivar de unos a otros derroteros. Las más, generadas por mi propia inseguridad y desorientación al respecto; las menos, por las numerosas posibilidades que el avance en la investigación me sugerían. Sin embargo, una idea se mantuvo a salvo en mi mente desde sus inicios. Todo lo que se escribiera debería tener un sentido político. Y este sentido debería servir a la transformación social. Aún es pronto para advertir si este ambicioso proyecto llegará a ese lejano destino o si, por contra, se estancará en el camino. Sin embargo, algo queda claro en este propósito: la ciencia, a diferencia de como tantas veces nos han querido dar a entender en el discurso adoptado por el poder hegemónico, no es neutra. Responde, por el contrario, a los intereses de quien investiga y, en gran medida, de quien financia los estudios. Si algo me ha enseñado la antropología desde que me sumergí por primera vez en sus mundos ha sido a poner palabras a aquello que en mi interior ya sospechaba. Es así que ésta es la primera premisa de la que parte mi tesis doctoral y la metodología adquirida. Mi visión, como la de tantas otras personas existen en el mundo, está influenciada por el color de los cristales de las gafas tras las que mira; y reconocer que estas gafas no son transparentes me parece el primer punto de partida. Como sugiere Rita Laura Segato, el análisis de datos puede tratar de ser neutro; pero la elección y recorte del campo responde a decisiones guiadas por el interés y el desinterés, “es decir, por aquello que nos interesa porque subsidia el camino hacia las metas de nuestro

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

proyecto histórico como sujetos sociales y, al mismo tiempo, sujetos de la actividad disciplinar” (2015: 15).

Es así que tanto mi recorrido personal como académico han influido en ella. Mirando hacia atrás recuerdo la primera vez que pasé la noche en una casa okupada sin saber, sin siquiera sospechar, lo que aquello después acarrearía. En aquel momento, de hecho, ni siquiera me había planteado estudiar antropología. Han pasado cerca diez años desde entonces y en ellos han sido numerosas también las vueltas que ha dado, no sólo la tesis, sino la vida. En Donostia, mi ciudad natal, y en sus alrededores asistí sin saberlo a uno de los mayores auges de okupación que ha vivido en las últimas décadas. En Bilbo, donde residí por motivos de estudios durante cuatro años, también pude ser partícipe de este movimiento. También en la capital alavesa, en las escasas visitas que realicé, estuve varias veces en su ya longevo gaztetxe. En todas ellas asistí a decenas, por no decir cientos, de conciertos y algún que otro menos taller y charla.

Estas experiencias fueron sentando las bases de lo que ahora se ha convertido en una tesis doctoral. Y han ido configurando una visión del movimiento de okupación que no se correspondía tanto con lo que los medios de comunicación ofrecían ni con lo que los adultos que me rodeaban me repetían, sino con unas formas de vida alternativas que se me asemejaban, como poco, valientes. Durante mi época de estudios me crucé con muchas de esas personas que se dejaban la piel en luchas que poca gente comprendía y adquirían compromisos que menos gente aún estaba dispuesta a aceptar. Simpaticé con sus luchas aunque nunca me llegara a inmiscuir directamente en ninguna de ellas. Y empaticé con sus demandas porque me parecían de lo más justas. Esto me permitió tener una visión distinta de lo que hasta entonces eran para mí los gaztetxes. De lugares de fiesta pasé a verlos como lugares de lucha; lucha que se compaginaba con la fiesta, pero lucha al fin y al cabo. Aprendí que no todos respondían a una ideología concreta; que las personas que los dinamizaban eran gente comprometida con muchas causas; que esas causas muchas veces eran contradictorias; y que por ello a veces se reproducía lo que en el mismo sitio se criticaba. Pero se continuaba. Vi de cerca desalojos, cierres y abandonos; y me acerqué a los nuevos espacios. Después, por un periodo de tiempo me alejé de ellos.

Este recorrido personal me ha servido, sin embargo, para elaborar mi propia periodización del movimiento en Euskal Herria, para comprender algunas de sus claves y para comparar y contrastar las tipologías presentadas por otros autores. Y me ha servido, además, por qué no decirlo, para tirar de contactos y retomar amistades que los distintos caminos habían separado. También para retomar mi relación con este mundo. Esta investigación, como es de suponer, no parte de la nada.

2.1 ENTRANDO EN EL CAMPO ¿CUÁNDO EMPIEZA EL GRAN HERMANO?

La pregunta que conforma el título de este apartado me la formuló uno de los miembros del CSO Itxasgain unas horas después de plantearles mi proyecto, sin saber que ya la propia disposición de la asamblea donde se hizo la propuesta había quedado registrada. Sin embargo, fue la misma persona quien dijo en aquella asamblea donde me presenté que si la gente quería investigarles era porque estaban haciendo algo interesante. Ante eso, ¿cómo decir que no?

Esta tesis ha sido realizada en distintas fases. La primera de ellas corresponde al trabajo de campo realizado en un espacio okupado durante un periodo de cinco meses; desde mi presentación allí en enero de 2015 hasta su desalojo en junio del mismo año. La segunda fase ha consistido en una inmersión teórica en la que trataba de analizar todo lo vivido durante el trabajo de campo a partir de lo estudiado en otros contextos por otras personas. Además de comprender una minuciosa labor de hemeroteca. La tercera se ha tornado un híbrido entre la investigación teórica y práctica. Así, seguía buscando análisis acerca del movimiento de okupación, pero comencé a realizar entrevistas y visitar otro tipo de espacios okupados; entrelazando la historia del movimiento con el contexto sociopolítico en el que se situaba y comenzando a extraer ya algunas conclusiones que, poco a poco, me fueron confirmadas. En un cuarto tiempo me he dedicado al análisis de datos y la redacción de lo que aquí se presenta; no sin seguir manteniendo contacto con parte de quienes han posibilitado que el proyecto tome forma.

Desde que realizara el TFM del Máster en Investigación en Nuevas Tendencias en Antropología Social acerca de las distintas formas que pueden adquirir los centros sociales en

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

diversos contextos y sobre cómo éstos son necesarios para la generación de un conocimiento crítico que impulse la movilización social, supe que los Centros Sociales Okupados tenían que formar parte de mi tesis doctoral, debido a que sus reivindicaciones y demandas quedaban patentes ya desde sus mismas formas de apropiación del espacio. Así, el objetivo inicial de ella era analizar, a partir de un estudio de caso, cómo desde estos espacios se posibilita el nacimiento de movimientos sociales y cómo éstos se retroalimentan en ellos.

Para ello realicé trabajo de campo durante cinco meses en un espacio que llevaba nueve meses okupado en la ciudad de Donostia. La antigua Universidad de Trabajo Social, ubicada en la villa de Itxasgain; un edificio señorial en uno de los barrios más caros de la ciudad. La elección del espacio fue sencilla. No eran tantas las okupaciones que existían en ese momento en la ciudad. Por lo menos no las reivindicadas. Ya había mantenido contacto con otro de los *gaztetxes* de Donostia durante mi TFM, Kortxoenea, que se encontraba en esos momentos en fase de reformulación. Sin negar lo que este *gaztetxe* supuso para la ciudad, me pareció más sugerente realizar mi trabajo de campo en lo que yo conocí como el primer CSO de la zona. La diferenciación suscitaba, lo menos, curiosidad. Además, la elección tenía otro añadido; conocía a una de las personas que allí vivían. Mi primer objetivo era, pues, analizar las relaciones que se establecían entre quienes frecuentaban el CSO y los movimientos sociales que giraban a su alrededor para descubrir cómo se reforzaban mutuamente.

La entrada en el campo me fue así facilitada por un miembro de la casa al que previamente conocía. Acudí a una asamblea y les planteé el tema de mi tesis. Nadie puso objeciones y mi timidez que no me permitía los primeros días entrar allí donde no era invitada sin estar acompañada, se fue transformando en confianza plena tanto con los miembros del colectivo como para con el edificio. Itxasgain se convirtió en mi casa y las primeras estancias, que planeaba con minuciosidad, dieron paso a noches espontáneas en las que me quedaba a dormir y pasaba días allí sin tenerlo previsto.

Aunque no siempre resultaba tan fácil. Muchas veces tenía la sensación de la gente no entendía qué hacía por allí. Esta sospecha se confirmó cuando, tras meses asistiendo al CSO, uno de sus miembros me preguntó que por qué había ido ese día si no había asamblea. Estas dudas restaban credibilidad a la investigación que creía que estaba realizando. Acudía a las asambleas, a los eventos, a la preparación de éstos. Las semanas que pernocté en la casa

puede experimentar lo que era ser parte de la vivienda, los trabajos a realizar, las responsabilidades adquiridas, quién desempeñaba qué roles, cómo y por qué se daban las confrontaciones. Las semanas que no lo hice experimenté el otro lado, el ser parte solamente del CSO, la implicación de cada persona con éste, las diferencias entre quienes vivían allí y quienes pasaban de vez en cuando; y comprendí mejor las cargas que asumía la gente de la casa, sus tensiones y roces, pero también las afinidades y complicidades internas.

Por otro lado, resultaba también difícil desempeñar el papel de investigadora cuando existía cualquier otra cosa que hacer: cocinar, limpiar, preparar el espacio para el evento a celebrar, ir al recicle, desaguar el balcón. Y encontrar entre tanta actividad tiempo para escribir me resultaba fuera de lugar; no entraba en mis posibilidades. Efectivamente, estas actividades me servían para entablar relación con la gente, para conocer sus gustos, saber de dónde venían, a dónde iban si es que podían tener ya destino en un mundo tan cambiante como aquel en el que se habían sumergido. Pero cuanto más tiempo pasaba allí más crecía mi implicación para con el espacio y, consecuentemente, menor era mi objetividad investigadora; más me costaba separar los roles. Han hecho falta meses de distancia para poder ver todo con otros ojos, para poder asentar todo lo allí aprendido y analizarlo como merece. Sin embargo, en ese momento estos papeles se diluían constantemente.

Cuando había algún conflicto me preguntaban qué opinaba. Concretamente en uno de ellos, el más grande que yo viví en la casa, más de la mitad de quienes estaban implicados me consultaron al respecto; de una en uno, nunca en grupo. Cuando llegó la citación a juicio y se supo que el espacio habría de ser desalojado comenzaron a plantearse una nueva okupación. Me propusieron varias veces que me fuera con el grupo. Y en alguna ocasión me lo han vuelto a proponer. Estos hechos me daban confianza, me hacían entender que me consideraban una más y que admitían mi presencia; es más, que la valoraban. Sin embargo, también generaba dudas. Una vez más, no me reconocían como una investigadora, sino como parte del colectivo. Y no voy a negar que separar esos roles no me costara a mi también más de lo que esperaba.

Tomar esa distancia para analizar lo vivido desde fuera se torna, sin embargo, necesario y, en ocasiones, todo un reto. La antropología hace hincapié en esto. Pero, una vez más, es de la experiencia de donde se extraen las mejores lecciones.

2.2 AMPLIANDO Y ACOTANDO EL CAMPO. UNA DERIVA OBLIGADA Y NECESARIA

El desalojo de Itxasgain obligó a dar un giro inesperado al contenido de la tesis. Varias personas me plantearon que buscara otro espacio donde continuar. La Karbonera había sido ya desalojada; Kortxoenea estaba amenazada; la Firestone, recién okupada, podía ser una buena oportunidad. Pero no me convenció la idea. Entrar de nuevo en otro campo con tan poco tiempo no iba a conseguir los resultados deseados. La antropología es una ciencia lenta que requiere paciencia, algo que la sociedad actual no nos permite, y las prisas, al igual que a muchos otros aspectos de la vida, no la favorecen. Ganarse la confianza de la gente no es fácil cuando irrumpes repentinamente en sus vidas. Con Itxasgain ya tenía el trabajo hecho, me había costado menos de lo que esperaba, pero algo me decía que en otro espacio no resultaría. No con tan poco margen. Decidí continuar por otras vías.

Tras el desalojo los miembros de Itxasgain tomaron sus caminos. Aunque se intentó en una ocasión, nunca se volvió a realizar la okupación conjunta. Algunos volvieron por un tiempo a sus ciudades natales. Todas se fueron implicando en otros proyectos; casi siempre relacionados con la okupación. Sin embargo, el colectivo tampoco se disolvió. Finalmente, la Firestone ha vuelto a juntar a su alrededor a su gran mayoría. Parte de sus luchas actuales se centran en sacar adelante este espacio; no exento tampoco de problemas.

Seguir estos pasos ha permitido trazar un mapa de la okupación en la zona. Un mapa que me ha posibilitado continuar con la investigación. A partir de un miembro de Itxasgain que se afincó en el caserío okupado de Apaizartza y se implicó en su proyecto agrícola pude tener contacto con aquellos primeros okupas que cuentan ahora alrededor de cincuenta años. Esto me permitió establecer relación entre todo aquello leído en antiguos periódicos y lo que me contaban a partir de sus vivencias. Los datos que me proporcionaban no me resultaron, así, completamente desconocidos. La metodología aplicada por uno de ellos, que consistió en llevarme a aquellos sitios que habían sido protagonistas de otra época, me permitió situarme

también en el espacio. Todos los materiales que me proporcionó me situaron en el tiempo. Durante unos meses creí vivir en el pasado. Mi vida giraba en torno a los '80.

Poco a poco se fue perfilando en mi cabeza otra idea más sugerente que analizar cómo movimientos y centros sociales se retroalimentaban. Surgieron dos planteamientos. Uno consistía en realizar un seguimiento paralelo entre los distintos tipos de espacios existentes y establecer el porqué de sus diferencias. El otro en realizar un seguimiento del movimiento desde sus inicios hasta la actualidad. Lo leí en los diarios y una interesante conversación con quien me introdujera en Itxasgain acerca de las formas de lucha adquiridas por los obreros de aquellas fábricas en proceso de desmantelamiento, en las cuales había participado su padre, me dieron la clave. El seguimiento habría de ser lineal, forma en la que desde el modo en que he sido socializada concibo el tiempo. Este seguimiento, además, permitiría explicar el que se había dejado aquí de lado. Tenía ya los contactos iniciales del proceso, así como los del final de éste; es decir, la gente más mayor y la más joven. Sólo me faltaba completar el intermedio para comprender qué había pasado durante los '90 para que cambiaran tanto las formas de lucha, para que paliara el movimiento.

Sin embargo, una vez más la falta de tiempo no permitió completar esta cartografía. Cuanto más conocía a quienes por primera vez okuparon más interesante me parecía profundizar en sus experiencias. Pero, a la vez, menos espacio dejaba para avanzar en el tiempo y adentrarme en la siguiente década. Paralelamente descubrí que muchas de estas personas, siguieran okupando o no, estaban implicadas en numerosos proyectos que apuntaban a la transformación social desde la práctica. Sus años de okupación les habían dado la clave y las herramientas necesarias para ello. Y establecer estas relaciones ha sido, finalmente, uno de los principales objetivos de esta tesis. Aunque yo haya hecho las preguntas han sido ellos quienes le han dado la forma.

También me vi obligada a acotar el campo de estudio en el espacio. Mi proyecto pretendía abarcar toda Euskal Herria, entendida ésta como las tres provincias que componen la actual Comunidad Autónoma Vasca y la Comunidad Foral de Navarra dentro del Estado español, y los territorios históricos de Lapurdi, Baja Navarra y Zuberoa en el Estado francés. A falta de datos suficientes sobre Iparralde (el País Vasco francés) decidí centrarme en los otros cuatro territorios, en donde, a partir de personas conocidas, podía acceder a bastantes más espacios.

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

Sin embargo, una vez más la investigación me bajó a la realidad. El número de okupaciones en estas zonas era muy superior al que mi ambicioso proyecto podía comprender. Así, fui, poco a poco, limitando el espacio, para centrarme, finalmente en lo más cercano y conocido: aunque utilizaré todos los datos disponibles para completar esta tesis con ellos, la investigación se ha centrado, finalmente, en Donostialdea, donde el movimiento durante los '80 fue muy intenso, especialmente en la zona de Oarsoaldea.

A este respecto, cabría señalar, pues, que la comarca de Donostialdea, al noreste de la provincia de Gipuzkoa, se compone por las localidades de Donostia-San Sebastián, Usurbil, Lasarte-Oria, Urnieta, Hernani, Andoain, Astigarraga, Rentería, Oiartzun, Lezo y Pasaia. Oarsoaldea, por su parte, acogería la parte más nororiental de esta comarca, es decir, Rentería, Lezo, Pasaia y Oiartzun. Esto, como ya se ha señalado, no limita la aportación de datos, pero sí la concreta.

2.3 METODOLOGÍA EN TÉRMINOS METODOLÓGICOS

Como ya se habrá podido advertir, la principal técnica de obtención de datos ha sido el trabajo de campo, caracterizado por la observación participante. Para ello, me he implicado durante cinco meses en asambleas y actividades, participando de su organización en un orden ascendente; es decir, al principio mi presencia era más bien banal y trataba de ejercer de mera observadora aunque colaborase en algunos aspectos, pero con el tiempo fui adquiriendo responsabilidades y aumentando mi presencia. Lo que me hizo ser consciente de que ésta, en mayor o menor grado, también influenciaba al grupo. Del mismo modo, esta implicación influía cada vez más a mi persona. Sin embargo, me resulta inconcebible pensar que se pueda realizar cualquier tipo de observación sin que se den estos intercambios, aspecto que ya señalaran autores como Escobar cuando nos hablan de los distintos modelos de trabajo académico (2013: 244). Aun cuando se ignore totalmente a quien observa, el discurso del grupo se verá modificado por su mera presencia, no dando resultados a captar la verdadera esencia de éste. Implicarse no sirve tan sólo para ganarse la confianza; ayuda a entender desde sus lógicas y posicionamientos, a captar el porqué de sus actitudes y pensamientos. Y

consigue, en ocasiones, una identificación que de otra manera no sería posible. Es desde esta identificación desde donde considero se puede empezar a hacer antropología. Como señalaría Segato (2015), el 'objeto de estudio' (el sujeto, diría yo) me estaba diciendo quién era y qué esperaba de mí. Y según la clasificación de Escobar (2013), me adentré en un modelo de trabajo académico intermedio, un modelo que se encuentra entre la distancia crítica y la reflexividad desde adentro; un modelo en que la investigadora comparte las preocupaciones del grupo, aunque no se involucre íntimamente en sus actividades.

Este trabajo de campo, por su parte, se dividió en dos partes. De un lado, mi implicación en el CSO, que consistía en participar de las asambleas y eventos realizados. Hacer compra cuando era pertinente, turnos de barra y puerta, etc. En definitiva, adquirir los mismos compromisos que quienes participaran del CSO, que se establecían en las asambleas y por turnos. Por otro lado, estaba mi implicación en la casa. Para ello pernocté allí varias semanas, siendo la primera la de la celebración del primer aniversario, a finales de marzo de 2015, cuando ya se tenía constancia de que el desalojo sería en junio. A mediados de mayo pasé otra semana completa allí, aquella en la que se celebró el día a favor de la okupación junto con La Karbonera de Hernani, que también iba a ser desalojada. Los últimos días de okupación formaron parte también de esas pernoctaciones. Entre estas semanas planificadas, sin embargo, pasé también muchas noches espontáneas. Esta segunda parte me permitió, como ya señalé más arriba, descubrir la diferencia de responsabilidades entre miembros del CSO y la casa, así como entre personas de la propia casa, etc. Requería implicarse en más trabajos: limpieza, recicle, cocina, aquello que desde el CSO no se hacía. Y permitía, además, intuir dónde y porqué surgían las tensiones, cómo se resolvían los conflictos si es que se resolvían, comprender los roles que cada persona adquiriría. Además de establecer unas relaciones necesarias para que la investigación adquiriera sentido.

La observación participante me dio algunas claves para la puesta en práctica de otras técnicas. La manera de realizar las entrevistas fue una de ellas. Se han realizado un total de diecisiete entrevistas a personas okupas de todas las edades, con predominancia masculina, de las cuales tan sólo se han grabado y transcrito las nueve realizadas a miembros de Itxasgain. Se han mantenido conversaciones informales con otras once personas más, de las cuales una fue realizada en un grupo en el que participaron cinco de ellas. Además, de otro tipo de

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

conversaciones también se han podido obtener datos valiosos, especialmente de aquellas mantenidas durante el trabajo de campo o posteriormente con personas que formaron parte de éste. Estas entrevistas y conversaciones, que suman formalmente un total de veintiocho (sin contar todas aquellas aún más informales), han ampliado el espectro a un número cercano a la treintena de okupaciones que se han dado en la zona de Donostialdea en los últimos treinta y cinco años, bien como vivienda, bien como gaztetxe o CSO, bien como ambas; y de las que han participado los entrevistados. Sin embargo, éstas me han aportado datos de otras tantas en las que no han llegado a vivir. Entre las entrevistadas se incluye también a una miembro de la Oficina de Okupación. Aunque no se han llegado a trazar historias de vida, el seguimiento de cada una de estas personas ha posibilitado conocer las dinámicas del movimiento y el funcionamiento de un sinfín de espacios okupados.

La mitad de las entrevistas, como ya se ha señalado, no han sido grabadas. La entrevista es una parte fundamental de la investigación en antropología y se suele dar mucha importancia desde ella al registro de éstas. Sin embargo, esta elección ha sido deliberada. Ya en el trabajo de campo advertí que la cámara y la grabadora incomodan. Siete de las nueve entrevistas realizadas a los miembros de Itxasgain se realizaron en los últimos días de existencia del CSO, dos de ellas posteriormente. Aun cuando la confianza ya estaba ganada descubrí que muchas personas desarrollan un discurso que ya vienen elaborando previamente para justificar sus acciones y, aunque según avanzan los minutos se van olvidando de la presencia del aparato, les cuesta expresar lo que verdaderamente piensan y sienten. Saben qué se quiere oír y qué se debe decir y responden en función a ello. Las reflexiones más interesantes, sin embargo, las que muestran las contradicciones internas, las más humanas y menos combativas, surgen, en cambio, fuera de ésta; una vez apagada la cámara o en conversaciones mantenidas en cualquier otro contexto. Esto no significa que las respuestas aportadas no fueran válidas, todo lo contrario. Me fueron muy útiles. Pero me fueron útiles porque ya llevaba meses observando sus comportamientos. Y me fueron útiles también para identificar cuál era el discurso externo de la okupación. Tampoco significa que no se sinceraran y me mintieran deliberadamente, ni que todas las personas adoptaran la misma actitud. Mientras hay quienes se mostraron francos, reconociendo virtudes y defectos; también me encontré con quienes, aun inconscientemente, se escudaban tras palabras y argumentos ya oficiales en el

mundo de la okupación. Así que decidí no seguir grabando; algo que ya me recomendaba mi tutora, bajo el mismo presupuesto.

El resto de entrevistas tomaron forma de conversaciones informales. Todas fueron realizadas en espacios elegidos por los entrevistados; coincidiendo normalmente con sus zonas de confort. Fui citada en gatzetxes y casas okupadas, lo que me permitió conocer los espacios y, en ocasiones, descubrir los cambios que en ellos se habían realizado en los últimos años. También en ciertos bares que yo no elegía; llegando a coincidir en varias ocasiones éstos aún cuando fueran escogidos por distintas personas. Esto me dio una idea de los ambientes en que se movían. También de cómo eran sus casas, cómo se organizaban, a qué daban importancia. A pesar de todos estos factores había algo que sí tenían en común todas las entrevistas: el formato y la pregunta inicial.

Aunque llevara una lista de preguntas preparadas todas las entrevistas respondieron al formato de entrevista abierta. Y comenzaban con la misma: cuéntame tu recorrido, ¿dónde y cuándo empezaste a okupar?, ¿por qué? Consiste en una sugerencia amplia que abre un gran abanico de posibilidades. Sin embargo, a través de éste recorrido se iban respondiendo todas las demás preguntas que figuraban en mi guión: de dónde provenían, cuáles eran sus inquietudes, en qué okupaciones ha participado, por qué en esas y no en otras, cuánto duró cada proyecto y por qué cree que funcionaron unos y no otros; cómo ve la okupación hoy día, si volvería a ella en caso de no estar allí ahora, y así un largo etcétera. Cuando por algún motivo se quedaban bloqueados podía recurrir al cuestionario. Sin embargo, esto no era lo habitual. Así, el guión había de ser modificado en función de lo que me contaban. Y, generalmente, los datos aportados eran más de los que creía que iba a recoger. Después de las entrevistas estos datos eran minuciosamente registrados en mi diario de campo y a partir de ellos pude ir trazando líneas de vida y genealogías. Vidas que se entrecruzaban y que compartían luchas, inquietudes y espacios. Y que también, a veces, se enfrentaban.

Respecto a las entrevistas realizadas hay un vacío en este texto. Más allá del ya citado hueco dejado por quienes okuparon durante los '90, me faltarían testimonios de quienes dejaron la okupación y nunca más mantuvieron relación con ella. Por motivos obvios resulta más difícil llegar a esta gente que a la otra; más cuando los contactos se realizan tirando de amistades. Sí que me encontré, sin embargo, con varias de estas personas. Pero, salvo en una

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

ocasión, el vínculo que mantenían con la okupación no se había roto del todo. Aunque no okuparan ni supieran de nuevas okupaciones, mantenían amistad con quienes aún se mueven, aunque en menor medida, alrededor de este mundo. Completar este vacío, permitiéndonos llegar a otro tipo de gente, hubiera dado un panorama más completo de la okupación. También el obtener la visión de quienes fueron dueños de las viviendas okupadas podría ayudar a ello. Sin embargo, mientras que la primera falta no ha sido deliberada, esta última sí lo ha sido, ya que se han querido mostrar aquí las prácticas de quienes okupan, y no tanto sus enfrentamientos externos.

Por otro lado, se ha decidido mantener el anonimato en todos los casos, aun conscientes de que en algunos de ellos es inevitable establecer relaciones. Quien por estos territorios se ha movido en este mundo de okupas sabe de sobra quién vive dónde. También las diversas instituciones. Sin embargo, cuando comencé mi trabajo de campo se me advirtió de esto, especialmente por parte de la gente más joven. Cuidado con los nombres, me decían; aunque no se conozca a nadie que haya ido a la cárcel por okupar ésta es, inicialmente, la forma que adopta la sanción. Además, el aportar nombres puede comprometer de cara a futuras acusaciones. Entre los más mayores no he encontrado, sin embargo, tantas resistencias a esto. Probablemente sean conscientes de que están más que fichados tras treinta años de desencuentros con autoridades. También la juventud lo sabe, pero se muestra más prudente. Si bien es cierto que, una vez desalojado Itxasgain y con dos años más de experiencia a sus espaldas, hay quien me ha confesado que el asunto no le preocupa. Pero por todo ello, he decidido aplicar el mismo método clasificatorio para todos. Así, aunque nunca haya sido partidaria de clasificar a las personas, me he visto en la necesidad de hacerlo para poder identificarlas a lo largo del texto.

De este modo, la tabla 2.1 muestra las personas a las que se han realizado entrevistas, así como a algunas con las que se han mantenido conversaciones informales, las más relevantes. En él se muestra también su edad en el momento de realizarla, el sexo, su origen, la cantidad de espacios okupados en los que ha participado, si okupan a día de escribir estas líneas, el tipo de entrevista realizada y la fecha de ésta. Respecto a los nombres, se les ha asignado una inicial que no se corresponde con la realidad.

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

Hay dos tipos de datos, sin embargo, que pueden no ser exactos. La edad, muchas veces es aproximada, pudiendo variar unos años. Teniendo en cuenta las fechas de realización de las entrevistas, ahora podrían tener entre uno y dos años más de lo que aquí consta. También la cantidad de espacios okupados en los que han participado responden, en alguna ocasión, a una estimación, dado que algunas okupaciones han sido fallidas y otras no contabilizadas, además de aquellas que me pueden ser desconocidas. En estos casos se indicará mediante el símbolo \pm . Si okupan actualmente o no también responde a la fecha de escritura de este texto, ya que, por ejemplo, algunas personas han vuelto a ello durante este periodo y otras lo han dejado.

Respecto al sexo, encontramos a 10 mujeres frente a 13 hombres, lo cual indica que, aunque predomine el género masculino, no son pocas las mujeres que se implican en este movimiento. En alguna ocasión, como en el caso de Itxasgain, tal selección no se ha dado, ya que se ha entrevistado a quienes vivían en la casa (y a un miembro masculino del CSO), correspondiéndose con una proporción de 3 a 5. En otros casos, como las mujeres de Matxarda, la selección por género ha sido, obviamente, deliberada y necesaria.

La leyenda referente al tipo de entrevistas realizadas se corresponde, por su parte, con la siguiente clasificación:

SIGLAS	SIGNIFICADO
T.E.	Tipo de entrevista
E.G.	Entrevista grabada
E.S.G.	Entrevista sin grabar
C.I.	Conversación informal
C.I.G.	Conversación informal grupal

A pesar de ello, hay que tener en cuenta que a lo largo de estos meses se mantuvieron numerosas conversaciones informales que no quedaron registradas por surgir de una manera más informal aún y de forma espontánea. Sin embargo, se aprovecharon visitas a otros espacios y encuentros con otras personas para completar esta tesis, siempre presentándome como investigadora. Así, han ayudado a completar la visión de la okupación que aquí se presenta personas involucradas en espacios como Tosu, Lakaxita, la Karbonera o Daita, entre otras. Y, por supuesto, la Firestone. También, aunque en menor medida, gente implicada en la lucha por el gaztetxe de Iruñea y en el de Gasteiz. Además, si tenemos en cuenta la a veces

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

Tabla 2.1: Entrevistas realizadas							
NOMBRE	EDAD	SEXO	ORIGEN	OKUPACIONES	ACTUALIDAD	T. E.	FECHA
A.	35	H	Lasarte	2	Sí	E.G.	28/05/2015
B.	28	M	Cádiz	2	No	E.G.	28/05/2015
C.	21	H	Iruñea	1	No	E.G.	03/06/2015
D.	28	M	Donostia	±3	Sí	E.G.	05/06/2015
E.	21	H	Donostia	1	No	E.G.	09/06/2015
F.	24	M	Donostia	1	No	E.G.	09/06/2015
H.	22	H	Madrid	2	Sí	E.G.	09/06/2015
I.	34	H	Astigarraga	2	Sí	E.G.	06/07/2015
J.	27	H	Zaragoza	1	No	E.G.	15/07/2015
K.	48	H	Altsasu	3	Sí	E.S.G.	05/05/2016 09/09/2016
L.	48	M	Rentería	±6	Sí	E.S.G.	05/05/2016 09/09/2016
M.	52	H	Rentería	±6	Sí	E.S.G.	06/05/2016 16/06/2016 08/07/2016
N.	50	H	Donostia	±6	Sí	E.S.G.	06/05/2016 19/07/2016
Ñ.	30	M	Astigarraga	±7	Sí	E.S.G.	23/06/2016 06/07/2016
O.	±52	H	Lezo	±4	Sí	E.S.G.	07/09/2016
P.	±45	H	Lezo	±4	No	C.I.	
Q.	±52	M	Rentería	±3	No	E.S.G.	06/10/2016
R.	±52	M	Donostia	2	Sí	E.S.G.	13/10/2016
S.	±52	M	Donostia	±5	No	C.I.G.	01/12/2016
T.	±52	H	Donostia	±5	Sí	C.I.G.	01/12/2016
U.	±48	M	Mutriku	1	No	C.I.G.	01/12/2016
V.	±55	H	Donostia	2	No	C.I.G.	01/12/2016
W.	±55	M	Donostia	2	No	C.I.G.	01/12/16

Fuente: elaboración propia

obligada movilidad de las personas okupas, con las entrevistas realizadas cubrimos espacios como la Herrería, Txominenea, la Casa de las Duchas, Tokionena, Gabiarrota, Villa Dorotea, Villa Alegría, los gaztetxes de Donostialdea, especialmente el de Rentería, el de Altsasu y un largo etcétera. Quienes han participado en estas entrevistas, por su parte, responden a los espacios mostrados en la tabla 2.2, en la que se incluyen otros espacios por los que estas personas han pasado.

Tabla 2.2 Relación de personas entrevistadas y espacios okupados de los que han participado		
ESPACIO	Nº PERSONAS	Otros espacios cubiertos
Itxasgain	9	Apaizartza, Firestone, Ugarte, Bidebieta, Errekaleor, Espacios okupados en Cádiz
Apaizartza	2	Gaztetxe de Altsasu, Daita, Belabaratz, Minas, Gaztetxe de Rentería, Oiartzun
Minas	2	Belabaratz, Gaztetxe de Rentería, Herrería, Espacios okupados en Valladolid
Txerrimuño	2	Daita, Diversas okupaciones en Lezo
Matxarda (3 viviendas)	2	Casa de las Duchas, Gaztetxe de Rentería, Gabiarrota
Zapatari	2	Casa de las Duchas, Martutene, Otras
Martutene	1	
Villa Izartxo	2	Ulia
Oficina de Okupación	1	Intxaurreondo, Daita, Villa Dorotea, La Karbonera, Andretxe, C. Hidroeléctrica

Fuente: elaboración propia

Las entrevistas, por su parte, al igual que los espacios, han sido seleccionadas y realizadas a algunas de aquellas personas que han resultado más significativas en la historia de las okupaciones de la zona. Aunque en algunas ocasiones me he limitado a llamar a aquellos contactos que me habían sido facilitados por anteriores entrevistadas y en otras me he sorprendido de la significatividad de los entrevistados, buscando nuevos encuentros. Mientras que alguno ha rechazado ser entrevistado, no ha sido esta la actitud general, prestándose voluntariamente y sin problemas la mayoría. Sin embargo, casi todas ellas han formado parte de okupaciones emblemáticas, especialmente las personas más mayores, que contribuyeron a las primeras okupaciones, como son Belabaratz, Txerrimuño, la Casa de las Duchas o Minas. Se ha tenido en cuenta también el recorrido personal de cada una de ellas, así como la pertenencia a colectivos relacionados con otros movimientos sociales. Se ha intentado buscar

Capítulo 2. Metodología

la paridad aunque en ocasiones ha sido difícil. Y se han valorado experiencias como la pertenencia a instituciones propias tales como la Oficina de Okupación.

La Oficina de Okupación, asimismo, ha cedido el material recolectado durante su recorrido para esta tesis. Así, la reconstrucción de la historia de la okupación en Euskal Herria presentada en el capítulo cuarto y que se complementa con los distintos anexos, se ha completado, además de con las entrevistas y encuentros realizados con las personas ya presentadas y con el material de la Oficina, con los siguientes datos:

- Hemeroteca: se han revisado los dos diarios más leídos en el territorio vasco desde las fechas de las primeras okupaciones, de las que he tenido noticia por medio de entrevistas y diversas publicaciones, hasta mediados de los '90. La búsqueda se vio interrumpida por considerar que restaba tiempo al resto de la investigación. El sentido no era tanto analizar cómo se trataban las noticias en los distintos medios, sino contrastar datos y elaborar mi propia tabla cronológica, siendo también consciente de que la okupación solamente tiende a ser noticia en caso de conflicto.
 - *El Diario Vasco*: de diciembre de 1977 a abril de 1978, respecto a los locales de la OJE; y desde enero de 1983 hasta abril de 1991. No se pudo continuar por falta de acceso a diarios posteriores en la hemeroteca. Cuando ha estado disponible, se ha consultado también el suplemento semanal dedicado a la juventud *DVorame*.
 - *Egin*: de diciembre de 1977 a abril de 1978, respecto a los locales de la OJE; y desde abril de 1983 hasta mayo de 1994. Cuando ha estado disponible, se ha consultado también el suplemento semanal dedicado a la juventud *GaztEgin*.

Los dos suplementos destinados a la juventud, por su parte, me han dado cuenta, a partir más de su agenda que de sus reportajes, del movimiento que en distintos espacios y épocas existía. Así, aunque no existiera noticia de okupación, la celebración de conciertos y jornadas en ellos me daban indicios de su existencia.

- El mapa de okupación en Euskal Herria elaborado por la Oficina de Okupación de Bilbo y la guía de gaztetxes difundida por el medio de información Topatu.eus; así como el material difundido por las distintas Oficinas de Okupación.
- Distintas publicaciones sobre okupación tanto en Euskal Herria como en el Estado, realizadas, generalmente, por pequeñas editoriales independientes.

- Distintos fanzines y revistas que me han sido facilitados por las personas implicadas, muchas veces siendo también sus elaboradores; especialmente desde Minas y Txerrimuño: *Resiste*, *Zartako*, *Eutsi*, *Ezztanda*, *Tas-tas*, *La lletra A*, *Ekintza Zuzena*, *Tambores de Guerra*, *Desegin*. Así como un sinfín de publicaciones independientes de un sólo número o temática.
- Distintos vídeos y material gráfico y audiovisual, tanto elaborado como en bruto, que me han sido facilitados por las personas implicadas; especialmente desde Minas y Txerrimuño.
- Distintos materiales consultados en Internet: vídeos sobre okupaciones en el canal Youtube, páginas web de aquellos espacios que disponen de ella, etc.
- Mi propia experiencia, participación y visitas a algunos de estos espacios a lo largo tanto del desarrollo de esta investigación como de mi vida personal.

Con todas estas fuentes de datos se ha tratado de elaborar una cronología lo más exacta posible de la okupación en Euskal Herria. La reconstrucción de historias que se muestran a lo largo del texto proviene, pues, de estas fuentes. A fin de completarla más, algunas personas han dedicado parte de su tiempo personal a revisarla, aportando aquello que yo me dejaba. Sin embargo, ante la falta de acceso a personas que participaran en todas ellas y por las acotaciones que se han tenido que realizar, expuestas más arriba, además del poco material existente respecto a algunas de estas okupaciones, especialmente las más antiguas y las menos duraderas, es probable que muchas experiencias hayan quedado en el camino y que parte de los datos puedan ser erróneos. Esta cronología, por lo tanto, no es fiel reflejo de la realidad, sino una aproximación a ella y, por este motivo, presento también aquí mis disculpas. Sin embargo, me ha servido para elaborar una tipología y periodización propia para el movimiento, que adquieren, a mi modo de ver, un carácter específico en este territorio.

Así, una relación temporal de todos estos espacios puede observarse en el anexo 1, en el que se muestra una línea del tiempo, por territorio histórico, en donde se recogen las okupaciones más emblemáticas, así como el tipo de okupación. En el anexo 2 se podrá encontrar, además, una relación completa de los mapas presentados en el capítulo cuarto, ya no sólo por comarca, sino por provincia y el conjunto del territorio. En cada uno de ellos se omite el territorio mostrado en otros mapas, por lo que habrá que tenerlos en cuenta en su

Capítulo 2. Metodología

conjunto. En el anexo 3, por su parte, se podrá observar una relación del número de okupaciones y desalojos en cada periodo. Cabe matizar de nuevo que no siempre estos datos se corresponderán con la realidad, especialmente en el caso de las viviendas, donde se han obtenido más datos de Donostialdea por ser esta la zona donde se ha llevado a cabo el trabajo de campo. En este sentido, sería conveniente aclarar también que no todos los espacios que están señalizados como CSO se corresponden exactamente con centros sociales. Sin embargo, se ha optado por esta clasificación cuando el centro no se declaraba gaztetxe pero tampoco constituía únicamente vivienda, es decir, cuando se realizaban actividades en él.

Por otro lado, recurrir a los medios de comunicación alternativos me ha parecido imprescindible para comprender tanto el discurso elaborado por el movimiento como el entramado de relaciones en el que éste se mueve. Para comprenderlo desde sus lógicas e inquietudes, y para contrastarlo con el discurso oficial. La amplia red a través de la que se difunden estos medios da una idea aproximada de la gente implicada, así como de la implicación de la gente. También permiten establecer relaciones con otros movimientos sociales y perfilar la cosmovisión que entre todas esas luchas se genera. Además, obviamente, de aportar datos sobre aquellas okupaciones que no constan en los medios oficiales.

Finalmente, cabría señalar que existen otras dos experiencias que me han sido de gran aportación. Por un lado, la puesta en contacto con el SqEK (Squatting Europe Kollektive) que, en un híbrido entre académicos y activistas, analiza el movimiento de okupación en distintos puntos de Europa. Por otro, los diversos seminarios organizados en el marco del programa de doctorado en el que se presenta esta tesis; seminarios en los cuales, bajo la tutela de la misma directora, se establecía contacto con otros doctorandos, compartiendo así dudas, conocimientos y experiencias. Ambos han servido para ampliar mi visión y mi mente a la hora de analizar datos, exponerlos y presentarlos. Y han contribuido, con sus aportes, a la elaboración de este texto.

2.4 CUESTIONES DE FORMA Y ALGUNOS OBJETIVOS

Se ha dado muchas vueltas también al lenguaje utilizado a la hora de no incurrir en discriminaciones de género. Se ha planteado utilizar siempre el femenino, como en ocasiones realizan algunas de las personas con las que me he relacionado durante esta tesis, realizando así pequeñas transgresiones gramaticales. Se ha planteado utilizar métodos alternativos y oficialmente incorrectos, como los utilizados por los medios de comunicación elaborados por el propio movimiento que consisten en presentar el genérico con una 'x', una '@', una 'e'. Se ha pensado en mencionar ambos géneros, por ejemplo, 'las y los okupas'. Pero finalmente se ha optado por utilizar las distinciones de género de manera aleatoria, salvo en casos que correspondan específicamente a mujeres o a hombres. Se ha tratado, por otro lado, de evitar al máximo estos distintivos. Esto ha implicado un esfuerzo por buscar palabras que incluyan ambas categorías. Y ha supuesto un interesante ejercicio de reflexión: en muchas ocasiones, estas palabras no existen. Cuando se ha podido se han utilizado, buscando un lenguaje inclusivo. Cuando no, se han utilizado, como ya se ha señalado, ambas categorías; tono más acorde con el discurso de aquellas personas con las que he mantenido conversaciones para realizar esta tesis. Confío así en que la visión de género que atraviesa la tesis se pueda apreciar a lo largo del texto.

Respecto al idioma, se ha respetado en todo momento aquel elegido por las participantes. Así, se han intercalado conversaciones tanto en euskera, con traducción de la propia autora, como en castellano. Considero que la lengua, al igual que el lenguaje, connota un modo concreto de entender la vida y, a través de sus categorías, aporta las herramientas necesarias para ello. Este aspecto se ha valorado, por ello, durante las conversaciones mantenidas. En el caso que nos atañe, además, el uso de uno u otro idioma puede implicar un determinado posicionamiento político; posicionamiento que, al contrario de lo que popularmente se tiende a pensar, no siempre se corresponde con una reivindicación nacionalista, sino con esa determinada manera de concebir el mundo que la lengua aporta. Así, no sólo el idioma, también el modo de hablar, las palabras utilizadas, el tono, me han servido para completar esa consmovisión en la que la okupación se sumerge.

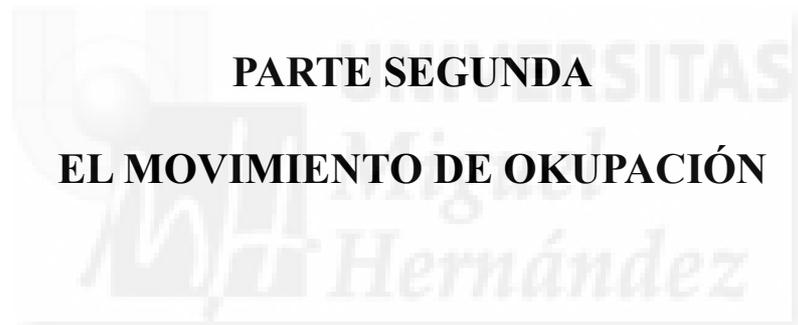
Capítulo 2. Metodología

En cuanto a las publicaciones leídas en inglés, la traducción ha sido realizada directamente por la propia autora. Por otro lado, me gustaría señalar que toda esta metodología ha respondido a unos objetivos concretos. Entre ellos, dar voz a este movimiento en ámbitos académicos y visibilizar, así, formas otras de acción hasta ahora invisibilizadas; si acaso, criminalizadas. Se pretende, por otro lado, realizar una antropología ligada a los intereses del movimiento, que contribuya a despenalizarlo, siquiera socialmente, y que permita mostrar todas esas sinergias que están surgiendo en, como sugiere el nombre del programa de doctorado en el que se enmarca esta tesis, este contexto de crisis en el que nos encontramos. En este sentido, el marco teórico elegido, fruto de innumerables y largos debates con una tutora que trataba de poner teoría a lo que yo pretendía reflejar con la práctica. Ella me ha ensañado que, como también matiza Segato, toda elección teórica es política.

Finalmente, quisiera hacer una nueva mención a esta autora para señalar que no podemos aquí hablar de una antropología por la demanda en los términos que Segato propone, dado que la iniciativa de acercarme a la okupación ha sido mía y no requerida por el propio colectivo. Sin embargo, se me ha pedido en varias ocasiones que el trabajo les sea devuelto, algo que ya entraba en mis presupuestos. Por lo que se tratará, como propone esta autora, de poner “los conocimientos, capacidad de 'escucha' etnográfica y habilidad interpretativa” de la antropología a su disposición. Se pretende, de este modo, devolver este trabajo al movimiento, con la intención de que les sirva, por lo menos, como una herramienta para la reflexión. Esto, sin embargo, tendrán que decidirlo quienes han hecho posible esta investigación.

PARTE SEGUNDA

EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN



“Pero dígame, madre, también pega la guardia a los amos del latifundio,
Para mí que este chico no está bien de la mollera, dónde se ha visto cosa igual, la guardia,
hijo mío, fue creada y sustentada para arrearle al pueblo,
Cómo es posible, madre, es que se hace una guardia sólo para arrearle al pueblo, y qué es lo
que hace el pueblo,
El pueblo no tiene quien arree al dueño del latifundio que manda al guardia a arrear al
pueblo,
Pero yo creo que el pueblo podría pedirle a la guardia que arrear a los amos del latifundio,
Ya decía yo, María, que este muchacho no está en sus cabales, no lo dejes andar por ahí
diciendo estas cosas, que todavía tendremos problemas con la guardia”

(Levantado del suelo, José Saramago, 2001: 88)

CAPÍTULO 3. EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO PROCESO EMANCIPADOR

3.1 INTRODUCCIÓN. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El sociólogo Sidney Tarrow define los movimientos sociales como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades” (1997: 21). Así, son cuatro las propiedades que este autor les atribuye:

- desafío colectivo: aquellas acciones directas que son disruptivas contra las élites, las autoridades u otros grupos o códigos culturales
- objetivos comunes: el motivo o motivos que llevan a la gente a plantear exigencias comunes
- solidaridad: el reconocimiento de una comunidad de intereses, de una identidad
- interacción mantenida: para que la confrontación se convierta en movimiento debe mantener una actividad colectiva frente a sus antagonistas.

Los movimientos sociales, nos dice, “se forman cuando ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las élites y las autoridades” (1997: 49). Es por ello que considera este autor que la acción colectiva es indispensable para que exista movimiento social. Pero no se trata de una acción colectiva

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

cualquiera, sino que se refiere a la 'acción colectiva contenciosa', es decir, a aquella que es llevada a cabo por “gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros” (1997: 19). Así, este tipo de acciones colectivas tienen poder, según Tarrow, porque “desafían a sus oponentes, despiertan solidaridad y cobran significado en el seno de determinados grupos de población, situaciones y culturas políticas” (1997: 20). Pero, para que esta ocurra, es necesario que se den cambios en la estructura de oportunidad política (EOP); esto es, que se den aquellos cambios políticos que, aunque no se deban a la intervención de los movimientos sociales, abren oportunidades y posibilitan que éstos pasen a la acción. Cuando se mantiene esta interacción de enfrentamientos, tiene lugar lo que denomina 'ciclos de protesta', es decir, “una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución” (1997: 264). Es en este momento en el que, según el mismo autor, la protesta pasa de ser un fenómeno circunstancial que puede ser fácilmente reprimido al constituir un caso aislado, a convertirse en un movimiento social. Pero para que se mantenga dependen no sólo de su entorno interior, sino del exterior, es decir, de la ya mencionada estructura de oportunidad política.

La acción colectiva es una acción que se realiza en conjunto. Sin embargo, depende de la toma de decisión individual y se ve influenciada por las redes sociales en las que cada persona se ve sumergida, creando así esas redes de solidaridad antes mencionada. Pero para que se constituya en movimiento debe, además, extenderse “de modelos microeconómicos sencillos a opciones social e históricamente enraizadas; y de dinámicas particulares a la dinámica de la lucha social” (1997: 36). Así, siguiendo el legado de autores como Marx, Lenin y Gramsci, nos señala que la acción colectiva se basaría en un conjunto de cuatro elementos: la movilización, la organización, el consenso y la interacción. “Estos rasgos de la acción colectiva -la transformación de la capacidad de movilización en acción por medio de la

organización, la movilización por consenso y la estructura de oportunidades políticas constituyen el esqueleto de la teoría contemporánea del movimiento social”, apunta (1997: 40).

Sin embargo, como ya ha quedado reflejado en el primer capítulo, las teorías también van modificándose a medida que avanzan las investigaciones en Ciencias Sociales y a medida que van surgiendo, también, nuevas reivindicaciones. Así, en los últimos años, e impulsados por aquellas teorías provenientes del Sur, los estudios sobre los movimientos sociales dejan de intentar elaborar teorías de vanguardia, en las cuales los intelectuales trataban de dirigir el destino del movimiento (aquel intelectual orgánico al que se refería Gramsci), para proponer teorías de retaguardia, como nos señalaba Gimeno; teorías que siguen a los propios movimientos en sus pasos y que pretenden construir conocimiento con y para ellos. Es por ello que, aunque sigamos a Tarrow en sus definiciones más generales sobre movimientos sociales, nos resulta fundamental rescatar las aportaciones del Sur, presentando el movimiento social analizado como un proceso emancipador. Así, sumaríamos, pues, a esos cuatro factores señalados (movilización, organización, consenso e interacción) un quinto: la búsqueda de emancipación.

En este sentido, cabría matizar que no son sólo las formas de analizar los movimientos lo que está en continua construcción. También los propios movimientos han de ir adaptándose a los cambios que se producen en la sociedad, así como a los cambios que ellos mismos provocan en ésta. Estos cambios dentro de los movimientos sociales requieren también un replanteamiento de los valores y actitudes que éstos adoptan para redefinir su forma propia de entender el mundo y adaptarse a las nuevas realidades en las que se ven inmersos. Y, en este continuo construir y redefinir, encontramos, como ya se ha señalado, una realidad nueva: las nuevas tendencias provenientes de América Latina, que nos presentan a las universidades trabajando conjuntamente con los movimientos sociales existentes y a los propios movimientos como sujetos inmersos en esos procesos sociales emancipadores.

Pero antes de llegar a este punto, propiciado por la emergencia del llamado movimiento antiglobalización, han sido muchas las vueltas que ha dado la Academia en busca de una definición y un consenso acerca del funcionamiento y las características de los movimientos sociales. Encontramos, así, en la literatura consultada, diversas definiciones, más allá de la

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

aportada por Tarrow al inicio de este apartado. Donatella Della Porta y Mario Diani, presentan, en su obra *Los movimientos sociales*, una síntesis de cómo han sido analizados los movimientos sociales desde diferentes posturas teóricas, así como los debates y problemáticas que desde estas posturas surgen. En este repaso contrastan diferentes teorías y conceptos para darnos, por fin, su propia definición al respecto. Así, describen los movimientos sociales como

“procesos sociales diferenciados consistentes en mecanismos a través de los cuales actores comprometidos en la actividad colectiva:

- se involucran en relaciones conflictivas con oponentes claramente identificados;
- se vinculan en densas redes informales; y
- comparten una identidad colectiva diferenciada” (2011: 43).

Consideran que los y las protagonistas de los movimientos sociales o bien promueven un cambio cultural, o bien se oponen al mismo; lo que requiere de una acción colectiva conflictiva e implica “la identificación de unos objetivos para unos esfuerzos colectivos articulados específicamente en términos políticos o sociales” (2011: 43). Coincide en esta concepción Benjamín Tejerina que define un movimiento social como “un concepto con el que se intenta aprehender el resultado de una acción social (o desafío colectivo) llevada a cabo mediante el conjunto de interacciones formales e informales que se establecen entre una pluralidad de individuos, colectivos y grupos organizados que comparten entre sí, en mayor o menor grado, un sentimiento de pertenencia o identidad colectiva, y las estructuras de interacción que establece con otros agentes sociales o políticos con los que entra en conflicto por la apropiación (de), participación (en) o transformación de las relaciones de poder o las metas sociales por alcanzar, y, todo ello, mediante la movilización de determinados sectores de la sociedad” (2010: 19-20). Encontramos así que, desde una posición más cercana en el espacio, este catedrático de la Universidad del País Vasco encuentra las mismas características en los movimientos analizados en su obra (feminismo, etnolingüismo, ecologismo, pacifismo y antimilitarismo). Movimientos que sitúa en el territorio vasco y que, además de actuar en el mismo contexto sociopolítico que el movimiento aquí presentado, van de la mano de éste. Es por ello que nos resulta de vital importancia su aportación.

Siguiendo esta línea, podríamos enumerar un sinnúmero de definiciones más. Sin embargo, por un lado, por acotar y, por otro, por las razones expuestas más arriba, seguiremos a estos

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

autores para elaborar nuestra propia definición de movimiento social y presentar a la okupación como tal; sin olvidar, como sugieren Martínez y Casado (2016), que el término 'movimiento social' es un término en continuo proceso de reconstrucción que se corresponde a las necesidades de cada momento, más que con categorías inamovibles. Así, más allá de las matizaciones que distinguen estas distintas definiciones, encontramos elementos comunes a todas ellas; elementos que nos servirán para presentar, como ya se ha señalado, la okupación como un movimiento social, en contraste con quienes no lo consideran de igual modo. Debate que se da incluso dentro de las filas de las propias personas que okupan. Argumentaremos aquí, por nuestra parte, que la okupación es un movimiento social que se define por unas características particulares que presentaremos más adelante.

Según los autores ya citados, un movimiento social se caracteriza por el hecho de que un conjunto de actores comprometidos con una causa común, actrices que se organizan por medio de redes informales que les otorgan un sentido de pertenencia o identidad concreto, desafían a sus oponentes, generalmente las autoridades o las élites, generando conflicto e interacción con éstos, mediante una forma de acción colectiva. Así, un movimiento social a duras penas puede constituirse y lograr sus objetivos de manera individual. Requiere, por el contrario, de una socialización previa y de la identificación de una problemática común entre un determinado grupo de personas, que lucharán, no sólo por visibilizar su preocupación, sino por encontrar una solución al problema planteado. En esta lucha las formas aprendidas, la manera en que sus protagonistas han sido socializados, influirán notablemente en la búsqueda de soluciones y en las estrategias de acción adoptadas por cada movimiento. Estas formas variarán en función del contexto sociopolítico y cultural en el que se hayan visto inmersas estas personas afectadas, sin olvidar la influencia que puede ejercer la experiencia personal de cada una de ellas.

De este modo, las decisiones respecto a la forma de lucha elegida han de tomarse en consenso dentro del grupo; lo que requiere, a su vez, de un proceso de socialización entre sus miembros para identificar posibles acciones y estrategias y enmarcarlas en la estructura de oportunidad política, analizando distintos factores que posibiliten el surgimiento de un tipo u otro de movimiento social, e identificando qué características estables o móviles del sistema político influyen en el aumento de acciones políticas menos institucionalizadas. En este

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

sentido, nos dicen Della Porta y Diani, “es importante, por lo tanto, analizar el conocimiento que los activistas tienen de las oportunidades disponibles” (2011: 40). Y disponer de este conocimiento requiere, a su vez, de un estudio y de una reflexión común previa, que se va formando a partir de la interconexión de distintas redes informales. Nos recalca Tarrow, por ello, que la magnitud y duración de las acciones colectivas, “dependen de la movilización de la gente a través de las redes sociales y en torno a símbolos identificables extraídos de marcos culturales de significado”, de modo que “la movilización de redes sociales preexistentes reduce los costes sociales transaccionales de la convocatoria de manifestaciones, y mantiene unidos a los participantes incluso una vez que el entusiasmo inicial de la confrontación se ha desvanecido” (1997: 25, 56). Así, al analizar la revolución europea de 1848, concluye que “la persistencia de tales grupos y redes durante periodos de represión sugiere que lo importante -incluso cuando la organización estaba permitida- era la solidaridad interpersonal que subyacía a estas organizaciones, y no las organizaciones en sí” (1997: 109-110). Estas redes acaban confluyendo en lo que, ya en el primer capítulo, hemos denominado ‘espacios francos’; espacios que son sumamente importantes porque, al escapar de esas redes formales que son mucho más fáciles de controlar, permite a miembros de distintos movimientos hablar con tranquilidad y constituir esos espacios sociales en los que, nos dice Scott, aflora el discurso oculto; ya que, como argumenta Tarrow, ¿quién puede oponerse a que uno quiera beber con los amigos en casa o en un café?

Pero estas áreas de interacción social no las constituyen sólo las salas de nuestras casas o los bares que frecuentamos; pueden tranquilamente ser las manifestaciones y concentraciones organizadas por los movimientos con el fin de reivindicar algún derecho, de protestar por alguna decisión del gobierno; los pasillos y aulas de institutos o universidades; las ferias del libro alternativas; librerías; incluso locales donde se juntan grupos de gente con el fin de realizar actividades culturales o recreativas; lugares donde la gente que se reúne comparte una determinada visión del mundo; lugares que se mantienen vivos gracias a la afluencia de gente que acude a ellos para compartir conocimiento y experiencias. Conocimiento y experiencias que les permiten, no sólo construir su propia visión del mundo, sino identificar problemas comunes y la forma que quieren dar a sus soluciones, conformando así los primeros pasos para constituir, entre todas, otros mundos posibles. Así, “acudiendo a determinados sitios,

conectándose a grupos o asociaciones, patrocinando locales, cafés o librerías específicos, los individuos crean y reproducen tupidas redes de intercambios informales. Como resultado, las redes sociales informales forman dinámicas subculturales oponentes que ayudan a mantener vivas las identidades colectivas aunque no se produzcan desafíos abiertos a la autoridad estatal” (Della Porta y Diani, 2011: 173).

3.2 REABRIENDO EL DEBATE SOBRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Cuando en los años '60 comenzaron a estudiarse lo que llamaron Nuevos Movimientos Sociales la okupación se encontraba entre ellos. En el temprano 1973 Ron Bailey publica la obra *The Squatters*, en la que narra la campaña llevada a cabo por el London Squatters Campaign, iniciada en 1968 y a través de la cual se trataba de dar asilo a la gente sin hogar de Londres. Aunque desde sus inicios el movimiento ha ido adoptando muy diferentes formas, si revisamos la literatura existente encontramos que no ha tenido apenas repercusión en el ámbito académico. Mientras que los movimientos ecologista, pacifista y feminista fueron elaborando sus propios planteamientos teóricos con la consiguiente integración de éstos en los debates académicos, el movimiento de okupación no realizó esta tarea. Más acorde con los postulados situacionistas de Guy Debord, que, con su crítica a la naciente sociedad del espectáculo, sirven a parte del movimiento de referencia teórica, sus integrantes dedicaron más esfuerzos a la acción directa y a la creación de esas ‘situaciones’ o, como las denominó Hakim Bey, Zonas Temporalmente Autónomas (TAZ), en las que poder conformar, siquiera momentáneamente, esos deseados espacios de libertad. La okupación no es una teoría, es una práctica, me dicen en varias ocasiones algunas de las personas que han participado en esta investigación. Y, efectivamente, es una práctica; pero al ignorar en ella la elaboración teórica propia se ha propiciado la invisibilización, lo que ha derivado en una falta de atención tanto por parte de la Academia, como del resto de la sociedad en general. Sociedad que no se ha preocupado de las inquietudes del movimiento salvo cuando le ha tocado de cerca (bien cuando se ha visto abocado a okupar por necesidad, como cuando se le ha okupado una propiedad o le he tocado tener a okupas en el vecindario). Al actuar de forma paralela a la

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

elaboración teórica, pero no interrelacionada, no se cuestionaba directamente el material producido por la Academia, aunque este debate sí se diera en los círculos internos del movimiento. A su vez, al no producir material propio suficiente, sus debates no se introducían en esferas ajenas al propio movimiento. Pero incluso cuando se han invertido esfuerzos en esta elaboración teórica o cuando se ha cuestionado lo producido por personas ajenas al movimiento han sido invisibilizados por la hegemonía académica.

¿Por qué, entonces, se está replanteando ahora la okupación como movimiento social dentro de los ámbitos académicos? Tal vez se deba a que el debate acerca de los movimientos sociales está resurgiendo dentro de la propia Academia. Encontramos varios factores que explican este resurgimiento. Por un lado, podemos mencionar las aportaciones y críticas que se están realizando desde América Latina, que conjugan la producción teórica con el activismo político, algo que se había dejado de hacer en nuestras universidades a partir de la introducción en éstas de intereses económicos que soslayaban los sociales. Estas teorías y formas otras de considerar los movimientos sociales están teniendo influencia también en Europa y de ello derivan los distintos posicionamientos teóricos que están surgiendo dentro de las universidades, siquiera en alguno de sus reductos, entre los que destaca la necesidad de recuperar el pensamiento crítico que tan de lado se estaba dejando.

Pero hay otro importante motivo que podemos destacar. Desde las revueltas estudiantiles de los años '60 se ha incrementado considerablemente la cantidad de personas que tienen acceso a la educación superior. Así, aunque ya encontrábamos estudiantes en el movimiento de okupación en sus inicios éstos constituían casos aislados o, por lo menos, no mayoritarios. Pero con la democratización de la educación, el perfil de los miembros del movimiento ha variado. Mientras que en los años '60 en Europa los activistas okupas eran o bien descendientes de la recién creada clase media buscando alternativas de vida que los distinguieran de sus progenitores, o bien descendientes de familias de clase obrera en pleno proceso de desmantelamiento industrial, en la actualidad, son hijos e hijas de esa ahora mal llamada clase media que, aunque de forma cada vez más precaria, han tenido la posibilidad de estudiar en la universidad. Así, las okupaciones realizadas por quienes nacieron en ambientes de clase media como forma alternativa de vida fueron estudiadas como parte de la contracultura, sin atender a la crítica que la okupación podía conllevar. El otro tipo de

okupación, la okupación crítica, esa que nace de la necesidad de romper con el sistema, la que surge del lema punk de 'no hay futuro' no se tomó en consideración; no en la misma medida.

A este respecto hay que reconocer, a pesar de todo, el legado que nos dejaron los estudios culturales que ciertamente se preocuparon por estas clases y grupos. Sin embargo, y una vez más, este paradigma crítico supuso una excepción invisibilizada en su época dentro incluso de la propia institución en la que nace. Por otro lado, cabría señalar que no se pretende aquí decir que las okupaciones llevadas a cabo por gente de clase media no supusieran una crítica al sistema, pero su nacimiento parte, como bien explican desde los estudios culturales, de otras problemáticas. Mientras ésta nace del desencanto de una parte de la sociedad que, aun con todas las necesidades cubiertas, no encuentra su lugar en ella, la otra lo hace desde la periferia de ésta, desde aquellos márgenes que el mismo sistema crea y requiere para sobrevivir. Sus desarrollos son, así, bien diferentes.

Pero con la inclusión de nuevos sectores poblacionales en la universidad, se introducen también nuevos debates en la Academia. Debates que nacen de la vivencia de nuevas realidades que hasta entonces no atañían al sector universitario. De hecho, el perfil del estudiante universitario okupa es un perfil que ha aumentado en los últimos años, pasando a ser la okupación, en muchos de los casos, una fase de la vida y no una forma de vida en sí misma. De este modo, junto con aquellas críticas recibidas desde el otro extremo del globo, encontramos aquí otro de los motivos por los que hay cada vez más activistas teóricos dentro del movimiento de okupación.

Estas dos razones, además, encuentran un nexo común con la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. Así, el mayor acceso a la educación, que ha permitido a personas hasta ahora invisibilizadas acceder a la universidad, sumado al mayor acceso a la información y la comunicación, que permite a activistas de distintos ámbitos ponerse en contacto e iniciar y compartir luchas, ha posibilitado que se reabra el debate, no sólo acerca de los movimientos sociales, sino también en torno a la okupación. Este proceso, coincide en los últimos años con el colapso del sistema económico, y consecuentemente social, que ha ido dejando sin hogar a un número cada vez mayor de personas. Mientras que este colapso se está traduciendo en unas condiciones de vida cada vez más precarias para, precisamente, quienes más necesitan y para esas aparentes clases medias, con la reducción,

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

entre otras cosas, del acceso a la sanidad pública o, de nuevo, a una educación superior, encontramos que un grupo de activistas vinculados a la Academia ha creado el grupo de investigación Squatting Europe Kollektive (SqEK). Desde este colectivo se analizan las formas y repercusión que ha tenido el movimiento en los distintos países europeos con el fin, no sólo de visibilizar este silenciado y criminalizado movimiento, sino también de mostrar y solucionar el problema social del acceso a la vivienda causado por el sistema económico en el que nos hallamos sumergidos.

Partiendo de una crítica a las respuestas académicas ante esta crisis social y económica; respuestas que se centran, en gran medida, en producir información orientada al mercado o en elaborar presupuestos teóricos sobre el problema, pero no sobre la solución, el SqEK pretende, en sus propias palabras, “analizar críticamente el movimiento de okupación en sus contextos relevantes (histórico, cultural, espacial, político, y económico), intentando involucrar a los activistas en las prácticas investigadoras y compartiendo con ellos y con la sociedad el conocimiento así producido”⁶. El colectivo se involucra también, en los últimos años, en la lucha contra la gentrificación, el mayor exponente del neoliberalismo urbano. Tratando, al igual que parte de quienes teorizan desde América Latina, de romper esa dicotomía entre activismo e investigación, realizan periódicamente jornadas y encuentros en distintas ciudades europeas.

Los miembros de este colectivo analizan el surgimiento, resultados y prácticas del movimiento de okupación en diversos países con el fin de comprender cómo el contexto sociocultural, la actuación institucional, las redes sociales creadas, etc. influyen y condicionan al movimiento en sí mismo y cómo éste puede transformar también el medio. Esta relación simbiótica es comparada entre los distintos contextos europeos. Encontramos, así, estudios de caso de Italia, España, Alemania, Francia, Holanda o Inglaterra, entre otros, que nos permiten identificar qué elementos son constitutivos para el movimiento de okupación.

Siguiendo los resultados de las investigaciones de estos autores, y alguna que otra autora, analizaremos el caso que nos concierne, es decir, la okupación en Euskal Herria, para mostrar cómo, sumergida en un contexto sociopolítico específico, ha generado unas prácticas culturales propias que no han quedado al margen del resto de la sociedad. Estas prácticas, que

6 <https://sqek.squat.net/es-agenda-de-investigacion-del-colectivo/> Accedido el 4 de febrero de 2017.

están resurgiendo en esta época de crisis social y económica, y que serán analizadas en la tercera parte de esta tesis, se han visto influenciadas e influyen a este contexto. Es por ello que, en el siguiente capítulo, presentaremos la historia del movimiento de okupación en el territorio vasco, centrandos nuestros estudios de caso, principalmente, en la comarca de Donostialdea, dentro de la cual destaca el fuerte movimiento que hubo en Oarsoaldea en la época de los '80.

3.3 EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO MOVIMIENTO

“Con la okupación planteamos una alternativa y solución a la 'problemática de la vivienda' favoreciendo la emancipación de las capas sociales más pobres y explotadas a consecuencia de un sistema político y económico injusto, basado en el autoritarismo democrático (dictadura moderna) y la distribución irregular de la riqueza, estando los bienes en manos de unos pocos a cuenta del resto del planeta”

(Desegin, 5: 46)

En un texto conjunto Miguel Ángel Martínez López y Claudio Cattaneo señalan que para entender el movimiento de okupación hay que entenderlo primero en su contexto local e ir viendo cómo las interrelaciones de las que participa lo van elevando a un ámbito global. Así, nos dicen, el poder de la okupación aumenta cuando ésta se conecta con otros movimientos anticapitalistas similares (2014). En este texto se preguntan, ya desde su mismo título, en qué medida la okupación puede suponer una alternativa al capitalismo. A lo largo de esta tesis trataremos de mostrar cómo las prácticas llevadas a cabo por una parte del movimiento okupa pueden ayudar a dar respuesta a esta pregunta global desde un análisis local. Antes, sin embargo, nos vemos en la necesidad de presentar la okupación como un movimiento social; aspecto que no siempre, ni desde todos los sectores, se ha considerado así.

Los considerados movimientos sociales tradicionales, es decir, el movimiento obrero y el movimiento nacionalista, dieron paso, durante los años '60 a lo que se denominó como Nuevos Movimientos Sociales, entre los que destacaron los movimientos feminista, pacifista y ecologista. Estos movimientos, centrados más en aspectos culturales e identitarios, llevaban ya años gestando su lucha. No eran, en definitiva, tan nuevos, pero vieron incrementada su

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

participación en la escena política especialmente a partir de las manifestaciones estudiantiles que tuvieron lugar, sobre todo en Francia (aunque también en el resto de Europa y EE.UU.), durante mayo del '68, momento en el cual diversos grupos sociales conjugaron sus luchas. Aunque las principales revueltas estudiantiles fueron reprimidas por el gobierno francés, el germen de la protesta fermentó dando lugar a otra serie de reivindicaciones. La okupación es una de ellas.

Según César Guzmán-Concha (2015), la okupación consiste en un movimiento contracultural que surge en Europa en la segunda mitad de los '70, a raíz de la convergencia de tres movimientos: el movimiento por una vivienda, el movimiento juvenil y las tendencias contraculturales de la época (punk, provos, etc.). Así, a pesar de que la ocupación simbólica de edificios (fábricas, sedes sindicales o gubernamentales, etc.) es una forma de protesta utilizada durante décadas por numerosos colectivos, la okupación con K, lo que en Inglaterra se denominó movimiento 'squatter' y en Holanda 'kraker', es una práctica que surge en estos dos países a partir de estos mismos años. Es cierto que, como me recalcan una y otra vez en las entrevistas realizadas, la ocupación existe desde que existe la propiedad privada, comenzando por la ocupación de tierra por parte de gentes campesinas y labradoras para poder cultivar sus alimentos. Sin embargo, la okupación reivindicada, es decir, la entrada en un edificio sin permiso del propietario y su denuncia pública, es un fenómeno que comienza a darse paralelamente, y muy de la mano, de las luchas arriba mencionadas, incluida la estudiantil. Así, no es raro encontrar entre las okupas de aquellos primeros años militantes feministas, ecologistas, pacifistas o antimilitaristas, siendo alguna parte, también, estudiantes; aunque en el caso que nos atañe, en muy baja proporción.

Por otro lado, la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información ha permitido que no sólo las élites tengan acceso a ellas, sino que también casi cualquier movimiento social a lo largo del mundo pueda utilizarlas. Las consecuencias de esta forma otra de globalización no han sido, de este modo, tan negativas como lo han sido la expansión de la ideología del desarrollo y del modelo económico neoliberal, ya que ha permitido a los movimientos que luchan en contra de este sistema ponerse en contacto con posibles aliadas, así como conocer qué otras luchas se están llevando a cabo a lo largo y ancho del globo. De este modo, nos dice Tejerina, “el protagonismo del denominado movimiento antiglobalización

o movimiento a favor de una justicia global se presenta como una estructura de movimientos, en la que cada grupo puede participar activamente sin renunciar a sus señas de identidad” (2010: 260). En este sentido, podríamos decir que las luchas se han ido también globalizando, dando paso a aquello que Santos denomina la globalización contrahegemónica; o lo que desde los medios de comunicación se ha llamado el movimiento antiglobalización. En este sentido, encontramos también múltiples vínculos entre estos Nuevos Movimientos Globales y el movimiento de okupación.

El mismo autor señala que para que surja un movimiento social los comportamientos individuales tienen que convertirse en colectivos y las acciones tienen que adquirir un sentido social (Tejerina, 2010: 182); idea en la que coincide con Sidney Tarrow. Mientras que el problema de la vivienda se ha ido individualizando a medida que la sociedad ha interiorizado los valores neoliberales, proceso que en el territorio español se ha dado en la década de los '90, desde el movimiento de okupación se reivindica una y otra vez que se trata de un problema social. Así, la okupación, tanto de viviendas como de espacios cuyo uso se destina a la creación de centros sociales, ha sido un recurso utilizado durante décadas. Sin embargo, encontramos que su reivindicación y su acción llevada a cabo de forma colectiva se ha dado en los últimos 40 años en el contexto europeo y 30 en el español; precisamente cuando la primera ola de expansión capitalista está llegando a su fin, nos dicen Miguel Ángel Martínez López y Claudio Cattaneo (SqEK, 2014: 36).

El debate acerca de si la okupación constituye un movimiento social o no se mantiene abierto no sólo dentro de quienes estudian los movimientos sociales, sino incluso entre sus propias militantes. Por otra parte, cuando ha sido estudiado como movimiento social, se ha englobado, principalmente, como parte de los movimientos sociales urbanos (MSU). Sin embargo, autores como el sociólogo Miguel Ángel Martínez López, principal estudioso del movimiento de okupación en el Estado español y uno de los coordinadores de un proyecto de investigación sobre okupación a nivel europeo, ha ido derivando sus iniciales presupuestos teóricos, en los que lo consideraba un mero MSU, en otros en los que muestra al movimiento de okupación como un movimiento más amplio capaz de luchar contra el modo de vida inducido por el sistema capitalista. Así, nos dice en su obra *Okupaciones de viviendas y de centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos* que “el movimiento okupa,

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

por su parte, es el que más continuidad tiene con las demandas urbanas de los movimientos ciudadanos anteriores, elaboradas ahora por una generación más joven que también recoge ideas comunalistas del movimiento contracultural e ideologías políticas de la izquierda extraparlamentaria, las cuales son también novedosas con respecto a los MSU precedentes” (2002: 127). Sin embargo, en la compilación de textos *The squatters movement in Europe. Commons and autonomy as alternatives to capitalism*, compilación que edita junto con Claudio Cattaneo bajo la red de investigación del Squatting Europe Kollektive, doce años más tarde, concluyen que, debido a sus prácticas, la okupación, aunque no pueda proveer de vivienda a todas las personas que la necesitan, ni desafiar al sistema capitalista en su totalidad, sí puede suponer una alternativa al modo de vida que éste ofrece. En el mismo sentido, ETC Dee, en otra obra colectiva del mismo grupo de investigación, *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, argumenta en su análisis sobre la okupación en Inglaterra, cómo el movimiento surge para hacer frente a las necesidades de vivienda pero deriva rápidamente en otras áreas de protesta, entre las cuales el derecho a la vivienda sigue siendo fundamental (2013). Así, apuntan los editores, mirando la historia de la okupación y relacionándola con otros movimientos sociales, tanto a nivel local como internacional, podemos observar que el movimiento de okupación es más fuerte de lo que hasta ahora se ha considerado.

En el prefacio al primero de los libros editados por el Squatting Europe Kollektive, Margit Mayer nos señala que la okupación, entendida como el uso de una vivienda o espacio sin el consentimiento de sus dueños, no tiene necesariamente que transformar las relaciones sociales. Encontramos, así, dos tipos de okupación; quienes ocupan en silencio, con el fin de satisfacer necesidades propias, y quienes utilizan la okupación como una técnica más dentro de un repertorio de acción más amplio. Aunque muchas de las personas con quienes me he entrevistado consideran que la ocupación silenciosa también constituye una acción política, desde el momento mismo en que desafía a la propiedad privada y rompe las normas del sistema mediante la desobediencia civil, ésta es sumamente difícil de contabilizar, dado que sus protagonistas tienden a esconder esta realidad. El segundo tipo de okupación, por su parte, no se hace ya sigilosamente, sino que realiza demandas explícitas al Estado, no sólo reclamando el derecho tener una vivienda digna y centros sociales autogestionados, sino cuestionando también las causas de estos problemas. El uso de estos espacios pone en marcha,

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

además, políticas prefigurativas en las que se ensayan otras formas de autogestión y empoderamiento, sirviendo a su vez como espacio político y cultural. Espacios desde los que se puede luchar contra las políticas neoliberales que se están manifestando, como se señaló en el capítulo primero, en forma de conversión urbana y constitución de 'ciudades marca', mercantilizando hasta la propia cultura. Es este último tipo de okupación el que consideraremos en esta tesis como movimiento social. Para hacer más fácil la lectura, distinguiremos en ella 'okupación', cuando se realiza con un sentido político consciente, de 'ocupación', cuando se realiza de forma silenciosa y sin reivindicación.

Este movimiento no consiste en un movimiento social organizado, con un centro de control desde el cual se organicen las acciones a llevar a cabo. Surge, sin embargo, como pequeños nodos que pueden llegar a coordinarse para llevar a cabo determinadas campañas de denuncia, manteniendo cada espacio, a su vez, su propia identidad, autonomía y capacidad decisoria; hecho que se muestra acorde con la ideología libertaria y autónoma de la que parten muchos de estos nodos. Así, el ser un movimiento heterogéneo y acéfalo, difícil de clasificar y sin caras y estructura visible, no lo excluye, a mi modo de ver, de ser un movimiento social. Aunque la falta de coordinación interna sería una característica que no pocas personas querrían mejorar (se han hecho varios intentos a lo largo de los años, e incluso durante el desarrollo de esta tesis), supone también una estrategia de supervivencia. La okupación, como me decía una de las entrevistadas, adopta un formato efímero pero constante. Aparecen y desaparecen como champiñones, matiza. El que las caras cambien, que no exista una estructura definida, etc. más allá de deslegitimarlo como movimiento, le otorga un carácter propio que muestra una forma de organización con la que las instituciones, entre ellas la Academia, no están familiarizadas; una forma horizontal, no jerarquizada y asamblearia donde cada participante tiene voz y voto, si es que se me permite usar esta expresión para un movimiento de claro talante libertario.

La okupación se caracteriza, como afirma Dee, por la lucha contra la falta de vivienda o, lo que es más importante, la falta de acceso a ésta. Esta falta de acceso se combate, no construyendo viviendas propias por parte de sus activistas, sino ocupando edificios vacíos tanto de propiedades privadas como pertenecientes a entidades públicas. Es por ello que la lucha contra la falta de accesibilidad a la vivienda se convierte en una lucha contra la

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

propiedad privada, base del sistema capitalista. Nos relata Silvia Federici, haciendo un paralelismo entre la expropiación de tierras y la apropiación de la fuerza de trabajo y la invisibilización de su reproducción, cómo el capitalismo necesita obligatoriamente de la extracción de fuerza de trabajo externa para su mantenimiento y expansión. La primera medida que tomó en este sentido fue la eliminación de tierras comunales por medio del 'cercamiento'. "En el siglo XVI, 'cercamiento' era un término técnico que indicaba el conjunto de estrategias que usaban los lores y los campesinos ricos ingleses para eliminar la propiedad comunal de la tierra y expandir sus propiedades. Se refiere, sobre todo, a la abolición del sistema de campo abierto, un acuerdo por el cual los aldeanos poseían parcelas de tierra no colindantes en un campo sin cercas. El cercado incluía también el cierre de las tierras comunes y la demolición de las chozas de quienes no tenían tierra, pero podían sobrevivir gracias a sus derechos consuetudinarios. También se cercaron grandes extensiones de tierra para crear reservas de venados, mientras que aldeas enteras eran derribadas para cubrir las de pasto", nos dice (2016: 105-107). Así, como veremos más adelante cuando presentemos los distintos estudios de caso, en su lucha contra la propiedad privada la okupación desarrolla también proyectos de recuperación de tierras comunales y de vuelta al campo.

Diremos, por lo tanto, que el principal objetivo del movimiento de okupación es la defensa del derecho a una vivienda digna a partir de la crítica y el ataque directo a la propiedad privada. Pero no es ésta la única lucha que lleva a cabo. Las personas que okupan se hallan frecuentemente inmersas en más luchas que van coordinando en los espacios okupados que frecuentan. Estos espacios francos, estas zonas de contacto, permiten articular diferentes movimientos sociales. Es por ello que, debido tanto a las prácticas que las okupas tratan de cambiar a diario para crear un mundo propio que escape de las leyes sociales convencionales, como a los distintos movimientos sociales en los que participan, podemos decir que el movimiento de okupación es mucho más que un movimiento social urbano. Argumentaremos, pues, que tanto en sus prácticas cotidianas, enfocadas a su transformación interna, como en sus distintas luchas y manifestaciones, enfocadas a la transformación externa, tratan de crear una sociedad que se aleje de los valores socioculturales hegemónicos.

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

Para presentar la okupación como movimiento social analizaremos sus prácticas bajo los conceptos que forman la definición que hemos proporcionado más arriba y los ilustraremos con algunos ejemplos, aunque se profundizará más acerca de ellos en la tercera parte del texto. Así, nos dicen los autores ya citados que los movimientos sociales se caracterizan por estar constituidos por redes de relaciones informales. En mis entrevistas encuentro que pocas veces se considera que el movimiento tuviera una estructura definida, sino que me afirman, a menudo, que la gente se coordinaba por redes de afinidad y amistad; también es así en el caso de nuevas integrantes. De modo que éstos entran en el movimiento a partir de amigas y conocidos que ya se encuentran dentro. Un ejemplo ilustrativo es el caso de la primera okupación reivindicada que se dio en la ciudad de Donostia, la villa Izartxo, donde encuentro que el hermano de una de las mujeres con las que estuve conversando fue quien decidió entrar en aquella villa abandonada en la zona de Miraconcha. Como se encontraba solo les pidió que se fueran a vivir con él y así entraron ella y su pareja. Aunque tras esa experiencia no han seguido okupando, mantienen relación con las personas que años después entraron en las siguientes casas okupas de la ciudad: la Casa de las Duchas, Martutene, Zapatari. Por lo tanto, en lo que al análisis de movimientos sociales respecta, coincidimos con Della Porta y Diani cuando nos dicen que poner mayor énfasis en las redes informales que en las organizaciones “nos permite, además, apreciar de manera más completa el espacio reservado a los individuos en el seno de los movimientos. La participación individual es esencial para los movimientos, siendo una de sus características el hecho de poder involucrarse en un esfuerzo colectivo sin tener que pertenecer automáticamente a una organización específica” (2011: 49). Así, podremos observar mediante los ejemplos analizados que estas redes informales dan paso a actividades comunes que crean señas de identidad entre quienes viven esas experiencias, ya que, como señalan los mismos autores, “para la gente comprometida en estas redes, el activismo político es, antes que nada, un estilo de vida, la expresión de profundas orientaciones culturales y políticas, más que una adhesión a un proyecto político concreto y las organizaciones que lo sustentan” (2011: 174).

En este sentido, cuanto más intensas son las experiencias, más fuertes son los vínculos que se crean. Así, una de las mujeres que entró en Matxarda en 1988, la primera casa okupada exclusivamente por mujeres, se autodefine a día de hoy como okupa y feminista, a pesar de

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

llevar viviendo de alquiler desde que salieran de su tercera experiencia de okupación conjunta en el año '93. Otra de estas mujeres reconoce que el círculo de amistades que le rodea hoy se conformó en aquella época, y se siente parte de él aunque ahora no reivindique abiertamente la casa okupada en la que vive. Ambas coinciden en que, cuando las experiencias que se viven son muy intensas, se refuerzan los lazos que las unen. Y, efectivamente, la convivencia, el hacer frente a los desalojos, los enfrentamientos con la policía o con vecinos que no aceptan su condición de okupa, la estigmatización que esta condición supone por parte de un amplio sector social, provoca situaciones que se viven de manera intensa. En su caso, además, el hecho de enfrentarse al propio movimiento dentro de un colectivo aparentemente libertario en su condición de mujeres generó todavía un sentimiento identitario aún más profundo; no sólo les une el activismo okupa, sino también la identidad de género.

El término 'identidad' es un término complejo. Se trata de un concepto que define la forma en que las personas se posicionan ante el mundo; que define aquello que sienten que les representa. Sin embargo, como señalara Hall (2010), las identidades no son categorías fijas como pretendían demostrar los Estados-nación a través de las grandes identidades nacionales, sino que se corresponden con una 'producción' que nunca está completa; constituyen un proceso. Por un lado, se modifican y, por otro, responden a un discurso situado y dialógico con un 'Otro' a partir del cual nos definimos a nosotras mismas. Esta identificación no es, por lo tanto, automática; se encuentra politizada.

Asimismo, las representaciones que los distintos colectivos tienen de sí mismos no siempre se corresponden con lo que la gente que les rodea piensa de ellos. En este sentido, consideran Della Porta y Diani que “la identidad no es ni algo que uno pueda poseer ni una propiedad de los actores, sino el proceso a través del cual actores individuales y colectivos, en interacción con otros actores sociales, atribuyen un significado específico a sus rasgos, hechos vitales y los sistemas de relaciones sociales en los que están insertos” (2011: 129). En estos procesos van construyendo las prácticas del día a día con las que quieren verse representadas. Así, la identidad se configura a partir de una determinada posición en el mundo que se muestra a través de la construcción de unas actividades cotidianas diferenciadas. Estas actividades comienzan por la vida en comunidad; vida que en lo que al movimiento okupa respecta se crea tanto en las mismas casas como en las actividades en las que participan. De

este modo, la convivencia se convierte en uno de los principales factores que potencian la creación de esta comunidad, de esta identidad; aunque también en su principal destructor. Así, en casi todos los espacios que he frecuentado durante el trabajo de campo he encontrado tensiones entre miembros del colectivo. Las pocas que me aseguran que nunca tuvieron un conflicto interno son las mujeres de Matxarda, si bien es cierto que sólo conversé con dos de ellas. Pero cuando la militancia se da en el día a día, las 24 horas de éste, los roces entre personas se vuelven comunes, ya que la personalidad e intereses de cada miembro no queda anulada al entrar en el colectivo.

Por otro lado, pocas veces se autoidentificarán como okupas. Las diferentes luchas de las que participan también marcan rasgos característicos que les posicionan ante el mundo. Sin embargo, cuando hablamos de comunidad tanto hombres como mujeres, sobre todo quienes comenzaron con el movimiento de okupación en los años '80, recalcan que se movían en grupo allá donde fuera; tanto para hacer frente a un desalojo como para acudir a un concierto. Así es como se genera también ese sentimiento identitario que se manifiesta a través de estilos de vida concretos (música, estética, etc.) y que posibilita que se lleven a cabo acciones conjuntas. En este sentido, Tejerina nos afirma que “las creencias y los valores compartidos por una comunidad de individuos son mantenidos y reproducidos a través de estructuras de interacción y de prácticas sociales. Al mismo tiempo, estas prácticas sociales están dotadas de significación social para los miembros del grupo porque vienen referidas a un mismo horizonte interpretativo. Aquellos elementos simbólicos capaces de dar significación social a las acciones de los individuos y convertir la significación en algo compartido forman el núcleo central de la identidad colectiva” (2010: 114).

Este sentimiento de comunidad genera unas redes de solidaridad que refuerzan esos lazos afectivos que permiten que diferentes individualidades se conjuguen en un movimiento concreto. Así, aunque el movimiento no esté organizado en función de los requisitos que la oficialidad requiere, si las relaciones internas son sólidas la organización se manifestará en sus formas particulares. Es el caso de los ejemplos que mencionan cuando me cuentan cómo acudían en masa ante cualquier amenaza de desalojo. También en el reciente caso del derribo de Kortxoenea distintos colectivos y personas se organizaron para hacer frente al desalojo y configurar turnos de resistencia con el fin de no dejar el espacio vacío en ningún momento. Si

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

bien es cierto que las manifestaciones y las actividades, principalmente los conciertos, atraían a un mayor número de personas, por las noches también se turnaba gente para dormir en el *gaztetxe*. Al igual que en los años '80, el compromiso se mezcla con la fiesta.

Las fiestas, por su parte, constituyen uno de los principales elementos que contribuyen al reforzamiento de la identidad. Cuando James C. Scott analiza el comportamiento de las comunidades de esclavos negros, encuentra cómo los actos populares sirven no sólo para generar, sino para reforzar ese sentimiento. Así, en consonancia con la falta de organización formal que atribuimos al movimiento de okupación, nos dice que “en muchos sentidos, la coordinación social evidente en los actos multitudinarios tradicionales se logra gracias a una red comunitaria informal que vincula a los miembros del grupo subordinado [...], lo más importante es que esas redes están socialmente integradas en la comunidad subordinada y son muchas veces, por lo tanto, tan impenetrables para las autoridades como ‘indispensables para una acción colectiva permanente’” (2003: 216-217). Como veremos, lo que se habla en las fiestas, en los conciertos, en los talleres a los que quienes okupan acuden, escapa, al contrario que las manifestaciones, o las convocatorias a la prensa, a los ojos de los gobernantes. Es en esos círculos donde se va creando el discurso que después servirá para autopresentarse en sociedad.

Sin embargo, este discurso, como ya se ha señalado, no siempre coincide con la imagen que el resto del conjunto social tiene de los miembros del movimiento y del movimiento en sí mismo. Así, esta identidad se va negociando y reformulando en función de los cambios sociales y políticos que se den. En este sentido, nos dice Tejerina, “la identidad de un movimiento se ve afectada por la interacción con los no miembros, así como por definiciones impuestas por las agencias del Estado, los contramovimientos y por los medios de comunicación. De hecho, tanto a través de medios impersonales como mediante interacciones de carácter personal, la identidad de los movimientos sociales se ve modificada” (2010: 202).

Hemos destacado la organización en redes informales y la identidad como rasgos característicos de los movimientos sociales. Otro de ellos es el desafío a los oponentes; normalmente autoridades, élites o instituciones. Aunque pudiera parecer que el principal oponente del movimiento de okupación fuera el propietario de los espacios que se okupan, desde el momento en que la Constitución recoge el derecho a una vivienda digna como

inexorable al de ciudadanía, es el Estado el que se convierte en objeto de sus réplicas; el Estado en sí mismo por no satisfacer una necesidad social reconocida y el Estado en cuanto ente colaborador con el sistema capitalista al proteger la propiedad privada por encima de los derechos sociales de su ciudadanía. Aunque por su relación con otros movimientos y por sus prácticas la okupación haya derivado en algo más que un movimiento social urbano, todos los estudios acerca de la okupación coinciden en que el principal reclamo y el motivo de su surgimiento, con sus diferentes variables, consiste en la demanda de vivienda, con la excepción, si acaso, de Italia donde prima el uso de los espacios okupados como centros sociales autogestionados. Sin embargo, la reivindicación de la necesidad de disponer de centros sociales donde llevar a cabo sus propias actividades y poner en práctica sus propias formas culturales no se contradice con la demanda de vivienda, dándose el caso de muchos CSOA que conjugan ambas. Y aún en los casos en los que se trate exclusivamente de centro social, se está poniendo en cuestión la capacidad del Estado de proporcionar espacios culturales y políticos donde la población pueda satisfacer sus demandas e inquietudes. La situación en Euskal Herria, que será analizada en profundidad en el siguiente capítulo, no dista mucho de la realidad italiana en este sentido.

Así, aunque parte de las okupaciones se realizan en propiedades privadas, priman en sus actuaciones aquellos edificios pertenecientes a organismos públicos o, en su defecto, a grandes empresas. Mientras que, en sus inicios, en la okupación de viviendas destacan los antiguos cuarteles de la Guardia Civil que se van vaciando para dar paso a la recién creada Ertzaintza (Oiartzun, Andoain, Hernani, etc.), en lo que a centros sociales respecta la okupación se manifiesta en grandes pabellones y fábricas abandonadas durante el proceso de desindustrialización que afectó a la zona durante los años '80 (Squat de Llodio, Niessen y Luzuriaga en Rentería, etc.); aunque también se dan en otros espacios como antiguas viviendas de profesores, antiguos mataderos, etc. Como se verá más adelante, la demanda de centros sociales juveniles, lo que después vino en denominarse 'Gaztetxe', comienza ya a finales de la década de los '70. Estas reivindicaciones, que se realizan ante los gobiernos municipales, derivan, en muchos de los pueblos, en okupaciones, al principio simbólicas y después permanentes, debido a la falta de respuesta o pasividad de sus ayuntamientos; si bien es cierto que en algunos municipios se ceden locales con el fin de que la juventud disponga de

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

un espacio donde llevar a cabo sus demandas. De este modo, los desafíos a los oponentes son, claramente, las okupaciones que se realizan con intención de provocar una reacción en los gobernantes.

Estos desafíos, señala Tarrow, más allá de poner a prueba los límites del control social, ponen también al descubierto las debilidades de las autoridades, y pueden revelar la existencia de aliados insospechados o anteriormente pasivos, así como forzar la apertura de barreras institucionales a través de las cuales penetrarán las reivindicaciones de otros (1997: 59, 173). En el caso que nos atañe, la incapacidad, o la falta de interés, de los gobiernos municipales de satisfacer las necesidades de la juventud, deriva en unas movilizaciones a las que, en sus inicios, las autoridades no consiguen hacer frente debido a la novedad que supone para éstas. Nos afirma el mismo autor que ésta es una de las características del poder de la acción colectiva: la incertidumbre frente al desafío. Con el paso del tiempo, sin embargo, y a medida que los desafíos se repiten adoptando las mismas formas de acción, el grupo gobernante va perfeccionando sus técnicas represivas, dejando de suponer una sorpresa las okupaciones o las manifestaciones violentas. Así, las formas de acción se transmiten también culturalmente. “Las convenciones aprendidas de la acción colectiva forman parte de la cultura pública de una sociedad [...]. La gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce; cada sociedad tiene una reserva de formas familiares de acción, conocidas tanto por los activistas como por sus oponentes, que se convierten en aspectos habituales de su interacción”, nos indica el mismo autor (Tarrow, 1997: 50-51).

Así, en los casos en que se concede locales a la juventud, se abre la posibilidad de que numerosos colectivos comiencen también a pedir espacios donde poder reunirse. En cuanto a la aparición de aliados inesperados, es significativo el caso de Berriotxoa, en el municipio vizcaíno de Barakaldo, cuando el 28 de noviembre de 1992 los grupos ecologistas Eki y Eguzki, el antimilitarista Kakitzat, el feminista Hilargi, la radio libre Zirika Irratia y la Comisión Popular de Fiestas del pueblo entran de nuevo en un local que en su momento les había sido cedido por el ayuntamiento y del que habían sido desalojados en agosto del mismo año. Dos días después son desalojados de nuevo y el local es tapiado. Pero la gente de Berriotxoa, como se llama el colectivo a causa del nombre de la calle donde se ubicaba el local desalojado, en su reclamo de locales, no se queda parada. De modo que durante el

próximo año se dedican a señalar locales que el propio ayuntamiento tiene vacíos o en mal estado por todo el pueblo, así como aquellos que son utilizados por otras entidades sin que exista un acuerdo de por medio, como es uno que ocupa la Caja Municipal de Ahorros. En este proceso se les van uniendo otros colectivos del pueblo que se encuentran también sin poder desarrollar sus actividades a falta de locales: asociaciones de vecinos, grupos de teatro, grupos musicales y de animación callejera, etc. Este caso, además de mostrar el poco interés del ayuntamiento en ceder estos locales a colectivos populares, consigue que otros grupos se unan a lo que Tarrow llama 'madrugadores', es decir, aquellos colectivos que desencadenan el ciclo de protesta creando oportunidades para los demás.

Pero no sólo la okupación de espacios supone un desafío al poder. La realización en esos espacios de actividades contraculturales, como son conciertos, talleres, charlas, etc. también implican una provocación a la cultura dominante. El reto no consiste sólo en hacerse con el espacio, sino en dotarlo de vida; de una vida distinta a la ofrecida por las instituciones. Así, “la participación en la vida de un movimiento consiste, la mayoría de las veces, en involucrarse en actividades culturales y/o sociales –conciertos de música, representaciones teatrales, *happenings*, siempre con un punto crítico y un elemento de desafío simbólico y/o político a algún tipo de autoridad- y no tanto en manifestaciones públicas” (Della Porta y Diani, 2011: 174). Si en estos espacios se consigue practicar un estilo distinto de vida, no se estará luchando ya únicamente contra la propiedad privada, sino contra el modelo social imperante. En este sentido, estaríamos de acuerdo con Tarrow cuando nos dice que “los movimientos plantean sus desafíos a través de una acción directa disruptiva contra las élites, las autoridades u otros grupos o códigos culturales. Aunque lo más habitual es que esta disrupción sea pública, también puede adoptar la forma de resistencia personal coordinada o de reafirmación colectiva de nuevos valores” (1997: 22). Estas formas de resistencia coordinada, como ya se ha señalado, se llevan a cabo tanto dentro de las casas como en las actividades realizadas en los centros sociales; y son las que analizaremos en la parte tercera con el fin de mostrar algunas formas culturales del movimiento de okupación.

Los desafíos, por su parte, pretenden una interacción con aquellos organismos a quienes retan. En los pocos ejemplos que ya se han señalado, esta interacción queda patente tanto cuando la juventud pide los locales que cree que le corresponden, como cuando quienes ya

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

disponen de locales presencian cómo éstos les son sustraídos. Apunta Tarrow la imperiosa necesidad de esta interacción: si ésta no existe la acción colectiva no genera movimiento social. Así, nos dice, la función de los movimientos sociales es crear, coordinar y mantener la interacción. También se ha demostrado como, en esas interacciones, se encuentran aliados y oponentes. Quienes en un momento dado apoyan el movimiento, en otro contexto pueden llegar a rechazarlo. La relación del movimiento de okupación en Euskal Herria con los partidos políticos, y especialmente con la izquierda independentista es un claro ejemplo de ello. Analizaremos estas formas más adelante. Adelantamos, por ahora, que esta interrelación muestra cómo la estructura de oportunidades políticas se abre o cierra en función de distintos factores y depende de mucho más que las siglas de un partido político. Los discursos de éstos, por su parte, varían, como también veremos, en función de los intereses que predominen en cada momento y lugar. En este sentido, señala Tejerina que “un movimiento social está constituido por una estructura de interacciones entre individuos, grupos y organizaciones. Esta estructura de interacciones y sus transformaciones inciden directamente en la constitución, la evolución y los resultados de un movimiento social” (2010: 181). Así, las oportunidades que ofrecen los diferentes gobiernos, la reacción del vecindario, etc. fomentan o impiden que la movilización se siga dando.

Sin embargo, si el grupo está consolidado, aunque sea de manera informal, la acción colectiva continuará dándose. Observamos también esto en el movimiento de okupación, donde encontramos acciones colectivas coordinadas en todas las décadas, desencadenadas por algún suceso que reactiva las movilizaciones, principalmente casos de desalojos de espacios emblemáticos u okupaciones exitosas⁷, como es el caso del desalojo del gaztetxe del Casco Viejo de Bilbo, en el año 1992, o la okupación y desalojo del Euskal Jai de Iruña, en los años 1994 y 2004 respectivamente. Así, como señalan los autores de *Los movimientos sociales*, “la acción colectiva será posible en el momento en que los mensajes de movilización se integren con componentes culturales de la población a la que van dirigidos” (Della Porta y Diani, 2011: 114). Cuando un centro social que ha dotado de vida a una zona de la ciudad y se ha ganado el apoyo de sus habitantes por medio de actividades culturales es desalojado numerosos colectivos salen a la calle a defenderlo. La okupación simbólica del edificio de

7 Hecho que también observara Adell (2004) para el caso de Madrid.

Zuloaga en la Parte Vieja donostiarra y la ola de okupaciones que se dio en la misma ciudad tras el desalojo del Euskal Jai de Iruñea es un claro ejemplo de ello. También, el que un espacio logre asentarse, como demuestra el mismo caso, supone un incentivo para seguir intentándolo en otros lugares. De este modo, tras la okupación del Euskal Jai, tanto en el resto de Iruñea como en los pueblos colindantes se dieron numerosas okupaciones de gaztetxes, aunque pocos de ellos obtuvieran éxito.

Así, como apunta Tarrow, “es el reconocimiento de una comunidad de intereses lo que traduce el movimiento potencial en una acción colectiva” (1997: 24). En este caso, el interés consistiría en el mantenimiento de espacios autónomos donde poder llevar a cabo unas formas culturales particulares, en las que predomine la organización autogestionaria, sin intervención institucional. Pero también estas instituciones van adoptando nuevas estrategias y, del total rechazo a estas prácticas, comienza a abogar por la negociación como forma de mitigar el movimiento. En este sentido, muchos de los espacios okupados tras esta ola de movilizaciones acaban siendo cedidos o trasladándose a otros lugares tras mantener largas negociaciones con los gobiernos municipales. Lo que, por otro lado, acarrea divisiones en el movimiento. Los grupos más radicales apuntan que negociar es caer en el juego del sistema, mientras que quienes lo hacen ven en ello una forma de satisfacer sus demandas. Con esta estrategia los dominantes no sólo controlan y reprimen nuevos levantamientos, sino que consiguen, además, dividir a sus oponentes. Sin embargo, como veremos más adelante, no todo es blanco o negro. El movimiento de okupación constituye un movimiento heterogéneo donde cada espacio está dotado de una autonomía propia que le permite elegir en función de sus necesidades. Y es esta autonomía, adquirida a partir de la experiencia y el trabajo interno, la que nos permite presentarlo como un movimiento inmerso en un proceso emancipador.

3.4 RETOMANDO EL DEBATE. EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO PROCESO EMANCIPADOR

Como señalan Della Porta y Diani, los nuevos movimientos sociales no aspiran, generalmente, “a la abolición de los partidos políticos ni persiguen fundar otros nuevos. Piden

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

la democratización de la vieja política, las instituciones, los partidos y sindicatos, y proponen la constitución de esferas públicas alternativas y abiertas donde poder desarrollar, analizar y comparar posiciones diferentes sobre una base manifiesta” (2011: 303-304). Sin embargo, como ha quedado reflejado en el anterior apartado, cuando esto último no sucede muchos movimientos optan por crear sus propias alternativas sin esperar a que sus necesidades sean resueltas desde los gobiernos. Es en ese momento cuando comienzan a generarse esos procesos emancipadores de los que hablamos. Así, no se pretende ya, como en los viejos movimientos sociales, llegar al Estado y transformar desde allí; sino que construyendo realidad desde la práctica se enmarcan en lo que Nancy Fraser ha llamado 'triple movimiento', es decir, un nuevo juego político en el que toman parte tres factores: partidarios de la mercantilización, defensores de la protección social y partidarios de la emancipación; dejando de lado el doble movimiento planteado por Polanyi que derivaba entre los dos primeros (Fraser, 2013).

De este modo, los movimientos sociales a los que se comienza a dar visibilidad desde la década de los '60 plantearían ya esta negociación a tres bandas, sacando a relucir esa búsqueda de emancipación. Pero es ahora, cuando el capitalismo dominado por las finanzas ha desmantelado el poder unificador del capitalismo industrial en torno a la clase obrera y cuando el proyecto de protección social adoptado por los Estados-nación se ha, también, desmoronado, cuando el potencial de estos movimientos sociales está saliendo a la luz y se está teniendo el cuenta desde ámbitos como el académico; dado que en el ámbito social ya llevaban años trabajando y marcando las bases del modelo que aspiran a alcanzar.

A este respecto, podemos apuntar que en estos procesos los movimientos sociales elaboran también un tipo de conocimiento propio que les sirve para enfrentar sus propias dificultades, para idear estrategias y para repensar la dirección que deben tomar sus acciones. Como sugiere Escobar, los movimientos sociales tienen capacidad suficiente para imaginar alternativas reales al capitalismo neoliberal, e incluso para liderar ese proceso (2010: 27).

Retomando así la idea de las políticas prefigurativas, estos ensayos se constituyen en realidades que permiten atisbar el camino del cambio. Cambio que comienza por una alteración de los papeles del reparto: de un modelo de espectador pasivo se pasa a uno en donde las personas se vuelven protagonistas de su propia historia, adquiriendo un papel activo

en la obra. Así, se constituirían, como señala Beatriz Casado, en “sujetos de acción política que contribuyen a evidenciar los conflictos sociales derivados de las diferentes relaciones de poder (múltiples y articuladas) y a ensayar formas de resistir y revertir estas relaciones que inferiorizan y excluyen”⁸. Con este, aparentemente aunque nada sencillo, cambio estos movimientos sociales estarían cuestionando el orden establecido por la modernidad y el sistema económico capitalista que la acompaña y que ha posibilitado convertir este modelo de pensamiento en dominante. Sin embargo, como ya se señalara más arriba, el modelo ensayado no aspira a transformar el poder, sino a transformar las relaciones de poder existentes. Como diría nuevamente Casado, a 'transformarnos transformando' ese sistema de múltiples opresiones que es el capitalismo.

Por otro lado, bajo el concepto de 'glocalidad' insinuado por Escobar, podemos también observar cómo el lema 'actúa local, piensa global' va tomando forma en prácticas concretas. Así, Escobar plantea que las redes creadas entre distintos movimientos sociales logran efectos que van más allá de los mismos lugares en que se practican, creando 'glocalidades', es decir, configuraciones culturales que conectan lugares entre sí para crear espacios y mundos regionales. “No sólo el capital sino también las luchas basadas-en-lugares, reorganizan el espacio a través de redes [...]. Al construir redes y localidades propias, incluso articuladas con redes dominantes, los movimientos sociales contribuyen a democratizar las relaciones sociales, a debatir las visiones de la naturaleza (como en los debates sobre la biodiversidad), a desafiar las tendencias actuales tecnocientíficas (como la agricultura transgénica y los organismos genéticamente modificados OGM), e incluso a sugerir que la economía puede ser organizada de manera diferente a la del dogma neoliberal, como lo sugieren el resurgimiento del interés en economías regionales, locales o de trueque y la supervivencia de prácticas no capitalistas”, nos dice (2010: 120). Y es esto lo que atribuye ese gran potencial emancipador a estos movimientos: la capacidad de atacar al sistema en su globalidad, en todos sus aspectos opresores, sabiendo enfocar estas luchas desde lo local.

Como veremos, el movimiento de okupación también hace uso de estas redes, inmiscuyéndose con otros movimientos en luchas globales. Luchas en las que toma parte desde sus inicios pero que se han ido modificando a medida que ha cambiado la situación

⁸ Extraído del material repartido por esta autora en el marco del Máster en Investigación en Nuevas Tendencias en Antropología de la Universidad Miguel Hernández de Elche.

Capítulo 3. El movimiento de okupación como proceso emancipador

socio-política mundial. Sin embargo, esos espacios que Santos llama zonas de contacto, y que no son sino relaciones creadas entre movimientos, se mantienen vivos y permiten crear alianzas presentes y futuras a partir de las relaciones entre sus miembros.

Esta tesis pretende así, como ya se defendiera en el marco teórico, rescatar todas estas prácticas y saberes que ha ido construyendo el movimiento de okupación y lo ha mantenido activo y en constante cambio para mostrar cómo el camino elaborado por este movimiento puede dar unas pistas del proceso emancipatorio a seguir en esa búsqueda de un otro modelo. Prácticas y saberes que han sido construidas como no existentes por el poder hegemónico; que han sido invisibilizadas, cuando no reprimidas, porque no siguen el juego del capital y porque permiten crear alternativas desde él. Así, como sugieren desde los estudios postcoloniales, los horizontes emancipatorios son múltiples porque múltiples son las ausencias que el poder hegemónico ha creado. La aquí presentada es, pues, una más de esas vías que puede adoptar la emancipación. Adelantamos ya que no lo logra en su plenitud. Sin embargo, al articularse en torno a distintos movimientos sociales y tratar de atacar esas múltiples opresiones de golpe, este movimiento sienta las bases de lo que puede ser un nuevo y diferente modelo social.

CAPÍTULO 4. LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA. UN POCO DE HISTORIA

4.1 INTRODUCCIÓN. UN ACERCAMIENTO A ALGUNAS TIPOLOGÍAS

Si repasamos la historia de la okupación en distintos ámbitos geográficos nos encontramos realidades bien diversas. Sin embargo, algo tienen en común estas historias: el reclamo de una vivienda digna. No es éste el lugar donde presentar lo que ha sido la historia de la okupación en Europa. Las experiencias recogidas por el SqEK dan buena cuenta de cómo las distintas condiciones sociales y nacionales han posibilitado el surgimiento de unas okupaciones u otras en el contexto europeo. Aunque Euskal Herria no aparece en este conglomerado de ejemplos, tampoco realizaremos aquí un relato exhaustivo de su recorrido histórico. Sí haremos uso, sin embargo, de algunos de los casos que nos hemos encontrado en el territorio vasco para ilustrar tanto las similitudes como las particularidades de éste respecto a los casos europeos. Echaremos mano para ello de la tipología presentada por Hans Pruijt con el fin de contrastarla con lo que en nuestra investigación hemos encontrado.

Este autor distingue en su texto *Squatting in Europe* (Pruijt, 2012), cinco tipos de okupaciones urbanas a partir del análisis de las distintas olas de okupación que se han dado en Europa⁹. Distingue, además, entre aquellas okupaciones que se destinan a satisfacer las

⁹ La tipología en español se ha extraído del texto Pruijt, Hans (2004). Okupar en Europa. En Martínez López y Adell (eds.) (2004) *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid,

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

necesidades de vivienda y las que pretenden satisfacer necesidades contraculturales y políticas. No tiene en cuenta, pues, ni las okupaciones rurales ni las simbólicas. Pruijt nos presenta su clasificación de la siguiente manera:

- okupación debida a la pobreza (deprivation-based squatting): aquellas okupaciones que se realizan para subsistir, es decir, aquellas que no se reivindican abiertamente
- okupación como estrategia alternativa de alojamiento (squatting as an alternative housing strategy): aquellas okupaciones llevadas a cabo por personas de clase media que no necesariamente ocupan para subsistir, sino como forma de buscar otro tipo de vida basada en la comunidad y en la filosofía DIY (do it yourself: hazlo tú mismo)
- okupación emprendedora¹⁰ (entrepreneurial squatting): aquellas okupaciones que se realizan para constituir centros sociales, espacios libres, lugares de crianza, etc. Los CSO se suelen establecer, generalmente, junto con un espacio destinado a vivienda
- okupación conservacionista (conservational squatting): aquellas okupaciones que se dan por la preservación del paisaje urbano y en contra de las transformaciones que promueven los procesos de desarrollo; es decir, la okupación de edificios históricos o de barrios que van a ser pasto de la especulación urbana
- okupación política (political squatting): aquellas okupaciones que consideran la okupación como un campo de acción por aquellos que están comprometidos con políticas antisistema o que se identifican con ideas revolucionarias o autónomas. En estos casos, okupar no es el objetivo en sí mismo, sino un medio, una herramienta para el enfrentamiento y para la lucha. Una parte de quienes abogan por esta modalidad, además, busca una centralización del movimiento, lo que provoca discordias dentro del mismo

El primer libro que encontramos sobre okupación, *The Squatters*, de Ron Bailey, encaja en el primer tipo de okupaciones presentado por Pruijt. En la campaña llevada a cabo por Bailey y otros activistas en el Reino Unido a mediados de los '60, las principales destinatarias de las casas okupadas eran familias, especialmente si había criaturas en ellas. También en Amsterdam o Frankfurt se dan estos casos durante los '70, con el objetivo de acoger a miles

Catarata, págs.: 35-60. Sin embargo, tomaremos como referencia aquí el texto de Pruijt (2012) por suponer una versión revisada y actualizada del anterior.

¹⁰ Aunque en la traducción recogida en Martínez López y Adell (eds.) (2004) se emplea el término 'okupación empresarial', se considera más adecuado el de 'okupación emprendedora'.

de inmigrantes sin techo. En estos casos los activistas no okupan para sí mismos, sino que lo hacen para otras personas hasta que las autoridades locales se ven obligadas a resolver el problema con sus propios medios. En el caso de Amsterdam, incluso se dan casos en los que desde los servicios sociales se envía a la gente necesitada a espacios okupados en los que se les puede dar asilo (Martínez López, 2002: 106-107). Estas alternativas han derivado, en ocasiones, en el logro de alquileres sociales u okupaciones consentidas. Requiere de una estructura organizada y puede suponer que los activistas se cansen. Según presenta Pruijt, se observa que es un tipo de práctica que se da, sobre todo, en grandes ciudades. En Euskal Herria no tengo indicios de que se haya llevado a cabo nada parecido, si bien las distintas oficinas de okupación de Bilbo y Donostialdea ofrecen asesoramiento jurídico y práctico a todo tipo de personas. Pero desde ellas, sin embargo, no se okupan espacios.

El segundo tipo se asemeja más al estilo de algunas de las okupaciones que encontramos en el territorio analizado. En ellas se ensayan distintos modelos de vida adoptando lo que se ha traducido como políticas prefigurativas, es decir, escenarios donde los protestantes expresan los fines políticos de sus actos a través de sus medios, o donde crean instituciones o actividades sociales experimentales o alternativas (Yates, 2015). Así, la prefiguración anticipa o actualiza parcialmente los objetivos buscados por los grupos, mediante el intento de construir alternativas o relaciones sociales utópicas en el presente, paralelamente a, o en el curso de, la protesta llevada a cabo. Esta característica de la okupación, que ya es presentada por los autores del SqEK, es analizada en profundidad en una investigación llevada a cabo por Luke Yates en varios centros sociales de Barcelona, algunos okupados y otros no. Yates propone que la prefiguración debería ser tenida en cuenta como un concepto analítico de trabajo que permita, con su potencial teórico, comprender mejor la acción política. Así, concluye, analizar el día a día puede ayudarnos a entender no sólo cómo de efectiva es la lucha, sino también cómo se forman y componen los movimientos, grupos y estructuras de solidaridad.

Pero este tipo de okupación no tiene porqué contemplar connotaciones políticas, señala Yates. Si las actividades realizadas no se difunden, la realidad que dentro de ese espacio se genera no traspasará las paredes del edificio en el que se dan. Es cuando éstas se propagan cuando el intento de transformación social comienza a aflorar y a convertirse en acción

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

política; cuando se convierten en políticas prefigurativas. En estos casos la vivienda suele encontrarse dentro de un proyecto más amplio; en aquello que Pruijt ha llamado okupación emprendedora, cuya versión más extendida es la constitución de un centro social autogestionado. Este tipo de okupación ofrece la posibilidad de crear casi cualquier tipo de establecimiento sin necesidad de grandes recursos y sin el riesgo de quedar paralizado por el sistema burocrático (2012: 32). Nos dice el autor que este tipo de proyectos se dan, sobre todo, en Italia, pero también en España y Gran Bretaña. También en Euskal Herria son los que más abundan, añadiremos aquí, territorio donde los centros sociales han adoptado generalmente el nombre de gaztetxe; literalmente, casa de la juventud. Este hecho se correspondía con los reclamos de la época en la que surgió el movimiento. Sin embargo, con el paso del tiempo algunos de estos espacios han cambiado o rechazado el nombre. Volveremos a los motivos de ello más adelante.

Así, aunque la okupación de viviendas es numerosa, las prácticas que las okupas llevan a cabo en sus hogares se ensayan también en los centros sociales que frecuentan. Si bien es cierto que se dan casos de okupas que no acuden a estos centros, normalmente quienes tratan de cambiar las normas sociales día a día suelen tener relación con otros espacios okupados en su entorno más cercano. Un ejemplo ilustrativo es el caso de Txerrimuño, en la localidad de Lezo. La juventud que okupó esta antigua sidrería el 17 de diciembre de 1983 (la cual constituye, probablemente, el local okupado más longevo del territorio vasco) estuvo relacionada también con las okupaciones de vivienda que se dieron en la zona en esas fechas, así como con algunas más recientes. Más cercano en el tiempo es el caso de la Firestone, en el barrio donostiarra de Añorga, okupada en primero de mayo del 2015, y en la cual algunos de sus usuarios, aunque no vivan en ese espacio, viven en otras casas también okupadas.

Los miembros de estos espacios, por su parte, se implican también en otras luchas; muchas de las veces en campañas que realizan okupaciones simbólicas como forma de denuncia. Podríamos asemejar algunas de éstas con el cuarto tipo de okupación señalado por Pruijt, si bien es cierto que no todas las okupaciones simbólicas tienen por objetivo la preservación del espacio urbano. Más bien, se trataría de campañas de denuncia en las que se hace uso de edificios emblemáticos que se encuentran en estado de abandono o en desuso para señalar las prácticas especulativas de ayuntamientos y empresas. La okupación simbólica del

portaviones del puerto donostiarra llevada a cabo el 1 de mayo del año 2016 es un ejemplo de ello. Esta okupación se realiza en contra de la intención del gobierno municipal de convertirlo en un restaurante de lujo, así como para protestar contra la privatización que se está dando en el puerto que, poco a poco, ha dejado de ser pesquero para convertirse en deportivo. El edificio del portaviones, utilizado hasta el pasado año como lonja, es un símbolo de la economía pesquera que caracterizaba a la ciudad. Su reconversión constituiría la imagen que se está proyectando de la ciudad en el extranjero, una ciudad destinada al turismo; una ciudad marca. Así, en este caso, no se trataría sólo de la preservación del edificio en sí mismo, sino de mantener la esencia propia del puerto donostiarra.

No se trata de un caso aislado. El antiguo teatro Bellas Artes, en la misma capital, también fue objeto de una okupación, que los medios de comunicación tacharon de simbólica, en noviembre de 2011. Cerrado desde 1977, el colectivo surgido en Donostia tras el 15M pretendía “convertir un edificio muerto en un espacio de participación ciudadana, de personas y grupos que busquen la gestión de lo colectivo y siempre bajo valores como la democracia, la confianza, la generosidad, la transparencia y el cuidado y el desarrollo de lo común”, decían en su blog¹¹. El colegio Zuloaga, de la Parte Vieja donostiarra también se okupó, esta vez sí simbólicamente, el segundo fin de semana de septiembre de 2004, como protesta y en forma de solidaridad con el recién desalojado Euskal Jai de Iruñea. Como ya se ha señalado, no se trata en estos casos solamente de la preservación del edificio o del paisaje urbano. El uso que se pretende dar a estos espacios también es importante, como también lo es la mediatización de las campañas de denuncia que las sustentan.

Respecto al último tipo de okupación al que hace mención Pruijt, la okupación política, encuentro discrepancias entre lo que el autor considera okupación política y la realidad que observo en mi trabajo de investigación. Mientras que en la okupación emprendedora considera este autor que la ideología no está muy elaborada por ser, principalmente, proyectos prácticos, toma lo que denomina okupación política como un campo de acción para quienes están comprometidos con políticas antisistémicas o que se identifican con ideas revolucionarias o autónomas. Sin embargo, nos dice que esta modalidad busca una centralización del movimiento, creando estructuras estables dentro de él. Esto, asegura, puede

11 <https://urbietab1.wordpress.com/> Accedido el 9 de febrero de 2017

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

crear discrepancias entre aquellos que no desean la centralización. Y éste es el caso de los CSO que encontramos en Euskal Herria. Muchos de ellos, afines a ideologías libertarias, consideran que la centralización supondría una jerarquía a la que no están dispuestos a someterse. Pero también los de tendencia independentista coinciden en este formato. Si los CSO funcionan por medio de asambleas que fomentan la horizontalidad, también el movimiento debe ser horizontal, creando redes entre diferentes espacios y sustentado el apoyo mutuo, pero sin que ninguno sobresalga. Así, las ideas políticas se manifiestan en las propias prácticas que llevan a cabo sus integrantes. De este modo, estas ideas van madurando junto con las prácticas; se convierten en parte del proceso de creación de cada centro.

Se observa, sin embargo, que la creación de una estructura jerarquizada deviene cuando se crean estructuras de poder dentro de los propios colectivos, siquiera de manera inconsciente, y que pueden responder a una determinada forma de hablar, a un conocimiento especializado, a la asunción de más responsabilidades por parte de algunas personas que deriva en un mayor control de la información, etc. Es aquí, también, donde surgen discrepancias. Por un lado, habría que trabajar las relaciones y analizar de donde vienen aquellos factores que no permiten la horizontalidad, ejercicio de autocrítica que no siempre resulta fácil; por otro, aprender a delegar responsabilidades y dejar de lado el poder que cada cual tiene se torna aún más difícil, aun en aquellos espacios que se suponen 'liberados'. En ellos las formas aprendidas del poder hegemónico se reproducen más frecuentemente de lo que se espera y desaprenderlas supone un continuo aprendizaje. Así, es en este sentido en el que deberíamos entender la práctica de desempoderamiento propuesta por Encina y Eceiza (2017). Sin embargo, la creación de estructuras estables, y al contrario de lo que pronostica Pruijt, no se encuentra entre sus objetivos, aunque el mantenimiento de buenas relaciones entre diferentes espacios sí que lo esté; así como la creación de una plataforma donde se agrupe el contacto de todos ellos, algo que desde sus inicios pretendió la Oficina de Okupación.

Por otra parte, nos dice Pruijt, los centros sociales tienden a elegir entre dos posturas: posicionarse políticamente y dirigirse a un público concreto o enfocar sus actividades a un público más amplio aunque eso implique no tomar posición política y cultural. Es decir, supone elegir entre la guetización o el pensar como empresario para atraer más gente. Y

ambas posturas han sido criticadas desde distintos bandos dentro del mismo movimiento. Retomaremos este aspecto también en la tercera parte de este texto.

Asimismo, encuentro que la okupación como medio es algo que comparten casi todos los colectivos que han participado en esta investigación, formen parte de CSO, de gaztetxes o de viviendas. En todas ellas los fines se manifiestan a través de los medios. Algo que ya destacamos cuando hablamos de las políticas prefigurativas. De este modo, estas formas de hacer política discrepan, a mi modo de ver, con la modalidad de okupación política de Pruijt, que sólo considera política la versión más radicalizada de ésta. Por mi parte, sin embargo, considero que toda okupación es política; de manera consciente si es reivindicada, y de manera inconsciente cuando no lo es. Aunque en algunas ocasiones puede ser consciente a pesar de mantenerse oculta. Como también veremos, las estrategias elegidas responden a las necesidades y estructuras de oportunidad política de cada momento y sobre ellas es cada espacio el que decide, aunque ello pueda suscitar la crítica de otros.

Por otra parte, cabría señalar que, como todas las tipologías, las categorías dadas no responden a apartados estancos, sino que se entremezclan entre ellas, abriendo un abanico de posibilidades mucho más amplio del aquí presentado. Así, tal y como se señalara, muchos CSO o gaztetxes cuentan también con espacios destinados a vivienda, mientras que algunas de las viviendas pueden acabar pareciendo CSO debido al flujo de gente que las frecuenta, no sólo para dormir en ellas, sino para realizar reuniones y organizar acciones y actividades. La okupación conservacionista puede dar pie a la creación de todo tipo de espacios y, desde el momento en que se enfrentan a un sistema establecido y organizado de un determinado modo, toda okupación se constituye política.

Sin embargo, cabría añadir aquí, además, una categoría que no es descrita por Pruijt; la okupación rural. En ella podríamos distinguir tres modalidades: la okupación de tierras; la okupación de viviendas, bordas o caseríos; y la okupación de pueblos abandonados con el fin de rehabetarlos y crear nuevos modelos sociales desde ellos. Todas ellas conservan un ingrediente común, la vuelta a la tierra; pero sin olvidar, eso sí, el contacto con la ciudad.

4.1.1 La okupación rural. Entre el campo y la ciudad

En el caso de Euskal Herria, encontramos okupaciones tanto rurales como urbanas. Ambas surgen ligadas a un intento de vuelta a lo comunitario frente a los valores individualistas fomentados por el nuevo modelo de vida que se va imponiendo en el Estado español tras la transición democrática; intento que va unido, como ya se ha señalado, con la vuelta al campo, pero no en su forma idílica, sino en una forma más ruda, en ocasiones sin luz ni agua y con intenciones de trabajar la tierra.

Se procede de este modo a la ocupación y restauración completa de pueblos abandonados, a los que se les devuelve la vida buscando y experimentando en ellos nuevos modelos de convivencia y autogestión. En este sentido cabe destacar la que después se ha denominado ecoaldeas de Lakabe, en el Pirineo navarro. Brevemente, podemos resumir su historia del siguiente modo:

Ocupada en el año '80 por un grupo de objetores de conciencia y sus compañeras, comprometidos con la causa ecologista, principalmente en la lucha contra la construcción de centrales nucleares y de la presa que devastó el cercano pueblo de Itoiz, la nueva vida de esta aldea comienza con la reconstrucción de la única casa habitable en el momento de la ocupación y continúa, poco a poco, con la restauración de todo el pueblo. En Lakabe la convivencia se da de forma comunitaria; todo se hace en colectivo y se comparten tanto el trabajo como los bienes materiales. La organización se basa en la autogestión y, aunque la producción ha ido aumentando, vendiendo pan y cerveza artesanal al exterior, constituyen hoy día un ejemplo de autogestión no sólo de lo material, sino también de las emociones y sentimientos, relaciones que se tratan también de manera asamblearia. La energía se extrae de placas solares y de un molino eólico y se raciona en función de las necesidades y capacidades. Los vehículos a motor funcionan mediante una reducción del combustible con aceite, lo que reduciría los costes, así como la dependencia respecto a las petrolíferas. Los edificios se construyen con adobe. Las relaciones comerciales que mantiene se realizan con territorios de su misma condición o similares, y siempre bajo sello ecológico.

Lakabe, con sus casi cuarenta años de existencia, sirve de referencia a varios pueblos que ya en la década de los '90 se van repoblando en la zona bajo la misma filosofía; pueblos como son Arizkuren (1995), Artanga (1998), Rala (1999) o el más reciente Gardalain (2010) (VV.AA., 2001); así como a otros ejemplos urbanos, ya que estos pueblos no viven aislados. Todos ellos tienen relación con la vida en las ciudades, por un lado por las okupaciones que en ellas se dan y, por otro, por las luchas que unen a sus miembros.

En las jornadas realizadas en aquella primera Casa de la Juventud de Donostia, la que albergaban los locales de La Voz en 1983¹², se realizan distintas charlas y conferencias, entre ellas una relativa al campo; 'Diferentes experiencias de comunidades rurales'. Por aquel entonces, el proyecto de Lakabe ya llevaba tres años de trayectoria. De modo similar, en abril del mismo año '83 se okupa en Rentería el caserío de Belabaratz (actual albergue municipal) con el objetivo de trabajar la tierra y vivir en comunidad. Allí un grupo de jóvenes, que se autodenominaba como 'grupo ecologista Añarbe', empieza a labrar la campa que hay frente al caserío, a hacer pan y venderlo en el mercado del pueblo, a criar gallinas, a recoger hierbas medicinales y silvestres. Tras dos años tratando de que el ayuntamiento les cediera alguno de los caseríos abandonados en la zona y sin obtener respuesta por parte de la autoridad municipal, deciden entrar y quedarse. Se juntó en este espacio un grupo de personas que ya hablaban en ese momento de la vuelta al campo y de la insostenibilidad del sistema. En el documental *Ateak zabalduz* (Abriendo puertas), de Juanmi Gutiérrez, Nekane, que después participó en numerosas okupaciones en la zona, señala que no tenían muy claro lo que querían, pero sí que tenían claro lo que no querían. Y lo que no querían era un trabajo estable en una fábrica, una hipoteca, un modo de vida establecido por el sistema en el que la mujer llevara la carga de la familia. Sin embargo, al no establecer criterios para la entrada en la casa el proyecto no acabó de funcionar.

A las tensiones internas se sumó el problema de la droga que azotó fuertemente el territorio durante aquellos años. Así, otro de los miembros del colectivo, que vivía y participaba en la panadería de Belabaratz, se traslada, en enero de 1986, a los barracones de las antiguas minas de Arditurri (Oiartzun), cerradas en noviembre de 1984. Poco a poco se van yendo con él el resto de habitantes del caserío, que en 1987 es desalojado por la policía municipal. Esta estrategia sirve al ayuntamiento para echar, también, a los heroinómanos que quedaban en él. Sin embargo, el caserío es vuelto a ocupar al año siguiente por quienes aún no se habían trasladado a Minas, para, en ese mismo 1988, volver a abandonarlo, ya que se iba a consumir el proyecto municipal de convertir el caserío en albergue. Mientras tanto, Minas se convierte en un espacio liberado; en una de esas zonas temporalmente autónomas que, con el

12 Véase el próximo apartado.

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

paso del tiempo, se ha convertido en permanente, con sus más de treinta años de okupación, y constituyéndose, probablemente, como la vivienda okupada más antigua de la zona.

Desde aquel entonces las okupaciones rurales se siguen dando y no suponen, de ningún modo, casos aislados. No sólo el pueblo de Lakabe va creciendo, sino que a su alrededor se reokupan una serie de pueblos más que se establecen bajo los mismos criterios que el primero. En este intento de repoblación rural, la lucha contra las grandes infraestructuras se torna crucial en un territorio cada vez más atravesado por autopistas, vías ferroviarias, centrales eléctricas, etc., que fomentan un modelo de desarrollo que no se corresponde con el ideal de sus habitantes. Así, mientras en estos pueblos continúa la lucha contra el pantano de Itoiz (batalla que finalmente se perdió), en el resto del territorio vasco la lucha contra la autovía del Leizarán deriva en la lucha contra el Tren de Alta Velocidad, así como contra otras grandes infraestructuras, como puede ser el más temprano proyecto del Superpuerto de Pasajes. En este contexto, la okupación se convierte, no sólo en un medio de denuncia de la especulación y del modelo de economía hegemónico (algo que ya venía haciendo durante años), sino en una manera tanto de obstaculizar los proyectos a los que sus activistas se oponen, como de visibilizar sus posicionamientos políticos; uniendo en sus reivindicaciones y actos la defensa de la tierra y la vuelta a ésta.

Así encontramos actualmente dos proyectos de okupación rural, paralelos pero independientes; proyectos que han tenido conocimiento el uno del otro una vez puestos en marcha. Ambos surgen de la lucha por la defensa de la tierra, ambos pretenden parar un proyecto desarrollista que afectará directamente a la ciudadanía de la zona, ambos se basan en la soberanía alimentaria. Se trata de Tosu, en Getxo, y Apaizartza, en Lezo. El primero de ellos surge en 2011 cuando un grupo de jóvenes acampa en la única zona rural que le queda al pueblo de Getxo a modo protesta por la futura construcción de la estación de metro de Ibarbengoa y del parking disuasorio que el ayuntamiento de la localidad pretende instalar allí. El movimiento se venía gestando ya anteriormente desde la asamblea antidesarrollista del pueblo y desde el gaztetxe de la localidad. Así, poco a poco comienzan a cultivar las tierras. Hasta enero de 2017, entre el grupo de consumo formado por el colectivo y la gente que trabaja la tierra por libre, el proyecto da de comer a unas treinta familias. En el momento de escribir estas líneas el ayuntamiento ha retomado la ejecución del plan, que se encontraba

paralizado, por lo que se ha organizado, de nuevo, una acampada de resistencia que renueva su programación semana a semana. No sabemos cómo se encontrará la situación a la hora de defender este texto.

Apaizartza, por su parte, consiste en la okupación, desde 2012, de un caserío y de parte de las tierras que lo rodean en Gaintzurizketa (Lezo), allí donde se pretende la construcción de una plataforma intermodal que conectaría el Tren de Alta Velocidad con el superpuerto exterior que se pretende construir en la Bahía de Pasaia, atravesando para ello el monte Jaizkibel, reserva natural, por medio de dos túneles¹³. Las tierras se dividen en tres terrenos diferentes, uno de ellos precisamente donde quedaría la salida de los túneles, y, a partir de su cultivo, se reparten más de cien cestas semanales mediante el grupo de consumo 'Luraren Orena'. Pero en este caso encontramos que no son jóvenes quienes llevan a cabo el proyecto, si bien la okupación del caserío sí que se realizó en su día por tres chicos de entre 25 y 35 años. Sin embargo, quienes cultivan las tierras y llevan el peso del proyecto son aquellos que participaron activamente en las movilizaciones no ya de los '90, sino de los '80. Así, encontramos a quien participó en el desarrollo del proyecto de gaztetxe de Altsasu (año '90) y después en su okupación, o a quienes estuvieron en toda la movida del gaztetxe de Rentería (año '87), en la Zintzilik Irratia, en Belabaratz, en Minas, Txerrimuño. Encontramos de este modo, como defenderemos más adelante, que okupación y juventud no tienen por qué ir de la mano.

Tanto la okupación de tierras como la okupación de pueblos buscan ese modelo de convivencialidad, basado en una economía más sencilla y en unas relaciones sociales más profundas, diagnosticado por Illich. Sin embargo, en estos casos, la okupación de tierras no trata de alejarse del modelo de vida urbano, sino que a partir del reparto del producto obtenido mediante el cultivo de la tierra, pretende acercarse a la vida en la ciudad, así como acercar a sus habitantes a la realidad campesina; una realidad diferente que permite valorar el trabajo realizado y conocer de dónde salen los alimentos. Ya señalaba Illich que “la estructura de la fuerza productiva moldea las relaciones sociales” (1978: 67). Y efectivamente, mediante esta relación ciudad-campo se invierten estas relaciones; tanto las sociales como las económicas. Se deja de depender, en gran medida, de grandes empresas y se vuelve un modelo más

¹³ Para una mayor profundización en el proyecto de la construcción del Superpuerto de Pasajes véase Iriarte (2012).

autónomo; ese modelo basado en el capital humano y natural del que habla Claudio Cattaneo (2013). Así, como me recuerda M. en alguna ocasión, campo y ciudad deben ir de la mano.

Estos proyectos, por su parte, no sólo se acercan a la ciudad. También se ganan el apoyo de quienes viven del campo. Los ganaderos de la zona, me cuentan desde Apaizartza, al principio les veían con malos ojos por el hecho de estar okupando tanto las tierras como el caserío. Sin embargo, a base de trabajo les han demostrado cuáles son sus intenciones y se han ganado su apoyo. Ahora establecen relaciones, sociales y económicas, con ellos dado que, además de apoyar el proyecto les proporcionan maquinaria o estiércol para abonar la tierra. Por su parte, también se logran modificaciones respecto a las instituciones. Se consiguió, en principio, que el terreno entrara en el banco de tierras de la Diputación (dueña de ellas). A la hora de escribir estas líneas, tengo noticia de que han conseguido también la gestión de ellas a partir de ganar el concurso que la Diputación sacara durante 2016. Aunque los problemas que les generan unos vecinos que no aceptan la condición de okupas no suponen ninguna ayuda. La represión, como veremos más adelante, no siempre va de la mano de lo institucional.

Todos estos casos demuestran, sin embargo, que prácticamente todos los tipos de okupaciones están relacionadas y que, por lo tanto, las tipologías son categorías orientativas que nos facilitan la escritura pero que nunca se corresponden del todo con la realidad.

4.2 LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA. UNOS CICLOS PARTICULARES

En el análisis comparativo que realiza César Guzmán-Concha (2015) sobre la okupación en Europa, intenta establecer las causas que hacen que el movimiento surja con más fuerza en unas zonas que en otras. En sus conclusiones establece dos grandes grupos con características similares: por un lado, las ciudades del sur de Europa, a las que añade Berlín, Londres y París, en donde el alto nivel de demandas sociales y recursos políticos van acompañados de una gran falta de respuesta institucional; por otro, las ciudades del norte de Europa, incluyendo también Milán y Lyon, en las que la ciudadanía tiene menos demandas y recursos políticos, pero en las que existe una mayor presencia de partidos de ultraderecha. Ninguno de estos factores explica por sí mismo la radicalización del movimiento. Sin embargo, la combinación de varios de

ellos da los resultados presentados por este autor. Que el movimiento se radicalice depende, así, de contextos y periodos, nos dice el mismo. De este modo, el movimiento no tendrá las mismas características sólo por situarse en un espacio o en un tiempo concreto. El contexto sociopolítico será fundamental para establecer su radicalidad. Asimismo, cabe señalar que este término es bastante abstracto; su definición depende, en todo caso, de los grupos con los que se los compare, normalmente, grupos más moderados que aceptan la forma de gobierno institucional y que tratan de satisfacer sus demandas a través de ella. Así, autores como Guzmán-Concha plantean la okupación ya no como un movimiento social urbano, sino como parte de los movimientos sociales radicales (RSM), es decir, movimientos que persiguen una agenda de cambios drásticos, con un repertorio de contención poco convencional (desobediencia civil) y la adopción de identidades contraculturales a partir de las cuales justifican sus objetivos y métodos (Guzmán-Concha, 2015).

En este sentido, podemos decir que la okupación en Euskal Herria adopta un carácter radical en sus primeros años. Sin embargo, el alto nivel de violencia que acompaña a la sociedad en aquella época permite que los métodos utilizados, a pesar de ser novedosos en sus formas, no destaquen en el contexto general del territorio. Con la paulatina pacificación de la sociedad, sin embargo, el movimiento va mermando, buscando también estrategias menos radicales. Destacan, en estos más de treinta años, por su parte, algunos ciclos de protesta relacionados, principalmente con alguna okupación exitosa o con algún desalojo destacable.

Mostraremos aquí, pues, cómo los ciclos establecidos por Miguel Ángel Martínez López en su obra *Okupaciones de viviendas y de centros sociales. Autogestión, cultura y conflictos urbanos*, ciclos que son después seguidos por el resto de estudiosos del movimiento de okupación en el Estado, no se corresponden con el caso vasco, algo de lo que ya dan indicios otros autores, aunque no profundizan en ello. Cabría señalar, por otra parte, que han pasado más de 15 años desde la publicación de este estudio, por lo que habría que añadir a estas fases alguna más. Así, aunque ya Robert González, Lluç Peláez y Asier Blas sugieren, en un estudio sobre okupación en Cataluña y en el País Vasco publicado también en 2002, que este último territorio presenta algunas diferencias, todos los autores coinciden en que la reforma del Código Penal en 1996, mediante la cual se criminaliza oficialmente la okupación, supone un antes y un después en el movimiento. Sin embargo, estos autores se centran exclusivamente

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

en el análisis de los gaztetxes; modalidad que, como se ha venido indicando, no es la única forma que adopta la okupación en el territorio vasco.

En un estudio posterior, González analizará, junto con otros autores, los impactos del movimiento en las políticas públicas. En este análisis ampliará la información acerca de esa tercera fase que estaba comenzando cuando escribieron esos primeros textos. Remarcarán, en esta nueva investigación cómo el caso del País Vasco es particular, también, debido, por un lado, al conflicto político y, por otro, a que, más que la legislación vigente, influye la corporación municipal que se encuentre en cada ayuntamiento (González et al., 2013: 8). Sin embargo, de todo el territorio vasco se centrarán únicamente en la ciudad de Bilbo, por lo que deberemos hacer un uso parcial de la información presentada. Por otro lado, señalan a los gaztetxes casi como forma exclusiva de okupación en Euskal Herria, algo que, desde nuestro análisis, no se considera adecuado. Como se mostrará en esta tesis, la okupación, por lo menos en Donostialdea, trasciende los límites de la búsqueda de locales juveniles.

Aunque nuestro estudio se centra principalmente en aquellos años '80 en los que surge el movimiento y en algunas de aquellas okupaciones que aún perduran, teniendo menos visibilidad las okupaciones más recientes por los motivos ya expuestos en la metodología, considero necesario señalar estas diferencias, tanto respecto al contexto español como respecto a los datos presentados por estos autores, a lo largo de estos más de treinta años de historia. Considero necesario señalarlas porque responden a un contexto particular en un territorio especialmente politizado; politización cuyas consecuencias particularizan las formas adoptadas tanto por éste como por otros movimientos sociales. Desarrollaremos esta tarea, pues, en este apartado; aunque sin llegar a presentar, por motivos de espacio, un exhaustivo recorrido histórico de la okupación en Euskal Herria.

Comenzaremos por mostrar la periodización realizada por estos autores para presentar, después, una propia y establecer las diferencias. Resumidamente, podríamos decir que estos autores dividen la historia del movimiento de okupación en el Estado español en tres periodos:

- 1984-1995: nacimiento, apertura y consolidación. Este periodo se subdividiría en otros dos; así a partir de 1992 se daría una apertura, momento en el cual el movimiento confluiría con otros como el antimilitarista, el feminista o el estudiantil

- 1996-2001: represión, crecimiento y entrada en la agenda pública. La entrada en vigor del nuevo Código Penal, más allá de paliar el movimiento, lo aviva. El movimiento entra en recesión sobre el año 2000, debido al debilitamiento de las estructuras organizativas y comienza a centrarse más en la búsqueda de identidades particulares de cada espacio
- 2001-actualidad: crítica práctica del urbanismo capitalista. A partir de las movilizaciones ocurridas tras la batalla de Seattle (1999), el movimiento se une a este ciclo de protesta internacional; además confluye de nuevo con sectores del movimiento vecinal y con luchas relacionadas con la precariedad laboral y la deslocalización de las empresas, el derecho a una vivienda digna y el 15M

Sin embargo, en Euskal Herria el movimiento no sigue esta trayectoria. La represión, animada por la compleja situación política, llega antes a este territorio y los ciclos de protesta, como ya se ha señalado, vienen inducidos por algunas situaciones particulares que iremos presentando a continuación. Así, sostengo que el movimiento en Euskal Herria responde, no a tres, sino a cinco ciclos diferenciados. La tabla 4.1 muestra las diferencias entre los dos territorios, mientras que la 4.2 profundiza algo más en algunas de las causas particulares que producen estas fases. Para completar esta información contaremos con los anexos 1, 2 y 3, cuya forma de interpretación ya quedó descrita en el capítulo correspondiente a la metodología. Por su parte, el gráfico 4.1 muestra la evolución de los desalojos y okupaciones a lo largo de los años, así como de las cesiones. Cabría advertir, una vez más, que los datos no son exhaustivos, dado que no se ha podido acceder a toda la información requerida. Por otro lado, señalar que tanto en la línea de okupaciones como de espacios existentes se han tomando por igual todas ellas, sean éstas de vivienda, gaztetxe, CSO, barrio o pueblo. En este sentido, habría que advertir, pues, que no queda reflejado, por lo tanto, toda okupación, ya que los pueblos y barrios okupados contarían en el gráfico como una sola okupación. A este respecto, tampoco se refleja con exactitud el número de veces que son okupados y desalojados algunos de esos espacios, ya que son fruto de continuas disputas. Las cifras, por tanto, corresponden más a aquel número de localidades que son protagonistas de okupaciones que a espacios concretos.

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

Por otro lado, cabría advertir que respecto a los distintos periodos presentados encontraremos también algunas discrepancias. Estas se deben a que las fases no se corresponden exactamente con los cambios de año oficiales. Pondremos un ejemplo de ello: de la tercera a la cuarta fase se establece que es a partir del desalojo del gaztetxe Euskal Jai cuando se produce el cambio. Este hecho, sin embargo, sucede en agosto de 2004, lo que significa que las primeras oleadas provocadas por este desalojo se engloban, tanto en los mapas como en los gráficos en la base establecida para 1996-2004. Es por ello conveniente recurrir al anexo primero y entenderlos todos ellos en su conjunto. Procederemos, pues, a analizar estas fases una a una, centrándonos, especialmente, en las primeras de ellas por considerarse la época de consolidación del movimiento y aquella que permite establecer las formas culturales que se describirán en la tercera parte.

Tabla 4.1 Fases del movimiento de okupación en el Estado y en Euskal Herria	
FASES EN EL ESTADO ESPAÑOL	FASES EN EUSKAL HERRIA
1984-1995: nacimiento, apertura y consolidación	1980-1991: nacimiento, apertura y división
	1991-1996: crecimiento, represión y declive
1996-2001: represión, crecimiento y entrada en la agenda pública	1996-2004: relativa calma (aunque con repuntes alrededor del 2000)
2001-actualidad: crítica práctica del urbanismo capitalista	2004-2008: reactivación y represión (con tendencia a la negociación)
	2008-actualidad: crisis, reactivación y cambio de la percepción social

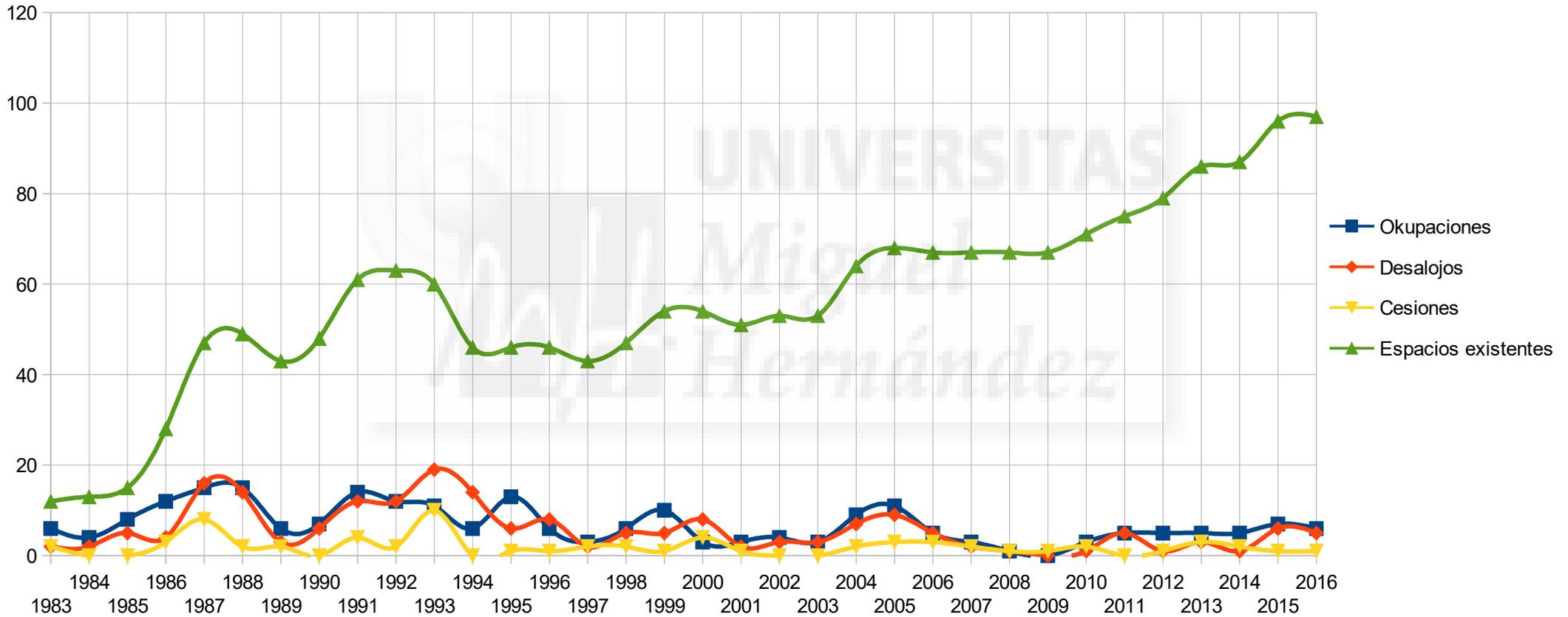
Fuente: elaboración propia

TABLA 4.1 EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA						
ETAPA	DÉCADA	FECHAS CLAVE	ACONTECIMIENTOS	DISCURSO / ACTITUD		CONTEXTO SOCIO-POLÍTICO
1980-1991 NACIMIENTO, APERTURA Y DIVISIÓN	'80	77-78, '83	Primeras okupaciones	Terminología indefinida SQUAT ⇔ GAZTETXE	MOVIMIENTO ORGANIZADO	CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL Alto grado de violencia: terrorismo, policial, reivindicativa (mov. Obrero) Principales reivindicaciones: Ecologismo: antinuclear Feminismo Antimilitarismo Anti-otan/FMI Medios de difusión: Fanzines Radios libres
		'86-'87	1ª JORNADAS DE OKUPACIÓN (Minas de Arditurri, Oiartzun)	Redefinición del movimiento → empieza a utilizarse la K de okupación ↓ Creación de espacios de reflexión colectiva		
1991-1996 CRECIMIENTO, REPRESIÓN Y DECLIVE	'90	'92	Lore Etxea (Iruña)	Fuertes campañas en favor de la okupación	DIVISIÓN	EXPANSIÓN ECONÓMICA Progresiva introducción de la ideología neoliberal: Individualismo Consumismo Propiedad privada Principales reivindicaciones: Ecologismo: antiautovía del Leizarán; anti-TAV Campañas globales contra: JJ.OO. (Barcelona), Expo (Sevilla), Capitalidad Cultural (Madrid)
		92-'93	Desalojo de numerosos gaztetxes y casas	Creación de coordinadoras de gaztetxes (Bizkaia y Gipuzkoa) Paulatina inserción del MLNV en el movimiento pro-gaztetxe		
		'94	Euskal Jai (Iruña) → efecto dominó (okupación de numerosos gaztetxes en la zona)	Símbolo de la resistencia como consecuencia de los brutales intentos de desalojo		
		'96	Reforma del Código Penal	Auge del movimiento frente a la mayor represión ↓ se va apaciguando hacia el 2000		
1996-2004 CALMA (aunque con repuntes alrededor del 2000)	'90	'99	Apertura del movimiento hacia luchas más globales que responden al intento de reestructuración capitalista en sí misma a partir de la batalla de Seattle (FMI, BM, etc.) y de las grandes ciudades → sinergias con el movimiento antiglobalización	MOVIMIENTO MÁS CENTRADO EN LOS PROPIOS ESPACIOS QUE EN LA ORGANIZACIÓN CONJUNTA	A N T I D E S A R R O L L O	
			Okupación de Iztueta (Donostia)			Intento de agrupación del movimiento en Donostialdea
2004-2008 REACTIVACIÓN Y REPRESIÓN (tendencia a la negociación)	'00	'00	Desalojo de Zapatari (Donostia)	Negociación → genera controversia y supone una ruptura en el movimiento		CRISIS ECONÓMICA Principales reivindicaciones: ecologismo: anti-TAV, contra el Superpuerto de Jaizkibel defensa del territorio
		'04	Desalojo de Euskal Jai	Vuelve a convertirse en símbolo de resistencia → ola de movilizaciones y okupaciones		
		'05	1º ENCUENTROS DE OKUPACIÓN (Bilbo)	Nueva redefinición del movimiento		
2008-... CRISIS, REACTIVACIÓN Y CAMBIO EN LA PERCEPCIÓN SOCIAL	'10	'04-'06	Okupación de números gaztetxes en Donostialdea y Bilbo	Auge del movimiento pro-gaztetxe ↓ Progresiva tendencia a la negociación		AGUDIZACIÓN DE LA CRISIS (2008) Principales reivindicaciones: ecologismo: anti-TAV, contra el Superpuerto de Jaizkibel, defensa del territorio soberanía alimentaria economía social Contra la Capitalidad Cultural (Donostia) Cambios en las formas de sociabilidad: redes sociales virtuales
		06-'08	Desalojos			
		'11	Desalojo de Kukutza III	Nuevos modelos de ciudad		
		'15	Firestone Fabrika Recuperada (Donostia)	Cambio en el discurso → recuperación de espacios		
		'15	Desalojo de Kortxoenea (Donostia)	Unificación de movimientos en defensa de la cultura popular		
'16	Ley Mordaza	Mayor represión contra la protesta social				
'16	Capitalidad Cultural (Donostia)	Recuperación de la desobediencia civil por parte de los movimientos sociales				

Fuente: elaboración propia

Gráfico 4.1 Evolución anual de okupaciones y desalojos (1983-2016)

Evolución anual de okupaciones y desalojos (1983-2016)



Fuente: elaboración propia

4.2.1 Fase 1. 1980-1991: viviendas, casas de la juventud, gaztetxes y centros sociales

Señala Pruijt que uno de los principales factores para que la juventud se implique en la okupación es el paro. Coincide este hecho con el caso analizado. Aunque no todas las personas que iniciaron su recorrido en los '80, ni quienes lo hacen hoy día se encuentran necesaria ni obligadamente en situación de desempleo, es cierto que las primeras oleadas de reclamación de gaztetxes surgen en plena desmantelación industrial de la mano de un gran número de jóvenes que buscan lugares donde llevar a cabo actividades organizadas según sus intereses. Pero las primeras okupaciones se dan, sin embargo, años antes, en plena transición democrática.

Los años '70 son años de gran agitación social en el Estado español. La muerte de Franco abre un amplio abanico de posibilidades y la población empieza a idear otras formas de organización distintas a aquellas legadas por la dictadura franquista. La transición a la democracia supone un nuevo marco de acción que permite modificar la tan cerrada estructura de oportunidades políticas que existía durante el régimen. Aprovechando este nuevo contexto en el que todo está aún por hacer, gran parte de la ciudadanía se va integrando en los nuevos cuadros políticos con el fin de satisfacer sus necesidades desde ellos y de participar, por fin, en la vida política que tan restringida tenía. Los movimientos vecinales, que ya empezaron a cobrar protagonismo durante los '60, destacan en estos años. Sin embargo, una vez que son absorbidos por las nuevas instituciones, gran parte de los ellos van mermando, sin que, por otro lado, sean cubiertas estas necesidades por parte de aquellos organismos que surgen para ello. Esta nueva situación deriva en una desmovilización que acaba adormeciendo a gran parte de la sociedad; sociedad que confía en que la recién establecida democracia se encargue, desde el ámbito político, de cubrir las necesidades de la ciudadanía.

Pero, por otro lado, nos encontramos en un clima de inusitada violencia, especialmente en el contexto vasco. Violencia que proviene de numerosos grupos armados que, aunque poco a poco van desapareciendo de la escena política, convergen en la década de los '80. Así, la violencia en las calles se convierte en parte de la vida cotidiana y se complementa con ETA, ETA (p.m.), el GRAPO, los Comandos Autónomos Anticapitalistas y diversos grupos más que surgen con diferentes objetivos. El terrorismo de Estado, por su parte, también adquiere presencia en estos años, y los GAL destacan en este aspecto. El plan ideado por el entonces

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

ministro de interior del Gobierno español, José Barrionuevo, para luchar contra la violencia armada implica la calificación del territorio como Zona Especial Norte (el denominado Plan ZEN); plan que, como señala Paskual (1996), clasifica a los jóvenes como sujetos potencialmente peligrosos. Así, encontramos en la zona a todos los cuerpos policiales del Estado: Policía Nacional, Guardia Civil y Ertzaintza, además de la correspondiente policía municipal de cada localidad. El País Vasco se convierte, de este modo, en un estado policial, que no es del agrado de gran parte de la población. De modo que el rechazo a la policía, fuera del tipo que fuera, y a las normas establecidas se convierte en parte de la principal lucha contra el sistema. De este modo, la represión policial que, por su parte, afecta particularmente a la juventud, mantiene su presencia en las calles durante décadas.

Además, nos encontramos en pleno proceso de desmantelación industrial provocado por las nuevas políticas de entrada en la Comunidad Económica Europea y en la OTAN, lo que moviliza a distintos sectores de la población. La desmantelación comienza así con el cierre del astillero Euskalduna en 1985 y culmina con el de Altos Hornos de Bizkaia en 1996; lo que supone el cese de la actividad industrial en el territorio, con la desaparición de dos de las mayores empresas del Estado. Por ello, las luchas obreras cobran especial presencia en estos años en los que, aparentemente, el país se está sumergiendo en el Estado de Bienestar. Esto da comienzo a una época marcada por unos valores que van insertándose en las nuevas lógicas del capital. Sin embargo, la defensa de la fábrica marca el estilo de lucha adoptado por la juventud de estos años, entre la cual los encierros y barricadas no suponen novedades; juventud que, por su parte, se encuentra sin acceso a trabajo en esas fábricas. Así, según el Anuario de Estadística de 1986 elaborado por el Gobierno Vasco, el País Vasco era la región europea con mayor tasa de paro juvenil de la época con un 58% de los jóvenes entre 14 y 25 años afectados por esta situación¹⁴.

Es en este contexto, pues, en el que un grupo social comienza a hacer sus propias reivindicaciones dando cuenta de la insatisfacción de éstas por parte del nuevo sistema político. La juventud, que se encuentra sin acceso a vivienda ni trabajo, es uno de los colectivos sociales que más pronto sufre las consecuencias de este cambio. Y, ante la actitud pasiva de las instituciones frente sus demandas, comienza su lucha por buscar su propia forma

¹⁴ El País Vasco es la región europea con mayor tasa de paro juvenil. *El Diario Vasco*, 14 de abril de 1987, pág. 10.

de hacer las cosas (VV.AA., 2001). Tanto en el Estado español como en Euskal Herria se empieza a reivindicar la autogestión y el uso de locales municipales donde poder juntarse y llevar a cabo sus propias actividades. No son pocos los ayuntamientos que hacen estudios de juventud con el fin de crear este tipo de espacios, si bien es cierto que muchos otros no atienden siquiera a estas peticiones. Sin embargo, son cientos de jóvenes en cada pueblo los que no se sienten identificados con aquello que se les ofrece. Así, tras pasar un tiempo tratando de satisfacer estas necesidades por la vía política sin el resultado esperado, comienzan a entrar en locales vacíos pertenecientes al Estado.

Ilustración 4.1 Convocatoria de la Asamblea de Jóvenes de Donostia para acudir a los locales de la calle Prim



Fuente: *El Diario Vasco*, 21 de abril de 1978, pág. 7.

Aunque el movimiento de okupaciones como tal cobra fuerza durante los años '80, las primeras okupaciones se dan a finales de los '70. En diversas ciudades se okupan los locales de la OJE (Organización Juvenil del Estado) entre los años 1977 y 1979. En Euskal Herria estas okupaciones se dan en el año '77, una en el barrio de San Ignacio de Bilbo y la otra en la céntrica calle Prim de Donostia. En los escasos meses que duró esta última (desde diciembre de 1977 hasta mayo de 1978) se realizó la llamada Gazteen Astea (Semana de la Juventud) celebrada del 20 al 23 de abril. Semana que se dedicó a la organización juvenil y a la autogestión y en la que se trataron temas como la problemática de la mujer joven o los problemas de los propios locales. Todo ello mediante charlas y asambleas que se van convocando en distintos medios, entre ellos, como muestra la Ilustración 4.1, también los

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

oficiales. De este modo, se empiezan ya a perfilar las futuras Casas de la Juventud, Gazteen Etxea, que acabarán derivando en los actuales Gaztetxe. Estas 'Semanas juveniles y pro-locales' (VV.AA., 2001) se acaban celebrando por todo el territorio vasco.

Pero los precedentes de estas primeras experiencias derivan, como ya se ha advertido, de los movimientos vecinales. Así, ya en el año 1975 en Iruñea diversos colectivos del barrio de la Txantrea ocupan el Auzotegi Kultur Etxea, perteneciente en su momento a la Iglesia y donde se reunían estos colectivos hasta la muerte de Franco. La ocupación se lleva a cabo en diciembre del mismo año, es decir, apenas un mes después de que les fuera denegado el uso del local. Este barrio contará con una larga trayectoria en okupación a partir de esta experiencia.

El vínculo con la Iglesia tampoco supone un caso aislado. Durante muchos años las únicas opciones que la juventud tenía para ocupar su tiempo libre eran las que se organizaban desde los clubs de tiempo libre de ésta; así estos clubs servían de punto de reunión a gran número de jóvenes. En este sentido, destacan también los casos de Larrabetzu, en Bizkaia, y Soraluze, en Gipuzkoa¹⁵; dos pequeños pueblos cuyos párrocos cedieron en los años 1965 y 1968 respectivamente los locales contiguos a la Iglesia para su uso por parte de la juventud. En el primer caso el acuerdo dura hasta 1981, quedándose los jóvenes en la calle hasta el año '86; año en el que consiguen que el ayuntamiento les ceda de nuevo el mismo local e incluso reciben alguna subvención por parte de éste en sus inicios. En el segundo, el acuerdo se rompe en 1973 y el local se acaba reconstituyendo como gaztetxe, siendo finalmente gestionado por la propia juventud. También en 1978, aunque no de la mano de la Iglesia, sino del ayuntamiento, se crea el Gaztelokala (local juvenil) de Urretxu-Zumarraga (Gipuzkoa) en funcionamiento hasta 1998.

Aunque no consistan en okupaciones, estas experiencias abren el camino a todas aquellas que se desarrollarán durante las décadas próximas. Época en la que gran parte de la juventud se ve en la necesidad de buscar alternativas de ocio a los bares y a las programaciones culturales ofertadas por los ayuntamientos, en las que se requiere de unos ingresos económicos de los que no disponen. Denuncian también la falta de participación en la organización de estas actividades, en las que se encuentran con programas ya cerrados en los

15 Gaztetxe gida elaborada por Topatu.eus

que no tienen cabida sus intereses; intereses que se centran, en lo que a este sector de la juventud se refiere, en la organización de conciertos de punk y rock, así como en la creación de colectivos ecologistas, feministas, etc. (VV.AA., 2001). Así, en muchos pueblos la juventud se organiza y elabora programas de actividades a su medida. Empiezan a constituirse las Gazte Asanbladak (Asambleas Juveniles) que dedican sus primeros esfuerzos a demandar locales en los que poder organizarse a su manera. Se buscan éstos, se preparan proyectos, se realizan reuniones con miembros del ayuntamiento. Sin embargo, en pocos casos se obtiene resultado. Es por ello que se empieza a entrar en espacios vacíos, optando por la acción directa. En un principio se okupan locales y edificios del gobierno, pero poco a poco se comienzan a okupar todo tipo de espacios, destacando entre ellos antiguos mataderos, escuelas o fábricas y pabellones abandonados.

Por otro lado, la demanda de vivienda, bajo el lema 'Derecho a techo', también empieza a cobrar fuerza en esta época entre la misma juventud asolada por el paro y la creciente crisis económica que arrasa el país y que va creciendo a medida que avanza la década de los '80. Así, con la apertura que la transición democrática supone y bajo la influencia de quienes llegan de países como Alemania, Holanda o Inglaterra, o de quienes han tenido la posibilidad de salir al extranjero, conociendo así experiencias de okupaciones en Europa, estas luchas acaban por unirse. Para facilitar la exposición, sin embargo, distinguiremos aquí las okupaciones de gaztetxes de las de vivienda, aunque éstas comenzasen su andadura prácticamente de la mano. En este sentido, y como se señaló más arriba, las primeras okupaciones en términos de vivienda hacen alusión a antiguas casas de maestros, en ese momento ya en desuso, a viviendas de trabajadores de fábricas ya cerradas o a cuarteles de la Guardia Civil que poco a poco va abandonando el territorio para dejar paso a la naciente Ertzaintza.

Comenzaremos por los gaztetxes. Y nos centraremos principal, aunque no exclusivamente, en la okupación en Donostialdea. Tras la experiencia de los locales de la OJE, en los años '77-'78, las okupaciones se hacen presentes en esta comarca de modo constante durante los primeros años '80, destacando la propia capital y las cercanas localidades de Rentería, Oiartzun y Lezo. Así, repitiendo la experiencia anterior, durante los meses de marzo a mayo de 1983 permanecen okupados por jóvenes que dicen pertenecer a la Casa de la Juventud los

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

locales que albergaban al periódico *La Voz de España* en la calle San Marcial. Este grupo, que se estima de doscientos jóvenes, da a conocer esta okupación mediante un comunicado de prensa en el que alega que “ésta ha sido la única alternativa a la que nos hemos visto abocados ante la cerrazón de las autoridades (Ayuntamiento, Diputación,...)” y animan a más jóvenes a sumarse a la causa¹⁶. Aseguran haberse reunido con concejales, diputados y hasta con el gobernador, recibiendo sólo silencio y prohibición. Los locales son desalojados y reokupados varias veces entre finales de abril y principios de mayo, sumando más de setenta las detenciones realizadas por la Policía Nacional y culminando en una acampada de protesta en la plaza Gipuzkoa a principios de junio¹⁷.

Así, el auge de los gaztetxes se da en la década de los '80, cuando las demandadas 'casas de juventud' adoptan definitivamente este nombre y lo popularizan. Podemos contabilizar alrededor de 80 localidades con gaztetxe hasta mediados de los '90, de las cuales por lo menos la mitad fueron okupados en sus inicios; logrando un bajo número de éstos una cesión por parte del ayuntamiento correspondiente (alrededor de siete)¹⁸. Pocos de ellos consiguieron mantenerse okupados; la mayoría, por el contrario, fueron objeto de continuados desalojos.

Así, el desalojo solía ser la respuesta más inmediata; normalmente en las horas o días próximos a la okupación, sin posibilidad de que llegase a consolidarse el gaztetxe. En sus inicios, la mayoría de ellos se establecen en locales municipales. Hasta 1990 son okupados y desalojados¹⁹, además de los dos intentos de constitución de gaztetxe de Donostia (1978-79, 1983) y de los locales de la OJE de Bilbo (1977), los gaztetxes de Azkoitia (varios intentos entre 1984 y 1986), Hondarribia (1985, okupación que dura cinco días), Iruñea (1985), Tolosa (varios intentos entre 1985 y 1988), Ermua (entre 1986 y 1988 se okupa y desaloja sucesivamente un local del ayuntamiento), Rentería (varios intentos entre 1986 y 1988), Eibar (1986), Bilbo (desalojos sucesivos en 1986 hasta que se llega a un acuerdo), Azpeitia (1986, desalojos sucesivos hasta que se llega a un acuerdo en 1989), Arrasate (1987-89), Larrotxapea (Iruñea, 1987), Alegi (1987; el segundo intento aún perdura), Leitza (1988-90), Abetxuko

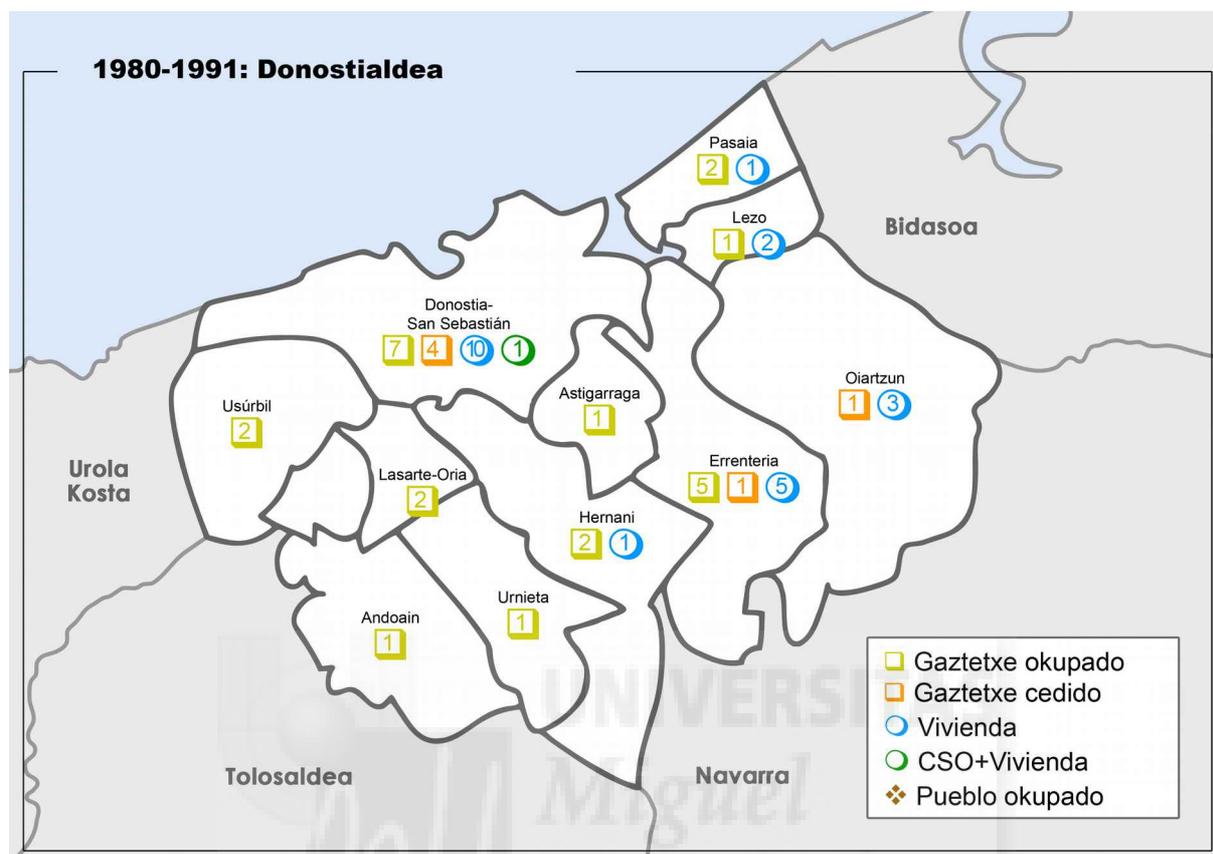
16 El local de la juventud, *El Diario Vasco*, 18 de marzo de 1983, pág. 14.

17 Acampada en señal de protesta, *El Diario Vasco*, 2 de junio de 1983, pág. 8.

18 Véanse anexos 1 y 3.

19 Cabría recordar, como ya se señalara en la metodología, que estos datos han sido recopilados por la autora, por lo que, probablemente, no todos los gaztetxes, casas okupadas y centros sociales okupados que han existido estén recogidos. Además, en el trabajo de investigación no se ha podido constatar la situación legal de algunos de ellos, por lo que, a riesgo de desestabilizar las estadísticas, éstos no serán tenidos en cuenta.

Mapa 4.1 Okupaciones en Donostialdea (1980-1991)



Fuente: elaboración propia

(1989), Billabona (1989-90) y Legazpi (1989-90). También son okupados, con algo más duración el Squat de Llodio (1983-94) y los gaztetxes de Andoain (1984, logra la cesión de otro local en el '96), Bergara (1987-93) y los de Txerrimuño en Lezo (1983) y Gasteiz (1988) que aún perduran. Ya a partir de 1990 se okupan y desalojan también espacios en Getxo (1992-1994) y Zumarraga (1992).

En ese periodo algunos también llegan a negociaciones, consiguiendo la cesión del local por parte del ayuntamiento tras haber sido éste okupado. Azpeitia es una de esas localidades. Tras tres años de okupación logra la cesión en 1989. Lo mismo sucede en Azkoitia, que logra la cesión en 1987; en Hondarribia, que logra el caserío Saindua en 1988, y en Bilbo, que se llega a un acuerdo en 1990. Más tardíamente, en 1991, también el Gazte Lokala de Deustu, en Bilbo, consigue una cesión.

Pero en esta época encontramos también numerosos gaztetxes que son desalojados incluso habiendo sido previamente cedidos. Es el caso de Oñati (1983-1986) y de Bidebieta (1986-88)

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

y Egia (1987-91) en Donostia. Ya a partir de 1991, como veremos en el próximo apartado, los desalojos se multiplican, lo que reaviva el movimiento.

Estas localidades, a pesar de todo, consiguieron su *gaztetxe*, si quiera por unos años. En otras, sin embargo, la lucha por el *gaztetxe* se llega a convertir en una batalla campal, sin resultado alguno salvo la negación rotunda de las autoridades y numerosos destrozos por parte de la juventud. Son los casos de Rentería o Tolosa, que recorren caminos casi paralelos. Narraremos, a modo ilustrativo el primero de ellos, donde se observan tanto las tácticas de los gobernantes como el clima de violencia que domina la época; así como las demandas de una juventud que muestran que la crisis es más que económica.

La oleada de okupaciones que se da en Rentería en esos años demuestra una total desesperación de la juventud por ver satisfechas sus necesidades; así como una total incapacidad de la municipalidad (PSOE) de satisfacerlas, resguardada en el hecho de haber creado locales para jóvenes en cada uno de los barrios (Gabierrota, Beraun, Capuchinos). Sin embargo, estos locales no cumplen los requisitos aclamados por esta juventud. Así intentan okupar la fábrica Niessen, la Herrería, Luzuriaga, el Asilo, el Cuartelillo de la Guardia Civil, sin más resultado que incomodar a las autoridades locales. El desalojo del asilo apenas un mes después de su okupación en diciembre de 1987 convierte la villa en un auténtico campo de batalla, provocando incidentes que culminan en el asalto al ayuntamiento y que son valorados por la corporación municipal en más 10 millones de pesetas. La juventud excusa los destrozos como “una explosión de rabia contenida, de ilusiones derruidas y por haber sido apaleados por la Policía”²⁰. Las okupaciones y desalojos del Cuartelillo, por su parte, se alargan durante los próximos tres meses. Se inician negociaciones. La juventud se reúne varias veces con el alcalde y acuden a varios plenos municipales. El gobierno de la villa les ofrece alguna opción, como es un local dentro de la antigua fábrica Niessen que se pretende rehabilitar. Sin embargo, ninguna de las opciones cumple los requisitos exigidos; consideran que en aquellos locales no podrán llevar a cabo las actividades que desean bajo total autogestión, sino que tendrán que hacerlo bajo supervisión municipal. Las negociaciones no llegan a puerto y, aunque Luzuriaga sigue funcionando como lugar donde celebrar conciertos, Rentería se queda sin *gaztetxe* hasta 1995, cuando una generación posterior okupa otro local²¹.

20 La guerra del *Gaztetxe*, *El Diario Vasco*, suplemento central DVorame, 22 de enero de 1988, pág. 5.

21 La batalla del *gaztetxe* está documentada en el fanzine *El final del Principio*, 1989.

Sin embargo, el ayuntamiento tiene otro as en la manga. Frente al paro juvenil, organiza una serie de talleres ocupacionales, consistentes en la rehabilitación de edificios contratando a jóvenes con el fin de que aprendan un oficio. Es cierto que esta estrategia posibilita la obtención de un trabajo y la disminución del paro en el pueblo. Sin embargo, también logra desmovilizar a gran parte de esa juventud que comienza a tener así oportunidades laborales y un trabajo asalariado una vez iniciada la década de los '90; juventud que comienza, de este modo, a insertarse en el sistema.

Respecto a las cesiones, aunque son muchas también las que se hacen durante estos años, presentaremos aquí el ejemplo de las realizadas por el ayuntamiento de Donostia durante los últimos meses del mandato de Labayen, del PNV. Esta corporación cede locales a los barrios de Amara Viejo, Herrera, Bidebieta y Egia, e inicia conversaciones con las juventudes de Gros y de la Parte Vieja. Bidebieta es un barrio fuertemente azotado por la droga y el paro en esa época. Sus jóvenes entran en febrero de 1986 en unos locales utilizados hasta entonces por la Peña Taurina, alegando que hay sitio para ambos. Son desalojados por la Guardia Municipal y por la Policía Nacional. Esto desemboca en numerosos disturbios con los jóvenes del barrio, que llegan a realizar pintadas y destrozos en la fachada del ayuntamiento donostiarra en señal de protesta, pidiendo no sólo locales, sino también trabajo. El grupo del alcalde Labayen (PNV) decide comprar esos locales y cedérselos a la juventud de Bidebieta, que acabará perdiendo el local en mayo del '88, bajo el mandato de Albistur (EA), debido a numerosos incidentes entre los jóvenes y la policía municipal que se suceden durante varios días.

Surge en estos tiempos la Coordinadora de Gaztetxes de Donostia que aglutina a los distintos colectivos de cada barrio. Pero a su vez surge también la Coordinadora de Jóvenes de Donostia que está integrada por distintos gaztetxes, así como por las distintas asambleas de jóvenes de los barrios y por Cruz Roja Juvenil, Scouts y Guías, y que plantea al ayuntamiento la creación de una concejalía municipal de juventud, mostrando estos dos colectivos dos distintas caras de una misma ciudad: la segunda aboga por vías legales de reunión, mientras que la primera busca la autogestión de sus intereses de una forma más libre, aunque se reúnan para ello en ocasiones con los correspondientes representantes municipales.

De este modo, el 9 de mayo de 1987 se cede en precario la antigua fábrica de mármoles Jareño como gaztetxe a la juventud de Egia; algo que lleva meses negociando. Este pabellón y

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

los colindantes forman parte de un proyecto futuro que pretende su reconversión en una zona verde para el barrio. El gaztetxe, se convierte mientras tanto en un lugar muy activo, realizando conciertos de punk y de rock casi todas las semanas. Sin embargo, la polémica surge cuando el proyecto pasa a ser la construcción de un Centro de Artes Escénicas para la ciudad en un barrio que reclama a gritos una casa de cultura y locales de diversa índole para el vecindario. El proyecto cuenta también con el mantenimiento del gaztetxe en su interior, pero reduciendo el tamaño de éste y perdiendo la juventud su posibilidad de autogestión, ya que tendrá que someterse a la normativa municipal. Esto implica un fuerte rechazo por parte de sus integrantes. De este modo, y con la oposición también de todas las asociaciones del barrio que siguen reclamando instalaciones tanto deportivas como culturales, la juventud es desalojada el 1 de marzo de 1991, no sin oponer una fuerte resistencia e intensificando su actividad en sus últimos meses. Resistencia y actividades que, por otro lado, impiden el desarrollo del nuevo proyecto. La táctica del ayuntamiento, en esta ocasión, es la misma que la del de Rentería. La rehabilitación del edificio se llevará a cabo mediante talleres ocupacionales con jóvenes en desempleo. Esto dividirá también a la juventud, causando enfrentamientos entre quienes realizarán los talleres y quienes defienden el gaztetxe.

La asamblea de jóvenes de Egia se reunirá unas cuantas veces con el ayuntamiento con el fin de conseguir un local alternativo. Sin embargo, las negociaciones se romperán por desacuerdos entre el concejal de cultura y la asamblea. Así, este barrio seguirá luchando por obtener un gaztetxe tanto durante los años '90 como en los 2000.

En estas ocasiones se reclaman locales para jóvenes. Sin embargo la situación de la vivienda también es preocupante entre la juventud vasca de los '80. La primera okupación de vivienda reivindicada en Donostia se realiza en enero de 1984, al tiempo que 23 personas están siendo juzgadas por la ocupación de *La Voz*. La ubicación de Villa Izartxo provoca que sean inmediatamente denominados por la prensa como 'aristokrakers'²², haciendo un juego de palabras entre la aristocracia donostiarra que habita en la zona y la palabra holandesa para denominar a la okupación, a falta aún de terminología adecuada para ello en el Estado. El grupo que entra allí a vivir se pone en contacto con el dueño, pero no logran llegar a un acuerdo. Decenas de jóvenes se solidarizan con el colectivo y hacen permanencias en la casa

²² Los 'aristokrakers' de Miraconcha, negocian su permanencia con el propietario de la villa, *El Diario Vasco*, 3 de febrero de 1984, pág. 12.

para evitar el desalojo. Sin embargo, el 10 de febrero son sacados a la calle y cinco llevados a prisión; a una de las mujeres, por su parte, se la deja en libertad por tener una niña de veinte días con ella. La okupación dura apenas cuarenta días (del 31 de diciembre al 10 de febrero). Sin embargo, abre un camino a seguir por multitud de jóvenes más. El 25 de febrero el mismo colectivo okupa el ayuntamiento en forma de protesta e inician una huelga de hambre a principios de marzo pidiendo otro emblemático edificio, La Cumbre, en el monte Uliá, con el fin de habilitarlo e instalar allí un merendero. Debido a ello, el edificio sale a concurso, pero le es concedido a otra persona.

Sin embargo, ya existía otro edificio okupado en la ciudad. En el año '83 un grupo de veintiún jóvenes, la mayoría estudiantes, entra en el edificio Tokionena, en la zona de Ategorrieta (Donostia), perteneciente a la Diputación. El edificio, que contaba con ocho viviendas, había sido expropiado en 1973 dado que se situaba en el centro del Plan Vía de Acceso Intxaurrenondo-Ategorrieta, es decir, allí donde estaba previsto construir un cruce vial. Pero tras diez años de abandono, y sin vistas a que se consumara la obra, okupan estos pisos hablando primero con sus anteriores habitantes y con el único vecino que queda; obteniendo así su consentimiento. Reclaman 'derecho a techo' y denuncian los altos precios de la vivienda, inasequibles incluso para quienes posean un trabajo asalariado, en una ciudad que, según la Dirección Estadística del Gobierno Vasco, cuenta en 1981 con 10.622 viviendas vacías²³ y con los pisos más caros del Estado en 1986²⁴. El desalojo, que dura cerca de tres horas, se materializa finalmente en enero de 1987 y es el primero llevado a cabo por la Ertzaintza, que actúa torpemente frente a una situación ante la que nunca antes se había visto. El mismo día del desalojo de Tokionena sus habitantes se instalan en unos pisos que la Diputación tiene en el barrio de Gabiarrota, Rentería. Esta okupación, sin embargo, es negociada: la Diputación les da cuenta de la existencia de esas casas, mientras que se elabora una lista con los nombres de quienes inicialmente van a entrar en estas antiguas viviendas de camineros.

23 El 16% de las viviendas vascas están desocupadas, *El Diario Vasco*, 18 de noviembre de 1983, pág. 7; El PSOE propone que se cree una ordenanza tributaria, sin finalidad fiscal, sobre viviendas desocupadas, *El Diario Vasco*, 16 de octubre de 1984, pág. 11.

24 Los pisos de San Sebastián son y seguirán siendo, a tres años vista, los más caros de España, *El Diario Vasco*, 12 de octubre de 1986, pág. 14.

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

A escasos metros de Tokionena se encuentra la Casa de las Duchas, que es okupada en 1986 con intención de utilizarla, además de vivienda, como lugar de encuentro entre jóvenes. Todavía no se denomina centro social, tampoco gaztetxe; sin embargo, las actividades planteadas indican que, aun sin denominación, esta es la intención. Se comienzan a crear así lugares de encuentro y de reflexión colectiva. Tras año y medio de okupación y actividad se desaloja finalmente en marzo de 1988, con el resultado de once personas detenidas. Este desalojo se produce siete días después de que se okupe la emblemática casa de Zapatari, en la zona de Errotaburu, también en Donostia. Asimismo, quienes estaban celebrando esta okupación acuden a solidarizarse con la casa y ofrecer su apoyo y resistencia, subiéndose en el tejado para evitar el desalojo. A finales del año '87 son okupados varios pisos municipales en San Roque. Parte de quienes son desalojados de estos dos espacios entran en Zapatari. Entre las okupaciones del '87 destaca también la realizada durante dos meses por una familia en el barrio de Intxaurre. Ya en el año '88 se okupan también en Donostia la casa de Martutene, que mantendrá una intensa relación con Zapatari, y las casas de los militares de Bidebieta, que, para sorpresa de gran parte de la población, siguen okupadas hoy.

Dejando la capital y saliendo al resto de la comarca, observamos cómo la okupación también se expande. En el año '86 se okupan las antiguas Minas de Arditurri (Oiartzun), que servirán de refugio a gran parte de quienes participaron en el proyecto de Belabaratz; caserío que se okupó ya en 1983 en Rentería. En Minas se realizará el primer encuentro sobre okupación, en el año '87. En él se darán cita colectivos y okupas de todo el Estado (Madrid, Zaragoza, Valladolid). Y surgirá en ellos el colectivo de Matxarda, grupo de mujeres que deciden okupar por sí solas en el año '88. Los encuentros llevados a cabo en Minas, que se repiten al año siguiente, sirven para consolidar y sentar las bases de este movimiento, para compartir experiencias y adoptar estrategias. Y, sobre todo, para debatir actitudes internas, como es el caso de las relaciones de género.

Así, durante estos años el movimiento se sucede por toda la zona: la Herrería de Rentería (okupada varias veces: como gaztetxe, 1984; como vivienda, 1986; como estudio de la radio libre Zintzilik, 1989); las antiguas casas de los maestros en Trintxerpe (1987) y en Pasai Donibane (1988); los pisos de los trabajadores de Aceros Corrugados y de Orbeago en Lezo (1987); la ya citada Matxarda en Rentería, primero, y en Oiartzun, después (1988, 1990,

1992); dos pisos (a parte de los dos okupados por Matxarda) en el Cuartel de la Guardia Civil en Oiartzun (1990); la casa Payasables en Loiola, Donostia (1990). Rentería, además, destaca por su lucha en favor de un gaztetxe, llevándose a cabo verdaderas batallas campales en la localidad, como ya se ha relatado más arriba (la antigua fábrica Niessen y la Herrería, 1984; la antigua fábrica de Luzuriaga, 1987-1991; el Asilo, 1987; el cuartelillo de la Guardia Civil, 1988). Como se puede observar, el estatismo del mapa 4.1 no puede reflejar el verdadero movimiento de la época.

La juventud que entra en estas casas no denuncian únicamente el alto precio de la vivienda en la zona. En el caso de Trintxerpe, por ejemplo, se resalta el uso incorrecto que realizan aquellos a quienes han sido asignados estos pisos. Así, revelan que los pisos están ocupados por dos jóvenes sin medios económicos, dos familias y seis profesores que aun viven allí. Pero que otros dos de los pisos son utilizados por dos profesores que residen en Donostia para dar sus clases particulares, haciendo un uso especulativo de ellos. En Lezo, por su parte, donde contaron no sólo con el apoyo sino con la ayuda del párroco para la okupación, se denuncia el uso que hacen varios traficantes de droga de los pisos vecinos a los okupados, también vacíos. Todos son desalojados sin atender a sus demandas.

Pero las denuncias de las condiciones en que se encuentra la juventud no se realizan sólo viviendo en las casas okupadas. La reivindicación se hace pública, tratando de implicar a aquellas personas que se sienten ajenas al problema. Así, en el año '87 un grupo denominado Zirika, cercano a EMK (Movimiento Comunista de Euskadi), inicia una campaña política en la que induce a la okupación, entrando en varios edificios vacíos en el centro de la capital (Avenida de la Libertad, Fermín Calbetón, etc.). Zirika que, aunque de forma gamberra, propone presentarse a las elecciones municipales de ese año, sin llegar a hacerlo, denuncia en sus comunicados la precariedad en que se encuentra la juventud donostiarra. A pesar de ser criticado por okupas de talante más libertario²⁵, las acciones desarrolladas por este colectivo sirven para poner sobre la mesa el problema de la vivienda y para visibilizar la realidad de gran parte de la juventud de la ciudad.

Por otro lado, como muestra de solidaridad hacia un desalojo sufrido en Vallecas (Madrid) se realiza, en agosto del próximo año, una okupación simbólica en pleno centro de la ciudad,

25 Véase el monográfico sobre okupación editado por la revista *Resiste*, Eutsi, 1988: 35-36.

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

en un edificio propiedad de la CAM (Caja de Ahorros Municipal). Esta excusa le sirve también al movimiento para denunciar la falta de viviendas y protestar contra la especulación del suelo.

Así, se observa una evolución paralela entre la okupación de viviendas y la de locales en los cuales la juventud desea desarrollar sus actividades por medio de la autogestión. De este modo, y si atendemos al contexto general, no es de extrañar que se den en las mismas localidades; aquellas donde la juventud no tiene acceso a vivienda, donde existe una alta tasa de paro, así como un alto consumo de drogas, entre las que destaca en esta época concreta la heroína por tener unas consecuencias más visibles. Y donde existe un clima de violencia que se relaciona con las formas adoptadas por el movimiento. Así, en Donostialdea y, concretamente, en Oarsoaldea, podemos observar que el alto número de okupación de viviendas se corresponde con las luchas llevadas a cabo para conseguir un gaztetxe.

Pero, si bien es cierto que, mientras que la okupación de casas permite que se establezcan varias en cada pueblo o barrio (de hecho el que haya una posibilida que surjan más debido al apoyo mutuo que se otorgan²⁶), en lo que a okupación de gaztetxes respecta la realidad es bien distinta. Como apuntan González et al. (2013), se actúa bajo el lema 'Herri bat, gaztetxe bat'²⁷ desde inicios de los '90, por lo que es excepcional encontrar dos gaztetxes en un mismo pueblo o barrio (en el caso de las ciudades) a no ser que éste sea lo suficientemente grande; o, en su defecto, que las líneas ideológicas seguidas por sus usuarios y las discrepancias internas no permitan compartir el espacio, situación que en raras ocasiones se da. Así, la relación entre gaztetxe, juventud y barrio/pueblo está muy arraigada. Lo que no condiciona a que se ofrezcan apoyo entre ellos, especialmente cuando existe amenaza de desalojo.

En Euskal Herria este movimiento juvenil de la década de los '80 y de los '90 ha sido analizado por Jakue Paskual en su obra *Telurica Vasca de la Liberación* (1996). En ella nos dice que el movimiento por los gaztetxes es un movimiento que “se enfrenta directamente a los intentos privatizantes de reconducir a los individuos a sus esferas particulares. Un movimiento juvenil que crea redes locales de agregación espacial, en base a grupos de iguales, para impulsar la satisfacción colectiva de las necesidades proxémicas y creativas. La

26 Véase el caso de Gabiarrota donde se okupan las antiguas casas de los carreteros y Matxarda durante los años '87-'88; el de Ategorrieta con Tokionena y la Casa de las Duchas; la casa cuartel de la Guardia Civil en Oiartzun, donde se okupan cuatro pisos; etc.

27 Un pueblo, un gaztetxe.

apropiación juvenil del espacio, expropiado previamente para usos especulativos y privados en un sistema que los garantiza, potencia la generación de una socialidad de base que se ubica en la reivindicación de una comunicación creativa” (Pascual, 1996). Si este postulado es cierto tendría sentido que no existiera más de un gaztetxe por pueblo o barrio, dado que uno de sus objetivos sería recuperar esa socialidad que se pierde a medida que vamos integrándonos en la sociedad del consumo y del espectáculo.

Sin embargo, la relación entre okupación y juventud, tan asociada en esta época, queda en entredicho en la siguiente, donde las generaciones maduran y el movimiento, debido a distintos posicionamientos ideológicos, se divide.

4.2.2 Fase 2. 1991-1996: ¿un movimiento juvenil?

De la fase anterior se extrae que el surgimiento de los gaztetxes viene de la mano de una juventud que ansía disponer de su propio espacio. La década de los '90 se caracteriza también, sobre todo en su primer lustro, por este tipo de reivindicaciones. Se crean en este periodo la Coordinadora de Gaztetxes de Bizkaia, primero, y de Gipuzkoa, después. Sin embargo, a medida que avanza la década la ideología neoliberal va calando en la sociedad y las movilizaciones, que giran en torno a otras luchas, como son el antimilitarismo que va ganando adeptos, o la campaña anti-92, desde la cual se considera esta fecha como la consumación de la entrada de España en la Europa del capital, merman según pasan los años. Quienes ya se manifestaban a principios de los '80 en contra de la pertenencia del país a la OTAN y a la CEE, centraron sus esfuerzos en resaltar la devastación social y cultural que suponía celebrar al mismo tiempo los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla y la Capitalidad Europea de la Cultura en Madrid. Estas luchas se materializan también en el rechazo del V Centenario del descubrimiento de América y no son pocos los gaztetxes que realizan jornadas en contra de los actos programados desde las autoridades oficiales, ofreciendo charlas conjuntas con otros colectivos sociales. Sin embargo, en la segunda mitad de la década de los '90 parece que se van calmando las aguas. Las batallas campales en que se convertían las calles cada vez que se protestaba por algo, jóvenes pidiendo gaztetxes, huelgas generales, manifestaciones políticas, y que culminaban en autobuses y camiones cruzados e incendiados, barricadas y fuertes cargas policiales, se van sosegando. La resaca del '92 deja al

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

país exhausto. Los ideales capitalistas y el supuesto Estado de Bienestar que el gobierno de Felipe González presenta hacen mella en una sociedad que bajo la influencia del capitalismo, del auge económico que en ese momento se empieza a vivir y del consumismo que éste genera se va individualizando hasta quedarse prácticamente inmóvil.

Esto no significa que, como señala Loiola Idiakez (2005), no exista un sector de la juventud que continúe movilizándose. Sin embargo, el pensamiento neoliberal consigue calar en un grupo más amplio de la población. Así, quienes veían esa entrada en la CEE como una amenaza a los valores comunitarios y a las nuevas formas sociales que pretendían crear en los '80 siguen su lucha, manifestada, en estos años en la lucha contra las grandes infraestructuras: la autovía del Leizarán, el Tren de Alta Velocidad (TAV), las líneas de Muy Alta Tensión (MAT), que consideran la mayor manifestación de la expresión capitalista y que derivan, a su vez, de las luchas ecologistas de la pasada década²⁸. 'No es un tren, es una forma de vida', reza durante muchos años el slogan del colectivo anti-TAV, y es en contra de esa forma de vida que no les representa a partir de lo cual articulan su lucha. Sin embargo, encuentran dificultades para conseguir adeptos entre las nuevas generaciones que se centran, en principio, en la lucha por los gaztetxes. Lucha que se reactiva notoriamente mediante la creación de numerosas Gazte Asanbladak hasta 1993, periodo en el que, como se ha señalado más arriba, se dan una larga serie de desalojos y cierres. A partir de este momento, muchos colectivos juveniles se establecen legalmente y vuelven a intentar lograr sus objetivos por la vía administrativa²⁹.

Pero por unos años la lucha, tanto por la okupación de viviendas como por la de gaztetxes, se expande. La represión sufrida la mantiene activa. Más allá de las gazte asanbladak, surgen numerosos colectivos pro-okupación en todas las capitales vascas; se realizan campañas y actos de boikot y denuncia, además de un sinfín de okupaciones. Sin embargo, finalmente la dura represión y los desalojos logran apaciguar el movimiento. A ello, habría que sumar, además la división interna dentro de éste; división que se produce por la aparición confrontada de distintas tendencias ideológicas.

28 Para un análisis más profundo de la relación entre el sistema de transporte y el modelo de producción capitalista en la CAV, especialmente el TAV, así como de la relación de los cambios en el modelo de producción con el ingreso del Estado español en la CEE, véase Iriarte, 2013. En el mismo documento este autor presenta tanto los problemas surgidos para el total desarrollo de estos proyectos, como la oposición popular derivada de ellos. Asimismo, apunta alguna de las causas por las cuales desde los distintos gobiernos se mantiene el empeño en la construcción de estas grandes infraestructuras, causas que suelen responder a intereses económicos y políticos.

29 Es el caso de las gazte asanbladak de Arratia o Arrigorriaga, que se constituyen como asociación.

Entre los diversos colectivos a favor de la okupación, encontramos 'Okupas del Nervión' en Bilbo (1991) o el movimiento pro-okupación de Iruñea, que gira en torno a Lore Etxea. En el mismo año, en Araba se realiza una campaña de denuncia contra la especulación en la que se apedrean escaparates de distintas agencias inmobiliarias. En el comunicado anónimo que éste grupo de okupas realiza a un medio de comunicación, expresa su solidaridad con los okupas, especialmente con los de Iruñea³⁰. Además, el mismo año se tiene constancia de otras dos okupaciones de vivienda en Gasteiz.

En Iruñea surge en esta época uno de los mayores movimientos en favor de la okupación; movimiento que viene arrastrándose ya desde mediados de los '80, y que reclama tanto locales como viviendas para la juventud. Así, la acampada que un grupo de jóvenes realiza en el kiosko de la plaza del Castillo la víspera del día de Navidad de 1991 para reivindicar el derecho a vivienda y a okupar aquellas casas que se encontrasen vacías, supone el inicio de una serie de okupaciones reivindicativas reclamando tanto viviendas como locales. El 11 de mayo se okupa y desaloja el cine de la Txantrea solicitando su uso como centro cultural y el 16 del mismo mes se inicia una 'Semana de protesta' con otra acampada en denuncia por la especulación y por las más de 10.000 viviendas vacías que dicen existir en la comarca de Iruñea. Acampada que será desalojada, por lo que se trasladan al kiosko de la plaza del Castillo, de donde son también desalojados por la policía. Al día siguiente, el mismo grupo se encadena durante una hora en los andamios que secundan el ayuntamiento, con un saldo de tres detenidos en el kiosko acusados de resistencia a la autoridad y doce en el ayuntamiento por desórdenes públicos (dos de ellos estarán en ambas acciones). Finalmente, el 19 de mayo se entra, tras una manifestación que circulaba bajo el lema 'Cuando vivir es un lujo, okupar es un derecho', en un edificio municipal en el barrio de la Rotxapea: Lore Etxea, que, aunque no es la única casa okupada de la capital navarra, sí constituye la más emblemática, convirtiéndose, en apenas quince meses de vida, en referente no sólo a nivel navarro, sino de todo el territorio vasco.

Lore Etxea funciona como un conglomerado de movimientos sociales en el que se encuentran de nuevo antimilitaristas, feministas, gran parte del movimiento anti'92, la radio libre Eguzki, y un sinfín de colectivos que lo utilizan como sede. De este modo, okupas de

30 Apedreados los escaparates de varios comercios de Vitoria, *El Diario Vasco*, 4 de enero de 1991, pág. 14.

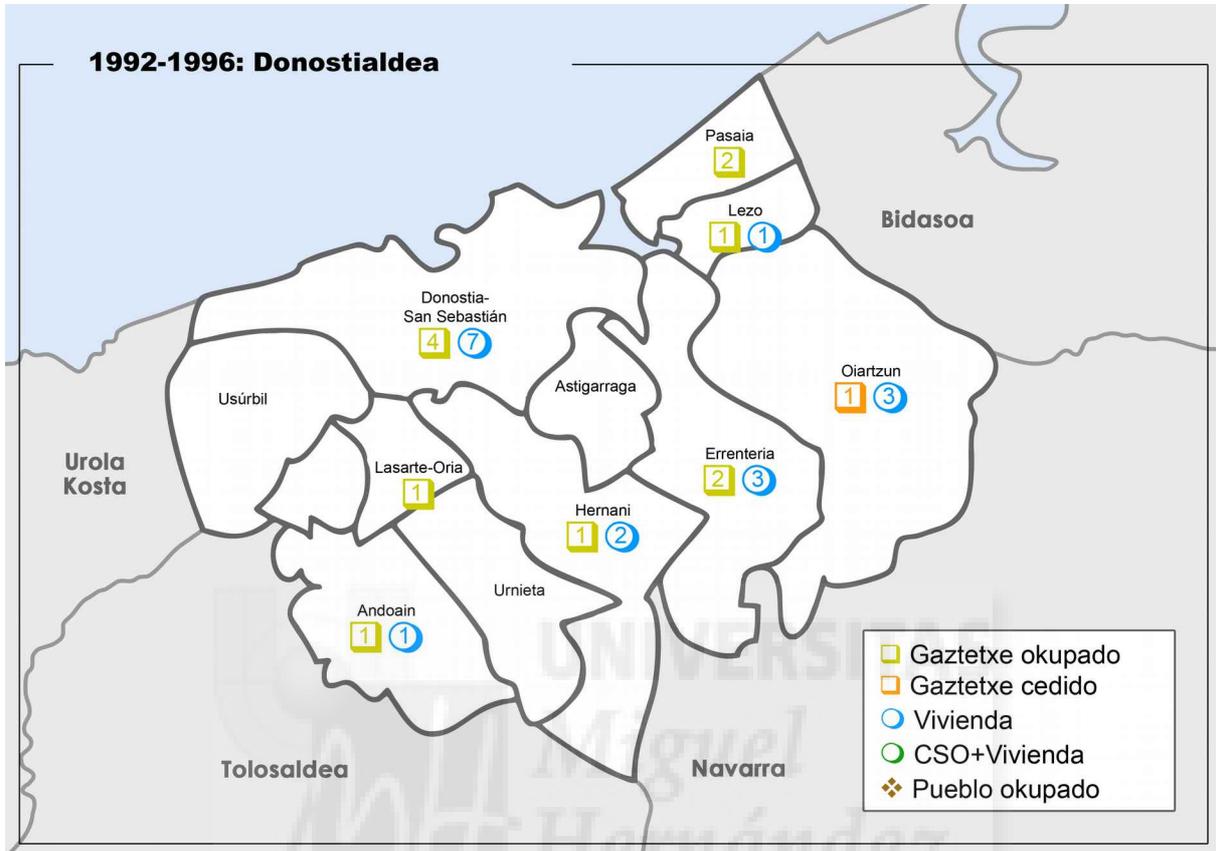
Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

todo el Estado se encuentran allí para organizar sus diversas actividades y acciones. Esto da pie a todo un repertorio de acción colectiva organizado, en el que participan okupas de los tres territorios históricos vascos y de la Comunidad Foral de Navarra. Repertorio que se materializa en numerosas campañas contra la especulación y en favor de la okupación, así como manifestaciones en todas las provincias como es, por ejemplo, la manifestación del 24 de mayo de 1991 en Donostia; la okupación de un edificio, propiedad del obispado, en Gasteiz, con el objetivo de organizar una serie de actividades en denuncia de la situación de la vivienda; o la creación en junio del mismo año del ya mencionado colectivo 'Okupas del Nervión' en Bilbo. Todos estos actos están enfocados dentro de una contracampaña electoral que contrasta con las esperanzadoras políticas de vivienda que se están tratando de mostrar desde los diferentes partidos.

Ya a principios de 1992, a raíz de los numerosos desalojos que se están sufriendo, se celebran también unas jornadas de reflexión acerca de los gaztetxes y casas okupadas en los gaztetxes de Bilbo y Gasteiz, en las que aún no se diferencia el tipo de espacios okupados. Estos encuentros sirven para unificar luchas y muestran que los problemas no afectan solamente a la juventud aunque sea ésta la que más los reivindique. Así, la denuncia de las políticas de vivienda pueden ilustrarse con lo ocurrido en el barrio de Otxarkoaga de Bilbo a lo largo del año 1992. Desde el año '88 numerosas personas del barrio van ocupando paulatinamente un sinfín de casas vacías existentes en él. El caso sale a la luz cuando en febrero de 1992 se desahucia a un total de 120 familias en contra de la voluntad de todo el vecindario, que se organiza para tratar de evitarlo. Sin embargo, a pesar de tener el apoyo de gran parte de la ciudadanía y de los gaztetxes colindantes que se solidarizan con la causa, lo único que consiguen es ganar algo de tiempo y poco a poco van siendo desalojados. Este caso pone sobre la mesa la penosa situación de la vivienda en la capital vizcaína: mientras que esos pisos van a ser destinados a vivienda de protección oficial, las familias que están siendo desalojadas de ellos no cumplen los mínimos ingresos requeridos para poder hacer siquiera la solicitud de acceso.

Este hecho coincide en el tiempo con el desalojo del gaztetxe de Bilbo y con la campaña llevada a cabo desde Berriotxo relatada más arriba. Lo que permite unificar las luchas en la comarca del Gran Bilbao. Pero, como ya se ha señalado, no son estos los únicos espacios

Mapa 4.2 Okupaciones en Donostialdea (1992-1996)



Fuente: elaboración propia

desalojados. También en Gipuzkoa y en Navarra, y en menor medida en Araba, se pone en marcha una dura campaña represiva contra la okupación. Así, a parte de los ya mencionados se siguen desalojando gaztetxes. En 1992, los de Sopela (1987-92) y Llodio (1987-92), ambos cedidos. El 13 de octubre de 1993 se tapien tanto el gaztetxe de Azkoitia como el de Azpeitia, sin previo aviso. Ese mismo año se cierran también los gaztetxes de Ordizia y Bergara. Xolot, en el barrio donostiarra del Antiguo, dura apenas unos meses. Mientras, en Gernika se okupa intermitentemente el pabellón Idiga. Como ya se ha venido advirtiendo, lejos de mitigar el movimiento, esta ola de represión lo reactiva.

De este modo, como observamos tanto en los mapas como en los anexos 1 y 3, entre los años 1990 y 1993 se suceden en diferentes municipios de Euskal Herria alrededor de 30 okupaciones, sea de vivienda sea de gaztetxe, de los cuales cuatro perduran a día de hoy: dos como gaztetxe (el de Altsasu, 1990, y el Gazte Lokala de Deustu en Bilbo, 1991, que

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

consiguió una cesión), dos como vivienda (el caserío Egi Luze de Igeldo, 1992, en Donostia y la central eléctrica de Ereñozu, 1993, en Hernani). Cerca de la mitad de estas okupaciones fueron desalojadas en esos mismos años y algunas perduraron unos pocos más. Sumadas al desalojo de espacios que ya llevaban tiempo en activo, entre los que destaca el emblemático gaztetxe del Casco Viejo de Bilbo, registramos alrededor de 30 desalojos en el mismo periodo. Pero cuando hablamos aquí de desalojos habría que matizar que nos referimos, mayormente, a municipios, dado que muchos de estos locales fueron protagonistas de numerosos intentos de okupación y sus consecuentes desalojos. Las cifras totales son, pues, inabarcables. En este sentido, a estos datos cabría añadir, además, aquellas que no han podido ser recogidas por la autora.

En este periodo también se desaloja finalmente Lore Etxea. Pero Lore Etxea no acaba con el derribo de la casa. Durante los siguientes meses al desalojo las calles de Iruñea se llenan de pancartas y acciones de denuncia, anunciando también que se seguirá okupando mientras sigan existiendo viviendas vacías. Y el colectivo que surge entre sus paredes deriva en lo que acabará siendo el IGA (Iruñeako Gazte Asanblada) que okupará el 7 de mayo de 1994 el antiguo frontón de Euskal Jai, en la Parte Vieja de capital navarra y que causará un efecto dominó por todos barrios y pueblos colindantes. Este gaztetxe se convertirá a su vez en referente de la resistencia y de la organización no sólo de la juventud pamplonesa, sino de toda su población, así como en símbolo del desprestigio de la ciudadanía hacía sus gobernantes y policía. El tercer intento de desalojo que sufre en los meses siguientes a su okupación convierte el Casco Viejo de la ciudad en un estado de sitio de una forma mucho más represiva que su antecedente bilbaíno, donde un par de años antes sucedió algo similar. Sin embargo, la resistencia mostrada por los miembros del gaztetxe, que aguantan hasta tres días encaramados a los barrotes del tejado del frontón, y el apoyo que reciben del barrio pidiendo que dejen en paz a la juventud y enfrentándose gentes de todas las edades a la brutalidad policial, consiguen que su historia se convierta en un hito y que sea recordada con orgullo a lo largo de los tiempos.

Así, su éxito produce, como ya se ha señalado, un efecto dominó en la zona, dando un fuerte impulso a las okupaciones de gaztetxes en Iruñerria, hartas de ver cómo sus peticiones se convierten en papel mojado. Al año siguiente de esta okupación surgen gaztetxes en los

barrios de Sanduzelai, la Txantrea y la Rotxapea, al igual que en las localidades de Barañain, Burlada y Atarrabia (VV.AA., 2001). Sin embargo, no corren la misma suerte que su vecino, y van sufriendo consecutivos desalojos. El gaztetxe de Sanduzelai, situado en la antigua tabacalera, es desalojado debido a un incendio en 1998. Por su parte, Ezkaba, el de la Txantrea, aguanta dos años más para ser finalmente desalojado por la fuerza. Al igual que los locales de la Rotxapea, el Onena Gaztetxea de Atarrabia, es desalojado dos años después, reaccionando la juventud de este último pueblo con la okupación simbólica del local que el ayuntamiento pretendía destinar a ésta, para ser desalojada, una vez más, de forma violenta. Unos años más aguantan los de Burlada y Barañain, que son desalojados en décadas posteriores. También en Estella se okupa, ya en el '96, el antiguo cuartel de la Policía Nacional.

Pero no sólo tiene repercusión en Navarra; también en el resto de territorios vascos influye el Euskal Jai. Así, en Gipuzkoa se okupan en 1995 el gaztetxe de Zabala, en Rentería, y el de Letaman, en Donostia, y se intenta okupar de nuevo en el barrio donostiarra de Egia y en Irun. Respecto a vivienda, se okupa Txominenea, en Donostia y Gure Ametsa, en Rentería, en 1995, y se dan varios intentos más en Egia, Bergara, Irun y Lezo.

Sin embargo, tal y como apuntan González et al. (2013) los desalojos y la fuerte represión, así como las crisis internas de los gaztetxes acaban desinflando el movimiento. La entrada en los gaztetxes de juventudes más afines al MLNV que a los movimientos autónomo y libertario que predominaban hasta la época en estos espacios, o cuya presencia no suponía verdaderos motivos de confrontación entre ambas ideologías, como relata la novela de Zabala (1996) o como señala Paskual (1996), también marca una división en el movimiento. Mientras unos se centran en la obtención de locales, defendiendo la okupación y autogestión de éstos por parte de la juventud, y derivan el resto de su lucha al logro de la independencia nacional; los movimientos autónomos y de carácter libertario unifican estas luchas en su defensa del antiimperialismo, centrando sus fuerzas en la lucha contra el '92. En esta lucha, las políticas de vivienda siguen siendo fundamentales. Pero cesan las demandas, optando directamente por la acción directa y la desobediencia civil. Al mismo tiempo, en el resto de la sociedad comienzan a calar las ideologías neoliberales y, ante sus promesas de ser en algún momento

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

propietario, la okupación de vivienda comienza a perder fuerza ante una juventud inmersa en la expansión económica que se está viviendo³¹.

De modo que una vez pasado el '92 ambos movimientos pierden fuerza aunque el éxito del Euskal Jai reavive por un tiempo la lucha. Así, y sin olvidar que confluyen en muchas de las reivindicaciones y actividades (como puede ser el ecologismo, el antidesarrollismo, el apoyo al movimiento zapatista, incluso algunos aspectos del independentismo vasco), el movimiento en favor de los gaztetxes pasa a tener más relación con las secciones juveniles de la izquierda abertzale (siempre con excepciones, como puede ser el gaztetxe de Andoain, Txerrimuño o el propio Euskal Jai); mientras que las okupaciones de tendencia libertaria, y, por lo tanto, sus miembros, concentrados ya en casas concretas, continúan su lucha a través de otro tipo de activismo más radical que realiza una crítica integral del sistema. Esto no quiere decir que no surjan sinergias entre unos y otros, y que no conjuguen, en ocasiones, sus luchas. Tampoco que miembros del último sector no sean partidarios de la independencia. Sin embargo, las dos ideologías van tomando distancia la una de la otra, y la confrontación, que ya se viene registrando desde la década de los '80, se materializa finalmente a principios de los '90.

Pero se intuye cierta incapacidad de propiciar una transmisión generacional por parte de quienes realizan esa crítica integral, lo que deriva en el surgimiento de dos tipos distintos de lucha. Por un lado, la juventud, que sigue buscando su propio espacio lejos del control tanto institucional como adulto; por otro, los sectores que, aun habiendo iniciado su lucha en su juventud, continúan en ella aunque su edad no se corresponda ya con lo que oficialmente se considera ser joven. Esto nos obliga a reabrir el debate en torno a la juventud y la okupación, así como a desmarcar a ciertos colectivos de las características que González et al. (2013) atribuyen al movimiento de okupación en Euskal Herria. Según estos autores, “el objetivo de la okupación de espacios tanto en Bilbao como en el resto del País Vasco, ha sido principalmente el de la consecución de espacios para los jóvenes en cada barrio o pueblo, asentándose sobre una fuerte identidad de joven por un lado, y sobre un fuerte arraigo con el barrio (o pueblo), por el otro” (2013: 8). Si bien es cierto que el movimiento en favor de los gaztetxes es llevado a cabo, principalmente, por jóvenes, esto no significa que la juventud sea

31 Estas discrepancias quedan recogidas e ilustradas en Paskual, 1996.

la única que okupa. También parte de quienes en los '80 iniciaron las okupaciones en Euskal Herria, desencantados del modelo social que se les ofrecía en esa época de cambio, y asolados por el creciente paro y la falta de oportunidades y de acceso a una vivienda, continúan okupando hoy en día. Este grupo, que ya no es joven, okupó bajo una ideología concreta: la del movimiento autónomo o libertario. Sólo que, incapaces de transmitir esta forma de entender el mundo a las generaciones posteriores, se han abierto dos caminos en el movimiento de okupación. Uno que es el más visible y, por ello, el más estudiado: el movimiento en favor de los gaztetxes; que no siempre son okupados. El otro, aquel en el que la asociación juventud-okupación se rompe; el que continúa en la línea de aquellas primeras okupaciones y que se sigue llevando a cabo por quienes lo empezaron. Por los dinosaurios, que los llama L. Así, estamos los dinosaurios (mayores de 48); están los jóvenes (menores de 30); y estáis lo no tan jóvenes (entre 30 y 48), me dice.

De este modo, mientras que el primer sector se caracteriza por estar formado, principalmente, por jóvenes, en el segundo encontraríamos gente de todas las edades, aunque con una predominancia de mayores de cuarenta. Esto, por supuesto, y como ya se ha señalado también, no significa que no haya convergencias entre ambas tendencias. Al contrario, los grupos nunca son cerrados y las actividades y luchas que se llevan a cabo tienen, muchas veces, bases comunes. Sin embargo, cabría destacar que la okupación de tendencia libertaria queda, muchas veces invisibilizada en los estudios sobre okupación en Euskal Herria, que tienden a centrarse, casi exclusivamente, en los gaztetxes, asociados al movimiento juvenil.

4.2.3 Fase 3. 1996-2004: Combinando y marcando ideologías

Como ya se ha venido indicando, este periodo se caracteriza por una relativa calma que tan sólo repunta alrededor del 2000 en Donostialdea y también en algunas localidades de Bizkaia, como suponen los gaztetxes de Kukutza (primer intento en 1996; y 1998, que se consolida) y Sorgintxulo (1999) en Bilbo, o los de Urduña, Abadiño y Larrabasterra en 1998 y los de Durango, Basauri y Lemoa en 1999, cuyos dos últimos consiguen una cesión; a diferencia de Algorta, que se ensaña a partir del 2000 en conseguirlo sin resultado. En Araba, por su parte, del antiguo Squat de Llodio nace, en 1997, Lur Etxea, que derivará, a su vez, en Orbeo Etxea en el año 2001. Sin embargo, la consolidación del Euskal Jai y la represión

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

sufrida por los demás intentos, acaban por paliar el movimiento, que no revivirá de manera notable hasta el desalojo final de éste en 2004.

La entrada en vigor del nuevo Código Penal, por su parte, que se materializa en 1996 pudiendo acarrear incluso penas de cárcel, tampoco ayuda a estabilizar el movimiento. Como me señalan en alguna ocasión quienes iniciaron su andadura en los '80, “Antes, nos detenían, nos daban palizas, pero al rato estábamos en la calle”; “ahora sin embargo, las consecuencias son peores porque tienes faltas en tu expediente”. No es ésta la única reforma que se hace desde el Gobierno español. La Ley Orgánica 1/1992, de 21 de febrero, sobre Protección de Seguridad Ciudadana, conocida como la Ley Corcuera por haber sido aprobada durante su mandato como Ministro del Interior, y que empieza a aplicarse a partir de marzo del mismo año, comienza a poner restricciones a las protestas llevadas a cabo sin permiso en la calle.

Para hacer frente a esta situación se realizan reuniones y asambleas. Hay quien se desplaza a Madrid y Barcelona, con el fin de idear e intercambiar estrategias de lucha. Pero, poco a poco, el miedo y los nuevos valores interiorizados por las nuevas generaciones potencian que la movilización decaiga. Para esta época gran parte de los presupuestos neoliberales han calado ya en la sociedad y la interiorización del derecho a la propiedad privada es una realidad por la que opta, ya en 1992, el 96% de la población, frente al 6% que se decanta por el alquiler, según datos del Gobierno Vasco³². Ante esta situación, con los precios de la vivienda al alza y con trabajos cada vez más precarizados, la juventud no encuentra en la okupación de vivienda una alternativa viable, alargando la permanencia en el hogar familiar.

En este sentido, también la solución al problema de la vivienda adopta un matiz individual. Sin embargo, quienes en los '80 abogaban por la okupación siguen considerando que la problemática de la vivienda es social, ya que es un derecho constitucional que, aseguran, debe tener soluciones colectivas. Por otro lado, quienes defienden la propiedad privada alegan que la salida individual es, precisamente, el okupar una vivienda para uso particular. Estos dos argumentos confrontan los dos ideales, pero la defensa de una salida colectiva al problema de la vivienda no volverá a ser puesta sobre la mesa de manera pública hasta la crisis de finales de la primera década del segundo milenio.

32 Más de 40.000 casas vacías en las capitales de Hegoalde, *Egin*, 1 de octubre de 1992, pág. 3.

Por otro lado, el sentimiento de unión que todavía mantenían los trabajadores que lucharon duramente contra la reconversión industrial, consecuencia, en gran parte, de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea, se fue diluyendo entre una juventud que no conoció nunca un trabajo asalariado digno y duradero; una juventud que, aunque comienza a conocer el descenso del paro debido a trabajos temporales potenciados por las nacientes Empresas de Trabajo Temporal, empieza sobrevivir como puede con trabajos cada vez más precarios fomentados por la reforma laboral que entra en vigor en 1994 y que se desarrollan mayoritariamente en el tercer sector. Esta situación que ya era denunciada en los '80 por aquellos movimientos sociales que venimos exponiendo en este texto no tuvo igual respuesta entre los jóvenes de los '90 que, si bien sí que se movilizan, adoptan otros métodos más pacíficos e institucionales, más acordes con la desradicalización de la sociedad que se está dando y, en particular, de la juventud, a raíz del paulatino cese de la violencia armada. Además, el realizar trabajos de una forma discontinua no consigue generar ese sentimiento de unidad en la juventud que les permita luchar conjuntamente por sus derechos.

Respecto a las luchas sociales, el gobierno adopta una táctica plenamente deslegitimadora y parcial: la criminalización de todo aquel movimiento que no se muestre de acuerdo con el sistema imperante. Así, la relación de todo tipo de subversión con el MLNV acaba también minando las fuerzas de quienes continúan en activo. Por un lado, deslegitima cualquier lucha, demonizándola y aportándole un carácter negativo. Por otro, invisibiliza toda aquella oposición que nazca fuera de este movimiento, dando la impresión de que ésta no existe. Para evitar esta criminalización gran parte de la juventud se va integrando en otro tipo de plataformas, legalizadas y legítimas, como pueden ser las ONG; espacios que permiten un cierto grado de lucha, pero no el cuestionamiento integral del sistema; no la radicalidad.

También la abolición del Servicio Militar Obligatorio se da en estos años; estrategia del gobierno que consiste en profesionalizar el ejército, pero no eliminarlo. Esta estrategia se pone en práctica a partir del 1 de enero de 2002, sin embargo es anunciada ya desde 1996³³. Sin tener que realizar la mili, muchos jóvenes se desvinculan y este movimiento social que había conseguido unos logros memorables, así como una gran movilización, va perdiendo fuerza al no conseguir implicar a las generaciones futuras en la lucha antimilitarista que, para

33 Herrero Brasas, Juan (2016). *¿Qué fue de la mili?* En <http://www.elmundo.es/opinion/2016/03/31/56fc2be222601db61c8b463b.html> Accedido el 4 de mayo de 2017.

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

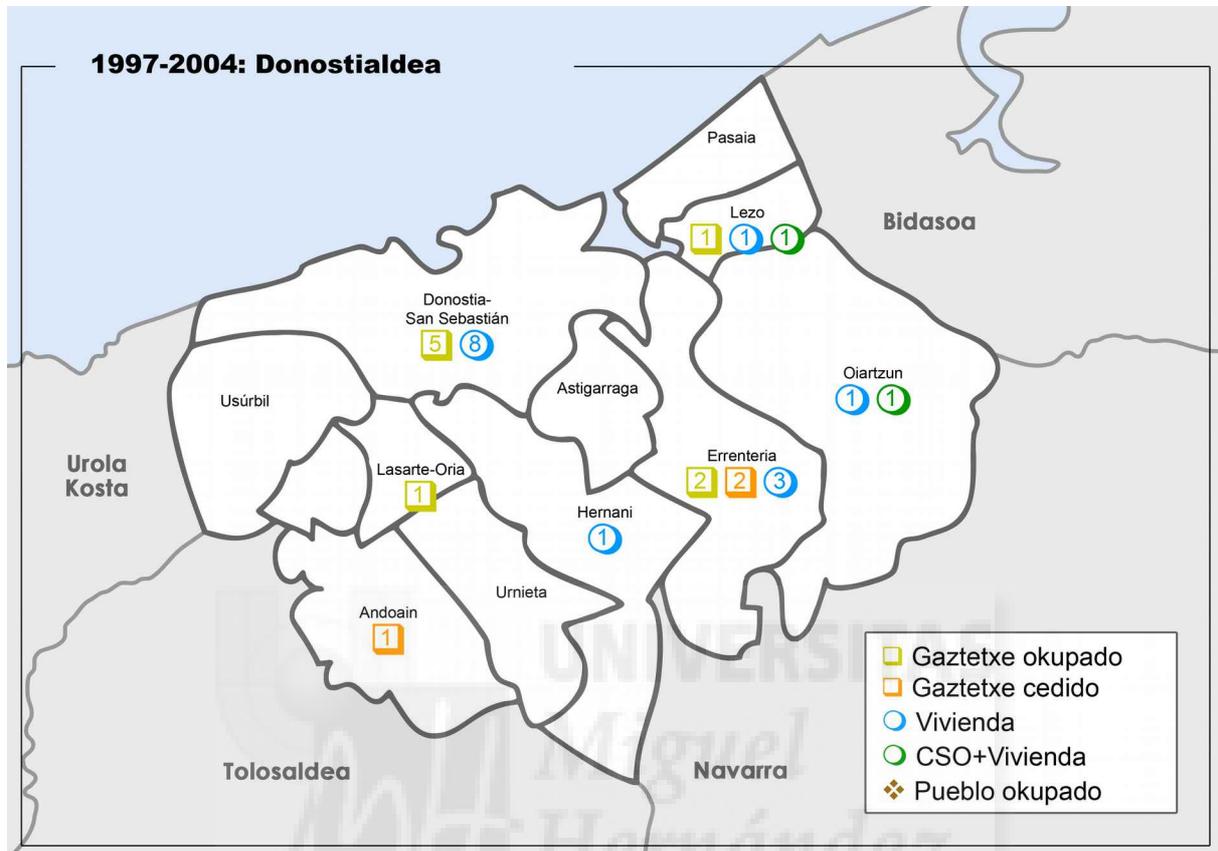
muchos, ha llegado con esta resolución a su fin; mientras que quienes siguen continúan viendo la necesidad de acabar no sólo con el servicio militar, sino con toda su estructura armamentística.

De este modo, el capitalismo va calando en la sociedad y, aunque hay quien simpatiza con las luchas sociales arriba definidas, no se da ni un relevo ni una transmisión generacional lo suficientemente fuerte como para que el movimiento siga tan activo como en la década anterior. Como señala Laurent Bonelli, la 'violencia espectacular' del castigo llevada a cabo en épocas precedentes, desaparece para dar paso a una reacción más sistemática basada en, como indicara Foucault, “un conjunto de dispositivos jurídicos, policiales, judiciales, penitenciarios y asistenciales” que disciplinaran y normalizaran el conjunto de conductas populares (en García y Ávila, 2015)³⁴. Cuando, tras el desmantelamiento de la clase obrera, este disciplinamiento desaparece, dando paso a una juventud que reclama la toma de la calle; juventud que no adopta esa disciplina ni mediante el acceso al mundo laboral ni mediante la escuela, numerosos gobiernos comienzan a modificar sus leyes. Así, como apunta Bonelli, “hechos tan banales como el fraude en el transporte público, estar sentado en los vestíbulos de los edificios, la 'prostitución pasiva' o la mendicidad supuestamente 'agresiva', se han convertido en auténticos delitos, que conllevan penas de cárcel y multas” (2015: 173). Es de este modo que las nuevas lógicas se van integrando, poco a poco, en la actitud de la juventud.

En este contexto, la lucha por los gaztetxes continúa, convirtiéndose en una opción para pasar parte de juventud mientras se finalizan los estudios, se busca un trabajo asalariado o se espera a crear una familia. Pero quienes desde un ámbito más libertario se mantienen en pie ven reducidas sus fuerzas. En parte, porque al ir madurando se han formado familias que se han ido desvinculando del movimiento; en parte, porque una alta proporción se ha retirado a vivir al monte. Éstas son algunas de las razones que me han dado quienes aún continúan. Y, efectivamente, la okupación rural prolifera en estos años. Pero se observa, también, que los espacios que siguen en activo se centran más en ellos mismos, y no en una lucha común y organizada, como constata también González (2004: 188). Surge así un cambio en éstos: comienza a cobrar importancia el mantenimiento de las casas y no tanto la movilización, al

34 Como advierten los editores, aunque el texto de Bonelli hace referencia al Estado francés, sus postulados se pueden trasladar a lo sucedido en el Estado español unos años más tarde, tras la primera implantación y después desmantelación del Estado de bienestar.

Mapa 4.3 Okupaciones en Donostialdea (1977-2004)



Fuente: elaboración propia

contrario que en épocas anteriores donde, aunque los espacios físicos fueran importantes, no eran lo principal. Lo principal era movilizarse, mantenerse en activo. Así, en las nuevas okupaciones prima el espacio y la movilización se da cuando surge algún problema en torno a éste.

Por su parte, será en Gipuzkoa donde más movimiento surja en estos años, especialmente en Donostialdea, donde podemos encontrar alrededor de 500 personas viviendo en espacios okupados para el año 2000 (VV.AA., 2001: 59). Se intentan okupar varios gaztetxes en la capital guipuzcoana alrededor de este mismo año, sin apenas éxito (uno en Egia, dos en Herrera, en 1999). Finalmente, el movimiento confluye, tras una manifestación a favor de la vivienda y de los gaztetxes, en la okupación de una casa en Iztueta, entre Egia y Gros, el 11 de junio de 1999. En los tres meses que dura este espacio nace la Asamblea de Okupas de Donostialdea, que edita el libro *Vivienda: especulación,...& okupazioak*, en el que recogen

algunas de las distintas experiencias de okupación que se han dado en Euskal Herria. Parte de quienes son desalojados de Iztueta entrarán en septiembre del mismo año en Lobato Etxea, casa en tierra de nadie entre las localidades de Lezo y Rentería; casa que sigue okupada hoy en día y que tiene una intensa actividad durante el siguiente periodo. Sin embargo, los desalojos, el año 2000, de las emblemáticas casas de Zapatari y Martutene, okupadas ambas en 1988, y la consiguiente división que la negociación llevada a cabo por la primera de ellas supuso, volvió a paliar el movimiento. Además, hay que sumar a esto el incendio que sufre la casa principal de Minas el 3 de marzo del 2000, un mes antes del desalojo de Zapatari. De este modo, aquello que nació con tanta fuerza en Iztueta, no consigue recuperar la esencia del movimiento; y prácticamente se deshace tras la disolución de las experiencias de Martutene y, sobre todo, Zapatari, y como consecuencia también de la reducción del espacio de Minas.

Por su parte, las diferencias dentro del movimiento antes apuntadas se agudizan, aunque no se manifiestan explícitamente. De este modo, tras el desalojo del Euskal Jai, en agosto de 2004, el movimiento revive, pero en otras formas. Las nuevas generaciones se centran ya, casi exclusivamente, en la búsqueda de gaztetxes, mientras que la okupación de viviendas que busca modelos organizativos alternativos, aunque se sigan dando y algunos espacios se mantengan, prácticamente desaparece de la escena pública, queda invisibilizada, como si no existiera. Se realizan también algunas okupaciones silenciosas, como puede ser una casa en Martutene o las realizadas por algún antiguo habitante de Zapatari. Aunque los Primeros Encuentros de Okupación que se celebran en mayo de 2005 en Kukutza intentan de nuevo unificar todo este conglomerado de espacios y se celebra al año siguiente la Gaztetxe Martxa (Marcha de Gaztetxes) recorriendo durante dos semanas, desde Maule hasta Iruñea, casi todos los gaztetxes de Euskal Herria³⁵, la realidad es que queda en eso, en un intento; aunque algunos sectores de Bizkaia sí logren una cierta coordinación a partir de entonces.

4.2.4 Fase 4. 2004-2008: Una oleada diferente

Como ya se ha indicado, el desalojo del Euskal Jai en agosto de 2004 y los primeros Encuentros de Okupación celebrados en mayo del próximo año, así como la Gaztetxe Martxa

35 En http://eh.lahaine.org/gaztetxe_martxa_desde_maule_a_irunea_en_ Accedido el 9 de julio de 2017.

de 2006, reavivan un movimiento que se encontraba más paralizado que nunca. De modo que tras un periodo de relativa calma, el brutal desalojo del que fue objeto este gaztetxe hizo despertar no sólo a colectivos de Iruñea y alrededores. En esta ocasión las okupaciones y muestras de solidaridad llegan también desde el resto de territorios. El mayor movimiento se da en las capitales vascas (a excepción de Gasteiz) y en los alrededores de Iruñea.

Así, encontramos que entre los años 2004 y 2006 se suceden una serie de okupaciones que devuelve a Euskal Herria a aquel movimiento que conoció durante los '80 y principios de los '90. En Gipuzkoa durante el 2004 se okupará en Beasain un edificio del ayuntamiento para constituir el gaztetxe de Melma, mientras que en Bergara, después de que en diciembre de 1993 se cerrase el antiguo gaztetxe, se okupa, también en 2004, la antigua cárcel con el mismo fin. Por su parte, en Oñati se consigue mantener durante los meses de julio a noviembre de 2005 el gaztetxe Casablanca, que será finalmente desalojado. Ya en Azpeitia, después de los problemas con el anterior gaztetxe, se consigue que el ayuntamiento les ceda un nuevo local este mismo año. También en 2005 se okupará el gaztetxe de Lakaxita, en Irun, perteneciente hasta 2016 a la Compañía del Ferrocarril y adquirido después por el ayuntamiento de la localidad. Tras esta oleada de okupaciones, las corporaciones municipales comienzan de nuevo a ceder locales en algunas de las localidades, como son Zaldibia, donde el ayuntamiento cede en el año 2006 el local que la juventud utiliza como gaztetxe actualmente o Elgoibar, que tras los problemas del pasado, logra la cesión de Sutegixa en 2007. Lo mismo ocurre en Zumaia que, tras un intento de okupación en 2008, se les cede un local al siguiente año.

En la comarca de Donostialdea, y en concreto en la capital, encontramos este periodo como la época de mayor auge de gaztetxes y espacios autogestionados de la ciudad, tras las oleadas de los '80. En este caso el movimiento viene de la mano de un gran aumento de la escena musical. Así, las reivindicaciones comienzan en 2004 con una okupación simbólica del edificio de Zuloaga, en Donostia, para solidarizarse con el desalojo de Iruñea. Pero no es hasta 2005 que se suceden muchas más okupaciones como reacción a este brutal desalojo. En Donostia se contaba ya con Letaman, pero se okupan en 2005 el gaztetxe de Loiola y Ametsenea, unas antiguas escuelas en el barrio de Egia. También unos locales okupados en la zona del Infierno ofrecen conciertos de música a la juventud, mientras que la antigua

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

discoteca Mogambo, dinamizada por los grupos de Buenavista, el Guardetxe de Urgull (Casa del Guarda), propiedad del ayuntamiento pero autogestionado por un grupo de jóvenes, y el edificio del cine de Añorga, gestionado por la juventud del mismo barrio, muestran un increíble panorama musical a la ciudad; al tiempo que comienzan a utilizarse con el mismo fin también los antiguos terrenos de la Campsa y la pequeña casa que en ellos había, rozando ya los límites de la ciudad con el municipio de Pasaia. Ametsenea será desalojado en 2006, mientras que la Casa del Guarda seguirá su andadura hasta que en 2010 es devastada por las llamas, después de lo cual otro conjunto cogerá las riendas del local. El gaztetxe de Loiola, por su parte, se mantendrá activo hasta el año 2013 tras ser precintado en 2007 y reabierto en 2008. Se suceden también estos años conciertos en espacios ya consolidados como Txerrimuño, Lobato Etxea o Zabala II. También la Karbonera de Hernani, okupada en 2006, sirve como espacio de encuentro para diversos grupos, por lo que, más allá de constituirse como vivienda, se utilizará además como Centro Social.

Pero también en Bizkaia se realizan diversas okupaciones. Así, encontramos Zazpi Katu, en el Casco Viejo bilbaíno, okupado tras varios intentos finalmente en 2007; Astra (2004), en Gernika, que abre un largo proceso de negociación con unos resultados favorables y desconocidos hasta el momento; el gaztetxe de Getxo (2004); varios intentos en Barakaldo, desde 2006; otro en Markina, etc. Y, por supuesto en Navarra, con varios intentos en la misma capital los meses próximos al desalojo del Euskal Jai, en los barrios de Larrotxapea, el Casco Viejo, Iturrama; y en los colindantes pueblos de Atarrabia y Zizur, además de Bera y Leitza.

Esta nueva oleada de okupaciones que se prolonga hasta el año 2006, sin embargo, no se salda ya con tantos desalojos. Los distintos ayuntamientos, en el marco de una nueva estrategia para controlar tanto la movilización de la juventud, como los locales gestionados por ésta, comienzan las negociaciones; dando pie, de este modo, al inicio de una nueva fase. Aquellos espacios que no son desalojados, acaban, en su mayoría, siendo consentidos o cedidos por los ayuntamientos. Así, de las nuevamente alrededor de 30 okupaciones que se dan entre 2004 y 2006 cerca de la mitad son desalojadas; principalmente aquellas que se dan en las capitales de Bilbo e Iruñea, y una de las que se da en Donostia (Ametsenea, en el barrio de Egia), además de aquellas que se dan sucesivamente en localidades como Atarrabia o Barakaldo. En este sentido, y al igual que en casos anteriores, habría que señalar que estos

datos son estimados, ya que muchas de estas okupaciones, especialmente las que no logran asentarse, son prácticamente imposibles de contabilizar. Sin embargo, de las que consiguen sobrepasar esta oleada de acción, no llegan a la mitad las que se mantienen okupadas; siendo el resto cedidas mediante negociación por los respectivos ayuntamientos. En algunas localidades, además, los espacios se ceden en esta época sin okupación previa, como es el caso de Azpeitia, donde ya contaban con una larga experiencia de disturbios a este respecto y llevaban años en proceso de negociación.

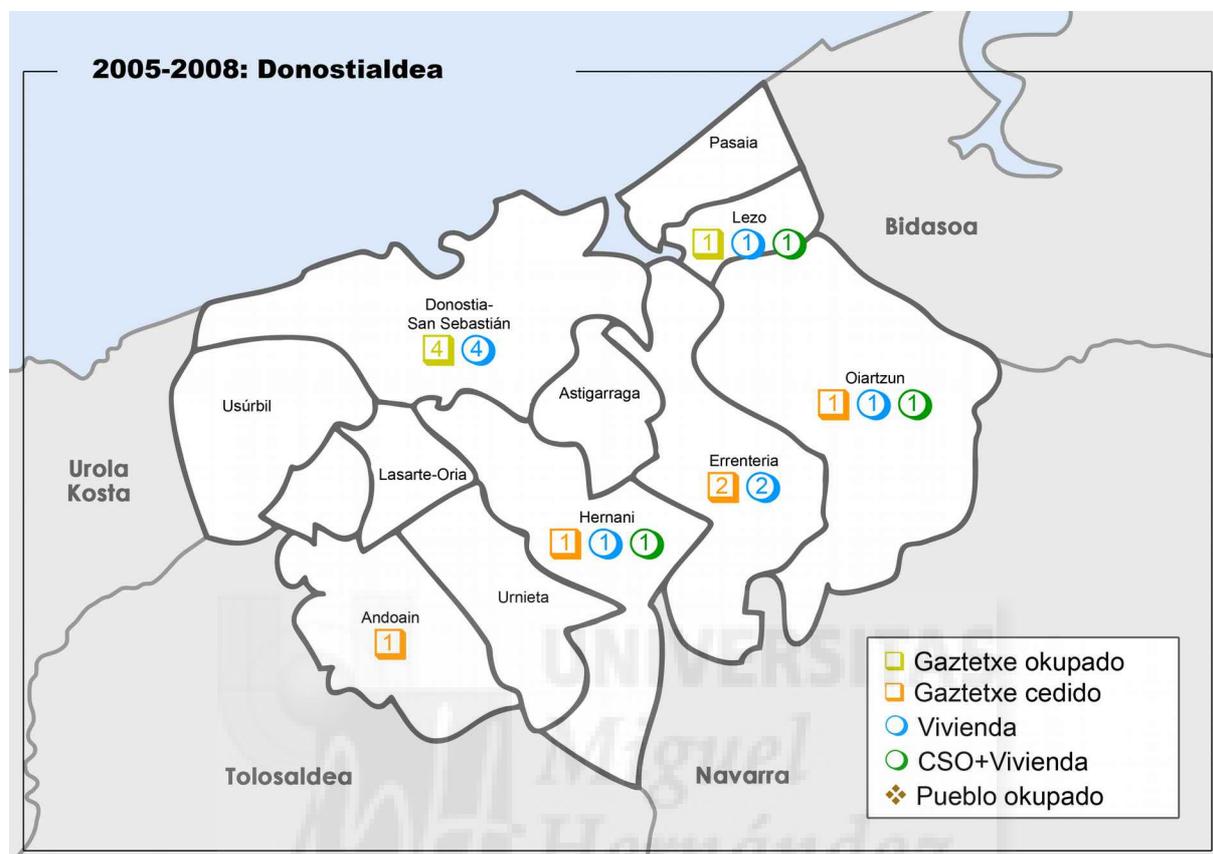
Pero este auge de los *gaztetxes* sufre, esta vez, otro tipo de represión; represión que no se centra en el desalojo. En esta época comienza una dura campaña contra la juventud, realizándose numerosas detenciones políticas que la vinculan con el terrorismo. Así, la operación que se realiza contra la formación Segi, considerada heredera de las asociaciones de juventudes abertzales Jarrai (1979-2000) y Haika, fusión ésta de Jarrai con Gazteriak, que operaba en Iparralde (2000-2001), se salda con un total de 223 jóvenes detenidos entre 2007 y 2013. La mayoría de ellos son encarcelados por lo menos durante dos años bajo prisión preventiva³⁶. Así, estas detenciones, que dejan a muchos pueblos prácticamente sin jóvenes, sumadas a los desalojos llevados a cabo vuelven a mermar el movimiento.

Por otro lado, el movimiento pro-*gaztetxes* que surge en estos años no viene ya de la mano de aquellos colectivos que buscaban modos de vida alternativos, sino de una generación más joven que sigue buscando locales donde realizar sus actividades. Si bien es cierto que algunas personas coinciden en ambos periodos (no hay que olvidar que la época de mayor movimiento de espacios como Lobato, por ejemplo, coincide con el auge de *gaztetxes* en Donostialdea), las inquietudes son ya otras. Así, aunque esta época se caracteriza por un amplio movimiento que se manifiesta en la celebración de numerosas actividades en los distintos *gaztetxes*, podemos decir aquí, que la tan necesaria transmisión generacional no tiene lugar.

Esto no significa, sin embargo, que no existan grupos de jóvenes que no sigan la trayectoria de las generaciones anteriores. El pensamiento antidesarrollista continúa calando en parte de la sociedad y se manifiesta en estos años en la lucha contra el Tren de Alta Velocidad, lucha que deriva de la anterior oposición a la autovía del Leizaran y de las luchas

³⁶ <http://irutxulo.hitza.eus/paperekoak/ion-markel-ormazabal-konturatu-gabe-herri-honen-etorkizuna-hipotekatzen-ari-gara/> Accedido el 17 de febrero de 2017. Para un análisis de la relación establecida por los cuerpos policiales entre la okupación y el terrorismo de ETA o el GRAPO en el resto del Estado español hasta el año 2004 véase Asens, 2004.

Mapa 4.4 Okupaciones en Donostialdea (2005-2008)



Fuente: elaboración propia

ecologistas precedentes, desarrollando todo un pensamiento contra el modelo de desarrollo vigente que queda patente a través de la construcción de grandes infraestructuras. Así, quienes se implican en estas luchas mantienen contacto con parte del movimiento que se gestó en los '80 y que continúa activo. Por su parte, las asambleas de las distintas coordinadoras antidesarrollistas se realizan, en gran medida, en los gaztetxes de cada zona, por lo que la interacción y el contacto son constantes. En el caso de Donostialdea, por ejemplo, la asamblea contra el TAV, AHT-rik Ez-Elkarlana, se reunía en gaztetxes como el de Letaman, Loiola y después Kortxoenea. En estos años comienza a visibilizarse también la oposición al proyecto de construcción del Superpuerto de Pasajes, tanto en las poblaciones más afectadas, como Lezo y Pasai Donibane, como en las colindantes.

Como en épocas anteriores, gran parte de quienes participan de estas luchas eligen la okupación de vivienda también como manera de satisfacer esta necesidad. Esto posibilita, por

un lado, poder dedicarse a tiempo completo a una lucha que después será también criminalizada y, por otro, continuar con la crítica al capitalismo y a su sistema especulativo. Así, aunque se visibilice en menor medida, y no quede reflejado como debiera en los mapas presentados, son numerosas las okupaciones que se hacen en este sentido. Sin embargo, la interiorización del derecho a la propiedad privada es una realidad que se ha ido materializando en los años precedentes y, como veremos más adelante, el perfil de quien okupa da un giro en estos años hacia un uso más temporal, es decir, se tiende a la okupación como recurso, y no como medio.

4.2.5 Fase 5. 2008-actualidad: Creando sinergias

Esta situación palia el movimiento durante una temporada. Sin embargo, la crisis económica que comenzó en el año 2008 y sus políticas restrictivas, que como señala Chaves “han contribuido al deterioro de los servicios públicos y sus prestaciones universales; a la privatización o semiprivatización de lo que quedaba en manos del sector público en el ámbito productivo y a un retroceso en la práctica de derechos adquiridos especialmente en el ámbito laboral” (2013: 309), y que podemos englobar en lo que William Davies ha llamado 'neoliberalismo punitivo' (2016), hacen resurgir la lucha por aquellos derechos ciudadanos que están siendo sustraídos a la población; entre ellos, la defensa de una vivienda digna. Los recortes aplicados por este nuevo neoliberalismo que, como apunta Davies, culpabiliza a la ciudadanía sin dar pie a un juicio previo y que ya no se sostiene justificándose en la reafirmación de su necesidad, sino intentando preservar el status quo mediante la repetición de expresiones que lo reafirmen sin cabida a la crítica (2016), está produciendo cada vez mayor desconfianza ciudadana hacia el sistema; desconfianza por parte de una ciudadanía que está cada vez más concienciada de que la salida no llegará siguiendo los pasos que este mismo sistema propone. De este modo, distintos colectivos, muchos de los cuales hasta ahora se creían dentro de las instituciones, comienzan a cuestionar el modelo vigente y sus supuestas formas democráticas, como bien apuntan Subirats y Chaves cuando analizan el surgimiento y las demandas del 15M. Retomaremos este aspecto en la cuarta parte de esta tesis. Sin embargo, queremos hacer hincapié aquí en cómo estos grupos de protesta emergentes comienzan, a partir de esta fecha, a adoptar técnicas y planteamientos que ya el

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

movimiento de okupación contemplara en sus inicios; especialmente en lo que a la defensa de una vivienda se refiere.

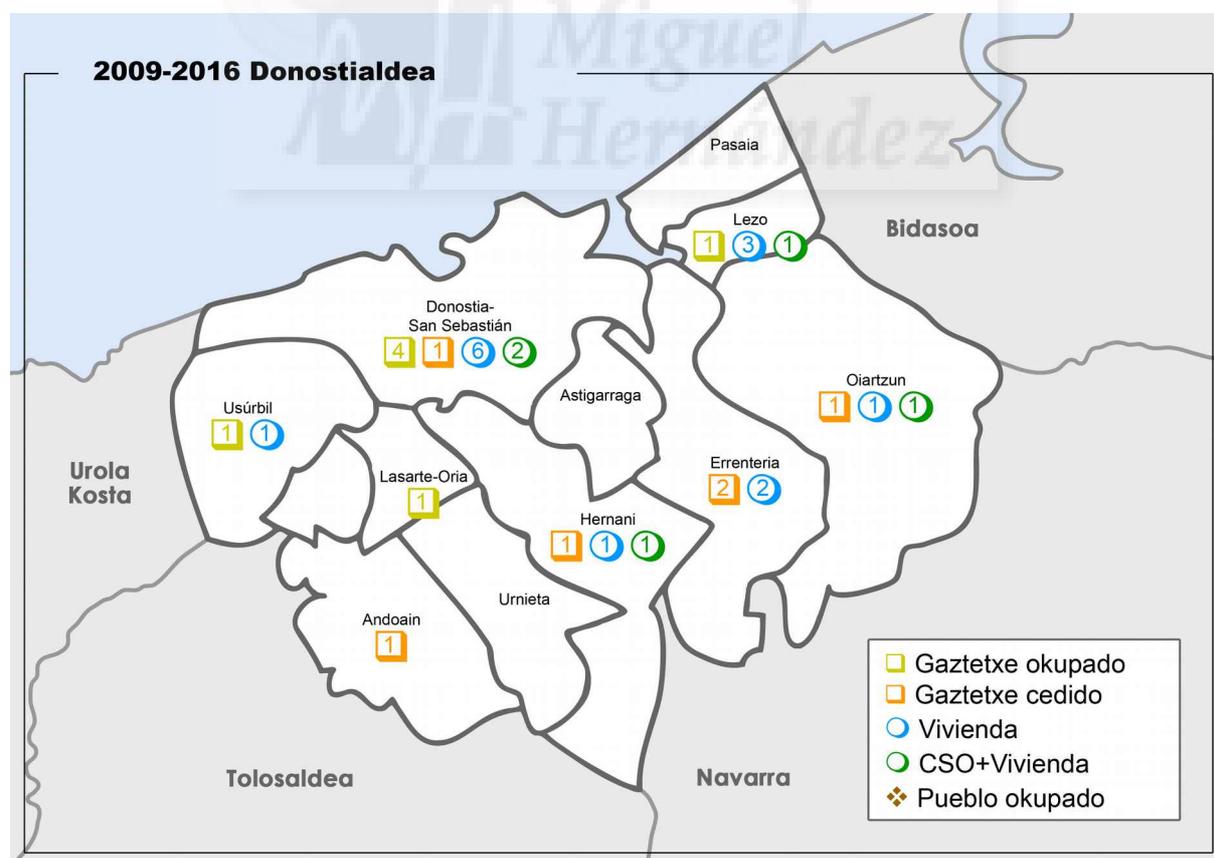
Así, el escenario que este sistema económico tan criticado por el movimiento nos ha dejado en los últimos años abre de nuevo la estructura de oportunidades políticas para la okupación. En él, parte de la juventud, sin acceso a vivienda y sin trabajo, vuelven a ella, pero esta vez de una forma más individual y sin que prime tanto la ideología. A pesar de ello, el nuevo contexto económico reaviva la lucha por una vivienda digna y ayuda a recuperar esa legitimidad que la okupación había perdido por parte de aquella ciudadanía que hasta ahora la venía criticando. Gentes que hasta el momento pagaban regularmente sus hipotecas se ven, muchas veces a falta de unos pocos plazos, desalojadas de esas viviendas que llevaban toda una vida pagando. De este modo, movimientos sociales como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), que surge en 2009 pero que toma fuerza a partir del 15M de 2011, y las posteriores plataformas STOP Desahucios o la Asamblea por una Vivienda Digna de Gipuzkoa, Kepasakonlakasa, dan otra visión a la okupación en el territorio.

Es así, que estos movimientos dan la vuelta a la situación, animando y ayudando a la gente a entrar de nuevo en esas viviendas; viviendas que ahora pertenecen al banco, por lo que el acto que se lleva a cabo es también una okupación. Sin embargo, el visibilizar que hoy le toca a tu vecina pero que cualquier día te puede tocar a ti sensibiliza a aquella gente que hasta ahora no veía con buenos ojos este movimiento. Ya no se puede acusar a los nuevos 'okupas' de no querer pagar una vivienda mientras el resto de la ciudadanía sí que lo hace. Las dificultades para encontrar trabajo se hacen también patentes y la cantidad de gente que se queda en la calle debido a la nueva situación, sumada a la labor social que realizan estas plataformas, que optan por agotar las vías institucionales al tiempo que pasan también a la acción, logran que se deje de criminalizar, por lo menos socialmente, el movimiento. Ante esta situación, quienes llevan años okupando se solidarizan con este tipo de plataformas, buscando así nuevas sinergias. Pero a pesar de ello, gran parte de la sociedad sigue distinguiendo entre aquellas familias que se quedan en la calle tras haber seguido siempre el modelo de vida establecido y quienes no desean subscribirse al sistema. Así encontramos junto con aquellas okupaciones que se reivindican con el fin de denunciar la especulación y de promover otro modelo social, toda una serie de okupaciones que se realizan en secreto, como

hasta ahora también se había hecho, pero a las cuales se empieza a dar más cobertura y legitimidad social. Sin embargo, quienes siguen reivindicando la okupación no consideran que haya diferencias entre unas y otras. Todas son políticas porque, a su manera, todas hacen frente a un sistema injusto y continúan, más de treinta años después, con su mismo lema: 'Derecho a techo'.

Así, si analizamos las okupaciones realizadas en los últimos años en Donostialdea, podemos observar un ligero incremento de las okupaciones de viviendas, que no se ocultan, aunque tampoco se reivindiquen abiertamente. Sin embargo, quienes sólo buscan vivienda tienden a la negociación una vez llevada a cabo la okupación. Por otro lado, encontramos que surgen espacios que, combinando vivienda y centro social, no constan como gaztetxes, sino como CSO. Ello se puede deber en parte a querer desmarcarse de la ideología independentista con la que se ha asociado a los gaztetxes en la última década, tratando de recuperar espacios

Mapa 4.5 Okupaciones en Donostialdea (2009-2016)



Fuente: elaboración propia

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

de tendencia libertaria. Encontramos, además, intentos de dotar de otras características a los espacios okupados, así, la Firestone, se autodenomina como 'fábrica recuperada'. No nos detendremos ahora en estas clasificaciones dado que volveremos a ellas más adelante. Señalaremos, por su parte, que aunque existen espacios okupados con esas mismas tendencias ideológicas que aquellos surgidos en los '80, es raro que lleguen a estrechar vínculos, aunque tengan algún tipo de contacto entre ellos. La lucha por los gaztetxes, como ya se ha señalado, también se encuentra en baja forma, dado que, como refleja el gráfico 4.1, muchos espacios se han consolidado. Así, las okupas más mayores, aunque siempre las apoyen, pocas veces se acercan a las nuevas okupaciones, mientras que quienes okuparon en los '80, pero ya no lo hacen, siguen inmersos en otras luchas, y tampoco se relacionan, o lo hacen escasamente y por motivos puntuales, con los más jóvenes. En algunos espacios no se da, por lo tanto, ni una transmisión ni un relevo generacional, lo que desemboca en un debilitamiento del movimiento. Algo que se intenta mitigar desde las Oficina de Okupación de Donostialdea, creada con este mismo fin en el año 2012. Oficina que, a su vez, ofrece apoyo social, así como jurídico, a cualquier tipo de okupación.

Frente a esta nueva situación encontramos que la lucha por los gaztetxes, que en cierta medida se sigue dando, no gana tanta legitimidad como la de la vivienda. No es que no se okupe, ni que no se negocie, pero al haberse consolidado muchos de ellos, los esfuerzos por conseguir nuevos locales se tornan menores. Ésta, además, es reprimida en aras de un nuevo modelo de ciudad; aquel destinado a todo tipo de turismo, siempre y cuando éste aporte beneficio económico. Así, el ejemplo de la ciudad de Bilbo, tal y como apunta Iriarte (2013: 189), se torna significativo. Su reconversión urbana, enfocada a un turismo de negocios y de alto nivel adquisitivo, con la construcción de grandes rascacielos y el Guggenheim como centro neurálgico dio un vuelco a la vida de la ciudad. En este proceso el gaztetxe de Kukutza, que había adquirido una significatividad importante desde su okupación en 1998, logrando implicar no sólo a la juventud del barrio de Rekalde, sino a la de otros barrios y a gente de todas las edades, es desalojado y derribado en 2011³⁷. Consiste éste en un desalojo mediático, con un gran despliegue policial y realizado con una brutalidad que hacía años que no se vivía (desde el desalojo del gaztetxe del Casco Viejo, en 1993, en la misma ciudad, y desde el del

37 La crónica de este desalojo queda recogida en Kukutza y Egia, Lutxo (2011). *Kukutza gaztetxea. Ellos por dinero, nosotros por placer*, Txalaparta.

Euskal Jai, en 2004, en Iruñea), y que muestra claramente los intereses de la corporación municipal.

En Donostia, por su parte, será en este periodo en el que el gobierno de Bildu conceda el uso de una antigua guardería a la juventud del Antiguo. Sin embargo, la celebración de la Capitalidad Cultural Europea en 2016 y el desalojo del gaztetxe de Kortxoenea en 2015 por parte de la siguiente corporación, pone en tela de juicio el concepto de 'cultura'. Comienza a hacerse presente, así, un discurso que ya llevaba años gestándose pero que se manifiesta con fuerza tras estos hechos. Se trata de reconceptualizar el término 'cultura' y de cuestionar, a partir de él, el modelo de ciudad que se está potenciando desde las instituciones. Se empieza abogar por una cultura popular, frente a la cultura de élite impulsada por el gobierno, cultura que, se critica desde los espacios okupados, no se corresponde con la practicada por la ciudadanía. Nadie está en contra de la cultura, se argumenta, pero habría que mirar qué tipo de cultura es la que queremos que tenga Donostia; y hacia dónde queremos que se dirija la ciudad.

En este sentido, en un texto relativamente reciente, Robert González, Thomas Aguilera y Mercé Cortina (2013), señalan cómo en esta tercera fase surgida a partir de 2001 (y que encajaría con nuestras dos últimas fases), el movimiento confluye con otros y traspasa sus propias fronteras. Así, otros colectivos comienzan a recurrir a la okupación como una herramienta potente de lucha, hibridándose de este modo la okupación con otros movimientos contestatarios. El 15M, en este caso, se vuelve fundamental en Madrid y Barcelona, mientras que la poca repercusión que ha tenido este fenómeno en Bilbo no ha posibilitado que comience este nuevo ciclo, nos dicen (2013: 4-5).

Pero la hibridación con otros movimientos, sin embargo, y como se habrá podido advertir a lo largo de este texto, ya viene dándose desde los primeros '80. El movimiento antimilitarista, que tiene su auge en los '90, existe ya en la década anterior; las luchas contra las grandes infraestructuras también se dan en estos años; el denominado movimiento antiimperialista, centrado en su rechazo a la pertenencia de España a la OTAN o a la CEE, así como en su rechazo al BM y al FMI, se gesta en los primeros años de la transición democrática. Y los miembros del movimiento de okupación de esa época participan ya de estas luchas, organizándose, muchas veces, junto con colectivos de otros territorios, como

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

alemanes, holandeses o belgas. También la campaña contra el '92 se lleva a cabo de este modo, trabajando conjuntamente también con grupos provenientes de América Latina.

En cuanto al 15M, si bien es cierto que su impacto fue mucho menor en Euskal Herria que en el Estado español, cabría destacar que algunas de las okupaciones que se han dado en los últimos años han derivado de colectivos que surgieron en la misma acampada. Es el caso de la casa de Ugarte, en Usurbil, okupada en diciembre de 2012, o de algunas de las personas que confluyeron en el CSO de Itxasgain, donde se realizó el trabajo de campo para esta tesis. El intento de okupación del edificio de Bellas Artes, en Donostia, también fue obra del 15M. Por lo tanto, cabría señalar que algunas de las afirmaciones que estos autores realizan no se corresponden con la realidad de Donostialdea; ni, me atrevería a decir, con la del resto de territorios vascos.

Por otro lado, cabría destacar que algunos de los espacios más antiguos comienzan también en esta época a recuperar su vitalidad. Es el caso de Minas donde la declaración de la República libre de Arditurri realizada con motivo del 30º aniversario de la okupación, en el mismo 2016, reunió de nuevo a okupas de todas las edades en el espacio y puso en marcha una iniciativa que predica el logro de la independencia desde abajo, desde las prácticas cotidianas, sin esperar a que el propio Estado otorgue la posibilidad de la consulta. En este acto queda de manifiesto que la tan buscada autonomía ha de construirse en el día a día; y da pie, al mismo tiempo, a recuperar parte de aquellas relaciones que comenzaron en los '80 y que habían ido diluyéndose con el tiempo, así como a crear otras con gentes pertenecientes a los nuevos espacios.

Finalmente, y modo de apunte, quisiera resaltar cómo la Capitalidad Cultural y los desalojos tanto de Kukutza como de Kortxoenea han permitido cuestionar en sectores más amplios el modelo de ciudad neoliberal que venía ya gestándose desde décadas anteriores, modelo que se corresponde con el enorme despliegue de grandes infraestructuras que se están realizando por todo el territorio vasco. Este modelo, que era combatido desde el movimiento de okupación bajo la ideología del antidesarrollo, está encontrando cada vez más opositores en otros sectores ciudadanos y está permitiendo, desde nuevos y viejos espacios okupados, volver a enlazar movimientos. Describiremos algunas de estas sinergias en la cuarta parte de esta tesis. Antes, sin embargo, daremos unas nociones de algunas de las características más

Capítulo 4. La okupación en Euskal Herria. Un poco de historia

particulares del movimiento en el contexto vasco; y analizaremos, también, sus formas culturales.



CAPÍTULO 5. SITUANDO LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA

Ya en el recorrido histórico realizado en el anterior apartado se han podido intuir algunas de las características más relevantes de la okupación en el territorio vasco. Quisiéramos, sin embargo, dedicar un pequeño capítulo para resaltar brevemente algunas de ellas y señalar algunas otras que han podido quedar relegadas a segundo plano, antes de proceder a describir las formas culturales del movimiento. Formas donde se analizará con mayor profundidad lo aquí presentado.

5.1 RELACIÓN CON INSTITUCIONES. LAS TRAMPAS DE LA NEGOCIACIÓN, UN CIERTO RECONOCIMIENTO Y ALGUNAS ESTRATEGIAS

Como señalan Della Porta y Diani, “los movimientos sociales se mueven en un campo organizativo formado por diferentes actores, con los que interactúan, encontrando aliados y oponentes en la administración pública, el sistema de partidos, los grupos de interés y la sociedad civil” (2011: 267). Como ya se ha expuesto a lo largo de este texto, la relación que la okupación pueda tener con las instituciones varía en función de los factores que atañen a cada una de ellas. Tal y como muestran González et al. (2013) con el caso de Bilbo, el papel del gobierno municipal se torna fundamental en el territorio vasco, teniendo éste más repercusión que el cambio de legislación que tuvo lugar en 1996. También Martínez López recoge en

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

municipal señalada por algunos okupas depende directamente del partido en el poder, aunque éste no tome una decisión unánime en el conjunto de su política; es decir, no sólo depende del partido, sino también del municipio. El impacto que el movimiento de okupación ha tenido en las políticas públicas, por su parte, ha sido analizado en varias ocasiones por Robert González (González, 2004; González et al., 2002; González et al., 2013).

De los casos aquí presentados podemos extraer tres principales tendencias por parte de la administración pública: negociación, silencio o represión. Sin embargo, veremos que la política difiere cuando se trata de gaztetxes y cuando se trata de viviendas. Mientras que en los primeros priman, o bien la represión, o bien la tendencia a la negociación; la política del silencio es más aplicada al caso de las viviendas. Respecto a la actitud del movimiento, por su parte, encontramos también gran ambigüedad. Mientras hay quienes se niegan a negociar bajo ningún concepto, también hay quienes lo hacen llegado el momento o quienes lo consideran necesario. Cabe señalar además que, aunque algún espacio rechace la negociación en primeros términos, no siempre responde de esta manera cuando se le presenta la oportunidad. Los casos son diversos y las relaciones mantenidas dependen tanto del partido político que se encuentre en el poder como del propietario del edificio y del conjunto de personas que participen en las asambleas en el momento de tomar la decisión. A pesar de todo, las relaciones que se mantienen suelen ser puntuales y poco frecuentes. Y se inician, en la mayoría de los casos, cuando el riesgo de desalojo se hace patente. Por otro lado, como sucede con casi todos los movimientos sociales, cuando se institucionaliza tiende a perder autonomía y, por lo tanto, pierde aquello que le caracteriza como movimiento social. La cesión de algunos gaztetxes ha supuesto este reto; mantener la autogestión no suele ser compatible con la cesión del espacio por parte del ayuntamiento. Aunque casos como el de Astra, ya mencionado más arriba, demuestran que esto es posible. Como señala Pruijt (2012) cuando habla de los problemas de la legalización de los centros sociales, lo importante es la capacidad de control que las okupas mantengan sobre el espacio tras esa legalización. Ilustraremos estas distintas situaciones con varios ejemplos.

En los primeros años encontramos gran represión respecto a la okupación de gaztetxes, aun cuando éstos intentan agotar las vías legales de adquisición de locales. Así encontramos numerosas gazte asanbladak redactando proyectos para presentar a los correspondientes

ayuntamientos. El caso de Altsasu es ilustrativo a este respecto. Tras varios intentos de reunión con el ayuntamiento y la elaboración de un proyecto por escrito pidiendo el gaztetxe, finalmente la juventud opta por la okupación. K., que participó del proyecto desde el principio, me cuenta cómo las discrepancias existían desde el comienzo. Él era partidario de redactar el escrito, mientras que otros compañeros pretendían directamente la okupación. Sin embargo, ante la indiferencia del gobierno municipal acabó cediendo. El gaztetxe de Altsasu se okupó el 5 de octubre de 1990 y es, desde entonces, uno de los más activos. Sin embargo, esto supone una de las pocas excepciones que sobreviven, ya que la respuesta más inmediata solía ser el desalojo³⁸.

Algunos otros, como ya se ha visto, logran también sus cesiones. Y parte de ellos son desalojados incluso cuando habían sido previamente cedidos. Así, se observa que la política de cesión de locales, por lo tanto, no obtiene sus frutos. La mayoría son cedidos bajo okupación previa (Azokitia, Azpeitia, Bidebieta, Bilbo, Deustu, Arrasate, Hondarribia, Tolosa, Legazpi). Otros surgen de un diálogo con los ayuntamientos y no sin una larga lucha (Egia, Oiartzun, Sopela). Pero, finalmente, muchos de los locales cedidos en los años anteriores, son desalojados en los primeros '90 junto con aquellos que habían sido okupados. Esto demuestra una campaña represiva contra la juventud concentrada en la disolución de los lugares de encuentro de ésta.

Así, casos particulares, como el de Bilbo, muestran claramente lo expuesto por González et al. (2013): el hecho de que un gaztetxe perdure depende más del partido en el gobierno que de la legislación vigente; y, en algunos casos, más del mismo alcalde que del partido. Muy resumidamente, la historia del gaztetxe de Bilbo es la siguiente:

En el año '86 se okupa en pleno Casco Viejo un local situado en la calle Banco de España; local que albergaba hasta 1968 las oficinas del mismo. Entre abril y mayo del mismo año se suceden numerosas okupaciones y desalojos. En 1990 se llega a un acuerdo con el ayuntamiento de Beti Duñabeitia, del PNV, que compra el edificio a la entidad bancaria, a pesar de lo cual se sigue dando vida al local de forma autogestionada. El acuerdo, sin embargo, dura hasta que Josu Ortuondo, de la misma corporación, toma la alcaldía. Se empiezan a suceder, desde ese momento, conflictos por temas de horarios, limpieza en las calles, venta de alcohol, etc. El caso coincide con el desalojo de las familias de Otxarkoaga. También en el barrio de San Francisco, aunque por motivos diferentes, un grupo de vecinos ocupa en 1992 una serie de viviendas tras haber sufrido un incendio en las suyas, sin recibir ayuda alguna por parte del

38 Véase apartado 4.2.1 Fase 1. 1980-1991. Viviendas, casas de la juventud, gaztetxes y centros sociales.

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

ayuntamiento. Las coaliciones entre estos colectivos se convierten en símbolo de la otra cara de la celebración del centenario de la construcción del edificio del Ayuntamiento de Bilbo; celebración que se encuentra con una gran protesta protagonizada por las personas afectadas y reprimida a sus puertas por la Policía Municipal mientras los cargos electos se encuentran festejando el aniversario dentro. Los gaztetxes de la zona, principalmente el del Casco Viejo, y el colectivo Berriotxoak de Barakaldo, que se encuentra también en plena lucha, se solidarizan con la causa. El brutal desalojo policial que cerrará el gaztetxe en noviembre de 1992 sólo será revivido en el Euskal Jai de Iruñea y en el desalojo del posterior Kikutza III, ya en 2011; en dos olas de movilización posteriores.

Otro caso de represión ha sido narrado ya en páginas posteriores, cuando se ha hablado de la okupación del gaztetxe de Rentería. En cuanto a cesiones, se han relatado las llevadas a cabo por el gobierno municipal de Donostia, en los mismos años, y bajo la misma corporación.

De estos ejemplos se pueden extraer varias conclusiones. Por un lado, la táctica de emplear a los propios jóvenes para rehabilitar los edificios que éstos reclaman, como hicieron en Donostia y Rentería, no sólo los desmoviliza al insertarlos en el mercado laboral, sino que los divide entre quienes verdaderamente creen en el modelo autogestionario y quienes acuden al gaztetxe por ocupar, de alguna manera, su tiempo libre. Una vez embaucados por el sistema, serán pocos los que continúen la lucha por la autogestión y por la transformación social. Por otro lado, la política de cesión de locales puede suponer parte de la campaña electoral. El hecho de que la corporación de Labayen ceda locales en sus últimos meses de gobierno puede servir tanto para conseguir votos de jóvenes como de adultos, que ven cómo sus hijos e hijas son sacados de las calles para pasar sus horas en un local municipal. De cara al resto de la ciudadanía, servirá también para calmar las aguas; para demostrar que se puede atender a las demandas de los más vulnerables en esa época (no hay que olvidar que hay una alta tasa de paro y de consumo de drogas). Como en el caso de la Tabacalera de Madrid, presentado por González et al. (2013), la cesión servirá también para controlar a la juventud y para prevenir futuras okupaciones.

El caso de una cesión reciente, la de Txantxerrika realizada por el gobierno de Bildu en 2013, es, sin embargo, diferente. La política social demandada por este partido desde la oposición no debería permitir los desalojos, por lo que concuerda con la cesión del gaztetxe del Antiguo. Sin embargo, el caso de Uxotegi, una vieja casa que se okupó en 2011 en la Parte

Vieja con intención de convertirla en *gaztetxe*, mostró también la ambigüedad del partido. El edificio se desalojó, pero no alegando su pertenencia a una propiedad privada, sino al mal estado de éste. Aunque este último aspecto es cierto³⁹, el silencio de la corporación municipal al respecto es representativo.

El caso de Txerrimuño también es ilustrativo, pero esta vez muestra la ambigüedad por ambas partes. Tras okupar la antigua sidrería, los jóvenes se ponen en contacto con las dueñas, que no se oponen a su uso, pero se desresponsabilizan de lo que pueda suceder dentro. Cuando éstas mueren y sus herederos tratan de especular con el edificio la juventud se pone en contacto con el ayuntamiento para que lo compre y se lo ceda. Las negociaciones no obtienen fruto. Sin embargo, años después es el propio ayuntamiento el que contacta con el *gaztetxe*. Esta vez es la asamblea la que decide no negociar. En una estrategia posterior, se está arreglando el tejado y la fachada del edificio a fin de que no se pueda dictar una orden de derribo. Conscientes de que es uno de los pocos edificios antiguos que se conservan en el casco viejo de Lezo y de que es considerado por el propio ayuntamiento como patrimonio histórico, sus okupantes han decidido preservarlo y rehabilitarlo, de modo totalmente autogestionado, como política estratégica para evitar su posible demolición. De este caso se extrae la conclusión de que las negociaciones y acuerdos son estrategias de supervivencia, tanto de los gobiernos correspondientes, como de las propias okupas. No existe una ley que dicte si se debe negociar o no. En cada situación se valora lo que se puede perder y lo que se puede ganar y, en función de esos costes, se inician o no las conversaciones. Así, como señala Joan Subirats (2013), la relación con las instituciones se convierte, para los nuevos movimientos sociales en una relación utilitaria.

Por otro lado, aunque también en lo que a vivienda respecta se dan casos de represión y de negociación, la política del silencio es más habitual en estas situaciones que en la de los *gaztetxes*. Sabemos que en sus inicios tanto Belabaratz como Matxarda cuando se ubicaba en Oiartzun mantuvieron conversaciones con los respectivos ayuntamientos, dado que se trataba de edificios municipales. Así, el caso de las mujeres de Matxarda, en su segunda experiencia, también ilustra estas discrepancias entre partidos y las contrariedades dentro de ellos. Al no querer echarlas directamente el gobierno de Herri Batasuna por estar comprometidos con la

³⁹ El bloque entero ha sido desalojado en enero de 2017 debido a una grieta que lo atraviesa.

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

causa social que defendían, pero querer mantener, a su vez, los votos del vecindario del antiguo cuartel de la Guardia Civil, desde el ayuntamiento se elabora un proyecto según el cual los habitantes del pueblo que restauren cada uno de los pisos tiene derecho a vivir en él; al no ser ninguna de las mujeres de Matxarda del municipio, no pueden participar en estos talleres ocupacionales, por lo que se ven obligadas a irse, aun cuando han restaurado ya dos de las viviendas, que no requerían mucha obra, según afirman. De este modo, no se las echa directamente, pero las condiciones requeridas no permiten que se queden en los pisos.

También Minas, en sus más de treinta años de historia ha dialogado en varias ocasiones con el gobierno correspondiente. De hecho, en el proyecto de reconversión de las antiguas minas en un Centro de Interpretación que se está llevando a cabo a día de hoy, el antiguo barracón que permanece okupado, no se toca. En algún que otro caso, se ha logrado, tras la okupación, un alquiler social, como fue el caso de L. Pero también cuando se trata de propiedades privadas se puede dar la negociación. Es el caso de la Mertxe, en Martutene. Este edificio cuenta con la siguiente historia: tras un intento de okupación y, al ver que había demasiadas cosas de valor dentro, la casa continúa abandonada. Años más tarde un grupo de gente entra, pero la destroza. Cuando el grupo que la okupa por tercera vez se pone en contacto con los dueños, éstos, en principio, se muestran reacios. Pero con el tiempo, y con la oficina de okupación de intermediaria, comienzan a confiar en que este grupo de jóvenes puede mantener el edificio en pie, por lo que realizan una cesión para cinco años, durante la cual sus actuales habitantes deberán hacerse cargo de los gastos de luz y agua.

Sin embargo, me advierten desde la Oficina de la trampa de la negociación. Tras haber pactado la permanencia por una temporada, la propiedad tiene legitimidad para echarte cuando vence el plazo. Es lo que sucedió con la Karbonera. Una vez sobrepasada la fecha acordada, el desalojo se hizo inminente. Además, al negociar, la propiedad tiene la sartén por el mango, ya que la decisión final queda en sus manos. Incluso en caso de realojo, es la propiedad quien da la última palabra, decidiendo qué edificio concederte y cuál no. Cuando, tras veinte años de okupación, se desalojó finalmente Txominenea para llevar a cabo las obras de las que estaba pendiente el barrio, sus habitantes fueron realojados, junto con la parte del vecindario afectada, en casas de protección oficial. Las okupas podían decidir si aceptarlas o no, pero la nueva vivienda la establecía el ayuntamiento. Tras el desalojo de Zapatari, la

empresa concedió una casa en Abaño, por ser lo más parecido a las exigencias requeridas por el colectivo. En este caso la negociación rompió al grupo. En otros casos, sin embargo, el colectivo sale ganando. Es el caso de Gure Ametsa, en Rentería. Esta casa, que se okupó en 1994, negocia su salida en 2003, obteniendo 80.000 euros a cambio de dejarla. Con este dinero se compraron una cantera, en la cual continúan.

El mismo ayuntamiento, por su parte, vista la trayectoria de okupación en el pueblo opta por la política del silencio años después. Cuando a quienes okupaban Tokionena de Donostia se les sugiere que las antiguas casas de los camineros de Rentería pertenecientes a la Diputación están vacías, se trasladan allí, aunque opongan resistencia al desalojo de Tokionena. Sin embargo, el mismo día entran en estas casas de Gabiarrota y entregan una lista con los nombres de quienes inicialmente van a vivir en ellas. Ya en 2007, cuando se pretende la construcción de una rotonda y una nueva salida de la fábrica papelera allí donde se ubica el edificio, el gobierno municipal no logra llegar a un acuerdo. Al pertenecer las casas a la Diputación, ésta debería realizar una desafectación del suelo y de la vivienda, para traspasar después la titularidad al ayuntamiento. Titularidad que se otorgaría con habitantes incluidos. Tras la experiencia de la compra de la cantera, el ayuntamiento no está dispuesto a indemnizar o realojar a tantas personas (el edificio consta de 12 viviendas). Sin embargo, la política social tampoco permite dejarlas en la calle. La Diputación, por su parte, tampoco quiere hacerse cargo de ellas. Como consecuencia, se modifica la obra a realizar, y se permite que allí siga viviendo gente. El edificio, sin embargo, desaparece de los planos urbanísticos. La casa, legalmente, no existe.

Este caso demuestra que, cuando la pérdida del gobierno va a ser mayor que el beneficio, se opta por ignorar la situación. La última etapa de Txerrimuño, también, así lo refleja. Las propias personas que dinamizan el gaztetxe se están haciendo cargo del mantenimiento del edificio, coste que están ahorrando al ayuntamiento. Además, tras treinta y tres años de historia, el espacio se ha ganado la aceptación del pueblo, por lo que su desalojo y derribo le acarrearía más disturbios que beneficios. En el reciente caso de una okupación de vivienda ubicada sobre una antigua central térmica, la situación es similar. La empresa tiene constancia de la okupación desde el comienzo. Sin embargo, la empresa contratada para mantener la

seguridad de la zona parece aprobar la okupación. En caso de que hubiera algún altercado en la central, el aviso se daría más rápido, les dijeron al conocer la noticia.

Todos estos casos dan muestra de la ambigüedad y de las distintas políticas que se tienen en cuenta a la hora de negociar, tanto por parte de la propiedad como de quien okupa. No existe un criterio único; normalmente se responde a los intereses que predominen en el momento, poniendo todo sobre una balanza en la que se sopesan costes y beneficios. Sin embargo, mientras cada espacio disfrute de su autonomía, desarrollará sus propias estrategias. La tendencia al purismo de no negociar bajo ninguna circunstancia no es llevada a cabo en casi ninguna ocasión. Incluso quienes comenzaron el movimiento de la forma más radical en los '80, reconocen ahora que han ido moldeando su pensamiento; cosas que antes hubieran rechazado ahora son adoptadas y aceptadas. Más de treinta años de trayectoria permiten tiempo a la reflexión. No sólo el movimiento se ha ido desradicalizando, también lo ha hecho el conjunto de la sociedad; así, se ha ido adaptando a los nuevos tiempos y a las nuevas formas sociales, elaborando para ello nuevas estrategias.

5.2 UNA JUVENTUD NO TAN JOVEN

El término juventud siempre ha sido un término abstracto; término que ha ido cambiando acorde con los tiempos. Tendemos a relacionarla con una determinada época de la vida; la que corresponde a los primeros trabajos, los estudios superiores, etc.; la que se enmarca entre la adolescencia y la edad adulta. La edad adulta estaba claramente determinada en la época industrial: correspondía a la entrada en el mundo laboral y la formación de una familia. Sin embargo, esta imagen se ha ido deteriorando y ya no se corresponde con la franja de edad de hace una década. Cada vez se tiene descendencia más tarde, los trabajos asalariados son temporales, la estabilidad que la anterior vida adulta ofrecía se ha desvanecido.

En ocasiones porque las condiciones sociales no la posibilitan. Pero otras veces porque las propias personas no se sienten partícipes de esas categorías. Quienes se encuentran en el movimiento de okupación así lo sienten; y no han sido pocas veces las que me han trasladado esas inquietudes; ¿qué es ser joven? Lo que cada cual sienta, me han llegado a decir. Así, se

observa que la forma de vida que estas personas llevan no se asemeja en absoluto al modo de vida establecido. Y las diferencias, que quedarán expuestas más abajo, han desmoronado esa asociación entre okupación y juventud que tomó forma en sus primeros años. Pareciera que a partir de cierta edad se debiera dejar este juego. Sin embargo, se ha demostrado que no es así.

De este modo, con la inserción del MLNV en el ámbito de la okupación, una mayoría de jóvenes se acerca a los *gaztetxes* como forma de organización juvenil de esta tendencia política, mientras que el talante libertario va quedando relegado a unos pocos espacios en los que no se consigue la tan necesaria transmisión generacional. Gran parte de los *gaztetxes* continúan, de este modo, siendo espacios para jóvenes, que dejan de usarlos a medida que se van integrando en el mercado laboral. En este caso, se puede decir que se da en ellos un relevo generacional. Así, como ya viéramos, el movimiento se divide durante los '90. Gran parte de los *gaztetxes* se convierten, como su nombre indica, en lugares de encuentro para jóvenes; mientras que quienes siguen okupando y pretenden hacer de ello una forma de vida se concentran en distintas casas, manteniéndose esta parte del movimiento invisibilizada, que no invisible. Al mismo tiempo, los *gaztetxes* y casas okupadas de tendencia libertaria que quedan no logran atraer al suficiente número de adeptos para que se dé ese relevo generacional que sí se consigue en el caso anterior. Sus componentes van avanzando en edad, por lo que buscan, con el paso del tiempo, otras denominaciones, como 'centro social okupado', o 'espacio liberado'. A este respecto, los casos de Txerrimuño y de Lakaxita son significativos. En ellos, debido a que la mayoría de sus integrantes pasan ya de la cuarentena, se ha cambiado la denominación de '*gaztetxe*' por la de 'centro social autogestionado'.

Así, observamos que la relación entre ambas categorías (okupación y juventud) se desvanece en función de la ideología predominante en el espacio.

5.3 DISTINGUIENDO NOMENCLATURAS

Los casos de Txerrimuño y Lakaxita, por su parte, muestran un indicio de que se está dando un cambio dentro del movimiento mismo; un cambio que ha optado por cambiar sus nomenclaturas como estrategia de comunicación y símbolo de distinción. Pero tampoco han

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

supuesto casos aislados a lo largo de la historia. Por ello, me gustaría señalar algunos casos en los que el espacio okupado no ha adquirido la denominación de *gaztetxe*.

Entre las primeras okupaciones destaca la Casa de las Duchas de Ategorrieta, que se utiliza tanto de vivienda como de centro social. Sin embargo, nunca se llega a autodenominar ni CSO ni *gaztetxe*. A pesar de ello, la Casa de las Duchas sirve para que jóvenes con diferentes inquietudes se reúnan y compartan impresiones. Estos encuentros posibilitan que nazca y se refuerce una parte del movimiento: el que después entrará en Zapatarri. Espacio, a su vez, que sin autodenominarse tampoco como centro social ejercerá de éste además de como vivienda. También Minas sirve como espacio de encuentro y se realizan allí varias jornadas en sus primeros años, llegando a contar incluso con un espacio destinado a albergue. Unos años más tarde, Lore Etxea (1991-92), en Iruñea, desarrollará el mismo modelo que Zapatarri; sin embargo, esta casa sí se constituye diez días después de su okupación como Centro Okupado y Autogestionado, albergando en su interior vivienda para unas diez personas, además de talleres, huerta, comedor popular, exposiciones, lugar de charlas y debates, etc. En este sentido surgirán también, ya en un periodo posterior, Lobato Etxea (1999) y La Karbonera de Hernani (2006-2015). Mientras que la primera alberga vivienda y un espacio destinado a actividades sociales (conciertos, charlas, etc.) pero sin denominación alguna; la segunda se autocalifica como espacio feminista en su última fase y acogerá en su interior una biblioteca. En los últimos años encontramos Itxasgain (2014-2015), otro grupo de 'aristrokrakers' de Donostia. Este se autodenomina conscientemente como CSO desde sus inicios para desmarcarse de las posturas políticas que han adquirido la mayoría de los *gaztetxes* en las últimas décadas, es decir, para mostrar su carácter libertario.

Aunque existen *gaztetxes* que sin responder directamente a tendencias del nacionalismo independentista no marcan esta distinción, me parece importante constatarla ya que se trataría de un síntoma que manifiesta la ruptura entre *gaztetxes* y autónomos y libertarios indicada más arriba. Cuando una ideología se hace predominante, los grupos invisibilizados tratan de buscar la forma de distinguirse de ellos. Y en lo que a okupación de *gaztetxes* respecta, esta ideología se ha tornado hegemónica; si bien se mueve dentro de la contrahegemonía. En este sentido, la terminología utilizada se torna crucial. En estos casos, además, se muestra un intento de apertura a sectores sociales que no se caractericen exclusivamente por la edad. El

adoptar el nombre 'centro social', en lugar de 'gaztetxe', o el no definirse siquiera, como hace Lobato, supone, así, una apuesta política más de estos espacios.

Los casos de Astra, en Gernika, y la más reciente Firestone, en Donostia, también dan muestras de esta necesidad de distinción. Okupada por la Gazte Asanblada del pueblo en el año 2004, Astra, una antigua fábrica de armas, se define, en el proyecto que presenta en la negociación que realiza con el ayuntamiento, como Kulturako Fabrika Soziala (Fábrica Social de Cultura). En él tienen acogida todo tipo de proyectos, no sólo los juveniles⁴⁰. Sin poder asegurarlo, dado que no se ha hecho un profundo análisis sobre el espacio, éste podría suponer un ejemplo de lo que González et al. llaman sustitución y externalización de los servicios públicos (2013: 17-19), dado que asegura unas funciones públicas de las que el gobierno municipal no puede hacerse cargo. Al igual que en el caso de la Tabacalera de Madrid, “dar un edificio a los activistas es un modo de controlarles y evitar otra okupación ilegal en el barrio. Puede incluso legitimar futuros desalojos de otros espacios justificando que no se necesitan” (2013: 18). Mientras que para algunos sectores de la okupación esto deslegitima el movimiento, para otros supone una victoria, ya que se consigue la autogestión de un espacio previamente okupado, a pesar de que parte de la obra de rehabilitación sea financiada públicamente.

Otro espacio similar, pero que no ha establecido contacto con los propietarios es la Firestone de Añorga, en Donostia. Este antiguo taller de neumáticos ha adoptado el nombre de 'fábrica recuperada'. En él se han planteado no realizar fiestas, y todas las actividades que se realicen periódicamente dentro del espacio tendrán que tener relación con la economía social, con la intención de mantener la esencia de lo que fue el espacio en su origen (un antiguo taller de la casa Firestone). Aunque en estos momentos se encuentran tratando de establecer los parámetros de lo que entienden por economía social, no sin dificultades, el proyecto se plantea en términos muy diferentes de lo que puede suponer un gaztetxe. Sin embargo, aunque es por todos conocido, tampoco se indica que el espacio esté okupado. Esto puede suponer una contradicción en el movimiento, ya que el propio nombre del espacio oculta su verdadera condición. Ante la connotación negativa que puede tener el término 'okupación'

40 Como ya se señalara en capítulos anteriores, el proceso participativo, las dificultades que éste supuso y el papel de las distintas instituciones en él, quedan recogidos en Martínez (2014), quien también participó, en calidad de investigador universitario, en el mismo.

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

para la mayor parte de la sociedad, el elegir aquí la palabra 'recuperado', más aceptada socialmente, puede suponer una estrategia que permita un acercamiento por parte de un sector de la ciudadanía que, de otra manera, no se acudiría al lugar. Estrategia que ya se diera en otros espacios como Valcárcel, Cádiz (Martínez López, 2011). Sin embargo, el debate se ha dado dentro del colectivo que lo gestiona, encontrando partidarios del nuevo término y quienes consideran que, si hay que cambiar la connotación negativa que tiene la okupación, no hay que ocultar la palabra, sino mostrar lo que desde ella se puede hacer.

Otros casos, como son el temprano Squat de Llodio (1983-1994), las antiguas escuelas de Buenavista en Donostia (1985-2005) o la Goiko Eskola de Oiartzun (1999), también son representativos, aunque en otros términos. El Squat de Llodio, además, supone una novedad, bien por ser tan temprano en el tiempo, bien por constituir uno de los pocos casos en los que se da la okupación de un centro social y la existencia de un gaztetxe en el mismo pueblo, en el que conviven por algunos años (desde la cesión en 1987 del gaztetxe, hasta el desalojo de éste en 1992). En estos tres casos cabría destacar de nuevo algo que ya se ha señalado. Aunque se ha desmentido la actual relación entre okupación y juventud, estos espacios surgen en sus inicios como manifestación de un malestar juvenil: la falta de locales; entre los que destacan locales de ensayo. La introducción de las nuevas formas sub y contraculturales tras la apertura democrática suponen importantes cambios en las formas culturales establecidas. Mientras que la contracultura hippie pasa apenas desapercibida entre la juventud vasca, la subcultura punk se establece como forma de expresión del desencanto sentido por ésta para con la sociedad. En los años '80 el punk llega a Euskal Herria; y llega para quedarse.

5.4 EL PUNK. ELABORANDO EL FUTURO DE LOS SIN FUTURO

Al diferencia de lo sucedido en Italia, donde Pier Paolo Mudu (2004) asocia el movimiento punk con los centros sociales de segunda generación, constituyendo los de primera aquellas fábricas cerradas durante los '70, en Euskal Herria el surgimiento de los gaztetxes, centros sociales y okupación de viviendas se relaciona desde sus inicios con el punk. Así, N. considera que no se puede entender la una sin el otro. Él, natural de Donostia,

pero habiéndose criado en un pueblo de Valladolid, me cuenta como a partir de RNE3 conoció este estilo musical y comenzó a desplazarse a Madrid para acudir a conciertos. Allí entró en contacto con la okupación. Y cuando volvió a su tierra natal comenzó a poner en práctica lo ya vivido.

Los grupos musicales de estilo punk, que nacen a mediados de los '70 en Inglaterra y EE.UU., se caracterizan por sus letras crudas que tratan de incomodar a los defensores del orden moral establecido, lo que les obliga a alejarse de los circuitos comerciales. Ante el panorama social que deja la desindustrialización, gran parte de la juventud vasca pronto acoge este estilo. Comienzan a surgir numerosos conjuntos musicales que, ante la falta de medios, se mueven en gaztetxes y ensayan también en éstos. Se crea, de este modo, una contundente red de circuitos musicales alternativos donde los gaztetxes se convierten en parte fundamental ya desde sus inicios. Como me dirá M. en una ocasión, el punk no nació en Londres; nació en Rentería, donde surgen en esta misma época grupos como Odio o Basura, u otros menos conocidos (pero anteriores) como Infarto. El gaztetxe de Bilbo, el Squat de Llodio o la Tenencia de la Alcaldía de Buenavista (Donostia) son buen ejemplo de la producción musical que se dio en estos espacios.

En junio de 1983 se okupa en Llodio (Araba) una fábrica de pinturas que pasa a denominarse como el Squat de Llodio, tomando su nombre de la influencia de las casas okupas de Inglaterra, ya que aquí todavía no existe denominación concreta para ello. Bajo el lema 'no nos quieren ni en pintura', este espacio resiste hasta septiembre del '94. Mientras que las antiguas viviendas de los trabajadores de la fábrica siguen siendo utilizadas como tal, el pabellón comienza a usarse sobre todo como locales de ensayo de los cuales surge una gran cantera musical. Así, su programación destaca en conciertos internacionales y el local se convierte en referente musical en Euskal Herria, contando, sin dejar por ello de lado a las agrupaciones locales, con numerosos conjuntos alemanes y holandeses. Pasaron por él bandas que después alcanzaron fama mundial, como por ejemplo Green Day, por citar uno de los grupos más conocidos a día de hoy.

Por su parte, en Donostia se okupan las antiguas escuelas y la Tenencia de la Alcaldía de Buenavista, que utilizaba desde 1982 la asociación de vecinos. Estas escuelas cuentan con varios locales en desuso que empiezan a ser utilizados por varios grupos musicales de la zona.

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

Así en noviembre de 1987 el ayuntamiento tiene conocimiento de que se usan además de los dos locales tres de las viviendas y ejecuta una orden de desalojo para febrero del año siguiente. Sin embargo, los jóvenes siguen usando los locales para desarrollar sus habilidades musicales tras pedir permiso a la asociación de vecinos e intentar hablar con el ayuntamiento. Ya a partir de noviembre de 1991 comienzan a hacer conciertos de manera periódica con los inconvenientes que ello le supone a la corporación municipal. Conciertos que coinciden en el tiempo con la petición del vecindario de adecentar una zona que se está convirtiendo en una escombrera a causa de las ratas y las jeringuillas tiradas por los heroinómanos. El vecindario, que reclama la Tenencia de la Alcaldía y las antiguas escuelas como dotación cultural para el barrio, reconoce, además, la labor de quienes utilizan los locales, ya que mantienen el edificio en pie; además de alejar a las generaciones más jóvenes de la droga que azota fuertemente la zona. La celebración de conciertos durará hasta 1992, año en el que se consigue la cesión de la gestión de la discoteca Mogambo, en el vecino barrio de Trintxerpe y en desuso en ese momento. Por su parte, el edificio de Buenawista, como es rebautizado, continúa utilizándose como local de ensayo hasta que es derribado en 2005 para la construcción de viviendas. Este colectivo, sin embargo, acaba siendo reconocido y es realojado dentro del servicio de locales de ensayo municipal Musikagela, donde no sólo permanecen, sino que también gestionan hasta el momento. Surge también de aquí una gran cantera musical. Podríamos considerar a éste como otro ejemplo de sustitución en el que el gobierno municipal se aprovecha de la producción cultural surgida en una okupación. En esta ocasión la labor social no sólo es reconocida; también se les dota de un espacio donde poder llevar a cabo sus actividades, reubicados en una casa de cultura municipal. Casa de cultura que, sin embargo, no se encuentra en el barrio dónde surgió esta iniciativa, por lo que la labor cultural continúa, pero la social, que se ejercía sobre la zona de Buenavista, en las afueras de la ciudad, desaparece.

Con el paso de los años los grupos musicales aquí surgidos han derivado en otras formas. Sin embargo, en sus inicios el predominio del punk era patente. El movimiento punk, por su parte, estaba relacionado con ideologías anarquistas. En este sentido, coincide en gran parte con los comienzos del movimiento de okupación en Euskal Herria, donde, bajo la influencia de la ideología de grupos autónomos procedentes principalmente de Alemania, pero también de otros territorios europeos, comienza su auge. Así, sus letras duras marcan y representan los

pensamientos de toda una generación; como apunta Paskual, que participó de la época, el punk refleja un momento social negativo. Más allá de las controversias que haya podido suscitar el término y de todos los debates que ha generado, no por casualidad estos grupos son encasillados en un nuevo estilo, el 'Rock Radical Vasco', del que muchos quisieron desmarcarse. Volveremos a ello más adelante.

5.5 UN TERRITORIO DE IDEOLOGÍAS VARIAS

Como apunta Mudu (2004) respecto al caso de los CS(O)A italianos, estos se dan en mayor medida en aquellas zonas en donde la tradición política tiende a la izquierda. Señala este autor algunas características más de los territorios en los que surge la okupación, como es el hecho de constituir una ciudad universitaria. Aunque actualmente las tres capitales vascas cuentan con universidades, cuando se inicia el movimiento en Euskal Herria la Universidad del País Vasco aún no está constituida⁴¹. Si bien es cierto que una de las primeras okupaciones de viviendas que se dan en Donostia, Tokionena, en el año '83, es llevada a cabo por un grupo de estudiantes universitarios, como se puede observar en los mapas el movimiento surge con más fuerza en la comarca de Oarsoaldea y en el alto y bajo Deba, donde la mayoría de la juventud es hija de una clase obrera en proceso de desmantelación. “Eramos cientos de jóvenes en la calle, sin estudios y sin trabajo, dispuestos a liarla”, me dice L., quien ya desde los 15 años realizaba permanencias en el caserío de Belabaratz vigilando que no viniera la policía.

En este desolador contexto, con una industria cada vez más decadente, sin recursos económicos ni posibilidad de acceder a una vivienda, la juventud de la época se siente cada vez más desencantada con el sistema emergente y atraída por esa filosofía punk que, frente a este desengaño, opta por métodos más radicales, basados en la autosuficiencia y la autogestión; en la búsqueda de soluciones propias a aquellos problemas que una forma de organización social en la que no creen les genera.

41 Aunque cada capital cuenta con alguna sede universitaria, la UPV-EHU se conforma como tal en 1980.

Desde los medios de comunicación y las instituciones, sin embargo, se omite esta parte del movimiento y se destaca únicamente su carácter destructivo, contribuyendo con ello no sólo a la deslegitimación de la okupación, sino también a su demonización. El papel de los medios es fundamental en la difusión de la ideología que predomina en cada movimiento y en cada momento social. Así, al igual que en caso de la música, en la que se buscan circuitos alternativos, también se crea una red paralela de medios a través de los cuales difundir los correspondientes posicionamientos políticos. La creación de fanzines y de las radios libres es primordial en esta época y en este movimiento. En ellos no sólo dan cuenta de las numerosas okupaciones que se realizan en cada zona. También se observa una estrecha relación con otros movimientos sociales, como pueden ser el ecologismo, el antimilitarismo o el feminismo; relación que va creando esa cosmovisión que presentaremos en la tercera parte. Por el momento, nos centraremos aquí en introducir cómo y desde dónde surge esa cosmovisión.

5.5.1 Un marcado carácter antidesarrollista

Como señala Martínez López los movimientos autogestionarios⁴² están mutuamente relacionados, “compartiendo espacios físicos y de comunicación, trasvasando activistas y aliándose en momentos de movilización y protesta” (2002: 124). El caso vasco no supone una excepción a esta afirmación. Habría que matizar, sin embargo, que estos otros movimientos tienen también distintas vertientes y posicionamientos dentro de los mismos. Pero cuando se mueven en torno al movimiento de okupación encontramos una misma tendencia política: se agrupan en torno a lo que se ha llamado movimiento antidesarrollista. En su lucha por conformar un mundo distinto, sendos movimientos consideran la ideología del desarrollo como el principal exponente del capitalismo neoliberal y de la destrucción del terreno y de la autonomía local. De este modo, la lucha contra las grandes infraestructuras y por la recuperación de la economía local es crucial para estos sectores, por lo que okupación y ecologismo se encuentran, en este caso, intrínsecamente unidos, y van de la mano de un marcado talante anticapitalista.

⁴² Este autor considera cuatro movimientos autogestionarios en el Estado español: el de comunicación alternativa y contrainformación, el antimilitarismo, la okupación y los movimientos de economía solidaria y ecológica, cooperativismo y comercio justo. La relación entre okupación y comunicación alternativa será analizada en el capítulo séptimo, cuando se presenten las prácticas culturales del movimiento de okupación.

Resumidamente, podríamos decir que la ideología proporciona la lógica y el conjunto de valores y creencias que posibilita a un colectivo la defensa de sus objetivos, así como de sus métodos. En este caso, el movimiento autónomo, bajo la influencia de grupos alemanes e italianos, y con confluencias con el anarquismo y el movimiento libertario, es la base de los inicios de la okupación en Euskal Herria, que nace con un claro posicionamiento antiestatista y busca un modelo social distinto al impulsado por la ideología del desarrollo.

Ya un pensador como Ivan Illich, a quien podemos considerar uno de los predecesores de este modelo de pensamiento, nos decía en los '70 que “una sociedad que define el bien como la satisfacción máxima, por el mayor consumo de bienes y servicios industriales, del mayor número de gente, mutila en forma intolerable la autonomía de la persona” (1978: 29). La obra de Illich se centra en analizar este proceso; en mostrar cómo las diversas instituciones que se crean en nombre del progreso, principalmente la escuela, restan autonomía a la persona para convertirla en una pieza más del sistema productivo; sistema alimentado mediante la creación de necesidades para fomentar el consumo. El movimiento autónomo trata, pues, de recuperar esta autonomía. Y es esta la ideología que predomina en los inicios del movimiento de okupación tanto en Euskal Herria como en otras zonas del Estado.

Aunque casi todas las personas que han posibilitado este trabajo se posicionan políticamente como anticapitalistas haciendo una crítica al sistema, a la propiedad privada o la desigual distribución de oportunidades y recursos, pocas me remiten a un posicionamiento teóricamente sustentado. Sin embargo, quienes lo hacen me devuelven a ese mayo del '68 y a la obra de Guy Debord (2015), en la que se critica la naciente sociedad del espectáculo. El situacionismo, que consiste en crear situaciones que posibiliten la transformación deseada, es la base de cada espacio okupado. La creación de lo que Hakim Bey (2014) denominó TAZ, es decir, zonas temporalmente autónomas, es lo que permite potenciar estas situaciones. Esta ideología no se sustenta, así, en profundos aspectos teóricos, sino que se va materializando sobre la marcha; sobre la creación de estos espacios y en función de las condiciones de cada uno de ellos. Sin embargo, cada espacio pretende un objetivo común: la formación de una autonomía propia. Cuando estas zonas se relacionan entre sí se crearía lo que Bey ha llamado 'Interzona Anarquista'. En ella, nos dice, se “respetar la autonomía de los distintos grupos de afinidad o de las bandas, pero, al mismo tiempo, impulsa el trabajo en común, la coordinación

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

y el encuentro” (2014: 41); algo así como distintas comunidades que funcionarían de forma independiente pero podrían colaborar en caso de necesidad.

Esta utopía es parte del sustento teórico del movimiento de okupación. Sin embargo, sus prácticas van más allá de las fronteras que suponen las paredes de cada espacio. Estas pequeñas islas de autonomía tienen mucho que ver con el modelo de convivencialidad propuesto por Illich. En su intento de no depender del sistema, aun conscientes de la contradicción de que no se podría llevar este estilo de vida sin los deshechos que el propio sistema crea, basan esta autonomía en la autogestión y en la búsqueda de la independencia respecto al sistema económico vigente. En su aportación al Squatting Europe Kollektive Claudio Cattaneo (2013) analiza cómo este ideal de autonomía del movimiento de okupación puede contribuir eficazmente a la reducción del consumo energético y, consecuentemente, a la salida de la crisis sistémica en que nos encontramos. Señala este autor que este movimiento se basa en un modelo de ecología social que se sustenta en el capital humano y natural del que dispone cada espacio okupado. En su búsqueda de autonomía, el movimiento logra liberarse, en parte, de las formas de control capitalistas potenciadas por el sistema. Es por ello, apunta, que puede colaborar en la búsqueda de soluciones a la actual crisis.

Tanto las okupaciones rurales como las urbanas consiguen un cierto nivel de autonomía, continúa Cattaneo. Sin embargo, las rurales, al tener la posibilidad de satisfacer sus necesidades directamente del medio ambiente, son, todavía, más autosuficientes, proporcionando un micro modelo basado en la recuperación de la oikonomía, es decir, el control de los propios recursos domésticos y comunitarios, así como una mayor independencia respecto de la economía convencional, basada en el dinero, el mercado y la acumulación capitalista, señala el mismo autor, tanto desde su posición académica como desde su activismo político. Este autor italiano realiza su trabajo fundamentalmente en Cataluña, analizando desde la comunidad en la que vive, Can Masdeu, la tesis que defiende.

La realización del trabajo de manera colectiva, sin depender directamente del dinero, que es útil, pero no necesario, otorga, aunque mayor compromiso respecto al grupo, también mayor libertad respecto al sistema; aunque para ello haya que romper algunas de las normas del mismo sistema por medio de la acción directa. El liberarse, de este modo, del trabajo

asalariado, deriva, según Cattaneo, en una autonomía que, además de ser política, es también económica y ecológica.

La okupación en las ciudades, por su parte, va ligada también a este sentimiento de lo comunitario, a ese no estar de acuerdo con los valores capitalistas, tratando de basar su existencia en unos valores libertarios, donde primen el asamblearismo y la horizontalidad, donde se respete la igualdad y no se hagan distinciones de género; donde la base sea compartir. Algo que no siempre se consigue y que crea escisiones dentro del propio movimiento, como es el caso de las mujeres de Matxarda, ya mencionado más arriba y que se detallará más adelante.

Así, esa base libertaria exige una horizontalidad y un asamblearismo difícil de cumplir en su totalidad. Nos recuerdan Della Porta y Diani que “los movimientos sociales han intentado – con éxito – desarrollar una estructura organizativa a nivel interno basada en la participación (más que en la delegación), la construcción de consensos (más que en las mayorías) y las redes horizontales (más que en las jerarquías centralizadas)” (2011: 307). Mantener todas estas premisas, que se exigen también al grueso del sistema, resulta una tarea ardua si pensamos en que, por muchas críticas que se realicen, hemos sido socializadas dentro del mismo; cayendo así en lo que Willis denomina 'reproducción social'. Sin embargo, siendo capaces de transformar esas prácticas, para después reproducirlas culturalmente, se pueden llegar a mostrar ejemplos de lo que un movimiento social puede conseguir. Como nos dice Escobar, “desde su posición de autonomía, los movimientos sociales están en capacidad de abanderar el proceso de imaginar alternativas reales al capitalismo neoliberal y sus fundamentos culturales en cierto tipo de modernidad” (2010: 27). Y, como ya hemos señalado más arriba, es por ello que consideramos al movimiento de okupación inmerso en un proceso emancipador.

5.5.2 La invisibilización de las discrepancias

El pensamiento libertario del que parte, sin embargo, no siempre ha sido bien acogido en el conjunto del contexto vasco. Relacionado con la búsqueda de la independencia en pos de una organización autónoma liberada de las riendas del estado-nación, la fuerza que esta ideología adquiere en los primeros '80 va perdiendo terreno frente a un independentismo de

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

tendencia nacionalista que, poco a poco, va englobando en su seno, en un intento de generar una hegemonía propia frente al Estado español, el resto de luchas que se dan en el territorio, incluida la okupación. Hasta ese momento, sin embargo, como indica Paskual (1996), el movimiento no estaba definido; la convergencia de varias ideologías respondía a un interés común: el enfrentamiento con el poder. Pero con el paso de los años se van introduciendo en el discurso independentista acciones relacionadas con otros movimientos sociales casi hasta hacerlas propias. Esta estrategia, que responde a lo que Paskual llama 'nacionalismo moderado', consiste, en sus propias palabras, en excluir del juego e ignorar “todo lo que no sirva a los intereses reproductores del propio mando”. Sin embargo, señala el mismo autor, “esta voluntad no impide que el propio mando se vea obligado a incorporar elementos progresivos para readecuar su legitimidad, dada la pujanza y la penetración de determinados aspectos alternativos en la sociedad. El problema del poder será desde ahora cómo reconducirlos, cómo vaciarlos de sentido y cómo incorporarlos a su bagaje reproductor” (1996). Algo que comienza a darse a partir de la segunda mitad de los '80. Este hecho supone así, en los primeros '90, motivos de discordia que quedan patentes entre las juventudes de distintas tendencias políticas y en los que miembros del movimiento autónomo sienten incompreensión y aislamiento.

Pero, por otro lado, va estrechando lazos con otros movimientos. Así, tal y como el movimiento ecologista, en su vertiente antidesarrollista, va de la mano de la okupación, también el movimiento antimilitarista tiene relación con éste. Desde sus inicios la lucha por la insumisión, que venía de la mano del movimiento anti-OTAN, abogaba por el rechazo a formar parte de cualquier tipo de ejército. Este rechazo surge, en principio, en el seno de grupos autónomos. Pero es, poco a poco, absorbido por el discurso del MLNV, que rechaza la obligación de alistarse en las filas del ejército por constituir éste el Ejército español. Sin embargo, los insumisos que empezaron con este movimiento hablan de autonomía en todos los sentidos, abogando por un movimiento autónomo en el que, aunque coordinados, cada cual elija su propio camino y su propia forma de hacer. También el movimiento feminista se une a él, siendo el movimiento llevado a cabo por las mujeres muy potente al negarse, más allá de que sus hijos, compañeros o hermanos realicen el Servicio Militar, a formar parte de las filas del ejército considerando que esto no se corresponde con la igualdad de derechos que

desde el gobierno se proclama, sino con la creciente militarización de la sociedad y, por lo tanto, la necesidad de sumar números a las Fuerzas Armadas. Hecho que supondría la instrumentalización de la mujer y del derecho de igualdad social por el que ésta lucha; proceso y Cuerpo al que se oponen directamente por considerarlo el símbolo de la sociedad patriarcal y autoritaria, en el cual se fomentan los valores que precisamente sirven para oprimir a tal sociedad y, en concreto, a las mujeres. Según este postulado feminista de tendencia autónoma, esto no supondría la creación de una sociedad más igualitaria, sino, y precisamente, todo lo contrario.

El movimiento de okupación, por su parte, no es bien visto, en sus inicios, por el MLNV. Sin embargo, desde su posición socialista, éste se identifica pronto con la lucha de la juventud por la obtención de *gaztetxes* y, aunque no en la misma medida, con la okupación de viviendas. De este modo, ya durante los '90, las juventudes simpatizantes de la izquierda abertzale, aglutinadas principalmente en torno a Jarrai, comienzan a tomar parte en ambas luchas; momento a partir del cual empiezan a identificarse estos espacios con esta tendencia política y que servirá, como ya hemos visto, como excusa para numerosos desalojos asociando a la juventud con ensalzamiento y pertenencia a bandas armadas. Además, la capacidad de coordinación que tiene esta organización; la voz en unos medios que ya ha trabajado previamente; la centralización de la toma de decisiones, aunque mantenga cierto carácter autónomo en algunos aspectos; logra que el movimiento libertario vaya silenciándose en una sociedad marcada por la lógica de la obligatoria pertenencia a un Estado-nación, sea ésta vasca o española.

Es así, que, poco a poco, el movimiento independentista interfiere en varios movimientos que destacaban en sus inicios por su carácter autónomo y libertario, con la consecuente invisibilización de esta faceta en ellos. Con esta táctica, el MLNV comienza a ganar fuerza frente a un movimiento libertario que se centra más en la acción directa que en la elaboración teórica de sus postulados o que en mostrar su presencia en los espacios políticos tradicionales, perdiendo, de este modo, visibilidad social. Así, la posibilidad de crear zonas autónomas no sólo desaparece del horizonte de posibilidades, siquiera utópicas, sino que es eliminada totalmente. Como afirmaría Santos, esta posibilidad se produce, directamente, como no existente.

5.6 VISIBILIZANDO OTRAS DISCREPANCIAS

Aunque las hay, son pocas las referencias literarias que encontramos cuando buscamos la relación entre mujeres y okupación. Sin embargo, y siempre en menor medida que los hombres, no son pocas las mujeres que forman parte de este movimiento y se inmiscuyen en sus prácticas. De hecho, según las obras consultadas, la participación de las mujeres es mayor en el movimiento de okupación que en otros movimientos⁴³. En el contexto vasco encontramos el trabajo de fin de máster de Pili Álvarez Molés (2012), en el que analiza las relaciones de género dentro de los *gaztetxes*. Desde el Squatting Europe Kollektive sólo uno de los artículos recogidos en sus libros analiza el papel de la mujer en la okupación. El texto de Azozomox (2014), activista que firma bajo ese seudónimo, *Squatting and diversity: gender and patriarchy in Berlin, Madrid and Barcelona*, se centra, como el propio título indica, en esas tres ciudades. En él presenta el lugar que ocupan no sólo las mujeres en las okupaciones, sino también los colectivos de gays, lesbianas, transexuales, bisexuales y queer. Los textos que encontramos respecto al Estado español hacen referencia, precisamente, a esas dos ciudades ya citadas: Madrid y Barcelona. Pocas veces se hace mención a casos vascos y, curiosamente, ninguna vez se cita al colectivo de mujeres de Matxarda, que, contrariamente a lo que postula Azozomox, podría considerarse el primer grupo de mujeres que okupan una casa ellas solas⁴⁴.

Respecto a Madrid se mencionan, principalmente, al colectivo de mujeres Ligadura, que surge en torno a la Asamblea de Okupas de Madrid, a mediados de los '80, y la okupación de La Eskalera Karakola; okupación más actual y la más duradera en el tiempo (desde 1996, que se okupó hasta la actualidad, donde cuentan con un espacio ya legalizado)⁴⁵. Las mujeres de Matxarda, sin embargo, mantenían continua relación con las de Ligadura, que pasan después a

43 Véase, por ejemplo, Martínez López, 2002.

44 Según el texto citado, la primera casa okupada exclusivamente por mujeres es Amanecer, en Valencia, de 1991 a 1996 (Azozomox, 2014: 196). Sin embargo, Matxarda se okupa en 1988.

45 Para un análisis de la relación entre feminismo y okupación en La Eskalera Karakola, así como de la evolución de este espacio, véase González y Araiza (2016), donde se muestra cómo las tendencias feministas de la tercera ola confluyen con el movimiento de okupación debido a su énfasis en la sostenibilidad de la vida y en la posibilidad de cambiar el paradigma desde los cuidados.

concentrarse alrededor del CSO Minuesa. Espacio, por su parte, con el que también estaba íntimamente relacionado el movimiento de okupación vasco de ideología autónoma.

Encontramos referencias a Ligadura en todos los textos. La obra *Okupa Madrid (1985-2011). Memoria, reflexión, debate y autogestión colectiva del conocimiento*, editada por Miguel Ángel Martínez López y Ángela García Bernardos en 2014 como parte del proyecto MOVOKEUR⁴⁶, dedica su séptimo capítulo al análisis de las relaciones de género en los espacios okupados. Participan en el debate una activista de Ligadura, que dice no frecuentar ya espacios okupados, y otra de La Eskalera Karakola. Aunque la activista de Ligadura reconoce cierta relación con gente de Euskadi, en ningún momento se menciona colectivo alguno.

Sin embargo, si analizamos cómo surgen ambos grupos encontramos muchas similitudes. Silvia L. Gil, miembro de La Eskalera Karakola, relata en su obra *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*, los inicios del colectivo Ligadura. Se trata del primer grupo de mujeres declarado abiertamente autónomo. Y surge, precisamente, porque no encuentra autonomía dentro del movimiento al que pertenecen. El colectivo nace en el año '87 a partir de un viaje a Alemania donde se encuentran con otros grupos de mujeres que funcionan en la línea que ellas vienen dibujando desde dentro de la Asamblea de Okupas de Madrid, tras la okupación de Amparo 83, considerada la primera okupación con 'k'; año 1985⁴⁷. Sin embargo, las mujeres de este colectivo nunca llegaron a okupar solas.

“Por entonces éramos un grupo de mujeres que estábamos militando y okupando. Con el tiempo, nos dimos cuenta que había unos roles de género muy claros. Teníamos una idea ingenua y juvenil de que al okupar transformábamos el mundo y que entonces en esas casas las relaciones iban a cambiar. Con el tiempo vimos que no por el hecho de okupar desaparecían milagrosamente, sino que estábamos repitiendo esos mismo roles; que las mujeres nos encargábamos de limpiar, de cortar el pelo y los hombres de las barricadas, de la leña, de cortar la madera, vamos. Nos dimos cuenta de que, efectivamente, había una diferencia y queríamos juntarnos entre mujeres” (Gil, 2011: 79; nota a pie de página, 53).

46 MOVOKEUR es un proyecto que analiza el movimiento de okupaciones en España y Europa: contextos, ciclos, identidades e institucionalización. La obra citada recoge el testimonio de distintos activistas implicados en el movimiento de okupación de Madrid desde sus inicios hasta el año de edición, organizando para ello diversos seminarios con temáticas diferentes. Los catorce seminarios se realizaron durante dos años en distintos centros sociales okupados de Madrid.

47 Aunque así se señala en este texto, en las entrevistas realizadas para esta tesis me aseguran que fue un periodista de el diario *El País* quien acuñó por primera vez el término. Sin embargo, no he podido contrastar el dato.

Esta misma situación es la que unifica a las mujeres de Matxarda. Estas mujeres, que llevaban tiempo en torno al movimiento de okupación, especialmente a la Casa de las Duchas de Donostia, y alguna de las cuales participó también en el conflicto del gaztetxe de Rentería, sintieron la necesidad de okupar por sí mismas ya que, a pesar de encontrarse dentro de un movimiento autodenominado libertario, se dieron cuenta de que seguían teniendo menos peso que los hombres, de que su voz no era atendida de la misma manera, de que reproducían los mismos roles que criticaban. Así, tras conocerse en las I Jornadas de Okupación celebradas en Minas de Arditurri en 1987, se plantearon esta necesidad mostrando su determinación a okupar solas. Una vez okupada la casa, hecho que se consuma el 2 de junio de 1988, se presentan así en un panfleto que pretende dar a conocer su experiencia al público:

“Matxarda es una experiencia de okupación de mujeres que nace desde una oposición a esta sociedad desde nuestro punto de vista: por la división del trabajo según los sexos, por ser las mujeres la meta del consumo y de SU consumo, porque se nos niega la autonomía sobre nuestra vida y sobre nuestro cuerpo, se nos niega como personas para moldearnos a su antojo, etc. A partir de estas ideas y otras en las que coincidíamos, decidimos ocupar una casa para formar un colectivo-grupo de mujeres con vistas a luchar contra los papeles que se nos asignan y contra la repartición desigualitaria del trabajo en la calle y en casa, contra la ideología de la familia y del ideal burgués de la mujer y contra el consumismo que nos uniforma estúpidamente y nos indica cómo, cuándo y qué tenemos que necesitar. Para poder llevar a cabo nuestro propósito, nuestras ideas, nuestra vida personal y pública, la ocupación se nos presenta como una acción directa que nos proporcionase el espacio necesario, libre -la ocupación sólo de mujeres- para organizarnos y luchar desde nuestra cotidianidad. Este ataque a la propiedad privada junto a nuestra necesidad de debatir, de encontrar respuestas y formas de hacer -personales, desde abajo, como mujeres- describen nuestra lucha no sólo contra el patriarcado, sino también al mismo tiempo contra el capitalismo y contra el imperialismo. [...].”

Y, efectivamente, Matxarda no la componen solamente las ocho mujeres que viven en la casa. Se creó también un colectivo de mujeres de pensamiento autónomo en el pueblo de Rentería que agrupaba a las mujeres de la casa y a unas cuantas más, algunas de ellas habitantes de la también okupada casa de Zapatari. Este colectivo se movía también en otras luchas, como la lucha contra el FMI, la entrada en la CEE o el movimiento antimilitarista. Ayudaron también al colectivo de mujeres del pueblo a okupar un local en el que desarrollar sus actividades. En su momento, me cuentan tanto Q. como R., se plantearon realizar una

revista sobre ingeniería genética con las compañeras de Madrid; algo que se destaca también desde Ligadura y que pone de manifiesto la relación que mantenían ambos colectivos⁴⁸.

Así, al igual que relatan las mujeres de Ligadura, el poner sobre la mesa la problemática de la mujer en la okupación supuso una división en el movimiento. Como señala Azozomox (2014: 192), tanto en los espacios con vivienda compartida como en los grupos políticos los hombres, muchas veces, ignoran o niegan la necesidad de espacios independientes para mujeres. Además, en numerosas ocasiones, “las personas no concienciadas ven el feminismo como un elemento desestabilizador”, lo que provoca miedos y reticencias por parte del colectivo, ya que se tiene la convicción de que la ruptura va a ser irreconciliable (Álvarez, 2012: 121).

Las mujeres de Matxarda encontraron en el colectivo okupa de Oarsoaldea de aquella época quienes les apoyaron y quienes no fueron capaces de comprender la situación, creyendo que era una táctica para ir contra los hombres. De este modo el movimiento feminista puso patas arriba al movimiento de okupación. Sin embargo, sus debates, a falta de ser superados, continúan dándose hoy día; algo que también corroboran las participantes del seminario anteriormente citado. Aunque, señala Q., se ha avanzado mucho en algunos aspectos; las mujeres de hoy, me dice, no toleran muchas cosas que ellas reprodujeron y hay situaciones que ahora mismo serían impensables. Sin embargo, en su análisis sobre las relaciones de género dentro de los gaztetxes, Álvarez concluye que, a pesar de que en teoría son espacios no sexistas, las desigualdades se siguen reproduciendo, en muchas de las ocasiones sin darse cuenta (ni siquiera las propias mujeres) y, generalmente (es decir, aunque se den cuenta), sin cuestionar la situación. “Las formas de ser, de participar y de relacionarse son diferentes según el género. El problema surge cuando se utilizan y valoran, por encima de otras, una serie de características de los modelos de feminidad y masculinidad. Esto acarrea diferentes desigualdades, como por ejemplo: la existencia de un modelo comunicativo que no favorece la participación de las mujeres; la prioridad a la cultura del logro, es decir, que se ponga más atención al *cuánto* y no al *cómo*; o que no se valore la capacitación reproductiva que las mujeres poseen. En consecuencia, estas desigualdades se convierten en un impedimento para la participación femenina, ya que a menudo las mujeres pueden llegar a no sentirse ni

48 Las mujeres de Ligadura hablan del mismo proyecto en Martínez y García, 2014 y en Gil, 2011.

representadas, ni atraídas por las formas y/o por el contenido de los gaztetxes”, señala esta autora (2012: 158).

Es por ello que seguimos encontrando mujeres que pretenden luchar contra estas desigualdades tanto fuera como dentro de sus colectivos. Por ello, retomaremos la historia de algunas de ellas cuando analicemos las formas culturales que la okupación adopta.

5.7 RECAPITULANDO. LAS PARTICULARES CARACTERÍSTICAS DE LA OKUPACIÓN EN EUSKAL HERRIA

Pero antes de dar paso al análisis de esas formas culturales nos gustaría extraer algunas conclusiones acerca de lo expuesto en este capítulo. Aunque ya habrá lugar para unas reflexiones más profundas en la última parte de este texto, quisiera aquí resaltar lo siguiente: de la historia de la okupación en Euskal Herria se pueden extraer algunas conclusiones que pueden dar pie a la reflexión y a la elaboración de algunas estrategias.

De este modo, cabría destacar que en la forma de hacer del movimiento de okupación encontramos un factor clave: el mensaje se inserta en la acción. Cuando esto sucede, “una noticia sobre una actividad hace que la gente piense también sobre el problema” (Della Porta y Diani, 2011: 229). Así, cuando se denuncia la falta de acceso a la vivienda mediante la entrada en aquellas que están vacías, se pone de manifiesto también, como señalábamos más arriba cuando justificábamos la okupación como movimiento social, la debilidad de las instituciones a la hora de dar solución al problema; o, en algunos casos, la falta de voluntad política de éstas. Los pisos de San Roque, en Donostia, eran pisos municipales en desuso. Las antiguas casas de maestros también, las viviendas de antiguos trabajadores de fábricas, las de la Guardia Civil, etc.; todas ellas muestran cómo se van abandonando esos espacios cuando se les puede dar una salida insertándolos en los planes municipales de vivienda y dando acceso a ellos a la población civil. Algo que, tras la okupación de las mujeres de Matxarda en el cuartel de la Guardia Civil de Oiartzun, el mismo ayuntamiento demostró que es factible.

Sin embargo, las políticas a este respecto no han variado excesivamente desde aquellos '80. En años más recientes (alrededor del 2006-07) visité una antigua vivienda de maestros

que había sido okupada en el barrio de Intxaurreondo, Donostia. De los seis pisos que había en el bloque, sólo uno permanecía habitado bajo alquiler social. Otros dos estaban okupados y otros dos vacíos. El gobierno municipal los tenía reservados para acoger a familias en alto riesgo de exclusión social. Sin embargo, quienes okuparon la vivienda que yo visité tuvieron que instalar una cocina y arreglar el baño y alguna de las ventanas que se encontraban rotas. Encontrándose el piso en estas condiciones cabe preguntarse cómo se pretende realojar allí a familias que se encuentren en riesgo extremo de exclusión.

Así, más allá de denunciar la mala gestión de las políticas y de las propiedades públicas, las prácticas okupas, no sólo aprovechan un espacio en desuso, sino que lo arreglan demostrando su capacidad de autogestión; buscando la autonomía de la propia vida. Cuando estas políticas prefigurativas traspasan los límites de sus paredes los grupos de okupas muestran al exterior cómo otro modelo social es posible.

Se observa, en este sentido, que para que se dé esta demostración social es necesario un mínimo de organización. Organización que permite que no sean vistos como casos aislados sino como verdaderas y posibles alternativas. Para ello la realización de jornadas, encuentros y actos simbólicos se torna crucial. Este tipo de acciones permiten reforzar la identidad del grupo, así como posibilitar la acción colectiva. Nos dicen Della Porta y Diani, que “es sobre todo en el pico de una ola de movilización cuando los ciudadanos desarrollan nuevas formas de acción colectiva” (2011: 244). Estas campañas se dan, así, en esos años '80 precisamente porque el movimiento está en pleno auge. De mediados de los '90 en adelante, sin embargo, más allá de manifestaciones y alguna okupación simbólica no volveremos a encontrar campañas del mismo calibre.

Sin embargo, como se demuestra en el caso de los gaztetxes, cuando el movimiento se encuentra en auge las autoridades locales se ven en la necesidad de actuar, antes de que alternativa propuesta se convierta en una realidad palpable por sectores más amplios de la población. La represión, en este caso, juega un papel fundamental. Los desalojos llevados a cabo por los distintos cuerpos policiales durante los '90 acaban por mitigar el movimiento, a pesar de que en sus primeros años el sentimiento de injusticia vivido lo reactive. Estaríamos de acuerdo, pues, con Della Porta y Diani cuando nos afirman que “por lo que respecta a los niveles de movilización, los estilos más duros de control policial elevarán necesariamente el

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

coste de la acción colectiva y disminuirán la disposición de los actores a participar en la protesta. Sin embargo, muchas formas de represión, especialmente las consideradas ilegítimas, pueden crear un sentido de injusticia que aumenta los riesgos percibidos de la inacción” (2011: 256). El caso del desalojo del Euskal Jai es supone un claro ejemplo de esto último.

Por otro lado, la necesidad de crear una contrahegemonía social puede volverse peligrosa cuando ésta hegemoniza la totalidad de la oposición, invisibilizando a aquellos colectivos que no se corresponden al cien por cien con la ideología del grupo mayoritario. Asimismo, buscar sinergias entre ellos se puede tornar fundamental siempre y cuando se muestre la diversidad. En este sentido, se puede señalar que la presencia de colectivos de tendencias distintas dentro del movimiento de okupación, como pueden ser las juventudes afines al MLNV, más allá de desvirtuar el talante inicial de estos movimientos, podría ayudar también a ganar adeptos. Como advierte Tejerina, la existencia de movimientos nacionalistas introduce complejidad entre los movimientos sociales y la esfera política. En algunos casos facilita la movilización, mientras que en otros la frena. El discurso nacionalista, nos dice, “penetra en el tejido social posibilitando la conexión de reivindicaciones muy diferentes. El nacionalismo permite, de esta manera, la extensión de la movilización a otros sectores sociales” (2010: 217). Así, de estas sinergias los movimientos podrían salir reforzados, siempre y cuando, como sugieren Martínez y Casado (2016), sean capaces de utilizar las diferencias como fuente de aprendizaje y no de confrontación.

Pero el movimiento nacionalista, cuando existen bandas armadas de por medio puede dotar también de un carácter negativo al resto de movimientos. Así, la represión policial y estatal contra la juventud se ceba también, y especialmente, en este movimiento que permite relacionar juventud y okupación, implicando a ésta directamente, a su vez, con la causa nacionalista. Represión, por otro lado, que, a principios de los '90, en vez de sosegar, aviva la lucha y posibilita la coordinación de diferentes entes que venían funcionando, hasta ahora, de forma independiente. En una fase posterior, sin embargo, la represión ejercida por el Estado español hacia el movimiento independentista vasco, especialmente contra la juventud, con numerosas detenciones llevadas a cabo a finales de la década del 2000, consigue, por el contrario, mermar el movimiento. Al vaciar los pueblos de jóvenes, también se paralizan los

gaztetxes. De este modo, la criminalización del movimiento también logra su auge en un determinado momento. Sin embargo, cuando esta criminalización se da en otros términos, como la asociación con organizaciones armadas, se consigue que la parte de la sociedad más sensibilizada con esta causa adopte una actitud negativa hacia un movimiento que, en principio, no tiene relación alguna con ello. Esta visión negativa que se aporta desde unos medios de comunicación afines a la ideología hegemónica han de ser cuidadosamente contrarrestados con un tipo de información favorable al movimiento que no siempre logra la credibilidad necesaria para devolver la legitimidad social perdida.

En este sentido, apunta Loiola Idiákez la necesidad de considerar la capacidad de los cuerpos policiales “no como meros aparatos que obedecen decisiones ejecutivas-judiciales, sino como aparatos capaces de condicionar de forma decisiva la estructura de oportunidades políticas reales con que cuenta el movimiento, más allá de los derechos formalmente reconocidos en el marco legal” (2009: 555). En otras ocasiones, sin embargo, no son sólo las fuerzas policiales las que reprimen el movimiento. El caso de Apaizartza, por ejemplo, que lleva meses sufriendo las agresiones de uno de los vecinos del caserío, agresiones como pinchazos de ruedas, destrozos en la casa (por ejemplo, quitar algunas tejas), meter animales en la huerta, e incluso agresiones verbales e insultos; o el de la experiencia de Matxarda con el vecindario de Oiartzun, que según ellas quería los pisos para sus hijos, y derivó en una larga sarta de insultos y agresiones, dan buena muestra de ello. Estos casos dan fe de cómo la represión puede adoptar múltiples formas y responde a muy diversos intereses.

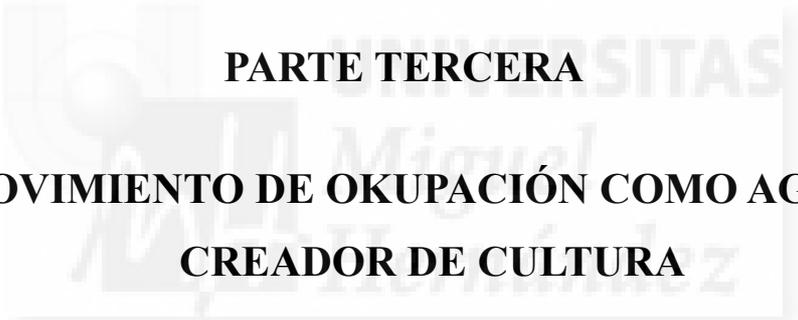
Otras formas de mitigar al movimiento, más sutiles, son la integración de sus prácticas en las políticas municipales y en la ideología hegemónica. Aunque analizaremos esto con más profundidad cuando hablemos de los medios de comunicación, podríamos volver a citar aquí el caso de la asignación de Musikagela al colectivo de Buenawista. A pesar de que ello supone un reconocimiento, puede servir, como indican González et al. (2013), para justificar futuros desalojos y derivar a los grupos emergentes a lo institucional. Saber jugar dentro de estos márgenes no constituye, así, tarea fácil. A este respecto, la transmisión generacional, la recuperación de las historias particulares, se torna, a mi modo de ver, fundamental para que el reconocimiento exista también entre las generaciones más jóvenes y éstas no se acomoden; sin caer, a su vez, en la mitificación de logros pasados.

Capítulo 5. Situando la okupación en Euskal Herria

Por otro lado, encontramos que la crítica ecologista llevada a cabo desde este movimiento encaja perfectamente con la crítica al modelo de desarrollo lanzado por Illich. Y, aunque en los años posteriores a sus escritos, su obra no obtuvo la repercusión requerida, movimientos como el actual del decrecimiento están recuperando ahora sus postulados. Daremos cuenta así de cómo el movimiento de okupación ha seguido, si quiera sin saberlo, el modelo convivencial propuesto por Illich. Autor que, por su parte, trabajó de la mano de Paolo Freire, principal impulsor del modelo de educación popular del que parte, a su vez, el enfoque que desde las teorías del postdesarrollo y del paradigma de la modernidad/colonialidad se ha dado a los movimientos sociales emergentes en América Latina. Estas confluencias, como veremos, están ahora emergiendo de nuevo y pueden ser un buen referente para crear sinergias.

Los proyectos de Tosu y Apaizartza, por su parte, muestran un trasfondo mayor de lo que aparentemente se ve. Dando de comer cada uno de ellos a tal cantidad de familias, no sólo paralizan o entorpecen la ejecución de las obras, sino que implican en el proyecto a una parte de la sociedad civil que, de otro modo, no tendría conocimiento del problema. Esta estrategia además de conseguir nuevos aliados, sensibiliza a este sector de la población y visibiliza la lucha. Por otro lado, mediante el cultivo ecológico y el trabajo de la tierra, no sólo se hace una defensa de la soberanía alimentaria, enlazando así con luchas globales, sino que se pone de manifiesto que la autogestión es posible más allá de la dependencia de las grandes multinacionales.

El movimiento de okupación, por lo tanto, no consiste en un movimiento cerrado y hermético, sino que supone algo vivo; algo que se mantiene en continua interacción con el entorno y que se ve influido por, así como influye en, éste, elaborando estrategias de supervivencia y de transformación que le dota de unas características particulares a la vez que dinámicas. Así, a lo largo de estos años, y partiendo de las bases autónomas que lo sustentan, ha desarrollado unas particularidades que le pueden permitir sobrevivir en época de crisis. Sobrevivir e incluso crecer y servir de modelo a quienes hasta ahora la rechazaban. Características que presentaremos, pues, en la siguiente parte.



PARTE TERCERA

**EL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN COMO AGENTE
CREADOR DE CULTURA**

“SEMILLAS DE IDENTIDAD

A mediados del año 2011, más de cincuenta organizaciones de Perú se reunieron en defensa de las tres mil doscientas cincuenta variedades de papas.

Esa diversidad, herencia de ocho mil años de cultura campesina, está hoy por hoy amenazada de muerte por la invasión de los transgénicos, el poder de los monopolios y la uniformidad de los cultivos.

Paradójico mundo es este mundo,
que en nombre de la libertad te invita a elegir entre lo mismo y lo mismo,
en la mesa o en la tele”

(*El cazador de historias*, Eduardo Galeano, 2016: 63).

CAPÍTULO 6. LA PRODUCCIÓN CULTURAL DE LA RESISTENCIA

6.1 INTRODUCCIÓN. GENERANDO CULTURA DESDE LA CRÍTICA

“pensar que el discurso antihegemónico se contenta con ocupar el espacio social abandonado por la dominación significa ignorar la lucha necesaria para conquistar, ocupar, construir y defender esos lugares”
(*Los dominados y el arte de la resistencia*, James C. Scott, 2003: 180).

Se ha señalado ya, a lo largo de los capítulos anteriores, que los movimientos sociales se caracterizan por ampliar la vida cotidiana al ámbito político. Desde ellos se trata de transformar una realidad con la que sus integrantes se sienten a disgusto. Sus reivindicaciones, por lo tanto, no se limitan a manifestaciones o actos de protesta; en sus intentos por transformar esa realidad sus prácticas han de verse, necesariamente, modificadas también. Así, la reivindicación política se integra en la vida diaria; y es desde ésta desde donde se construye la identidad del movimiento, dando pie a unas manifestaciones culturales propias. Desde el grupo de los estudios culturales nos describen la cultura “como aquel nivel en el cual los grupos sociales desarrollan distintos patrones de vida y dan *forma expresiva* a su experiencia de vida social y material” [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 62]. Ya en la segunda parte se han dado algunas señas de identidad del movimiento de okupación, señas que caracterizan esos patrones de vida. Trataremos de desarrollarlas más detalladamente en este tercer apartado, haciendo hincapié en cómo estas formas que desde la okupación se vienen

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

promoviendo desde sus inicios están manifestándose ahora en otros movimientos más actuales.

A pesar de que todas las experiencias señaladas, y aquellas que podemos encontrarnos en los diversos libros, vídeos, etc. difundidos por el movimiento, difieren en algunos aspectos, teniendo cada una de ellas sus propias particularidades, podemos observar también muchas similitudes, entre las que destaca la autogestión, no sólo de la economía sino de la vida en su conjunto. En la búsqueda de esta autogestión el movimiento ha desarrollado unas prácticas propias que le caracterizan. Así, como nos señala Martínez López en uno de los textos que componen la obra *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, en su modo de resistir las condiciones opresivas de la vida, cada grupo social produce una cultura particular con sus propias limitaciones: formas de hablar y de vestir, normas de lealtad, valores e identidades compartidas, compañerismo y amigos compartidos, etc. Además, señala, en el caso de la okupación se puede decir que crean una especie de 'universidad de la vida', en la que el proyecto de okupación compromete toda la vida cotidiana de las personas involucradas [Moore y Smart (eds.), 2015: 252]. Compromiso que deriva en lo que ya hemos denominado como 'políticas prefigurativas'; es decir, cuando se expresan los fines a través de los medios, o cuando se crean instituciones experimentales o alternativas para llegar a estos fines. Ambas, nos dice Yates (2015), comparten la idea de que la prefiguración anticipa o actualiza parcialmente los objetivos buscados por los movimientos.

Desde el momento en que la okupación no es una teoría, sino una práctica llevada a cabo por sus miembros; una práctica que no se limita a exigir respuestas y soluciones al gobierno, sino que, en su búsqueda de autonomía, intenta satisfacer sus necesidades por sus propios medios, la consecución de sus objetivos se funde con su intento diario de conseguirlos sin depender de terceros. En ese laboratorio de ensayo y error se ponen en práctica distintas experiencias y formas alternativas de gestionar la vida, formas que tratan de alejarse de las instituciones convencionales. Y, a partir de los fallos obtenidos, cada colectivo, cada gaztetxe, cada casa o CSO, va aprendiendo a solucionar sus conflictos internos. No se trata de encontrar una ley universal, sino de adaptar las soluciones a problemáticas específicas, elaborando la teoría a partir de la práctica. Estas prácticas son reproducidas por los nuevos integrantes del movimiento, que colaboran, a su vez, en la producción cultural mediante sus intervenciones y

mediante la puesta en común de experiencias previas, aunque éstas hayan surgido en otros ámbitos de la vida. Así, se van integrando actitudes que permiten hacer frente al sistema hegemónico y establecer nodos de resistencia dentro de sus límites, creando nuevos imaginarios.

Esta manera de acción política basada en la prefiguración, continúa Yates, ayuda también a explicar la formación y composición de los movimientos, agrupaciones y estructuras. En estos intentos no sólo se vive de acuerdo a los valores en los que el grupo cree, sino que se muestra que vivir de esta forma, que crear otros mundos, es posible. Es por ello que consideramos en este texto al movimiento de okupación como un movimiento que camina en la dirección de los movimientos sociales emancipadores; ya que, al tratar de escapar del control que el Estado y sus instituciones ejercen sobre sus propias vidas, genera unas formas culturales basadas en esas prácticas que intentan lograr la autogestión y la autonomía de las personas, recuperando, para ello, saberes olvidados, compartiendo conocimientos, experimentando ideas. Como afirma Martínez López, “las okupaciones son parte de una lucha política al margen del sistema institucional, entendiendo que es política porque se ejerce algún tipo de relaciones de poder (creativas, constructivas, proyectivas, desarrollando las potencialidades humanas). Su sentido político es emancipatorio en la medida en que plantea una resistencia genérica a la dominación, que es una práctica política por la cual se ejerce poder para destruir o coartar el poder de otros” (2002: 203). La okupación trata, pues, de recuperar el poder que desde el gobierno y sus políticas les ha sido sustraído a las personas. La gestión y control sobre la propia vida se convierten, así, en uno de los principales objetivos del movimiento.

Esta autogestión y control se transforma, a partir de su práctica, en unas determinadas formas culturales que lo caracterizan; formas que producen su propia cultura desde la crítica que realizan al sistema hegemónico, creando un estilo de vida propio. En algunos casos estas formas son más explícitas, mientras que en otros se trata más de intentos de cambio que de realidades materializadas. Sin embargo, casi todas las experiencias comparten elementos comunes. Elementos que trataremos de destacar tanto en este como en el próximo capítulo.

6.1.1 La cultura en los estudios sobre la okupación

Pero antes de comenzar con las particularidades del movimiento de okupación en Euskal Herria, creemos conveniente dar muestra, aunque sea brevemente, de otros estudios en los que se analiza la cultura del movimiento, es decir, “su modo de vida particular y distintivo, los significados, valores e ideas corporizadas en las instituciones, en las relaciones sociales, en los sistemas de creencias, en las buenas costumbres, en los usos de los objetos y en la vida material” [Hall y Jefferson (eds.), 2014: 63]. Este modo de vida surge en un contexto concreto; contexto en el cual un sector de la población no se siente reflejada en por el modelo social hegemónico. En el Estado español, el movimiento nace en medio de un proceso de reconstrucción social en el que nuevas instituciones están cobrando forma. Mientras parte de los movimientos sociales se van integrando en esos nuevos cuadros políticos, otra parte de la sociedad siente que este nuevo modelo no les representa. Se trata de una juventud que pretende un modelo social más radical; un modelo que no se asemeje a aquel que ya se intuye en el resto de Europa, dominado por el sistema financiero. Modelo que ha provocado distintas crisis económicas, materializadas en las crisis del petróleo de los años '70, y cuyos efectos llegan con fuerza al país. Por otro lado, la implantación de políticas neoliberales llevada a cabo por Gran Bretaña dan una muestra de lo que puede acaecer de seguir su ejemplo. Así, mientras que un amplio sector de la población es partidario del ingreso en la Comunidad Económica Europea y en la OTAN considerando que esto supondrá un impulso de modernidad para España, otros sectores más radicales comienzan una serie de campañas en contra de su ingreso. Entre estos sectores encontramos gran multitud de jóvenes afectados por el creciente paro, así, como colectivos antimilitaristas que ya venían oponiéndose a la instalación y permanencia de las bases militares que EE.UU. mantenía en el territorio español. Estos grupos se oponen también desde sus inicios a las políticas del FMI y del BM. Así, encontramos que esta batalla que se reaviva a partir de los disturbios que tuvieron lugar en Seattle en 1999, y que adopta el nombre de 'movimiento antiglobalización', venía gestándose ya en la década de los '80 en un debate autodenominado 'antiimperialista'⁴⁹. Estos colectivos plantean distintos modelos de vida, alejados de aquel que se va imponiendo desde las instituciones gubernamentales. Este modelo confluye, ya desde aquellos años '80, en las

49 Véase el monográfico publicado por Zirikatu Irakurgaiak (1988). *Hacia un debate antiimperialista. Contra el FMI, una aportación anticapitalista*.

prácticas llevadas a cabo por el movimiento de okupación en los espacios okupados. Espacios que, desde estos movimientos, se denominan 'reapropiados' en su lucha contra el capital y la propiedad privada. En ellos “también se plantea una forma de vivir diferente, dándole más importancia al valor de uso que al de cambio, viviendo con menos, cuestionando el despilfarro, el consumismo feroz, practicando una alimentación más sana y equilibrada, la autogestión de la salud, el reciclaje, el autoempleo a través de pequeños talleres o trabajos artesanales...” (VV.AA., 2001: 52-53). Este modelo cultural y social que pretenden producir surge en contraposición al modelo dominante y nace, precisamente, de las críticas que se realizan a éste.

Es por ello que la mayoría de las investigaciones se centran en los aspectos políticos de la okupación (sea su organización, sus reivindicaciones, etc.). Mientras que algunas consisten en explicaciones acerca de porqué surge el movimiento, cuáles han sido sus ciclos, o cuál es la estructura de oportunidad política que lo permite, así como los aspectos legales y legislativos que lo reprimen o posibilitan, son menos los análisis que atienden a los elementos culturales que desde el movimiento se potencian. La obra anteriormente citada es una de ellas. *Making Room* se enmarcaría dentro del proyecto MOVOKEUR; proyecto académico que se centra en los ciclos, contextos, identidades e institucionalización de la okupación realizando una comparativa a nivel europeo. El conjunto de textos correspondería concretamente al apartado dedicado a la identidad. Así, esta obra compila una serie de experiencias que muestran la diversidad cultural del movimiento en el contexto europeo, destacando en cada una de ellas lo que las caracteriza; sean las inquietudes artísticas, las de género, las ideológicas, etc. Al igual que de las experiencias vascas, de todas ellas podemos extraer elementos comunes; elementos entre los que la búsqueda de la autogestión destaca invariablemente. Siendo algunas okupaciones más políticas, otras más culturales, la no dependencia de instituciones formales se convierte en característica propia. Esta compilación, por su parte, data de 2015. Antes, sin embargo, ya contamos con algunos estudios a nivel estatal.

Miguel Ángel Martínez López en su obra *Okupaciones de viviendas y de Centros Sociales*, dedica un capítulo a la contracultura de la okupación y a cómo se forma esa identidad. En algún ensayo posterior continúa trabajando esta temática (2006, 2007). También Marta Llobet dedica el capítulo incluido en la obra *¿Dónde están las llaves?* a la creatividad y

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

las redes sociales del movimiento. En su análisis, el primer autor apunta que, a pesar de que no se trata de una contracultura plenamente alternativa, la okupación “usa la contracultura creada en esos espacios reapropiados como fuerza de movilización social, de contrainformación y [...] de provisión de éstos [recursos antes privatizados], tanto materiales y espaciales, como informativos y relacionales” (Martínez López, 2002: 205). El 'carácter cultural del movimiento', apunta, se debe a la conjunción de una serie de factores, entre los que destaca las formas de expresarse y socializarse de sus miembros, así como su manera de organizarse y de lograr una supervivencia material relativamente austera (2007)⁵⁰. Así, señala el autor en este mismo texto, la cultura creada desde el movimiento de okupación surge como una respuesta en oposición a la cultura dominante; es por ello que la considera 'contracultura'.

Por su parte, Llobet en su análisis de las formas culturales producidas dentro del movimiento, hace hincapié en el hecho de que “en la okupación, a diferencia de otros NMS, el ámbito de lo privado entra también a cuestionarse, supone politizar el espacio privado y repercutir desde allí en otros espacios más amplios que se pretenden —o se imaginan a sí mismos— liberados. Estos procesos individuales y colectivos van a ser los escenarios desde los cuales podremos hablar de las nuevas formas de creatividad social”. A pesar de no estar de acuerdo con la autora cuando señala que la okupación está vinculada con una edad y etapa concreta de la vida, coincidimos con ella en que estas nuevas formas de creatividad social permiten crear nuevos imaginarios desde los que plantear y ensayar esos modelos otros de vida (2004: 181, 183); modelos y 'todavía-no' de los que autores como Santos, hacen apología.

Por otro lado, aunque no atiendan específicamente a los atributos culturales, los autores del SqEK resaltan en sus textos numerosas características correspondientes a la okupación cuando hablan de sus formas de organización, sus propuestas alternativas no monetarias (Cattaneo), su modo de viajar y su carácter nómada (Owens), etc. Todos estos aspectos en su conjunto confluyen en un modelo social concreto que se destaca por su oposición al modelo

⁵⁰ “La participación activa en el movimiento okupa genera un 'estilo de vida' que atañe tanto a formas de expresarse (vestir, hablar, tocar música, denunciar públicamente, etc.) y socializarse (consumos culturales, de drogas, de viajes, de bares, etc.), como de organizarse socialmente (por grupos de afinidad con predominio de reuniones asamblearias, con activistas de diversos movimientos sociales, etc.) y de supervivencia material relativamente 'austera' (con trabajos eventuales, con ahorros escasos, reciclando comida y muebles, compartiendo viviendas alquiladas u okupándolas, etc.). El carácter cultural del movimiento, por lo tanto, consiste en todas esas formas agregadas” (Martínez López, 2007: 234).

social hegemónico. De este modo, y tal y como señala Jasna Babic cuando describe el complejo artístico y social creado en el barrio de Metelkova de la capital eslovena, la forma en que la cultura de la resistencia se define en contraposición a la de la mayoría es mediante la construcción de su propio espacio, condición previa para formar las comunidades a través de las cuales se busca materializar una realidad alternativa (2015: 301). En su análisis del proceso de configuración de este barrio de Lubjana este autor, sin embargo, nos da algunas claves para identificar la cultura okupa, destacando el carácter político de ésta. Aunque resalta el carácter cultural de Metelkova, concluye que carece de cohesión interna, asistencia mutua y respeto al trabajo voluntario de sus impulsores por parte de la gente que acude como visitante; atributos que considera inherentes a la okupación como movimiento. Sin estas características, por lo tanto, la comunidad pierde su esencia y se limita a ocupar un espacio cultural más entre los ya existentes en la ciudad, matiza Babic.

Christiania, donde para llevar a cabo cualquier actividad se ha de obtener el consenso del pueblo entero, puede considerarse el extremo opuesto. La experiencia de la ciudad libre de Christiania, okupada por un grupo de vecinos de Copenhage en el año 69 y que alcanza actualmente alrededor de 1000 habitantes, queda descrita por Jordan Zinovich en la misma compilación. En esta misma obra, Britta Lillesøe describe la vida artística del vecindario. Como veremos, tanto en este caso como en muchos otros, estas dos cualidades van de la mano; el arte, como forma de expresión y manifestación cultural se convierte en un elemento fundamental del movimiento.

Por otro lado, Alan Moore, uno de los editores de *Making Room*, señala, en el texto introductorio a la obra, que la cultura okupa, así como la de los movimientos comunales que la precedieron durante los años '60, ha sido pionera en el desarrollo de unas formas de vida que están siendo requeridas, ahora, por los programas de sostenibilidad ciudadana. Los jardines comunitarios en tierras en desuso, el activismo cicloturista y las Masas Críticas, los proyectos por la soberanía alimentaria y los grupos de consumo, proyectos de cocina y de fabricación de cerveza artesana, el reciclaje de ropas, libros, etc., cooperativas y proyectos de economía solidaria, entre otros, han sido parte integral de las okupaciones y de los centros sociales (ibid.,: 18). Acordes, pues, con esta tesis, analizaremos, uno a uno, estos elementos culturales que están resurgiendo, ahora, entre otros colectivos; siendo, algunos de ellos,

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

adoptados también por las instituciones en un intento de reapropiarse de unas prácticas que eran realizadas por estos grupos, de manera no ya altruista y desinteresada, sino consciente y transformadora. Como ya se ha señalado en el capítulo anterior, el análisis del impacto ha sido en escasas ocasiones estudiado por los teóricos de la okupación. González et al. (2002, 2013) dan cuenta de ello en la influencia que el movimiento ha podido tener en las diversas instituciones vascas y catalanas. Sin embargo, el impacto social se ha analizado en menos ocasiones aún. A pesar de ello, los okupas no constituyen un colectivo aislado. Aunque sea poca la gente 'no okupa' que se acerca a los espacios okupados, en sus relaciones diarias con el resto de la sociedad las okupas interactúan con ésta. Y estas interacciones permiten compartir experiencias y prácticas fuera de esos laboratorios de experimentación que constituyen las casas y centros sociales. Así, estas formas culturales acaban teniendo, aunque en menor medida que las hegemónicas difundidas a través de los medios de comunicación de masas, cierto impacto en la sociedad. Es éste, pues, un análisis del impacto social del movimiento de okupación.

6.2 LA OKUPACIÓN Y SUS PROTAGONISTAS

Como afirma, nuevamente, Babic, las okupaciones no son únicamente sobre los espacios, sino sobre la gente que los habita y les da aliento; aquellos que los mantienen y los usan, sus relaciones personales, así como los principios éticos y laborales en torno a los cuales organizan su vida (2015: 300). Estas normas no escritas de comportamiento determinan un modelo social particular que se compone de todos aquellos aspectos que lo hacen posible. Sin embargo, como señala este autor, son las personas que lo habitan las que permiten que el espacio mantenga estas particularidades. Así, el perfil de los okupas constituye un perfil específico, pero difícil de concretar; se trata de un perfil que se basa menos en la procedencia que en el comportamiento de las personas. Por lo tanto, es arriesgado establecerlo basándonos en la edad, la clase, el género o la nacionalidad. Quien okupa de manera reivindicativa ha de someterse a unas reglas de comportamiento específicas y ha de tener un mínimo de conciencia política, sabiendo, por lo menos en cierta medida, cuál es la causa de la lucha; aunque, en

muchos casos, la conciencia y la definición de la ideología van tomando forma durante la propia okupación, al entrar en contacto con el colectivo y participar de sus debates internos. El contacto previo con el movimiento o con alguien cercano a él suele ser, pues, fundamental. En este sentido, también las normas culturales en las que la persona ha sido socializada juegan un papel primordial a la hora de adaptarse y, por lo tanto, la procedencia geográfica suele ser un factor importante. Sin embargo, no es necesariamente excluyente. Tampoco la procedencia de clase lo es, aunque no es usual encontrar gente de clase alta en las okupaciones, debido, en gran medida, a que las necesidades básicas de este sector, entre las que incluimos el acceso a la vivienda, están, de sobra, satisfechas. Las clases medias y trabajadoras, por su parte, sí que confluyen en ellas. Aunque la edad también es importante, realizándose, normalmente, las okupaciones en la primera etapa de juventud, hay un momento en la vida de las okupas en que se abre una brecha, disgregándose esta asociación. Respecto al género, encontramos una alta participación de mujeres, aunque siempre en menor medida que de hombres. Pero el rol de éstas es fundamental en el movimiento, abriendo vías de debate y de acción que no se encuentran en otros movimientos sociales. Así, retomamos la idea de que el perfil se basa más en unas normas de comportamiento que la persona está dispuesta a aceptar cuando entra en el movimiento, asumiendo que ha de dejar de lado los valores más individualistas para asemejarse al colectivo, que a unas condiciones de vida concretas que la llevan a formar parte de él, si bien éstas también influyen. Analizaremos estos factores de uno en uno.

Aunque en algunos lugares la inmigración haya comenzado a implicarse en estos espacios, en el caso de Euskal Herria este aspecto no resulta tan característico. Si bien es cierto que desde estos espacios se fomenta la cooperación con estos sectores sociales, no es habitual encontrar inmigrantes en los centros sociales o casas okupadas; y, cuando esto sucede, se trata de personas concretas que han logrado integrarse y no de colectivos o grupos de personas organizadas. En este aspecto, podríamos entender el idioma como una barrera cultural que inmigrantes de procedencia latina no encontrarían en el resto del Estado. Sin embargo, este apunte no podría extenderse a inmigrantes de otras procedencias. En este aspecto cabría señalar, de todos modos, que no en todos los espacios okupados el euskera supone la lengua predominante; por lo que la causa de esta disgregación habríamos de buscarla, pues, en otros cauces.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

En este sentido, nos comunican desde la Oficina de Okupación que también inmigrantes acuden a ella. Sin embargo, el perfil es otro. Normalmente piden consejo cuando van a ser desahuciados o cuando tienen problemas legales. Es decir, no requieren asesoramiento para la okupación, algo que realizan por su cuenta; sino cuando tienen que atenerse a las consecuencias que ésta acarrea. Las personas inmigrantes, generalmente, okupan en silencio, sin reivindicación. Aunque tanto desde la Oficina como desde los espacios okupados consideran que esta acción también es política desde el momento en que toman un derecho ciudadano por sus propios medios, sin esperar a que les sea satisfecho por el Estado, clasificaríamos este tipo de okupación en el primero de los modelos establecidos por Pruijt; esto es, la ocupación basada en la pobreza, aquella que se realiza para subsistir.

Este hecho reabre el debate acerca del perfil de okupa reivindicativo. Mientras que los sectores sociales más excluidos y vulnerables, como pueden ser los inmigrantes, okupan para vivir, para tener un techo, y lo hacen ocultándose a fin de que no les sea usurpado lo poco que tienen; quienes lo hacen como forma de protesta cuentan con una red de apoyo que no les permitirá quedarse en la calle en caso de desalojo. Este tejido social es fundamental a la hora de inmiscuirse en actividades políticas. Quienes toman la opción de la okupación como una acción política tienen, de una manera u otra, satisfechas las necesidades básicas; algo que el colectivo de inmigrantes no suele tener, especialmente si no cuentan con los papeles necesarios para poder establecerse en el país. Esto no significa, por otro lado, que no encontremos inmigrantes en el movimiento, ni que no se impliquen en las actividades organizadas por éste. En el caso del CSO y vivienda Ixasgain la colaboración de un vecino okupa, de procedencia marroquí, fue fundamental para realizar la okupación; también su ayuda fue importante en el desalojo. Sin embargo, como ya se ha señalado, cuando participan abiertamente lo hacen de manera individual y no como colectivo, y, en estos casos, suelen tener ya una red social a sus espaldas que les avalen.

En las okupaciones reivindicadas, sin embargo, el perfil es más específico, si bien podemos clasificarlo en dos tipologías: quienes okupan por un periodo, como una fase más de su vida, y quienes hacen de la okupación su forma de vida. Aunque las casillas nunca son permanentes y quienes comienzan con una idea pueden derivar en la otra, a lo largo de estos treinta años de historia podemos observar una ligera tendencia de la segunda a la primera

posición. Ya en el cuarto y quinto capítulo hemos desmentido la relación entre okupación y juventud. Sin embargo, quienes comienzan a hacerlo suelen ser jóvenes, así como quienes son mayores y continúan okupando comenzaron con esta práctica en su juventud. El acto de okupar supone, de este modo, un rito de paso que suele realizarse en los años de juventud. Por lo tanto, aunque estos dos aspectos no vayan de la mano, difícilmente encontraremos okupas que se inicien pasada la franja entre los 30 y los 35 años. Una vez más, sin embargo, esto no significa que no haya excepciones.

Respecto a la edad, tomaremos aquí como referencia la clasificación propuesta anteriormente: jóvenes, que abarcarían hasta los 30 años; no tan jóvenes, desde los 30 a los 45 años; y mayores, de 45 en adelante. En este sentido, son pocos los okupas mayores que encontramos que siguen okupando. En muchos de los casos se trata de personas que realizaron una okupación exitosa en su juventud, convirtiendo la situación en permanente; por lo que no han tenido que volver a intentar una okupación. Pero existen también casos en los que, tras un desalojo o un periodo de estabilidad, se vuelve a la okupación. Serían estas personas las que hacen de la okupación un estilo de vida. La mayoría de okupas mayores que me encuentro, sin embargo, optan por la estabilidad una vez pasada la época de juventud, alquilando o incluso comprando las casas en las que viven; pero manteniendo, dentro de ellas, las prácticas culturales y la forma de organización que aprendieron durante la época de okupación. Encontramos también aquí una división entre quienes optan por este formato. Por una parte, quienes no se desvinculan del todo del movimiento, manteniendo relación con otros espacios okupados o dedicando su tiempo a proyectos que nacieron en su seno; como pueden ser la lucha feminista o la apuesta por una educación libre y no reglamentada. En este sentido, el caso de U. resulta significativo. Dedicándose a la enseñanza, trata de poner en práctica con su alumnado lo que aprendió en su época de okupa; así, les inculca el trabajo en grupo, no les hace exámenes, realiza salidas al campo y trata de conseguir la implicación de los padres y madres en la educación escolar. Por otra parte, también hay quien no vuelve a tener contacto con este mundo. Por ser más difíciles de encontrar, he tenido menos trato durante mi investigación con estas personas. Sin embargo, de las pocas con las que he podido hablar observo que, aunque rechacen volver a la práctica, mantienen actitudes que encuentro entre los que continúan en ello.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

Por otro lado, aunque no coincide en el 100% de los casos (“no es genético”, me dijeron una vez en broma quienes fueron los primeros okupas de Donostia), entre los colectivos más jóvenes encontramos hijos e hijas de okupas de los '80. Algunos, además, han nacido y se han criado en las okupaciones y sus progenitores continúan okupando a día de hoy. En mi experiencia me he encontrado, en este sentido, sobre todo, mujeres. En otros casos que me describen, sin embargo, el perfil es el contrario; es decir, gente que forma su familia de manera tradicional y que finaliza sus estudios universitarios de manera consciente a fin de obtener un trabajo asalariado. Así, aunque no sea hereditario, el ambiente en el que una persona es socializada influye en la forma que tendrá en un futuro de enfrentarse a la vida. La producción cultural se transformaría, de este modo, en reproducción cultural. Tal y como señala Willis, “la *Producción Cultural*, sin embargo, no parte de cero en cada 'nueva' generación. No sólo está estrechamente relacionada con los procesos de la *Reproducción Cultural*, sino que, recordémoslo, se halla conformada a partir de los recursos heredados de clase y de los discursos existentes” (1981: 452).

Así, encontramos que quienes resuelven la okupación como un proyecto de vida marcan un perfil más específico, dedicando la mayor parte de su tiempo a la lucha por causas que no se limitan a la reivindicación de vivienda. En esta lucha anticapitalista se entremezclan las luchas ecologista, principalmente en su vertiente antidesarrollista, y feminista, así como la lucha antimilitarista durante los años '80 y '90. En estos casos la okupación se toma como un medio; un medio que puede ser entendido en varios aspectos. Por un lado, constituiría un medio que sirve para satisfacer la necesidad de vivienda, y que se convierte, por lo tanto, en un fin. Por otro, sería un medio para luchar contra la especulación inmobiliaria y contra el sistema capitalista que hace de ella una fuente de ingreso y de explotación. Finalmente, al liberarse de tener que pagar una renta, sea de alquiler sea de hipoteca, la okupación permite liberarse, total o parcialmente, del trabajo asalariado dejando, por una parte, de contribuir al sistema que critica y permitiendo, por otra, tener tiempo libre para dedicar a otros aspectos; en este caso, las luchas antes mencionadas⁵¹. Así, haciendo de la vivienda un pilar sobre el que

51 La autora es consciente de que no todo acto de okupación, siquiera reivindicado, supone una dedicación plena o parcial a otro tipo de luchas, sin embargo, como se ha señalado en la metodología, será en este tipo de okupaciones en los que centremos esta tesis.

organizar su vida, dedican su tiempo a otros aspectos sociales una vez encontrada esa estabilidad; algo que no suele resultar fácil.

Por su parte, quienes optan por la okupación como una fase de la vida suelen dedicar a ella parte de su juventud. En estos casos, generalmente suele tratarse de estudiantes universitarios que han de trasladarse a otras ciudades para completar sus estudios y que cejan en ello una vez encontrado un puesto de trabajo adecuado a sus expectativas. Aunque en estos casos también la vida dentro de la casa suele tomar forma de comunidad, se plantea la okupación no como un proyecto a largo plazo, como en el caso anterior, sino como una opción que satisface las necesidades del momento; esto es, como un proyecto inmediatista, más acorde con las condiciones sociales que el neoliberalismo requiere. En este sentido, el concepto de nomadismo que tan habitualmente se suele achacar a la okupación, afectaría más a este otro sector de la población al que se le exige total movilidad; movilidad que se establecería en función de las necesidades de producción del capital.

Encontramos ya esta tendencia en los primeros '80 en el caso de Tokionena, donde un grupo de cinco jóvenes okupa uno de los pisos del edificio para acabar siendo una veintena quienes se instalan allí, la mayoría estudiantes que denuncian el alto precio de la vivienda en la ciudad. Sin embargo, no era este el perfil mayoritario en aquella época. Me cuenta N. que sí podías encontrar estudiantes de filosofía o psicología, normalmente de carreras de Ciencias Sociales, pero no era lo habitual; quienes se iniciaban en la okupación tendían a buscar una forma alternativa de vida. Hoy en día, por el contrario, desde la Oficina de Okupación me indican que tienden a ser jóvenes con necesidad de vivienda los que hacen uso de ella. Sin embargo, las okupaciones derivan en una inmediata puesta en contacto y negociación con los propietarios. Indicador de que prima la búsqueda de vivienda sobre la reivindicación social. No en todos los casos se trata de estudiantes; en ocasiones son jóvenes que pretenden buscarse la vida de manera alternativa o que cuentan con trabajos precarios que no permiten pagar un alquiler o una hipoteca. Hay quienes permanecen en el movimiento, pero la tendencia es dejar la okupación en pos de algo más seguro una vez encontrado un trabajo asalariado que permita hacer frente a los gastos que el mantenimiento de una vivienda exige.

También en los casos de estudiantes okupas hay quien permanece en el movimiento una vez finalizada la etapa estudiantil. Sin embargo, también aquí se tiende a utilizar la okupación

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

como un recurso para satisfacer la necesidad de vivienda durante un periodo concreto de la vida, haciendo uso de ésta como si de una vivienda de alquiler se tratara; es decir, durante los nueve meses del curso escolar, volviendo a la casa familiar los fines de semana, etc. Quienes continúan en el movimiento, por su parte, o bien tienden a dejar los estudios bajo la crítica de que no se corresponden con las necesidades que la vida les requiere y que no responden sino a las necesidades del sistema financiero, o los finalizan pero centran su modo de vida en torno a la okupación. Es aquí donde la relación juventud-okupación comienza a perder su sentido.

Por su parte, quienes viven o han vivido en espacios okupados suelen continuar manteniendo relación con gaztetxes y centros sociales, por lo que las actitudes y valores que se ponen en práctica durante la convivencia se siguen reproduciendo tras la experiencia. Y, en algunos casos, se trasladan a los nuevos hogares aunque estos no sean ya okupados. Así, podemos decir que, aunque para algunas personas la okupación no suponga más que una fase de la vida, la experiencia les acompaña en el resto de su recorrido, pudiendo llegar a transformar entornos en los que, aparentemente, la okupación no tendría por qué entrar. Los casos en que esto no sucede de este modo suelen ser criticados, o, por lo menos, cuestionados, dentro del movimiento; especialmente en los casos de personas que okupan teniendo vivienda en propiedad o que okupan sin implicarse en la comunidad en la que habitan, como puede ser el caso actual de los pisos de Gabiarrota, en los cuales, me ha llegado a decir R., no se trata ya de una okupación, sino de una forma de vivir gratis.

En cuanto a la procedencia de clase, encontramos una mezcla de clase media y clase trabajadora, si bien es cierto que estos dos sectores sociales se diluyen durante la década de los '90. Sin embargo, tras la crisis económica y social que viene teniendo lugar desde 2008, se entrevé que muchos de quienes consideraban que pertenecían a la primera están asistiendo a unos recortes de derechos que indican que no dejaron de pertenecer nunca a la segunda.

En las primeras okupaciones era ésta la principal protagonista. En pleno proceso de desmantelación industrial encontramos en el movimiento la confluencia de quienes no quieren seguir el modelo social que la transición democrática ha construido y quienes, debido al creciente paro, no tienen oportunidades laborales. Como ya se ha señalado en un apartado anterior, la movilización social que tiene lugar en los '80 es paliada, en parte, a través de las políticas de aplicación de talleres ocupacionales, donde numerosos jóvenes obtienen trabajos

asalariados y se inician en un oficio. Al igual que en el caso de estudiantes, a partir de esta integración en el sistema parte de la juventud se desmoviliza. Por otro lado, ya en la década de los '90, y una vez desaparecido gran parte del sector industrial, se van asumiendo, poco a poco, trabajos del sector servicios, lo que deriva en un modo de lucha muy diferente al que caracterizaba hasta entonces a la población, dejando de lado la forma de lucha obrera, compuesta por un sentimiento de identidad que es más difícil de lograr en la nueva situación.

En Euskal Herria esta nueva fase, que, como ha quedado descrito en el cuarto capítulo, comienza con el cierre del astillero Euskalduna en 1985 y culmina con el de Altos Hornos de Bizkaia en 1996, repercute de manera notable en sentimiento de identidad obrera y de clase que va desapareciendo en el territorio y en una precarización laboral de la que la juventud es la principal protagonista. Sin embargo, los nuevos trabajos en el sector servicios van diluyendo, aparentemente, las diferencias de clase. Y éstas no vuelven a adquirir relevancia hasta la crisis de 2008. Así, encontramos que quienes creían pertenecer a esa 'mal llamada clase media', como recalca Ñ., no eran sino gente de procedencia obrera que había logrado unos privilegios y el acceso a una educación que les están siendo, nuevamente, negados.

Por lo tanto, encontramos que esa 'mal llamada clase media' es la que protagoniza en los últimos años las okupaciones que se dan en la zona de Donostialdea. Gran parte son estudiantes, hijos e hijas de obreros que han podido permitirse acceder a la educación superior. Estudiantes que, desde ella, han podido criticar las discriminaciones del sistema cuando éste ha necesitado desprenderse de aquello que no le genera beneficio, sino costes. Del mismo modo que cuando hablábamos de cómo los estudios sobre okupación se han ido integrando en las investigaciones académicas, encontramos aquí que quienes critican el sistema, tanto social como económico o educativo, son quienes, en un momento dado se han creído parte de él. Como resalta Scott, “[...] en contra de la teoría de Gramsci, es menos posible que el radicalismo surja entre los grupos subordinados (la gran mayoría, según parece) que no se toman la ideología dominante en serio, que entre aquellos que, en términos marxistas, se podría considerar falsamente conscientes [...]. A los que debe temer más el sistema es a aquellos subordinados que creen en las instituciones hegemónicas” (2003: 158-159). Aunque estos grupos manifiesten directamente no creer en el gobierno establecido, apelan una y otra vez a la democracia directa; a la toma de decisiones por parte del pueblo. Y

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

es en el ejercicio de este derecho, una vez interiorizados sus valores como parte de la ciudadanía, en el que realiza las reclamaciones pertinentes; en el que toma para sí lo que desde el poder le está siendo negado o sustraído.

En el modo de entender la democracia que desde la okupación se tiene, se opta por la acción directa frente a la injusticia y la tiranía. Quienes durante los primeros años de la Transición vieron cómo se construía un sistema político y social que no se correspondía con el deseado, que basaban en los ideales de libertad y justicia, abogaron por crear su propio modelo. Quienes hoy en día abogan por un sistema de democracia directa optan por la toma de decisiones en igualdad y se organizan mediante asamblea. Pero tener claros estos derechos conlleva, también, la carga de tener que aplicarlos en todos los aspectos de la vida. Por ello, decíamos al principio de este apartado que el perfil que la okupación requiere es un perfil muy específico. En él, el lema feminista 'lo personal es político' adquiere un carácter que no cesa cuando uno llega a la soledad de su casa, dado que es la casa misma uno de los principales ámbitos de lucha. Quienes eligen la okupación como estilo de vida deben, por congruencia con el discurso predicado, politizar todos los aspectos de ella.

El modelo, por supuesto, no es ideal y las tensiones se generan día a día, sobre todo entre, o con, aquellas personas que no asimilan las normas colectivas, generalmente no escritas. Los conflictos, que habrían de resolverse en consenso, adoptan muchas veces aquellas formas convencionales que tanto se suelen criticar; las relaciones sociales, particularmente las de género, son las que más sufren⁵². Sin embargo, en su lucha por transformar la sociedad deben, inevitablemente, empezar por transformar las actitudes desde la base; deben empezar por sus propias acciones y relaciones. Y, como señala quien okupó Minas, ceder en el yo para que entre otro no es fácil:

“La experiencia merece la pena, eliminar así de golpe las ideas de una cultura patriarcal y judeocristiana es más difícil de lo que parece [...]. Tener una casa abierta a nuevas gentes un nivel amplio de conciencia, estar dispuesta a dejar un cacho de tu sitio y compartirlo con otra persona [...]. Saber quedarse en su sitio sin invadir al otro, disponer de intimidad, de soledad, pues el grupo muchas veces se impone sobre el individuo y se convierte en un golpe de mando dictatorial. El grupo sustituye a la familia patriarcal.

52 Como señalan en un apartado del libro editado por la Asamblea de Okupación de Donostialdea, “Aunque la teoría es acertada (para liberar algo primero tenemos que liberarnos a nosotros y nosotras y construir relaciones y vidas libres y sanas), en la práctica libre esa era nuestra vestimenta, es decir, otra vez lo externo, pues en nuestras casas hemos llegado a reproducir todo aquello que queríamos abolir” (VV.AA, 2001: 52).

[...]. Hay que aprender a vivir por una misma ayudados por las demás. Individuo es diferente a individualismo” (VV.AA., 2001: 88).

Y en esa búsqueda es donde el movimiento trata de poner en práctica sus aprendizajes comunes. En este sentido, la autonomía comienza por la propia persona para derivar en el resto de aspectos de la vida. En este proceso, el DiY (Do it Yourself), hazlo tú mismo, debería convertirse en DiT (Do it Together), hagámoslo juntos (Steiger, 2015); ya que, como afirma Llobet, “un cambio en las formas culturales comporta también implicaciones políticas, de la misma manera que las acciones políticas se articulan dentro de formas culturales. De aquí se desprende que la cultura y la política son ámbitos interconectados e indisolubles” (2004: 184).

6.3 LAS MUJERES O HACIA LA REAPROPIACIÓN DE LO ORIGINARIO

“Del mismo modo que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres, los cuales fueron así 'liberados' de cualquier obstáculo que les impidiera funcionar como máquinas para producir mano de obra”

(*Calibán y la bruja*, Silvia Federici, 2016: 256).

Y es, precisamente, en Minas de Arditurri donde se dan los primeros nacimientos en casas okupadas; nacimientos que ocurren sin asistencia médica. En este intento de evitar el control que la medicina moderna ejerce sobre la salud en general, se recupera, también, el control sobre el cuerpo de las mujeres y, con ello, el primer elemento que es extraído en la acumulación originaria: la reproducción de la mano de obra.

Señala Silvia Federici en su obra *Calibán y la bruja*, cómo la caza de brujas supuso la expropiación del control de las mujeres sobre su propio cuerpo y sobre la función reproductiva, lo que, en palabras de la propia autora, “sirvió para allanar el camino al desarrollo de un régimen patriarcal más opresivo” (2016: 30). Así, la persecución del conocimiento que las mujeres tenían sobre su propio cuerpo y sobre métodos curativos

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

basados en el uso de hierbas y ungüentos particulares, acabó relegándolas al papel de meras reproductoras, perdiendo todo el poder que tenían hasta el momento en la sociedad. De este modo, nos dice Federici, “si en la Edad Media las mujeres habían podido usar distintos métodos anticonceptivos y habían ejercido un control indiscutible sobre el proceso del parto, a partir de ahora sus úteros se transformaron en territorio político, controlados por los hombres y el Estado: la procreación fue directamente puesta al servicio de la acumulación capitalista” (2016: 142-143). Este territorio político, por su parte, continúa siendo un territorio de lucha a día de hoy, cuando los debates sobre el aborto se mantienen vigentes tanto en la sociedad como en los ámbitos políticos más institucionalizados. Sin embargo, son las feministas las que recuperan el debate sobre la caza de brujas, afirmando “que cientos de miles de mujeres no podrían haber sido masacradas y sometidas a las torturas más crueles de no haber sido porque planteaban un desafío a la estructura de poder” (2016: 225). Es por ello que numerosas mujeres materializan su lucha contra el patriarcado identificándose con aquellas brujas que fueron quemadas en la hoguera. Y es así, también, como las mujeres de Matxarda eligieron su nombre. Eligieron su nombre pensando en aquellas mujeres revoltosas, sin caer en la cuenta de que la palabra también significaba 'mujer charlatana y crítica'⁵³. El apelativo se les echó encima e identificándose con lo primero acabaron siendo acusadas de lo segundo. Algo similar a lo que sucedió durante la caza de brujas. Tal vez porque también suponían un peligro que el conjunto social no se podía permitir.

Pero al igual que el mundo capitalista, el mundo de la okupación también está construido desde un punto de vista masculino. Como ya señaló en su día Joan Scott, quien defendió el uso de la categoría de género, al igual que en su momento se introdujeron las de raza y clase, como categoría de análisis histórico en los debates académicos, “el género es la forma primaria de relaciones significantes de poder [...]. Establecidos como conjunto objetivo de referencias, los conceptos de género estructuran la percepción y la organización, concreta y simbólica, de toda la vida social. Hasta el punto en que esas referencias establecen distribuciones de poder (control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos, o acceso a los mismos), el género se implica en la concepción y construcción del propio poder” (1990: 290). Y este poder, estas relaciones, son reproducidas también en las okupaciones. Sin

53 Las distintas acepciones de la palabra se pueden consultar en http://www.euskaltzaindia.eus/index.php?option=com_oeh&view=frontpage&Itemid=&lang=eu&sarrera=matxarde Accedido el 15 de marzo de 2017

embargo, no son pocas las mujeres que se inmiscuyen en sus prácticas buscando esos recodos de libertad que en otros espacios se les niega, aunque también aquí encuentren reticencias. Es por ello que muchas de las mujeres okupas deciden organizarse a su manera. Ya en el capítulo quinto se han dado muestras de los principales problemas que estas mujeres encontraron y de cómo intentaron solventarlos. Primeramente se tiende a plantear los debates dentro del colectivo. Cuando se sigue encontrando rechazo dentro de éste, se realizan okupaciones liberadas de hombres. Esto no significa, en todos los casos, que los hombres no puedan entrar en ellas. Al contrario, me aseguran las mujeres de Matxarda. Estaban dispuestas a recibir ayuda, pero serían ellas las que dirigieran las operaciones, las que decidirían en qué se les debía ayudar, las que estarían en su derecho de elegir qué tipo de ayuda recibir y cuál no. Más importante aún, decidirían quién y por qué entraría en su casa. Como me relata una de ellas, “la primera vez que un hombre cuestionaba la necesidad de okupar solas te callabas, la segunda le contestabas suavemente, la tercera le mandabas a la mierda”, lo que significaba que te reservabas el derecho a echarle de tu casa. Como veremos más adelante, cuando hablemos de la forma de organización, este derecho es común a la mayoría de las okupaciones. En torno a él se establece quien permanece en la casa y quien debe abandonarla, así como quién no puede volver a pisar el espacio. Sin embargo, tratar de encontrar un equilibrio en lo que a esto respecta es algo más complejo. Las normas, una vez más, han de adoptarse en consenso.

A fin de no resultar repetitivos, dejaremos este tema para un apartado posterior; por otro lado, no entraremos tampoco a explicar de nuevo los motivos que llevan a las mujeres a buscar su propia autonomía⁵⁴. Nos centraremos aquí, por el contrario, en cómo se lleva a cabo esta lucha, así como en algunas de las estigmatizaciones e invisibilizaciones que sufren y a las que son sometidas las mujeres okupas. Tomaremos para ello, como ejemplo, tres okupaciones de mujeres; Matxarda, la Karbonera y Andretxe.

Las tres okupaciones que realizó Matxarda, grupo formado por ocho mujeres en sus inicios, no tuvieron duración en el tiempo y la mayoría de ellas no siguieron okupando tras ello. A pesar de que esta experiencia se recoge en el libro editado por la Asamblea de Okupación de Donostialdea, *Vivienda: especulación,...&okupazioak* (VV.AA., 2000), libro de

54 Para ello véase el apartado 'Visibilizando otras discrepancias' del capítulo quinto.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

referencia en lo que respecta a okupación en el contexto del Estado, la historia de estas mujeres no queda reflejada en ninguno de los textos posteriores. Tan sólo Aitzol Loiola Idiákez, en su tesis doctoral *Movimiento juvenil vasco. Sujeto activo en los procesos de transformación popular (1990-2000)*, y Martínez López (2001, 2002) mencionan su nombre, sin llegar a contar su experiencia.

Este grupo entró en un primer momento en un viejo caserón que había sido adquirido por la fábrica papelera de Rentería, aunque algunas de ellas ya habían intentado okupar sin éxito otra casa en la zona del Infierno, Donostia, cerca de Zapatari. El caserón, renombrado como Matxarda, se encontraba en Gabiarrota, al lado de las casas de la Diputación que también estaban okupadas. Aunque les miraban raro, asegura R., no tuvieron ningún problema con el vecindario, que ya contaba con la casa de los antiguos camineros, okupada desde enero de 1987. Sin embargo, el vecindario llevaba tiempo reclamando una parada de autobús que se había programado justo allí donde se ubicaba el edificio, que se encontraba, además, en pésimo estado. Sabiendo que la casa-cuartel de la Guardia Civil del vecino pueblo de Oiartzun había quedado vacía, se trasladaron allí; donde vivieron hasta que la relación con el vecindario llegó a ser insostenible en un pueblo pequeño donde, además, se las consideraba casi extranjeras por no ser ninguna de allí. Sólo contaban con un grupo de amigos que habían okupado otros dos pisos en el bloque contiguo. La relación con el ayuntamiento, por su parte, ya ha sido relatada en capítulos anteriores.

En la colaboración que Marina Marinas realiza en la obra *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales* (2004), analiza la situación de la mujer okupa desde el punto de vista de la criminalización; pero no de la criminalización legislativa, sino de la social. El texto *Derribando los muros del género: mujer y okupación*, muestra cómo la estigmatización de la okupación es mayor si quienes okupan son mujeres. Sin embargo, advierte también, “a diferencia de lo que ocurre con los chicos, el comportamiento transgresor de aquellas a las que se califica de okupas aparece más intelectualizado” (2004: 207). Estas mujeres no sólo rechazan el sistema capitalista, como sus compañeros varones, sino la sociedad patriarcal que lo atraviesa. Por lo tanto, el lema 'lo personal es político' toma en ellas un doble sentido: el de okupa y el de mujer. “La militancia exige de la mujer una

identificación racional y voluntarista con otras personas desde cuya óptica la transgresión resulte aceptable”, nos señala la misma autora (2004: 207).

Las mujeres de Matxarda, en los relatos que hacen de su experiencia en esta segunda casa, cuentan cómo la estigmatización por parte del vecindario deriva en todo tipo de insultos: “apátridas, desarrapadas y lesbianas”, según un panfleto que circulaba por el barrio (VV.AA.: 2001); “traficantes, putas”, añaden en los encuentros que mantengo con ellas. Observamos, así, que en el intento de descalificar a las okupas prima, sobre todo, su condición de mujer. No se las acusa de usurpación, como se haría en el caso de ser hombres, sino que se recurre a apelativos como 'lesbiana' o 'puta', condiciones de mujeres que son descalificadas socialmente por sus condiciones sexuales o laborales; condiciones que remiten directamente contra la sociedad heteropatriarcal y monógama en la que la mujer ha de adoptar el papel de sumisa y de procreadora. Sin embargo, aunque las mujeres de Matxarda no hayan vuelto a okupar, nunca mantuvieron el modelo de familia nuclear establecido. Mientras que una de ellas vive, a día de hoy, en los pisos okupados de Gabiarrota, otras se fueron juntas de alquiler, donde mantienen un formato familiar que no se corresponde con el tradicional. Aunque ya no militan en la okupación todas centran su vida en torno al feminismo y aseguran que lo vivido en esa época ha sentado las bases de todo su pensamiento posterior. Como asegura Marinas, la concientización se realiza de manera más profunda que en los hombres y dura toda la vida, dado que puede que no sean okupas para siempre, pero sí mujeres. Ellas mismas afirman, en su colaboración en el libro editado por la Asamblea de okupas de Donostialdea y Likiniano que “seguramente, todas las que pasamos por Matxarda seguimos siendo feministas. Organizándonos podemos cambiar cosas, influir en nuestro entorno. Acabar con el sexismo es cosa de todas y todos, cada cual tiene su curro. Matxarda como casa se acabó, pero esta historia volverá a repetirse, ¡estamos seguras!” (VV.AA., 2001: 75).

Aunque las relaciones de género no se hayan transformado totalmente en los espacios okupados y las agresiones sigan siendo un problema que no se ha superado dentro de ellos⁵⁵, sí podemos observar un cambio en la percepción que la sociedad tiene respecto a las mujeres okupas. Tal vez porque desde el feminismo se ha tratado de sensibilizar a la ciudadanía, tal vez porque también los colectivos de gays y lesbianas han trabajado en esta dirección, en mi

⁵⁵ Véase el análisis que hace Álvarez al respecto en Álvarez, 2012.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

trabajo de campo encuentro que estos calificativos ya no se aplican a las jóvenes okupas; no al menos por su condición de okupa. Sin embargo, como se ha señalado, las condiciones dentro de los espacios okupados no se han transformado en la misma medida. Así, encontramos mujeres que siguen queriendo okupar solas, sobre todo cuando han sufrido algún tipo de agresión dentro del colectivo. Es el caso de las mujeres de la Karbonera, de Hernani, donde debido a problemas con alguno de los hombres que por allí pasaron, en su última etapa acogía solamente a mujeres y se declaraba abiertamente feminista. Esta casa contaba también con una biblioteca. Me cuenta una de las mujeres que se hacía cargo de ella una de las estrategias que adoptaron para ser aceptadas en el pueblo: dejaban siempre las ventanas y la puerta de la biblioteca abiertas, para que la gente viera que estaban trabajando. Un grupo de estas mujeres okupó en el mismo pueblo otra vivienda; precisamente en la que era llamada Andrekalea (Calle de las mujeres) hasta finales del siglo XIX, nombre se recuperó en 2014. Cuentan cómo establecieron relación con las vecinas mayores en el tiempo que duró esa okupación hablando con ellas de balcón a balcón.

Estas mujeres consideran imprescindible declarar el espacio feminista y hacerlo público. Los más de diez años de trayectoria personal en la okupación así lo corroboran. En la primera casa también éramos tres mujeres, me dice Ñ.. Pero no era una casa feminista; fue así porque coincidió, las tres buscaban vivienda y se juntaron. A raíz de la experiencia de la Karbonera, sin embargo, la cosa cambia. Las relaciones son diferentes entre mujeres, asegura, y es necesario disponer de espacios donde sentirse cómoda y libre; y no solamente porque hubiera habido problemas con hombres, sino porque militar en el feminismo les hacía considerar la necesidad de tener un lugar propio donde repensarse.

Como ya se señalara en otro apartado, las únicas que me aseguran que no tuvieron ningún problema entre ellas son las mujeres de Martxarda. Cuando le pregunto a Q. si su condición de mujeres pudo afectar a estas relaciones contesta afirmativamente. La forma en que han sido socializadas, en una educación orientada al cuidado, ha podido influir en el hecho de que fueran más condescendientes las unas con las otras. La experiencia de Andretxe, más cercana en el tiempo, me confirma que las mujeres ponen más énfasis en el cuidado personal y en mantener buenas relaciones a través del cuidado emocional, de compartir sentimientos y experiencias, de hablar acerca de preocupaciones interiores.

Pero, a pesar de que el número de mujeres es más elevado en el movimiento de okupación que en otros movimientos, siguen constituyendo un grupo menos numeroso que el de los hombres. Marinas apunta algunas de las razones: las mujeres se muestran menos proclives al nomadismo que la okupación exige y su número disminuye a medida que aumenta la edad, especialmente si existen criaturas de por medio. Sin embargo, podemos añadir, cuando las okupaciones son sólo de mujeres y se logra alguna experiencia exitosa, con duración en el tiempo, la tendencia se mantiene al alza. Es el caso de algunas de las mujeres de la Karbonera, que, tras un periodo de descanso en el que han permanecido sin okupar, se iniciaron de nuevo en la tarea en el verano de 2016.

Así, es innegable que las mujeres han introducido debates y prácticas dentro del mundo de la okupación que los hombres, por sí solos, no hubieran adoptado, como se puede extraer de distintas publicaciones realizadas en algunos medios de información alternativos; por ejemplo en el número 5 de *Desegin* o el artículo 'Lo radical en lo cotidiano' publicado en el monográfico de *Eutsi* sobre okupación. Como queda reflejado en este artículo, el cuestionamiento acerca de quién realiza las tareas es uno de los principales motivos de discordia. En mi trabajo de campo me encuentro que, aunque aparentemente todos cocinen, limpien o realicen tareas de mantenimiento, los patrones se repiten. Así, aunque la repartición de tareas fuese bastante más igualitaria que en el conjunto de la sociedad, hay que señalar que eran los hombres los que se encargaban más del mantenimiento del edificio (electricidad, cañerías, estructura) mientras que las mujeres dedicaban más tiempo a tareas del hogar, como cocinar u ordenar los distintos espacios. Aunque estos debates se llevaran a las asambleas, pocas veces repercutía en la práctica.

El trabajo de campo se llevó a cabo en una vivienda con CSO con una media de edad de 26 años (hay que tener en cuenta que dos hombres de 34 y 35 años suben la media, mientras que las modas serían 21 y 28), es decir, en una okupación de gente mayoritariamente joven. Sin embargo, cuando converso con dos personas más mayores encuentro que la tendencia es la misma. L., que ha participado en varias okupaciones desde su juventud, algunas de ellas sola junto con sus hijas que en ese momento eran menores, cuenta cómo cada vez que coge un martillo o alguna otra herramienta K. está detrás para supervisarla. Sin embargo, cuando lo ha hecho sola no ha tenido ningún problema. K. reconoce este hecho y admite que no puede

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

evitar quedarse vigilando, a pesar de saber que ella es perfectamente capaz de realizar la tarea sin su ayuda.

Pero también las actitudes son diferentes. En esta misma conversación, ella comenta cómo las mujeres son capaces de reconocer que no saben utilizar una herramienta y están dispuestas a que se les enseñe, mientras que ellos, a pesar de no saber, se lanzan a ello. Así, aunque no todos los hombres y mujeres que me encuentro en mi estudio reproduzcan estos roles ni se admitan abiertamente las relaciones de poder existentes, la tendencia es a repetir los patrones de masculinidad y feminidad que nos ha inculcado la sociedad; patrones en los que las mujeres se centran más en tareas del hogar y de cuidados y los hombres en aquellas de acción. Estas discrepancias también quedan recogidas ya en el artículo de *Eutsi*, lo que demuestra poco avance en este sentido en todos estos años.

Respecto a la expresión de sentimientos y cuidados, sin embargo, sí observo algunos cambios en relación con el orden establecido. Son muchos los hombres que tienden a decir lo que sienten y a compartirlo con los y las compañeras. Cuando ha habido algún problema, también han sido partidarios de realizar asambleas de sentimientos con el fin de aclarar y comprender por qué y cómo se siente cada miembro del grupo. Acuden a talleres sobre género y masculinidades con el fin de cambiar sus actitudes. Sin embargo, esto no deriva inmediatamente en una igualdad. Requiere una práctica que no siempre se materializa. Como nos dice Hall cuando analiza cómo el feminismo irrumpió en los estudios culturales y en sus dinámicas, “hablar de renunciar al poder es una experiencia radicalmente diferente a ser silenciado”, requiere “otra manera de pensar” (2010: 58), y ello no es fácil cuando los privilegios de que disponemos nos parecen innatos.

En lo que a los cuidados se refiere, también asumen que existen diferencias. Así, en la conversación anterior, él cuenta cómo cuando su madre enfermó su hermana, asumiendo que era tarea suya, le pidió como favor que le ayudara en el cuidado; algo que le hizo reflexionar, pues también era responsabilidad suya cuidar de sus progenitores. De ello se observa que la mujer sigue sumida en el papel de cuidadora, lo que supone una doble esclavitud: la laboral y la de los cuidados, que adquiere siempre la forma de una desigual distribución de tareas. Así, aunque la maternidad no sea la principal característica de las mujeres okupas, cuando se da el caso se puede observar que los hombres no colaboran por igual en la crianza.

Los diversos autores que estudian la okupación asumen que la maternidad es uno de los factores que potencian que las mujeres dejen o se alejen parcialmente del movimiento (Marinas, 2004; Martínez López, 2002, entre otros). Teoría que me confirman también quienes vivieron en Zapatari o Martutene, así como miembros de otros centros sociales o gaztetxes. La inestabilidad que la okupación supone ejerce un papel clave a la hora plantearse cómo llevar a cabo la crianza. Y, en este juego, la mujer cede más ante el bienestar de la criatura que el hombre; lo cual no significa que no haya hombres que busquen una estabilidad una vez pasado el nacimiento. Sin embargo, son las mujeres las que tienden a dejar el movimiento. Pero, a pesar de que ésta es la tendencia mayoritaria, también hay mujeres que deciden compatibilizar la lucha del movimiento con la maternidad, considerando la forma de crianza una forma más de disidencia social que empieza en el mismo momento de la concepción. Y es precisamente en este momento cuando comienza el empoderamiento.

Como forma de sublevación contra la medicina moderna y contra la cosificación del cuerpo femenino, las mujeres okupas de la década de los '80 comenzaron a dar a luz en las casas, sin más asistencia que la de una partera, que no en todas las ocasiones llega a tiempo, como es el caso de algunos de los nacimientos de Minas. Este hecho les permite recuperar, por un lado, el control sobre sus propios cuerpos y, por otro, sobre la reproducción biológica. En esta situación, me cuentan, ellos no sabían cómo debían actuar, por lo que quedaban relegados a segundo plano, tomando la mujer el protagonismo. Aunque aquello girara también en torno a los cuidados, al no contar con ayuda de la medicina externa, aprendieron a controlar no sólo sus cuerpos, sino la creación de la vida, lo que implica recuperar un estatus social que, como argumenta Federici, se perdió con la caza de brujas⁵⁶. Así, como relatan desde Minas, “en el '93 llegan los nacimientos [...], con lo cual tenemos presente que las mujeres de nuestro entorno son capaces de autoorganizarse los partos, la salud...” (VV.AA., 2001: 91). Este hecho proporciona, de una manera no explorada hasta el momento, poder a las mujeres del movimiento, reafirmando la confianza en sí mismas y en sus posibilidades. Por

⁵⁶ Como afirma esta autora, “con la marginación de la partera, comenzó un proceso por el cual las mujeres perdieron el control que habían ejercido sobre la procreación, reducidas a un papel pasivo en el parto, mientras que los médicos hombres comenzaron a ser considerados como los verdaderos 'dadores de vida' (como en los sueños alquimistas de los magos renacentistas). Con este cambio empezó también el predominio de una nueva práctica médica que, en caso de emergencia, priorizaba la vida del feto sobre la de la madre. Esto contrastaba con el proceso de nacimiento que las mujeres habían controlado por costumbre” (Federici, 2016: 141).

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

supuesto, no pretendo afirmar aquí que para que una mujer se sienta realizada ha, necesariamente, de convertirse en madre, ni que haya que negar las facilidades que proporciona la medicina moderna a la hora de asumir los riesgos que puede conllevar un parto. Sin embargo, el recuperar el control sobre el propio cuerpo, control que desde el Estado y sus instituciones, concretamente la medicina, les ha sido usurpado, constituye una fuente de poder que reafirma la posición social de las mujeres.

Los partos en Minas no fueron casos aislados. También en la casa de Martutene y en el caserío Egiluze de Igueldo, ambas en Donostia, se tiene constancia de nacimientos que se han dado allí; un total de diez entre las tres casas. Sin embargo, parece que esta tendencia disminuye de nuevo una vez pasada la segunda mitad de los '90, a partir de la cual no tengo constancia de nacimientos en las casas. Coincide este hecho con un bajón en el movimiento y con la introducción de la ideología neoliberal en la sociedad, además de con el desalojo, en el año 2000, de Zapatari y Martutene. Ante esta situación, me cuentan en una conversación informal antiguos okupas de estas dos casas, muchos optaron también por irse al monte. En los lugares donde he realizado el trabajo de campo, por su parte, sólo tengo constancia de una madre joven que acude asiduamente con sus hijas a centros sociales y que está vinculada al movimiento, formando parte de la asamblea de uno de ellos. Pero no viven okupando, ni ha dado a luz de manera alternativa. El resto de mujeres jóvenes que me encuentro no tienen criaturas, y las mayores las tienen ya criadas.

En este sentido cabría señalar, pues, que, aunque la participación de las mujeres en la okupación sigue siendo numerosa y crítica, reabriendo continuamente el debate sobre la igualdad de derechos y, más importante aún, sobre cómo queremos que sean esa igualdad y esos derechos, los proyectos de vida tienden a no incluir descendencia en él. Como se ha señalado más arriba, además, en los casos que ésta se incluye, la lucha no se hereda, sino que forma parte de una transmisión cultural que potencia la lucha política, pero que no tiene por qué darse. Así, encontramos quienes, tras haber nacido en una okupación, llevan cabo una vida 'normal', como desde ellas la denominan; es decir, una vida en la que se busca una vivienda en propiedad o de alquiler, se realizan unos estudios, se busca un trabajo, o se asientan con una pareja estable para formar una familia. Sin embargo, también encontramos la tendencia contraria. Algunas de estas hijas siguen la línea de sus progenitores, acudiendo a

CSO y gaztetxes, viviendo en casas okupadas, y participando de sus asambleas. También en espacios okupados más recientes, como el desalojado Itxasgain o la Firestone, encontramos hijas de okupas que se inmiscuyen, sobre todo, en la lucha feminista, pero también en la gestión del centro; y en compañía de cuyas madres y padres, en ocasiones, acuden. Cuando estos casos se dan, comprobamos que, como decía ya Willis, la producción cultural es también reproducida culturalmente; lo que tiene su efecto en la recreación de patrones distintos de aquellos que la producción social hegemónica promueve.

Sin embargo, el empoderamiento que adquieren las mujeres mediante el control del parto no las afecta solamente a ellas. Al asistir al nacimiento, también los hombres establecen vínculos con las criaturas. Y estos vínculos se ven reflejados en la crianza y en el trato posterior aunque no sean los padres biológicos de ellas. En este sentido, tanto mujeres como hombres valoran intensamente la experiencia de dar a luz en las casas y la forma en que después se socializan dentro del colectivo que, en cada casa, forma una pequeña comunidad.

6.4 ORGANIZANDO LAS RELACIONES: ENTRE PERSONAL Y LO COLECTIVO

Todos los textos consultados, así como los relatos de la gente con que me he entrevistado y mi propia experiencia, coinciden en que la asamblea constituye la base de la forma organizativa y de la toma de decisiones por antonomasia. Ésta sirve para tratar tanto la organización interna como la externa. En ella se debaten las actividades que se realizarán, pero también los problemas que el grupo pueda tener. De este modo, las asambleas constituyen un punto central para el buen funcionamiento del CSO o gaztetxe y de las casas. Como cuenta E., “hemos sido muy pesados en hacer asambleas todas las semanas, muy tajantes” porque si no se hubiesen trabajado los problemas de este modo “la convivencia se hubiera ido al traste”. Y, de hecho, reconocen varios habitantes de la misma casa, la semana que no se ha realizado la asamblea se ha notado en el ambiente. Así, la asamblea se convierte en un pilar de la convivencia.

Las asambleas permiten además mantener la horizontalidad desde la que se pretenden organizar los centros, rompiendo con las jerarquías impuestas desde los ámbitos

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

gubernamentales, en un paso más hacia la autogestión y la autoorganización; las asambleas permiten, por lo tanto, organizarse 'desde abajo'. En este sentido, nos dicen Della Porta y Diani, que los movimientos tratan de poner en práctica los mismos patrones que exigen a los mandatarios, es decir, participación, construcción de consensos y horizontalidad (2011: 307). Pero, como ya se ha señalado, mantener este equilibrio no es tarea fácil. Como matizan los autores, el éxito es dispar. Así, aunque aparentemente no haya jerarquías internas, siempre hay unas voces que resaltan más que otras en las asambleas; por otro lado, los conflictos personales que se dan fuera de ésta interfieren en ella. La horizontalidad, pues, es el ideal, pero no siempre conforma la realidad. Tal y como apunta Martínez López, “la misma realización de las asambleas es un proceso de aprendizaje constante, cargados de conflictos por inasistencia, por asistencia pasiva a las sesiones, por las dificultades para tomar decisiones sobre algunos temas, por las dificultades para tomar esas decisiones por consenso, porque los compromisos adoptados en las asambleas luego no se llevan adelante o porque, simplemente, un clima de tensión, desconfianza y autoritarismo latente fuera de las asambleas puede también deslegitimar el espacio 'legalmente' horizontal pero puntual, de las asambleas” (2002: 194). Estos conflictos los encuentro también en mi trabajo de campo, y me son confirmados en algunas de las entrevistas personales, aunque, en el discurso oficial, estas actitudes tiendan a negarse. Así, muchos de los miembros de la asamblea se sienten, efectivamente, identificados con esa forma de gestionar las asambleas, criticando otros centros en los que sí observan jerarquías directas. Esto supone a asimilación de que, en su caso particular, las desigualdades se dan en ocasiones muy puntuales, y de que, cuando esto sucede, se trabaja siempre para cambiar la dinámica. Lo que contribuye a reafirmar la integridad del grupo, con los peligros que ello conlleva. En este sentido, es ilustrativa la autocrítica que desde la Asamblea de Okupación de Donostialdea se realiza, en la que afirman que,

“A un nivel más de experimentación interna, el grupo sustituía el autoritarismo patriarcal. Se daba muchas veces la homogeneización del grupo frente a la diversidad de las personas en sí. El grupo se convierte en una pequeña secta, donde se sustituye la adoración de un Dios, de una ideología, o de la seguridad afectiva, por la adoración de lo colectivo” (VV.AA., 2001: 53).

De este modo, cuando el grupo se vuelve demasiado homogéneo, las personalidades individuales quedan anuladas y, con ellas, las necesidades personales. También Martínez y Casado se topan con estos problemas cuando analizan las relaciones de grupo dentro de la

Marcha Mundial de las Mujeres o La Vía Campesina. Así, nos dicen, “la unidad y cohesión convive en tensión con la autonomía personal y el respeto a la cualidades diferenciadoras de cada activista”, lo que puede llegar a generar jerarquías; “cuando se produce esta deriva, con dinámicas de pertenencia, identificación y formas de funcionamiento muy uniformes y rígidas, se diluye el carácter emancipador de las prácticas organizativas fortalecedoras de la identidad colectiva”, nos advierten (2013: 31). De forma que, cuando estas necesidades finalmente resurgen lo suelen hacer en modo de estallido debido al tiempo que la persona lleva autocontrolando sus emociones. En estos casos, además, el grupo tiende a mezclar el individualismo con la individualidad, culpando de la inestabilidad del colectivo a la persona y no sabiendo, por otro lado, empatizar con ella. Pero como señala el okupante de Minas, no es lo mismo individualismo que individuo. Como me afirma en varias conversaciones, cada persona debe encontrar su propio espacio en la casa, debe tener su habitación, si quiere con su propia cocina; y, al mismo tiempo, tener derecho de uso sobre las zonas comunes. La siguiente declaración, realizada por él mismo en las II Jornadas Anticapitalistas de la UAM *Colectividades y okupación rural*, celebradas en marzo de 1996, resulta también ilustrativa:

“Otro punto interesante es cómo participa una persona en el colectivo. Cuando alguien nuevo quiere entrar, necesita buscar su propio espacio y el grupo le tiene que dejar que lo encuentre. Esto es algo difícil porque estamos acostumbrad@s a mantener una serie de jerarquías, de roles, de formas de poder. Las personas que iniciaron el grupo, acordaron una forma de actuar, una ideología, que creo que es necesaria para que todo el mundo se implique y participe, pero ni mucho menos ésta debe ser rígida, creo que es necesario una ideología diversa que deje desarrollarse a personas con diferentes formas de vida. Es decir esquivar la comuna celular como forma reproductora de los mismos esquemas de los que queremos escapar.

Dentro del tejido grupal, una de las cosas por las que se elige vivir en grupo es el apoyo mutuo [...]. Pero cuando surge un mal rollo también es más difícil solventarlo, sale el lado oscuro de la persona” (Malayerba, 1999: 30-31).

Así, se muestra partidario de respetar a las personas cuando quieran estar solas, o cuando no deseen participar en la actividad; aunque en ocasiones esto repercute sobre el grupo. Sin embargo, señala, en los '80 no trabajaban tanto las relaciones; la juventud tiene más herramientas ahora para ello, por lo menos quienes han estudiado carreras universitarias como pedagogía o psicología, me dice. Así, su forma de resolver los conflictos era primero hablarlo, pero si no se obtenía solución, se optaba por la separación. Otro de los entrevistados, O., señala que cuando existen problemas personales en el centro social que frecuenta, en el que la

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

mayoría entran en la franja de edad de los mayores, tienen un método para solucionarlo. Primero se deja que las personas implicadas lo hablen. Si no llegan a un consenso actúa el grupo como mediador. Si esto tampoco funcionara la solución estribaría en que alguien deje el colectivo.

Efectivamente, como señala L., la juventud de hoy día tiene más herramientas para solucionar estos problemas. En este sentido, los debates que se dan en las asambleas así lo aparentan. A este respecto, se llegan a realizar asambleas de sentimientos o, incluso, a desarrollarse ejercicios como el teatro del oprimido a fin de liberar tensiones y sacar a la luz la causa de los problemas. Cuentan, además, con la colaboración de las experiencias previas, como pueden ser los talleres impartidos por el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) o por el pueblo okupado de Lakabe; colectivos que han desarrollado técnicas orientadas a la gestión de tensiones y emociones. Pero tener las herramientas no significa necesariamente saber aplicarlas; la falta de experiencia, en muchos casos también delata al colectivo. Por ello, en la práctica sigue siendo difícil conseguir el consenso y resolver los conflictos, así como encontrar un equilibrio hacia el respeto de las individualidades, sin que aflore un cierto grado de violencia. Estos casos son aún más visibles cuando los centros sociales y las viviendas comparten espacio, algo que suele derivar, al igual que en los casos vividos por sus antecesores, en una división del grupo o en la marcha, en algunos casos forzada, de parte de sus miembros. La siguiente declaración, realizada por un miembro del CSO Itxasgain, resulta ilustrativa en lo que respecta al uso compartido del espacio y a la división de tareas entre quienes participan de un CSO y quienes habitan en la vivienda:

“yo siempre decía ‘no se hacen turnos y tal’ y ‘¡na! Esto ya lo vamos sacando’ y el problema de eso, de ‘ya lo vamos sacando’ es que el que tiene el 90% de posibilidades de ir sacándolo es el que vive ahí. Porque claro, yo, si no vivo ahí... o sea, yo sé que hay algo y a la hora [del evento], o un rato antes, voy a pasar. Pero claro, como tampoco sé exactamente si tres horas antes les hace falta algo, o no, pues al final sí, yo creo que sobre todo al principio se lo comía prácticamente todo la gente de la casa. Totalmente. Y yo creo que de cara al final sí se ha ido mejorando poco a poco, se han hecho turnos [...]. Los turnos se fueron haciendo, pues al principio costaba más, y con la práctica yo creo que las últimas veces se han ido respetando bastante bien, a base de discutirlo bastante también en las asambleas, eso hay que decirlo, pero sí” (J.).

Del resto de problemas señalados por Martínez López, podemos ilustrar varios más. Por ejemplo, en cuanto a la ejecución de turnos y tareas asumidas incumplidas, he acudido en

diversas ocasiones a la propuesta durante las asambleas de soluciones, sin que, en casi ningún caso se llegara a solucionar al 100%; es decir, siempre quedaba alguien que no asumía alguna de las responsabilidades a las que se había comprometido. Así, aunque se trabaje día a día para ello, los procesos son lentos y mucha gente acaba tirando la toalla. El caso de una de las habitantes de Itxasgain así lo demuestra. Ella, que ya contaba con años de experiencia en la okupación, muestra su desencanto en este testimonio:

“Tenía una idea un poco idealista y soñadora y al final me han terminado minando las relaciones de convivencia, o el egoísmo de la gente, o no sé... o la falta de... Yo como que daba un poco por hecho que por el simple hecho de okupar la gente ya tenía una mente diferente, unos valores diferentes, y la realidad me ha demostrado que eso no es así; que se puede estar okupando una casa y tener unos valores igual que los del resto de la peña, sólo que okupas un espacio simplemente para no tener que pagar. Yo creía en un rollo de okupar más una movida de crear una familia, una comunidad. Y, hasta llegar a Itxasgain, la experiencia que he tenido ha sido todo lo contrario: cuartos individuales, vidas individuales, cosas que no tenían que ver con lo que yo pensaba que era” (D.).

Sin embargo, declara también que aún queda mucho por hacer a la hora de compartir responsabilidades, sobre todo en lo que a relaciones personales se refiere. Si estos aspectos no se cuidan la comunidad deriva en un compromiso que queda unido por la lucha, o por motivos aparentemente más banales, como pueden ser las fiestas⁵⁷, pero no por las relaciones afectivas que unen a sus miembros y a partir de las cuales se conforma el movimiento. En este sentido, matiza:

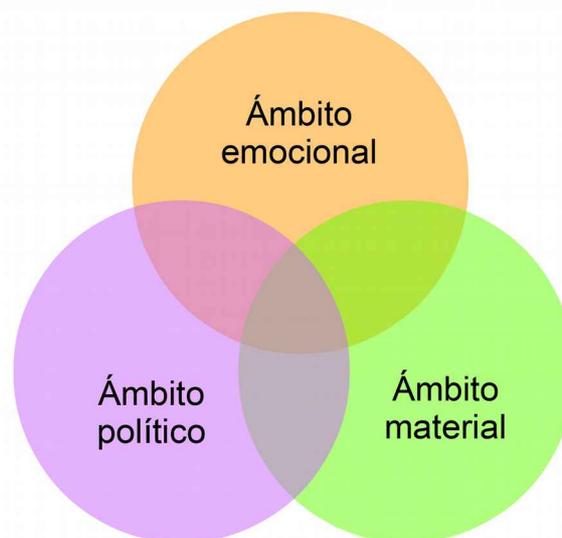
“es muy fácil ser piña y comunidad para salir de fiesta, y para no sé qué, para no sé cuál, pero sí que es verdad que pienso que nos falta mucho trabajo respecto a hacer esa piña con cosas reales de compañeros. No sé cómo explicarlo. Un poco implicarnos de verdad, conocernos bien, implicarnos de verdad en la vida las unas de las otras. Es algo que creo que hemos hecho de manera individual pero no de manera grupal, ¿no? Y creo que es algo que es necesario. Al final que una persona esté mal afecta a todo el grupo, ¿no? Y para mí es cosa del todo el grupo y en cierta manera es responsabilidad de todo el grupo. Pero bueno, también creo que es un camino por hacer. Al final aquí llevamos un año y eso es algo que no se aprende de la noche a la mañana, teniendo en cuenta también los tiempos que tenemos. Si pudiéramos dedicarnos, dedicar la vida a estar dentro de esta casa trabajando las cosas que creemos que queremos cambiar pues sería distinto, ¿no?” (D.).

⁵⁷ Se matiza 'aparentemente' porque, como veremos más adelante, las fiestas son un elemento fundamental tanto para la socialización entre miembros del grupo y la consolidación de las relaciones entre estos, así como para la financiación del colectivo.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

Este testimonio muestra las contradicciones entre lo que decepciona del colectivo y la esperanza que se pone en que las expectativas se acaben cumpliendo. Existen diversos motivos para que no se dé esta deseada horizontalidad. El primero de ellos viene marcado por los rasgos de individualidad que desde la sociedad se imponen y de los cuales es difícil desprenderse; aquí, los intereses personales tratan de imponerse sobre los intereses del grupo y suele ser difícil encontrar un equilibrio. Otro de los motivos suele ser, precisamente, esa diversidad de intereses, aun cuando éstos afecten y se enfoquen hacia el grupo. Del relato anterior podemos extraer varias conclusiones. ¿A qué le da importancia cada persona? Mientras hay quienes apuestan por trabajar las relaciones y la unidad del colectivo, otros optan por recomponer el edificio, primando el trabajo material sobre el emocional. Finalmente, encontramos quienes consideran necesario dedicar la mayor parte de su tiempo a la lucha, sea la reivindicación de vivienda, sea cualquiera de las otras mencionadas a lo largo de este texto, sea organizar eventos para su financiación o difusión. Estos tres aspectos, sin embargo, son primordiales. Como muestra la figura 6.1, el equilibrio debe darse en la intersección de los tres, en aquel punto que permita no descuidar ninguno de ellos; aprendiendo a respetar las individualidades, pero sin poner en peligro la integridad del colectivo. Algo que difícilmente se consigue.

Figura 6.1 Ámbitos relacionales colectivos



Fuente: elaboración propia

Por último, encontramos otro factor que fomenta las jerarquías. Se trata de la especialización respecto al conocimiento. Aunque se abogue por el trabajo y el conocimiento compartido, siempre hay quien domina más algún tipo de trabajo que otro. En algunos casos el mayor conocimiento respecto a un asunto concreto deriva en respeto hacia la persona, a la que se le consulta cuando es necesario. Sin embargo, el ideal dicta que esta persona enseñe a las demás para que todas puedan realizar esta labor, algo que en la práctica no siempre se traduce de este modo. Por un lado, se tiende a delegar en esta persona la responsabilidad correspondiente al tema a tratar, fomentándose la tan rechazada especialización. Por otro, cuando prima el finalizar alguna obra, no se suele dedicar el tiempo necesario requerido para enseñar a los demás. De este modo, el ideal del conocimiento compartido suele darse más en grupos pequeños o en aquellos donde nadie tiene un conocimiento especializado previo. Sin embargo, en grupos grandes en donde ya existe una especialización personal, raras veces resultará efectivo, especialmente si la prisa aprieta.

Así, romper los dogmas en los que las personas han sido socializadas es tarea que no se logra en dos asambleas; muchas veces es el resultado de años de trabajo y supone el abandono de muchas personas. En la mayoría de los casos voluntario, dado que, al igual que sucede en la sociedad, se encuentra un gran desequilibrio entre expectativas y experiencia, con la diferencia de que, en este caso, se puede dejar el grupo por voluntad propia; algo que la sociedad hegemónica no permite. En otros casos, sin embargo, la marcha es obligada, consecuencia de alguna conducta que rompe con los valores tolerados por el colectivo.

La resolución de los conflictos, en estos casos, suele mantenerse firme. La forma de tomar la decisión suele pasar por el consenso de la asamblea. Pero también en este sentido cada centro o casa adopta sus propios métodos. Las decisiones son más difíciles de tomar cuando se trata de problemas de convivencia o se ven afectadas relaciones afectivas personales. En el primero de los casos un tema a debatir sería la legitimidad que cada persona tiene para continuar en la casa, así como el derecho a la concesión de una nueva oportunidad para que remiende el mal causado, dado que, como ya se señalaba en una declaración anterior, deshacerse de las normas y comportamientos hegemónicos resulta, en primera instancia, complicado; y estos espacios se consideran, por sí mismos, un pleno proceso de aprendizaje y experimentación continua. En este sentido, la decisión se suele acatar tras varios intentos de

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

lograr una convivencia adecuada. Así, si existen divisiones en el grupo con un relativo equilibrio numérico, suele prevalecer la posición de quien previamente okupó el espacio, aunque no siempre resulte así. Por su parte, cuando la mayoría considera que un grupo menor o una sola persona es la causante de los conflictos, es esta minoría la que debe abandonar el lugar. En algunos casos se niega a la persona o personas correspondientes la entrada en el espacio, mientras que en otros el veto se limita a la convivencia. Dependerá, en todo caso, del daño producido. Los principales motivos que llevan a la toma de este tipo de decisiones suelen ser el incumplimiento continuo de normas que afectan a la convivencia y a la seguridad del colectivo y, especialmente, las agresiones, consumo excesivo de drogas o aquellas actitudes que popularmente llevan a la denominación de 'costra'. Las agresiones son las actitudes más duramente sancionadas. En estos casos, no sólo se niega el acceso al espacio concreto en que ésta se produjo, sino que puede derivar en la prohibición de entrar a cualquier otro espacio considerado 'liberado'. Este último caso tiene mayor repercusión cuando la agresión realizada es sexual. En estos casos raras veces se entra a juzgar la agresión misma; el criterio general, por el contrario, suele ser que una agresión surge en el mismo momento en que una persona se siente agredida.

De este modo, cuando una asamblea decide que alguien debe dejar de pertenecer a ella, o que alguien no puede entrar más en un espacio, la decisión se lleva a cabo con todas sus consecuencias; incluido el cuestionamiento de quien infringe la norma permitiéndole el acceso. Así, aunque, en su afán por disidir las normas establecidas, se permita casi cualquier tipo de acción y comportamiento, el colectivo impone algunas normas sobre ciertas actitudes, entre las que no se tolera, en particular, aquello que supera el límite del respeto. La respuesta social se traduce en la condena al más estricto ostracismo en los casos más extremos.

Sin embargo, la práctica demuestra que no todas las personas son tratadas por igual, como tampoco todos los espacios toman el mismo tipo de decisiones. La experiencia, por su parte, permite atajar los problemas de raíz. De este modo, cuando un grupo ya está consolidado y funciona como sus miembros desean, el nivel de tolerancia respecto a actitudes no aceptadas será menor. En mi trabajo de campo viví estos debates y observé cómo un colectivo que ya había tenido que echar a varias personas por diversos problemas se enfrentaba, no sin dificultad pero sí de manera más tajante, a la toma de este tipo de decisiones. El grupo va

madurando según se van sucediendo y resolviendo los conflictos. En el caso señalado es ilustrativo el ejemplo de dos de estas personas. Mientras que una de ellas, que había sido partícipe de la okupación pero que era también consciente de los problemas que causaba en el grupo, aceptó la decisión colectiva y mantuvo una buena relación con el resto acudiendo de vez en cuando al CSO, aunque ya no viviera allí, el otro no aceptó que se le excluyera, causando problemas aun mayores que requirieron la intervención de la policía en favor de quienes estaban okupando. Así, cuando los problemas derivan en amenazas o conflictos que ponen en peligro no sólo la integridad del grupo, sino de las personas, el veto suele ser total.

En el caso de las agresiones sexuales suele suceder lo mismo. La persona es totalmente apartada de estos espacios, lo que puede suponerle la exclusión absoluta de la vida social si se da el caso de que éste es su principal lugar de socialización. Esta medida era ya tomada en las primeras okupaciones, y, tanto antes como ahora, se difunden fotografías y comunicados en los que se identifica al agresor. La condena supone así el aislamiento y, como consecuencia, la reducción del círculo de apoyo con el que la persona cuenta.

El excesivo consumo de droga también suele convertirse en motivo de sanción o, por lo menos, de debate. Así, en los años '80 se condenaba, especialmente, el consumo de heroína, trabajando, sobre todo desde los *gaztetxes*, con Askagintza⁵⁸ en su lucha contra el tráfico y consumo de esta sustancia. Pero el resto de drogas eran toleradas y consumidas justificando este acto como una búsqueda de libertad y experimentación más. Aunque en sus inicios se da asilo a los heroinómanos, cuando en los espacios okupados se comienza a ser consciente de las consecuencias que acarrea la heroína optan por renunciar a ello, prohibiendo la entrada a sus consumidores en esos espacios okupados y trabajando activamente por su desaparición. Se veta a los consumidores de heroína por el desequilibrio que suponen para el colectivo, así como por el peligro que implica para quienes aún no la han probado, especialmente los más jóvenes o vulnerables. La incapacidad para hacer frente a esta situación también supone un motivo de rechazo. Sin embargo, en estos casos, al contrario de lo relatado en las situaciones anteriores, no se los condena totalmente al ostracismo sino que se intenta buscar una solución trabajando junto con asociaciones de prevención de drogodependencias. Esto no evitó, sin embargo, que muchos la probaran y abandonaran el movimiento social. Pero sí supuso la

58 Asociación de prevención de drogodependencias.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

reducción de su consumo dentro de estos espacios. En este sentido, la relación de la juventud en los espacios okupados con la droga es presentada también en Paskual, 1996.

Aunque la heroína ya no está presente de manera visible en nuestras calles, la droga no ha desaparecido de los espacios okupados y suele ser motivo de debate. Así, asisto a asambleas en las que se decide que no se beberá alcohol ni se fumarán porros durante la consecución de las mismas, dando por hecho que el resto de drogas sólo son consumidas en los momentos de fiesta. Esta posición, sin embargo, no es la más habitual y es difícil llegar a un consenso al respecto con quienes hacen uso habitual de las drogas (de cualquier tipo) en su vida diaria. El alcohol, que es una de las drogas más toleradas socialmente, supone también una de las más peligrosas, llegando a desequilibrar colectivos enteros. Puede llegar a destruir espacios que funcionan si no se hace frente a tiempo al problema. Pero para ello, como señalaba la okupante de Itxasgain, es necesaria la implicación del colectivo en su conjunto; es decir, es necesario que todo el colectivo acepte como propio un problema que suele ser considerado individual. Ello requiere también la aceptación de los límites del grupo, así como saber acudir en busca de ayuda a sectores especializados. El debate sobre las drogas, por su parte, constituye uno de los factores que aún queda por trabajar dentro del movimiento; aunque encuentro ya algunos espacios que lo hacen, por ejemplo en la Firestone, donde durante la realización de distintas jornadas no se sirve alcohol hasta las 20:00 horas; en una doble política de reducir el consumo de éste y de intentar no financiarse a partir de él.

Otro motivo de conflicto lo suponen quienes acaban siendo denominados como 'costras'; es decir, aquellas personas que viven en los espacios okupados sin llegar a aportar nada al colectivo y, en ocasiones, aprovechándose del trabajo realizado por éste. Estas personas son más numerosas de lo debieran y bajo el discurso de la búsqueda de libertad y de encontrarse en espacios liberados donde no se les debería poner restricciones excusan sus acciones. Echarlas no supone tampoco tarea fácil y tiende a dárseles distintas oportunidades para que se integren en el colectivo. Sin embargo, observo que pocas veces surte efecto; las actitudes se cambian por un tiempo pero tienden a olvidarse de nuevo con el paso de los días. Estas actitudes se encuentran en todas las épocas. Así, me cuenta, por ejemplo, T. el infierno que le suponía vivir en Zapatari en verano, aunque las condiciones del invierno fueran más duras. La casa se llenaba de alemanes y holandeses, que no colaboraban en nada; simplemente

preparaban la cena del último día. También durante el resto del año, añade, aparecían a comer casi siempre el doble de personas de las que vivían allí, pero era en verano cuando surgían mayores problemas. Estas personas, por su parte, llegaban en forma de turistas, un tipo de 'turismo alternativo' que describiremos en un apartado posterior. Así, una de las resoluciones para este tipo de conflictos es instaurar un protocolo para visitantes, algo que se comenzó a hacer, por ejemplo, en Itxasgain, donde se estableció que las visitas deberían colaborar en la búsqueda de comida y organización de la casa durante su estancia.

Siguiendo, así, con la resolución de conflictos, observamos que, tal y como en la sociedad criticada, el incumplimiento de las normas morales compartidas por el colectivo se castiga mediante sanción; algunas de las cuales pueden condicionar de por vida al ejecutor. Aunque los casos de agresiones no suelen ser muy numerosos tampoco son aislados y suponen el culmen de lo intolerable. La sanción respecto al uso de drogas, aunque puede llevar a la exclusión de la persona consumidora, no suele ser tan dura como en el caso anterior, a no ser que el consumo y las actitudes derivadas de ello repercuta de manera notable en el colectivo. En el resto de casos, sin embargo, las conductas se regulan, más que mediante sanciones explícitas, mediante técnicas de control social, más autorreguladas que obligadas; pero, en todo caso, consensuadas, ya que quien decide participar del movimiento es libre de dejarlo si no se siente a gusto en él. Por otro lado, aunque existan unas normas comunes no escritas, cada espacio suele tener sus propias convenciones. De este modo, también el grupo acaba imponiendo unas normas de comportamiento sobre las personas individuales, por lo que se corre el riesgo de que el grupo sustituya a la familia patriarcal, reproduciendo los mismos patrones.

Las referencias a los lazos familiares, por su parte, son constantes. Este parentesco ficticio es una de las instituciones informales que el movimiento crea para su subsistencia. Y, como ya se ha señalado, puede ejercer de agente opresor; pero también de salvaguarda de sus miembros, permitiendo, en cada caso de desalojo, una especie de reagrupación familiar en otras viviendas, okupadas o no. Reagrupación que forma la base de la red de relaciones sociales que posibilita que el movimiento continúe en marcha. Del mismo modo que los grupos dentro de las casas se forman a través de conocidos y amigas, es decir, a partir de relaciones afectivas ya existentes, en los desalojos esta red adopta el papel que la familia

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

tradicional ejerce en la sociedad hegemónica, con la doble función que ello conlleva, ejerciendo, por un lado, presión simbólica para que se cumplan unas determinadas normas que aseguran la pertenencia al grupo, pero, por otro, asegurando a sus miembros la acogida en las distintas casas y espacios existentes. Como señala Ñ., lo que muchas veces le ha salvado ha sido la solidaridad de okupas que la han acogido en sus casas tras cada desalojo.

Sin embargo, no es sólo esta red la que permite que miembros del movimiento no se queden en la calle. La diferencia entre estas okupaciones y las realizadas silenciosamente

por inmigrantes estriba en que, en la mayor parte de los casos, los y las okupas tienen una familia a la que acudir. Así, aunque se critique el modelo de familia patriarcal tradicional del que se intenta huir, ésta ejerce de apoyo para sus miembros disidentes, permitiendo, aunque no en todos los casos, la vuelta al hogar familiar. El papel de la familia de origen, en este sentido, resulta fundamental. Aunque la respuesta inicial sea de rechazo hacia la práctica de la okupación (salvo en aquellos casos en los que los progenitores también okupan o han okupado, o mantengan relación con movimientos sociales transgresores), poco a poco las familias van aceptando esta condición, inmiscuyéndose, en ocasiones, también en la vida de sus hijos e hijas, o acudiendo a los espacios en los que éstos viven o frecuentan, siquiera para conocerlos. En este sentido, la actitud de los progenitores suele derivar en una apertura que se traduce un cierto grado de tolerancia hacia la okupación.

Pero a pesar de este apoyo familiar, los lazos creados en ciertos momentos de tensión, como puede ser el hacer frente a la policía, a los desalojos o a los problemas internos de los grupos, refuerzan el sentimiento de comunidad de una manera más potente que lo que suponen las relaciones de parentesco oficiales, permitiendo que se consoliden las relaciones personales y se constituya ese parentesco ficticio que sustituye al original. De manera

Ilustración 6.1

Uno de los lemas y logotipos del movimiento de okupación en la década de los '80



Fuente: *Eutsi*, 1988: 2

informal este parentesco adopta el apelativo de 'banda' en los primeros '80. Así, el lema 'formad bandas, tomad casas', se vuelve característico de la época. Esto supone una doble acepción de la palabra. Por un lado, el símil entre el colectivo y las bandas, más alejadas de la estructura de familia nuclear que ya era el formato familiar predominante en aquellos años. Como ellos mismos dicen, “esta forma de reapropiación [la okupación] venía unida a una transformación de los modos de vida, frente a la familia patriarcal, la vida en grupos, llamémosles colectivos de hasta 15 personas, intentando establecer relaciones diferentes a las dictadas por la norma social” (VV.AA., 2001: 52); algo que nos recuerda a las lógicas de fusión y fisión de las sociedades sin Estado descritas por Pierre Clastres (1987), por hacer un símil con la antropología tradicional. En estas sociedades, nos dice este autor, el poder no está separado de la sociedad; las esferas política y social estarían intrínsecamente unidas⁵⁹. Esta forma de organización guarda un interesante parecido con las formas de organización de los espacios okupados; desde donde se tratan de anular, también, las relaciones con el Estado.

Por otro lado, podríamos destacar la creación de grupos de afinidad distintos a las tradicionales 'cuadrillas', las cuales se conforman más por edades y procedencias barriales o poblacionales que por intereses comunes entre sus miembros. Así, me cuenta T. cómo se unió al movimiento cuando vio a un grupo de jóvenes montar una txozna⁶⁰ en mitad de la calle; “estos hacen lo que quieren”, pensó, “¡yo quiero ser de esta banda!”. La concepción de banda es también descrita por Hakim Bey (2014) en su pretendida continuación de la corriente situacionista en los EE.UU. En la idea de Bey, estos grupos de afinidad se convierten en el sustituto de las viejas organizaciones, formando una red de grupos informales coordinados; grupos que, por su parte, gozarían de absoluta autonomía los unos respecto a los otros. En su obra *TAZ*, este autor invita a la constitución de bandas y al consecuente abandono de la familia nuclear. Aunque Bey ha sido duramente criticado por predicar un estilo de anarquismo individualista, este ideal encaja perfectamente con las aspiraciones de las okupaciones de

59 Dejaremos de lado aquí la crítica que podría hacerse a este autor sobre la terminología utilizada, como por ejemplo 'sociedad primitiva', así como por la idealización que muestra hacia estas sociedades. Aprovecharemos, por su parte, su aportación sobre las descripciones del funcionamiento de estas sociedades y su contribución contra la descalificación que hasta ese momento se hacía de esos pueblos desde las ciencias sociales.

60 Las txoznas son barras de bar, una especie de taberna de lona, que se colocan en las calles, generalmente durante las fiestas; similares a las barracas pero de uso público, es decir, abiertas. El beneficio obtenido se destina al colectivo que se encarga de la barra; normalmente, con el objetivo de costear alguna causa.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

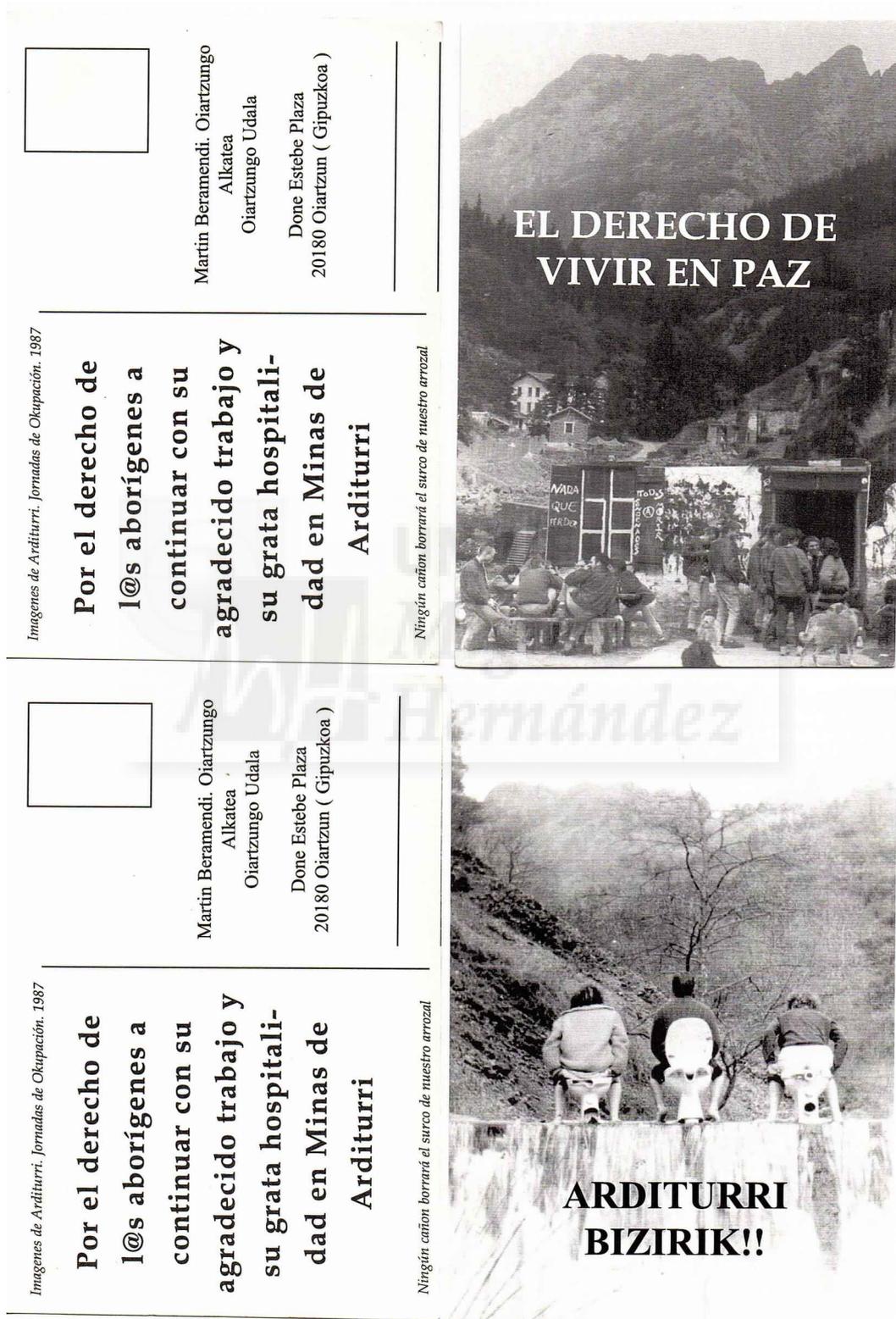
tendencia autónoma que se conformaron en aquella época y que tomaron el situacionismo como base teórica.

Aunque este modo de pensamiento ya no esté tan presente entre okupas más jóvenes, tanto quienes comenzaron a okupar en los '80 como quienes lo hacen en la actualidad, dan importancia al hecho de que el movimiento y sus actos salen adelante por las relaciones afectivas que unen a sus miembros, relaciones que se establecen dentro de esas bandas; relaciones que crean una red informal de traspaso de información y comunicación que permite la organización sin que existan líderes visibles. Tal y como señala Llobet, “los/las activistas de cada casa y/o CSO están conectados con otros Centros, y estas conexiones se explican básicamente a partir de las relaciones y/o vínculos personales que se establecen entre ellos/as, siendo las actividades un elemento generador y aglutinador de este tipo de relaciones. Estas se dan a partir de visualizar que comparten intereses comunes y se establecen desde el intercambio de saberes y/o habilidades y la potenciación mutua” (2004: 198). Así, las relaciones personales constituirían la base de la red de organización informal del movimiento. También Tejerina coincide en este aspecto, destacando que “aunque los motivos que dan origen a una organización pueden encontrar explicación en múltiples razones, los procesos que dan lugar a su consolidación son consecuencia del funcionamiento de las estructuras interactivas que forman los activistas” (2010: 165); respondiendo así a esas lógicas de fusión descritas por la antropología clásica.

Así, observamos que cuando los grupos consiguen solventar con éxito los problemas internos que surgen, la comunidad sale reforzada. Sin embargo, si esto no sucede el grupo tiende a disolverse; o, en el mejor de los casos, a dividirse, reforzando los lazos internos entre miembros de cada nuevo subgrupo. Pero aunque estos lazos sean más sólidos que los anteriores, si la distancia entre estos subgrupos es muy grande, el conjunto general del movimiento acaba viéndose afectado por las tensiones generadas.

Sin embargo, existen también redes formales que pretenden la consolidación del movimiento. En este sentido, encontramos principalmente dos instituciones que han sido creadas para ello: las asambleas de okupación de las diversas zonas territoriales y la Oficina de Okupación de cada una de ellas. En una forma un tanto utópica, estas dos agrupaciones pretenderían representar el modelo de organización ideal que desde el movimiento se pretende

Ilustración 6.2 Postales enviadas al alcalde de Oiartzun como apoyo a la okupación de Minas de Arditurri



Fuente: facilitado por Minas

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

alcanzar en su lucha contra las instituciones hegemónicas y, ante todo, contra el funcionamiento jerárquico de éstas. De este modo, ambos entes, al igual que casi todas las asambleas juveniles, existirían sin estar registradas oficialmente. En ellos, la toma de decisiones se realizaría, del mismo modo también que en el interior de las casas y centros, de manera horizontal, con la participación y voto de cada persona que acuda. Mientras que las distintas asambleas de okupación intentarían poner en común aspectos compartidos por todos los espacios okupados a la vez que idear estrategias contra la represión sufrida, las oficinas tratarían de ser el lugar que dé cierta legitimidad al movimiento, ofreciendo, a su vez, asesoramiento legal en caso de desalojo, identificación o denuncia. Sin embargo, la constancia de las asambleas de okupación es irregular. Resurge en momentos álgidos para difuminarse de nuevo cuando se paraliza el movimiento, cuando se da el relevo generacional y cuando se sufren fuertes desalojos. Para hacer frente a esta situación de irregularidad nace, en 2012, la Oficina de okupación de Donostialdea, con la intención de coordinar las redes informales preexistentes que venían conformando el movimiento y de ejercer de nexo común a las okupaciones de la zona; es decir, con la intención de volver a coordinar el movimiento. Esta entidad se propone, además, los siguientes objetivos⁶¹:

- potenciar, promover y socializar la okupación
- operar como centro de coordinación de gatzetxes y CSOs
- ejercer de punto de información, asesoramiento y apoyo mutuo para presentes y futuras okupaciones
- denunciar la especulación inmobiliaria
- organizar trabajos colectivos
- crear un archivo o un proyecto de memoria de la okupación

Estos objetivos, por su parte, no surgen de la nada. En un intento por coordinar el movimiento, ya en el año 1987 se realiza el primer encuentro de okupación en Minas de Arditurri. Al año siguiente se realiza el segundo encuentro, que cuenta con la asistencia de gente y colectivos tanto de los alrededores como del resto del Estado (Madrid, Zaragoza, Valladolid, Galicia, Barcelona). En estos encuentros los debates se centran en temas como el

61 Recogido del archivo de la Oficina de Okupación

patriarcado, la okupación u otras formas de lucha⁶². Las primeras jornadas de gaztetxes se celebran también en el mismo '88. La Asamblea de gaztetxes de Euskal Herria se convoca en enero del '92; seis meses más tarde se convoca otra incluyendo a las casas okupadas. Las coordinadoras de gaztetxes de Bizkaia y Gipuzkoa surgen en 1992 y 1993 respectivamente. También de cara a la reforma del Código Penal se realizan jornadas y asambleas, esta vez a nivel estatal. La okupación rural, por su parte, es fuente de otro tipo de encuentros y jornadas durante estos años. Así, se dan cita, en Minas de Arditurri, las II Jornadas de okupación y preokupación rural en el año 1996 y las terceras en el '97. Ya en 2005 se celebra el primer Congreso de Okupación en Kukutza. Los encuentros de gaztetxes y gazte asanbladak se retomaron en 2015, celebrando un encuentro anual hasta la fecha. Como se puede extraer de estos datos, las fechas coinciden con los momentos de resurgimiento del movimiento que expusimos en el capítulo anterior, es decir, con épocas de dura represión, como es el caso de principios de los '90, o con momentos álgidos, como son los inicios (años '80), la oleada de okupaciones producida por el desalojo del Euskal Jai (2004-2006) o el levantamiento que, tras el inicio de la crisis en 2008, ha tenido lugar. De aquí se concluye que los encuentros, jornadas, congresos, sirven para reafirmar al colectivo y son celebrados, sobre todo, en periodos de cambio. Al mismo tiempo, su celebración retroalimenta el movimiento, potenciándolo, dado que el compartir experiencias permite también poner en común las problemáticas y, lo que es más importante, los métodos de lucha. Los lugares y eventos que permiten la socialización se tornan, pues, imprescindibles.

No daremos aquí cuenta de las relaciones que desde los espacios okupados se mantienen con las instituciones, dado que ya se ha hecho referencia a ello en el quinto capítulo. Sin embargo, cabría resaltar de nuevo que estas relaciones son, desde luego, ambiguas y cambiantes y responden a intereses específicos. Al tratar de organizarse de forma autónoma evitan en lo posible la dependencia del Estado; sin embargo, al saberse parte de él no dejan de exigirle que atienda a sus intereses, tratando de crear cambios en el sistema vigente. Así, son numerosas las campañas que se realizan para conseguir que sus demandas sean atendidas; campañas que responden también a las formas de la época y se van modificando con ella. A este respecto, y a modo de ejemplo, citaremos una de ellas llevada a cabo por quienes

⁶² El acta sobre los segundos encuentros se pueden consultar en el monográfico sobre okupación editado por la revista *Resiste*, Eutsi, 1988: 28-31.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

vivían en Minas para que el ayuntamiento permitiera su estancia allí. Esta campaña consistió en repartir postales y enviárselas al correspondiente alcalde de la localidad con el fin de colapsar su correo y hacerle saber la cantidad de personas que apoyaban el proyecto de okupación. En otras ocasiones se recurre a la recogida de firmas, las sentadas populares, etc.; todo con el fin de influir en las decisiones políticas del gobierno. Gobierno que no deja, pues, de estar en eterna disputa.

6.6 LOS ESPACIOS DE SOCIALIZACIÓN

Señala Benjamín Tejerina que “la identidad se encarna en determinadas prácticas sociales, y cuando éstas abarcan el conjunto de la existencia de los activistas, se convierte en una identidad vivida, una forma de ser y de estar en el mundo, no sólo una manera de definirlo y entenderlo” (2010: 134). Pero para que esas formas de ser y estar en el mundo se reproduzcan es necesario disponer de espacios que lo permitan. En esos espacios se ponen en común los valores y creencias compartidas por el movimiento. Y es, precisamente, en la búsqueda de esos espacios donde comienza la movilización del movimiento analizado.

El movimiento de okupación comienza con dos vertientes diferentes pero interconectadas. Por un lado, nos encontramos ante una juventud sin acceso a vivienda que okupa edificios con el fin de satisfacer una necesidad básica, pero también de denunciar la especulación y la falta de políticas públicas destinadas a la solución de esta problemática por parte de las instituciones. Por otro, con una juventud que reclama espacios donde poder desarrollar su creatividad, sus actividades, sus inquietudes; espacios que no son proporcionados por las mismas instituciones que tampoco atienden a las demandas de vivienda. Así, la juventud opta por tomar estos espacios, negando la legalidad, y gestionarlos a su manera, afirmando la legitimidad. Las experiencias compartidas dentro de ellos sirven para intercambiar conocimientos e ideas y acaban derivando en el desarrollo de una ideología que toma forma a partir de las prácticas llevadas a cabo; lo que deviene, a su vez, en un modo de vida concreto.

Estos espacios no sirven únicamente para realizar actividades sin conexión aparente. En ellas se van forjando esas relaciones que permiten que el movimiento se mantenga activo. Así,

acudir a estos espacios se vuelve fundamental para construir y reforzar el tejido social de los activistas. De estas relaciones informales nacerán aquellas más formales que permiten llevar a cabo los actos reivindicativos y materializar luchas concretas. Podríamos ilustrar esta idea con varios ejemplos; pero, por motivos de espacio, nos limitaremos a dos: el CSO Itxasgain y la casa de mujeres y colectivo Matxarda. En el primero de los casos, dos de las tres personas que okuparon el edificio de Itxasgain se conocieron en un gaztetxe y, tras coincidir en varias ocasiones, se plantearon la okupación. Parte de los que entraron después se conocieron en una manifestación del Primero de Mayo; un grupo de ellos era cercano al sindicato CNT. Por otra parte, aunque no todas, las mujeres que vivieron en Matxarda se conocieron en los encuentros de okupación de Minas de Arditurri. Las que conformaron el colectivo del mismo nombre también, aunque algunas ya se habían conocido previamente al coincidir en otros espacios como la Casa de las Duchas de Ategorrieta o distintos colectivos de mujeres. Como se puede extraer de estos pocos casos, estos espacios de socialización son necesarios para la generación de estas relaciones. Aunque existen excepciones, en pocas ocasiones las personas aparecen y se inmiscuyen solas en el movimiento. Como señala Martínez López (2002: 269-273), lo habitual, por el contrario, es que conozcan a alguien que ya forma parte de él (compañeros de estudios, de algún otro movimiento social o asociación en la que participe, etc.), o que comiencen, primero, a acudir a las diversas fiestas, conciertos, charlas, que se ofrecen en estos espacios, para después empezar a participar en la asamblea y en la organización de eventos.

Los ejemplos de Itxasgain y Matxarda, por su parte, muestran también que los espacios que permiten estas relaciones no constituyen exclusivamente espacios físicos. Las manifestaciones, concentraciones, entornos festivos, etc. también suponen lugares de encuentro de los que brotarán distintas iniciativas y en los que se irá construyendo un discurso propio. Sin embargo, los espacios físicos, esas 'áreas de interacción social' ya mencionadas en capítulos anteriores, conforman la base para que las iniciativas se puedan llevar a cabo. Del mismo modo que señalábamos que la vivienda constituye el pilar sobre el cual estructurar el resto de la vida, estos lugares suponen el pilar sobre el que estructurar las relaciones sociales. Llegados a este punto, consideramos imprescindible recuperar a James C. Scott y su análisis de la resistencia y del discurso oculto de los dominados. Para este autor, los espacios de socialización se tornan vitales para la reproducción del discurso oculto y para que éste salga a

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

la luz, siquiera en ocasiones puntuales. En el caso que nos atañe el discurso no forma una parte oculta de la vida de los okupas, sino que lo reivindican abiertamente haciendo de él un arma política, un instrumento de lucha. Sin embargo, encontramos similitudes entre lo presentado por Scott y los espacios de socialización del movimiento de okupación, dado que para que este discurso salga a la luz es imprescindible que se geste y tome forma primero entre quienes después lo predicarán. Considero, pues, que en ambos casos se puede aplicar la siguiente afirmación del autor:

“La prueba más fuerte de la vital importancia que tienen los espacios sociales autónomos en la generación del discurso oculto es el denodado esfuerzo de los grupos dominantes para eliminar o controlar dichos espacios” (2003: 182).

Efectivamente, los intentos por parte de las instituciones de eliminar estos espacios, así como la tendencia de imitarlos mediante la creación de otros, como pueden ser los gaztelekus que son gestionados por las propias instituciones, o el caso de algunos de los gaztetxes que han sido cedidos, así lo demuestra. Los espacios okupados constituyen focos de insurrección desde el momento mismo de la okupación. Sólo este acto ya supone un acto de disidencia, por lo que aquello que se genere dentro pocas veces logrará la aceptación oficial, ya que es en estos espacios, defiende Scott, donde “la resistencia se alimenta y adquiere sentido” (2003: 47). Acercándonos a quienes han estudiado el contexto vasco, encontramos que ya Paskual, cuando analiza el movimiento juvenil en Euskal Herria en las décadas de los '80 y '90, señala que “un foco de expresividad o de consecución de un espacio colectivo sirve de catalizador y de activador de múltiples experiencias, los grupos que interactúan en su seno entran en contacto con otros similares de distintas zonas y que participan de una sintonía común, creándose una malla de relaciones entre los nudos de la red” (1996). Es por ello que, junto con Scott, consideramos indispensable entender cómo y desde dónde se crean estos espacios para comprender la red de relaciones que de ellos nace. Dedicaremos, pues, este apartado a analizar este aspecto, centrándonos con más detenimiento en el uso que se hace de ellos desde distintos colectivos y en cómo la okupación permite conjugar distintas luchas bajo el mismo techo; distintas luchas pero con un mismo horizonte: la transformación de las reglas del capital.

Para lograr esta transformación se realizan numerosas actividades en los distintos CSO, gaztetxes y casas. Así, aunque algunas de la casas no tengan la denominación oficial de centros sociales ejercen también de núcleo de reunión de la gente que simpatiza con el movimiento, especialmente si se trata de un lugar donde habita un alto número de personas⁶³. Este fue el caso, por ejemplo, de casas como las de Zapatari, Martutene o Minas en sus momentos más álgidos, donde el número de habitantes, aunque variable, rondaba las diez personas. En el más reciente caso de Itxasgain, por su parte, a pesar de contener también centro social, era habitual que la gente se acercase a la casa aun cuando no había actividades programadas, lo que difuminaba los tiempos y espacios dedicados a una y otro, pero servía, a su vez, para que se tejieran esas relaciones de una manera aún más informal. El compartir estos momentos permite que se traten temas de una manera más relajada de lo que se hace en las asambleas, así como afianzar unas relaciones de amistad y compañerismo más sólidas que sirven, además, como advierte Martínez López, para reforzar los estímulos por continuar en esa lucha y proporciona la socialización y solidaridad necesarias para perder el miedo y sentirse con comodidad en ese medio (2002: 271).

Las actividades programadas, por su parte, varían en función de los espacios. Pero suelen destacar las de orientación cultural, principalmente conciertos y proyecciones de películas o documentales, así como charlas y debates sobre temáticas sociales y políticas. De este modo, se aprovecha la producción cultural existente para difundir ideas afines y debatir acerca de ellas. De los datos recogidos en su investigación, Martínez López señala que, a parte de los conciertos, las actividades desarrolladas abarcan “un extenso abanico: proyecciones de cine y video, charlas y debates, comedores populares, distribuidoras de información y música, cursos y talleres diversos, teatro, exposiciones, bibliotecas, bares y cafetería, mercados, constitución de cooperativas de trabajo y consumo, viveros, gimnasio, asesorías jurídicas y laborales, edición de revistas y *fanzines*, preparación de manifestaciones y campañas de protesta, reciclaje de papel y residuos, salas de estudio, albergue, ludoteca, ensayos de grupos musicales, fiestas, títeres, juegos, malabares, huertas, radios libres, peluquería, excursiones, recitales de poesía y cuentacuentos, etc.” (2002: 216).

63 Aunque los casos son relativos, entendemos por 'alto número' un número superior al que conformaría una familia nuclear numerosa, es decir, más de seis o siete personas.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

Tanto en los centros sociales frecuentados durante esta investigación, como en los fanzines revisados (bien actuales, bien de épocas pasadas) podemos observar que la programación cultural se corresponde con lo señalado por este autor. Aunque algunos centros den más importancia a un tipo de actividades que a otras, éstas se suelen repetir. También las características de cada uno de ellos permite que centrarse en unas o en otras. Por ejemplo, la casa-barracón que albergaba a los antiguos mineros de Minas de Arditurri ha permitido, hasta la quema de la casa principal en el año 2000, contar con un albergue para aquellos grupos que quisieran hacer uso de él. La plaza situada frente a la casa de Txomin en el barrio donostiarra del mismo nombre, sigue siendo testigo, incluso después de su derribo, del mercadillo de segunda mano celebrado todos los sábados. La ya desalojada Karbonera contaba con una biblioteca especializada en temáticas sociales; la Firestone, por su parte, se encuentra ahora en proceso de construcción de la suya; también Minas cuenta con un inmenso archivo que se pretende abrir al público en breve. Las huertas, aunque más difíciles de trabajar en el ámbito urbano, también son habituales. Así, Kortxoenea contaba con la suya; también Txerrimuño la tiene; el proyecto de Apaizartza, por su parte, se centra en la distribución de sus productos mediante un grupo de consumo.

Podríamos nombrar infinidad de ejemplos más. Sin embargo, mostraremos a modo de ilustración el caso del centro social Txerrimuño, activo desde 1983. Con una media de treinta actividades por año, contamos, entre las actividades realizadas entre enero de 2014 y julio de 2016, con los datos recogidos en la tabla 6.1⁶⁴.

Se observa, en este caso, que las actividades mayoritarias son los conciertos, si bien existen actividades combinadas, como puede ser la celebración de jornadas que abarcan uno o varios días, en los que se celebran varias de las actividades, como charlas, salidas al monte, comidas o conciertos. Aunque por la clasificación expuesta pudiera parecer que todas las actividades son de origen cultural, si atendemos a la programación específica, observamos que éstas se relacionan, en la mayoría de los casos, con temáticas políticas. Así, por ejemplo, las charlas versan sobre temas como la educación alternativa (alimentación infantil, psicomotricidad, escuelas libres), el racismo (de la mano de SOS Racismo), la exposición del PTP (Plan Territorial Parcial), o la situación de los refugiados.

64 Los datos me han sido proporcionados por el propio centro.

Tabla 6.1 Actividades realizadas en Txerrimuño		
Tipo de actividad	Cantidad	Porcentaje
Conciertos	31	37,35%
Teatro	10	12,04%
Proyecciones	8	9,63%
Charlas	8	9,63%
Gastronomía	7	8,43%
Talleres	1	1,20%
Otros	18	21,68%
Total	83	100,00%
Actividades combinadas	6	

Fuente: elaboración propia

Las proyecciones de vídeo también responden a temáticas sociales. Encontramos entre ellas las presentaciones de documentales sobre la radio libre Zintzilik, de Rentería (*Zintzilik Irratia: Herri baten historia*), el movimiento Gure Esku Dago (por el derecho a la autodeterminación de los pueblos), el movimiento de okupación (*Ateak Zabalduz*), o el documental *Ciutat Morta*, entre otros. Los teatros, por su parte, también suelen contar con temática política y crítica.

Por otro lado, tanto las actividades gastronómicas como gran parte de los conciertos suelen dirigirse a la recolecta de fondos para causas afines, como puede ser el proyecto de Apaizartzza, la situación de presos gravemente enfermos, la defensa del uso del euskera o el rechazo a la reforma de la ley del aborto; así como la financiación de las obras que se realizan en el propio espacio. Por debajo de los conciertos, encontramos un alto número de actividades que hemos clasificado como 'otros'. En ellas se agrupan actos tan diversos como monólogos, magia o malabares, pero también la participación en actividades organizadas por otros centros y colectivos, como por ejemplo una charla sobre la autogestión en el Guardetxe de Donostia, convocatorias de auzolana (trabajo comunitario) en otros espacios, o marchas a la base militar instalada en el monte Jaizkibel (en su crítica antimilitarista) o a la cárcel (en su crítica anticarcelaria), además de recogida de alimentos para refugiados o la participación en la marcha ciclista Txirrinka⁶⁵. Además, en este espacio se reparten las cestas de dos grupos de

⁶⁵ Marcha en bicicleta por todo Euskal Herria durante los días 20 a 22 de mayo de 2016 reivindicando la

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

consumo de la zona dos veces por semana. Asimismo, sirve como lugar de encuentro diario ya que el bar permanece abierto todas las tardes, celebrando los viernes, salvo en verano, el pintxo-pote⁶⁶. También se participa desde el centro en distintas manifestaciones. Por otro lado, cabe señalar que, en sus inicios, fue uno de los principales impulsores de las campañas de reciclaje de papel, ofreciéndose como base de su recogida. Finalmente, en las obras llevadas a cabo para la reforma del tejado se incluye una habitación destinada a dormitorio para albergar a los distintos grupos de música que se acerquen al espacio a tocar.

Del repaso de la lista de actividades de Txerrimuño podemos observar cómo cultura y política se entremezclan para crear una conciencia crítica que permita idear todo un mundo nuevo de posibilidades para cuya realización distintas luchas se conjugan; un mundo en el que sea posible practicar una alternativa al existente. Hemos elegido Txerrimuño como ejemplo, conscientes de que estadísticamente los datos de un solo espacio no pueden considerarse representativos del todo el movimiento. Sin embargo, si atendemos a la agenda programada por otros CSO y gaztetxes, encontramos actividades similares. En el CSO Itxasgain, por ejemplo, las proporciones para sus quince meses de okupación serían las siguientes⁶⁷:

Tabla 6.2 Actividades realizadas en Itxasgain				
Tipo de actividad	Cantidad	Porcentaje	Cantidad	Porcentaje
Conciertos	10	19,23%	10	27,77%
Teatro	0	0,00%	0	0,00%
Proyecciones	8	15,38%	8	22,22%
Charlas	2	3,84%	2	5,55%
Gastronomía	2	3,84%	2	5,55%
Talleres	1	1,92%	1	2,77%
Grillos Navajeros	8	15,38%		
Kafeta Feminista	8	15,38%		
Otros	13	25,00%	13	36,11%
Total	52	100,00%	36	100,00%

Fuente: elaboración propia

defensa de la tierra y la apuesta por un modelo social diferente, convocada por la coordinadora contra el Tren de Alta Velocidad *AHT Gelditu! Elkarlana*.

66 Iniciativa que se ha popularizado en los últimos años y que consiste en ofrecer un pincho con la bebida.

67 Los datos han sido extraídos del trabajo de campo de la autora.

Cabría señalar, en este caso, que existen además dos colectivos que hacen uso mensual del espacio a partir del sexto mes de existencia, como es el caso de los Grillos Navajeros, que proyectan películas de terror y serie b y z, y de la Kafeta Feminista, que combina diferentes actividades como conciertos, proyecciones, charlas, etc., siempre con mujeres como protagonistas. Si eliminamos estas actividades, y tenemos en cuenta, además, que se realizaba semanalmente un taller de teatro en el centro (además de los talleres de pintura y escultura), nos encontramos que las proporciones y las actividades se asemejan algo más, aunque en este último caso se dedique mayor tiempo a las proyecciones. Las temáticas también son similares, repitiéndose algunas de ellas, por ejemplo, la proyección del documental *Ateak Zabalduz*. Los conciertos, por su parte, se comenzaron a realizar con más frecuencia en la última fase, debido a que premiaba conseguir dinero para financiar el proceso legal de la denuncia interpuesta por la propiedad. Así, observamos que la situación legal y económica del espacio también influye en el tipo de actividades elegidas por sus miembros.

Por otro lado, aunque no quede reflejado en estos cuadros, también se realizan talleres ocasionales o periódicos, en los que la premisa 'hazlo tú mismo' cobra fuerza y se entremezcla, en muchas ocasiones, con la producción artística. Éstos últimos se destinan al desarrollo de la creatividad personal y fomentan el reciclaje como forma de abastecimiento. Destacan, entre ellos, los talleres de serigrafía, pintura o escultura, aunque también son frecuentes los talleres de teatro, cuya obra final puede enfocarse a la realización de acciones de calle. El material producido en los talleres de serigrafía, por su parte, suele ser destinado a la financiación de los centros, vendiéndose éste, en particular camisetas y parches que promocionan los centros, en las fiestas organizadas.

Encontramos dos tipos de talleres más. Por un lado, los que favorecen el conocimiento compartido; entre los que destacan los talleres de arreglo de bicicletas, aunque también podemos englobar aquí talleres como los de elaboración de jabón o cremas con hierbas medicinales. Los primeros potencian el uso de la bicicleta, sobre todo en las áreas urbanas, aunque no tanto en las zonas rurales. Además de sustentar el cambio en el modelo de transporte, suponen también la reducción de la huella ecológica y el ahorro del dinero destinado a la movilidad, reduciendo así el coste de vida; algo que facilita la vida de quienes okupan, que no suelen contar con trabajos asalariados convencionales. En este grupo también

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

podemos contar con talleres de costura, que, además de permitir el reciclaje y reutilización de ropa, fomenta la creatividad. En este sentido, la iniciativa de 'Ciclocostura', llevada a cabo por miembros de la Masa Crítica de Madrid, supone una combinación ilustrativa de estos dos talleres (Lorenzi, 2015: 264-265). En cuanto a talleres como los de elaboración de jabones o ungüentos, podemos señalar el destino práctico del material producido, ya que se utilizan para autoabastecer al colectivo mediante productos accesibles, evitando la dependencia excesiva del sistema de mercado. Respecto a la producción de cremas, serviría, además, para generar un mercado independiente de la industria farmacéutica y como crítica a la medicina moderna, recuperando, a su vez, ese conocimiento tradicional casi desaparecido.

Finalmente, un segundo tipo de talleres los constituirían los destinados al empoderamiento de los grupos. Entre estos, destacan los talleres que trabajan la autodefensa personal o los que pretenden reforzar la resistencia del grupo. Estos talleres se llevan a cabo por colectivos con experiencia previa; colectivos que, tras sufrir duras represiones y procesos de reestructuración interna, han desarrollado estrategias defensivas que se disponen a compartir con quienes las requieran. En este sentido, son notables los talleres realizados por el MOC o por la ecoaldea de Lakabe. Mientras que éste se dedica, especialmente, a la resolución de conflictos internos, el MOC ofrece talleres de resistencia, orientados al autocontrol de las personas frente a situaciones de represión y fuerte tensión. Así, ha impartido talleres en centros como el de Itxasgain o a colectivos como Tosu Betirako (proyecto que incluye la okupación de unas tierras y su cultivo, en Getxo, con el fin de paralizar una intervención urbanística en ellas), en su necesidad de hacer frente a futuros desalojos. Los talleres de autodefensa suelen estar enfocados a mujeres y se organizan desde los grupos feministas que frecuentan los centros, aunque esta situación no tiene por qué ser exclusiva del ámbito femenino.

Las actividades enfocadas a los más pequeños, por su parte, se suelen dar cuando existen padres y madres que se implican en la organización de los eventos; pero, por los motivos señalados en un apartado anterior, no suelen ser lo más habitual. En este sentido, se puede observar que en el centro Txerrimuño hay varias charlas orientadas a la educación infantil, fruto de que la gente que lo frecuenta se sitúa más en la franja de edad que supera la juventud, es decir, la mayoría son mayores de 30, superando gran parte los 40.

Las actividades, así, no sólo sirven como espacios de encuentro, también responden a estrategias. De este modo, se utilizan como forma de empoderamiento de los grupos, así como de autoabastecimiento, como es el caso de algunos de los talleres. Buscan mantener un cierto grado de independencia respecto al mercado capitalista y sirven, a su vez, para reforzar lazos personales. Por otro lado, el tiempo de okupación también influye en el tipo de actividades elegidas. Así, cuando un espacio está consolidado y tiene asegurado un público afín puede destinar parte de su tiempo a actividades periódicas, como talleres, así como a la creación de espacios tales como bibliotecas o guarderías. Sin embargo, estas últimas son difíciles de llevar a cabo cuando la inestabilidad es parte de la vida diaria, no sabiendo cuándo llegará la fecha del desalojo; situación que es habitual en las okupas. Por su parte, cuando una okupación es reciente se tiende a organizar actividades de cara al exterior como forma de darse a conocer al barrio, aunque éstas no suelen recibir la respuesta deseada. En todo caso, aunque la actitud de los okupas y el tipo de actividades elegidas es fundamental, la composición de la gente que conforma el entorno se torna crucial a la hora de encontrar aceptación entre ella. Así, aunque no sea la norma, se puede decir que en los barrios obreros o en los más desfavorecidos la gente tiende a implicarse más, al contrario que en los barrios más adinerados, donde difícilmente se encontrará el apoyo requerido.

Los espacios okupados se consideran espacios abiertos en los que, en principio, todas las personas tienen cabida, por lo que la gratuidad de las actividades suele ser una de sus principales características. Sin embargo, la oferta de eventos gratuitos no se convierte en la llave maestra que abre la puerta y permite el paso a toda la población. Aunque cierta gente que rechaza la okupación nunca acudirá a los eventos organizados, difícilmente se logra que otros sectores de tendencias más afines se acerquen a estos lugares. Cabría preguntarse aquí si esta reticencia viene por parte de una población que ya predispone de unos estereotipos negativos acerca de la okupación o si, por su parte, el problema reside en que las actividades organizadas se enfocan a un tipo de público muy concreto y previamente simpatizante con el movimiento. La pregunta de si la okupa constituye o no un gueto se hace patente el entorno del movimiento. En mi trabajo de campo oigo esta pregunta a menudo en tono de broma. Sin embargo, refleja una preocupación a tener en cuenta cuando se están realizando actividades y

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

luchando para cambiar la sociedad que te rodea: ¿a qué tipo de gente se quiere llegar y cómo?, ¿se consigue?, ¿o se limitan, por el contrario, a actuar para los suyos, para las ya convencidas?

Autores como Della Porta y Diani nos dicen que los movimientos sociales “tratan de influir en el público difundiendo su propia concepción del mundo y luchan por ver reconocidas nuevas identidades” (2011: 294). Por ello, habría que analizar no sólo qué tipo de público, qué tipo de gente, es la que se acerca a los espacios okupados, sino también, qué tipo de gente es la que desde estos centros se pretende atraer. En este sentido, nos dice Pruijt (2012) que los centros sociales tienden a elegir entre dos posturas: posicionarse políticamente y dirigirse a un público concreto o enfocar sus actividades a un público más amplio aunque eso implique no tomar posición política y cultural. Es decir, supone elegir entre la 'guetización' o el desarrollo de una especie de pensamiento empresarial que pretenda atraer más gente. A este respecto, ambas posturas han sido criticadas por quienes se decantan por uno u otro posicionamiento; la primera por considerarse excesivamente cerrada y, por lo tanto, excluyente, y la segunda por potenciar únicamente actividades culturales, como conciertos o talleres, que atraen a mayor número de personas, sin atender a fines políticos.

Así, dentro de las muchas contradicciones que se dan en estos entornos, encontramos que aunque los espacios okupados se declaren abiertos, tienden a adoptar la primera postura; esto es, al posicionarse bajo una ideología concreta, incluso en los casos en que esta declaración no se realiza consciente o abiertamente, se limita su acceso un determinado tipo de público. Las actividades sirven, así, para reforzar y retroalimentar al colectivo, pero no para ampliarlo. Tanto en las conversaciones informales como en las entrevistas que mantuve con miembros del CSO donde realicé el trabajo de campo, me aseguran que el centro ha sido bastante abierto y que nadie que haya acudido se ha sentido desplazado en él. Efectivamente, nadie lo ha manifestado así, por lo menos, que yo tenga constancia, pero la asamblea tampoco creció en los meses en que yo me encontré por allí, es decir, la gente acudía a las actividades pero no se implicaba en la organización.

Encontramos aquí también dos posiciones. Por un lado, la posición del centro y, por otro, la de la gente que acude a él. En este último ámbito, podemos destacar un amplio sector de la población que se limita a ser mero espectador, tal y como la sociedad del espectáculo de Debord describe. Esta actitud se corresponde con la del consumidor de masas que tanto se

crítica en los espacios okupados, desde donde se defiende la autoorganización como primer paso hacia la autonomía. A pesar de ello, la gente que acude de este modo, aunque simpaticen, pocas veces se implica en las asambleas para participar de la toma de decisiones acerca de los eventos que se realizarán. Se limitan, por su parte, a acudir si les interesa la función, manteniéndose dentro de sus zonas de confort. Siguiendo con el mismo ejemplo, la declaración de uno de los miembros del CSO a este respecto es ilustrativa:

“sí que he visto que a la gente le influía y me daba ánimos y me decía ‘joe, sois una esperanza, tal’. Pero por otro lado, sentía un poco impotencia por el inmovilismo que se siente en la ciudad, ¿no?, de que toda la gente te paraba pero yo les recordaba, ¿no?, les recordaba: ‘a ver, yo ahora, Itxasgain es un espacio que estoy trabajando yo con otra gente, pero no olvides que eso es abierto, que puede ser tanto mío como tuyo, y que está muy bien esto que me estás diciendo, pero que no soy yo el que tiene que hacer y tú el que me tiene que dar ánimos. Podemos ser los dos, y tú puedes ser Itxasgain. Y cuando desaparezca Itxasgain puede ser lo que quieras que sea, ¿no?’. Entonces ahí sí que me daba un poco de..., no, que siempre que sí, que tal, pero la gente no se acaba de animar” (E.)

Esta preocupación se traslada a las asambleas y se buscan técnicas para animar a la gente a acercarse. Sin embargo, no se logra el objetivo deseado. Pero por otra parte, encontramos, también, una postura contraria en lo que se refiere al otro aspecto a tratar, es decir, a la postura del centro. En este caso, otra de las participantes de la asamblea se muestra más tajante y reconoce que la ideología del centro también marca al público que acude. Así señala “que sí que viene gente curiosa, o nueva, pero sí que a lo mejor si tuviese otro tipo de ideas vendría más gente en colectivo ¿no?, igual... o que se interesara... o que igual a nosotros no nos interesa, ¿no? Que a mí el número nunca me ha interesado, la verdad. Si no estás de acuerdo con mi proyecto prefiero que no estés” (B.).

Estas ambigüedades quedan registradas también por otros miembros del grupo, reconociendo que tal vez lo que ellos piensan no se corresponde con la realidad. Así, matiza uno de ellos: “lo veo como más abierto. Que luego igual hablo desde mi punto de vista y habla una persona de fuera y dice ‘pues ahí sólo se juntan los que se juntan’, ¿no?” (J.)⁶⁸.

Esta relación entre la ideología y la influencia de ésta en la consecución de alianzas es debatida y analizada en un texto de Dominica V. Polanska y Grzegorz Piotrowski (2015) en el que se centran en el poder transformativo de las alianzas que se dan entre el movimiento de

68 Ambos se refieren a la ideología libertaria que prevalecía en el centro, frente a la independentista, más característica de los gaztetxes y del entorno vasco en general.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

okupación y el de inquilinos en las ciudades polacas de Varsovia y Poznań. En su investigación concluyen que cuanto más cerrado es el posicionamiento político más dificultades se encontrarán para establecer relaciones con otros colectivos. Este debate también es tratado en la comparación que Gianni Piazza (2013) realiza entre dos centros sociales de Catania (Italia), uno más radical y el otro más moderado. Así, aunque encuentre que ambos CSO compartan una lógica interna de toma de decisiones, la forma que ésta adopta se torna vital para el mantenimiento y fortalecimiento de la identidad colectiva. De este modo, defiende Piazza, mientras que formar parte del primero implica menor apertura, supone también una mayor cohesión interna y coherencia en la toma de decisiones, lo que refuerza la identidad del grupo. Así, como ya señalara Pruijt, los colectivos se ven obligados a elegir entre la apertura o la 'guetización'.

Por lo tanto, cuando un CSO o gaztetxe tiene un marcado carácter ideológico solamente las personas simpatizantes se acercarán a él, lo que supone también que tendrán menos oportunidades de conseguir aliados con los que realizar actividades conjuntas. En el caso vasco, esto es aplicable a espacios con distintas tendencias ideológicas. Sin embargo, no supone un completo separatismo entre estos espacios. Es común que, cuando algún espacio va a ser desalojado, el resto acudan a ayudar, tanto en los turnos de resistencia como en las convocatorias de manifestaciones o concentraciones. Estas fuerzas, sin embargo, se pueden ver debilitadas a medida que pasa el tiempo y no se materializa el desalojo, pero la solidaridad creada por la propia okupación tiende a ser más fuerte que las diferencias ideológicas. Así, las alianzas, aunque sólo se den en este tipo de casos o en ocasiones puntuales, como puede ser el organizar algún evento coordinado, se dan entre este tipo de espacios y los movimientos que los frecuentan o utilizan, pero no tanto entre éstos y otros actores sociales. La reflexión recogida por la Asamblea de Okupas de Donostialdea da una idea de porqué puede darse esta situación. Así, apuntan que realizaban “un montón de actividades y cuestionamientos que empezaban por nosotras mismas y que debido a la agresividad de nuestras formas y a veces actitudes como forma de autoprotección, no supieron traspasar nuestras fronteras de grupo radicalizado” (VV.AA., 2001: 53).

Las formas que adoptan estas reivindicaciones no comulgan con la habitual forma que la sociedad tiene de reivindicar sus derechos, optando por vías más pacíficas y convencionales.

Pero la violencia que caracterizaba las primeras okupaciones y desalojos ha ido apaciguándose como también lo ha hecho el conjunto social, adoptando técnicas más acordes con el transcurso de los tiempos. Volveremos a los métodos utilizados en un apartado posterior. Centraremos éste en esas actividades que se realizan tanto para atraer a otros públicos así como para alimentar al propio movimiento.

Como ha quedado reflejado más arriba, las actividades se orientan, principalmente, a temáticas culturales, entre las que destaca la oferta musical, aunque también incluye proyecciones de películas y documental, teatro, presentaciones de iniciativas sociales o distintos talleres, entre otros. Sin embargo, aunque las actividades se pretendan culturales, la política no queda exenta de ellas. Como se ha visto, las diferentes charlas suelen tener temáticas de interés social y político, así como los documentales y películas o las iniciativas sociales presentadas. En este sentido, seguimos de nuevo a Della Porta y Diani cuando nos dicen que “aunque se suele diferenciar entre movimientos políticos y culturales –los primeros tienen una lógica más instrumental; los segundos más simbólica- todos tienden a colocar reivindicaciones en el sistema político” (2011: 291). La cultura proporciona la forma que las personas tienen de entender y posicionarse en y ante el mundo; por lo tanto, la manera de hacer política está intrínsecamente relacionada con los actos culturales de los que participa. Por medio de la cultura se transmiten ideas y formas otras de entender el mundo que derivan en la puesta en práctica de ideales políticos, ensayando esos deseados modelos sociales. En estas actividades, especialmente cuando se presentan proyectos de espacios similares, se comparten conocimientos y se contribuye al empoderamiento de la gente, mostrando experiencias que han o están consiguiendo que el sueño se convierta en realidad; reafirmando, así, la creencia de que la posibilidad de transformación existe; visibilizando esos todavía-no de los que nos habla Santos. Como señala Mabel Cañadas, una de las primeras okupantes del pueblo de Lakabe, en los encuentros sobre okupación rural de la UAM,

“[...] hay algunas cosas que hemos descubierto a lo largo de estos años y que pensamos que pueden ser interesantes:

Una es que no hay nada imposible, y esto ya abre muchas posibilidades a nuestras mentes esquemáticas de definiciones y conceptos muy concretos; o sea, si tu piensas que todo es posible, ya ves que tu campo de actividad y de acción es mucho mayor de lo que esperabas y de lo que podías soñar.

Luego hemos descubierto que ningún concepto es válido [...]; es decir, si realmente queremos hacer un cambio político, si realmente queremos hacer la

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

revolución como apuntaba ayer el compañero que está por allá, pues hay que pensar en otra forma de hacer política y en otra forma de hacer la revolución. Esto supone que te tienes que salir de los márgenes conocidos y de los conceptos que ellos [el poder] nos han dado como revolución, como política, como asociacionismo, como sindicalismo y como todo (al fin y al cabo hemos mamado su cultura y hemos mamado lo que ell@s han querido darnos) [...]” (Malayerba, 1999: 116).

Es por ello que defendemos aquí que estos espacios son imprescindibles para lograr una conciencia común en el colectivo, para conseguir imaginar esos otros imaginarios, para reconceptualizar los conceptos que nos presentan como únicamente válidos. Y, lo que es más importante, para ponerlos en práctica. Allí estas experiencias se transforman en conocimiento; conocimiento que se torna crítico para con el sistema que rechazan y que le demuestra que la lucha tiene sentido; que otras formas son posibles.

Así, en la misma forma de organizar los eventos y actividades se muestra ya el modelo social que se pretende alcanzar. Por ello, la gratuidad antes señalada implica que se defiende un modelo de cultura que no esté dominado por el capital; un modelo en el que la cultura no tenga un precio ni un postor al cual venderla. Se apuesta, de este modo, por una cultura libre en la que el beneficio suele ser el hecho mismo de compartirla y en la que no prime la ganancia monetaria. De este modo, las actividades se financiarán normalmente con la voluntad de las asistentes y cuando se establecen precios suelen ser cantidades asequibles, generalmente obtenidas de una barra que hace las funciones de bar. Del mismo modo, no es necesario que quienes acuden consuman, dado que lo que interesa es desvincular las nociones de cultura y consumo que tienden a ir unidas en el modelo hegemónico.

Sin embargo, en la medida en que los espacios okupados coexisten con la sociedad que los rodea, un mínimo de ingresos económicos es imprescindible para poder sacar proyectos adelante, así como para hacer frente a los gastos, entre los cuales, los más comunes se suelen destinar a material de obra o a pagar a la defensa en los tribunales. En el primer caso, aunque se convoquen jornadas de trabajo comunitario cuando hay que realizar obras, en las que el trabajo es voluntario y realizado por los mismos integrantes del colectivo, el material requerido hay que comprarlo; si bien en ocasiones se obtiene mediante robos de obras en proceso. En el segundo caso, se suele contar con abogados simpatizantes con el movimiento que ofrecen precios reducidos. Sin embargo, ambos hechos hay que pagarlos. En este sentido,

los conciertos, por ser la actividad más multitudinaria, se convierten en la principal fuente de ingresos. Así, aunque siempre estén presentes en las agendas de los centros, se multiplican en momentos críticos. Esto es, cuando hay que hacer frente a algún gasto fuera de lo común o cuando el desalajo comienza a tener visos de realidad. En este último caso se convierten en una llamada de atención, tanto para la sociedad en general, como para la búsqueda de posibles alianzas.

Entre los actos más políticos que hacen la vez de espacios de socialización, encontramos, de nuevo las charlas, que harían de interlocutores entre los aspectos culturales y políticos. Sin embargo, la organización de manifestaciones o concentraciones y la presencia en éstas también sirven para establecer contactos y crear alianzas; la ya mencionada Txirrinka es un ejemplo de ello. Pero llevándolo a un nivel más personal, los actos de insurrección realizados en pequeños grupos, como pueden ser campañas de boicot a distintas empresas o pequeños sabotajes, por ejemplo de máquinas de obra de las empresas constructoras, sirven para tantear el riesgo que cada persona está dispuesta a asumir y, por lo tanto, permite estrechar las relaciones ya existentes o, en su defecto, romperlas del todo cuando alguien no responde como el colectivo espera. En los momentos de máxima tensión la confianza mutua se vuelve necesaria y el compañerismo que se viene trabajando en el resto de espacios se pone en juego.

Sin ir tan lejos, sin embargo, hay pequeños actos cotidianos que también devienen en espacios de socialización, donde las relaciones se afianzan o se alejan. La preparación de las comidas, los turnos de barra o de limpieza, etc. pueden permitir que las personas intimen, se conozcan más profundamente mediante conversaciones informales y que se hagan valoraciones acerca de hasta qué punto se puede contar con ellas para una determinada lucha.

Así, nos dice Scott, “la historia de las luchas políticas ha sido, en gran medida, la historia de los intentos por dominar los espacios importantes de reunión y de discurso” (2003: 179). La obligación de comunicar cada acto de protesta, manifestación, concentración, cuando se va a hacer uso del espacio público se puede controlar así mediante la modificación de distintas leyes, como es el caso de la reciente Ley Orgánica de Protección de la Seguridad Ciudadana, popularmente conocida como Ley Mordaza. Pero estos pequeños espacios, estos momentos compartidos mientras se cocina o se toma un café o una cerveza, se vuelven impenetrables

para los grupos en el poder. Y es precisamente de ellos de donde surgen las formas de insurrección que más preocupan a los gobernantes.

6.6 LA FINANCIACIÓN. EN BUSCA DE LA AUTOGESTIÓN

De todos los estudios que venimos siguiendo para completar y contextualizar el presente, son los de Claudio Cattaneo los que más se focalizan hacia el análisis de las formas económicas que adopta el movimiento de okupación. Este autor se centra en investigar cómo en los espacios okupados se busca el mayor nivel de independencia económica respecto al sistema capitalista; independencia que no sólo es monetaria, sino que alberga, necesariamente, la autosuficiencia energética y de recursos tanto materiales como sociales. Podríamos decir así, junto con Martínez López (2002: 122), que la autogestión no consistiría solamente en la autofinanciación, sino que abarcaría el mayor número de ámbitos factibles de la vida de quienes okupan. Aun conscientes de que la autogestión señalada por la mayoría de los espacios no podría darse de no ser por aquello que desecha el propio sistema criticado, las distintas okupaciones tratan de satisfacer sus necesidades, en la mayor medida posible, por sus propios medios; aunque esta práctica muchas veces implique el reciclaje o reutilización de aquello que en la sociedad capitalista se consideran residuos. La total autosuficiencia se muestra, así, prácticamente inalcanzable. Sin embargo, este concepto se torna uno de los principales objetivos del movimiento ya que constituye el horizonte hacia el que caminar en la búsqueda de la autonomía. Con este objetivo, pues, el reciclaje y la reutilización se unen a la imaginación con el fin de conseguir dotar de aplicaciones distintas y útiles a aquellos productos desechados; imaginación que se nutre, precisamente, de esa precariedad y falta de recursos en la que se encuentran la mayoría de espacios okupados.

Esta precariedad nace, asimismo, de una conflictiva relación con el trabajo asalariado y con las instituciones. Aunque mayoritariamente se rechaza esta forma de relación con los medios de producción, no son pocas las okupas que hacen uso de estos recursos, manteniendo trabajos precarios, a tiempo parcial o temporales, así como cobrando rentas como el RGI o el paro. Este camino hacia la autogestión es, de todas formas, diferente en función del espacio en

que nos encontremos y variará también si nos situamos en el campo o en un entorno urbano. Así, no será lo mismo buscar la autogestión en un gaztetxe o CSO que en una vivienda; ni hacerlo en la ciudad, en un pueblo o en una casa en el campo. Mientras que en los primeros casos la autogestión se centra únicamente en el mantenimiento del espacio, independientemente de la relación que cada persona perteneciente al centro mantenga con el mercado laboral, en los casos de las viviendas la situación da un giro importante. La okupación rural, que por su parte permite un mayor grado de autosuficiencia, tampoco podría entenderse si se omite su relación con el entorno urbano. Encontramos, así, que una de las mayores contradicciones del movimiento se relacionan con el ámbito económico; y que los conflictos se dan especialmente cuando no todos los miembros de un mismo espacio disponen del mismo poder adquisitivo. De este modo, la socialización de los recursos, que suele ser una de las principales premisas del movimiento, acaba derivando en el establecimiento de un bote común que se compone de una inversión a partes iguales, o que se alimenta de la celebración de fiestas y eventos con el fin de recaudar dinero para mantener el espacio y hacer frente a los gastos comunes; mientras que cada miembro guarda para sí lo obtenido mediante su trabajo asalariado.

Así, la búsqueda de la autogestión adquiere diversos formatos. Como ya se señaló, los gaztetxes y CSO destinan la mayor parte del dinero conseguido a pagar gastos de mantenimiento, es decir, obras y el material requerido para ellas, así como pagar los costes que puedan suponer los procesos judiciales. Los trabajos colectivos y las convocatorias de auzolana⁶⁹ también se convierten en una estrategia tanto para ahorrar dinero como para realizar jornadas de aprendizaje mutuo, ya que dividir y compartir el trabajo conlleva, además, no pagar, en la mayoría de los casos, servicios profesionales. De este modo, en estas jornadas se fomenta el trabajo colectivo y las tareas suelen realizarse de manera voluntaria. El mobiliario, por su parte, suele o bien recogerse de la basura o bien ser cedido por aquella parte del vecindario que se solidariza con el proyecto. Por otro lado, cuando algún espacio va a ser desalojado o cuenta con material de sobra también tiende a donar sus recursos a aquellos que

⁶⁹ Práctica enraizada sobre todo en las zonas montañosas y rurales, que consiste en el trabajo colectivo entre miembros de una comunidad para llevar a cabo una labor que, de no darse la colaboración, sería mucho más costosa; trabajo comunal. Hoy en día, esta práctica es extrapolable a cualquier actividad que requiera la cooperación de varios colectivos, aunque no tenga porqué darse en zonas agrarias y es muy común en los espacios okupados, donde se hacen llamamientos a otros espacios convocando días de trabajo con el fin de restaurarlos o finalizar alguna labor.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

los requieran. Precisamente, uno de los objetivos de la Oficina de Okupación es crear un listado en donde conste de qué material dispone cada espacio con el fin de compartirlo y ahorrar recursos, así como establecer y mantener contacto entre ellos. Como ejemplo de estas relaciones e intercambios podemos seguir el recorrido de una de las calderas que se utilizaban en Itxasgain. Ésta les fue cedida por el gaztetxe de Kortxoenea. Cuando esta casa fue desalojada, una de las dos calderas que tenían se llevó a la Firestone. Otro ejemplo lo constituiría parte del mobiliario, así como las pizarras y sillas de que dispone este antiguo taller, que llegaron desde Itxasgain; no hay que olvidar que se trataba de una antigua escuela que había sido abandonada con todo el material correspondiente en el interior.

Los espacios se ofrecen, asimismo, a aquellos colectivos que requieran obtener dinero para alguna causa, siempre y cuando ésta se corresponda con los valores de los propios centros y el dinero obtenido vaya a ser invertido en ella. Aunque cada espacio se gestione en función a unas normas internas establecidas en asamblea, éstas no suelen diferir mucho de un centro a otro. Así, la recaudación suele provenir de la instalación de una barra con bebidas, y en menos ocasiones con comida, que hace la función de bar. Las actividades organizadas, por su parte, suelen ser gratuitas. Sin embargo, en algunas ocasiones se establece un precio de entrada, que suele ser asequible (rondando los 5€) y tiende a justificarse con la causa comprometida. En algunos casos, como puede ser la oferta de comida, se suele pedir la voluntad, evitando también de este modo los vacíos legales de la venta de alimentos en espacios no autorizados para ello. Por otro lado, aunque los eventos son abiertos, como ya se señaló en un apartado anterior, tienden a ser los mismos grupos implicados los que acuden a las actividades, por lo que la recaudación suele provenir de los mismos bolsillos que la requieren utilizando para ello esos espacios de socialización que son las fiestas. Sin embargo, cuando se organiza alguna fiesta con un fin concreto es habitual que acuda un mayor número de personas que simpatizan con la causa aunque no se comprometan directamente con ella. La aportación que realiza este sector de la población tiende a ser, por lo tanto, económica. Esta aportación es fundamental ya que, aunque los espacios okupados intenten salirse de las lógicas del sistema capitalista, continúan inmersos en él, por lo que el dinero continúa siendo necesario.

Mostraremos a continuación tres ejemplos para ilustrar la idea de la autogestión en los centros sociales y gaztetxes. Uno de ellos estaba comenzando en los años '90; otro está compuesto por gente de mediana edad y lleva más de treinta años de trayectoria; el último, ya desalojado, contaba con apenas un año de vida y se componía de gente joven. Sin embargo, se puede observar que los tres adoptan técnicas parecidas. Así, el primer ejemplo consiste en un texto extraído de un panfleto publicado por el gaztetxe Euskal Jai en el primer aniversario de la okupación que dice así:

“El GAZTETXE de Iruña es un centro autogestionado ya que funciona por sus propios medios, sin ningún tipo de subvención ¡¡Cómo para pedir las al ayuntamiento está la cosa!! Nuestra fuente de financiación es el bar, la barraca de San Fermín y el material de propaganda que sacamos a la venta” (panfleto difundido por IGA, 1995).

En el segundo aludimos a la reparación del tejado de Txerrimuño, donde se realizó la 'Fiesta del Tejado' (Teilatu Festa) en junio de 2015, con el fin de recaudar fondos para llevar a cabo la obra y que consistió en la organización de un festival que abarcaba un día entero con actividades para públicos de todas las edades. Sin embargo, como me comentan cuando me acerco por allí, son las cervezas que se han bebido día a día quienes frecuentan el CSO las que han financiado el arreglo del tejado, ya que, aunque a precios populares, se cuenta con un pequeño margen de beneficio que permite ir llenando un bote común. Así, aunque se haga un gran evento, la recaudación diaria también se vuelve importante. Es decir, la financiación proviene, en su mayor parte, de quienes han realizado la obra; y que no son sino las mismas personas que frecuentan el espacio.

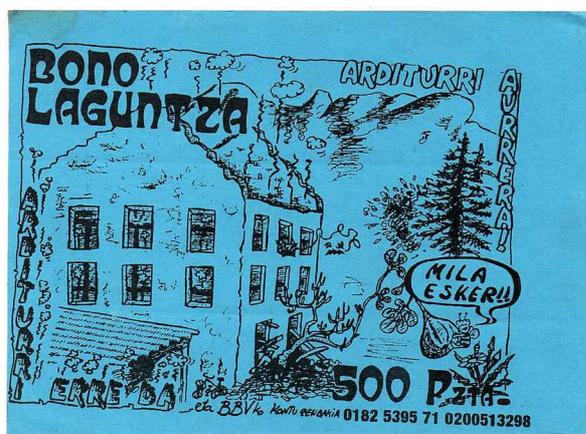
El tercer caso hace referencia al CSO donde realicé mi trabajo de campo, en el que observé que también se obtenía la mayor parte del dinero de fiestas, especialmente de los conciertos que, como ya se ha visto, es el evento que mayor público atrae. De modo que cuando hubo que pagar al procurador y a los abogados, se incrementó la oferta musical en el centro, realizando festivales todos los fines de semana. Otra fuente de financiación provenía de aquellos colectivos que hacían uso del espacio que, por norma, cuando realizaban alguna actividad allí tenían que devolver el 20% del beneficio obtenido al CSO. También los talleres de serigrafía se utilizaban para crear camisetas que poder vender durante la celebración de los eventos. Sin embargo, también por reglamento del centro, bajo ningún concepto se establecía un precio de entrada a las actividades.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

Estos ejemplos muestran cómo, mediante distintas pero similares tácticas, se intenta llegar a depender en la menor medida posible del sistema capitalista, asociando la lucha con la fiesta y tratando de no mercantilizar la cultura. Sin embargo, a la hora de abastecer los bares de los centros sociales se tiende a recurrir, a fin de abaratar costes, a grandes superficies comerciales, lo que supone un sometimiento al sistema que, debido a la contradicción que supone, también es constantemente cuestionado; constituyendo ésta la mayor atadura respecto a la tan deseada autonomía y, probablemente, una de las más difíciles de resolver. En los últimos tiempos, sin embargo, encontramos la tendencia a vender cerveza artesana en algunos de estos espacios. Pero, al ser los costes de ésta superiores a los de la cerveza convencional, nos enfrentamos al dilema de tener que elegir entre ofrecer un producto liberado de las grandes marcas multinacionales u ofrecer un producto a un precio asequible. En mi experiencia me encuentro que esta polémica está presente en varios espacios a día de hoy, en los cuales el debate gira en torno a la idea de que el modelo social que se fomenta ha de ir necesariamente de la mano del modelo económico que se pone en práctica; de este modo, la economía social se sitúa en el centro de una disputa en la que, debido a la falta de medios para producir todo aquello que se consume, es complicado llegar a un acuerdo. Estas lógicas, sin embargo, van penetrando poco a poco en un modo de funcionamiento que, hasta el momento, se regía por el abaratamiento de los productos frente a la producción local, sin cuestionar de dónde venían éstos ni a quién beneficiaba su compra. Retomaremos este asunto, pues, en la cuarta parte de esta tesis.

Ilustración 6.3

Bono-ayuda para reconstruir la casa de Minas de Arditurri tras el incendio



Fuente: proporcionado por Minas

Volviendo a la autogestión de los espacios okupados, se observa que las viviendas también suelen recurrir a estrategias similares a la hora de conseguir dinero; es decir, tienden a realizar fiestas en otros centros o en las casas mismas si el espacio lo permite. Sin embargo, se adoptan también otras técnicas, como pueden ser trabajos colectivos o que generen beneficios para el grupo. En el caso de Itxagain, por

ejemplo, se tuvo noticia de un grupo que pintaba y pagaba 20 euros por ejercer de modelo, de modo que los miembros de la casa se turnaron en varias ocasiones para acudir a las sesiones y destinar ese dinero al uso colectivo. Otra técnica puede ser recurrir a la venta de bonos de ayuda, como hizo, por ejemplo, Minas cuando sufrió el incendio.

El recicle de comida es otra de las técnicas utilizadas en muchas otras casas okupadas, aunque no en todas. Esta práctica, conocida como ‘freeganismo’, consiste en ir a última hora a los contenedores que se encuentran en los alrededores de los grandes supermercados y coger lo que éstos desechan. Según la página web freegan.info “se denomina freegan la gente que emplea estrategias alternativas para vivir, basadas en una participación limitada en la economía convencional, y en un mínimo consumo de recursos”⁷⁰. Por otro lado, también existen bares que se comprometen con los proyectos y guardan los pinchos sobrantes a las okupas, que se pasan a recogerlos a última hora, colaborando así en el reciclaje de comida. Aunque la filosofía freegan da un paso más allá, ya que mezcla esta reducción del consumo al mínimo con valores veganos que defienden los derechos de los animales, mucha gente consigue su sustento mediante esta técnica sin atender a valores políticos. Así, al igual que en el caso de la okupación de vivienda, encontramos que muchos recurren a ello por mera necesidad. Por otro lado, el veganismo no siempre está presente en los espacios okupados, aunque su práctica tampoco supone una excepción y suele ser más alta la media de gente vegana que frecuenta o vive en estos espacios que la que lo hace de manera convencional. De modo que cuando se realizan comidas populares se suele tener en cuenta que pueda acudir gente vegetariana o vegana y se elabora un menú que atienda esta demanda; muchas veces motivada por la presencia de alguien afín dentro del colectivo.

La práctica del recicle, por su parte, era llevada a cabo ya en las primeras okupaciones. Los habitantes de Zapatarí me cuentan cómo acudían al mercado a última hora y muchos puestos les daban lo que no podrían vender al día siguiente; cuando esto no sucedía rebuscaban en la basura. Ahora, reconocen, es mucho más difícil ya que hay guardias de seguridad que custodian los contenedores. Además, el Estado, que siempre va un paso por detrás de lo que sucede en las calles, ha prohibido legalmente rebuscar en la basura, por lo que, cuando se hace, hay que vigilar que no te vea la policía⁷¹. Sin embargo, no es poca la

⁷⁰ En <http://freegan.info/what-is-a-freegan/translations/que-es-un-freegan/> Accedido el 18 de enero de 2016.

⁷¹ Aunque no cuento con datos del País Vasco, en comunidades como Madrid o Andalucía se pueden establecer

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

gente que recurre a esta práctica con el fin de obtener alimento. Aunque no todos, los miembros de las okupas son algunos de ellos, lo que permite reducir costes y mantener un cierto grado de independencia respecto al sistema económico. Sin embargo, esta técnica no supone solamente un método de ahorro; implica también una ruptura con las convenciones sociales.

“¿No te da vergüenza coger cosas de la basura?’, me pregunta A. en mi primer recicle. ‘No’, le digo rápidamente. Pero luego lo pienso y puede que un poco. No es lo mismo coger cosas que comida; andar sacando bolsas de los contenedores; ser tú quien lo coge que verlo desde fuera. Comenta que el otro día vio a En. cogiendo cosas y sí que impresiona. Todo depende de la actitud, dice. No va igual la viejecita que va a Arcco, tapada con un gorro y que ni saluda que ellos; o que los rumanos”.

Este párrafo anterior corresponde a las notas tomadas en mi diario de campo. En él recojo las impresiones de los primeros recicles y el cambio de actitud que se produjo en mi persona a lo largo de los días. Aunque reconozca que no me da vergüenza coger cosas de la basura, admito que no me gustaría que me viera gente conocida cogiendo comida. En mis reflexiones asumo que no le doy la misma importancia a coger cosas como muebles, juegos, ropa, etc. que comida. Y es que comer de lo que el resto tira no está bien visto en esta sociedad; se considera sinónimo de pobreza y la pobreza se asocia con el fracaso personal, asumiéndola como una problemática individual. Por lo que el hecho de no poder acceder a productos nuevos, sean de tipo que fueren, se interioriza como algo vergonzante. Sin embargo, al igual que el problema de la vivienda, la pobreza es un problema social; y acudir al recicle con la cabeza alta implica dar la vuelta a las convenciones sociales que pretenden culpabilizar a quien realiza estas prácticas.

Pero a diferencia de quienes acuden a por comida a los contenedores por necesidad, quienes okupan suelen o pueden tener recursos. Así, quien no puede ir a un recicle lo compensa realizando una compra o aportando algo de dinero a un bote común, por medio del cual se adquieren productos que no se pueden encontrar en la basura, como aceite, gel de ducha, sal, etc. Aunque, como me dice D., “no hay dinero que compense ir a los recicles. Sobre todo en invierno”, es habitual que exista un bote cuyas integrantes van reponiendo, unas veces a partes iguales, otras en función de las posibilidades de cada persona. Y como ya

multas de hasta 750€ por buscar en la basura. Véase, por ejemplo, <http://www.izquierdadiario.es/Multas-de-hasta-750-euros-por-recoger-comida-de-la-basura> Accedido el 10 de abril de 2017.

se ha mencionado al inicio de este apartado, las posibilidades de cada persona varían en función de la relación que mantengan con el mercado laboral. Así, la total socialización de los recursos es una práctica que no siempre se da. En mi investigación encuentro que sólo las mujeres de Matxarda colectivizaban el dinero aunque no todas trabajasen de manera asalariada. Así, me cuentan cómo una de ellas se compró unas botas cogiendo dinero colectivo porque se le había roto el calzado y no tenía más.

En otros espacios, sin embargo, aunque se comenzase la okupación con esta premisa (Minas o Zapatari, entre otras), con el tiempo se va cambiando el funcionamiento interno. En Minas, por ejemplo, que vivió durante mucho tiempo de la panadería, de un bar que se estableció en el espacio y del cobro por parte de alguno de sus miembros del RGI o el paro⁷², poco a poco se dejaron de compartir estos recursos económicos y hoy en día, con el bar desaparecido, se reparten las ganancias de la panadería en función del tiempo invertido en ella. Este tema suscita, así, uno de los mayores dilemas en lo que a la gestión de la economía se refiere. Dado el nomadismo que la okupación conlleva, se torna difícil llevar a cabo la socialización del capital económico de una manera constante. Sin embargo, como muestra la siguiente declaración, el problema no surge tanto de las idas y venidas de las personas, sino de la desconfianza y de la falta de compromiso por parte de la gente que integra los colectivos, especialmente en lo que respecta a la gestión y el reparto de los tiempos de trabajo, sea éste remunerado o no:

“siempre me ha parecido algo muy chungo de gestionar, porque al final yo pienso que yo trabajo y ese dinero es sólo para mi propio beneficio. O sea, no dejo parte de ese dinero en casa. Pero luego, al final, es lo que les digo, ¿no? Que si yo voy a trabajar de 9:00 a 16:00 de la tarde, salgo y después tengo una asamblea, después de la asamblea tengo que ir al recicle, luego a casa a las 22:00 de la noche, así todos los días, no tengo tiempo para descansar. Los días que todo el mundo está de fiesta y no sé qué, no sé cuál, yo estoy trabajando por la noche. Al final tengo sólo un día libre a la semana, ¿no? Física y mentalmente, porque cuando no estoy haciendo algo físico estoy en la asamblea, bien la del centro, bien la de la casa, o bien la del Aullido, que es lunes, martes, miércoles. Luego ya me queda jueves y viernes. El viernes ya trabajo de tardes. Entonces para mí, lo suyo sería de verdad hacer una piña y hacer turnos de trabajo asalariado. Lo que pasa es que yo también veo que si hubiera más implicación y si viera que la casa está limpia de la hostia, que la

72 Como señalan en *Eutsi*, 1988: 19, “Los medios con los que conseguimos el dinero que, lógicamente, necesitamos son la panadería donde hacemos pan integral que posteriormente vendemos, y una taberna que abrimos hace un año aquí mismo. Aunque hoy por hoy la fuente realmente fuerte donde nos apoyamos viene de dos personas de aquí que cobran el paro”.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

gente va a los recicles, no tendría ningún problema en dejar parte de mi salario o igual hasta todo mi salario encima de la mesa. Lo que pasa es que veo que al final la peña se levanta a las 12:00 del mediodía, no sé qué, no sé cuál, y eso tampoco me parece. A veces suelo hacer la compra porque no voy a los recicles o porque creo que la tengo que hacer. Aporto de esa manera, pero ya está. [...]" (D.)

Así se muestra que las contradicciones respecto al trabajo asalariado forman parte de la realidad del colectivo. El dinero se pone en un bote común cuando la implicación es realmente colectiva, pero incluso en estos casos, el tema resulta conflictivo, ya que el esfuerzo por conseguirlo se valora más que el trabajo no remunerado que realizan quienes no poseen un trabajo asalariado. Por otro lado, el trabajo material que corresponde al arreglo del espacio (fontanería, electricidad, etc.) también acaba teniendo más peso que asuntos cotidianos como la limpieza o la cocina, entrando así de nuevo en las lógicas del sistema; lógicas que priorizan el trabajo asalariado sobre el no asalariado y el público, principalmente aquel realizado tradicionalmente por hombres, sobre el doméstico.

Pero estas lógicas penetran profundamente también en otros aspectos. Así, aunque se intente escapar de la sociedad de consumo hay ciertos valores que están arraigados, especialmente en una cultura, la vasca, donde la socialización gira en torno al bar. La siguiente declaración da cuenta de ello y muestra, también, cómo sus miembros son conscientes del problema:

“tenemos que ser conscientes de nuestras limitaciones y de nuestros vicios que ha generado esta sociedad. Sinceramente, yo gasto. Yo tengo mis gastos aunque intente hacer otro tipo de vida. Pero tengo gastos. Y tengo que asumir los gastos. Y también otros gastos que obligatoriamente el sistema te impone. Y a mí me parece..., o sea, si yo al final me voy a una casa, okupada, a vivir, supuestamente me independizo, pues yo creo que yo me tengo que sacar las castañas del fuego. Suena feo, pero al final necesitas un trabajo. O necesitas un trabajo, o cambia tu vida drásticamente. Y aun así, siempre necesitas un colchoncito, por si te ocurre... yo qué sé, ¿sabes? Aunque sea la mayor chorrada, ir al dentista, o una multa, o ¡que te quieras tomar una caña! A ver, ese es tu vicio, pero al final es así. O sea, yo creo que sí se puede vivir sin dinero, pero ¡puf! vivimos en una ciudad. Bien, o sea, hay que ser conscientes. Y que sí, que al final esta sociedad nos ha inculcado que también, pues a veces disfrutamos de ello, que pagamos con dinero. Y queremos pagar. Todo el mundo se quiere hacer a veces un viaje, todo el mundo se quiere hacer alguna cenita alguna vez, algún plan. Y al final si quieres hacer eso y no tienes dinero, jodido” (E.).

A pesar de ello, hay quien me ha asegurado que, mediante las prácticas descritas, se puede vivir sin dinero, aunque reconozca que en el día a día no se pueda permitir cosas como ir a un bar a tomar algo. Pero corrobora que todos los días se tiene en la casa comida, agua, un baño, por lo que las necesidades básicas quedarían cubiertas. Fuera de la casa, me asegura C., ya sí que habría problema en un mundo en el que, cada vez más, no tener dinero implica no tener ni vida social, ni diversión, creatividad o placer, como apunta Pattaroni (2014: 62). Así, las relaciones de reciprocidad quedarían dentro del colectivo y la subsistencia dependería, en parte, de los residuos generados por otros. En el caso de la gente más joven, además, el recibir ayuda de los progenitores también supone una contradicción interna y un conflicto, como lo demuestra el siguiente fragmento:

“sí que a veces hay un conflicto, ¿no? que igual no lo hablo tanto porque sí que igual te es mucho más personal y sí que hay cosas que igual tú misma estás viendo que te contradices con esas ideas libertarias, esas ideas de que no quieres trabajo asalariado pero al final por otro lado me están ayudando mis padres. Sí, porque ellos quieren, pero... al final estás en continua contradicción y dices tú ‘¿hasta qué punto estoy siendo coherente con mi forma de pensar?’”
(B.).

En este sentido, señala Martínez López que debido a la formación universitaria, “la mayoría no aceptará fácilmente un trabajo asalariado normal (esto es, precario), y estará más dispuest@ a continuar actividades autogestionadas como las ya aprendidas y experimentadas” (2002: 215-216). Sin embargo, a mi modo de ver, no se trata sólo de la formación de las integrantes del colectivo, sino del rechazo hacia la forma que el trabajo asalariado adopta dentro del sistema capitalista. Así, los talleres de autoempleo, que serían otro modelo de trabajo en el que no existe patrón ni presiones exteriores, se vuelven populares en este entorno. Como señalan en un comunicado publicado en el monográfico sobre okupación *Eutsi*, en el que hacen referencia a la okupación de tierras, “estos espacios están dedicados a realizar actividades autogestionadas, frente al sistema actual de la explotación del hombre y su alienación, empezando a luchar desde nosotros mismos contra esa negación que es el trabajo asalariado” (1988: 24). Así, volviendo, por ejemplo, al caso de B., ésta reconoce que “igual a mí que me ayuden un poco me permite buscarme otras alternativas, el indagar un poco hasta que diga un día ‘ya, aquí me quedo’”. Y, efectivamente, la ayuda recibida

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

combinada con la okupación le permite llevar adelante un taller de costura que de otra manera sería inviable.

Pero este modelo de trabajo no es algo nuevo. Se daba ya entre las primeros okupas. Por ejemplo, de Zapatari salió un taller de bicicletas que hoy día funciona de manera legal, aunque contaron también con talleres de calzado o un taller gráfico (*Eutsi*, 1988: 33-34). Otra de las personas que vivió allí me comentó en una conversación informal que “ya que nos vamos a dedicar un tercio de nuestra vida a trabajar, que menos que poder vivir de algo que nos gusta” y, tras años buscando esa experiencia, recientemente ha montado una pequeña empresa relacionada con la pesca. Otro de sus habitantes vivía, sobre todo, de tocar música en la calle. En otro caso, P. decidió dejar la okupación de vivienda para tener más estabilidad, por un lado para poder hacerse cargo de su familia y, por otro, para dedicar más energía tanto al CSO como al proyecto de educación libertaria que está llevando a cabo. Apaizartza supone otro ejemplo de autoempleo en el que se han ganado el respeto de la gente que les rodea (ganaderos y agricultores) por medio del trabajo de la tierra, cambiando la percepción que éstos tenían de la okupación.

Así, cuando no se logra, como en los casos anteriores, unir el trabajo al proyecto de vida que se elige, se recurre al empleo asalariado para subsistir mientras se dedica el tiempo a otros proyectos. Se opta en estos casos por trabajos precarios o a tiempo parcial, así como trabajos temporales, entre los cuales la hostelería suele ser una de las ocupaciones más recurrentes; aunque también me encuentro con personas que desarrollan trabajos a tiempo parcial relacionados con la ayuda a colectivos en riesgo de exclusión social (trabajadores y educadoras sociales, principalmente). Si bien en algunos casos sea obligada, la elección de este tipo de trabajos no es casual. A pesar de que las condiciones no sean las más favorables, este tipo de empleos permite una flexibilidad difícil de conseguir cuando se cuenta con un puesto fijo; flexibilidad que se puede combinar con el trabajo militante que la okupación y los movimientos sociales que la rodean requiere. Así, aunque recurran a ello, quienes eligen esta opción tienen una visión negativa de este tipo de trabajo y consideran que implica un robo del tiempo personal. En palabras de E. el trabajo asalariado consistiría en “una manera de vender tu vida, de vender tu tiempo. O sea, tú al final estás fijando un precio a tu vida. Porque tu vida es tiempo”. También D. me dice que “yo he estado currando, he dejado de currar, y veo que te

roba la vida, ¿no?, que te roba el tiempo. O sea, que al final aunque yo tengo un trabajo ahora que físicamente no me mato, porque es un bar bastante tranquilo, sí que tengo la sensación de falta de tiempo”. Desde este punto de vista se utiliza el trabajo asalariado como un instrumento que permite cubrir unos gastos mínimos, pero no como el centro de la vida. Así, me asegura D. que ella quiere que su “contacto con el mundo laboral y el trabajo asalariado [quiero que] sea el mínimo”, “necesito 1200 pavos para pagar dos años de seguro a la furgoneta. Entonces dos meses de curro; algo más para ahorrar algo más y ya está”.

Por otra parte, como ya se señaló en el capítulo cuarto, el cobro de ayudas, así como la puesta en marcha de talleres ocupacionales, supuso en los inicios del movimiento la desmovilización de gran parte de la juventud. Los okupas más mayores consideran, así, que pocas personas han continuado en la lucha después de que se fueran introduciendo estas políticas sociales que garantizaban unos ingresos mínimos y la delegación de ciertas actividades comunales a las instituciones, enmarcando el nuevo orden social dentro de ese Estado de bienestar que se pretendía desde el gobierno. Sin embargo, citan algunos casos en los que piensan que el cobro de ese dinero está justificado. En uno de ellos, por ejemplo, se trata de una persona okupa de vertiente ecologista, que cobra el RGI y que dedica su tiempo al cuidado del monte; tarea que, en principio, corresponde a las autoridades pero que éstas no realizan; tarea que, por otro lado, ya realizaba esta persona antes de que las instituciones asumieran esta responsabilidad. De este modo, la relación con el Estado no se torna tan conflictiva dentro del movimiento si se demuestra que se utilizan los recursos que éste otorga para una causa común y beneficiosa para la sociedad. Así, aunque la tendencia principal sea rechazar todo tipo de conexión con las autoridades, una vez que ciertas políticas entran en juego las líneas divisorias no son tan claras, ni los marcos tan cerrados. Como en el caso de la negociación de los espacios, las estrategias a seguir varían en función de los objetivos que se planteen. Y estas estrategias, por su parte, son aceptadas dentro de un código moral no escrito que revierte en la valoración social de la persona afectada.

Respecto a los materiales utilizados destacábamos al inicio de este apartado la tendencia a la reutilización y al reciclaje. Así, contamos con el ejemplo del taller de reparación de bicicletas de Zapatari, en el que, me aseguran, nunca robaban; cogían las piezas de aquellas bicicletas que estaban abandonadas o en el desguace. Lo mismo sucede hoy en día con los

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

talleres informáticos que nos encontramos en los distintos espacios. Se utilizan monitores y CPU aparentemente obsoletos que se reparan y se les instalan programas de software libre. Sin llegar tan lejos, el mobiliario, como en el caso de los *gaztetxes*, también se recoge de la basura. Como señalaran en el caso de Zapatari, “la casa comenzó a ser amueblada con las aportaciones provenientes de las basuras de la ciudad, con muebles de nuestras antiguas casas okupadas y con los encontrados en una fábrica abandonada de las inmediaciones. Estas fuentes de aprovisionamiento no se agotan, con lo que vamos ganando en comodidad” (*Eutsi*, 1988: 33). Por otro lado, y en contraposición al modelo de consumo acostumbrado, encontramos espacios denominados como 'tienda gratis', donde se ofertan diversos productos, generalmente ropa, pero también por juguetes y aparatos varios. En estos espacios cada cual es libre de coger y dejar lo que necesite sin necesidad de que medie intercambio alguno, ni monetario, ni material. De este modo, más allá del modelo de reciprocidad que se puede fomentar mediante el trueque, se pretende aquí que las necesidades sean cubiertas sin que quien recibe tenga obligatoriamente que aportar nada a cambio.

Así, la red de autoabastecimiento dentro de la okupación urbana se extiende más allá de las relaciones económicas convencionales, es decir, del sistema de mercado capitalista, abarcando la gestión del conjunto de la vida; gestión que comienza por la propia casa, por los recursos domésticos, es decir, por la 'oikonomía'. Este modelo de gestión, sin embargo, se hace más patente en las okupaciones rurales, donde el distanciamiento físico y, en ocasiones, el aislamiento respecto a las condiciones sociales más normalizadas que se manifiestan en las ciudades, permite un mayor grado de libertad para llevar a cabo sus actividades y prácticas. A pesar de ello, estos dos modelos de okupación están directamente interrelacionados.

Mientras que las primeras dependen más de los residuos generados en las ciudades y de la puesta en marcha de talleres de autoempleo como medio de obtener algunas ganancias; las segundas pueden permitirse un mayor grado de autosuficiencia al contar con medios para cultivar la tierra y, en ocasiones, criar ganado. Estas ventajas, sin embargo, no quedan libres de contradicciones y dificultades, ya que, al igual que sucede en las okupaciones urbanas, el pretender valorar todos los tipos de trabajo realizados del mismo modo y el compartir todos los recursos disponibles supone dejar atrás todo el imaginario que nos ha sido inculcado desde que nacemos. Además, para llevar a cabo ciertos trabajos, como puede ser, por ejemplo,

comprar herramienta, es necesario mantener relación con otros espacios especializados, aunque éstos no sean autogestionados, generándose así un nuevo conflicto ético. De este modo, las relaciones con la ciudad y con los precios establecidos a los productos generan también controversias, teniendo que dejar de lado, en ocasiones, parte de las expectativas puestas en el modo de vida elegido para hacer frente a las necesidades reales del colectivo y a la practicidad del producto elaborado, como muestra el siguiente extracto de las II Jornadas de Colectividades y Okupación Rural, donde se cuenta la experiencia del pueblo okupado de Lakabe:

“Bueno nosotros somos un colectivo que lleva 15 años en un pueblo okupado en el norte de Navarra casi montaña, es un terreno bastante duro. Tenemos ganado, tenemos huertas y en un principio teníamos un taller de telar, de cerámica, de zapatería, y también el taller de pan. Después de todos estos años solamente ha quedado el taller de pan y lo demás ha ido muriendo progresivamente, por un lado porque el tema de la artesanía es muy duro [...], que se saca poco dinero y trabajas muchísimo y tienes que estar vendiendo en la calle y es un tema muy fuerte. Y por otro lado porque el tema del pan es algo que se consume diariamente y que, quieras que no, te da un dinero, aunque sea poco, cada día que trabajas [...].

Este tema del comercio con la ciudad plantea muchos problemas sobre todo de tipo ético y moral a los grupos que estamos en el campo o que nos hemos querido salir de una red preestablecida de comercio y de trabajo. Se plantean muchos problemas, sobre todo al precio que vas a poner a tu producto, cómo lo vas a valorar, qué tipo de empaquetados vas a utilizar, si te vas a meter en los plásticos, si no, si vas a reciclar o no, si lo vas a recoger si no, cómo lo vas a distribuir [...]. Al principio sueles caer mucho en un purismo a ultranza que encarece mucho el producto, que lo hace inviable, que a la larga no es rentable. Entonces lo que hemos visto con nuestra experiencia es que no sabemos ser rentables con lo que producimos. Y es un gran fallo que tenemos los grupos [...]. Luego otra cosa positiva que tienen los grupos que viven en el campo, es que puedes crear una infraestructura muy fuerte de autoabastecimiento, y eso hace que necesites menos dinero. El dinero es lo más caro de conseguir para cualquier grupo que se automargine de esta sociedad. Y por ser el más caro tiende a otra contrapartida en el grupo que es que se va a valorar más ese trabajo” (Malayerba, 1999: 83).

Como ya se ha señalado, también respecto a los precios de los productos surgen contradicciones, ya que, por un lado, no se quiere entrar en el juego del mercado y poner precios caros, pero por otro, se pretende que se valore el trabajo realizado. En este sentido, la reciprocidad también ha de darse de manera comedida si no se quiere desvirtuar ese trabajo. Lidar entre los valores del grupo y las normas socialmente aceptadas no es tarea fácil. Así lo expresa la misma ponente:

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

“Normalmente los grupos o las comunidades trabajan muchísimo y no tenemos nunca un chavo. No sé cómo lo hacemos pero es la realidad. Que no te da ni para ir en autobús de aquí al pueblo de al lado. Eso es una cosa que tenemos que tener claro que no puede suceder [...]. No queremos ponerle un precio porque hemos odiado toda la vida que se ponga un precio. Hasta ir al water te cuesta 5 duros. Como tenemos ese recuerdo de lo que hemos vivido y no lo queremos volver a vivir, ponemos unos precios super bajos, sea lo que sea [...]. Es que no nos creemos que lo nuestro vale un mogollón, y de hecho lo vale. Y de hecho tiene un precio y es rentable, y la gente lo compra y lo disfruta, y si lo disfruta tiene un precio y no podemos confundir la amistad con el dinero porque siempre estaremos en la ruina... Son cosas diferentes, una relación de amistad y una relación económica. Normalmente los grupos también pecamos de que regalamos el 80% de lo que producimos [...]. Esto no es productivo en ninguna de las formas. Los intercambios que se hagan tienen que ser intercambios. Tú puedes producir un 110% y regalar ese 10% pero no puedes regalar lo que realmente necesitas para vivir” (Malayerba, 1999: 84).

Este fragmento muestra cómo los valores se entremezclan y se confunden las necesidades con las relaciones de reciprocidad que se suponen parte de la forma de gestionar las relaciones sociales dentro del movimiento. Pero este problema no es exclusivo del campo; también se presenta en las okupaciones urbanas. Y muchas veces, los valores de solidaridad se confunden con el aprovechamiento. Así, es también habitual encontrar a personas que no aportan al colectivo y que consideran que tienen legitimidad para habitar en los espacios okupados que, al no ser de nadie, son de todos. Bajo esta premisa no son pocos los que viven por la cara, los que son denominados como 'costras'⁷³. Hacer frente a esta situación, como se mostró en un apartado anterior, no resulta fácil. Sin embargo, una vez superado este problema, medir y establecer el nivel de intercambio supone un nuevo enfrentamiento dentro del colectivo y entre el colectivo y el exterior, ya que implica entrar y profundizar en algunos de los aspectos del modo de producción de la sociedad convencional. De tal forma que hay que poner un valor a la fuerza de trabajo y luchar por hacerse un hueco en el mercado, así como justificar el precio final del producto.

Esta problemática, común a ambos tipos de okupaciones, adopta formas de abastecimiento diferentes. Mientras que la elaboración y venta de pan se convierte en un recurso bastante socorrido tanto en las okupaciones urbanas como rurales (Lakabe, Belabaratz y Minas desde sus inicios, Zapatari después, actualmente la Firestone también), el trabajo de la tierra requiere unas condiciones más específicas. Así, aunque algunos espacios urbanos opten

73 Véase el apartado 6.4 Organizando las relaciones: entre lo personal y lo colectivo.

también por cultivar pequeños huertos, son necesarios unos requisitos físicos que no siempre están presentes; por ejemplo, la contaminación del suelo que afecta a la tierra de Minas debido a décadas de explotación minera, no permite el establecimiento de un huerto a pesar de encontrarse en zona rural. Por otro lado, en los casos en que es posible cultivar, es difícil que todo el colectivo pueda alimentarse de los productos obtenidos.

Ante la falta de medios para llevar a cabo un proyecto de huerta, las vías de recogida de alimentos son otras, como la del recicle de comida ya expuesto. Sin embargo, la combinación de ambas tácticas, como se hacía en Zapatari, abre una nueva vía de ahorro. Tal y como destacaban sus habitantes, “mantenemos relación estrecha con las demás casas ocupadas de la zona. En el plano material 'Minas' nos provee de pan cashero que a su vez repartimos a amigas/os que previamente lo desean. Recientemente, la 'Herrería' ha empezado a hacer requesón y estamos para desarrollar mutuas relaciones de cambio. Junto con 'Minas' y 'La Herrería' compartimos un espacio ganso de tierra en el caserío Belabaratz de Rentería que hace pocos días ha sido ocupado por unos colegas. Trabajamos también otra huerta en los terrenos cercanos a Zapatari” (*Eutsi*, 1988: 34). Este caso, lejano ya en el tiempo, es un ejemplo de cómo el intercambio de productos entre diferentes espacios permite ampliar la red de autoabastecimiento y que un mayor número de grupos pueda subsistir, ya que vivir en comunidad, así como compartir espacios y materiales, reduce notablemente los gastos. Podemos encontrar redes similares en espacios actuales, adaptadas a las nuevas necesidades y a los modelos que desde ellas nacen. Así, aunque cada centro tenga sus propias lógicas, es común la relación con algunos grupos de consumo surgidos en los últimos años, desde donde se promueve el trato directo con los agricultores, así como la agricultura ecológica. En este sentido cabría destacar el caso de las tierras okupadas de Apaizartza, cuyas cestas se reparten, entre otros sitios, en Txerrimuño y en la Firestone, haciendo de este modo de intermediarios entre el campo y la ciudad.

Como ya se mostró en el caso de Apaizartza, desde estos grupos se lucha también por la soberanía alimentaria, es decir, por el derecho de los pueblos a producir y cultivar sus propios alimentos de acuerdo con sus capacidades y necesidades; algo que ya se predicaba en las primeras okupaciones rurales, aunque no hubiera adquirido este nombre por aquel entonces. En Belabaratz, en Lakabe, en las campas de Patxiku (frente a la Herrería), etc. se practicaba

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

desde sus inicios la agricultura ecológica, evitando químicos, potenciando el contacto con la naturaleza y el trabajo de la tierra como forma de conseguir alimento sin depender de empresas multinacionales. Rescatando uno más de los textos editados en esa época, se defendía esta práctica de la siguiente manera:

“Por un lado vamos arrebatando al sistema una serie de espacios, que están muertos esperando la especulación, o sin proyecto alguno para darles vida y desarrollar una serie de actividades alternativas, que este caso pasa por la agricultura biológica, la creación de viveros... y muchas más actividades que se puede realizar en estos espacios abiertos a la gente [...].

Y ya por último, el practicar la agricultura (huerta, víveres, flores) nos posibilita alimentarnos directamente de nuestro trabajo, buscando la coordinación y cooperación entre nosotros, para poder trabajar todos en la tierra de todos y para todos, siendo más las manos, menor el sudor y lo bien compartido sabe mejor” (Eutsi, 1988: 24).

Se observa, de este modo, que muchas de las luchas que se reivindicaban en las primeras okupaciones confluyen con algunas de las líneas a seguir por los movimientos sociales más activos actualmente. En este debate, por su parte, se enmarca en el ya mencionado dilema de ofrecer productos baratos o productos artesanos y ecológicos que se da, como hemos visto, tanto en la okupación rural como en la urbana. Sin embargo, el caso de Apaizartza, que reparte hasta 120 cestas semanales, demuestra que no es necesariamente más cara una producción ecológica, aunque el evitar químicos y monocultivos requiera más trabajo y mayor control sobre el cultivo.

De las líneas anteriores se extrae que, a pesar de todas sus diferencias, si algo comparten las relaciones económicas de estos dos tipos de okupación, la rural y la urbana, es un modelo económico basado en una economía de subsistencia, donde no prima la acumulación de capital, sino la satisfacción de las necesidades básicas a partir de unos medios propios. Como apunta Cattaneo (2013), ambos tipos de okupación desarrollan un micro modelo para hacer frente de manera local a las crisis ecológicas y económicas, aprovechando los desechos urbanos, desarrollando el ingenio, promoviendo la cooperación y compartiendo el conocimiento.

Sin embargo, cuando atendemos directamente al intercambio monetario observamos que, aunque en este modelo el tiempo invertido en todo el proceso productivo sea mayor, la parte remunerada acaba siendo menor que en la sociedad convencional, dado que su retribución se rige más por las normas del mercado capitalista (en el que se valora únicamente el producto

final) que por unas normas propias. Para que estas normas se aceptaran, habría que realizar una transformación total del sistema de valores de la sociedad; algo que se trata de potenciar dentro del movimiento a través de las actividades mencionadas más arriba. Como ya señalara Illich en su defensa de un cambio de modelo social, “para poder ser eficiente y poder cubrir las necesidades humanas que determina, un nuevo sistema de producción debe también reencontrar nuevamente la dimensión personal y comunitaria. La persona, la célula de base, conjugando en forma óptima la eficacia y la autonomía, es la única escala que debe determinar la necesidad humana dentro de la cual la producción social es realizable” (1978: 26). Sin embargo, cuando se traspasan los propios muros del movimiento, se encuentran dificultades para dar continuidad a ese modelo convivencial propuesto por este autor, ya que la transformación no llega al conjunto total de la sociedad (en ocasiones, ni siquiera se da dentro del propio movimiento). Así, en la búsqueda de una convergencia entre ambos sistemas, muchos okupas recurren al trabajo asalariado para vivir pero manteniendo el mínimo contacto con el mundo laboral; mundo que consideran un medio opresor. En los casos de autoempleo, por su parte, se lucha porque el trabajo realizado sea reconocido. En estas situaciones, el comercio se realiza a fin de conseguir recursos que permitan satisfacer aquellas necesidades que no pueden ser cubiertas por medios propios. Y, contrariamente a lo establecido por el sistema de mercado, este intercambio puede ser o no monetario.

Pero, a pesar de que no se logre implantar este modelo en el conjunto social, la sola puesta en práctica de un modelo económico diferente supone un desafío al sistema ya que, como matiza Cattaneo, la okupación invierte la espiral en la que nos encontramos cuando nos vemos en la necesidad de tener un trabajo para pagar una vivienda. Al no tener que hacer frente a ese gasto, se puede dejar de vender el tiempo propio en el mercado laboral y emplearlo para satisfacer directamente las necesidades personales. Así, la alternativa no monetaria comienza por la vivienda y va abarcando, poco a poco, otros aspectos sociales. De este modo, el desafío se convierte también en una posibilidad; posibilidad porque a efectos prácticos, el movimiento de okupación incide en la reducción del consumo tanto material como energético. Así, sus prácticas podrían servir de ejemplo a la hora de hacer frente a la crisis sistémica (energética, climática y económica, señala este autor) en la que nos encontramos (Cattaneo, 2013: 139).

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

En este contexto de reducción de consumo podemos situar también el 'turismo alternativo' al que se hacía mención en el apartado 6.4 y que fomenta un modelo turístico que no se basa en la mercantilización de la cultura, sino en el hecho de compartir ésta y disfrutar de ella gratuitamente. Esta forma de viajar, que consiste en conocer otros espacios okupados, sus experiencias, inquietudes, sin apenas dinero, se popularizó en los años '80. Así, me cuentan cómo las mujeres de Matxarda organizaban encuentros con mujeres del movimiento autónomo alemán en las que realizaban jornadas con movimientos sociales de Euskal Herria. La influencia del movimiento autónomo que venía de Alemania propiciaba que se organizaran numerosos viajes para conocer esa realidad; algo que también se hizo desde la Asamblea de Okupas de Madrid. Una vez allí, y aprovechando que una de las mujeres de Matxarda conocía el idioma, establecieron relación con un grupo de mujeres a las que les interesaba especialmente el conflicto vasco. De modo que, a la vuelta, empezaron a organizar una serie de jornadas con colectivos de todos los tipos: familiares del GRAPO, antimilitaristas, MLNV, grupos feministas de la zona. Aprovechaban también las jornadas para realizar un intercambio de idiomas: las mujeres de aquí aprendían alemán y las de allí castellano. Las autónomas alemanas solían dormir en el albergue de Minas por un módico precio si contaban con servicio de comedor, o gratis si no hacían uso de ello. Así, lo que para las alemanas suponía ese módico precio a ellas les financiaba casi todo el año. Cuando no se podía albergar a todas allí se alojaban en las casas okupadas de los alrededores. Me cuenta Q. que se trataba de lo que llamaban 'turismo alternativo', que consistía en viajar conociendo distintos proyectos a lo largo de Europa, aunque, sin duda, siempre había alguien que se aprovechaba de la situación para vivir gratis. Sin embargo, estas experiencias les sirvieron para crear un sólido tejido entre okupas de todo el continente. Aunque muchas veces este hecho podía causar molestias en los habitantes habituales de las casas (“en verano vivir en Zapa era un infierno, llegaban grupos de diez o doce alemanes que sólo preparaban la cena el último día, además de holandeses, catalanes, etc.”, me asegura T.), implicaba una puesta en común de luchas y resistencias y servía para establecer conexiones con espacios de toda Europa, permitiendo construir y compartir estrategias.

El concepto de 'turismo alternativo' es sistematizado por Lynn Owens en su aportación al SqEK. Considera este autor que la movilidad de los activistas es fundamental para el

movimiento y para la creación de una identidad colectiva. Los okupas, dice, siempre tienen que tener pensado dónde irse en caso de desalojo y, muchas veces, la única forma de resistir es moverse. Esta movilidad, además, produce una determinada forma de relacionarse ya que, al viajar, se comparten distintas formas de innovación, información e interacción política (Owens, 2013). Esta manera de viajar permitiría establecer conexiones, compartir conocimientos e idear resistencias. Algo en lo que Santos insiste cuando nos recuerda que “el conocimiento es el aprendizaje recíproco y una condición necesaria para el acuerdo sobre la articulación y la construcción de coaliciones. El potencial contrahegemónico de cualquier movimiento social reside en su capacidad de articulación con otros movimientos, con sus formas de organización y sus objetivos” (2005: 156); y, para ello, estas zonas de contacto se vuelven imprescindibles. Pero la movilidad, asegura Owens, es también poder. Lo que ahora consideramos un derecho, como es el poder movernos libremente dentro del territorio europeo (entendido como los países pertenecientes a la Unión Europea), es algo que está vetado a muchas personas (a ciudadanos no europeos y a ciudadanos europeos sin recursos económicos). En los '80 era aún más difícil viajar en libertad de condiciones, por lo que no todos los activistas podían permitirse ir a Alemania, Bélgica y Holanda a conocer distintas experiencias. Sin embargo, también sus formas de viajar eran más transgresoras. Me cuentan K. y L., cómo viajar sin billete en el tren o hacer autostop, así como conducir sin carnet, eran prácticas habituales en aquella época.

Este turismo alternativo, por su parte, surge a principios de los '80 en Amsterdam cuando un grupo de okupas decide trasladar sus experiencias a otros lugares, invitados, muchas de las veces, por los espacios okupados receptores. Owens denomina esto como 'turismo político'; un tipo de turismo que permite exportar ideas, identidad y tácticas al resto de Europa. Y el País Vasco no queda exento de esta práctica. No sólo las mujeres de Matxarda, también los hombres que okupaban por aquel entonces realizaban viajes para conocer otras realidades que les ayudaran a poner en práctica diferentes formas de resistencia en sus propios territorios. Sin embargo, la organización de jornadas, en la forma que la llevaron a cabo estas mujeres, era algo menos habitual. Así, los lazos que se crean mediante esta forma de turismo potencian, también, la creación de contactos para luchas futuras.

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

Por otro lado, y como ya se ha señalado, desplazarse en bicicleta, autoestop o colándose en el tren eran formas habituales de viajar, tanto para hacer este tipo de turismo como para acudir a conciertos, manifestaciones o asambleas en otros lugares. Hoy en día, sin embargo, aunque se sigue viajando de casa okupa en casa okupa (en mi trabajo de campo me encuentro tres personas que pasan por Ixasgain en sus viajes), las leyes y normas cada vez más restrictivas que se imponen a la ciudadanía tornan más difícil esta posibilidad. Así, cada vez hay más controles en las estaciones de tren y las multas por viajar sin billete son más altas, mientras que conducir sin carnet en esta sociedad resulta impensable, incluso para los propios okupas, y las políticas del miedo hacen prácticamente inviable el viajar en autoestop, ya que poca gente se atreve a recoger desconocidos. Además, bajo el discurso de la seguridad, el uso de la bicicleta está prohibido en las carreteras principales y en las secundarias es obligatorio el uso del casco, luces y una serie de requisitos que dificultan el desplazamiento y facilitan el ser parado y multado por la policía. Estas restricciones, que se aplican siempre un paso por detrás de lo que la gente hace a fin de controlarla, son, por otra parte, tomadas cada vez más en serio por quienes hasta ahora se jactaban de no cumplir las normas. De este modo se observa que tanto el discurso de la seguridad como el del miedo acaban calando incluso en aquellos sectores sociales que los critican. Como anécdota, relataré aquí cómo L. que se sacó el permiso de conducir bastante tarde estaba deseoso de encontrarse autoestopistas para poder llevarlos como tantas veces habían hecho con él y devolver así, indirectamente, el favor recibido; cuál fue su sorpresa al descubrir que la gente ya no realizaba esta práctica. Así, la opción de viajar barato queda limitada a dormir en casas okupas, pero no a utilizar medios de transporte sin pagarlos.

Este apunte, por su parte, trae a la luz otro tema del que aun no se ha hablado cuando se menciona la financiación y la autogestión: el uso de otras fuentes de energía, como son el agua y la electricidad. Aunque según autores como Cattaneo el modo de vida okupa reduce drásticamente el consumo debido a la austeridad a la que se ven abocados sus miembros al tratar de escapar del modelo de producción, y por lo tanto de vida, del sistema capitalista, hay que tener en cuenta que pocos espacios sobreviven sin luz ni agua. En la mayoría de los casos éstas se obtienen de manera ilegal, siendo extraídas de la red de suministro local. En las pocas excepciones en las que se llega a un acuerdo con la propiedad se suelen pagar los gastos

generados aunque no se pague un alquiler. La tercera opción consiste en el uso de energías renovables que permiten generar electricidad sin depender de las empresas convencionales. Sin embargo, en el caso del agua es necesario también encontrarse en un entorno favorable, es decir, cerca de un río con buen caudal y cuya agua no esté contaminada, lo que se vuelve difícil en un entorno urbano.

En mi investigación encuentro ejemplos de los tres modelos, siendo mayoritario el uso ilegal de las fuentes de alimentación eléctrica. Mientras que el caso de Itxasgain se corresponde con éste; la Mertxe, casa okupada por un grupo de jóvenes en el barrio de Martutene de Donostia en 2013, consigue una cesión de cinco años comprometiéndose a pagar los gastos generados; Minas, por su parte, se rige por el último formato. Este espacio ubicado en la falda de las Peñas de Aia, en la cordillera pirenaica, se mantuvo sin luz durante seis años, es decir, hasta 1992; año en el que instalaron una turbina y un generador que, aprovechando el salto de agua del río, permitió obtener electricidad. Por su parte, en el pueblo okupado de Lakabe, situado en el Pirineo navarro, los primeros rayos eléctricos provienen de un pequeño molino de viento, para después ir instalando paulatinamente placas solares que han sido recuperadas y arregladas una vez que el sistema las ha desechado. Esta autosuficiencia energética permite, por un lado, no depender de las empresas suministradoras de energía, pero, por otro, obliga a reducir el consumo, ya que no se obtiene toda la electricidad requerida, al generarse ésta en función de la climatología. Así, como me contaron en una estancia que hice allí hace varios años, sus habitantes se ven limitados a utilizar electrodomésticos como la lavadora dependiendo de la cantidad de energía acumulada en la jornada. El agua, por su parte, les escasea en verano mientras que abunda en invierno, teniendo también que regular su consumo.

Esta última forma de aprovisionamiento de energía, sin embargo, requiere un entorno favorable que es difícil de encontrar en las ciudades y pueblos grandes, donde más okupaciones existen. Así, aunque en algunas ocasiones se encuentre que la luz y el agua no han sido cortadas al abandonar el edificio, lo habitual es que se acceda a ellas de forma ilegal, obteniéndola de una farola o un contador cercano. Esto requiere y permite, por un lado, aprender a manipular y arreglar tanto la red de cañerías como la eléctrica, siguiendo esa línea del conocimiento compartido antes mencionada. A este respecto, los diversos manuales de

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

okupación difundidos desde las Oficinas dan consejos útiles, advirtiéndoles también de las consecuencias legales que ello acarrea. Así, quienes realizan estas acciones se exponen a elevadas multas y a continuos cortes de luz y agua que dificultan el día a día, con los enfrentamientos que ello conlleva para con las autoridades.

En este sentido, se puede decir que la autosuficiencia energética aunque posible, es dificultosa e inviable en la mayor parte de los casos, especialmente en el entorno urbano, lo que reduce la independencia respecto al sistema, ya que, aunque de manera ilegal, se hace uso también de sus recursos. A pesar de ello, las dificultades que supone obligan a mantener una austeridad que reduce el consumo al mínimo, en un mundo en el que, como señalara Illich hace más de cuarenta años, “es difícil concebir el desarrollo y la modernización en términos de reducción y no de incremento del consumo de energía” (1978: 48). Crítica a la ideología del desarrollo que también se realiza desde el movimiento, aunque en este caso particular la reducción tenga que ser, la mayor parte de las veces, involuntaria.

Finalmente, me gustaría realizar un último apunte respecto a las formas de financiación y las relaciones con el mundo 'no okupa' y que hace referencia a aquellas personas que se solidarizan con el movimiento y toman un papel intermedio entre los dos modelos. Como ya se ha señalado las principales fuentes de financiación son las fiestas. Sin embargo, no sería posible solventar algunas situaciones si no se contara con aliados profesionales en algunos ámbitos, como puede ser el judicial y la abogacía. Los procesos judiciales suponen elevadas sumas de dinero, particularmente si se pierde el caso. Así, contar con abogadas amigas o simpatizantes puede suponer la reducción drástica de los costes. No son muchos, sin embargo, los profesionales que asumen la defensa de las okupas en estos procesos. Asimismo, encontramos que son siempre las mismas caras las que se implican en este tipo de causas y otras relacionadas, como pueden ser las luchas ecologistas o feministas, y, en su día, antimilitaristas. Más allá del asesoramiento jurídico que el contar con estos expertos puede suponer, cabría destacar que los costos se reducen, en gran parte, porque estas personas trabajan con precios reducidos.

Así, encontramos pocos abogados pero solidarios y, como me comentaba uno de los habitantes de Zapatari, altruistas. El mismo me relata cómo en aquella época contaban siempre con el mismo abogado, que asumía sus casos versaran sobre la causa que versaran

(okupación, insumisión, lucha contra la autovía del Leizarán, contra el pantano de Itoiz, etc.) y, muchas veces, sin cobrar. Este abogado se solidarizaba con el colectivo porque también él había pasado por la cárcel y militaba en diversos movimientos sociales. Esta misma persona me cuenta que, para pagarle, una vez hizo pegatinas y las vendió con el fin de recolectar dinero. Lo que conseguía lo iba metiendo en una bolsa que le llevó al abogado tal cual. En Gabiarrota el abogado que les defendía trabajaba también en el ayuntamiento de la localidad vecina y tenía acceso a los planos de la obra que requería tirar la casa, por lo que supo buscar una estrategia que permitiera que ésta se mantuviera en pie. En el caso de Itxasgain también me encuentro que los abogados son los mismos que han defendido otras causas, como por ejemplo la lucha contra el TAV, que están inmersos en otras luchas sociales y que instauran también precios más asequibles para quien no tiene recursos.

Por otro lado, y a pesar de la reforma del Código Penal de 1996 que amenaza con sentencias de cárcel, las penas suelen ser monetarias. En este sentido, las actividades se destinan a conseguir dinero para pagar a las abogadas. Sin embargo, una táctica que adoptan muchos okupas es declararse insolventes, por lo que no podrán pagar las multas punitivas. Esta situación es posible, por su parte, debido al tipo de trabajos precarios, y muchas veces enmarcados dentro de la economía sumergida, que llevan a cabo en el mercado laboral, y gracias también a las redes de autoabastecimiento que les permiten no declarar el dinero obtenido o vivir con la mínima cantidad posible. Así, este entramado de relaciones económicas, que hace uso de los vacíos del sistema, posibilita, una vez más, que este modelo de vida salga adelante. Sin embargo, sin este tipo de colaboradores comprometidos sería, si no imposible, sí bastante más difícil que el movimiento sobreviviera.

Estas formas culturales, por su parte, no se limitan a reproducirse dentro de las paredes de cada espacio. Cuando toman forma tras una infinidad de encuentros informales, encuentran maneras de hacerse visibles en el exterior. Ya que, como señala Yates, para que las prefiguraciones se vuelvan políticas, han de mostrarse abiertamente al resto de la sociedad. Para ello adoptan múltiples formatos: se crean fanzines, revistas, libros; se editan vídeos y documentales; se difunden ideas mediante programas de radio, arte callejero, letras musicales. En definitiva, se pone en marcha toda una red de vías de difusión alternativas a los medios de comunicación convencionales que posibilitan la transmisión de ideas y pensamientos entre

Capítulo 6. La producción cultural de la resistencia

colectivos de similares posicionamientos políticos. Vías que permiten, a la vez que difunden sus ideas, reforzar al movimiento.



CAPÍTULO 7. LA REPRODUCCIÓN CULTURAL DE LA RESISTENCIA

7.1 INTRODUCCIÓN. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ALTERNATIVOS (O LOS APARATOS IDEOLÓGICOS DEL MOVIMIENTO)

- En el análisis que realiza acerca de cómo han sido estudiados los medios de comunicación de masas, así como las funciones que se les han atribuido en cada momento histórico y fase de estudio, Stuart Hall, defensor del paradigma crítico, concluye que las funciones culturales de éstos son tres (2010: 245-247)⁷⁴:
- el suministro y construcción selectiva del *conocimiento social* por cuyo medio percibimos los 'mundos' de *otros* grupos y clases: sus vidas, significados, prácticas y valores; así como la presentación de todas esas ideas separadas componiendo una *totalidad*, un 'mundo'
- reflejar y *reflejarse en esta pluralidad*; suministrar un *inventario* constante de los léxicos, estilos de vida e ideologías que son objetivados allí. Crean clasificaciones evaluativas y normativas, y lo que se salga de todo este conjunto de normas atribuidas a cada grupo se considera desviado y se muestra como excepcional
- la producción del consenso y de la legitimidad, es decir, organizar, orquestar y *unir* lo que se ha representado clasificado selectivamente; presentar un *orden reconocido*, a partir de la aparentemente neutral e integradora opinión pública, dentro del cual se mueve aquello que se ha clasificado y hecho visible. Se busca así el *consentimiento* y

74 El énfasis es del autor.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

el *consenso* mediante una negociación en la que unas voces pesan más que otras, pero dando voz también a las 'minorías'

Todo este proceso opera a partir de un complejo mecanismo en el cual los medios no son dirigidos directamente por el estado, discrepando entre ellos. Sin embargo, aunque cada medio tenga su voz propia coinciden en algo fundamental: mediante la selección de cierto tipo de códigos, lo que Hall denomina 'códigos preferidos', se presenta un campo de significados entre los que elegir; una vez más, lo que quede fuera de este campo de significados queda eliminado o se muestra como desviado. Es decir, se naturaliza una determinada manera de entender el mundo, en la que caben una pluralidad de estilos de vida, una pluralidad seleccionada, o, podríamos decir, tolerada, por los grupos dominantes. Pero esta pluralidad tiene un nexo común: se muestran estas formas como “las únicas formas disponibles de inteligibilidad” excluyendo otras formas de organización alternativas, por lo que reproducen las estructuras de dominación y presentan el aparato del Estado como único aparato posible de gobernabilidad; aparato que ha sido elegido por consenso. Así, en el proceso de negociación de los significados, que permite decodificar un mensaje otorgándole distintos significados, los grupos dominados tienden a decodificarlos dentro de la 'lectura preferida', es decir, dentro del amplio abanico de códigos hegemónicamente tolerados que son ofrecidos por los medios. Pocas veces la decodificación tomará un carácter contrahegemónico; y, en caso de que así sucediera, se mostraría esta posición como desviada e, incluso, digna de castigo, si ésta supusiera una desestabilización del consenso. Así, los medios de comunicación se convierten en parte de lo que Althusser llamó 'aparatos ideológicos del estado'. En palabras del propio Hall,

“las áreas negociables dentro de los códigos hegemónicos suministran precisamente los espacios necesarios del discurso donde se insertan las clases subordinadas. Dado que los medios de comunicación no sólo están amplia y difusamente distribuidos a través de las clases, sino que las llevan dentro de la parrilla de la comunicación social y deben reproducir continuamente su propia legitimidad popular para dirigir ese espacio ideológico, esas inflexiones y espacios negociados, que les permiten a las lecturas subordinadas ser contenidas dentro de los sintagmas ideológicos más amplios de los códigos dominantes, son absolutamente fundamentales para la legitimidad de los medios de comunicación y dan a esa legitimidad una base popular. La construcción de una base de 'consenso' para la obra de los medios de comunicación es, en parte, el modo en que se realiza ese trabajo de legitimación.

La legitimación de este proceso de construcción y deconstrucción ideológica que estructura los procesos de codificación y decodificación es apuntalada por la posición de los medios de comunicación, como aparato ideológico del estado” (Hall, 2010: 249-250).

De este modo, los grupos subordinados se integrarían en este proceso de legitimación del propio Estado. Sin embargo, como ya hemos defendido a lo largo de este texto, el movimiento de okupación constituye un movimiento que, en su búsqueda de emancipación, ha venido desarrollando unas formas culturales e instituciones propias. En su oposición a las formas organizacionales ofrecidas por ese Estado que rechaza, realiza también una crítica a los medios de comunicación, que tienden a mostrar el movimiento como excepción, si no como desviado, apuntando que estos medios no hacen sino reproducir un modelo social que se corresponde con el modelo deseado por los grupos en el poder. Conscientes de que los medios sirven para legitimar este modelo, se inician en una lucha por el acceso a los medios de significación, tratando de dotar de otros significados aquellos conceptos hegemónicos. Para ello, elaboran todo un mundo paralelo de distribución de información en el que contrarrestan los datos ofrecidos por los medios de comunicación de masas, al tiempo que muestran su forma de entender el mundo.

Estos medios no son exclusivos del movimiento de okupación. Martínez López (2002), los presenta como uno de los cuatro movimientos sociales autogestionarios del Estado español (junto con el antimilitarismo, el de okupación y los de economía solidaria y ecológica). Pero, más que un movimiento social, constituyen una herramienta que, al igual que los espacios físicos utilizados por el movimiento de okupación, sirve para unificar diversos movimientos; entre los que destacan el ecologista, el feminista y los ya citados de okupación y antimilitarista (aunque éste ha perdido fuerza desde que se profesionalizara el ejército y el servicio militar dejase de ser obligatorio). Esta herramienta se compone, así, de un conglomerado de revistas y fanzines, radios libres, producciones audiovisuales y redes tecnológicas de corte libre desde los que se promueve otra manera de entender la vida y la cultura y se critica, a su vez, el sistema hegemónico. Se autodenominan, en muchos casos, medios de contrainformación, precisamente porque pretenden desvincularse de la información producida por los medios convencionales, así como contrastarla con sus propias experiencias y datos. Desde uno de estos medios, la revista *Ezztanda*, la definen así:

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

“La contrainformación es el encuentro sin mediaciones, sin comportamientos hipnóticos, sin imágenes, realidades virtuales o pseudorealidades. Es desde una pintada en un bater, hasta una forma de vestir” (*Ezttanda*, 8: 22).

Desde ellos se pretende, pues, informar a la contra, no sólo en lo que al tipo de información difundida se refiere, sino también en el modo de difundirla. Por ello, la información en estos medios tiende a circular de manera libre. Aunque no las revistas, los fanzines suelen ser gratuitos. Se aprovechan visitas a otros espacios para llevar e intercambiar algunos ejemplares. La producción suele realizarse de manera altruista, mediante trabajo voluntario no remunerado; no obteniendo más beneficio que la propia difusión de la información, algo que puede generar solidaridades en momentos críticos. Esta información, por su parte, presenta un punto de vista parcial de la realidad en el que se dan a conocer las opiniones y reivindicaciones de los movimientos; punto de vista que contrarresta con aquel ofrecido por los medios que suelen responder, aunque a veces sea sin proponérselo, como indica Hall, a intereses gubernamentales⁷⁵. Pero este posicionamiento, por su parte, suele ser intencionado y reconocido. En este sentido, nos dicen González et al., que “contrainformar es también hacerse con herramientas que permitan la difusión horizontal de la información, la construcción de puentes que hagan circular contenidos con valor de uso, la ruptura del monopolio de la producción de los discursos sobre el mundo social y deshacer la ilusión de una 'opinión pública libre'” (2002: 214).

No todos los colectivos se refieren a estos medios como medios de contrainformación. Aunque este concepto está muy extendido, son denominados también como 'medios de comunicación alternativos', concepto con el que nos referiremos a ellos en este apartado. Desde ellos, no sólo se informa de los intereses de estos colectivos, sino que se critica el modo en que la información circula en los medios convencionales. Así, encontramos diversas críticas desde los inicios del movimiento. El dossier editado por el número 8 de la revista *Ezttanda*, dedicado a los “medios de incomunicación de masas o mercenarios a sueldo de del

⁷⁵ A este respecto, aclara este autor que éste “constituye un proceso que ha llegado a ser inconsciente incluso para los codificadores. Frecuentemente es enmascarado por la intervención de las ideologías profesionales: las rutinas prácticas y técnicas que [...] sitúan al codificador dentro de la categoría de una neutralidad profesional y técnica que lo distancia efectivamente del contenido ideológico del material que está manejando y de las inflexiones ideológicas de los códigos que está empleando” (Hall, 2010: 249). También que “Las formulaciones discursivas particulares serían, entonces, ideológicas, no por el prejuicio manifiesto ni las distorsiones de sus contenidos superficiales, sino porque fueron generadas desde una matriz o conjunto ideológico limitado [...], así las emisoras podrían no ser conscientes del hecho de que los marcos y las clasificaciones en las que se inspiraban reproducían los inventarios ideológicos de su sociedad” (2010: 171).

sistema” (1997: 2), es un ejemplo de ello. En él se incluyen artículos como 'La TV', 'La tergiversación de la noticia' o 'Poder de los media', entre otros. Tanto en ellos como en la editorial o artículos del mismo número, podemos encontrar afirmaciones como las que siguen que pretenden deslegitimar a quienes legitiman el 'consenso':

“[...] consensuado y apoyado por los mercenarios de la información” (1997: 2)

“sirve al espectáculo mediático” (1997: 2)

“El desalojo del cine Princesa, los desalojos de Madrid y posteriores en Barna han elevado a espectáculo mediático el tratamiento de la okupación” (1997: 12)

“Es muy corriente dar una opinión, una valoración disfrazada de información [...]. Generalmente, con todo tipo de recursos se pretende evitar que la gente piense por sí misma” (1997: 16)

“La 'Revolución' rumana y la guerra del Golfo han constituido espectaculares ejemplos de desinformación: se ha visto como una muy fuerte cobertura mediática desembocaba sobre una muy mala información [...]” (1997: 19)

“La desinformación es una necesidad para el buen funcionamiento del capitalismo como lo señala Jean Baucillard” (1997: 19)

Esta desvalorización y cuestionamiento de los medios de comunicación de masas no es exclusiva de esta revista. Encontramos ejemplos en muchas otras, entre ellas *Zartako*, el fanzine editado por el CSO Txerrimuño, que en su cuarto número critica la falta de libertad de expresión en un artículo llamado 'Komunikabideak-Inkomunikabideak. Non dago adierazpen askatasuna?' ('Medios de comunicación-Medios de incomunicación. ¿Dónde está la libertad de expresión?'), reivindicando el derecho a manifestar sus opiniones por medio de carteles, pintadas o murales. Y como estos podríamos citar muchos ejemplos más. Más allá de las revistas, fanzines o pintadas encontramos, además, las radios libres, la producción de vídeos o la edición de libros donde se difunden las diversas experiencias del movimiento.

Por otro lado, al igual que los medios de comunicación de masas, también el uso de las nuevas tecnologías trae debates al movimiento, así como una nueva manera de gestionar la información. Encontramos, de este modo, una división entre los partidarios de ellas y quienes desechan totalmente su uso. En cuanto a otras formas de expresión, las pintadas, graffitis, pegatinas, constituyen un medio especialmente utilizado⁷⁶. La música, por su parte, se torna el medio de expresión con más impacto en la difusión de ideas. Analizaremos algunas de estas herramientas una a una: los medios escritos, los radiofónicos y los audiovisuales, así como el

76 En este sentido, Adell (2004) recoge varias de las consignas y slogans utilizados en las manifestaciones realizadas por el movimiento de okupación en Madrid, incluyendo un análisis de las ideas que subyacen tras ellas.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

debate acerca del uso de las nuevas tecnologías, el tipo de lenguaje utilizado en estos medios y los mensajes difundidos a través de la música. Dejaremos, sin embargo, el análisis de las expresiones artísticas, por no disponer de tiempo suficiente para profundizar en ello⁷⁷.

7.2 LOS MEDIOS ESCRITOS

“[En Tlön]
un libro que no encierra su contralibro
es considerado incompleto”

(Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, *Ficciones*, Jorge Luis Borges, 2015: 30).

Probablemente por ser el medio menos costoso, la edición de fanzines se convierte en los años '80 en el medio de difusión por excelencia entre los integrantes de los movimientos alternativos, entre los cuales encontramos el movimiento de okupación. Así, podemos citar entre otros *Zartako* editado por el gaztetxe de Txerrimuño de Lezo; *Ezztanda* y *Zoritxarrez* en los que colaboraban los espacios okupados de Donostialdea; *Resiste* en Gasteiz; *Desegin*, en la margen izquierda del Nervión; *Tambores de Guerra*, en Iruñea; etc. Existían también numerosas publicaciones, algunas de un sólo número o temática, como son *El principio del fin*, donde se cuenta la lucha por el gaztetxe de Rentería, o *Expo para los ricos, balas para los pobres*, donde se narra lo acontecido durante el '92 en Sevilla. Respecto a la difusión de noticias cabría destacar *Tas-tas*, que, desde Gasteiz, se constituye como una “agencia ke pretende koordinar la rekogida y distribuziøn de noticias alternatibas para ke la informaziøn ke no enkuentra kabida en los medios de (in)komunikaziøn tenga una salida mas amplia y aktualizada a trabes de medios autønomos: fanzines, radios libres...” (*Tas-tas*, 1). Desde ella, con un formato de noticia breve que ocupa varias líneas, se informa acerca de detenciones, cargas policiales, estado de salud de presos, recogidas de firmas, cursos y talleres, campañas de protesta o nuevas okupaciones, entre otras. Por otro lado, muchos de estos fanzines acaban,

⁷⁷ Este último aspecto, por su parte, queda bien ilustrado en algunos de los ejemplos de la compilación de Moore y Smart (2015). Véanse Buchholz, Boschma, Lillesøe, entre otros. Respecto a la experiencia española, los dos textos de Vilaseca. Las experiencias francesas, cuyas okupaciones destacan por su carácter artístico pueden consultarse tanto en este libro como en otras obras del SqEK (Aguilera o Bouillon, entre otros).

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

con el paso de los años, convirtiéndose en revistas y adoptando un formato más formal y completo, profundizando en sus investigaciones y ofreciendo datos contrastados. Es el caso de *Ekintza Zuzena* o de la revista *Resiste*. Algunos de ellos, como el *Tmeo* (1987) o *Ekintza Zuzena*, (1988) perduran hasta la actualidad.

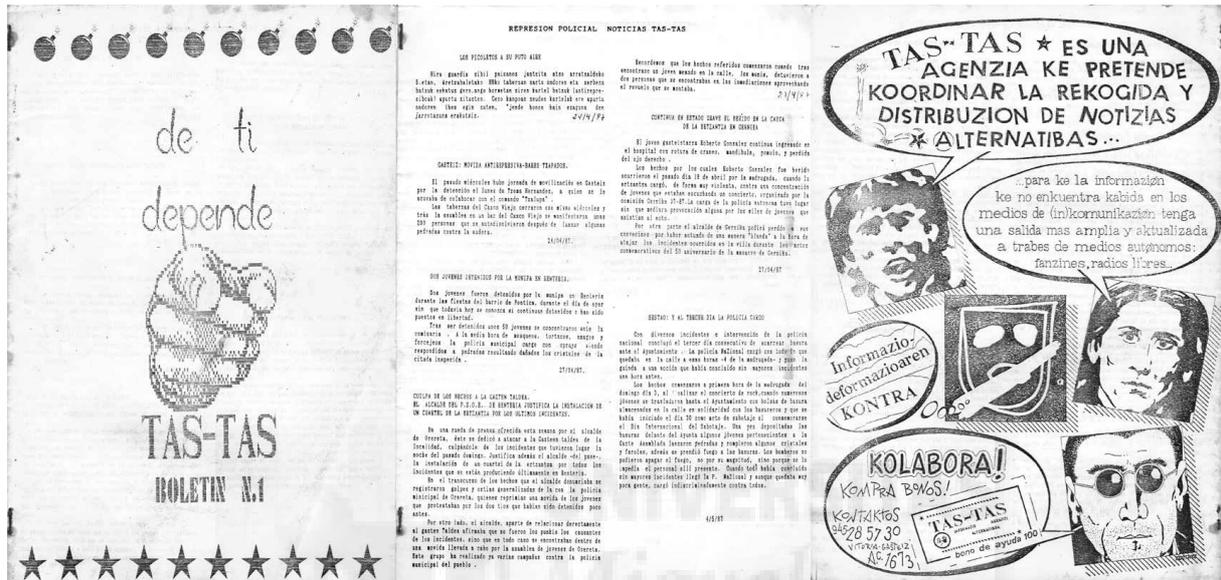


Ilustración 7.1 Portada, interior y contraportada del primer número de *Tas-Tas* (1987)

Estos fanzines se repartían por todos los territorios y servían para crear redes entre okupas de todo Euskal Herria y, en ocasiones, también con aquellos de Madrid, Barcelona y otras partes de Europa. La difusión se hacía mediante llamadas telefónicas o mediante el envío de artículos a las direcciones y códigos postales referidos en cada una de ellas. En estos artículos sus protagonistas dan cuenta de todo lo acaecido en cada zona, más aquello que les llegaba de oídas o a través de amistades comunes. Así, la red se va expandiendo y genera unas sinergias que se pueden traducir en movimientos de solidaridad en momentos de crisis o situaciones críticas. El intercambio de información sirve, además, para reforzar los distintos movimientos que hacen uso de estos medios. En el caso que nos atañe, por ejemplo, la reforma del Código Penal incentivó el uso de estos medios en la búsqueda de alianzas de resistencia. Así, encontramos artículos sobre ello en las publicaciones de la época, por ejemplo, en los números 6 y 7 de *Ezztanda* o en las actas de las Jornadas sobre Okupación y Preokupación Rural de Minas de Arditurri (1996). *La lletra A*, por su parte, dedica un dossier especial a la okupación en su número 49, una vez entrado en vigor el nuevo Código Penal, y desde

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

Barcelona se edita una publicación especial al hilo del aumento de las okupaciones que se dan desde ese momento. Este conglomerado de revistas permite coordinar distintos espacios, bien para publicaciones conjuntas, bien para actos más subversivos. Así, pone en conocimiento unas de otras las distintas okupaciones del Estado, sin necesidad de desplazarse a ellas y permite buscar alianzas (y alojamiento) en caso de necesidad.

Por otro lado también sirven para medir la evolución del movimiento en otros lugares y aprender de experiencias ajenas. Ya en el temprano '81 la revista *Bicicleta* publica un artículo titulado 'De interés para inquilinos angustiados por la crisis' en el que da cuenta de la maduración del movimiento de okupación en Alemania cuando aquí apenas está naciendo, dando indicaciones de cómo entrar en él⁷⁸. Encontramos también textos dedicados a okupaciones en países como Holanda o a la criminalización de la okupación en el resto de Europa (*La lletra A*, 37); lo que permite a las okupas identificar las estrategias a seguir por ellas mismas, así como cuáles pueden ser las medidas adoptadas por los gobernantes para reprimir el movimiento.

Con el declive del movimiento a partir de mediados de los '90 y el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, sin embargo, el uso de fanzines y revistas decae, consolidándose unas pocas y desapareciendo todas las demás. Parte de las publicaciones se vuelven virtuales, lo que conlleva la ventaja de no tener que recaudar fondos para su publicación, facilitando la gratuidad y la difusión libre de la información; pero también la desventaja de no poder medir esta difusión, sin saber hasta cuánta gente se llega, ni tampoco poder controlar a qué gente llega, algo que puede contribuir a la criminalización del movimiento. El debate sobre los usos de la tecnología es un debate abierto y polémico entre los movimientos sociales más radicales; por lo que volveremos a él más adelante.

Como ya se ha señalado más arriba, estos medios de información alternativa tratan, no sólo de ofrecer información invisibilizada, sino de contrastar aquella ofrecida por los medios convencionales. Esto significa lo siguiente: los movimientos sociales alternativos también tienen su eco en los medios, aunque este eco sea selectivo. Así, es en esta confrontación en la que vislumbramos la lucha por la significación del discurso, es decir, por los medios a través

78 El artículo señala “¡Berlín te espera! Con pasaporte español no hace falta visado para quedarse en Berlín. En el diario TAZ hay a veces anuncios de ocupantes de casas pidiendo ayuda de voluntarios que sepan algunos oficios” (*Bicicleta*, 43: 19-21).

de los que se produce el significado de un concepto o un hecho. Retomamos aquí otro interesante concepto de Hall; lo que el autor denomina 'efecto realidad'. Aunque Hall sostiene que son los medios visuales los que mejor reproducen este efecto, también los escritos pueden, presentando una visión parcial del mundo, dar sensación de mostrarlo en su totalidad. Sólo cuando se es partícipe de la parte no representada o 'malrepresentada' de esa realidad se es consciente de la incompletitud de la información. En este sentido, los movimientos sociales que forman parte de esta otra realidad desarrollan una lucha por el dominio del discurso que dan por perdida en los medios oficiales. Es por ello que tratan de completar tanto esa parte invisibilizada como la parcialmente presentada a través de medios alternativos.

La imagen que desde los medios convencionales se presenta de la okupación, por su parte, es variada. Ya a principios de los '80 algunos de estos medios eran utilizados por las primeras okupaciones para visualizar sus reivindicaciones, así como para realizar llamamientos a participar en el movimiento. Los okupantes de los locales de La Voz de España en Donostia⁷⁹ o el caso del caserío de Belabaratz en Rentería son ejemplo de ello. Parte de sus okupantes acudieron a vivir allí tras leer un comunicado enviado a la prensa por parte del colectivo que lo había okupado. Además, utilizaban estos medios para convocar actividades y exponer sus pensamientos⁸⁰. También en estos primeros años la prensa se muestra más tolerante respecto a esta nueva práctica e incluso interesada por ella. Así, al caso del mencionado caserío, podemos leer:

“Hay personas, impulsadas por sus propios sentimientos, sin representar a nadie, que viven en un caserío, por ocupación después de agotar las vías legales y no creer en promesas formulistas, se interesan por la vida ecológica y denuncian la situación de Añarbe, y entre las muchas cosas con las que no están conformes y que al encontrarlas razonables, creemos interesante darlas a conocer [...]” (*El diario vasco*, 21 de octubre de 1984, pág. 14).

A este respecto es interesante también el uso que los miembros del caserío hacen de los medios cuando tienen problemas entre ellos, con el fin de ganarse la opinión pública. En este sentido, demuestran que el caserío tiene presencia en el pueblo y, por lo tanto, su apoyo se vuelve fundamental para los okupas. Sin embargo, según pasa el tiempo la okupación deja de recurrir a los medios convencionales salvo en determinadas ocasiones (como son la difusión

⁷⁹ Véase *El Diario Vasco*, 18 de marzo de 1983, pág. 14.

⁸⁰ Véase, por ejemplo, *El Diario Vasco*, 14 de octubre de 1983, pág. 16, o *Egin*, 3 de febrero de 1984, pág. 19; entre otros. La convocatoria para vivir allí, por su parte, me ha sido relatada por uno de sus habitantes, aunque no he podido tener acceso a la nota de prensa.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

de los eventos organizados, tanto conciertos como manifestaciones, o cuando pretenden aclarar algún hecho concreto) debido al trato que reciben por parte de éstos cuando sus actos dejan de ser novedad o cuando los métodos adoptados rompen excesivamente el orden social. El caso de la interrupción del debate que se había organizado de cara a las elecciones municipales del 8 de mayo de 1983 en Donostia, reclamando de nuevo un local como Casa de la Juventud, es un ejemplo de ello. Tras este suceso, la prensa local descalifica la actuación de la juventud con expresiones como 'hicieron caso omiso', 'toda esta excelente muestra de diálogo y respeto fue desbaratada por la interrupción de un grupo de jóvenes', 'muestra de comportamiento antidemocrático', 'la libertad de expresión fue amordazada anteayer', etc.⁸¹; con lo que se muestra que la única vía apoyada por los medios es la recién establecida democracia. En esta democracia, sin embargo, no todos los colectivos tienen voz, como muestra la juventud; y desde ella, además, se clasifica a otros comportamientos como desviados.

Pero es también por los años '80 y '90 cuando desde los medios de comunicación oficiales se empieza a dar voz al movimiento de okupación en Euskal Herria, a través de las secciones semanales dirigidas a jóvenes como son el DVórame de *El Diario Vasco* y el GaztEgin de *Egin*. Estos semanarios realizan una infinidad de reportajes acerca de gatzetxes y okupaciones, tanto en el territorio vasco como en el resto de Europa, que dan cuenta de la situación de la juventud. Sin embargo, el tratamiento de la información en ellos contrasta con las noticias que encontramos en sus páginas principales, cuyos posicionamientos dejan de lado, como ya hemos mostrado, ese tono comprensivo. En este sentido, el ejemplo de la lucha por el gatzetxe de Rentería resulta también clarificador. Mientras que desde la prensa se ofrecen titulares como “Un grupo de jóvenes desalojados del 'gatzetxe' de Rentería provoca graves incidentes, con más de 10 millones en daños”⁸² o “Buen: 'Rentería está harta de que se perturbe reiteradamente la convivencia ciudadana’”⁸³, abarcando las noticias una o varias páginas, aquellas noticias referidas a los simpatizantes del gatzetxe ocupan apenas unas líneas⁸⁴. De este modo, se descalifica esta lucha tanto por medio de la importancia mediática

81 Véase *El Diario Vasco*, 3 y 4 de mayo de 1983, contraportada y pág. 6, respectivamente.

82 *El Diario Vasco*, 15 de enero de 1988, pág. 10.

83 *El Diario Vasco*, 16 de enero de 1988, pág. 11. Miguel Buen era el alcalde de la localidad en ese momento.

84 Véase, por ejemplo, *El Diario Vasco*, 17 de enero de 1988, contraportada. “Manifestación por el 'gatzetxe' en Rentería”

que se otorga a unas u otras voces, como por el trato vejatorio hacia las okupantes. Sin embargo, desde el semanario del mismo diario, la noticia se trata de distinto modo, ofreciendo una explicación más profunda del porqué de esta lucha, contextualizándola en una Rentería asolada por el paro y una situación social conflictiva, y dando, además, una cara más amable de los 'okupas del gaztetxe'⁸⁵.

Las ideologías tampoco quedan exentas de los titulares de los distintos diarios. Como ya señalara Hall, es necesario que se muestren diversas opciones, siempre y cuando no se rompa el orden hegemónico. Así, desde *Egin* se ofrece el siguiente titular: “El violento desalojo policial del gaztetxe de Orereta precedió al asalto al ayuntamiento”, dedicándole, además, una fotografía en la portada y unas líneas en la contraportada⁸⁶. No entraremos aquí a debatir el distinto tratamiento de la información que se hace desde cada medio. Sin embargo, sí querríamos señalar cómo, en su intento de deslegitimar las fuerzas gubernamentales, así como las distintas maneras que tienen de entender la democracia, desde la Asamblea pro-gaztetxe

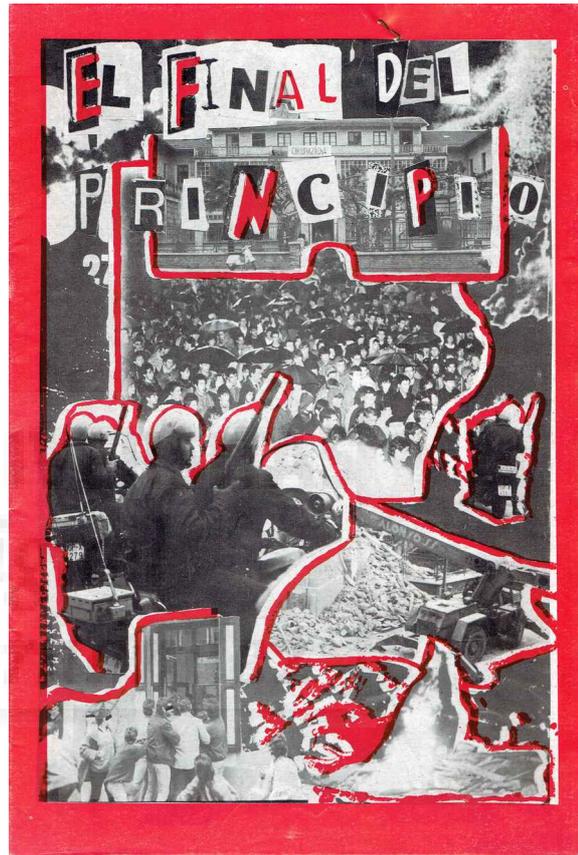


Ilustración 7.2 Portada del fanzine *El Final del Principio* (1989)

se edita un fanzine, *El final del principio*, donde se explica la situación acaecida durante esos días, mostrando su posición al respecto. En él se recogen recortes de prensa y se les añade una explicación, que, además, muestra el rechazo a los medios oficiales y a los gobernantes, narrando también aquello que no cuentan los medios, como pueden ser algunos de los acuerdos a los que se había llegado con el ayuntamiento. Así, se denuncia, como ya se apuntaba en el tercer y cuarto capítulo “la incapacidad del ayuntamiento para dar salida a los

85 Véase *DVorame*, 22 de enero de 1988, págs. 4-5. “En Rentería no cabe el rock” y “La guerra del gaztetxe”.

86 *Egin*, 15 de enero de 1988, pág. 5; “La demolición del 'gaztetxe' hizo de Orereta un campo de batalla”, en portada; “Intentos de reconducir la situación tras los incidentes ocurridos ayer en Orereta”, en contraportada.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

problemas de la juventud, además del fondo político del asunto, es decir, el miedo institucional ante una juventud que les cuestiona, que intenta por sus propios medios buscar alternativas al modo de vida tradicional” (1989: 7). Ya no se trata, pues, de luchar con y desde los medios de los grupos dominantes, sino de crear los propios; medios que atienden también a sus propios intereses. Esta nueva red de medios se mueve, a su vez, por circuitos alternativos; circuitos que se corresponden con esos centros sociales que vienen siendo desalojados desde entonces.

El tratamiento de la prensa hacia la okupación, por su parte, varía en función del medio y de la situación concreta y ha ido cambiando con el paso del tiempo. Sin embargo, la tendencia es, o bien a criminalizarla, o bien a deslegitimarla, aunque en ocasiones se realicen reportajes en los que se muestren las 'buenas intenciones' de las okupas. Cuando así sucede se les presenta no ya como desviación, sino como excepciones sociales sustentadas en proyectos utópicos; de modo que aunque se visibilicen sus reivindicaciones, se les muestra como soñadores. Es el caso de la okupación de Villa Izartxo, primera llevada a cabo en Donostia⁸⁷. Pero esta perspectiva suele ser puntual y se daba, sobre todo, en sus inicios. A medida que avanza la década y se van insertando tanto en el país como en las mentes y formas de vida de sus habitantes las nuevas políticas neoliberales, se va modificando el discurso. Así, se presenta al colectivo okupa como un colectivo violento, generador de disturbios, y se les muestra solamente en casos de incidentes con las autoridades y la policía, pero ya no en sus acciones diarias.

La criminalización mediática se comienza a dar especialmente a partir de la reforma del Código Penal que tiene lugar en 1996. Martínez López recoge ya algunos casos y el análisis de éstos en VII Congreso Español de Sociología celebrado en Salamanca en 2001 (Martínez López, 2001) y muestra como es a partir de esta fecha que desde los medios de comunicación se comienza a asociar la okupación con activistas violentos.

La visión que se da de las viviendas o de los centros sociales y gaztetxes, por su parte, también difiere. Así, los nuevos gaztetxes siguen siendo vistos con reticencia, aunque su programación musical se incluya en las agendas. Sin embargo, sólo son noticia en momentos críticos, como los desalojos. Por su parte, la perspectiva respecto a la okupación de viviendas

⁸⁷ Véase el reportaje publicado en *El Diario Vasco*, 3 de febrero de 1984, pág. 12.

va cambiando, especialmente desde el comienzo de la crisis económica de 2008. En este sentido, es destacable el contradictorio hecho de que aunque durante la década de los '90 se aceptó el movimiento por los *gaztetxes* mientras que se fue rechazando socialmente el movimiento por la okupación de vivienda, en los últimos años se han seguido derribando *gaztetxes*, pero la lucha por la vivienda se ha consolidado. Si bien, como destacábamos en el cuarto capítulo, no se tiene la misma consideración hacia quienes okupan sometiendo el resto de su vida a las normas del sistema y quienes lo hacen resistiéndose a ellas, la precariedad en que gran parte de la juventud se encuentra da otro punto de vista acerca de los nuevos integrantes del colectivo, siendo éstos mejor aceptados socialmente.

El caso del barrio de Errekaleor, en la capital alavesa, es significativo en este sentido. Este barrio obrero, que va quedando vacío a partir de la década de los '80, pasto de la especulación inmobiliaria, es recuperado en septiembre de 2012 por un grupo de jóvenes estudiantes. Con el consentimiento y aprobación de las tres familias que quedan en él, poco a poco van reconstruyendo el barrio, instalando en él diversos espacios comunes como son un *gaztetxe*, un cine, una huerta o una guardería. Varias veces se les corta la luz y otras tantas se les intenta desalojar. Sin embargo, a día de hoy el barrio alberga alrededor de cien personas y tiene aún cabida para otras tantas. Con menos experiencias de okupación que las otras dos capitales vascas y un único *gaztetxe* (okupado en 1988), pero fuertemente asentado en el territorio, la aceptación que la ciudad de Gasteiz ha tenido de la okupación de este barrio es notable. También lo es la forma en que la prensa se ha hecho eco de ella. Así podemos encontrar titulares como 'Errekaleor, el barrio más inteligente de Gasteiz' (*Diagonal*, 17 de mayo de 2015) o 'Los resistentes residentes del sector 14' (*El País*, 28 de febrero de 2017). Que medios como *Diagonal*, que se declara de corte izquierdista y crítico se posicione en favor de este fenómeno no sorprende tanto, pero que diarios como *El País* que, a pesar de su talante crítico, responde al modelo hegemónico, traten de este modo la información demuestra, sin embargo, que este caso es paradigmático; y lo es precisamente por el apoyo social que ha recibido. Así, sería una negligencia por parte de la prensa ofrecer una imagen negativa de él, ya que desacreditaría la labor social del medio. Este caso entraría, pues, en esa tolerancia de la que antes hablábamos, esta 'totalidad' que se pretende representante de todas las caras de la vida

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

de una sociedad. Sin embargo, afirmaciones como la siguiente muestran también la trampa de los medios. Cuando nos dicen que

“Su proyecto va más allá de las intervenciones en edificios concretos como Banc Expropiat, en Cataluña o las acciones del colectivo Hogar Social o Patio Maravillas en Madrid, y abarca la transformación de todo el barrio”.

están presentando el modelo de okupa tolerado, es decir, del okupa 'bueno' aquel que realiza acciones para la comunidad en la que vive, cuando esta comunidad es lo suficientemente grande como para ser tenida en cuenta. Pero, a su vez, está denigrando otro tipo de okupaciones, como son las señaladas en el párrafo anterior. Dividiendo al movimiento entre 'buenos' y 'malos' muestran lo que está permitido y lo que no, lo que el consenso puede llegar a tolerar y lo que no. De este modo, al mostrar la cara más amable de la okupación los medios enseñan también, de manera denigrativa, la más ruda.

Por otro lado, estos casos suponen excepciones. Así, se suele atender más a las consecuencias negativas de la okupación que a los factores positivos. Mostraremos como último ejemplo una noticia reciente cuyo titular reza 'Okupas retrasan cinco semanas la renovación del voladizo de La Concha' (*El diario vasco*, 28 de marzo de 2017). La imagen negativa se difunde aquí mostrando cómo éstos obstaculizan una obra que beneficiaría a toda la ciudad. Sin embargo, cuando se lee detenidamente la noticia, se observa que la intención era acabar esta obra antes de la Semana Santa, lo que la orientaba, por lo tanto, al turismo. Por otro lado, los 'okupas' protagonistas del titular apenas están presentes en el cuerpo del texto; del que se deduce, además, que éstos no pertenecían al movimiento, dado que no habían reivindicado su okupación. Serían, más bien, personas sin hogar que ocupan en situación de precariedad. Sin embargo, esta asociación se enfoca al desprestigio del movimiento. Lo mismo cabría señalar respecto a la okupación del asilo de Rentería, en la que se hacía hincapié en que el edificio ocupaba un espacio clave para la circulación viaria. Se contraponen así los intereses de las okupas a los del resto de la ciudadanía, buscando un enfrentamiento entre ellos. Aunque estos medios se muestren aparentemente neutrales, reproduciendo la voz de las autoridades que realizan estas declaraciones, no presentan la contraparte. Así, como en el país presentado por Borges, el libro quedaría incompleto.

Ejemplos como estos muestran cómo desde los medios se intenta generar una opinión pública que ratifique un determinado modo de estructurar la sociedad; si bien, de vez en

cuando es necesario dejar entrever en él parte de las aguas que penetran por sus grietas, especialmente si éstas azotan mareas. De este modo, se tornan reflejo de un sector social, el de las autoridades, definiendo, como señala Hall, y no reproduciendo la realidad; es decir, haciendo definiciones selectivas de 'lo real' (2010: 163). A este respecto, el control de la información, o más bien, de la difusión de ésta, se torna fundamental para generar una opinión pública que muestre su consentimiento para con el sistema establecido; información cuya difusión quedaba hasta la visibilización de los Nuevos Movimientos Sociales, en manos del Estado y de unos pocos medios. Pero los NMS comienzan a cuestionar el monopolio de la información, precisamente a partir de observar errores en los comunicados emitidos por estos medios, especialmente a partir de distintas catástrofes ecológicas⁸⁸. Es así que junto con el mayor acceso al conocimiento, mediado por el acceso a la educación superior, se instaura una nueva fase social en la que el conocimiento deja de estar en manos de expertos y es más accesible al resto de la sociedad. En esta nueva fase, tal y como afirman Della Porta y Diani, el conflicto social contemporáneo está relacionado “con la producción y la circulación de información, las condiciones sociales para la producción y uso de conocimiento científico y la creación de símbolos y modelos culturales relativos a la definición de identidades individuales y colectivas” (2011: 80). Mientras que la producción y circulación de la información se consideran una forma de participación democrática, los símbolos son creados y difundidos también a través de esos medios alternativos que posibilitan esta participación como una forma de distinción respecto al resto de la sociedad. Así, los movimientos generan y producen su propia información, la cual se puede identificar a partir de algunos elementos distintivos, como puede ser el símbolo de la okupación que consiste en un rayo atravesando un círculo, en el caso que nos atañe; y la distribuye a partir de sus propios circuitos, escapando de los comerciales, que tampoco permitirían su difusión debido a sus formas y contenido.

Estos hechos, es decir, el compartir elementos y medios comunes, permiten a las personas afianzarse más dentro del mismo movimiento, sintiéndose identificadas, no sólo con los símbolos, sino con el tipo de discurso adoptado. Analizaremos el lenguaje utilizado en estos

88 Véase a este respecto la obra de Ulrich Beck, en torno a lo que denomina 'sociedad del riesgo' y 'modernidad reflexiva', en la que analiza cómo a partir de distintas catástrofes ecológicas la población comienza a cuestionar los postulados de la ciencia y comienza a exigir, no sólo otra manera de tratar la información, sino el acceso a ella y la posibilidad de producirla, en una forma de participación democrática directa. Para el caso español véase Mairal, Gaspar (2012). *La década del riesgo: situaciones y narrativas de riesgo en España a comienzos del siglo XXI*, Madrid, Los libros de la Catarata.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

discursos en un apartado posterior. Sin embargo, cabría señalar aquí que los medios escritos no se limitan a fanzines y revistas, sino que habría que incluir otros medios de expresión como pueden ser las pintadas, murales y pegatinas con los lemas más característicos del movimiento, dado que la lucha por la okupación es también una lucha por el espacio urbano y por la reordenación de éste. Así, podemos leer al pasear por las calles de una ciudad cualquiera (nos referiremos siempre al contexto europeo) el modelo social que lo rige, los intereses de sus gobiernos, las demandas de su ciudadanía; y para ello, nada más sencillo que fijarnos, en un primer ejercicio de análisis, en las fachadas de sus edificios, sus graffitis y pintadas, pegatinas en farolas, carteles y pancartas. De este modo, es habitual encontrar estos elementos en los alrededores de los espacios okupados; elementos que sirven, además, para atraer a simpatizantes que no conozcan la existencia del espacio, pero también para llamar la atención de las autoridades, ya que las formas no se corresponden con las socialmente toleradas. Estos últimos medios se considera, desde los espacios institucionales, que ensucian el paisaje urbano. Lo ensucian a la vista de quienes imponen las normas sobre dónde y cuándo manifestarse, pero forman parte de él desde el momento en que son parte de la forma de vida de quienes lo habitan. Pintadas feministas, pegatinas a favor de la liberación animal, contra la represión en las cárceles, símbolos okupas, anarquías, etc. constituyen un medio de expresión más para quienes no tienen voz en los medios controlados. Es su forma de gritar ante una sociedad que no les presta atención, que no les escucha o que, directamente, les ignora. Es su forma de llegar a quienes no llegan los fanzines. Así, cualquier evento, acto de protesta, etc. adquiere, por estos medios y en estos círculos, nuevos significados.

Como se acaba de señalar, es difícil que los fanzines y revistas, que son, a su vez, compartidos con otras luchas, lleguen a aquella parte de la ciudadanía que no simpatiza con el movimiento. Del mismo modo que advirtiéramos con la programación de los espacios, tienden a distribuirse dentro de los círculos del propio colectivo, reforzando al movimiento, pero apartándolo del resto de la sociedad. En la misma medida, la producción de libros, aunque más escasa que la de fanzines debido a su más elevado coste (tanto económico como personal), se mueve en todo un entramado de pequeñas distribuidoras alternativas, como puede ser la DDT de Bilbo; entramado paralelo al dominado por los grandes medios. Estas distribuidoras comparten ideologías afines a los movimientos que hacen uso de los medios

alternativos y son selectivas respecto a los lugares donde se distribuirá el material, creando, en ocasiones, sus pequeñas tiendas con el fin de no entrar en grandes empresas con cuyas políticas de funcionamiento no están de acuerdo. Las tiradas, por su parte, tampoco suelen alcanzar la cantidad suficiente para que éstas se interesen por aquéllas, por lo que cabría preguntarse qué sucedería si así fuera. En este sentido, habría que volver aquí a analizar aquello que nos preguntábamos cuando hablábamos del gueto, es decir, ¿a qué tipo y cantidad de público se quieren dirigir? Este debate, que no entraremos a analizar ahora por falta de espacio y tiempo, ha formado parte ya de las reflexiones del movimiento, encontrándose desde posturas más radicalizadas a otras más abiertas y se mantiene en la misma línea que el tema de la legalización, cuestionando hasta qué punto se formaría parte del sistema si se aceptasen sus condiciones. Una vez más, las contradicciones quedan patentes.

Retomando los medios de comunicación escritos, nos limitaremos a señalar cómo los ejemplos citados dan cuenta del trato que desde los medios oficiales se hace del movimiento y cómo éste trata de contrarrestar esa imagen. Sin embargo, no escapan totalmente al sistema, interesándose por cómo la prensa les representa y conscientes de que para que el movimiento sea aceptado requieren del apoyo de la opinión pública. Así, encontramos que en el archivo de la Oficina de Okupación de Donostialdea cuentan con toda una sección de recortes de prensa sobre okupaciones. Por otro lado, cabe señalar que, en los últimos años, una serie de medios más pequeños se están dedicando a dar voz a los movimientos sociales existentes en Euskal Herria, entre los que cabe la okupación; éste es el caso de Argia o el medio digital Topatu.eus.

En relación con ello, se podría añadir el intento de muchos de los espacios okupados por conformar bibliotecas en las que almacenar numerosos documentos, creando así un archivo histórico difícil de encontrar en las bibliotecas municipales. La creación de este archivo, por su parte, constituye un interés reciente, el cual relacionamos con la teorización misma del movimiento. Así, aunque ya en algunos espacios y algunas personas particulares se han dedicado de manera altruista a recolectar y guardar documentos, no era lo habitual en el movimiento, debido, en parte a la inestabilidad de las okupaciones que como ya se advirtió anteriormente, no permite que estos proyectos se lleven a cabo en muchos sitios; pero también a que al considerarse una práctica y no una teoría, no se le ha dado la importancia que

corresponde. Por otro lado, el uso que se hace de estas bibliotecas sería otro dato a analizar, ya que la mera existencia del espacio no implica su utilización.

Los medios escritos, por su parte, no son los únicos medios compartidos por los distintos movimientos sociales. Como ya se ha señalado, este conglomerado de información se mueve a través de distintas vías, también las audiovisuales o artísticas. Dado que muchos de los rasgos son comunes a lo expuesto en este apartado, no presentaremos estos medios tan detenidamente. Sin embargo, debido a algunas de sus especificidades, resulta interesante mencionarlos.

7.3 LAS RADIOS LIBRES⁸⁹

El movimiento por las radios libres nace en el Estado español tras la caída del franquismo, ligado a los movimientos sociales que se estaban gestando por aquella época, como el ecologista o el antimilitarista y muy de la mano de las asociaciones vecinales. Su historia, además, resulta aquí interesante porque adquiere un recorrido muy similar al del movimiento de okupación, con algunas acciones y formas de represión paralelas aunque distanciadas en el tiempo. Aprovechando los vacíos en las ondas, numerosas emisoras las 'okupan' con la intención de ofrecer información o música, de compartir experiencias y dar voz a quienes no pueden acceder a los medios oficiales; buscan, en definitiva, la horizontalidad y democratización de la transmisión de información aprovechando la reestructuración del sistema político y la apertura que éste teóricamente implicaba, en un intento por recuperar los derechos ciudadanos que durante el franquismo les habían sido negados, entre los cuales se encuentra la libertad de expresión.

Consisten en emisoras de radio independientes, de poco alcance debido al coste de las infraestructuras, financiadas de manera popular sin admitir publicidad ni propaganda, ni responder tampoco a partidos políticos. Las primeras surgen en Madrid, Barcelona y Valencia.

⁸⁹ Los datos históricos acerca de las radios libres (fechas, concesión de licencias, rupturas en el movimiento, etc.) han sido extraídos de las noticias editadas por *El diario vasco*, así como por la entrevista realizada por *Contratiempo* a José Emilio Pérez, historiador especializado en el movimiento de radios libres y comunitarias en la Comunidad Autónoma de Madrid, quien tiene numerosas publicaciones al respecto. En <http://www.contratiempohistoria.org/?p=5965> Accedido el 30 de marzo de 2017.

En Euskal Herria, Osina Irratia, de Donostia, se convierte en la pionera, aunque no dura mucho (VV.AA., 2001: 122). Pero poco a poco van naciendo otras. Podemos destacar entre ellas Eguzki Irratia (1982), desde Iruñea; Zintzilik Irratia (1984), de Rentería; Halabedi (1983), de Gasteiz; o Irola Irratia (1983), de Bilbo; por ser algunas de las que perduran desde entonces. Pero el número de radios libres en estos años es muy superior: Molotov en Hernani, Txantxangorri en Donostia, Arlote en Ordizia, Batxuri Zarpa en Tolosa,... y un sinfín de ellas que se van abriendo y cerrando en función de medios y oportunidades. En esta primera época prácticamente cada pueblo cuenta con una, y las ciudades con varias. Estas radios libres forman parte activa del movimiento de okupación del mismo modo que lo hacen del resto de movimientos en auge en aquellos años, siendo útil como herramienta de lucha y transmisión de ideas. Al igual que los fanzines, no son pocas las que surgen alrededor de los gaztetxes y casas okupadas para ofrecer información a la población, difundir sus eventos o contar su punto de vista en contraste con el de los medios oficiales, en una defensa de la libertad de expresión y emisión. Asimismo, hacen uso de estos fanzines como forma de publicitarse. Era, por lo tanto, habitual encontrar las mismas caras en unos y otros medios.



Ilustración 7.3 Logotipos de algunas de las radios libres mencionadas

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

Sin embargo en la segunda mitad de los '80 se comienza a regular el espectro ocupado por las radiodifusiones, otorgando más espacio a las radios nacionales, municipales y comerciales y tratando de silenciar a las autodenominadas 'radios libres', cuyo funcionamiento, por su parte, se corresponde con el presentado por el movimiento de okupación, es decir, una organización asamblearia, una financiación autogestionada y escasa coordinación con otras radios salvo en momentos puntuales, además de la no profesionalización del sector y de un modelo de trabajo voluntario. En ellas toman parte aquellos colectivos que no encuentran espacio en los medios oficiales (feministas, colectivos de gays y lesbianas, ecologistas, etc.). En este sentido, encontramos un alto número de personas implicadas en el movimiento de okupación entre sus usuarias y oyentes. La clandestinidad a la que se ven abocadas numerosas de ellas, sumada a la falta de medios, propicia que éstas se instalen en espacios okupados y con aparatos fabricados de manera casera y precaria. Por otro lado, la forma más usual de conseguir financiación consiste, más allá de donaciones particulares, en la realización de fiestas y festivales en espacios que, muchas veces, están okupados o son autogestionados; no dependiendo así de subvenciones que puedan limitar y condicionar sus contenidos. La relación entre estos dos movimientos es, pues, patente.

La Zintzilik Irratia, de Rentería, supone uno de estos casos. Emitiendo desde 1984 desde un piso de la Calle del Medio de la localidad, también okupado, se trasladan en 1989 a la Herrería, que ya había sido okupada en varias ocasiones, y la habilitan como emisora de radio. La Zintzilik se consolida como radio de información alternativa en el pueblo y llena su agenda con contenidos locales. Además forma parte activa de los conflictos que se dan en la villa y numerosas personas acuden a ella solicitando u ofreciendo información, por ejemplo, como narran en el documental que celebra su 27 aniversario, para avisar a los distintos colectivos de dónde se encuentra la policía en cada momento cuando hay algún enfrentamiento; o convocando a la juventud el día de la okupación del gaztetxe (*El final del Principio*, 1989: 4). No pudiendo negar la labor social que esta radio hace en el pueblo, el ayuntamiento acaba cediendo sus locales en 1998, desde donde continúa emitiendo a día de hoy.

Sin embargo, no todas las radios libres corren la misma suerte; muchas comienzan a ser cerradas en un intento de regular las ondas por parte del Estado. Se crea así la Coordinadora de Radios Libres, que protesta por cada cierre y lucha por la libertad de emisión. Así, por

ejemplo, en protesta por el cierre de la radio libre Xorroski Irratia, que emitía en la zona del Baztan, la Coordinadora de Radios Libres de Euskadi ocupa, en junio de 1985, durante unas horas los estudios de RNE de Donostia. Denuncian la falta de libertad de emisión y la necesidad de obtener para ello unos permisos que sólo se concede a determinadas emisoras⁹⁰.

Pero a partir de 1987 se aprueba la Ley de Ordenación de Telecomunicaciones, que entra finalmente en vigor en 1989. Esta ley pretende conceder licencias y, así, regular tanto el dial como los aparatos utilizados para emitir que, generalmente, son de fabricación casera. Las licencias se conceden mediante concurso. En el transcurso de estos dos años se obliga, además, a las radios libres a cerrar en espera de la resolución del concurso, bajo pena punitiva en caso de desobediencia. Los requisitos solicitados para la concesión de licencias, por su parte, requieren de unas infraestructuras que pocas de las radios libres pueden mantener debido, principalmente, a la precaria situación económica en la que se encuentran. Esto produce que muchas radios soliciten su legalización, a riesgo de no obtener la deseada licencia, mientras que otras se niegan a ello apelando al derecho a la libertad de expresión y de emisión. Así, en todo el Estado solamente dos son legalizadas, y, mientras que otras pocas siguen emitiendo en clandestinidad arriesgándose a las multas, la mayoría cierran, para ir retomando poco a poco su actividad. Sin embargo, las que la retoman no llegan a ser tan numerosas como en sus inicios. La legalidad, supuso así, la desmovilización de gran parte de los sectores que apostaban por este modelo.

De este modo, al igual que en el movimiento de okupación, el cambio de ley supone un punto de inflexión; la legalización suscita divisiones entre las emisoras, siendo su principal consecuencia el debilitamiento del movimiento, ya que, frente a las multas, muchas radios libres optan por el cierre voluntario. Otras acaban legalizando su situación con el paso de los años. A este respecto, sin embargo, y volviendo al análisis de Hall sobre las funciones de los medios de comunicación, podemos sostener que aquellas que optaron por la legalización o por el cierre, aunque luchasen también por continuar emitiendo y difundiendo información de manera libre, acaban entrando en el juego del sistema al acatar estas órdenes, reafirmando así la hegemonía, la capacidad de éste para imponer normas. Por su parte, las que deciden no someterse a las normativas impuestas por el Estado están rechazando la legitimidad que éste

90 Ocupados los estudios de RNE de San Sebastián. *El diario vasco*, 23 de junio de 1985, pág. 8.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

presupone, a través de la legalidad, sobre los medios de comunicación, negándose a reproducir, de este modo, el sistema dentro del cual caen aquellas que pretenden ser aceptadas legalmente. El paradigmático caso de la Zintzilik vuelve a ser una muestra de ello. Aunque no cuente con la legalidad requerida por las leyes de radiodifusión, el uso que la población ha hecho de ella durante sus más de treinta años de historia le ha otorgado la legitimidad necesaria para que finalmente el ayuntamiento les ceda el local que venían okupando desde 1989. La lucha por la legitimidad frente a la legalidad se torna, una vez más, ilustrativa.

La llegada de las nuevas tecnologías, por su parte, también marca un antes y un después en este ámbito. Así, la escasa frecuencia que podían abarcar estas radios mediante las antenas se ve ampliada a través de Internet, donde se pueden colgar contenidos así como emitir en directo. Sin embargo, tampoco en este sector su uso está libre de debate. Como muestra el ejemplo de la Zintzilik Irratia, el que también se pueda emitir desde las casas, como se hizo desde esta radio durante una temporada, permitió ampliar los contenidos, pero debilitó el contacto entre las personas, por lo que el colectivo y la asamblea que gestiona la radio se vio también afectada, perdiendo la cohesión interna que permite que el proyecto salga adelante. En este sentido, nuevamente hay que elegir, no ya acerca del tipo de público al que se dirige la radio, sino acerca de la composición y organización del colectivo que la hace posible. De tal modo que, como se mostró cuando se habló de la organización de los espacios okupados, para que un proyecto funcione se torna necesario cuidar las relaciones.

Por otro lado, si atendemos a la programación de estas radios encontramos que su contenido es muy similar al ofrecido por los fanzines y revistas presentados en el apartado anterior. Así, en el ejemplo que estamos siguiendo, podemos destacar temáticas como la lucha contra las grandes infraestructuras, las actividades ofertadas por espacios okupados, la soberanía alimentaria o movimientos internacionalistas o contra el TTIP, entre otros⁹¹. Las temáticas van cambiando en función de las problemáticas sociales de cada momento. Así, cuando esta radio surgió vino de la mano del movimiento antimilitarista o el ecologista, según me cuentan quienes formaron parte de sus inicios. Sin embargo, lo que no cambia es el objetivo, es decir, el servir de herramienta para dar voz a quienes no la tienen en los medios oficiales, visibilizando sus luchas.

91 Información extraída de la página web oficial de la radio <http://www.zintzilik.net/> Accedida el 30 de marzo de 2017.

Observamos, pues, que tanto los medios de comunicación alternativos escritos como los radiofónicos sirven no sólo para difundir información, sino para aglutinar toda una serie de movimientos sociales que pretenden construir una realidad diferente desde ellos. Movimientos que construyen parte de su identidad en torno al uso y la producción de estos medios. La radio, sin embargo, va perdiendo fuerza entre los sectores más jóvenes; la transmisión generacional se vuelve difícil entre una parte de la población que ha crecido con esas nuevas tecnologías que, si bien pueden ser una buena herramienta para la difusión horizontal de información, fomentan también la individualidad.

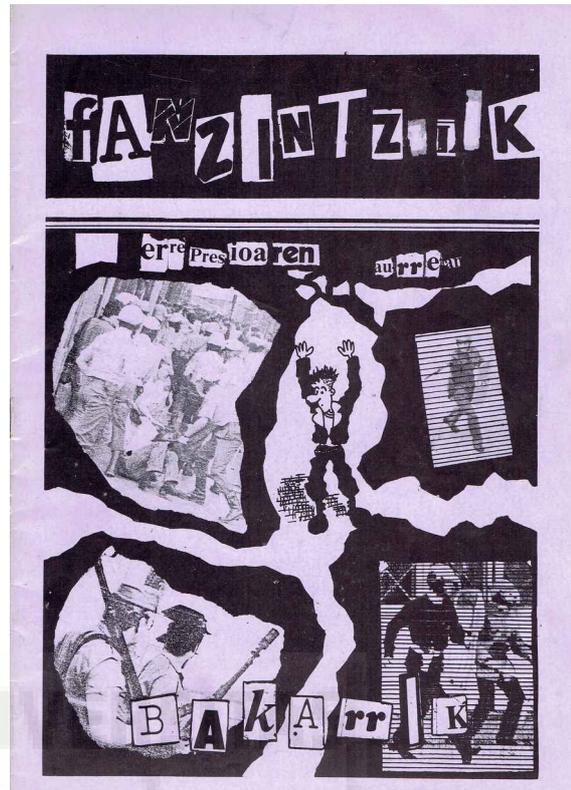


Ilustración 7.4 Portada del fanzine editado por la radio libre Zintzilik (1988)

7.4 LOS MEDIOS AUDIOVISUALES

Aunque menos numerosas, debido, al contrario que en el caso de los fanzines, a la dificultad de su elaboración técnica durante los '80, también surgen documentos gráficos en esta época. Mientras que muchos quedan como material en bruto, compuesto por grabaciones caseras, quien posee los medios suficientes elabora también pequeños documentales donde se da muestra de las formas de vida y lucha del movimiento. También desde los medios de comunicación convencionales se da voz, en ocasiones, al movimiento, manteniendo, aún en estos años, el posicionamiento amable que también mostraban los medios escritos. Así, encontramos documentales como el realizado desde el programa *Crónicas urbanas*, de RTVE, 'Okupas', en el año 1991, donde lo presentan como un movimiento minoritario y ya en decadencia a partir de 1986 (algo que, por su parte, no se corresponde con la realidad). Sin

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

embargo, lo muestra también como una iniciativa juvenil aceptable, desestimando, por el contrario, a quienes ocupan sin trabajar, figura que caricaturizan en la imagen de un padre de familia a quien la juventud acoge, pero que se niega a colaborar en el proyecto. Sin embargo, al igual que en la prensa escrita, la imagen que se da de la okupación va cambiando a medida que pasa el tiempo y el movimiento se consolida. Así, para el cambio de legislación se mostrará como un colectivo violento que genera disturbios, ensalzando solamente las características negativas de éste.

Sin embargo, con la llegada de las nuevas tecnologías, el medio audiovisual, que quedaba relegado a unos pocos vídeos caseros, se vuelve uno de los formatos más utilizados para difundir modos de vida y, sobre todo, denunciar situaciones de represión policial. Con ello se pretende, como ya señalara Martínez López (2004) rehacer la historia del movimiento así como contrarrestar la imagen ofrecida por los medios oficiales. Para ello se muestran las transformaciones llevadas a cabo tanto en los espacios okupados como en las zonas en las que éstos se sitúan. Como advierte este autor, sin embargo, la narrativa utilizada pretende una



Ilustración 7.5 Portada del documental editado por la radio libre Zintzilik (2013)

idealización del movimiento, mediante la que se muestra la injusticia de los desalojos y la dura represión recibida. En este sentido, podemos decir que, al igual que los fanzines, las producciones audiovisuales se dirigen más hacia dentro del movimiento que hacia el exterior, ya que, debido a los contenidos de éstos y a las formas de difusión, pocas veces serán visualizadas por otros sectores poblacionales. Sin embargo, este tipo de producción posibilita cohesionar la identidad del movimiento, puesto que permite dar a conocer otras realidades similares. Por otro lado, mediante las nuevas tecnologías, también los canales de difusión se expanden, dado que la red permite colgar material de manera

gratuita y sin licencias, algo que potencia la posibilidad de conocimiento de esas otras experiencias, reforzando, aún más, el sentimiento identitario.

Otra de las ventajas de las nuevas tecnologías es que permite digitalizar aquel material en bruto grabado en épocas pasadas y, así, editarlo. Es por ello que numerosos colectivos aprovechan este medio como herramienta de difusión. Por su parte, aquellos espacios que celebran aniversarios emblemáticos, como pueden ser superar los 25 o 30 años, están llevando estos tiempos una labor de recopilación de material que poder publicar. Esto permite, además, crear un archivo histórico que dé cuenta de la trayectoria seguida en los últimos años, reforzando, de este modo, al movimiento. El documental editado por la Zintzilik Irratia en su 27 aniversario es prueba de ello. Éste, titulado *Zintzilik Irratia, Herri baten historia* (Radio Zintzilik, la historia de un pueblo), contextualiza el nacimiento de la radio en el pueblo, contando parte de las luchas políticas y sociales que se llevaron a cabo esos años y posibilitaron su surgimiento. Incluye, además, otros tres documentales más, entre los que se encuentra el desalojo del asilo narrado más arriba. Este tipo de archivos, asimismo, podríamos encontrarlos también en esas bibliotecas ya mencionadas.

Además encontramos que tanto desde fuera de los medios oficiales como de la producción del propio colectivo, distintos productores independientes se han llegado a interesar por el movimiento. Es el caso, por ejemplo, del documental *Ateak Zabalduz* (2013), que presenta distintas alternativas y modos de okupación, desde la simple necesidad de vivienda a proyectos de mayor amplitud. Por otro lado, aunque ni en Euskal Herria ni en el resto del Estado conozco experiencias similares, surge en Italia una interesante iniciativa televisiva que, al igual que las radios libres hicieron en su momento, trata de aprovechar los espacios de onda que quedan vacíos en el espectro de la señal de televisión para emitir sus propios programas. Estas estaciones de televisión pirata nacen como método de protesta contra la privatización de

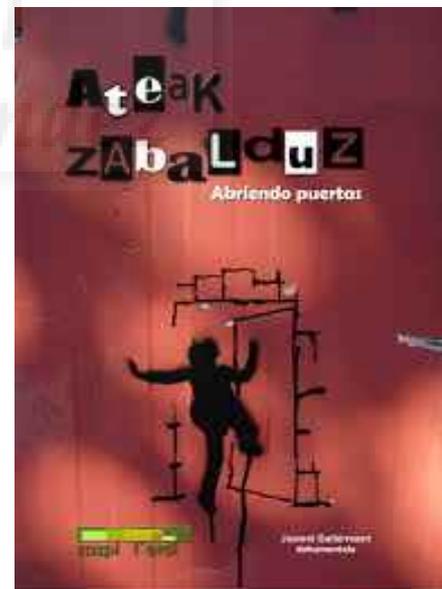


Ilustración 7.6 Portada del documental *Ateak Zabalduz* (2013).

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

medios de comunicación llevada a cabo por el entonces presidente Silvio Berlusconi. Se trataría, pues, en este caso, de otro modo de 'okupación' de las ondas (Nagle, 2015).

Del mismo modo que la producción musical y los libros, estos documentos se elaboran mediante la autofinanciación y a través de pequeñas productoras independientes que funcionan sin ánimo de lucro. Es fácil así encontrar material audiovisual sobre distintos espacios para cuya financiación se ha optado por plataformas de crowdfunding, como es el caso de documental producido por el ya desalojado gaztetxe de Kortxoenea, *Irautea sortzea delako* (*Porque resistir es crear*). La distribución, por su parte, se realiza a través de los mismos circuitos alternativos ya mencionados, buscando pequeñas librerías y distribuidoras independientes. Para las licencias de derechos de autor, además, se suele optar por aquellas libres, haciendo acopio de la libre circulación de información y conocimiento. Así, es habitual que estos productos consten bajo el sello de Creative Commons o Copyleft. Aunque, al igual que en el caso de algunas radios libres, encontramos muchos de ellos sin licencia. Este pequeño acto supone también un acto de rebeldía. Con él se deslegitima la necesidad de estar registrado en uno u otro formato.



Ilustración 7.7 Portada del documental editado por el gaztetxe Kortxoenea (2015)

Siguiendo estos términos, estos proyectos suelen visualizarse también en espacios okupados o afines, de manera gratuita, de modo que sirvan para la reflexión y debate en ellos. Por otro lado, a pesar de que en los primeros años de okupación no era fácil contar con cámaras de vídeo, las exposiciones de diapositivas para plantear y exponer distintas temáticas era un acto muy recurrente en los distintos centros sociales y gaztetxes. Así, podemos observar cómo el medio audiovisual ha ido sustituyendo paulatinamente al meramente visual, debido a que las posibilidades técnicas se han expandido entre la población. Este cambio, por su parte, no ha supuesto que se modifiquen

las consecuencias generadas. Es decir, como ya se ha venido advirtiendo en apartados anteriores, estas dinámicas propician el reforzamiento del colectivo mediante el intercambio de experiencias y problemáticas, ya que, aunque objetivamente desde estos espacios se pretenda lo segundo, esto es, el intercambio, inconscientemente se fomenta lo primero. Sirven así de herramienta para la socialización.

En este sentido, también cabría destacar el dilema que suscitan las nuevas tecnologías. Aunque el formato diapositiva o vídeo no suponga un cambio en las tendencias a visualizarlos en colectivo, el libre acceso a la información propiciado por la expansión de Internet sí que lo hace. El acceso a las TIC posibilita, por ejemplo, que con sólo un teléfono móvil se pueda llegar en unos segundos a una infinidad de personas a través de Internet, lo que permite difundir información de manera inmediata. Pero, por otro lado, la posibilidad que este medio otorga de ver estos documentos en la intimidad de cada hogar, firmados además bajo licencia de libre uso y colgados en plataformas accesibles como youtube, fomenta que exista más información, pero que, a su vez, y al igual que sucede con los medios radiofónicos, se reduzca la socialización; ya que esta teórica democratización de la información mantiene el juego de un sistema basado en el consumismo y en la individualidad. Así, nos encontramos de nuevo con el mismo problema; el de cómo hacer frente al individualismo anclado en las bases del sistema, del que tampoco se libra el movimiento, como ya vimos en apartados anteriores.

Permite, además, un mayor control por parte de las autoridades sobre lo que circula en la red y, como en los casos anteriores, también en este sentido se van modificando las leyes con el fin de controlar aquello difundido, pudiendo llegar a criminalizar contenidos específicos.

7.5 LA MÚSICA

“Los minutos se hacen años esperando la señal
Suenan el CRACK! Y cae la puerta, otra casa a okupar
Esto es una gran demencia, muchas casas sin habitar
Y en la calle delincuencia para pagar un hostel”
Crackers, *Commando 9mm* (1986)

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

En el quinto capítulo ya resaltábamos la importancia del punk en la configuración inicial del movimiento. Efectivamente el punk se convierte en una forma más de expresión; forma que, como señala Paskual (1996), se caracteriza por la no percepción de futuro que la situación social impone sobre la juventud. El punk no es la única forma musical de expresión existente ni en la época ni en la actualidad; paralelamente surgen grupos de rock, heavy, reggae, ska, etc. Así, poco a poco, como constata también Martínez López (2002), se van abriendo paso otros estilos musicales en los espacios okupados. Todos ellos sirven para que la juventud exprese y denuncie la situación en la que se encuentra. Sin embargo, es el estilo punk el que más presencia tiene, ya que, como apunta Paskual, “el punk y los contenidos críticos reflejan un momento negativo, un instante en el que se despliega una sintonía ANTI definida por el NO, por la imposibilidad existencial de la aceptación de un sistema de cosas impuestas”. Nacen de este modo numerosos grupos musicales que manifiestan su desencanto a través de este estilo musical. La evolución de estos grupos y estilos en las décadas de los '80 y principios de los '90 queda analizada ya por el mismo autor que venimos citando. Como el mismo señala, “crece todo un sector que ha nacido con la ocupación de gaztetxes y con el desarrollo de un entramado industrial musical: estudios de grabación (Elkar, Lorentzo Records, Tsunami, Revolution Rock, Paco Flores...), técnicos de luz y sonido, sellos discográficos independientes (Esan Ozenki, Gor, Oihuka, Radiaton Records...), además de una serie de potentes incursiones en la distribución y autoproducción alternativa como las que ejerce la DDT”, algo que ya indicáramos cuando hablábamos también de los medios escritos y audiovisuales. Se crea así todo un circuito paralelo al comercial que permite que estos grupos contestatarios que se están iniciando tengan su oportunidad en gaztetxes y espacios okupados. Algunos de ellos saltarán después al ámbito nacional e, incluso, internacional. A pesar de ello, pocos dejan de tocar por este motivo en estos espacios, combinando así distintos escenarios. Es el caso, por ejemplo, de grupos como Berri Txarrak o de Fermin Muguruza, que, a pesar de haber adquirido fama internacional, siguen comprometiéndose con causas afines. Así, ambos tocaron en Kortxoenea en los días previos a su desalojo y derribo, aprovechando el primero de ellos un hueco en su gira estatal y acudiendo sin previo aviso al gaztetxe. Las entradas, que hubo que vender con antelación el mismo día para evitar problemas de aforo, se agotaron en quince minutos.

Como ya señalábamos las letras son de denuncia; denuncia política y social. Así, las temas duros del punk se muestran acordes con su sonido y su estética. Éstos se dedican a realizar una crítica que no tendría cabida en esos circuitos comerciales. Letras antimilitaristas, por la ecología, contra el sistema capitalista, contra la represión, contra el Estado y su legislación, y un largo etcétera, se convierten en una de las mejores formas de difusión de la ideología de todos aquellos colectivos que se mueven en torno a los espacios okupados. Como se viera, además, cuando hablábamos de las actividades realizadas, los conciertos destacan por su afluencia. Señala de que gran parte de la gente que acude a ellos se identifica con lo que estos grupos cantan.

La música como medio de expresión, pues, y como forma de financiación, como ya hemos visto, forma parte intrínseca del movimiento de okupación. Como ya habláramos de ello en el quinto capítulo, no nos detendremos más aquí. Sin embargo, cabría constatar que no son pocos los grupos que dedican canciones a la okupación, como muestra de esa inseparable relación. Así, canciones de grupos como Barricada, Gérmenes, Reincidentes, Transfer, Iratxo, Segismundo Toxicómano, Desakato, o Commando 9mm, que abre este epígrafe, entre muchas otras, indican que ya desde sus primeros años los dos movimientos iban de la mano.

7.6 EL DOBLE JUEGO DE LA TECNOLOGÍA

Ya se ha venido advirtiendo en apartados anteriores que la llegada de las nuevas tecnologías ha introducido cambios tanto en las prácticas de las okupas como en los métodos de difusión utilizados por éstas. Antes de continuar, sin embargo, convendría aclarar que cuando hablamos del uso de la tecnología nos referiremos en este texto al uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), principalmente Internet y los teléfonos móviles, así como sus aplicaciones vinculadas a las redes sociales digitales. En este sentido, la principal obra de Martínez López (2002) señala que el uso que se hace de ella es marginal y que pocas veces se actualizan las páginas web de aquellos que las tienen, aunque de vez en cuando se invierta algo de dinero en algún aparato tecnológico para mejorar el funcionamiento de la distribución de información (por ejemplo, comprando material que

facilite el hacer carteles). Otro interesante análisis lo plantean Sádaba y Roig (2004). Estos autores centran su estudio en la relación entre las nuevas tecnologías y el movimiento de okupación, atendiendo a la evolución paralela de ambos fenómenos y a las novedades que introducen las nuevas tecnologías en el movimiento⁹².

Sin embargo, han pasado cerca de quince años desde que se escribieran estos textos, tiempo suficiente para que éstas avancen a un ritmo vertiginoso, aunque ya Sádaba y Roig advirtieran de las potencialidades de las NTIC desde su introducción en la sociedad española a partir de finales de los '90, analizando varios estudios de caso. Es por ello que merece la pena detenerse y reflexionar acerca del uso que se hace hoy día de ellas. El debate no está exento de polémica. Partiendo del uso que los okupas hacen de la tecnología, hasta llegar al uso que de ella pueden hacer los detentores del orden social, encontramos las más variadas posturas al respecto⁹³. Así, para quienes consideran que los medios de comunicación constituyen los aparatos ideológicos del Estado, las nuevas tecnologías se convierten en un elemento más de este control. Sin embargo, quienes abogan por la libre difusión de la cultura y el conocimiento suelen mostrarse partidarios de la utilización de la red para generar esa horizontalidad que se predica, dado que la disposición de ésta lo permite.

Por otro lado, incluso entre quienes rechazan totalmente la tecnología, no me he encontrado ni una sola persona okupa que no disponga de un teléfono móvil o una cuenta de correo electrónico, aunque sí que se muestren reticentes a instalar aplicaciones como el WhatsApp, o similares, en sus aparatos. Así, quienes caen bajo la contradicción de rechazar la tecnología viéndose supeditado a ella, buscan la coherencia en el uso del software libre y de plataformas generadas desde esta ideología de acceso libre, pero que ofrecen también una mayor seguridad respecto a los grandes lobbies de la comunicación. Parte de estas diferencias han sido señaladas por Julia Lledin (2015) en el texto incluido en *Making Room*. Tal y como

92 Entre estas novedades estos autores destacan “a) el mayor peso de las convocatorias debido a su urgencia, celeridad y facilidad de difusión masiva; b) el aumento de las presentaciones multimedia con la combinación de múltiples formatos (fotos, vídeos, grabaciones sonoras, música, etc.); c) la posibilidad, en algunos casos, de participación e interacción colectiva en su realización (cooperación en la elaboración o publicación de información); y d) la naturaleza conectiva, vinculante, difusora e intermediadora de las webs gracias a los *links* o enlaces entre documentos (saltos constantes de una a otra página, lazos de una a otra casa okupada y de uno a otro movimiento) que diluyen muchas veces las fronteras borrosas entre grupos, colectivos, organizaciones, luchas o movimientos” (Sádaba y Roig, 2004: 276).

93 En este sentido, es interesante el análisis que plantea Subirats (2013) acerca del uso que la democracia representativa ha hecho de las TIC e Internet y del uso que se puede hacer de éstas para la transformación del orden democrático.

señala esta autora, el desarrollo de las nuevas tecnologías va de la mano del activismo de los hackers y la libre circulación de información, pero también de la sociedad de consumo. La siguiente tabla recoge tanto los argumentos a favor como en contra que los okupas hacen de su uso:

Tabla 7.1 Uso de nuevas tecnologías	
FAVORABLES	CONTRARIOS
Permiten llegar a más gente	Sirve al control social
Ofrecen información de manera libre y gratuita	Limita la seguridad personal
Facilita la comunicación horizontal	Fomenta la individualización y la pérdida del contacto social
Permiten elaborar información propia	Cualquiera puede tergiversar los contenidos de la información
Permiten la inmediatez en la difusión	Somete a las personas a la sociedad de consumo

Fuente: elaboración propia

Estas son solamente algunas de las argumentaciones que he recogido en mi trabajo de campo. Podemos observar que algunas de las afirmaciones favorables se pueden encontrar también en los medios tradicionales. Así, la elaboración propia y el control de la información son posibles también a través de los métodos utilizados para escribir y difundir los fanzines. Sin embargo, este formato no responde a la inmediatez que facilitan las nuevas tecnologías. Este hecho se torna especialmente útil cuando se requiere apoyo en casos de desalojo imprevisto o cuando se convoca una asamblea, manifestación o concentración extraordinaria. Sin embargo, el tejido social con el que contaba en los años '80 también permitía este modelo de lucha, ya que, como me relatan quienes vivieron en Martutene y Zapatari, siempre llegaba alguien corriendo para dar la noticia. Con un solo teléfono, cuando se tenía, existía más organización que ahora, aseguran, ya que se realizaban cadenas. Esto tiene sus ventajas y desventajas. Así, si la cadena se rompía la comunicación se interrumpía, pero también se sabía que era efectiva, ya que se recibía respuesta inmediata. Los medios actuales que permiten, sin embargo, llegar a más gente, no cuentan con la necesidad de obtener esa respuesta, ya que se envía la información en forma de red, por lo que a veces la comunicación no resulta efectiva y la bidireccionalidad no se establece.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

El número de gente a la que se accede, por su parte, es difícil de medir, ya que, aunque la tecnología ofrezca la posibilidad técnica de llegar a más personas, no es seguro que mayor número de gente lea o visualice lo publicado por este sector de la población, algo que ya advierten también Sádaba y Roig en 2004. Además, se pierde el control acerca de quién es el receptor de información. Aunque esto también pueda suceder en el caso de los fanzines y revistas, es más difícil que éstas se extravíen y acaben en manos indeseadas que puedan criminalizar lo escrito. El acceso a Internet, sin embargo, al ser libre, lo es por igual para todos⁹⁴, y no es fácil medir ni el número ni quién lee los contenidos publicados. Es en este sentido en el que se argumenta que se pierde la privacidad. Páginas como facebook permiten publicar todo tipo de cosas, así como acceder a datos de terceros o que éstos accedan a los propios. Sin embargo, lo que se considera más peligroso es el uso que las empresas que ofrecen estos servicios pueden hacer de los datos que en ellos se publican. Por un lado, el desconocimiento produce miedo; por otro, algunos casos reales de censura o las mismas políticas de privacidad de las empresas demuestran que el control, aunque no siempre se ejerza, existe. La autocensura se vuelve aquí una medida preventiva entre los colectivos que hacen uso de estos servicios para promocionar sus eventos. Una interesante conclusión a la que llega Lledin en su análisis indica, por ejemplo, que al ser ilegal la okupación de vivienda, pero no la destinada a uso comunitario, como pueden suponer los centros sociales, tan sólo se da cuenta en estos medios de las okupaciones del segundo estilo, así como de otros temas que no implican riesgos como los desalojos, detenciones o campañas relacionadas, además de distintos eventos como charlas o conciertos. De este modo, aunque existan páginas web, blogs o cuentas de twitter y facebook especialmente activas (el caso de Kortxoenea, por ejemplo, es uno de ellos, manteniéndose en funcionamiento su página web hasta un año después del desalojo y continuando activa la cuenta de twitter en la actualidad), lo habitual es que sólo se actualicen en estas ocasiones puntuales, a pesar de que casi todos los espacios tengan presencia en la red. En este sentido, ofrecen, al igual que los medios de comunicación oficiales, una información selectiva, aunque la selección vaya destinada a la prevención; es decir, se convierte en estrategia de resistencia.

94 No olvidarnos aquí que la supuesta democratización de la tecnología es algo que no ha llegado al mundo entero. A riesgo de banalizar, hacemos referencia, pues, al grueso de la población vasca que, aunque no tenga Internet en casa, puede acceder a ella en distintos espacios públicos, como pueden ser las bibliotecas municipales.

Por otro lado, la información disponible en la web sobre ciertos espacios, tal y como corroboré en mi trabajo de investigación, es escasa y responde casi siempre a los mismos textos compartidos por distintas páginas. La elaboración de contenidos, por lo tanto, no resulta tan abundante como se pretende, ya que dedicar tiempo a ello requiere quitárselo a otras causas. La excesiva oferta de información, además, puede suponer una traba más que una facilidad, ya que puede tornarse difícil acudir a fuentes fidedignas; si bien es cierto que existen algunas ya consolidadas, como es el caso de lahaine.org, sindominio.net, nodo50.org o indymedia.org. Sin embargo, el constante bombardeo al que nos somete el estar conectado a la red las 24 horas del día, puede derivar en una pérdida de concentración y compromiso y causar el efecto contrario al deseado. El reparto del tiempo responde, así, a la prioridades de cada espacio; y, entre ellas, no suele predominar el atender a las redes sociales tecnológicas cuando los integrantes del movimiento son pocos y están implicados en otras luchas. En este sentido, cabría destacar que tampoco en todos los espacios se encuentra acceso a la red. En estos casos, las actualizaciones de las páginas se deberán hacer desde espacios privados, como las casas de las usuarias de los centros okupados (cuando no viven allí), o desde lugares públicos como bibliotecas o universidades; lo cual requiere más esfuerzo por parte de los integrantes del colectivo, ya que tienen que desplazarse físicamente para publicar cada comunicado. En los casos que se cuenta con Internet, por su parte, ésta suele ser pirata, funcionando a través de repetidores de poco alcance. Del mismo modo que sucedía con las radios libres, no requiere de grandes e inaccesibles aparatos tecnológicos, pero sí de unos conocimientos mínimos y unos recursos con los que no siempre se cuenta.

El uso del teléfono móvil, por otro lado, está más popularizado y, como ya señalé, no encuentro a nadie que no lo tenga. Sin embargo, nos topamos una alta proporción de personas que evitan los modelos de última generación para evitar el mismo tipo de control asociado a las empresas de telecomunicaciones, dado que muchas de las aplicaciones pertenecen a los mismos lobbies. Por otro lado, el uso de este tipo de teléfonos se convierte, a la vez que en una pequeña seña de identidad, en un acto de resistencia. La presencia de los teléfonos en las asambleas también resulta conflictiva. A la hora de organizar eventos el uso del móvil agiliza la toma de decisiones, ya que se pueden consultar cosas en el transcurso de la reunión. Sin embargo, desde el momento en que se es consciente de que se están produciendo actos

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

delictivos y de que las fuerzas gubernamentales son también conscientes de ello, la posibilidad de que el teléfono esté siendo intervenido se convierte en una realidad. Así, en función del tema a tratar, por ejemplo nuevas okupaciones, el mantener los móviles alejados se convierte en norma.

Paradójicamente, me encuentro en mi trabajo de campo en un CSO que no contaba con Internet, con que es uno de los miembros que no dispone de un smartphone quien más informado se encuentra en lo que a desalojos, concentraciones, etc. se refiere. Esto conlleva una constancia en acudir a informarse a espacios con conexión a la red, lo que demuestra que la tecnología por sí misma no logra más contacto, sino que es el interés personal por implicarse en la lucha lo que potencia la circulación de información más allá del espectro que abarca la red. En este sentido, la forma en que se hace uso de ella se vuelve crucial. Este aspecto no depende tampoco de una distinción marcada por la edad. De este modo, encuentro personas con smartphones, así como sin ellos, en todas las franjas de edad; si bien es cierto que son los centros sociales más jóvenes, o aquellos donde la juventud se mueve más, los que hacen mayor uso de las redes sociales. Sin embargo, esto no siempre se corresponde. El CSO donde realicé el trabajo de campo, por ejemplo, con una media de edad joven, contaba con una cuenta de facebook que no siempre se actualizaba. Así, más que con la edad, la distinción se corresponde en mayor medida con la división que exponemos a continuación.

Otro de los aspectos negativos señalados, el fomento de la individualización, ha quedado reflejado en las experiencias de la radio y las proyecciones. Esto contrasta con la facilidad que estos medios ofrecen para difundir la información de manera horizontal. Sin embargo, habría que distinguir aquí entre difusión de información y comunicación efectiva. Ciertamente, el modelo comunicativo que se brinda desde las nuevas tecnologías, como presenta Subirats (2013), coincide con el modelo de organización presentado por el movimiento de okupación y puede fomentar la autonomía, como defiende Castells (2012). Así, resulta en cierta medida contradictorio que desde algunos sectores se opongan a ello. Sin embargo, como ya se ha señalado más arriba, la oposición reside en el control que el Estado y las fuerzas gubernamentales puedan ejercer sobre ellas. Esta crítica a la tecnología se encuentra, por otro lado, intrínsecamente relacionada con la crítica al paradigma del desarrollo. El TFM realizado por un okupa e integrante de la asamblea contra el TAV, en contra del proyecto de eurociudad

Baiona-Donostia, da muestra de ello⁹⁵. Desde los postulados que nos presenta, la tecnología no responde sino a los intereses del sistema capitalista, abocándonos a un modo de vida acelerado en el que todo, incluso la información, se consume; un modo de vida que confluiría con esa sociedad líquida referida por Bauman. La tecnología, desde este punto de vista, esclavizaría a las personas, contribuyendo a la pérdida de la autonomía. Así, evitando el uso de estas tecnologías se trataría de escapar también al control que el sistema ejerce sobre nuestras vidas; del mismo modo que se evitaría la legalización de los espacios o de las radios, o el control que la medicina moderna ejerce sobre los cuerpos, por citar algunas similitudes ya mencionadas en este texto.

Mientras que éste supone un ejemplo de aquella parte de la okupación que se opone a la utilización de las NTIC, el otro extremo se compondría por quienes buscan en el uso del software libre la democratización de la tecnología. Los Hacklabs constituirían la representación más clara de este otro modelo. Consisten en una fusión entre la cultura informática y los movimientos sociales y surgen, precisamente, en algunos CSO europeos a finales de la década de los '90, con mayor presencia en países del sur como España e Italia (maxigas; 2015). Según el texto escrito por maxigas, los hacklabs constituirían proyectos políticos que se apropian de la tecnología como parte de un programa más amplio del movimiento autónomo, el cual pretende transformar y autogestionar el conjunto de la vida (2015: 335). En sus inicios se organizaban cursos, se reciclaba material obsoleto, se compartía el conocimiento y se utilizaba el software libre cuando esta práctica no se había consolidado todavía en la sociedad. Los encuentros solían ser físicos, dado que no se contaba con antenas ni con conexión a la red en las casas. Pero según maxigas, al igual que en ejemplos anteriores, el mayor acceso a Internet, sumado a la represión que están sufriendo los espacios okupados, ha propiciado que el movimiento decaiga. A pesar de ello, desde el año 2000 se realizan encuentros anuales de hackers en el Estado español, normalmente en espacios okupados. Euskal Herria ha sido testigo de cinco de estos encuentros, habiéndose realizado el último en la fábrica recuperada de Firestone⁹⁶.

95 Véase Villaro, 2013.

96 El resto han sido: Udondo Gaztetxea (Leioa, 2001), Euskal Jai Gaztetxea (Iruñea, 2003), Astra (Gernika, 2007) y Txirbilenea (Sestao, 2013).



Ilustración 7.8 Cartel del Hackmeeting celebrado en la Firestone (2016)

Así, conscientes de la contradicción que supone rechazar la tecnología pero verse avocado a utilizarla para no quedar al margen de la sociedad en la que viven, muchos okupas abogan por el uso de aquellas plataformas proporcionadas por estos hackers que forman parte de los hacklabs y los hackmeetings. Un ejemplo de estas plataformas serían las páginas de información ya citadas y los medios que permiten la comunicación informática segura, como puede ser riseup, que garantiza, entre otras cosas, cifrar la información, así como no negociar con gobiernos para el traspaso de datos. Sin embargo, y retomando el tema de la edad, observamos que, dentro del sector que evita

hacer uso de las nuevas tecnologías, son los más jóvenes quienes más precauciones toman al respecto; no por desconocimiento de las mayores, sino porque éstos últimos dan por hecho que si el poder requiriese saber algo encontraría el modo de hacerlo. Así, optan por no esconderse. Las jóvenes, sin embargo, son más precavidas en este sentido y buscan evitar que se sepa de ellas, no sólo por esconder los actos delictivos que conllevan la okupación y las luchas que giran en torno a ella, sino apelando al derecho de privacidad; derecho ciudadano que tienen interiorizado.

Como se puede observar de todos estos ejemplos, las contradicciones que podemos encontrar en el movimiento al respecto son numerosas. Es por ello que el debate continúa abierto entre sus integrantes.

7.7 EL USO DEL LENGUAJE, O LA POLÍTICA DE LA SIGNIFICACIÓN

Por su parte, también encontramos disidencias en el uso del lenguaje. Así, un elemento que, por otra parte, es común a todos estos medios es el uso de un lenguaje característico y distintivo, cuya principal manifestación es el uso de la 'k' para sustituir la 'c' en la palabra que da nombre al movimiento⁹⁷. Este pequeño 'acto de rebeldía gramatical', como lo denomina Martínez López (2002: 212), se puede observar también en el resto de normas de ortografía, donde la 'k' sustituye también a la 'q', la 'z' a la 'c', las 'b' a las 'v', la 'i' a la 'y', las tildes se eliminan, etc. El género se ve también modificado, así se omiten las distinciones que éste implica mediante el uso de símbolos como @, X o *; otra manera de buscar el genérico sería la inclusión de ambas categorías, por ejemplo 'chicas y chicos', 'chicas/os' o 'chicas-os'. En estos casos, además, es habitual que se mencione primero el género femenino. En casos más extremos el genérico se convierte en femenino, al punto de que también los hombres hacen uso de ello cuando hablan en primera persona. Esta transformación de las normas lingüísticas queda manifiesta en el ejemplo expuesto más arriba donde se presenta el noticiario *Tas-tas*. Por su parte, uno de los integrantes del caserío Belabaratz explica su transgresión del lenguaje del siguiente modo en un artículo publicado por el diario *Egin*:

“Deretsos de espresion ke reibindiko: a) deretso a eskribir de forma no establecida i popular segun mis konbenzimientos, b) deretso a no utilizar la zienza ekolojika komo unika base del konozimiento de la realidad y tomar mas enkuenta la esperienzia direzta y el sentir la realidad [...]. Por lo general escribo siempre así y es una forma para que la gente empiece a pensar que tiene que guiarse por convencimientos propios y no por medidas establecidas desde arriba” (3 de febrero de 1984, pág. 19).

La forma de entender la naturaleza y el conocimiento que plantea este activista va muy de la mano de la ecología de los saberes propuesta por Santos; ecología que realiza una crítica a la monocultura del saber y del rigor científico mediante la cual se presenta lo demás como ignorancia, proponiendo una forma otra de entender la naturaleza y la relación con ella. Así, mediante la transformación de las normas gramaticales, lo que se está mostrando es una inconformidad con el orden establecido; orden que abarca desde estas normas de escritura hasta la manera en que está estructurada la sociedad. La transgresión de estas normas supone

⁹⁷ Aunque varias veces me señalan que fue un periodista de *El País* quien adoptó por primera vez la acepción del concepto 'okupación' con 'k', no consigo encontrar el artículo ni datos al respecto que lo confirmen.

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

también una seña de identidad; identidad que se muestra rebelde para con el sistema social establecido, y para cuyo desarrollo son fundamentales, como ya se ha señalado más arriba, las distintas revistas y fanzines, por medio de las cuales no sólo se comparte una determinada forma de entender el mundo, sino de resignificarlo.

Los juegos de palabras que plantean esta resignificación, recurriendo muchas de las veces a la metonimia, son, pues, habituales. El uso de expresiones como 'ay-untamiento', 'ayuntamiento', 'policía nazi-onal' (acotada como 'nazis'), 'policía mono-cipal' (acotada como 'monos'), 'udaltxungoak'⁹⁸, 'gobierno social(fasc)ista', 'europedo', etc., que encontramos en varias publicaciones, conllevan la sugerencia de que estos espacios no son de fiar o que están guiados por intereses económicos y personales y no por los intereses sociales que deberían predominar en sus políticas de actuación, así como por ideologías fascistas que rechazan a aquellos colectivos sociales que no son de su condición. La desacreditación de estas instituciones se realiza también mediante un lenguaje coloquial y subversivo, en algunas ocasiones agresivo y en otras apelando a la comicidad; lenguaje más oído en la calle que en las altas esferas sociales; lenguaje popular. Así, podemos encontrar expresiones que nunca se hallarían en los medios oficiales, ya que atentarían contra las formas consideradas de buena educación y socialmente aceptadas, como pueden ser las siguientes:

“Este sistema de mierda” (*Tambores de Guerra*, 4: 1)
“los diseñadores del imperio capitalista”, “dirigentes de la pobreza, de la represión política”, “rememoran la sanguinaria conquista, saqueo y masacre de lo que llamaron el 'nuevo mundo’” (*Hacia un debate antiimperialista*, 3, 4, 5)
“utilizando técnicas más sutiles tipo 'Mortadelo y Filemón’” (Panfleto del primer aniversario del Euskal Jai)
“no sabremos si el juez lo lleva al T. Constitucional o qué hostias pasa”, “os animamos a que entre tod@s nos curremos un otoño cañero” (*Usurpa*, 1996: 3)
“El jueves aparecen tres picoletos pidiéndonos el DNI” (*Resiste*, 1987: 12)

Estos son sólo algunos ejemplos más de cómo una determinada forma de hablar puede crear lazos e identificar a un colectivo. Por este medio se pueden también resignificar, no sólo los conceptos, sino los eventos; lo que sirve para contrarrestar la información difundida por los medios de comunicación oficiales. En este sentido, la campaña contra el '92 es un claro ejemplo de ello. Mientras que desde el gobierno se celebra este año como como la verdadera entrada del país en Europa, las luchas que giran en torno a los espacios okupados se muestran

98 Juego de palabras en euskera. 'Udaltzaingoa', que significa 'policía municipal', se sustituye por 'udal-txungoa', apelando al uso coloquial de la palabra 'chungo'.

partidarias de 'desenmascarar el '92', por considerarlo la entrada del país en la Europa del capital. En función a esto se organizan numerosas jornadas y campañas que permitan mostrar a la población lo que desde estos espacios se piensa. Las jornadas celebradas en Barcelona con este fin, centradas en el rechazo a los JJ.OO., lo exponen así en su acta:

“Todo aparenta ser un proceso automático en el que los agentes actúan abnegadamente en aras de un futuro halagüeño para todos. Ciertamente la realidad es otra cosa que lo que emana de la tinta de la prensa o de los rayos de la televisión [...].

No es que nos guste lo aparentemente imposible porque lo aparentemente posible resulte demasiado aburrido (descaradamente lo es). Creemos más bien que se trata de salir de esas falsas dicotomías de mayoría/minoría, de representar/ser representado, que se barajan constantemente en el juego político y que están completamente dominadas y manejadas por los medios de comunicación. Se trata de avanzar en la crítica de lo existente y profundizar, concretar y realizar nuestro deseo de vivir de otra manera que la que nos ofrece esta sociedad.

En este contexto situamos también las Olimpiadas y todo el montaje del 92: nos hallamos delante de una gran operación, consensuada a nivel estatal e internacional, que obedece a unas necesidades e intereses capitalistas muy determinados [...].

Frente a esta magna operación de consenso y remodelación, nos parece absolutamente necesario abrir espacios de resistencia. Por espacio de resistencia entendemos todo tipo de actuaciones, sean ocupaciones de casas, acciones subversivas cotidianas, denunciar sus proyectos... Acciones que nos permiten otro tipo de comunicación y vivencias que la que nos imponen diariamente, y que contribuyen a corroer la imagen de la fantasmada de progreso, de eficacia, de posmodernidad, es decir todo lo que representa el 92 [...]” (*Jornades no 92*, 1989: 1).

Esta declaración de intenciones da muestra de varias de las cuestiones que se han venido subrayando. La desacreditación del sistema, en el que los medios de comunicación, como el mismo texto señala, juegan un papel fundamental en la difusión de la ideología hegemónica, queda patente mediante expresiones como 'fantasmada del progreso'; en el mismo texto se manifiesta también, en la propia definición de la resistencia, que ésta debe hacerse abriendo distintos frentes de lucha cuando la definen. Leyendo la totalidad de las actas, se puede observar, además, que se trata de un intento de unificar diversos colectivos (antimilitaristas, ecologistas, antinucleares, asociaciones de vecinos, etc.).

Pero no sólo en estas jornadas se debate contra el '92. El lema 'Expo pa' l*os ric*s, balas pa' l*s pobres'⁹⁹, que da título a un dossier elaborado para “contar la realidad de todo lo que

99 El 19 de abril de 1992, un día antes de la inauguración de la Expo, una manifestación no autorizada tras la celebración de un concierto de protesta contra el evento se salda con 3 heridos de bala por parte de la policía

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

aconteció en Sevilla con motivo de la inauguración de la Expo-92”, también da cuenta de ello. Según este dossier, “la Expo es uno de los cuentos que sirven al Estado para celebrar lo que ellos llaman encuentro de dos mundos y que no es más que la conmemoración del genocidio de pueblos y culturas de Abya Yala (mal llamada América) que hoy día continúa” (1992: 2). En él se intentan deslegitimar los eventos de la Expo, los JJ.OO., la capitalidad cultural de Madrid, la conmemoración del V centenario, presentándolos como eventos relacionados en la implantación del capitalismo moderno en el Estado bajo la ideología de la modernización y la europeización, y como una estrategia para acabar con “los últimos núcleos de resistencia” (1992: 6). En este mismo dossier se da cuenta de aquello que no contaron los medios de comunicación oficiales, es decir, las razones que llevaron a las múltiples protestas. En él se denuncian ya el nuevo modelo agrícola, el turismo de masas, las infraestructuras de transporte o el impacto urbanístico que el evento produce sobre la ciudad de Sevilla, entre otras.



Ilustración 7.9 Dos de los dossiers editados en la campaña contra el '92

y numerosos heridos. A lo largo de los días siguientes se cuenta con un total de 84 detenidos, 11 de los cuales son ingresados en prisión, 42 expulsados en aplicación de la Ley de Extranjería, 15 puestos en libertad provisional y 16 en libertad sin cargos (VV.AA., 1992).

Las diversas revistas y fanzines también hacen acopio de esta idea. Desde *Tambores de Guerra* se considera este año como “un espectáculo preparado premeditadamente por el poder para legitimar internacionalmente al Estado español” (Nº4: 2); desde *Desegin* califican estos actos como “estúpidas demostraciones faraónicas de cara a forjarse una 'imagen de marca' para sí mismos ante el mundo, como han sido las Olimpiadas de Barcelona, la Expo del V Centenario del inicio de la colonización y genocidio de los indios y el Tren de Alta Velocidad Madrid-Sevilla para ejecutivos” (Nº5: 25). Podríamos enumerar un sinfín de ejemplos, pero lo que estamos tratando de defender mediante ellos es cómo la significación de los eventos se torna fundamental para conseguir legitimidad social; en esta lucha el uso que se haga de los medios de comunicación juega un papel primordial. El poder implicado en este proceso de significación, nos dice Hall, es un poder ideológico (2010: 168); y los movimientos sociales no son ajenos a esta idea, por lo que tratan de contrarrestar la opinión pública difundida por los medios de comunicación de masas por medio de las más diversas técnicas; técnicas que abarcan desde el uso de medios alternativos como los aquí expuestos hasta manifestaciones y acciones de protesta menos convencionales. La campaña 'Desenmascaremos el '92' es una de ellas. Así, mientras de un lado se definen los actos oficiales organizados durante este año como una manera de incrementar la modernización y se presentan como una posibilidad de mejora económica, por otro se muestra la otra cara de la moneda; aquella en la que barrios enteros han sido devastados, propuestas de diversa índole prohibidas y manifestaciones y concentraciones reprimidas. Al igual que en el ejemplo aludido por Hall en el mismo texto mencionado, la primera parte apela al interés nacional, pronosticando una mejora de la economía y del Estado del bienestar, como si ese interés nacional fuera, de veras, consensuado; de modo que la opción de que ese interés no sea compartido por toda la ciudadanía queda eliminada. Cuando por algún otro medio y motivo consigue visualizarse esta inconformidad, la opción que resta es estigmatizarla. Así, como señala este autor, “se debe luchar por la significación de los eventos pues es el medio por el cual se crean los entendimientos sociales colectivos” (2010: 169).

Si atendemos al resto de luchas que giran o han girado en torno a la okupación, encontramos que estos intentos de significación también están presentes. Entre otros, podemos tomar el lema de la lucha contra el TAV, que reza 'no es un tren, es una forma de

Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

vida', como ejemplo de ello. Así, mientras por el lado de sus defensores se apela al progreso y al crecimiento económico, sus detractores asocian la construcción del tren con la ideología del desarrollo y buscan mostrar la cara más bárbara de ésta recurriendo a argumentos como el ecologismo o la desestructuración social que estas obras o eventos pueden conllevar; defensa que se sustenta en el apego a valores de vida tradicionales en contraste con los suscitados por la modernidad y que busca, para conseguir apoyo, calar en las personas afectadas tratando de empatizar con sus problemas diarios. Formas 'residuales' de la cultura alternativa o de oposición, como diría Williams, que no encuentran expresión dentro de las estructuras dominantes, pero que, a pesar de todo, no han quedado eliminadas y, haciendo alusión a ideas asociadas con lo rural u otros modos anteriores de organización social, amenazan desde ese supuesto 'pasado' las tendencias existentes (Hall, 2010: 237).

En el caso concreto de la okupación, los desalojos se convierten, no sólo en campo de batalla callejera, sino verbal a través de los medios alternativos, por lo que se convierten también en batalla de resignificación. Los primeros intentos desalojo del Euskal Jai en sus primeros meses de okupación, por ejemplo, adoptan una narrativa épica en la que se muestra a los okupas como héroes de la resistencia que, con el apoyo del pueblo, logran vencer a las autoridades y liberar el espacio. De este modo, la resistencia mostrada por los miembros del gaztetxe, que aguantan hasta tres días encaramados a los barrotes del tejado del frontón, consigue que su historia se convierta en un hito y que sea recordada con orgullo a lo largo de los tiempos; que se convierta en símbolo de la resistencia. En una revista editada bajo el título *A la tercera no fue la vencida*, los miembros de la IGA (Iruñeako Gazte Asanblada-Asamblea de Jóvenes de Iruñea) dicen así:

“El objetivo de esta revista es dar a conocer la realidad del Gaztetxe de Iruñea, en aquellos intensos tres días en que fue sitiado, atacado, criminalizado y finalmente liberado por todo el pueblo unido. Es, porque no decirlo, la crónica de una victoria que para nosotr@s es muy importante, tan acostumbrados como estamos al amargo sabor de la represión, marginación y derrota” (1994: 2).

Este texto muestra cómo se apela a la unidad del pueblo, del mismo modo que desde el bando contrario se apelaba al interés nacional. Asimismo, se victimiza la situación del gaztetxe del mismo modo que en otras ocasiones, y siempre desde los medios convencionales, se muestra al Estado, gobierno municipal o a sus representantes como víctimas de la violencia y usurpación de las okupas, dando a entender que, con sus acciones, éstos perjudican a toda la

población. Que esta forma narrativa surta efecto requiere, por lo tanto, de un proceso inverso al de los medios oficiales; en él, además de ensalzar la actuación de los okupas, quien queda silenciada es la gente que apoya el desalojo, dando sensación de que tan sólo el ayuntamiento está contra la okupación. De este modo, en los casos en que la actuación policial se vuelve excesivamente violenta, estos espacios se convierten, a través de relatos épicos, en símbolos o bien de la resistencia, como fue el caso del Euskal Jai, o bien de la injusticia, como fue el caso de Kukutza III, que el 23 de septiembre de 2011 comenzó a ser derribado todavía con personas dentro, convirtiendo las calles del barrio de Rekalde de Bilbo, en una nueva batalla campal entre partidarios del gaztetxe y policía.

Estas narrativas, por lo tanto, no son inofensivas; el lenguaje a través del cual nos socializamos condiciona los sistemas clasificatorios bajo los cuales las personas estructuran su pensamiento. Es por ello que, aunque como se haya advertido anteriormente, los propios emisores del mensaje no sean, en ocasiones, conscientes de los esquemas que reproducen, los medios, en su conjunto, tienden a reproducir las premisas ideológicas de las clases en el poder, porque es dentro de ellas que se han generado; contribuirían, pues, a lo que Willis denominó 'reproducción social'. Conscientes de ello (y aunque los receptores no siempre interpreten los mensajes como el emisor pretenda), los movimientos sociales tratan de contrarrestar la situación creando sus propias narrativas, es decir, elaborando su propia 'producción cultural', que después será también reproducida. Sin embargo, al haber sido socializados sus

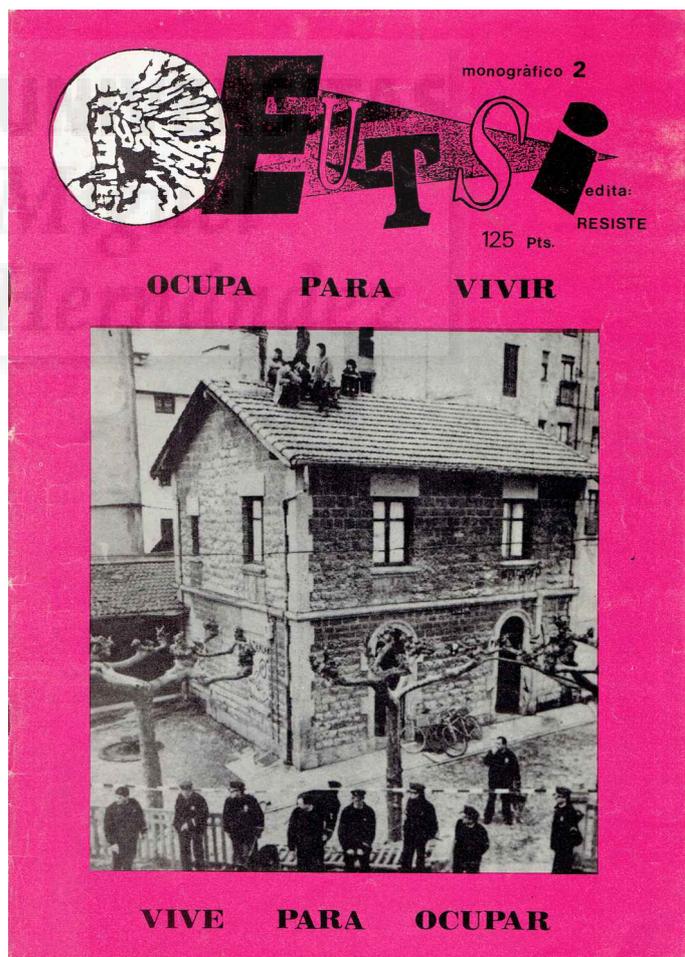
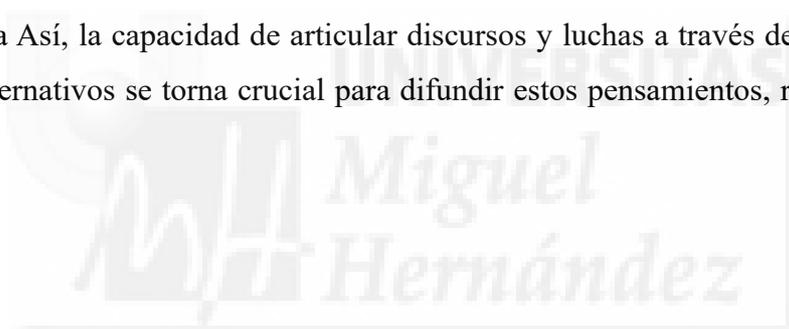


Ilustración 7.10 Portada del monográfico sobre okupación editado por Resiste (Eutsi, 1988)

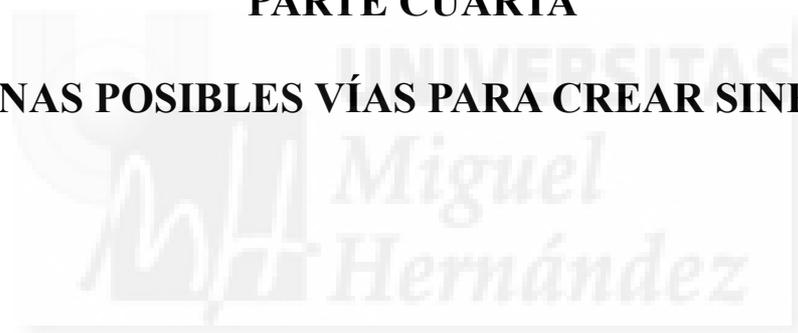
Capítulo 7. La reproducción cultural de la resistencia

miembros bajo el mismo orden cultural que rechazan, en pocas ocasiones lograrán inventar nuevas fórmulas, adoptando sus mensajes, las más de las veces, un formato narrativo en el que se invierten los actores pero el cual responde a los mismos esquemas discursivos. Se trata, en definitiva, de una lucha social por el dominio del discurso y por la significación de las cosas. Pero en ella los nuevos significados se logran, generalmente, por oposición. Además, en los escasos casos en que se consigue cambiar los términos, nos dice Hall, son considerados como argumentos que “se desvían del punto” (2010: 181). Sin embargo, sí existe una diferencia; ésta radica en que desde este último lado se reconoce abiertamente la parcialidad; parcialidad que aboga, en su intento de resignificación, por la construcción de otros mundos posibles. Sin embargo, como advierten también Martínez y Casado cuando analizan los movimientos de la Marcha Mundial de las Mujeres y de La Vía Campesina, los movimientos encuentran cierta debilidad en la política de comunicación para dar a conocer lo que se hace y lo que se piensa. Así, la capacidad de articular discursos y luchas a través de estos medios de información alternativos se torna crucial para difundir estos pensamientos, reconocen. (2013: 34, 38).



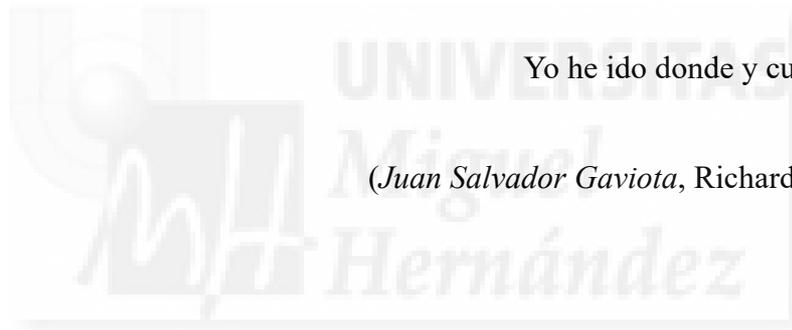
PARTE CUARTA

ALGUNAS POSIBLES VÍAS PARA CREAR SINERGIAS



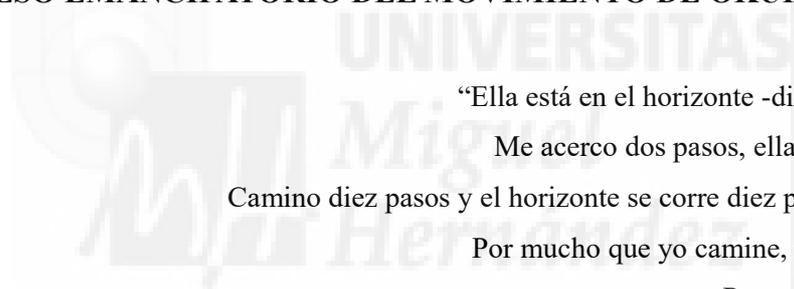
“Juan estaba maravillado. Se olvidó de preguntar por el cielo.
- ¿Cómo lo haces? ¿Qué se siente al hacerlo? ¿A qué distancia puedes llegar?
Puedes ir al lugar y al tiempo que desees
-dijo el Mayor-.
Yo he ido donde y cuando he querido”

(*Juan Salvador Gaviota*, Richard Bach, 2004: 65).



CAPÍTULO 8. CAMINANDO HACIA LA UTOPIÍA

8.1 EL PROCESO EMANCIPATORIO DEL MOVIMIENTO DE OKUPACIÓN



“Ella está en el horizonte -dice Fernando Birri-

Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más para allá.

Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la Utopía?

Para eso sirve: Para caminar”

(Ventana sobre la utopía; *Las palabras andantes*, Eduardo Galeano, 2001: 230)

Las formas culturales descritas en el capítulo anterior apuntan hacia un horizonte que se pretende alejado de las relaciones de poder presentes en el contexto social en que nos encontramos. Llegar a él, sin embargo, vislumbra una utopía. Como sugería Beatriz Casado en uno de sus seminarios impartidos en el MINTAS¹⁰⁰ de la Universidad Miguel Hernández de Elche, la emancipación no es un punto de llegada, sino un *principio sin fin*; supone un estado imposible de alcanzar, dado que siempre encontraremos factores que, de un modo u otro, interfieran en nuestro andar. Nunca nos emanciparemos porque siempre habrá algo que nos

¹⁰⁰Máster Universitario en Investigación en Nuevas Tendencias en Antropología Social: escenarios de riesgo y alternativas de postdesarrollo, impartido entre los días 4 y 5 de abril de 2017, en el marco de la asignatura 'Postorientalismo, New Age y Nuevos Movimientos Sociales'.

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

oprima. De modo que, para que esta deseada emancipación se convierta en realidad, toda relación de poder habría de desaparecer; la emancipación, pues, o es total o no será. Sin embargo, en su camino hacia ella los movimientos sociales generan procesos en los que han de aprender de sus errores, para no repetirlos, y de sus logros, para potenciarlos y, así, poco a poco, paso a paso, continuar caminando. Siguiendo esta premisa me permito tomarme aquí la libertad de asemejar este término a aquel horizonte planteado por Eduardo Galeano cuando parafraseaba a su amigo Fernando Birri; el horizonte, la utopía, la emancipación, sirven, al fin y al cabo, para eso, para aprender a caminar.

El camino que el movimiento de okupación elige para alcanzar esa sugerente idea consiste en el intento de gestionar por sus propios medios todos los aspectos de la vida de las personas que integran el colectivo. Esta búsqueda de autonomía personal, que no olvida, sin embargo, que necesita también del grupo, implica un largo proceso repleto de obstáculos que no siempre son externos. Las incongruencias, las contradicciones, los conflictos, se dan aún con mayor profundidad en el seno interno de las personas y del colectivo. El proceso emancipador comienza, pues, por el cuestionamiento de los valores interiorizados por las propias personas, que han de liberarse de aquellos que, aunque verbalmente rechacen, en la práctica ejecutan y reproducen. El camino, como muestra el anterior capítulo, no es fácil y las personas, que según dicen somos el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, caemos una y otra vez en los mismos errores. La sistematización de experiencias, entendida como la plantean quienes abogan por la educación popular (Jara, 2015), se torna, por ello, un ejercicio fundamental para eludir estas caídas. Este proceso se convierte, así, en una herramienta eficaz que permite aprender de los errores e identificar las virtudes para que los movimientos sociales intuyan ese horizonte cada vez más cercano.

No se trata ésta de una tesis que sistematice la experiencia del movimiento de okupación. Sería imposible plantearla así visto el proceso que su desarrollo ha seguido. Sin embargo, en el análisis que se hace de sus formas culturales, podemos atender a por qué algunas de sus demandas han podido ser aceptadas por el grueso de la sociedad mientras que otras siguen siendo rechazadas tras más de treinta años de lucha. En este proceso los métodos adoptados juegan un importante papel. Pero la clave no recae sólo en ellos. La situación socio-política se

convierte también en una de las mejores aliadas de los movimientos; y los cambios que se dan en ella se tornan fundamentales para generar alianzas, sinergias o confrontamientos.

Como ya señaláramos en los capítulos precedentes, plantear opciones de vida que desafíen el consenso supone la adopción de tres actitudes distintas por parte de quienes lo establecen. Las dos primeras de ellas simulan las más comunes. Consisten o bien en incorporar las prácticas alternativas a la estructura dominante, o bien en mostrarla como una de esas desviaciones no del todo aceptadas pero toleradas por la hegemonía para pretender mostrar su amplitud de miras. La tercera, por su parte, parece menos común por el mero hecho de que, al invisibilizar estas formas de vida desafiantes, se construyen, como diría Santos, como no existentes y, en ese no existir, no quedaría siquiera rastro de ellas. Sin embargo, esta tercera opción, menos vislumbrada socialmente, es uno de los recursos más comunes que la hegemonía acoge para mantener el orden social por ella establecido. Siempre y cuando, por supuesto, estas formas otras no generen amenaza. En caso de que esto último sucediera, resurgirán como una desviación intolerable, y tendrán que ser, por tanto, reprimidas y eliminadas. La criminalización y el castigo de estas actitudes desviadas se convierte, en estos casos, en una útil herramienta para mantener unido el consenso. Pero mientras tanto, mientras no molesten, la invisibilización o, en su defecto, la aparente tolerancia, se convertirán en la norma.

En este último capítulo trataremos de mostrar, pues, cuáles de las actitudes promovidas por el movimiento de okupación han calado en la sociedad y cuáles no. Cuáles han sido, poco a poco, integradas, cuáles presentadas como desviadas y cuáles, o bien invisibilizadas, o bien criminalizadas. ¿Por qué? Por una sencilla razón: para aprender a levantar y continuar caminando. Y por otra: para no dejar que la capacidad de absorción de un sistema perverso desvirtúe tantas luchas sociales que se dejan la piel en conseguir un mundo mejor.

8.2 ENTRE EL RUPTURISMO Y EL REFORMISMO

En el análisis que Loiola Idiakez realiza del movimiento juvenil vasco en la década de los '90 afirma que “la mayoría de jóvenes vascos no opta por vías rupturistas, sino más bien por

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

respuestas de tipo conformista y/o reformistas”, pero que “existe un sector de la juventud que, con una concepción crítica de la realidad en que vive y conciencia colectiva de sus problemas individuales, desarrolla respuestas propias ante los problemas que padece y siente” (2009: 553). Estas respuestas, que se dan tanto en los '90 como en los '80 o en las décadas posteriores, adoptan, cuando son realizadas sin consultar previamente a las autoridades pertinentes, un carácter radical desde el momento en que cuestionan, con ese acto de rebeldía, el marco estructural del orden establecido. Como ya se ha ido mostrando en capítulos anteriores, el movimiento de okupación se enmarcaría dentro de este pequeño sector social que opta por vías rupturistas para alcanzar sus objetivos; o como señala Guzmán-Concha, dentro de lo que se ha denominado movimientos sociales radicales.

Al igual que sugieren algunos autores cuando hablan de los centros sociales italianos (Fucolti, Piazza¹⁰¹), los espacios okupados vascos tienen también una orientación política que tiende hacia la izquierda radical, adoptando, así, métodos de protesta poco convencionales. Pero las barricadas, los encierros, los disturbios en las calles, no eran métodos adoptados sólo por el movimiento de okupación. Cualquier protesta, principalmente la nacionalista y la obrera, podía derivar en estas prácticas. De modo que las formas de lucha adoptadas están permeadas, como apuntan Della Porta y Diani, por el sistema político en el que operan (2011: 263); por ello, influyen en, y están influenciadas por, éste. El movimiento de okupación en sus inicios no suponía una excepción. Sin embargo, a medida que la sociedad se ha ido pacificando, con influencia notable del paulatino cese de la violencia armada, la institucionalización de partidos políticos más radicales y el desmantelamiento del movimiento obrero a través de los cambios en las formas de producción y la derivación de la mano de obra de la industria al tercer sector, las formas de lucha han ido también cambiando, cuando no mermando. En este sentido, el movimiento ha ido apaciguando también sus métodos; pero, debido a su carácter radical, lo ha hecho más tarde que el resto de la sociedad y no ha aplicado esta pacificación al total de sus acciones.

Desde el momento mismo en que su principal vía de acceso a aquello que reclama no pasa por el proceso de demanda institucional establecido, sino que es tomado directamente, los métodos dejan de ser aceptados porque no entran dentro de la línea de lo que se considera

101Fucolti y Piazza, en Moore y Smart, 2015; también Piazza en SqEK, 2013 y 2014.

políticamente correcto; lo que implica que tampoco sea aceptado por esa gran parte de la sociedad que muestra su consentimiento para con esa política. El ataque a la propiedad privada se vive, así, como una amenaza por quienes han interiorizado que ésta es la forma legítima de acceder a una vivienda. Este mismo conjunto social asume que el trabajo asalariado es la manera más adecuada para obtener esa vivienda, aunque esto suponga acatar unas normas y asumir unos patrones con los que no tengan porqué estar de acuerdo. Como ya se especificó en el primer capítulo de esta tesis, en eso consiste, precisamente, la hegemonía. No en estar de acuerdo con las normas, sino en asumir que acatarlas es la única forma posible de organizar la sociedad; no en ser partícipe de la elaboración del consenso, sino en consentir que éste haya sido elaborado de una manera naturalizada por el conjunto social. Quienes desafían la hegemonía, están, pues, desafiando, no sólo a quienes la ejercen, sino a quienes la consienten. Ganarse el apoyo de este sector social resulta complicado por el solo hecho de que se está cuestionando un modo de vida adoptado por un amplio núcleo poblacional que, aun consciente de que no es el modo de vida elegido, lo acepta como válido por no ver opciones posibles o por creer que no hay forma otra de dar otra salida a los problemas colectivos. En sus demandas, el movimiento de okupación se encuentra en esta encrucijada; y dar con las estrategias adecuadas para derrocar ese consentimiento requiere de una labor social y de la elaboración de un discurso que no siempre está al alcance de sus miembros ni acierta con el tono adecuado para calar en la sociedad.

Pero como ya se ha advertido, el contexto socio-político también influye en la aceptación de las demandas de los movimientos. En el caso del movimiento que venimos presentando, encontramos varios factores que favorecen que la sociedad se interese e, incluso, acepte, algunos de sus métodos y peticiones. En este sentido, la crisis financiera (sistémica, diríamos aquí) que asoló el mundo a partir de 2008 ha tomando un papel fundamental. No es el único factor a destacar; las formas democráticas demandadas por el movimiento de toma de plazas conocido como 15M, la devastación de la naturaleza y la amenaza del agotamiento de recursos naturales como el petróleo, las crecientes desigualdades sociales, las cada vez más numerosas enfermedades que sufre la población, entre muchas otras causas, contribuyen a que aquellas cuestiones que se venían planteando tanto desde la okupación como desde otros movimientos sociales hayan empezado a ser tenidas en cuenta en los últimos años por algunos

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

sectores, hasta el momento, más reformistas. Desde entonces las sinergias entre posiciones hasta ahora enfrentadas han comenzado a ser posibles. Algunas de estas demandas han sido ya incluidas en la agenda pública; otras están siendo estudiadas; unas terceras, sin embargo, siguen siendo rechazadas. ¿Cuáles y por qué?

Es difícil hacer en unas pocas líneas un análisis profundo. El diagnóstico, sin embargo, apunta hacia una convergencia de intereses entre las demandas de los miembros del movimiento de okupación y otros sectores sociales más amplios e integrados, aunque a veces los métodos para satisfacer estas demandas no coincidan en las formas. Señalaremos aquí algunas de ellas; las que en esta investigación han adquirido mayor peso, con sus confluencias y divergencias. Esto no significa, por otra parte, que no existan más factores comunes entre la okupación y el resto de la sociedad civil, ni que en todas las okupaciones se cumplan estos pronósticos. Sin embargo, las relaciones entre distintos movimientos sociales en Donostialdea indican una cierta tendencia hacia la unificación de reclamaciones en un momento en el que el papel del Estado como defensor y garantizador de los derechos ciudadanos está quedando continuamente, y cada vez más, en entredicho. La actual situación de crisis, como ya pronosticara Illich, puede abrir una vía para la reconstrucción de la sociedad (1978: 143). Y en esta vía, las sinergias entre distintos movimientos sociales se tornan fundamentales.

8.2.1 Del derecho a techo al derecho a una vivienda digna

'Derecho a techo' es una de las primeras consignas que el movimiento de okupación adoptó en los años '80. A través de ella se reclamaba el derecho a una vivienda digna recogido en el artículo 47 de la Constitución Española, que dice así:

“Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos”

Para hacer valer este artículo cuando el gobierno no cumple con lo por él establecido, el movimiento de okupación opta por la acción directa. Así, mediante este lema y otros similares como 'Cuando vivir es un lujo, okupar es un derecho', 'La casa para quien la okupa', 'Mejor okupante que especulante', 'Okupa y preokupa', 'Okupa y resiste', 'Okupa para vivir, vive para

okupar', etc., no se hace sino exigir, por las vías no establecidas, un derecho constitucional. No entraremos aquí en la criminalización del movimiento ni en sus aspectos legales, que ya han sido estudiados por autores como Martínez López (2001, 2002, 2012, entre otros). Sin embargo, cabría resaltar, como ya se mostró en el capítulo séptimo, que en este proceso la imagen que la prensa convencional ofreció del movimiento a partir de mediados de los '90 colaboró con que la opinión pública se hiciese eco de esa criminalización. Este factor, ligado a las nuevas políticas neoliberales que se estaban introduciendo en esa misma época en la sociedad, entre las que primaba el derecho de propiedad sobre la vivienda, y unido a la reforma que en 1996 se realizó del Código Penal, en el que la okupación dejaba de ser un delito civil para ser juzgado por la vía penal, lograron que la criminalización fuera, ya no sólo penal y mediática, sino también social. La interiorización del derecho sobre la propiedad privada en materia de vivienda se acentúa también durante estos años¹⁰². Se trata éste de un derecho también recogido en la misma Constitución, cuyo artículo 33 reza así:

- “1. Se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia.
2. La función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las leyes.
3. Nadie podrá ser privado de sus bienes y derechos sino por causa justificada de utilidad pública o interés social, mediante la correspondiente indemnización y de conformidad con lo dispuesto por las leyes”

Mientras que en lo que a okupación de locales respecta la juventud se acoge al artículo 33.3, donde se recoge el derecho a hacer uso social de los espacios okupados, numerosos ciudadanos y empresas propietarias defienden sus inmuebles y comienzan a considerar la okupación como una amenaza. A pesar de que la mayoría de okupaciones se realizan en edificios de propiedad municipal o institucional, de grandes corporaciones empresariales o de bancos, y en menor medida de particulares, es la gente de a pie, aquella que ha conseguido comprar su vivienda a base de trabajar dentro del sistema, la que más cercana siente esta amenaza. De este modo, la aceptación social de la okupación que se tenía durante los años precedentes al auge económico que vivió el país durante la segunda mitad de los '90, va dando paso a su rechazo por parte de una sociedad que ha logrado, siquiera aparentemente, salir de la crisis.

¹⁰²Este proceso queda recogido y analizado en el primer capítulo de la obra de Colau y Alemany, 2012: 27-84.

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

Sin embargo, a partir de 2008 la situación cambia. La nueva crisis financiera provoca que el mito del Estado de bienestar, que ya venía desmoronándose en los años previos, caiga casi del todo. Miles de familias comienzan a ser desahuciadas, incluso cuando solamente les faltan unos pocos meses para acabar de pagar sus hipotecas. Según un estudio realizado por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca¹⁰³, entre 2008 y 2012 se dan un total de 362.776 desahucios en todo el Estado, de los cuales 6.337 se producen en la Comunidad Autónoma Vasca y 3.353 en Navarra, ocupando estos territorios la 12ª y la 15ª posición respectivamente. Si se mide en porcentajes encontramos que mientras que Navarra se mantiene en el 15º puesto, la CAV se desplaza hasta el 16º. Comparativamente estas cifras no suponen un alto número respecto a los datos del resto del Estado; sin embargo, las cifras totales, que los autores advierten, son estimadas ya que no se conoce el total de los casos y los datos ofrecidos por las instituciones consultadas difieren sustancialmente, no dejan de ser significativas. Especialmente porque las cantidades aumentan año a año, llegando casi a duplicarse en el caso de la CAV¹⁰⁴. El informe no se ha actualizado en los últimos años, pero los datos consultados en el CGPJ, Consejo General del Poder Judicial, (que no recogen, de momento, los datos de 2016 y que, como señalan los autores son estimados) apuntan un total de 448.324 desahucios efectuados a nivel estatal desde 2008 hasta 2015. Sin embargo, según el diario *El Mundo*, las cifras ascienden a casi 600.000 para las mismas fechas¹⁰⁵. Como se puede observar, el ritmo de los desahucios, aunque se haya ralentizado, ni disminuye ni se ha estancado.

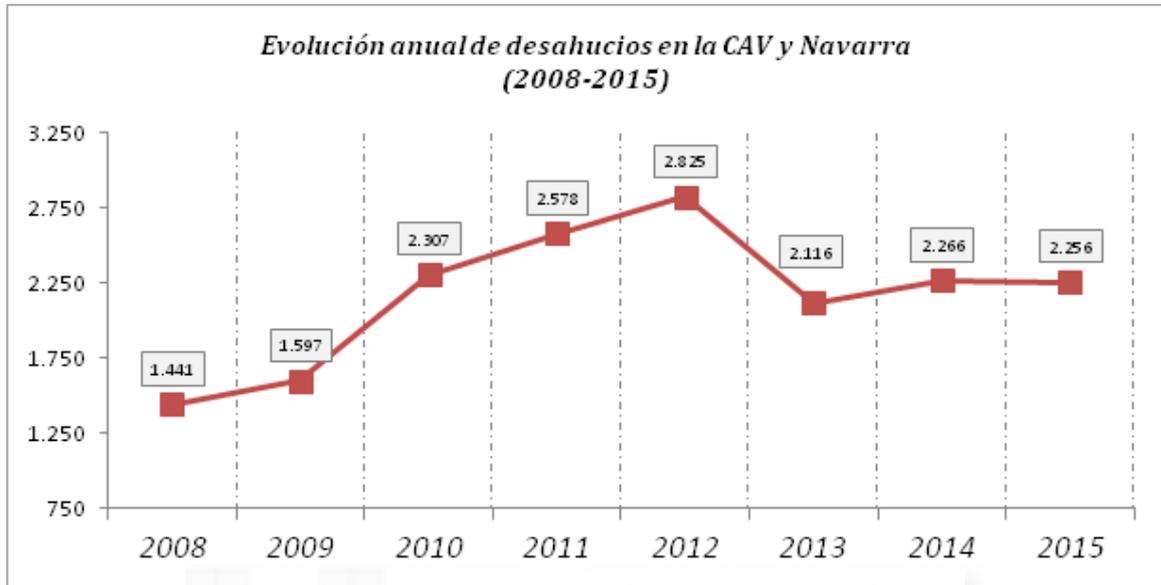
Andalucía, Cataluña, la Comunidad Valenciana y Madrid, se sitúan a la cabeza de estas cifras. La CAV, por su parte, pierde el bajo puesto en que se encontraba para situarse en el 7º en el año 2015, mientras que Navarra se mantiene en el 16º. Atendiendo exclusivamente a estos dos últimos territorios, encontramos, como se observa en los gráficos 8.1 y 8.2, que Bizkaia recibe la peor parte con un 52% del total de desahucios. En cuanto las fechas, el culmen se da en 2012, con una ligera bajada que se mantiene estable en los últimos años.

103Colau y Alemany (2013). *2007 – 2012 : Restrospectiva sobre desahucios y ejecuciones hipotecarias en España, estadísticas oficiales e indicadores*, Plataforma de Afectados por la Hipoteca.

104De 883 desahucios en 2008 se pasa a 1.637 en 2011, para bajar a 1.438 en 2012.

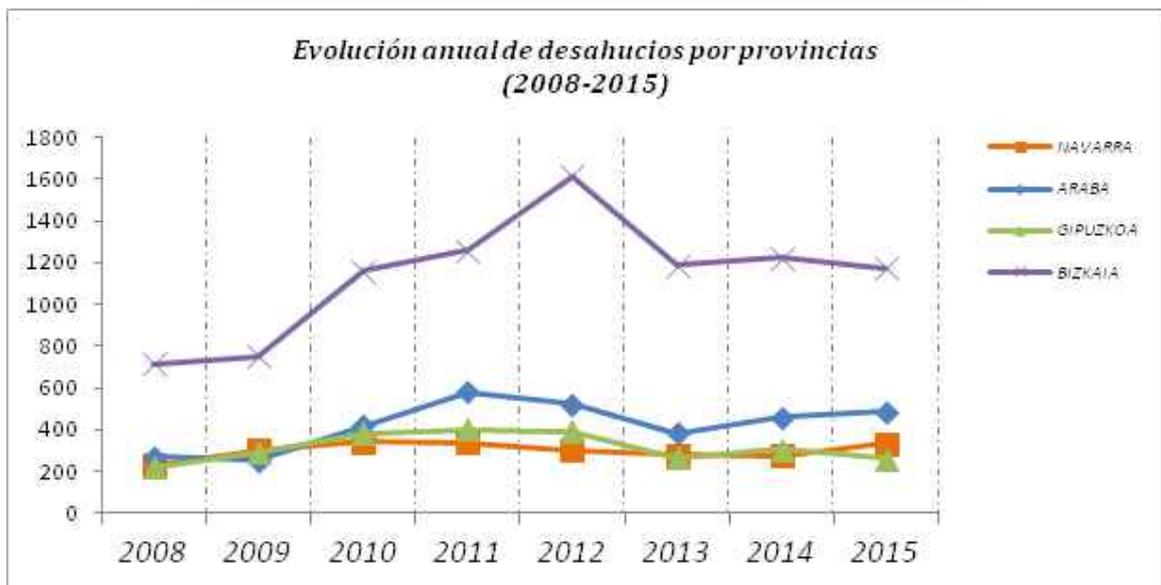
105Muñoz, Alberto (2015). 100.000 familias perdieron su vivienda habitual en los dos últimos años, *El Mundo*, 23 de junio de 2015. En <http://www.elmundo.es/espana/2015/06/23/5588055fe2704e960b8b457a.html> Accedido el 15 de abril de 2017.

Gráfico 8.1 Evolución anual de desahucios en la CAV y Navarra (2008-2015)



Fuente: CGPJ: BBDD Estadística Judicial

Gráfico 8.2 Evolución anual de desahucios por provincias (2008-2015)



Fuente: CGPJ: BBDD Estadística Judicial

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

Ante esta situación, miles de personas comienzan a exigir sus derechos unidos por la problemática de la vivienda, lo que provoca que el tema entre en la agenda pública. Se crean plataformas como la PAH, en 2009, que lucha por el derecho a una vivienda digna, y que surge de un movimiento previo como fue 'V de Vivienda'; movimiento que reclamaba alquileres sociales aún antes de que estallara la burbuja inmobiliaria (Colau y Alemany, 2012). Desde estos sectores sociales que se están quedando sin casa a pesar de haber estado jugando siempre dentro del sistema, acatando sus reglas, pagando sus hipotecas, manteniendo para ello trabajos fijos o precarios, se comienza a generalizar la reocupación de aquellas viviendas de las cuales estas personas están siendo desalojadas. Eso sí, no sin antes tratar de agotar todas las vías legales. Aunque en este último aspecto difieran del movimiento de okupación, coinciden en un mismo objetivo: la reclamación del derecho a la vivienda. Y en esa demanda, la okupación o reocupación se convierte en, como señalan Colau y Alemany, “una acción que cada día llevan a cabo más personas, no solo como una forma de tener vivienda, sino como una forma de denuncia pública del poco sentido que tiene dejar a familias sin recursos en la calle mientras los bancos acumulan pisos vacíos para especular con ellos en el futuro. Evidentemente, esta acción puede implicar riesgos legales, incluso de tipo penal. Pero lo que pasa en casi todos los casos es que se inicia un procedimiento nuevo que, meses más tarde (e incluso más de un año después), acaba con un nuevo desahucio” (2012: 224). Sin embargo, como indican unas líneas más adelante, cada vez hay más jueces que dan muestras de entender la realidad social que hay detrás de estas ocupaciones.

También la sociedad civil comienza a solidarizarse con ellas; de modo que las okupaciones van, poco a poco, recobrando la legitimidad perdida. En este proceso encuentro que militantes de ambos movimientos adecuan sus agendas para buscar soluciones conjuntas. Situación que recuerda a aquellas sinergias creadas en el año '92, cuando numerosas familias del barrio de Otxarkoaga de Bilbo fueron desalojadas¹⁰⁶. Así, desde la Oficina de Okupación se trabaja junto a la plataforma Kepasakonlakasa, recolectando los datos recogidos por ésta y haciendo uso de ellos en sus campañas de denuncia. Tampoco es raro que coincidan algunas caras tanto en los espacios okupados como en las manifestaciones y concentraciones de protesta. Asimismo, las okupaciones realizadas por la juventud comienzan, de nuevo, a ser

106 Véase capítulo cuarto.

reconsideradas por una sociedad cada vez más afectada por los recortes que desde los diferentes gobiernos se aplican; comenzando a mostrar, al contrario que las tendencias mercantiles y económicas globales, un rostro más amable en sus relaciones sociales. Las condiciones precarias en que se encuentra la juventud, sin apenas acceso a trabajo y sin, por ello, poder acceder a una vivienda (ni en régimen de propiedad ni de alquiler), facilita la comprensión de una ciudadanía que se encuentra, también, cada vez más precarizada. Como me dicen tanto desde la Oficina de Okupación como algunos de los okupas que han sido entrevistados, y como confirma mi propia experiencia en este campo a través de conversaciones informales con distintas personas, la percepción social de la okupación ha ido adquiriendo un carácter más positivo desde el inicio de la crisis. Sin embargo, este carácter no deja de ser relativo.

Como ya quedó reflejado en el capítulo cuarto, la tendencia de la actual juventud es, en la mayoría de los casos, a negociar, utilizando la okupación como un recurso temporal y sin que prime tanto la politización del hecho. La negociación en materia de vivienda tiende a darse, sobre todo, si se trata de particulares y no tanto si la propietaria resulta ser una empresa o institución; en cuyos casos la negociación se daría una vez interpuesta la denuncia y con el fin de evitar juicios y penalizaciones mayores. Debido a las causas señaladas, las okupaciones realizadas por esta nueva juventud comienzan a verse con otros ojos, por lo que en los últimos años se aprecia un cambio en la actitud de algunos propietarios particulares, que se muestran dispuestos a ceder sus casas, al menos por un periodo de tiempo. Bien pensando que la cesión durará hasta que finalice la crisis, bien pensando que se alargará hasta que las jóvenes encuentren un empleo; situaciones que, según las lógicas hegemónicas, deberían converger. De este modo, aunque ésta no sea la tendencia principal y muchos de estos propietarios sigan sumidos dentro de la lógica dominante, asumiendo que todo volverá a la 'normalidad' cuando acabe la crisis, es decir, confiando en que esta situación es pasajera, algunos de ellos comienzan a hacer suyo el discurso de que el problema de la vivienda es un problema social; algo que ya venía manifestando el movimiento de okupación desde sus inicios. Y en el hacer suyo este discurso comienzan, también, a aportar soluciones, algunas de las cuales pasan por ceder los inmuebles que poseen para su uso por terceros, aunque para ello hayan tenido que ser okupados previamente. La Oficina de Okupación tiende, en estas situaciones, a realizar el

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

papel de intermediaria utilizando los recursos con los que cuenta para mediar entre el movimiento y el resto de la sociedad.

Al mismo tiempo, quienes, tras seguir durante años el juego del sistema, se sienten repentinamente excluidos de él, comienzan a politizar sus demandas y, con ello, sus personas. Para las actuales integrantes del movimiento de okupación, así como para quienes empezaron a okupar en los '80 aunque ya no lo hagan, también las ocupaciones llevadas a cabo por quienes no las reivindican son políticas desde el mismo momento en que buscan soluciones propias a un problema que las instituciones no son capaces de, o no quieren, resolver. Así, aunque muchos de los implicados en organizaciones como la PAH no comiencen su andadura como activistas políticos conscientes, en el proceso de participación del movimiento acaban adquiriendo conciencia de ello¹⁰⁷.

De este modo, a través de este tipo de asociaciones, agentes sociales hasta ahora no politizados comienzan a implicarse, a partir de un problema aparentemente personal, en luchas colectivas, confluyendo sus reivindicaciones con otras que ya llevan años gestándose y adoptando, en ocasiones, métodos de acción más radicales y, hasta el momento, no sólo impensables sino, incluso, socialmente rechazados. Esta confluencia se da, en este caso, tras tratar de agotar todas las vías institucionales existentes para evitar la acción directa; algo que el movimiento de okupación ya experimentó en sus inicios. La diferencia radica, sin embargo, en que en los inicios del movimiento de okupación sus protagonistas eran jóvenes que podían, en su defecto, haber alargado su estancia en el hogar familiar, pero que no quisieron conformarse con esa situación; mientras que quienes forman parte de la PAH están siendo desahuciados de viviendas que adoptaron en régimen de propiedad, acatando para ello las normas del sistema. Así, aunque el conjunto social comience a ser más tolerante respecto a las okupaciones, esta diferencia continúa pesando sobre quien okupa saltándose esas normas. De modo que mientras que se acepta socialmente que alguien reocupe una vivienda de la que ya es semipropietario por llevar años pagando una hipoteca, o que se ocupe en caso de necesidad, no se consiente de igual manera que se okupen propiedades privadas o públicas por parte de quienes no han empezado a, ni tienen intención de, pagarla. Así, aunque el acceso a una vivienda se convierta en una causa común defendida por un sector social más amplio, la

¹⁰⁷El análisis de este proceso de politización queda recogido en la tesis doctoral que Javier Ortega (2017) realiza sobre la PAH de Alicante.

okupación conscientemente politizada, que cuestiona muchos más aspectos del sistema que las infructíferas políticas en materia de vivienda interpuestas por el gobierno, sigue estando estigmatizada, mientras que la okupación social comienza a ser aceptada. En este sentido podríamos decir que, tal y como también concluyen González et al. (2016) en su análisis de la percepción que activistas de la PAH tienen del tradicional movimiento de okupación en Cataluña, el derecho a una vivienda digna continúa, pues, vinculado al derecho de propiedad, lo que muestra que el poder hegemónico sigue controlando el aparente consenso; y que romper este dogma social conlleva una tarea mucho más ardua que una simple reivindicación.

Sin embargo, los discursos contrahegemónicos surgidos en estas plataformas están posibilitando, como apunta Ortega (2017), que sus activistas se impliquen, poco a poco, en otras luchas; es decir, que se conviertan en sujetos políticos activos que cuestionarán, según vayan entrando en otras materias, las normas invisibles que rigen ese consenso y posibilitan el consentimiento, resignificando, así, las subjetividades de esos grupos subalternos y generando potenciales 'activistas' para futuros horizontes de movilización.

De la confluencia de estos potenciales activistas con algunos de los postulados que el movimiento de okupación viene realizando, pueden nacer sinergias que, yendo más allá de la problemática de la vivienda, se afanen en lograr una sociedad más justa. En este proceso las tácticas, métodos y discursos adoptados por unos y otros colectivos se tornarán, pues, fundamentales.

8.2.2 Del movimiento asambleario a la democracia directa y participativa

Los términos 'democracia directa' y 'democracia participativa' se han popularizado en los últimos años. Esta demanda adquirió fuerza a partir del levantamiento 15M, surgido bajo una aparente espontaneidad el 15 de mayo de 2011, y que exigía, bajo lemas como 'no nos representan' o 'lo llaman democracia y no lo es', una participación directa en las decisiones que afectan a la ciudadanía (Chaves, 2013); o, como llevaba por nombre una de las plataformas impulsoras: Democracia Real Ya. La toma de plazas para manifestar el descontento político implicaba, además, un intento de recuperar los espacios públicos como lugares de reunión ciudadana. Espacios, por su parte, cada vez más privatizados y que se han convertido más en lugares de tránsito y de consumo que de socialización. No es éste lugar

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

donde profundizar en cómo y por qué surgió este movimiento. Esta tarea ya ha sido asumida por numerosos autores que en los meses siguientes analizaron el resurgimiento de un movimiento juvenil que se creía mermado mientras el gobierno observaba atónito cómo sus participantes iban aumentando no sólo en número, sino también en años, con una implicación cada vez mayor de gente de mediana edad. Así, autores consagrados como Marcos Roitman (2012), Xavier Domènech (2014), Manuel Castells (2012) o el ya citado Pedro Chaves, entre muchos otros, han dedicado libros y artículos a este fenómeno. La última versión española de la obra de Della Porta y Diani, *Los Movimientos Sociales*, incluye un epígrafe sobre este hecho. El levantamiento ha merecido la atención también de los estudiosos del movimiento de okupación, desde donde se le han dedicado algunas páginas.

De este modo, Martínez López (2011) analiza a través del ejemplo de Valcárcel Recuperado, un centro social okupado en Cádiz que prefirió cambiar la terminología para atraer a más gente, la relación entre ambos movimientos, mostrando cómo el 15M dio impulso a proyectos que ya se venían gestando pero que carecían del suficiente apoyo hasta esa fecha. En otro artículo escrito junto a Ángela García (2012) estudian la misma relación, esta vez en la ciudad de Madrid, identificando cuatro distintos niveles de interacción: la participación de simpatizantes y activistas okupas en el comienzo del 15M; el apoyo en materia de infraestructura que los centros sociales okupados ofrecieron al 15M; la integración de distintos grupos surgidos del 15M en edificios ya okupados; y las nuevas okupaciones de edificios realizadas por activistas del 15M. Es lo que Martínez López y García llaman 'cadenas de acumulación de intercambios activistas'; es decir, “los mecanismos que hacen posible la convergencia entre los dos movimientos sociales”: las colaboraciones mutuas y la suma de esas experiencias que posibilitan futuras acciones conjuntas gracias a las relaciones que se generan entre sus miembros durante el proceso de interacción (2012: 5).

La forma de organizarse en las plazas, a su vez, coincide con el asamblearismo promovido por el movimiento de okupación. La toma de decisiones se hacía en asamblea, por consenso y sin líderes ni portavoz reconocida. Al igual que en el movimiento de okupación, “la reivindicación de la legitimidad en la construcción de una nueva forma de política sólo podía ser creíble si se ponía en práctica en la actividad diaria del movimiento” (Castells, 2012: 133). Sin embargo, como apunta el mismo autor, mantener todas estas premisas cuando la

movilización supera diariamente el centenar de personas y se alarga durante semanas conlleva un sinnúmero de dificultades que acaban desgastando a sus participantes. Así, tras ocho semanas de acampada, el movimiento se diluyó en distintas comisiones, de barrio o por temáticas.

Las acampadas como forma de protesta, por su parte, no suponen un fenómeno nuevo. Ya en el año '83 quienes okuparon la antigua sede de La Voz de España de Donostia, realizaron una acampada para reclamar una Casa de la Juventud en la ciudad y denunciar las más de setenta detenciones sufridas tras la okupación. También en 1991 en la capital navarra un grupo de jóvenes son desalojados de una campa donde se habían instalado para denunciar la falta de locales y vivienda entre la juventud. Ante esta reacción municipal se instalan de nuevo en el kiosco de la céntrica plaza del Castillo; de donde también son desalojados por la policía¹⁰⁸. Pero en ese momento no cuajó en un sector tan amplio de la sociedad como lo hizo el 15M. ¿Por qué ahora sí lo hacía? Algunos autores (Castells, 2012; Subirats, 2013) apuntan a las posibilidades que otorga la organización y comunicación a través de Internet. Efectivamente, las nuevas tecnologías influyeron en el eco que produjo la convocatoria. Sin embargo, la clave va más allá del medio utilizado. El lenguaje y el momento histórico también juegan un papel importante. Como indica un activista en el texto de Martínez López y García,

“mensajes y razonamientos que llevábamos años intentando transmitir a la gente con poco éxito, como la autoorganización y la desobediencia, de repente calaban con una facilidad pasmosa en todo tipo de personas que no se ajustaban al perfil de militante revolucionario al que estábamos acostumbrados' (Entrevista a F, hombre, 28 años, activista de movimientos sociales vinculado al Centro Social Casablanca, noviembre 2011)”, (2012: 14).

Como ya se señaló en el capítulo séptimo, la relación de la okupación con las nuevas tecnologías resulta conflictiva, por lo que éste podría ser uno de los motivos que permita explicar por qué el mensaje del movimiento de okupación no llega al conjunto de la sociedad (evidentemente no hacemos alusión aquí a los ejemplos mencionados, que se dieron antes de que se extendiera el uso de las NTIC). Sin embargo, deberíamos atender a otros aspectos más relevantes, como el carácter híbrido de la acampada. El que en ella no predominaran ni banderas ni partidos, pero tampoco implicara una radicalización de posturas (como sí ha pasado en la okupación), sino un sentimiento de disgusto para con el poder establecido potenciado por la crisis económica, posibilitó que los mensajes calaran en una parte de la

108 Para ambos casos véase el capítulo cuarto.

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

sociedad que hasta ahora aprobaba el consenso. La elección de los eslóganes, por lo tanto, también fue acertada, posibilitando, como señala uno de los entrevistados por Castells, que cualquiera pudiera sentirse identificado con ellos (2012: 124).

Al pedir democracia directa, como apunta Roitman, “el movimiento 15M piensa y practica la acción política desde abajo y a la izquierda. Rompe el círculo hegemónico de los partidos y los movimientos político-sociales tradicionales, los sindicatos y las ONGs. Sin despreciarlos, busca confluencias, puentes” (2012: 40-41). De modo que el carácter abierto del 15M, que, aunque no pertenezca a ningún partido, no rechaza la negociación ni la búsqueda de alianzas con éstos cuando sea pertinente, implica una actitud que no está tan tolerada dentro de la okupación, movimiento que se muestra más radical en este aspecto, aunque no siempre rechace esta opción. Así, esta diferencia puede suponer otro de los motivos por los que el discurso de la okupación no haya traspasado algunas de sus propias fronteras en su larga trayectoria. Como ya señalábamos en el apartado anterior como motivo de la vivienda, el rupturismo planteado por éste choca con unas tendencias más reformistas impulsadas desde grupos menos radicales.

En el mismo sentido observamos que, aunque en el 15M se practique la asamblea, muchas de las decisiones tomadas en ella se enfocaban a realizar propuestas a fin de modificar el sistema democrático vigente; se pretende así cambiar el Estado, pero no apoderarse de él, característica que ya atribuyéramos más arriba a los nuevos movimientos sociales. De modo que, si como plantea Castells, la asamblea se practica por la falta de confianza hacia cualquier forma de delegación de poder causada por un sentimiento de traición por parte de los representantes políticos tradicionales (2012: 215), nos encontraríamos ante otra diferencia sustancial entre ambos movimientos; ya que desde la okupación este sistema es rechazado en todas sus formas, considerando la asamblea como el mayor exponente de participación democrática y de ejercicio de democracia directa; aunque no apelen a este último término y prefieran seguir hablando de 'asamblea'. No se trataría aquí de cambiar las normas del sistema ni de apoderarse de él, sino de eliminar éste, de derrocarlo. No de establecer un cambio en el modelo, sino de cambiar de modelo. En definitiva, no de establecer otro modelo de democracia participativa, sino de participar de ella día a día sin ningún tipo de delegación ni representación; ejerciéndola en todos los aspectos de la vida y poniéndola en marcha mediante

continuas asambleas, con el compromiso que ello conlleva. En este sentido, el elegir el término 'asamblea' frente al de 'democracia' supone ya un indicativo del modelo deseado; la democracia que se conoce no representa el ideal al que hace referencia, por tanto, la toma de

Ilustración 8.1 ¿Qué fue del 15M?



Fuente: Fotografía propia

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

decisiones mediante asamblea se considera la forma de participación más legítima. De este modo, se observa que aunque desde el 15M se deje de lado el consentimiento, siguen jugando dentro de las normas del consenso.

Pero como señalan Martínez López y García (2012), la interrelación entre activistas posibilita crear sinergias. Así, el movimiento de okupación supo aprovechar y transmitir los valores que podía aportar al nuevo colectivo; de modo que quienes llevaban años ensayando estas formas en los CSO podían ahora ponerlas en práctica en grupos más amplios, mientras que quienes reclamaban una democracia diferente pero no tenían relación con la okupación, ni con otros movimientos sociales que la practicaran, encontraron la posibilidad de ponerla en marcha desde la base, aprendiendo de quienes ya tenían experiencia en ello e implicándose en sus espacios y formas organizativas. En este contexto, otras plataformas, como la ya mencionada PAH, también consiguen fortalecer su estructura y comienzan a tejer vínculos con estos dos movimientos.

En Euskal Herria, sin embargo, el 15M fue mirado con reticencia por activistas implicados desde hacía tiempo en luchas más radicales; luchas que llevaban años en marcha y que no conseguían atraer a sectores sociales más amplios que los previamente simpatizantes. Pero, poco a poco, al ver que las acampadas no se disolvían, la curiosidad provoca que vayan acercándose a las asambleas y comiencen a compartir el saber acumulado en todos esos años de experiencias. La autocrítica, sin embargo, tarda en llegar. Así la recoge Jakue Paskual en uno de sus textos:

“¿Qué hemos hecho desde la izquierda abertzale y soberanista en favor de este movimiento del 15M?” y se responde: “lo hemos ignorado. Hemos superpuesto de manera autocomplaciente nuestra propuesta y nos hemos quedado con lo discrepante, demostrando así nuestra inoperancia en la búsqueda de entendimiento y aliados”. Sin embargo, reconoce, “menos mal que muchas y muchos jóvenes militantes de los movimientos sociales y ciudadanos han participado aportando desinteresadamente su bagaje formativo, entendiendo que la paciencia es virtud y que con debate se pueden limar asperezas con la mayoría de las personas que se han incorporado de manera natural a esta expresión social de nuevo cuño”¹⁰⁹.

109Pascual, Jakue (2011). *Democracia de base ya!* En URL: <http://anarkherria.com/es/articulos/2011/267-democracia-de-base-ya-2011-06-09> Accedido el 8 de julio de 2014.

De este modo, van convergiendo también distintos movimientos en este territorio. El caso de varias de las personas que habitaron o formaron parte del CSO Itxasgain es buen ejemplo de ello. Así, algunos de sus miembros se conocieron en la acampada de Donostia y formaron el colectivo Gipuzkoako Koordinadora Libertarioa (Coordinadora Libertaria de Gipuzkoa) para dar visibilidad en el territorio a la ya existente EHKL (Euskal Herriko Koordinadora Libertarioa-Coordinadora Libertaria de Euskal Herria). De este colectivo surge también la okupación de una casa. Sin embargo, la gente se va desmarcando de este grupo hasta su total disolución. Pero a finales de 2013 dos de sus integrantes se juntan y deciden seguir adelante solas, formando Aullido Libertario, que se dedica a la difusión y propaganda de ideas libertarias a través de la acción directa y el reparto de panfletos, además de trabajar su discurso interno a fin de fortalecer su ideología y pensamientos. Aullido actualmente está compuesto por cinco miembros. Mientras que una de ellas llegó a okupar la casa ya mencionada, otro de los integrantes de este colectivo participó, junto con otro grupo de personas implicadas también en la acampada, en el fallido intento de okupación del edificio Bellas Artes de Donostia, reivindicándolo como algo surgido del 15M.

Así, aunque actualmente la opinión pública difunda la idea de que el 15M está disuelto (y efectivamente, su capacidad de movilización ha perdido fuerza), tal y como muestra la ilustración 8.1, en la que se presenta un cartel pegado una de las paredes del CSO Itxasgain, éste sigue activo en otras formas; de manera que se ha inmiscuido en luchas más específicas y concretas, pero sin perder las conexiones entre sus miembros, lo que permite, a su vez, crear sinergias y atacar varios frentes a la vez. Como indica Roitman,

“las actuales movilizaciones [referidas al 15M] son el resultado de un lento proceso donde se reúnen fuerzas y experiencias. Cuando se reivindica democracia, libertad y justicia, y se protesta contra la corrupción de los partidos políticos, el poder omnímodo de banqueros, el capital financiero, las políticas de ajuste, el paro juvenil, el sistema electoral, la privatización de la salud, la enseñanza o el calentamiento global se desnudan sistemas políticos donde prima la injusticia, la desigualdad y la explotación. En estas reivindicaciones hay historia, un largo camino que han recorrido los movimientos sociales ciudadanos en las luchas políticas y sociales” (2012: 39).

De modo que, como veníamos apuntado, el discurso y los métodos calan porque apuntan a una problemática mucho más global que la materia de vivienda, que se considera, en primera instancia, la única reivindicación del movimiento de okupación aunque, como se ha visto en

el grueso de este texto, sus luchas y motivos sean mucho más amplios. Y cala también porque las reivindicaciones se realizan desde una actitud más reformista que revolucionaria, más pacifista que ofensiva. Este tipo de participación, sin embargo, está siendo continuamente reclamado por distintos círculos ciudadanos. Algo que obliga, sino a replantear, por lo menos a reflexionar acerca de los métodos utilizados por el movimiento de okupación, al tiempo que plantea la posibilidad de crear nuevas alianzas entre colectivos hasta ahora aparentemente enfrentados. Ya que, como apunta Chaves (2013), aunque la fuerza del 15M se haya, aparentemente, disuelto puede que este movimiento haya supuesto el comienzo de un nuevo ciclo de protesta; ciclo en el que habrá que idear nuevas formas de resistencia conjunta.

8.2.3 De la agricultura ecológica a la soberanía alimentaria

Como ya presentamos cuando analizamos las formas de financiación en el entorno de la okupación rural, entre los métodos para conseguir la autonomía encontramos el cultivo de los propios alimentos; una forma de autoabastecimiento que se rige bajo las premisas de no depender de grandes empresas, de recuperar el vínculo con la tierra y de la defensa del territorio. Para realizar esta forma de cultivo se defendía, ya desde sus inicios, un modelo agrícola ecológico; modelo que, sin llegar a clasificarse así, se muestra acorde con el actual modelo de soberanía alimentaria. Según relata un activista de La Vía Campesina, esta práctica no supone nada nuevo. Sin embargo, lo que LVC hizo fue crear un concepto político que defendiera “un modelo que se viene practicando desde hace millones de años”. El término se lanza en 1996 de cara a la Cumbre de Seguridad Alimentaria de la FAO celebrada en Roma y consigue que el tema traspase las fronteras de quienes se dedican al cultivo de la tierra y a su defensa, entrando así en la agenda pública (Martinez y Casado, 2013: 35-36).

Este concepto sirve, de este modo, para aglutinar prácticas agrícolas llevadas a cabo por campesinas y agricultores del mundo entero, que, mediante la defensa del poder soberano que el hecho de que cada pueblo cultive sus propios alimentos otorga a éste, pretenden hacer frente a los monocultivos y a la agroindustria potenciadas por las empresas multinacionales. Esta idea se muestra acorde con la pretendida autonomía que desde el movimiento de okupación se viene defendiendo. Sin embargo, va más allá de ella, logrando que, bajo la miseria económica y social que implica la desposesión, tanto de tierras como del derecho a

cultivarlas por parte de estas empresas, y la amenaza ecológica que los monocultivos conllevan para el entorno natural, millones de agricultoras de todo el mundo empatizan con el término y se unan para defender sus derechos; derechos que resumen como derecho a la vida, en el cual la economía es puesta al servicio de ésta y no al revés, como se potencia desde el sistema capitalista.

Así, aunque gran parte de sus premisas sean las mismas, la soberanía alimentaria, a diferencia del movimiento de okupación, acierta con los términos y el mensaje difundido logrando unificar multitud de iniciativas de todo el globo con intereses comunes. Y lo logra, en parte, porque se defiende una necesidad aún más básica que la vivienda: la alimentación. De este modo, desde algunos sectores de la okupación han sabido aprovechar esta situación y están empezando ya a crear sinergias. El ya citado caso de Apaizartza es uno de ellos; y así lo defienden en el tríptico en el que presentan el proyecto de Lurraren Orena:

“Lurraren Orena es un proyecto participativo, transformador y autogestionado, que trabaja apoyando la soberanía alimentaria y la agroecología, buscando acercar la gente al campo, su interacción y la recuperación del medio rural.

Lurraren Orena tiene como objetivo poner en práctica ideas para la transformación social. Somos una asociación fundamentada en la defensa de la tierra y apostamos por garantizar el derecho que tenemos a trabajar, vivir y comer de la tierra, y por ello nuestro compromiso será el de trabajar en fomentar todo tipo de alianzas, acciones en común, trabajos colectivos/cooperativos... que sean necesarios.

Nos preocupa el acelerado ritmo con el que las grandes corporaciones avanzan en sus políticas de privatización de tierras y recursos naturales, cuando estos deberían ser considerados bienes comunes y universales. Una actitud que en beneficio de unos pocos, constituye una amenaza latente para la calidad de vida de la comunidad”

Este caso demuestra también que el formato que la soberanía alimentaria adquiere difiere en cada territorio debido a que tampoco las condiciones son las mismas en cada uno de ellos. En la parte del globo que nos corresponde se han popularizado los grupos de consumo, que consisten en el trato directo con un pequeño productor al que, mediante el pago semanal, se le asegura la producción de toda la temporada. A cambio el consumidor recibe semanalmente una cesta con la cosecha recolectada. Aunque cada grupo tiene sus propias políticas de funcionamiento y en cada uno de ellos los consumidores adquieren diferentes grados de compromiso respecto a la producción y el reparto de los productos, en todos los casos implica unos mínimos de responsabilidad por ambas partes. Además, aunque no siempre, estas

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

agricultoras tienden hacia la agricultura ecológica, es decir, sin uso de pesticidas ni químicos. Este sistema permite que el producto sea local y de temporada, además de potenciar la economía de la zona y el respeto con el medio ambiente. Por otro lado, permite restablecer la relación perdida entre el campo y la ciudad y, en función del grado de compromiso adquirido, recuperar el vínculo con la tierra.

Pero tiene otro añadido. El evitar el uso de productos químicos no sólo afecta al terreno cultivado. También repercute sobre la salud de quien lo consume. El creciente número de enfermedades relacionadas con una mala alimentación ha hecho saltar las alarmas de gran parte de la población. Según la OMS las enfermedades no transmisibles (ENT), entre las que se encuentran las cardiovasculares, el cáncer, las enfermedades respiratorias y la diabetes, producen el 70% de las muertes a nivel mundial¹¹⁰. Aunque de éstas sólo el 13% se producen en países de ingresos altos (entre los cuales se encuentra el Estado español), la tendencia va en aumento, constituyendo las ENT nueve de las diez principales causas de muerte en ellos¹¹¹. Como señala el Informe de Estadísticas Sanitarias Mundiales de 2011, “las causas de las principales epidemias de enfermedades crónicas se conocen bien y están sobradamente documentadas; comprenden, entre otras, la alimentación poco saludable y el aporte calórico excesivo, el sedentarismo, el sobrepeso y la obesidad, el consumo de tabaco y el consumo nocivo de alcohol” (OMS, 2011: 19). De todos los aspectos señalados, el sedentarismo, junto con la hipertensión o la obesidad, entre otras, se da en gran proporción en países de ingresos altos, consecuencia del cambio en la forma de vida que ha producido el actual sistema económico. Concretamente en España, se calcula que las ENT son la causa del 92% del total de muertes¹¹². Ante este panorama cada vez más personas se comienzan a preocupar por los alimentos que ingieren. Y en este sentido, los grupos de consumo locales suponen una buena alternativa, ya que el contacto directo con el productor abre una vía de confianza sobre la calidad del producto; algo que se está perdiendo respecto a la industria agroalimentaria en donde cada vez menos sabemos acerca de dónde procede lo comprado y cómo ha sido producido, ni de los efectos que ello pueda tener sobre nuestros cuerpos, especialmente en el

110 *Enfermedades no transmisibles*. En <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs355/es/> Accedido el 21 de abril de 2017.

111 *Las diez principales causas de defunción*. En <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs310/es/index1.html> Accedido el 21 de abril de 2017.

112 Organización Mundial de la Salud - ENT *Perfiles de países*, 2014. En http://www.who.int/nmh/countries/esp_es.pdf?ua=1 Accedido el 21 de abril de 2017.

caso de los alimentos transgénicos, los cuales están adquiriendo cada vez mayor rechazo social.

De este modo, esta idea, que comenzó con la producción local de alimentos, se está extendiendo a otros aspectos del consumo. Como apuntan en un informe realizado por Saretuz, una red de organizaciones que aglutina desde asociaciones de artesanía, banca ética y grupos de consumo hasta empresas de energía alternativas, y que defiende y potencia el consumo consciente y responsable en la localidad de Donostia,

“el consumo Consciente y Responsable es aquel que comienza con el cuestionamiento del actual modelo de producción y consumo y el replanteamiento de nuestras necesidades como personas y continúa con una reducción y un cambio de nuestros hábitos de consumo de bienes, alimentos y servicios. Busca impulsar alternativas sostenibles, locales y cercanas, que, en el caso de los alimentos, también sean ecológicas y de temporada, con el objetivo de minimizar el impacto medioambiental en su producción y transporte. Además, es crítico con un sistema que perpetúa las desigualdades sociales entre personas, pueblos, entre norte y sur y entre mujeres y hombres. Con todo ello pretende promover un cambio social hacia un modelo de producción y consumo que no acentúe esas desigualdades y que sea solidario, justo y equitativo” (Martinez Irurozki y Rojo Sanz, 2013: 68).

Así, la vuelta al consumo de productos locales se está introduciendo, poco a poco, entre los criterios que apuntan a la transformación social a través del cambio en los modos de producción y consumo; es decir, se pretende una transformación social a través de la transformación económica. Como ya se señalaba en el anterior capítulo, estos criterios y las prácticas que conllevan, están siendo adoptados también en los espacios okupados; aunque a veces surja confusión entre las denominaciones de ciertos productos como pueden ser los artesanos, ecológicos o locales, en donde se entremezclan los criterios aunque no se siempre se correspondan con lo ofertado, conscientes de que se apoyan las tres iniciativas, pero sin saber, en ocasiones, distinguirlos. Sin embargo, el tema reabre el debate acerca de los precios de estos productos en lugares donde siempre ha primado el criterio del bajo coste y de precios asequibles y populares frente a la mercantilización del ocio; dado que, por ejemplo, el precio de una cerveza (el producto más consumido en las barras de los espacios okupados) puede incluso duplicarse si se aplican estas premisas.

Sin embargo se observa que esta tendencia va calando en los nuevos espacios. Así, por ejemplo, las Kafetas Feministas celebrada en Itxasgain ofrecían ambos productos, es decir,

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

productos locales artesanos y productos de grandes marcas, más baratos, pudiendo cada cual elegir qué consumir. Contrariamente a lo que podría creerse, los productos artesanos se acababan antes que los otros otros aunque costaran el doble. En la Firestone, por su parte, encontramos que tanto en el Tattoo Circus¹¹³ celebrado en abril de 2017, como en las 'Jornadas revolucionarias (o su intento)' (como las denominaron desde el propio espacio), celebradas con motivo del primero de mayo del mismo año, la cerveza también era artesana y local a un precio de 2€. Otra interesante iniciativa que une productos locales con espacios okupados es la Bizifesta organizada por la cofradía Aingura del colectivo Piratak¹¹⁴ durante la Semana Grande donostiarra. Este evento recorre en bicicleta distintos gaztetxes de la ciudad en los cuales se ofrece un pequeño espectáculo (concierto, teatro, danza, etc.) al tiempo que bebidas locales o ecológicas (en los casos de los refrescos, por ejemplo, se recurre a una alternativa de Zaragoza por no existir producto local bajo estos criterios) y pinchos para cuya elaboración se cuenta con la colaboración de los grupos de consumo de cada barrio. Se fomenta así el uso de un transporte sostenible y el consumo de productos locales y de temporada. En este tipo de eventos, por su parte, el margen de beneficio es muy escaso; así, aunque suba el precio respecto a la oferta tradicional se ofrece un producto de mejor calidad a un precio igual o inferior que en el resto de la ciudad, fomentando de este modo la economía local y sin que prime el ánimo de lucro.

Este tipo de iniciativas potencian que cada vez más espacios okupados tengan en cuenta estos criterios a la hora de ofrecer sus productos. Así, bajo la premisa de la economía social, la transformación en los medios de producción y de consumo se va fomentando, a su vez (y tal y como ya señalara Illich), una transformación social. La importancia de recuperar lo local frente a las grandes empresas multinacionales se convierte en una herramienta más para luchar contra el sistema capitalista. Y en este intento una tupida red de relaciones comienza a tejerse; red en la que numerosos espacios okupados adoptan un importante papel a la hora de potenciarlas y posibilitarlas. La acción local forma parte, así, de la lucha global; luchas en la

113El Tattoo Circus es un evento anticarcelario celebrado desde 2007 en distintos espacios okupados de toda Europa. La recaudación de estos encuentros se destina a sufragar los costes judiciales, de abogados, etc. de todo tipo de presos.

114Piratak es un colectivo que desde 2003 elabora un programa de fiestas alternativo al ofrecido por el ayuntamiento, reivindicando unas fiestas populares bajo el lema 'Donostia Abordatu' (Abordemos Donostia). Está compuesto por diferentes cofradías, cada una de las cuales se dedica a un tema distinto dentro del colectivo. Aingura, concretamente, promueve el consumo de productos locales y ecológicos dentro de las fiestas, así como fomenta la concienciación acerca de la generación y recogida de residuos.

que se amplían los marcos de posible y, como dirían desde el paradigma de la modernidad/colonialidad, se construyen alternativas emancipadoras.

8.2.4 Del antidesarrollo al decrecimiento

Como venimos viendo, estas iniciativas no adquirirían el sentido que tienen si no se enmarcaran en esa escena global. Así, habría que situarlas en un contexto más amplio que tenga mayor alcance que el ámbito de la alimentación, como ya pretenden las iniciativas expuestas en el apartado anterior. Ya que la soberanía alimentaria se encuentra dentro del marco de lo que se ha llamado desde países latinoamericanos, el buen vivir, que se sitúa, a su vez, en la línea del decrecimiento europeo. En la misma dirección, sin embargo, podemos situar lo que hasta ahora hemos venido llamando antidesarrollo; ideología adoptada por gran parte del movimiento de okupación. Estas tres tendencias, por su parte, aunque difieran en algunos aspectos, apuntan a un mismo objetivo: una visión crítica de la ideología del desarrollo y la búsqueda de alternativas al modelo por ella fomentado.

Así, según los teóricos del paradigma de la modernidad/colonialidad, nos encontraríamos en una fase posterior a la era del desarrollo; es decir, en el postdesarrollo¹¹⁵. Como ya quedó reflejado en el marco teórico, Arturo Escobar entiende el 'postdesarrollo' como "una concientización de que la realidad puede definirse en términos distintos a los del desarrollo y que, por consiguiente, las personas y los grupos sociales pueden actuar sobre la base de esas diferentes definiciones" (2005: 22). En este debate se plantearía, así, la propuesta de dejar atrás la idea de crecimiento económico ilimitado, para proponer un modelo de vida en el cual tengan cabida otras formas de entender y organizar la sociedad. Este cambio de paradigma afectaría al conjunto mundial y englobaría aquellas tendencias que cuestionan y plantean alternativas al modelo hegemónico hasta ahora vigente.

Y en esta búsqueda de alternativas distintas posiciones confluyen, aunque cada una sea defendida en un ámbito propio. Una vez más, encontramos que algunas de las propuestas del movimiento de okupación se situaban ya en la línea de debates actuales, y que la necesidad de

¹¹⁵El debate sobre el postdesarrollo ha sido tratado por la autora en un ensayo previo a esta tesis. Padrones, Sheila (2014). *De la necesidad de la práctica en la generación del conocimiento (o lo que el 'otro occidental' puede aprender del 'otro radical')*. Artículo sin publicar, presentado en el marco de la asignatura 'Postdesarrollo y contradesarrollo' en el Máster de Investigación en Nuevas Tendencias en Antropología Social: escenarios de riesgo y alternativas de postdesarrollo.

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

crear sinergias entre ellas se torna fundamental para hacer frente al sistema dominante. Procederemos a describir brevemente estas tres propuestas, a dar unas pinceladas pero sin profundizar en ellas, para atender a aquellos elementos que pueden potenciar estas alianzas.

El concepto del Buen Vivir surge concretamente en los Andes, nos dice Koldo Unceta (2013) en un texto en que analiza las diferencias y similitudes entre esta tendencia y la del decrecimiento, pero va, poco a poco, calando en otros territorios latinoamericanos, tanto teórica como socialmente. Aunque según presenta este autor hay dos concepciones del Buen Vivir (una centrada en la recuperación de valores y formas de vida anteriores y la otra como un paradigma en construcción), ambas tienen sustento en el mundo indígena y hacen referencia a un modelo social que no se rige por la creencia de que la ideología del desarrollo es la única vía posible. Se toma, pues, como una seña de identidad del mundo andino, aunque, reconoce Unceta, intentar aplicar este modelo desde los gobiernos, como han tratado de hacer Bolivia o Ecuador, no genera sino contradicciones, dado el carácter marcadamente desarrollista de los estados.

El decrecimiento, por su parte, apunta maneras desde su misma denominación¹¹⁶. Así, se muestra opuesto a la ideología del crecimiento, base del desarrollo, proponiendo una práctica contraria: decrecer. Esta posición nace en Francia y se va extendiendo por el resto de territorios occidentales. Se trata de una corriente de pensamiento político, económico y social que rechaza la idea del crecimiento económico ilimitado potenciada por el sistema capitalista. Para ello, se basa, no en la idea de crecimiento negativo (como su nombre puede dar a entender), sino en una disminución de los niveles de consumo y producción en el Norte opulento; en un acercamiento al ‘crecimiento cero’, aunque sin llegar a él, bajo el lema de ‘vivir mejor con menos’. Se trataría, por lo tanto, de un modelo alternativo al actual sistema económico capitalista neoliberal (Santamaría et al., 2014).

La idea del decrecimiento surge de algunos pensadores críticos con el desarrollo, entre ellos Ivan Illich, Cornelius Castoriadis, Arturo Escobar o André Gorz, que a lo largo de las décadas de los '60 y los '70 habían comenzado ya a alzar sus voces denunciando las

¹¹⁶El debate sobre el decrecimiento ha sido tratado por la autora en un ensayo conjunto previo a esta tesis. Pérez Santamaría et al. (2014). *Altereconomía solidaria y decrecentista*. Artículo sin publicar, presentado en el marco de la asignatura 'Economías alternativas y estrategias solidarias en contextos de crisis' en el *Máster de Investigación en Nuevas Tendencias en Antropología Social: escenarios de riesgo y alternativas de postdesarrollo*.

desigualdades crecientes entre países a nivel económico, de calidad de vida y de recursos, observando además el deterioro medioambiental al que se estaba sometiendo al planeta en una carrera de consumo insostenible. Estas voces se amplían tras el informe *Los límites del crecimiento* elaborado por el Club de Roma en 1972, que se convirtió en el primer estudio importante que indicara los peligros ecológicos del crecimiento económico. Este informe fue tomado desde los gobiernos como un aviso de la necesidad de reducir el consumo energético, pero no el crecimiento. Así, el término 'desarrollo sostenible' comenzó a tomar fuerza. Sin embargo, esta posición no se corresponde con lo que los defensores del decrecimiento postulan.

En la actualidad, los teóricos franceses Serge Latouche o François Schneider son algunos de los principales promotores del movimiento, si bien sus teorías están fundamentadas en autores anteriores como pueden ser Georgescu-Roegen, Günther Anders, Hannah Arendt o el mismo Ivan Illich. En el Estado español, encontramos en Carlos Taibo¹¹⁷ uno de sus principales impulsores, autor para el cual el decrecimiento supone una perspectiva y no una ideología. Nos indica este autor, siguiendo a Latouche, que algunas de las medidas a adoptar para decrecer en el Norte consistirían en “*reevaluar* (revisar los valores), *reconceptualizar*, *reestructurar* (adaptar producciones y relaciones sociales al cambio de valores), *relocalizar*, *redistribuir* (repartir la riqueza y el acceso al patrimonio natural), *reducir* (rebajar el impacto de la producción y el consumo), *reutilizar* (en vez de desprenderse de un sinfín de dispositivos) y *reciclar*” (2009: 20). Estas políticas, por su parte, no deberían aplicarse en el Sur, donde primarían otras premisas, como son “*romper* con la dependencia económica y cultural con respecto al Norte, *reanudar* el hilo de una historia interrumpida por la colonización, el desarrollo y la globalización, *reencontrar* la identidad propia, *reapropiar* ésta, *recuperar* las técnicas y saberes tradicionales, conseguir el *reembolso* de la deuda ecológica y *restituir* el honor perdido” (2009: 21). Desde esta perspectiva se trataría de poner en el centro, además, la sostenibilidad de la vida y no de la economía; algo en lo que coincide con el Buen Vivir.

117Salvo referenciado específico, los postulados sobre el decrecimiento han sido extraídos de un seminario impartido por Carlos Taibo en el MINTAS en el marco de la asignatura *Economías alternativas y estrategias solidarias en contextos de crisis*, así como de una charla informal mantenida con el mismo.

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

Sin embargo, este movimiento no está exento de críticas. Desde algunos sectores más radicales el decrecimiento es tachado de reformismo, argumentando que no basta con aplicar únicamente medidas económicas y de reducción del coste energético, sino que esta transformación habría de ir necesariamente de la mano de la transformación del sistema en su conjunto, incluyendo el sistema político en el que se enmarca. Si no se realiza esta transformación conjunta, señalan autores como Etxezarreta, Jappe, Iglesias o Amorós (en Esser, 2009), se tratará tan sólo de una propuesta reformista y no de un cambio sistémico. Aluden en este sentido a aquella parte del ecologismo que se institucionalizó perdiendo así su carácter radical, advirtiendo, de este modo, de la capacidad que el capitalismo tiene para adaptar todos los idearios que lo enfrentan desde dentro en beneficio propio. Para estos autores el confrontamiento es, pues, ineludible y el decrecimiento, con su tono amable, trataría de evitarlo.

Así, como señala Mosangini (en Esser, 2009), la transformación debería atravesar tres escalas diferentes: la personal, la autogestionaria y el cambio político. Según este autor para que se dé un cambio estructural las dos primeras escalas necesitarían, inevitablemente, la aplicación de la tercera. Unceta, por su parte, considera que el término se posiciona más como aglutinador de sectores sociales que se muestran descontentos con la dirección en la que camina el modelo de crecimiento, que como una apuesta real y concreta (2013). Sin embargo, quienes defienden esta postura van elaborando alternativas que tratan de aplicar tanto en sus contextos locales como a nivel global; alternativas globales que se adecuan a las necesidades de cada lugar. En este sentido, los postulados del decrecimiento y del Buen Vivir, han confluído y, por ejemplo, en Euskal Herria ya se han celebrado cinco encuentros de Decrecimiento y Buen Vivir tratando de unificar ambos modelos¹¹⁸. Estos postulados, por su parte, también coinciden en cierto sentido con la crítica realizada desde el paradigma de la modernidad/colonialidad descrito más arriba; si bien desde estos últimos la crítica a la ideología del desarrollo supone una crítica más profunda, ya que no se concibe desde ella el desarrollo de la modernidad sin la colonización que la acompaña y la ha alimentado durante los últimos quinientos años, como afirmaría Walter Mignolo (2009). Parten desde este paradigma, pues (y como ya quedara reflejado en el planteamiento teórico de esta tesis) de la

118Véase <https://www.decrecimientoybuenvivir.info/es/quienes-somos/> Accedido el 23 de abril de 2017.

Filosofía de la Liberación planteada por Dussel en los '70; liberación que pretende desprenderse de la opresión del orden hegemónico.

Pero en el contexto vasco, por su parte, toma fuerza otra tendencia que también pretende acabar con este modelo de crecimiento: el antidesarrollo. Tendencia, que se opone, como su propio nombre indica, al desarrollo y que viene teniendo lugar desde antes de que el término 'decrecimiento' lograra llamar la atención de la agenda pública. Esta tendencia ideológica fue introducida en este contexto por el historiador alejado de la Academia Miguel Amorós, uno de sus principales teóricos. Según este autor, esta lucha nace a lo largo de los años '70 y '80, fruto del fracaso del viejo movimiento obrero autónomo y de la reestructuración global del capitalismo. Así, nos señala:

“El antidesarrollismo [...], surge en el incipiente intento de ruralización de entonces y en los estallidos populares contra la permanencia de fábricas contaminantes en los núcleos urbanos y contra la construcción de centrales nucleares, urbanizaciones, autopistas y pantanos. A la vez es un análisis teórico de las nuevas condiciones sociales que tiene en cuenta la aportación ecologista, y una lucha contra las consecuencias del desarrollo capitalista, aunque no siempre las dos cosas marchen juntas. Podemos definirlo como un pensamiento crítico y una práctica antagonista nacidos de los conflictos provocados por el desarrollo en la fase última del régimen capitalista, la que corresponde a la fusión de la economía y la política, del Capital y el Estado, de la industria y la vida” (Amorós, 2014: documento en línea).

Supone, así, una negación tanto del Estado como orden social organizativo; una negación del capital, la política, la ciencia, la ideología del progreso y la industria que sustentan ese orden (Amorós, 2012: 152). Este movimiento, parte, así, de postulados más radicales que el decrecimiento, principalmente por su rechazo hacia la organización en torno a un Estado y a las instituciones sobre las que éste se asienta. Realiza, por lo tanto, una crítica integral al sistema hegemónico y no sólo al alto nivel de consumo energético, como se le critica muchas veces desde el propio movimiento antidesarrollista al modelo propuesto por el decrecimiento¹¹⁹. Nos dice Amorós que el antidesarrollo nace de la lucha de la clase obrera, en su intento de abolir las condiciones que propician su existencia, mientras que el decrecimiento nace desde sectores académicos y bien posicionados; “uno parte de la ineficacia de la crítica revolucionaria a partir de los años setenta, mientras que el otro parte de la ineficacia de las políticas de crecimiento. La cuestión del Estado les divide de modo irreconciliable”, señala

119 Véase, a este respecto, el ya señalado texto de Esser (2009).

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

(2012: 140). En su rechazo al Estado y a sus instituciones, critica también la consiguiente asociación entre la ideología del desarrollo y las políticas estatales. La crítica al desarrollo sostenible, término que refleja el intento de los Estados de incorporar en sus prácticas las duras críticas ecologistas que viene recibiendo en las últimas décadas, se manifiesta así bajo el lema 'si es desarrollo, no es sostenible'; lema que pronuncia la incompatibilidad de estos dos términos.

En su rechazo a las instituciones estatales encontramos otra de las diferencias que marca con el decrecimiento; diferencia que ya ha sido señalada y que radica en sus posicionamientos respecto al ámbito académico. Así, mientras que desde el antidesarrollo se muestra un rechazo a éste (Amorós, 2012), el decrecimiento se presenta partidario de la colaboración con la Academia; es más, parte de sus postulados surgen de ella. Sin embargo, el antidesarrollo, al negar todo tipo de institución reglada, sospecha de este acercamiento entre teoría académica y práctica social; en definitiva, entre la regulación y la emancipación social de las que hablan los postdesarrollistas. No hay que olvidar aquí la amenaza de la que advertían los autores señalados (Esser, 2009); la institucionalización del movimiento puede derivar en su desvirtuación y en la absorción de sus términos y de algunos de sus postulados por parte de un sistema que pretende, a cada una de las críticas que le surgen, una apropiación de esas citadas desviaciones. En este sentido, el antidesarrollismo, al igual que el movimiento de okupación, desconfía, basándose en experiencias previas, del acercamiento a cualquier tipo de institución; lo que no significa que no abogue por elaborar presupuestos teóricos, pero estos presupuestos deben nacer de su inseparable relación con la práctica (Amorós, 2014). Sin embargo, se muestra aún más radical, no aceptando ningún tipo de relación con éstas instituciones formales (Amorós, 2012). La teoría debe, pues, surgir desde y para la lucha.

Se observa, así, que el carácter libertario que presentan los postulados del antidesarrollo coinciden con aquellos defendidos por el movimiento de okupación en su defensa de la autonomía. En este sentido, cabría advertir que el papel que los Estados juegan en las distintas partes del mundo, puede diferir debido a sus diferentes condiciones. Así, mientras que en los países coloniales, donde surge el paradigma del postdesarrollo, la constitución de un Estado propio puede tener un papel liberador que haga frente a los países hegemónicos; en Occidente, las luchas han de librarse dentro de esos mismos países hegemónicos, por lo que liberarse

desde dentro implica la adopción de otros métodos como puede ser, en este caso, la negación del Estado como ente constituyente.

Estas políticas y este rechazo, esta defensa del territorio de la que parte el movimiento, se han manifestado con más fuerza en los últimos años en la lucha contra el Tren de Alta Velocidad. Pero se ha podido observar también en la lucha contra el resto de grandes infraestructuras realizadas por la zona en las últimas décadas (autovía del Leizarán, centrales nucleares, pantano de Itoiz, superpuerto de Pasajes, más actualmente el fracking y la incineradora, etc.). Sin embargo, este movimiento radical ha sido, a su vez, invisibilizado tanto por el gobierno como por los medios de comunicación hegemónicos, cuando no criminalizado. De este modo, como sentía T., la lucha contra la autovía del Leizarán fue uno de los mayores fracasos del movimiento ecologista de la época. La negociación que se llevó a cabo para modificar el trazado de la autovía fue presentada como una victoria del ecologismo; mientras que la posibilidad de que la autovía ni siquiera se construyera fue totalmente invisibilizada; algo por lo que el sector antidesarrollista venía abogando desde sus inicios. Era una batalla perdida, apunta también S., era una batalla contra el desarrollo. Así, un movimiento que cuestiona de manera integral al sistema, sus políticas, su organización misma, sus modos de producción, etc., no tiene cabida en ese espectro de desviaciones toleradas por la hegemonía del que ya hablábamos en otras ocasiones.

Pero todo esto, coincide, sin embargo, con una de las premisas lanzadas por Ivan Illich en la citada obra *La convivencialidad*, en la que advierte ya de los peligros de 'la intoxicación por la velocidad' y de la relación de ésta con el desarrollo (1978: 61). Desde esta posición las grandes infraestructuras que abogan por un modelo de vida rápido implican el mayor exponente del neoliberalismo; es por ello que la lucha antidesarrollista se centra, principalmente, en ellas. Algo que también señala Taibo en su defensa del decrecimiento.

Sin embargo, esta negación adquiere un carácter más radical en el discurso antidesarrollista, en contraposición con el postulado decrecentista. Carácter radical que no se manifiesta sólo en su discurso sino también en sus actos. Así, esta lucha no opta sólo por las manifestaciones y modos de protesta usuales y por la difusión de información, es decir, aquellos modos permitidos desde la legalidad del sistema; sino que recurre también a la acción directa, incluyendo pequeños sabotajes a maquinaria y obras, buzoneos, cortes de

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

carreteras, y otras formas de protestas como encadenamientos, encierros, etc., menos convencionales a día de hoy, pero que vienen marcando una trayectoria desde los inicios de la lucha. Estas formas más radicales no son, pues, completamente aceptadas por el conjunto de la sociedad porque suponen el uso de métodos menos habituales y considerados socialmente ilegítimos, debido, en parte, a su ilegalidad o alegalidad; categorías ambas marcadas por un sistema hegemónico que dicta lo que socialmente puede ser tolerado. Nuevamente, la forma que tiene este sistema de deslegitimar estas luchas es o bien invisibilizarlas, o bien criminalizarlas cuando la invisibilización se hace imposible porque los actos comienzan a amenazar más allá de lo controlable.

El ámbito en el que combaten estos dos movimientos es, pues, lo que marca una de las principales diferencias entre ellos. Así, mientras unos hacen énfasis en la lucha, los otros se centran en la sostenibilidad; mientras unos plantean una revolución radical, los otros defienden una transición paulatina hacia un nuevo modelo social y económico. Este distinto tono en el discurso y en las prácticas posibilita que un mayor número de personas se puedan sentir interesadas por el concepto de decrecimiento (que se muestra más suave incluso desde su misma nomenclatura), antes que por el de antidesarrollo (que se muestra más extremista indicando el rechazo ya en su propio nombre), lo que provoca que sólo llegue a las ya convencidas, ganando así menos adeptos. De este modo, como ya se señalaba en párrafos anteriores, el tono amable y exento de enfrentamiento del decrecimiento suscita la crítica de quienes consideran que la transición no se puede dar sin lucha en la calle; y entre estas críticas encontramos la posición antidesarrollista, muy ligada, por sus métodos de acción y de lucha al movimiento de okupación.

Sin embargo, en una charla informal con el teórico Carlos Taibo, incide en que tales diferencias no son tan extremas, dado que parten de las mismas premisas: un cambio del sistema que permita la reducción del consumo tanto energético como material, así como la asunción de un modelo económico y político sustentado en lo social. También Ñ., inmersa desde hace años en la lucha antidesarrollista, me cuenta que cuando el término decrecimiento comenzó a aparecer en la agenda pública tuvieron sus confrontaciones. Sin embargo, con el tiempo han podido llegar a acuerdos, a pesar de considerar que la crítica que desde el decrecimiento se hace es parcial y no integral.

En todo este análisis también yo encuentro que ambos movimientos tienen sus convergencias. Desde un punto de vista ecológico, la reducción del consumo, como ya se ha citado, es una de ellas. Así, no se trataría sólo del uso de energías renovables, sino de la disminución del uso mismo de energía. Algo que ya señalara Illich cuando decía que “la crisis ecológica se trata superficialmente, cuando no se subraya lo siguiente: la instalación de dispositivos anticontaminantes no tendrá efecto sino yendo acompañada de la disminución de la producción global” (1978: 68). A este respecto debemos añadir que fue el talante ecologista prevalente en muchas okupaciones el que inició las prácticas de reciclaje que ahora conocemos. Aunque sólo con reciclar no potenciaremos un mundo más limpio, no hay que restar valor a ello, ni olvidar que lugares como, por ejemplo, Txerrimuño se dedicaban ya desde mediados de los '80 a la recolecta de papel usado con el fin de reciclarlo.

Otro aspecto en el que estos dos movimientos convergen atendería al cambio en la forma de vida, tendiendo hacia un modelo más social. Ambos partirían, además, de las luchas ecologistas y obreras precedentes. Encontraríamos también la defensa de poner la vida, y no la economía, en el centro, con la consiguiente reapropiación de los medios de producción; el otorgar importancia a los valores de uso y no de cambio; la lucha contra las grandes infraestructuras, que fomentan un modelo de vida basado en la rapidez que requiere el capital y no en lo social que requiere lo humano; etc. Las principales diferencias las encontraríamos, como ya se señalara más arriba, en los métodos utilizados.

A pesar de ello, observamos que ambos movimientos tienen aspectos comunes, como me dijera Taibo y como me reconociera Ñ. Y que ambos basan gran parte de sus postulados en aquellos autores que hace ya más cincuenta años criticaban el desarrollo. Por ello, me gustaría, antes de finalizar este apartado, citar una vez más, a Illich. Autor que ya predijo que “el despertar de la conciencia también se produce de golpe. La mayoría silenciosa hoy apoya totalmente la tesis del crecimiento, pero no se puede prever su comportamiento político cuando estalle la crisis. [...], todo puede suceder. La inversión es realmente posible” (1978: 137). Y, como advierte Taibo (2016), la crisis está a punto de hacer colapsar el sistema. En este sentido, se observa que, contrariamente a lo que postulan los gobernantes que inciden en que el crecimiento es la clave de la recuperación económica, cada vez más parte de la población cuestiona esta ideología. Durante mi trabajo de campo, encuentro así que parte de

quienes vivieron en Itxasgain se interesan por lo difundido por Carlos Taibo y acuden a una de sus conferencias celebradas en Donostia. Mientras que militantes como Ñ. están tratando de mostrar la lucha antidesarrollista que se llevó a cabo en décadas precedentes a las nuevas generaciones que ahora se interesan por ello. De este modo, me planteo de nuevo que tal vez sea éste el momento de crear nuevas sinergias entre estos movimientos, aprovechando que, como dijera Illich, el estallido de una crisis abre las vías para la reconversión social.

Y en este sentido, se puede afirmar, como ya se viene mostrando en esta tesis, que el movimiento de okupación puede aportar algunas herramientas para poner en práctica esa reconversión, dado que le avalan años de experiencia tanto en la reducción energética como en la autogestión de la economía y de las relaciones sociales; y, en definitiva, de la vida.

8.2.5 Del feminismo, o de la sostenibilidad de la vida

Todos estos cambios planteados en los anteriores apartados, sin embargo, no serán factibles si no se erradican desde la raíz todas las desigualdades sociales que hacen posible que el sistema hegemónico continúe vigente. Y como ya señalara Federici, para éste la desposesión del poder que las mujeres tenían antes de la caza de brujas se convirtió en una estrategia fundamental. De este modo, además de la quema de miles de mujeres, la mercantilización de la vida económica devaluó el trabajo doméstico y de cuidados al que las mujeres habían sido relegadas durante el mismo proceso. Esta desposesión, por su parte, se realiza también, como bien indican tanto la misma autora como los pensadores del paradigma de la modernidad/colonialidad, en los pueblos colonizados. Es por ello que las sinergias citadas han de darse en todos los ámbitos de opresión con el fin de continuar conjuntamente por la senda de la emancipación. En este sentido, ciertas luchas, y entre ellas la feminista, han de ser transversales.

Como en apartados anteriores, no entraremos aquí a debatir los diferentes caminos que ha seguido el feminismo. Sin embargo, cabría destacar que la apuesta por la sostenibilidad de la vida realizada tanto por el decrecentismo como por el Buen Vivir, tanto por los movimientos campesinos como por el mismo movimiento de okupación, no serían posibles sin la amplia participación femenina con la que cuentan. Participación que, desde un punto de vista crítico y radical, no se limita a alcanzar poder en las instituciones como sucediera en el Estado

durante la denominada transición política (y en otros territorios políticos en años anteriores), sino que pretende construir y transformar desde la práctica cotidiana, en las relaciones sociales diarias y no en las altas esferas de poder. Para ello es, pues, fundamental no sólo reconocer todo aquel trabajo invisibilizado por el sistema capitalista y que no hace sino aprovecharse de la reproducción gratuita de mano de obra, sino poner estas tareas en el centro del nuevo sistema por construir; incidiendo en la necesidad de los cuidados y de la sostenibilidad de la vida para la elaboración de un nuevo modelo. Y para ello es crucial unificar todas aquellas voces que han sido silenciadas por el feminismo institucionalizado.

En este sentido, cabría destacar que las mujeres que forman parte del movimiento de okupación rechazan, especialmente las más jóvenes, aunque no tanto las más mayores, el contacto con éste porque, como ya les pasara a las feministas negras (Jabardo, 2012), no se sienten identificadas con el feminismo burgués que representan. El modelo igualitario que desde la okupación se defiende no pasa por un mayor y mejor acceso al mundo laboral, sino por la eliminación de los valores masculinos que predominan en él. En la misma línea, la crítica al trabajo asalariado supone ya una crítica a los valores de competitividad, asociados a lo masculino, que la sociedad hegemónica fomenta; así como a la alienación que éste produce. De modo que, al tratar de emanciparse del sistema opresor, se cuestionan todo tipo de opresiones; no solo la machista sino aquellas condiciones sociales que la posibilitan.

Aunque, como señala Álvarez (2012), las formas de participación política están enfocadas desde lo masculino, no son pocas las mujeres que participan en los movimientos sociales, aunque esta participación no sea tenida en cuenta por la poca visibilidad que se da a sus acciones. A este respecto, habría que decir, junto con la autora citada, que las formas organizativas están diseñadas desde lo masculino incluso en las propias asambleas (hablar más, mostrar seguridad, utilizar un tono alto, etc.) y que, tal vez, empezar por replantear estas formas sea necesario para una mayor integración femenina. Sin embargo, y al igual que sucede en el mundo laboral, las mujeres tienden a masculinizar sus roles a la hora de participar en los colectivos. Las que lo hacen, indica Álvarez, se sienten integradas con bastante igualdad de condiciones en las actividades y reivindicaciones del movimiento. Pero las que unifican ambas luchas, feminismo y okupación, tienden a dar más importancia a la primera, buscando por ello espacios autónomos femeninos dentro del propio movimiento; lo

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

que desestructura las creencias de éste. Son los casos de Matxarda o la Karbonera en su última etapa. Y también el de aquellas mujeres que, sin reivindicarlo abiertamente, deciden conscientemente okupar sin hombres. Esto pone de manifiesto que en los pretendidos espacios liberados esa liberación no siempre está presente. Las categorías en las que hemos sido socializados condicionan, de muchas maneras, las actitudes adoptadas. Y cambiar aquellas que están tan interiorizadas, como ya se ha mostrado, no es tarea fácil. El pertenecer a un movimiento libertario y participar en espacios autodenominados antisexistas y feministas no transforma directamente las prácticas internas de los colectivos ni revierte automáticamente las relaciones de poder. Estas relaciones, y las estructuras de poder que sobre éstas se ejercen, requieren de un trabajo continuo. Así, el énfasis en cuidar lo cotidiano se hace patente entre los grupos feministas de estos colectivos más que en los ámbitos institucionalizados; y se observa más entre las mujeres que forman parte del movimiento que entre los hombres.

De este modo, sin esencializar ni la capacidad reproductiva ni las tareas de cuidados realizadas por numerosas mujeres, sería conveniente, sin embargo, admitir que la forma en que hemos sido socializadas permite interpretar un nuevo marco de relaciones donde éstas no se rijan por los valores de competitividad ni de fuerza, sino por los de la colaboración mutua y la ayuda. En este sentido, los distintos movimientos sociales y, en particular, muchos de los hombres que los integran (y también algunas mujeres), deberían entablarse en un continuo diálogo a este respecto; comenzando a crear realidad desde la crítica, pero, sobre todo, desde la práctica y la transformación de las relaciones cotidianas. Algunos de ellos, por su parte, ya han comenzado. En lo que al movimiento de okupación se refiere, ya se ha ido advirtiendo a lo largo de este texto que aún le queda mucho trabajo por hacer. Sin embargo, las bases sentadas por las mujeres que forman parte de él tanto desde sus inicios como en la actualidad pueden suponer un buen punto de partida desde el cual superar esta dominación. Ya que en el conjunto de sinergias necesarias para se dé la tan deseada transformación social, la revolución ha de ser, inevitablemente, feminista. O sino, como dice el tan conocido lema, no será.

8.3 ENTRE LA INCORPORACIÓN Y LA DESVIACIÓN

En los epígrafes anteriores exponemos algunas de las reivindicaciones del movimiento de okupación que han sido aceptadas y adoptadas por núcleos más grandes de la población en los últimos tiempos. Las prácticas de la agricultura ecológica, la defensa de la vivienda, la crítica al excesivo consumo, el ideal feminista de no poner énfasis en la igualdad que pretende asemejar a las mujeres al mundo masculino, sino en el equitativo reparto de tareas y el respeto mutuo, son algunos de estos indicativos. Evidentemente, existen otros que, por falta de espacio y tiempo, o por falta de visión de la autora, no han podido ser analizados en esta tesis. Lo que cabría destacar aquí, sin embargo, es que parte de sus luchas confluyen con algunas de las reivindicaciones sociales actuales. Pero, mientras unas han sido incorporadas e, incluso, han penetrado en las lógicas institucionales, otras siguen mostrándose como desviadas.

Como ya vimos, el consenso y la desviación son categorías socialmente definidas, pero no inmutables. Así, lo que se desvía de la norma variará en función de las condiciones sociales en las que surjan estas desviaciones. Como ya indicara Hall (2010), éstas dependen de las definiciones realizadas por quienes tienen poder para dictar las normas. Pero la conformidad respecto a estas normas se impone a través del castigo y la estigmatización. El miedo generado por estas dos prácticas deriva en un control social en el que ya no es necesario que los gobiernos tomen parte activamente, a no ser que los grupos desviados se subleven lo suficientemente alto como para molestar o comiencen a ser apoyados por quienes hasta el momento consentían el consenso. Sin embargo, si esto no sucede daría la impresión de que el orden social se mantiene por sí solo, de manera natural; cuando ciertamente no es sino producto del miedo de muchas personas a ser clasificadas como desviadas y, por lo tanto, excluidas del conjunto de la sociedad. Las desviaciones son, por su parte, toleradas cuando, a pesar de desviarse, consienten un tipo particular de orden, así como cuando posibilitan, a partir de un leve castigo, el mantenimiento del mismo por parte del resto de individuos.

De modo que el consenso, como nos dice Hall (2010: 162), es fruto de un proceso de construcción y legitimación social. Lo que cabría cuestionar aquí, pues, sería la propia noción de consenso. Algo que el movimiento de okupación realiza desde su misma práctica. Y es por ello que es invisibilizado cuando no molesta lo suficiente y reprimido cuando comienza a

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

crecer; dado que, al no someterse a la disciplina social, política y legal establecida da a entender que no consiente las normas del orden social dado. Los métodos utilizados son, así, estigmatizados y criminalizados amparándose en una legalidad que quienes tienen poder para imponer las normas imponen. Legalidad que, al igual que la desviación y el consenso, es también variable. Es así que las leyes van modificándose, como ya hemos visto a lo largo de este texto, para criminalizar todo tipo de sublevación. De este modo, se comienza por criminalizar algunos actos, con es el caso de la okupación mediante la reforma del Código Penal, para ir restringiendo también el derecho a manifestarse en las calles, por ejemplo, mediante la última Ley Orgánica de Protección de la Seguridad Ciudadana.

Pero estas leyes se modifican por algo. Y es que los movimientos sociales van siempre un paso por delante de quienes las establecen. En sus intentos de reprimirlos, los poderes gubernamentales idean nuevas restricciones sociales; y en sus intentos de evitar la represión, los movimientos sociales han de idear nuevas formas y alternativas, a las ya practicadas y sancionadas. Así, jugar dentro de los márgenes del sistema se convierte también en parte del juego político. Conocer las leyes posibilita, de este modo, moverse dentro de ellas y saber aprovechar sus vacíos; vacíos a partir de los cuales se van reconfigurando los métodos adoptados por ambos bandos. Pongamos un ejemplo. En una protesta realizada durante mi trabajo de campo contra una empresa dueña de un edificio desalojado, a la que acudió la Ertzaintza ante una llamada de los trabajadores, no se pudieron interponer represalias porque el grupo no superaba las veinte personas. El tener en cuenta este dato permitió, en este caso, que no mediara denuncia.

Sin embargo, la criminalización incita a la estigmatización. Así, tras la reforma del Código Penal, el movimiento se vio gravemente dañado. Especialmente a partir de ciertas campañas realizadas por los medios de comunicación tradicionales en las que sólo se mostraba la violencia generada en los desalojos y se relacionaba, en ocasiones, al movimiento con bandas terroristas armadas¹²⁰. Violencia que no se corresponde con las prácticas cotidianas del movimiento y que, como señala Martínez López, consisten en “puntuales y leves expresiones de rabia ante una represión cada vez más acentuada sobre el movimiento, y que no se trata de su forma más habitual de protesta o expresión si tenemos en consideración el tiempo que

120A este respecto, véase Martínez López, 2002.

están activas las okupaciones” (2002: 219). De este modo, la represión se sustenta en la legalidad; una legalidad que ha sido perversamente modificada para deslegitimar el movimiento. Por otro lado, el movimiento no siempre se declara abiertamente pacifista, aunque cada vez sean más los colectivos que tienden a ello. Esta premisa forma parte de un consenso social en el que la violencia se muestra socialmente rechazada y parece que solamente pueda ser ejercida de forma legítima por el poder hegemónico, justificándose bajo el amparo del mantenimiento del orden y del bien colectivo. Sin embargo, la desobediencia civil en ocasiones requiere de la violencia; especialmente cuando se trata de defenderse frente a la represión recibida, como muestra Martínez López en algunos de los casos que analiza (2001). En este sentido, la okupación, aunque no practique la violencia en su cotidianidad, tampoco asume el discurso hegemónico en el que ésta se rechaza pero, por su parte, es ejercida contra quienes no se someten al orden establecido en diversos formatos (no debemos olvidar que el ejercicio de la violencia no siempre es físico aunque ésta sea la forma más reconocible y la más aplicada en el caso que nos atañe). Así, a pesar de que como advierten tanto este autor como otros (por ejemplo, Adell, 2004), lo más común es que sólo se utilice una forma de violencia de carácter defensivo y en momentos puntuales, combinada con una resistencia pasiva (2001: 22-23), este tipo de subversión se muestra, una vez más, como una desviación que se deslegitima socialmente y sobre la cual se hace especial hincapié desde los medios convencionales.

Pero, ¿qué sucede cuando la legalidad sucumbe ante una legitimidad que no se corresponde con la que desde el poder establecido se pretende crear? En el caso de la reclamación del derecho a una vivienda digna esto es lo que ha sucedido. Cuando un amplio sector de la población apoya una causa, reprimirla demuestra la incapacidad del sistema gubernamental para atender las demandas de su ciudadanía, lo que conlleva la pérdida de legitimidad de éste y la interrupción del consentimiento. Nuevamente, pues, el sistema debe adaptarse para evitar revuelos mayores. Así, algunas de las demandas son acatadas y algunos de los métodos consentidos con el fin de calmar a la parte menos exigente de la población. Nos encontraríamos aquí ante lo que Williams llamó 'proceso de incorporación'. Proceso que consiste en atraer las alternativas al horizonte de pensamiento de la hegemonía (Hall, 2010: 238). Mediante esta táctica, nos advierten desde los estudios culturales, se eligen y enfatizan

Capítulo 8. Caminando hacia la utopía

algunos valores mientras que se desprecian otros. En este proceso, además, se reinterpretan algunos de los valores que quedaban al margen para apoyar el nuevo modelo, o para que no lo contradigan. En este hacer y rehacer el sistema dominante pretende contener “los significados, prácticas y valores que se le oponen” (Hall, 2010: 237). Es de esta forma que consigue mantener la hegemonía. A este respecto, también Martínez y Casado señalan cómo la institucionalización de ciertos movimientos no es sino una estrategia del poder para seguir prevaleciendo y reajustar, así, su control sobre las demandas emergentes (2013: 46). Del mismo modo, como ya mostramos cuando hablábamos de la legalización de ciertos espacios ocupados, esto permite, además, reprimir aquellas demandas que se salen de estos marcos, alegando que ya están siendo atendidas. Hecho que devolvería al gobierno la legitimidad perdida ante aquella parte de la ciudadanía que se muestra satisfecha con las medidas adoptadas.

Así, según los autores de los estudios culturales, las nuevas prácticas y demandas pueden, o bien ser incorporadas a la estructura dominante, o bien mostrarse como una desviación que no amenaza el sistema. Sin embargo, este proceso puede adoptar una tercera vía que no es contemplada por estos autores y de la que desde el paradigma de modernidad/colonialidad nos dan la clave: aquellas formas que ni son atendidas ni estigmatizadas por el poder hegemónico quedan construidas como no existentes; se mantienen, pues, invisibilizadas. El paradigma de la modernidad/colonialidad hace hincapié en esta invisibilización y pretende, desde su posición, visibilizar a estos colectivos. Colectivos que constituyen un alto porcentaje de la población mundial y que están alzando ahora sus voces y reivindicando ya no ser reconocidos dentro del sistema, sino ser reconocidos como Otros; como Otros que pueden construir alternativas a él desde los márgenes. Como esos Otros que están construyendo procesos emancipadores.

Aunque estas teorías procedan, principalmente, de América Central y del Sur, consideramos que también existen núcleos invisibilizados en los márgenes del Norte hegemónico. Ya mostramos en el capítulo tercero, cuando presentamos el movimiento de okupación como movimiento, porque consideramos que éste forma parte de esos procesos emancipadores. Y porque, además, lo mostramos como invisibilizado. Si bien es cierto que gran parte del movimiento ha sido reprimido y que éste sólo es noticia cuando se producen

disturbios a su alrededor, durante todos estos años pequeños reductos han sido mantenidos por quienes frecuentaban los espacios que sobrevivieron a la represión. Y éstos, con sus aciertos y desaciertos, con sus periódicos auges y declives, se han mantenido vivos y activos. Es más, quienes de ellos participan o participaron han sabido aprovechar e introducirse entre las grietas del sistema para, poco a poco, incidir en el resto de la sociedad. Así, a partir de sus miembros y acciones, muchas de sus reivindicaciones se están uniendo no sólo a los movimientos más cercanos en el espacio, sino a las demandas del otro lado del globo, haciendo uso de esa trans-escala, acuñando un término de Santos (2006), que caracteriza a los más nuevos movimientos sociales; y sabiendo, de este modo, entrelazar esas luchas transversales que permiten articular movimientos y atacar al sistema por varios frentes. Es así que la necesidad de crear sinergias tanto a nivel local como global se torna fundamental en el contexto en el que nos encontramos, haciendo acopio de esa 'glocalidad' que predica Escobar. Sin embargo, habrá que ser cautos para que estas nuevas (y no tan nuevas) formas de lucha y reivindicación no sean absorbidas por el sistema y queden desvirtuadas y banalizadas por éste; o, peor aún, capitalizadas en nuevas vías de comercialización. Y en este sentido, consideramos que el movimiento de okupación, pese a todas las limitaciones expuestas, pero debido también a sus múltiples cuestionamientos acerca del sistema en el que nace y a los años de experiencia en tratar de construir alternativas a éste, tiene mucho que aportar en el camino hacia la emancipación.

CAPÍTULO 9. A MODO DE CONCLUSIÓN. ALGUNAS POSIBLES PAUTAS PARA MATERIALIZAR LA EMANCIPACIÓN

Hay muchos aspectos del movimiento de okupación que no se tratan en esta tesis, así como muchos otros que se tratan, tan sólo, superficialmente. Aspectos tan importantes como la criminalización y represión del movimiento o la relación con el ámbito institucional se mencionan sin entrar en detalles. La vestimenta y los modos de expresión mediante el arte son aspectos que tampoco, o apenas, se tienen en cuenta en este análisis. La relación con las drogas apenas se menciona si no es para incidir en el inicial rechazo a la heroína, cuando es cierto que constituye una práctica extendida y en algunos casos una de las principales formas de financiación de los espacios, aunque no entre aquellos que en esta investigación me he encontrado. Así, podía haber sido ésta una tesis en la que se profundizara sobre las estrategias seguidas por el movimiento de okupación, o sobre las adquiridas por el poder para reprimirla; que se centrara en los modos en que se construye la identidad a partir del uso de ciertas indumentarias o de formas de consumo u objetos concretos; que incidiera en cómo se pretenden romper los valores que se fomentan desde un modelo de Estado capitalista a partir de la desobediencia civil y la acción directa; que analizara las causas de que tal movimiento exista; o, como se sugería en la presentación de ella, que atisbara cómo desde la okupación se puede abrir un frente útil contra la cada vez más amenazante palabrota de la gentrificación.

Sin embargo, considero que todos estos aspectos ya han sido tenidos en cuenta por el incipiente número de estudiosos que se está dedicando a investigar la okupación y que han sido de obligada referencia en este texto, así como fuente de inspiración para su elaboración.

Capítulo 9. A modo de conclusión. Unas posibles pautas para materializar la emancipación

La selección de los datos presentados ha sido, así, deliberada, aunque he de reconocer que, por falta de tiempo, no tan contrastada y profunda como mereciera. Por ello, el carácter positivo (que no positivista) que acompaña el grueso del texto es consciente y consecuente con la idea que se pretende transmitir. No se han omitido tampoco los aspectos negativos del movimiento, aunque no se haya profundizado en ellos. Como ya se ha advertido, no se trata aquí sistematizar el proceso de formación del movimiento; para ello se requeriría de un tiempo y una preparación de la que no disponemos, además de tener que concretarse la investigación en un espacio específico dado que no todas las experiencias son análogas. Aunque, considero, el resultado de este proceso hubiera sido interesante y útil para sus integrantes. Al omitir las irregularidades del movimiento tampoco se pretendía esencializarlo; obviamente, tiene sus contradicciones y muchas debilidades, como tantos otros, y como consecuencia inevitable de estar protagonizado por seres humanos. Cambiar los valores que nos han dado por naturales no resulta fácil. Menos cuando los tenemos tan interiorizados que, efectivamente, nuestra actitud ante ellos nos parece natural y las respuestas dadas responden, en numerosas ocasiones, a impulsos que cuesta controlar.

Pero, efectivamente, la selección de datos ha sido deliberada. Del mismo modo que los marcos teóricos elegidos. Así, esta tesis muestra al movimiento de okupación como algo más que un mero movimiento social urbano. Se le presenta como un movimiento capaz de construir unas formas culturales y de expresión específicas a partir de las críticas al sistema que rechaza. Formas culturales que marcan el paso de la crítica a la prefiguración, abarcando al modelo social en su conjunto y creando, desde sus prácticas, un modelo alternativo a éste; ya que sus miembros, más allá de desafiar la propiedad privada, participan de otros movimientos sociales que les permiten desarrollar distintas estrategias a la hora de materializar ese nuevo modelo. Prácticas que, por otro lado, han sido invisibilizadas hasta el momento. Por su parte, observamos paralelamente que estas formas alternativas al sistema están dándose ahora entre otros colectivos sociales más integrados. Sin embargo, estas nuevas formas no serían posibles sin la forma cultural alternativa que viene presentando en los últimos treinta años el movimiento de okupación. Por lo menos en el territorio vasco, donde las personas que participan o participaron del movimiento no han quedado aisladas en éste y

han sabido ir colándose, tanto ellas como sus prácticas e ideas, por las grietas de un sistema imperfecto y menos hermético de lo que a primera vista parece.

Así, se presenta el movimiento de okupación como un movimiento enmarcado entre aquellos que son capaces de generar procesos emancipatorios. Para ello primero se ha descrito cómo el movimiento ha sido analizado por distintos teóricos que han servido de referencia en esta tesis, tanto a nivel estatal como continental. Se han observado, sin embargo, algunas características diferenciadoras respecto a las fases periódicas establecidas para el movimiento de okupación en el Estado, además de aquellas generadas por el desfase temporal atribuible a los años de publicación de dichos estudios; muchas de ellas influenciadas y derivadas de la particular situación política del territorio en el que nos encontramos.

De este modo se observa que la fuerza con la que emergió el movimiento ha ido debilitándose, por un lado por la represión sufrida y, por otro, por las divergencias que comienzan a darse a partir de los 90, además del cambio de las condiciones económicas que se dan en el mismo periodo. Así, también se intuye que éste resurge en momentos de fuerte represión y de aguda crisis social y económica. A pesar de ello, en todo este proceso, en todas estas fases, el movimiento de okupación, pertenezcan las okupaciones al ámbito que pertenezcan, sigue manteniendo unos rasgos específicos caracterizados, principalmente, por la organización asambleria. Además, quienes continúan moviéndose alrededor de la okupación desde sus inicios, van desarrollando también unas prácticas propias a partir de las cuales tratan de crear alternativas al modelo social hegemónico. Estas formas, que buscan, ante todo, la autonomía tanto personal como del colectivo respecto al sistema de gobierno, abren una vía para caminar hacia la emancipación.

A partir de los análisis realizados por Stuart Hall y otros autores pertenecientes al Centro de los Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham, en los que investigaban las formas culturales adquiridas por los distintos colectivos juveniles de la clase obrera de la Inglaterra de posguerra, sus disidencias y resistencias, sus asimilaciones y transformaciones, analizo algunas de las formas culturales desarrolladas por el movimiento de okupación. Entre ellas, qué tipo de personas okupan y el papel de las mujeres en ella; las formas de organización dentro del movimiento así como la relación con instituciones y espacios externos a él; los espacios de socialización y las actividades llevadas a cabo en ellos;

Capítulo 9. A modo de conclusión. Unas posibles pautas para materializar la emancipación

los medios de comunicación alternativos de los que hacen uso, o que el movimiento mismo crea, para difundir sus ideas y contrarrestar la información ofrecida por los medios oficiales; y las formas de financiación utilizadas para sufragar los gastos necesarios.

A través de estos datos se observa que, efectivamente, se trata de un movimiento invisibilizado porque sus métodos rechazan el consenso social y no entran en el abanico de esa pluralidad tolerada por la hegemonía; hegemonía que se muestra como plural y abierta para que no pueda ser criticada, pero que engloba toda esa pluralidad dentro de los límites de un consenso interesado, omitiendo en su discurso y en su abanico un innumerable número de prácticas que pretenden plantear verdaderas alternativas a su hegemonía. En este exilio involuntario encontramos las formas de protesta adquiridas por el movimiento de okupación, que no pasan por aquellas permitidas por la hegemonía, sino que la desafían en su práctica diaria, sin esperar a que desde el poder se les conceda una oportunidad de comunicar sus quejas. Sus métodos y las formas alternativas presentadas construyen, de este modo, desde la práctica, y elaboran modelos que pueden resultar sugerentes para la transformación social.

Así, al igual que las reivindicaciones realizadas por aquellos movimientos de América Latina, el movimiento de okupación ha tratado, con mayor o menor éxito, atacar todas las opresiones que siente de golpe tratando de revertir las relaciones de poder existentes. En los nuevos tiempos, además, ha sabido crear alianzas con otros movimientos globales. Alianzas que se suman a las ya trazadas desde sus inicios con los movimientos feminista, ecologista, antimilitarista y antidesarrollista; o como se denominaba en uno de sus monográficos contra el FMI, antiimperialista. Porque estas relaciones internacionales no surgen de la nada. Fueron tomando forma ya desde los inicios, propiciadas por ese turismo alternativo que presentamos en apartados anteriores. Es así como comienzan a nacer las sinergias necesarias para el cambio social; sinergias que nacen a partir de relaciones personales surgidas en momentos concretos y en vivencias comunes que refuerzan esos lazos, y que son potenciadas, en parte, debido al carácter nómada de la okupación.

En este sentido es interesante señalar que muchos de los proyectos y alternativas sociales que se están dando en este momento en el territorio vasco en general, y en Donostialdea en particular, no hubieran sido posibles sin la trayectoria y las bases de acción y actuación que se han sentado desde el movimiento okupa. Así, encontramos que las redes tejidas por aquellas

Capítulo 9. A modo de conclusión. Unas posibles pautas para materializar la emancipación

personas afines al movimiento en los años '80, aun cuando no sigan okupando a día de hoy, han labrado un terreno que se encuentra, más que nunca, preparado para siembra. Y esa siembra está, en los últimos años, dando su fruto. Como ya se ha ido describiendo, quienes desde los '80 siguen en activo aunque ya no okupen, así como quienes se han involucrado en los últimos tiempos en el movimiento de okupación, están inmersos en distintas luchas y están trazando líneas que se cruzan en diversos ámbitos, aprovechando una larga trayectoria de experiencias que permite identificar qué recursos pueden ser válidos y cuáles no; qué espacios son abarcables y cuáles no. En definitiva, dónde y cómo pueden funcionar las estrategias.

Por su parte, muchas jóvenes, y no tan jóvenes, comienzan también a acercarse a estas alternativas, no ya dentro del movimiento de okupación, sino por otro tipo de inquietudes sociales. Sin embargo, como señalara González (2004: 192), si algo ha conseguido la okupación ha sido aglutinar en sus espacios un sinfín de iniciativas ofreciéndose como infraestructura para ellas, y aportando un repertorio de acción que, quizá desde sectores menos radicales, no hubieran sido propuestos. Estas sinergias, por otro lado, no se reivindicarán bajo el nombre de ningún movimiento de okupación, en parte porque parte de sus activistas rechazan que éste exista (como me dirá I. en una ocasión, no hay un movimiento de okupación, sino gente que se mueve y okupa), en parte porque éstas personas siempre estarán sumergidas en colectivos que defiendan otras luchas. Sin embargo, el papel que los espacios okupados desempeñan en este aspecto se torna fundamental para que se den estas alianzas y para que surja ese pensamiento crítico que es capaz de cuestionar todo tipo de ejercicio de poder; pensamiento crítico que tiende a suprimirse en los espacios institucionales. Como ejemplo de la consciencia de la necesidad de la existencia de esos espacios críticos que requieren tanto la sociedad en su conjunto como los movimientos sociales, podemos citar la recién creada escuela crítica de la fábrica recuperada Firestone, donde se plantean la recuperación y análisis de algunos textos clásicos con el fin de potenciar y reforzar debates y discursos y poder plantear así alternativas con una sólida base tanto material como teórica.

En las 'Jornadas Revolucionarias (o intento)' celebradas con motivo del Primero de Mayo en esa misma Firestone, se dedicó un espacio a la celebración de una mesa redonda sobre el antidesarrollo. En ellas tomaron parte colectivos tan diversos como la plataforma contra la incineradora Gipuzkoa Zutik, el grupo de consumo Lurraren Orena, la plataforma contra la

Capítulo 9. A modo de conclusión. Unas posibles pautas para materializar la emancipación

construcción del metro de Donostialdea Sator Alaia y Belartza 2 que engloba la lucha del vecindario contra la construcción de complejos industriales en las zonas verdes que quedan en el barrio, con las expropiaciones y el deterioro ambiental que ello conlleva. Todos estos proyectos tienen algo en común: parten de la defensa del territorio y en contra de un modelo de ciudad neoliberal que se pretende imponer y que no se corresponde con los intereses de sus habitantes. La pregunta, realizada por un miembro de la Zintzilik Irratia, radio que se encontraba presente para grabar las distintas mesas redondas y conferencias que tuvieron lugar a lo largo de los tres días de intensas jornadas, puso el punto final al debate. Sin embargo, abrió también una vía de acción para el futuro.

¿Cómo contempláis el anticapitalismo dentro de las problemáticas en las que estáis?, era la pregunta que partía de una afirmación del ya citado Miguel Amorós que dice “el antidesarrollo es la trinchera donde se encuentra la lucha anticapitalista”; y entendiendo que el anticapitalismo tiene que estar en el horizonte toda la lucha por la emancipación. Las cuatro personas que participaron de la mesa ofrecieron sus respuestas, y todas ellas daban algunas pistas. Recuperar y repensar qué son los bienes comunes, proponía una de ellas; estar alerta para no permitir que sigan quitándonos bienes, públicos o privados, apuntaba otra; recuperar el control sobre las problemáticas que nos hemos generado, señalaba una tercera. Sin embargo, una de las principales claves la da Josetxo, miembro de Lurraren Orena, proyecto afincado en las tierras okupadas del caserío Apaizartza; que propone hacer un ejercicio de autorreflexión que permita definir y aprender a proyectar cómo es el modelo de vida que queremos potenciar; pero que permita proyectarlo desde la práctica, desde la acción. Es decir, crear espacios de defensa donde se materialicen y tomen forma proyectos que reflejen el modo de vida en el que se cree.

Es así que consideramos imprescindibles las bases generadas por el movimiento de okupación para intuir el camino que debe llevar la resistencia, por lo menos aquí en el Norte. En un modelo social cada vez más liberalizado, cada vez más capitalizado, es también cada vez más la gente que busca alternativas y formas otras de organizar su entorno. Parte de esas resistencias que están surgiendo dentro del propio sistema reclamando derechos que teóricamente éste nos otorga, y que están siendo ahogadas por el mismo, están tomando las formas de actuación y organización asentadas por quienes ya vislumbraron hace más de

Capítulo 9. A modo de conclusión. Unas posibles pautas para materializar la emancipación

treinta años cuáles iban las consecuencias sociales de este modelo que la hegemonía estaba impulsando. De este modo, encontramos que la resistencia frente al modelo cultural hegemónico puede caminar hacia su horizonte simbólico a partir de algunas de las bases sentadas por el proceso emancipatorio llevado a cabo desde el modelo cultural del movimiento okupa; siempre y cuando, por supuesto, sea capaz de crear sinergias e ir adaptándose a las nuevas condiciones sociales emergentes para atacar a la vez todos aquellos frentes opresores existentes.



EPÍLOGO

Como ya comentáramos a lo largo del texto, la okupación es un movimiento efímero pero constante. La similitud que hacía una de las entrevistadas con el mundo fungi no es desacertada. En los pocos meses que han pasado desde que se escribiera la versión final de esta tesis muchas de las cosas que en ella se cuentan han quedado desfasadas. Haciendo un repaso a los mapas que tratan de visibilizar el movimiento encontramos que los números han cambiado. No estamos ahora en condición de modificar tales cifras y datos, sin embargo, sí notamos y podemos asegurar que en este mismo momento la okupación va en aumento. Según me informan quienes han participado en esta tesis, podemos contabilizar por lo menos cinco viviendas más en la zona de Donostialdea; dato que parece que va a continuar creciendo.

Tampoco muchas de estas personas viven ya en donde en la tesis queda reflejado. Hay quienes se han ido de alquiler para tener vidas más estables mientras mantienen activos los centros sociales de los que forman parte; mientras que hay quienes han iniciado nuevas okupaciones y proyectos, entre ellos la creación de una asamblea de colectivos autogestionados en la misma ciudad de Donostia con el fin de establecer una red de apoyo y conocimiento mutuo. Estas noticias, estos 'chascarrillos', me los cuentan cuatro de las personas que en este último mes se han leído el texto que aquí se presenta. Personas a quienes he pedido que me devuelvan una primera impresión de lo que esta tesis cuenta. No desde el punto de vista académico, sino desde el punto de vista del propio movimiento. Punto de vista que ha sido favorable, como me afirma M., quien me asegura que hace años que no lee nada acerca de movimientos sociales porque estando él dentro de ellos no siente que los estudios realizados sobre estas realidades reflejen lo que desde dentro se trata de combatir. Este texto,

Epílogo

sin embargo, recoge lo que desde la okupación se pensaba en los años '80 y '90, me dice; algo que era necesario pero que hasta ahora nadie se había molestado en hacer. Aunque, matiza, ellos no hablaban de movimientos sociales, sino de movimientos alternativos.

De este modo, las sugerencias y matizaciones que estas personas (I., M., N. y Ñ.) han realizado han permitido que se efectúen algunas modificaciones sobre el texto original; modificaciones que hacen referencia a fechas, espacios y algunos datos que no eran correctos. También ha permitido completar algunos de los apartados, ampliando la visión que se presenta de la okupación. Sin embargo, no todo lo que me han aportado ha podido ser introducido en el grueso del texto. Este epílogo trata, pues, de recoger aquellas sugerencias y críticas que han quedado en el aire, así como nuevas ideas y proposiciones para dar continuidad a este trabajo que aquí recién comienza.

Esta iniciativa, por su parte, surge de dos motivaciones diferentes pero paralelas. Por un lado, del interés de la autora por realizar un modelo de antropología que dé respuesta a las necesidades de distintos colectivos aunque, como ya se explicitara en la metodología, no se trate exactamente de una antropología por la demanda. Por otro, del interés de diversas personas del colectivo que a lo largo de la investigación han solicitado que se les devuelva de una u otra manera el resultado del trabajo realizado. Como ya se ha señalado, la valoración general ha sido favorable, al punto de que se me ha pedido que la tesis se presente de manera abierta en la Escuela Crítica de la Firestone.

Sin embargo, también encontramos críticas hacia algunos aspectos que se han quedado sin mencionar o que no han quedado explicados como correspondiera; aspectos que, de disponer de tiempo suficiente, podrían haber servido para presentar un texto más sólido y consistente. Entre ellos encontramos que la falta de profundización teórica dentro del movimiento, que se presenta en el capítulo tercero, parte no sólo de la crítica a lo institucional, sino de la apología al inmediatismo que dominaba el estilo de vida de estos grupos, algo que se cita pero en lo que no se ahonda. En este estilo de vida la droga, que se menciona por encima a lo largo del texto, juega un papel fundamental; la fiesta se toma como un modo de vida y en ella lo teórico, entendido como reflejo del sistema, de lo institucional, como forma de normativizar la existencia, no tiene lugar ni cabida. Este hecho puede haber tenido como consecuencia, me sugiere N., la mencionada falta de transmisión generacional que produjo que el movimiento

de tendencia autónoma perdiera fuerza y no encontrara relevo entre gentes más jóvenes. En este sentido, señala también que en el momento en que alguien quería sumergirse en una forma de lucha más consolidada, una vez pasada cierta edad e insertado en las reglas del sistema (trabajo, familia, pasada la época de juventud), muchas personas tendían a acercarse a los postulados de la izquierda abertzale, por considerarse una organización más estructurada y menos relacionada con la fiesta y las drogas. Las pocas que quedaban dentro del movimiento autónomo y de okupación de la época de los '80 y principios de los '90 no encontraban apoyo suficiente para emprender una teorización sólida de lo que pudiera ser y abarcar el movimiento. Este punto, que no queda expuesto en la tesis, puede dar algunas pistas sobre cómo se puede evitar la brecha generacional en el futuro, aprendiendo de los errores, aunque sin desprestigiar las experiencias de generaciones anteriores. En este sentido, cabe destacar que también los más jóvenes me hablan del uso de la droga como parte de la vida, como una forma de entender la libertad; a pesar de que con el paso de los años hayan ido dejándola de lado y su consumo sea también cuestionado y reducido, aunque no totalmente eliminado.

Por otro lado, me aseguran que las discrepancias y conflictos con el MLNV eran mucho más duras de lo que el texto refleja. Aunque uno de los objetivos de la tesis haya sido simplemente presentar estas diferencias y no profundizar en ellas, considero necesario realizar esta aclaración, dado que, según historias que me han sido relatadas a posteriori, en algunas zonas de Euskal Herria (aunque no en Donostialdea) las discrepancias eran reducidas a base de coacción y amenazas sustentadas por el conflicto armado. La violencia cotidiana era, pues, muy superior a lo que en este texto se relata y a lo que generaciones posteriores como la de quien esto escribe podemos imaginar. De este modo, la forma en que desde un movimiento contrahegemónico se elimina e invisibiliza aquello que queda aún más a la izquierda o aquello que pretende cuestionar esa contrahegemonía desde otros posicionamientos (que tampoco serían hegemónicos), forma que queda expuesta en el apartado 5.5, merecería una revisión crítica y más profunda.

Sin embargo, me confirman que el texto recoge lo que se pensaba en la época y que las fases que se describen son acertadas, tanto en lo que respecta a okupación como al contexto sociopolítico; aunque en Donostialdea, considera M., la segunda etapa podría alargarse hasta

Epílogo

el 2000, año en que son desalojadas Martutene y Zapatari y se pierde la casa principal de Minas. Probablemente, un estudio más minucioso habría recogido estas concreciones.

Pero, como ya se indicara al inicio de este epílogo, no todo han sido críticas. El texto también ha servido para reflexión. Así, las más jóvenes han tenido oportunidad de confirmar que los debates y problemas que se dan actualmente en los distintos colectivos y espacios se repiten desde las primeras okupaciones, aunque en algunos aspectos sí que se hayan encontrado avances, modificaciones y soluciones. Por ello, se me ha pedido permiso para extraer algunas de las conclusiones presentadas y llevarlas a debate en la recién creada asamblea de colectivos autogestionados.

La Oficina de Okupación, por su parte, ha pedido una copia del texto entendiendo que, aun con las carencias que tiene, es un primer paso desde el cual comenzar a contar y recoger información acerca de la okupación y sus luchas. La tesis está incompleta en muchos aspectos, afirma Ñ., pero también abre muchas vías de análisis y es desde ellas desde donde se deben dar los siguientes pasos. Algunos para profundizar en la historia, otros para recoger y contabilizar todos aquellos espacios que han quedado olvidados, unos distintos para analizar las causas de los conflictos y poder anticipar soluciones ante los nuevos problemas, algunos más para abrir un archivo en donde encontrar aquellos textos perdidos que desde unas u otras manos han llegado a las mías. No es tarea sencilla. Sin embargo, tampoco es un mal legado.

Y es que es desde este legado desde donde la autora entiende que se debe hacer antropología. Una antropología que dé respuesta a las necesidades de las personas, trabajando con y desde ellas; atendiendo a sus demandas, presentando problemáticas, devolviendo resultados, planteando propuestas; pero no para dirigir, sino para acompañar alternativas, esas alternativas tan necesarias en estos contextos de interminable crisis. Una forma de hacer ciencia y de generar conocimiento que se realice y se encuentre, como afirman autoras como Segato (2015), desde y al servicio de la gente. En definitiva, una antropología en la que la antropología misma se convierta en un recurso, en una herramienta más, para la transformación social.

BIBLIOGRAFÍA

- Adell, Ramón (2004). Mani-fiesta-acción: la contestación okupa en la calle (Madrid1985-2002). En Martínez López y Adell Arguiles (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs.: 89-114
- Álvarez Molés, Pili (2010). *Las relaciones de género en los centros sociales de bilbao*, Máster Universitario en Estudios Feministas y de Género. UPV-EHU
- Álvarez Molés, Pili (2012). *Movimientos sociales, relaciones de género y cultura. El caso de los gaztetxes en la CAPV*, Vitoria-Gasteiz, Emakunde-Instituto vasco de la mujer
- Amorós, Miguel (2012). *Perspectivas antidesarrollistas*, Chile, Germinal
- Amorós, Miguel (2014). *¿Qué es y qué quiere el antidesarrollo?*, Palma de Mallorca, Jornadas en Defensa del Territorio. Librería asociativa Transitant. En URL: <http://partagele.com/2016/03/que-es-y-que-quiere-el-anti-desarrollismo-por-miguel-amoros/> Accedido el 10 de mayo de 2017.
- Anónimo (1981). De interés para inquilinos angustiados por la crisis. *Bicicleta*, 42: 19-21
- Anónimo (s.d.). *Textos sobre autonomía*. En URL: <http://www.nodo50.org/autonomia/textos.htm> Accedido el 22 de noviembre de 2016
- Asamblea Pro-Gaztetxe (1989). *El final del principio*, Rentería, publicación independiente
- Asens, Jaume (2004). La represión al “movimiento de okupaciones”: del aparato policial a los *mass media*. En Martínez López y Adell Arguiles (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs.: 293-337

Bibliografía

- Assamblea d'okupes a Barna (1996). *Centres socials okupats. Per l'autogestió i contra els desallotjaments*, Barcelona, Usurpa
- Azozomox (2014). Squatting and diversity: gender and patriarchy in Berlin, Madrid and Barcelona. En Squatting Europe Kollektive (2014). *The squatters movement in Europe. Commons and autonomy as alternatives to capitalism*, London, Pluto Press, págs.: 189-210
- Babic, Jasna (2015). Metelkova, mon amour: Reflections on the (Non-)Culture of Squatting. En Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 298-311
- Bach, Richard (2004). *Juan Salvador Gaviota*, Barcelona, Ediciones B
- Bailey, Ron (1973). *The squatters*, London, Penguin
- Bauman, Zygmunt (2012). *Vida líquida*, Barcelona, Paidós
- Beck, Ulrich (2001). Retorno a la teoría de la 'sociedad del riesgo'. *Boletín de la AGE*, 30: 9-20
- Bey, Hakim (2014). TAZ. *Zona Temporalmente Autónoma+Caos+Inmediatismo*, Madrid, Enclave
- Brenner, Neil; Peck, Jamie y Nik Theodore et al. (2009). Urbanismo neoliberal. La ciudad y el imperio de los mercados. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 211-243
- Boletín Oficial del Estado (1978). *Constitución Española*, BOE
- Boletín Oficial del Estado (2014). *Proyecto de Ley Orgánica de Protección de la Seguridad Ciudadana*, BOE
- Bonelli, Laurent (2015). De la disciplina obrera al improbable control securitario. En García y Ávila (coords.) (2015). *Enclaves de riesgo. Gobierno neoliberal, desigualdad y control social*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 163-178
- Borges, Jorge Luis (2015). *Ficciones*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial
- Carrithers, Michael (1995). El gran arco. En Carrithers, Michael (1995). *¿Por qué los humanos tenemos culturas? Una aproximación a la antropología y la diversidad social*, Madrid, Alianza Editorial, págs.: 28-56

- Castells, Manuel (2012). Una revolución rizomática: las indignadas en España. En Castells, Manuel (2012). *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Madrid, Alianza Editorial, págs.: 115-155
- Cattaneo, Claudio (2013). Urban squatting, rural squatting and the ecological-economic perspective. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.: 139-160
- CGT (2009). Dossier: decrecimiento. *Libre pensamiento*, 61: 14-43
- Chaves, Pedro (2013). Neoconservadurismo, neoliberalismo y protesta social. Un nuevo ciclo de protestas. En Chaves et al. (eds.) (2013). *Crisis del capitalismo neoliberal, poder constituyente y democracia real*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 287-332
- Clastres, Pierre (1987). *Investigaciones en Antropología Política*, México D.F., Gedisa
- Colau, Ada y Adriá Alemany (2012). *Vidas hipotecadas. De la burbuja inmobiliaria al derecho a la vivienda*, Barcelona, Cuadrilátero de Libros
- Colau, Ada y Adriá Alemany (2013). 2007-2012: Retrospectiva sobre desahucios y ejecuciones hipotecarias en España, estadísticas oficiales e indicadores. *PAH. Plataforma de Afectados por la Hipoteca*. En URL: <http://afectadosporlahipoteca.com/> Accedido el 15 de abril de 2017
- Dañobeitia, Olatz y Josefina Roco Sanfilippo (2016). Borbor(K). De saberes, tránsitos y (trans)formación popular. En Dañobeitia et al. (2016). *Experiencias de formación política en los movimientos sociales*, Donostia, Hegoa, PDTG, Joxemi Zumalabe, págs.: 15-68
- Davies, William (2016). El nuevo neoliberalismo, *New Left Review*, 111: 129-143. En URL: <http://newleftreview.es/authors/william-davies> Accedido el 5 de mayo de 2017
- Debord, Guy (2015). *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-textos
- Dee, ETC. (2013). Moving towards criminalisation and then what? Examining dominant discourses on squatting in England. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.:247-267
- Della Porta, Donatella y Mario Diani (2011). *Los Movimientos Sociales*, Madrid, Editorial Complutense

Bibliografía

- Derteano, Joseba (2014). Barraskilore: 'Arazoa konpontzeko pausoak ematen badira, ez degu trabarik jarri nahi', *Anboto*, 562: 2. En URL: http://anboto.tok-md.com/pdf/Anboto_562_internetesako_1.pdf Accedido el 2 de septiembre de 2016
- Deutsche, Rosalyn y Cara Ryan (1984). El bello arte de la gentrificación. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 27-52
- Dieste Hernández, Jorge y Ángel Pueyo (2003). Procesos de regeneración en el espacio urbano por las iniciativas de autogestión y okupación, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VII. En URL: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146%28108%29.htm> Accedido el 1 de octubre de 2014
- Domènech Sampere, Xavier (2014). *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013)*, Madrid, Akal
- Dussel, Enrique (2011). *Filosofía de la liberación*, México, Fondo de Cultura Económica
- Encina, Javier y Ainhoa Ezeiza (coords.) (2017). *Sin poder. Construyendo colectivamente la autogestión de la vida cotidiana*, Huarte, Volapük
- Erostarbe, Gorka (2015). Gaztetxeak, kultur arnagune. *Berria*. En URL: http://www.berria.eus/paperekoa/1984/040/001/2015-11-15/gaztetxeak_kultur_arnagune.htm Accedido el 18 de noviembre de 2015.
- Escobar, Arturo (2004). Más allá del Tercer Mundo: globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales antiglobalización, *Nómadas*, 20: 86-100
- Escobar, Arturo (2005). El 'postdesarrollo' como concepto y práctica social. En Mato, Daniel (2005). *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, págs.: 17-31
- Escobar, Arturo (2010). *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales
- Escobar, Arturo (2013). Postdesarrollo, modernidad y otros mundos. Entrevista con Arturo Escobar (por Miguel Mandujano). *Oxímora*, 2: 233-248
- Eser, Patrick (coord.) (2009). Decrecimiento. Un debate abierto. *El viejo topo*, 258-259: 43-59

- Euskal Jai Gaztetxea (2005). *Euskal Jai. Iruñeko Gaztetearen azken egunak/Últimos días del gaztetxe de Iruñea*, Iruñea, Euskal Jai Gaztetxea
- Euskal Jai Gaztetxea (1994). *A la tercera no fue la vencida / Euskal Jai-en jai izan zuten. Euskal Jai segi bizirik, Iruñeko gaztetxea*, Iruñea, Euskal Jai Gaztetxea
- Eutsi (1988). *Ocupa para vivir, vive para ocupar. Resiste Monográfico Eutsi*, 2
- Fanon, Franz (2001). *Racismo y cultura, Matxingune Taldea*. En URL: http://matxingunea.org/media/pdf/Fanon_Racismo_y_cultura_web.pdf Accedido el 1 de noviembre de 2013
- Federici, Silvia (2016). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños
- Fraser, Nancy (2013). ¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi, *New Left Review*, 81: 125-139. En URL: <http://newleftreview.es/authors/nancy-fraser> Accedido el 5 de mayo de 2017
- Galeano, Eduardo (2016). *El cazador de historias*, Madrid, Siglo XXI
- Gil, Silvia L. (2011). Autonomía. En Gil (2011) *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 45-128
- Gimeno, Juan Carlos (2012). Reflexiones críticas desde los márgenes sobre la producción de conocimientos para una acción transformadora, *Cuhsa. Cultura-hombre-sociedad*, 22(2): 141-180
- González, Robert (2004). Los movimientos por la okupación. 20 años liberando espacios de la especulación del capital. *Mientras tanto*, Barcelona, Icaria, págs.: 177-194
- González, Robert; Peláez, Lluç y Asier Blas (2002). Okupar, resistir y generar autonomía. Los impactos políticos del movimiento por la okupación. En Ibarra, Martí y Gomá (coords.) (2002). *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Barcelona, Icaria, págs.: 187-218
- González, Robert; Aguilera, Thomas y Mercé Cortina (2013). Los impactos de la okupación en las políticas públicas en el Estado español: un análisis comparativo de Madrid, Barcelona y Bilbao. *XI Congreso español de sociología de la FES*, GT20 Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social

Bibliografía

- González, Robert y Alejandra Araiza (2016). Feminismo y okupación en España. El caso de la Eskalera Karakola. *Sociológica*, 31(87): 207-236
- González, Robert, Barranco, Oriol y Marta Llobet (2016). Del movimiento okupa a las PAH: cambios en las visiones e interpretaciones de la ocupación de viviendas. *XII Congreso español de sociología de la FES*, GT20 Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social
- Guzmán-Concha, César (2015). Radical Social Movements in Western Europe: a Configurational Analysis. *Social Movement Studies*, 14(6): 668-691. En URL: <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14742837.2014.998644> Accedido el 27 de diciembre de 2016
- Hall, Stuart (1980). Codificar y decodificar. *Cultura, media y lenguaje*, London, Hutchinson, págs.: 129-139
- Hall, Stuart (2010). Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales. En Restrepo, Eduardo; Walsh, Catherine y Victor Vich (eds.). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Lima, Envi3n, Universidad Andina Sim3n Bol3var, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Instituto de Estudios Peruanos
- Hall, Stuart; y Tony Jefferson (2014). *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños
- Illich, Ivan (1978). *La convivencialidad*, Barcelona, Barral
- Iriarte, Luis (2013). Euskal Herria hacia su plataforma logística. El papel del TAV. En OMM (eds.) (2013). *Paisajes devastados. Despu3s del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 179-231
- Jabardo, Mercedes (ed.) (2012). *Feminismos negros. Una antolog3a*, Madrid, Traficantes de Sueños
- Jara, Oscar (2015). La sistematizaci3n de experiencias produce un conocimiento cr3tico, dial3gico, transformador. *Docencia*, 55: 33-39
- Lledin, Julia (2015). Managing the image: Squats and Alternative Media in Madrid (2000-2013). En Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 260-263

- Llobet, Marta (2004). Contracultura, creatividad y redes sociales en el movimiento okupa. En Martínez López y Adell (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs.: 179-202
- Logan, John R. y Harvey Moloch (1987). La ciudad como máquina de crecimiento. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 157-210
- Loiola Idiakez, Aitzol (2005). *Movimiento juvenil vasco. Sujeto activo en los procesos de formación popular (1990-2000)* (Tesis doctoral sin publicar). Euskal Herriko Unibertsitatea-Universidad del País Vasco, Bilbo. En URL: <http://hdl.handle.net/123456789/151> Accedido el 17 de mayo de 2016
- Loiola Idiakez, Aitzol (2009). Movimiento urbano juvenil herético-subversivo. *Zainak*, 31: 551-565
- Lorenzi, Elisabeth (2015). Ciclocostura: From the Engine to de Body, Collaborative DIY Textil Crafting. En Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 264-267
- Mairal Buil, Gaspar (2013). *La década del riesgo. Situaciones y narrativas de riesgo en España a comienzos del siglo XXI*, Madrid, Catarata
- Malayerba (1999). *Colectividades y okupación rural. II Jornadas anticapitalistas de la UAM*, Madrid, Traficantes de Sueños
- Marinas Sánchez, Marina (2004). Derribando los muros del género: mujer y okupación. En Martínez López y Adell (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs.: 205-226
- Martinez, Zesar (2014). Astra-Gernika: de fábrica de armas a centro social autogestionado. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado* 80(28.2): 25-38
- Martinez, Zesar; Casado, Beatriz y Pedro Ibarra (2012). Movimientos sociales y procesos emancipadores. *Hegoa. Cuadernos de trabajo*, 57: 1-39
- Martinez, Zesar y Beatriz Casado (2013). Acerca de opresiones, luchas y resistencias: movimientos sociales y procesos emancipadores. *Hegoa. Cuadernos de trabajo*, 60: 1-68

Bibliografía

- Martínez, Zesar y Beatriz Casado (2016). Diversidad de saberes y formación emancipadora. En Dañobeitia et al. (2016). *Experiencias de formación política en los movimientos sociales*, Donostia, Hegoa, PDTG, Joxemi Zumalabe, págs.: 241-282
- Martínez Irurozki, Xabier y María Rojo Sanz (2013). El consumo en Donostia-San Sebastián. Una mirada desde el consumo consciente y responsable, Donostia, Publicación independiente
- Martínez López, Miguel (2001). Para entender el poder transversal del movimiento okupa: autogestión, contracultura y colectivización urbana. *VII Congreso Español de Sociología*, GT27 Movimientos Sociales y Acción Colectiva
- Martínez López, Miguel (2002). *Okupaciones de viviendas y de centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Barcelona, Virus
- Martínez López, Miguel (2003). Viviendas y centros sociales en el movimiento de okupación: entre la autogestión doméstica y la reestructuración urbana. *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VII. En URL: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146%28109%29.htm> Accedido el 1 de octubre de 2014
- Martínez López, Miguel (2004). Squat and communicated spaces. Squatter movement in spanish cities troughth its self-produced videotapes. *Universidade da Coruña*. En URL:http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/2004_Squatting_videos_Paris.pdf Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel (2006). Countercultural squatters in Spain. *Casa Zine*, 3: 8-15
- Martínez López, Miguel (2007). El movimiento de okupaciones: cotracultura urbana y dinámicas alterglobalización. *Revista de Estudios de Juventud*, 76: 225-243
- Martínez López, Miguel (2009). *El movimiento de okupación de viviendas y centros sociales en España y en Europa: contextos, ciclos, identidades e institucionalización (memoria del proyecto)*. En URL: http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/Memoria_Modelo_MICINN.pdf Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel (2011). *¿Qué es el movimiento okupa? [entrevista]*. *Periódico Atlántico*. En URL: <http://www.miguelangelmartinez.net/?Que-es-el-movimiento-okupa> Accedido el 7 de febrero de 2015

- Martínez López, Miguel (2011). *Okupaciones post-15M: Valcárcel Recuperado (Cádiz)*. En URL: <http://www.miguelangelmartinez.net/?Okupaciones-post-15M-Valcarcel> Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel (2012). *Squatting in Spain. Talk and debate at the Living Theatre*. En URL: http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/Spain-Miguel-NY-2012_MM.pdf Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel y Ramón Adell Arguiles (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata
- Martínez López, Miguel y Claudio Cattaneo (2014). To what extent is squatting an alternative to capitalism? *Squatting in Europe beyond the housing question*. En http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/Squatting_MM_CC_Interface.pdf Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel y Ángela García (2012). *Ocupar las plazas, liberar los edificios*. En URL: http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/15m_MARTINEZ-GARCIA_v5.pdf Accedido el 7 de febrero de 2015
- Martínez López, Miguel y Ángela García (2014). Feminismo, relaciones e identidades de género en el movimiento de okupaciones de Madrid. En Martínez López y García (eds.) (2014). *Okupa Madrid (1985-2011). Memoria, reflexión, debate y autogestión colectiva del conocimiento*, Madrid, Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones en Madrid-Metrópolis, págs.: 383-470
- Maxigas (2015). Hacklabs and Squats. *Engineering Counter-Culture in Autonomous Spaces*. En Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 328-341
- Mignolo, Walter D. (2009). La colonialidad: la cara oculta de la modernidad. *Catalog of museum exhibit: Modernologie*: 39-49
- Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest
- Mudu, Pier Paolo (2004). Resisting and challenging neoliberalism: the development of italian social centers. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical*

Bibliografía

- Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.: 61-88
- Nagle, Patrick (2015). Teletreet: Pirate Proxivision. En Moore y Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 206-215
- OMM (2015). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños
- OMS (2011). *Estadísticas Sanitarias Mundiales, 2011*, Ginebra, OMS. En URL: http://www.who.int/gho/publications/world_health_statistics/ES_WHS2011_Full.pdf?ua=1 Accedido el 21 de abril de 2017
- OMS (2014). *ENT-Perfiles de países. España*. OMS. En URL: http://www.who.int/nmh/countries/esp_es.pdf?ua=1 Accedido el 21 de abril de 2017
- Onaindia, Markel (2013). Durangon lez, Atxondon ere etxe bat okupatu dute. *Anboto*, 521: 3. En URL: <http://es.slideshare.net/AnbotoWeb/521-interneterako> Accedido el 2 de septiembre de 2016
- Ormazabal Gaztañaga, Jon Markel (2005). *Donostin 28 urte okupatuz. 1977-2005*, Donostia, Editorial independiente
- Ortega, Javier (2016). Origen del Movimiento en defensa del derecho a la vivienda desde la narrativa de sus activistas: antecedentes estructurales y organizaciones embrionarias. *XII Congreso español de sociología de la FES*, GT15 Sociología de las Organizaciones
- Ortega, Javier (2017). *La defensa del derecho a la vivienda en movimiento: (re)significación de las subjetividades subalternas a través de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca de Alicante* (Tesis doctoral sin publicar). Universidad Miguel Hernández de Elche, Elche
- Owens, Lynn (2013). Have squat, will travel: how squatter mobility mobilizes squatting. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.: 185-207
- Pascual, Jakue (1996). *Telúrica vasca de liberación. Movimiento constituyente en las Repúblicas Vascas*, Barcelona, Virus. Documento en línea. En URL: <http://anarkherria.com/es/libros/telurica-vasca-de-liberacion> Accedido el 8 de julio de 2014

- Paskual, Jakue (2011). *Democracia de base ya!* En URL: <http://anarkherria.com/es/articulos/2011/267-democracia-de-base-ya-2011-06-09> Accedido el 8 de julio de 2014
- Pattaroni, Luca (2014). The fallow lands of the possible. The life cycle of squats in Geneva and beyond. En Squatting Europe Kollektive (2014). *The squatters movement in Europe. Commons and autonomy as alternatives to capitalism*, London, Pluto Press, págs.: 60-84
- Peck, Jamie (2005). A vueltas con la clase creativa. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 53-106
- Pérez de San Román, Álvaro Hilario (2006). Kontaidazu zertan ibili zinen 1986tik aurrera. *Argia*, 2050: 16-17
- Piazza, Gianni (2013). How do activists make decisions within social centers? A comparative study in an Italian city. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.: 89-111
- Polanska, Dominika V. y Grzegorz Piotrowski (2015). The transformative power of cooperation between social movements: Squatting and tenants' movements in Poland. *City*, 19: 274-296
- Pruijt, Hans (2004). Okupar en Europa. En Martínez López y Adell (eds.) (2004) *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs.: 35-60
- Pruijt, Hans (2012). Squatting in Europe. En Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions, págs.: 11-60
- Restrepo, Eduardo (2009). Antropología y estudios culturales: distinciones, tensiones y confluencias. *Seminario 'Antropología y estudios culturales: confluencias y tensiones'*. ICESI y Universidad Javeriana
- Restrepo, Eduardo (2012). *Antropología y estudios culturales: disputas y confluencias desde la periferia*, Buenos Aires, Siglo XXI
- Roitman, Marcos (2012). *Los indignados. El rescate de la política*, Madrid, Akal

Bibliografía

- Sábada, Igor y Gustavo Roig (2004). El movimiento de okupación ante las nuevas tecnologías: okupas en las redes. En Martínez López, Miguel y Ramón Adell Arguiles (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid, Catarata, págs: 267-291
- Santos, Boaventura de Sousa (2005). *Foro Social Mundial. Manual de uso*, Barcelona, Icaria
- Santos, Boaventura de Sousa (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, Buenos Aires, Clacso
- Santos, Boaventura de Sousa (2010). *Descolonizar el saber; reinventar el poder*, Montevideo, Trilce-Extensión universitaria, Universidad de la República
- Saramago, José (2001). *Levantado del suelo*, Madrid, Alfaguara
- Scott, James C. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta
- Scott, Joan W. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, Marta (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, págs.: 265-302
- Segato, Rita Laura (2015). Introducción: colonialidad del poder y antropología por la demanda. En Segato (2015). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por la demanda*, Buenos Aires, Prometeo Libros, págs.: 11-34
- Slater, Tom (2008). La expulsión de las perspectivas críticas en la investigación sobre gentrificación. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 107-144
- Smith, Neil (2002). Nuevo globalismo y nuevo urbanismo. La gentrificación como estrategia urbana global. En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 245-273
- Smith, Neil (2012). *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*, Madrid, Traficantes de Sueños
- Squatting Europe Kollektive (2013). *Squatting in Europe. Radical Spaces, Urban Struggles*, Wivenhoe, New York, Port Watson, Minor Compositions
- Squatting Europe Kollektive (2014). *The squatters movement in Europe. Commons and autonomy as alternatives to capitalism*, London, Pluto Press

- Steiger, Tina (2015). Bolsjefabrikken: Autonomous Culture in Copenhagen, En Moore, Alan y Alan Smart (eds.) (2015). *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona, Other Forms and The Journal of Aesthetics and Protest, págs.: 98-103
- Subirats, Joan (2013). ¿Qué democracia tenemos? ¿Qué democracia queremos? En Chaves et al. (eds.) (2013). *Crisis del capitalismo neoliberal, poder constituyente y democracia real*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 253-286
- Taibo, Carlos (2009). Doce preguntas sobre el decrecimiento. En CGT (2009). Dossier: decrecimiento. *Libre pensamiento*, 61: 15-21
- Taibo, Carlos (2011). Una introducción al decrecimiento. *Cuaderno Interdisciplinar de Desarrollo Sostenible CUIDES*, 6: 73-88
- Taibo, Carlos (2016). *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*, Madrid, Los libros de la Catarata
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial
- Tejerina, Benjamín (2010). *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*, Madrid, Trotta
- Thompson, E.P (1995). *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica
- Unceta Satrústegui, Koldo (2009). Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. Una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones. *Hegoa. Carta Latinoamericana, contribuciones en desarrollo y sociedad en América Latina*, 7
- Unceta Satrústegui, Koldo (2013). Decrecimiento y Buen Vivir ¿Paradigmas convergentes? Debates sobre el postdesarrollo en Europa y América Latina. *Revista de Economía Mundial*, 35: 21-45
- Usubiaga, Jon Ander. (1999). Encuentro para la okupación rural (Minas de Arditurri, Oiartzun, Octubre del 96). En Malayerba (1999). *Colectividades y okupación rural. II Jornadas anticapitalistas de la UAM*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 145-147
- Villaro, J. E. (2013). *Baiona-Donostia Eurohiria: garraio sistema, metropolizazioa eta teknika. Auzi sozial eta filosofikoak*. Trabajo Fin de Máster sin publicar
- VV.AA. (1987). *Squatts y Autónomos. Textos sobre Ryegade + Hafenstrasse*, Publicación independiente

Bibliografía

- VV.AA. (1988). Hacia un debate antiimperialista: Contra el FMI, una aportación anticapitalista, *Zirikatu Irakurgaiak*, 8
- VV.AA. (1989). *Contra la CEE*, Publicación independiente
- VV.AA. (1990). *I Jorndes No '92*, Barcelona, Publicación independiente
- VV.AA. (1992). *Expo pa l@s ric@s, balas pa l@s pobres*, Publicación independiente
- VV.AA. (2001). *Vivienda: especulación,...& okupazioak*, Donostia, Likiniano Elkartea, Asamblea de Okupas de Donostialdea
- VV.AA. (2014). *Reformismo y okupación. Cómo okupar y no morir en el intento*, Madrid, La Rosa Negra, Distribuidora Peligrosidad Social, Ediciones descarriadas, Impresiones a Trompicones. Editorial Itinerante
- Wacquant, Loïc (2008). Reubicar la gentrificación: clase trabajadora, ciencia y Estado en la reciente investigación urbana En OMM (2014). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Madrid, Traficantes de Sueños, págs.: 145-156
- Wallerstein, Immanuel (2012). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Madrid, Akal
- Williams, Raymond (2000). Estructuras del sentir. En Williams (2000). *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, págs.: 150-158
- Willis, Paul (1993). Producción cultural no es lo mismo que reproducción cultural, que a su vez no es lo mismo que reproducción social, que tampoco es lo mismo que reproducción. En Velasco, Honorio et al. (1993). *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*, Madrid, Trotta, págs.: 431-461
- Yates, Luke (2015). Rethinking Prefiguration: Alternatives, Micropolitics and Goals in Social Movements. *Social Movement Studies*, 14(1): 1-21. En URL: <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14742837.2013.870883> Accedido el 26 de diciembre de 2016

Revistas y fanzines consultados:

- Ezztanda (Rentería). Nº: 6, 7, 8
- La Lletra A (Catalunya). Nº: 37, 49, 53
- Resiste (Gasteiz). Nº: 3, 5, 6, 10, 12, 14, 18, 23
- Tambores de Guerra (Iruñea). Nº: 4
- Tas-tas (Gasteiz). Nº: 1, 70, 75
- Zartako (Lezo). Nº: 2-10

Principales revistas, textos y páginas web consultados on-line:

- Argia: <http://www.argia.eus/>
- El Diario Vasco: <http://www.diariovasco.com/>
- El País: <http://elpais.com/>
- Jakue Paskual: <http://anarkherria.com/>
- La Haine: <http://www.lahaine.org/>
- Miguel Ángel Martínez López: www.miguelangelmartinez.net
- Nodo50: <http://info.nodo50.org/>
- Oficina de Okupación de Donostialdea: <https://donostialdeaokupatu.wordpress.com/>
- SqEK: <https://sqek.squat.net/>
- Topatu: <http://topatu.eus/>
- Videos sobre okupación: <https://www.youtube.com/?hl=es&gl=ES>
- Zintzilik Irratia: <http://www.zintzilik.net/>

Material audiovisual:

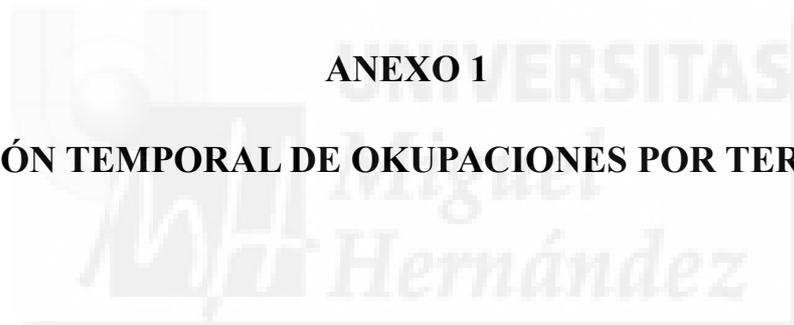
- Peñalba, Kany (prod.), Gutierrez, Juanmi (dir.) (2013). *Ateak Zabalduz*, [documental], Zazpi t'erdi
- Zintzilik Irratia (2013). *27 urte ez dira ezer!* [documental], Producción independiente



ANEXOS

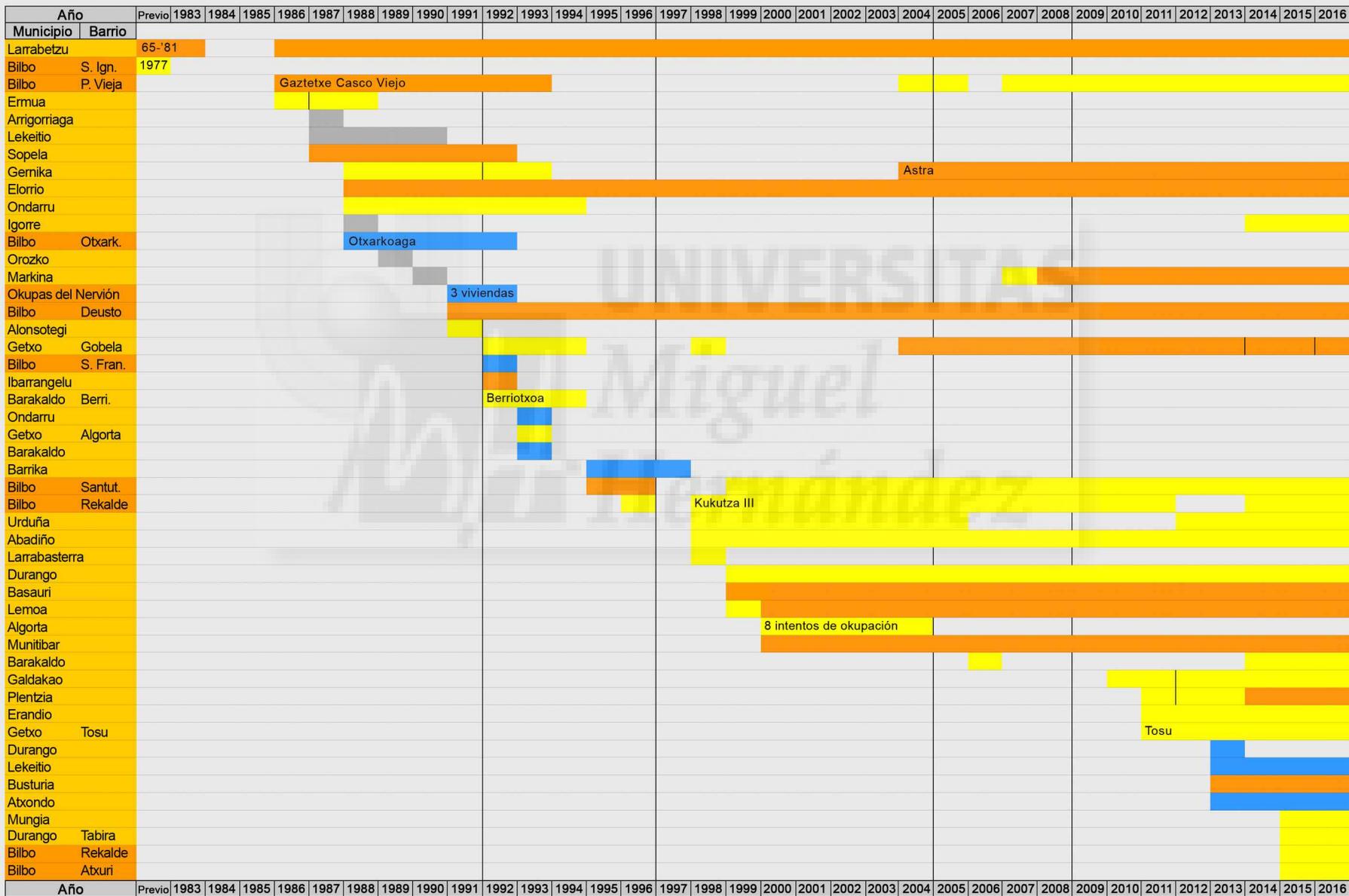
ANEXO 1

RELACIÓN TEMPORAL DE OKUPACIONES POR TERRITORIO



Bizkaia 1983-2016

■ Gaztetxe okupado ■ Gaztetxe cedido ■ Vivienda ■ Desconocido ■ CSO+Vivienda ■ Pueblo okupado



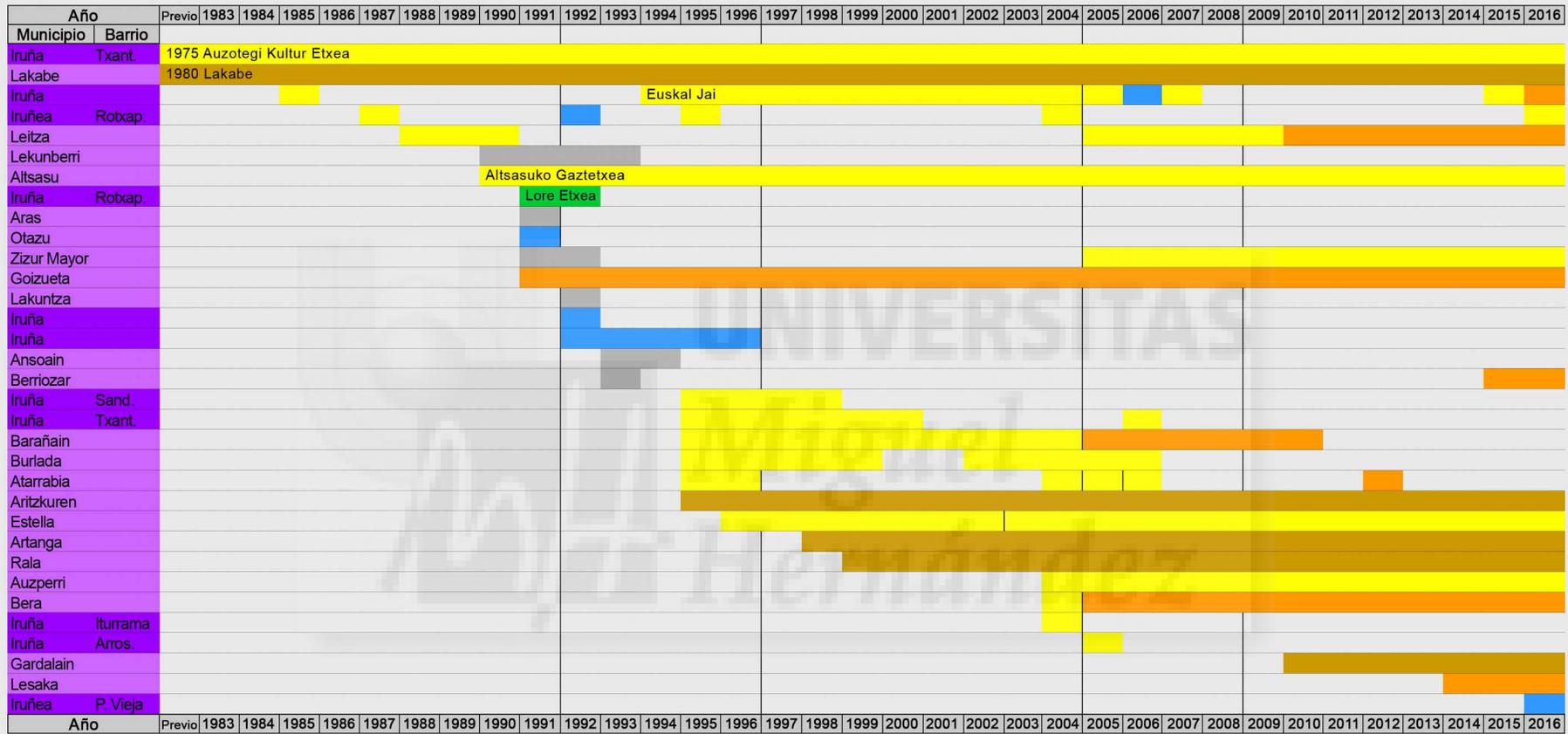
Araba 1983-2016

■ Gaztetxe okupado ■ Gaztetxe cedido ■ Vivienda ■ Desconocido ■ CSO+Vivienda ■ Pueblo okupado

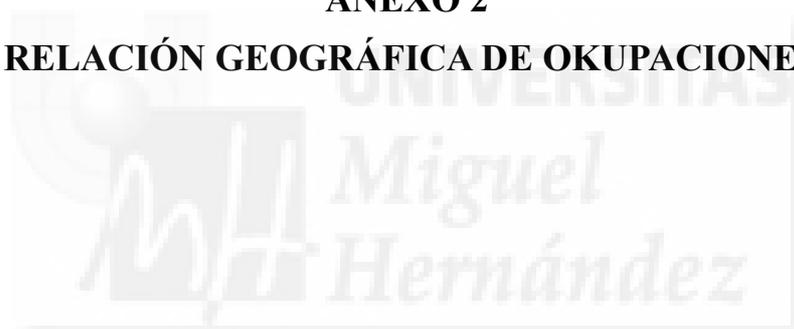


Navarra 1983-2016

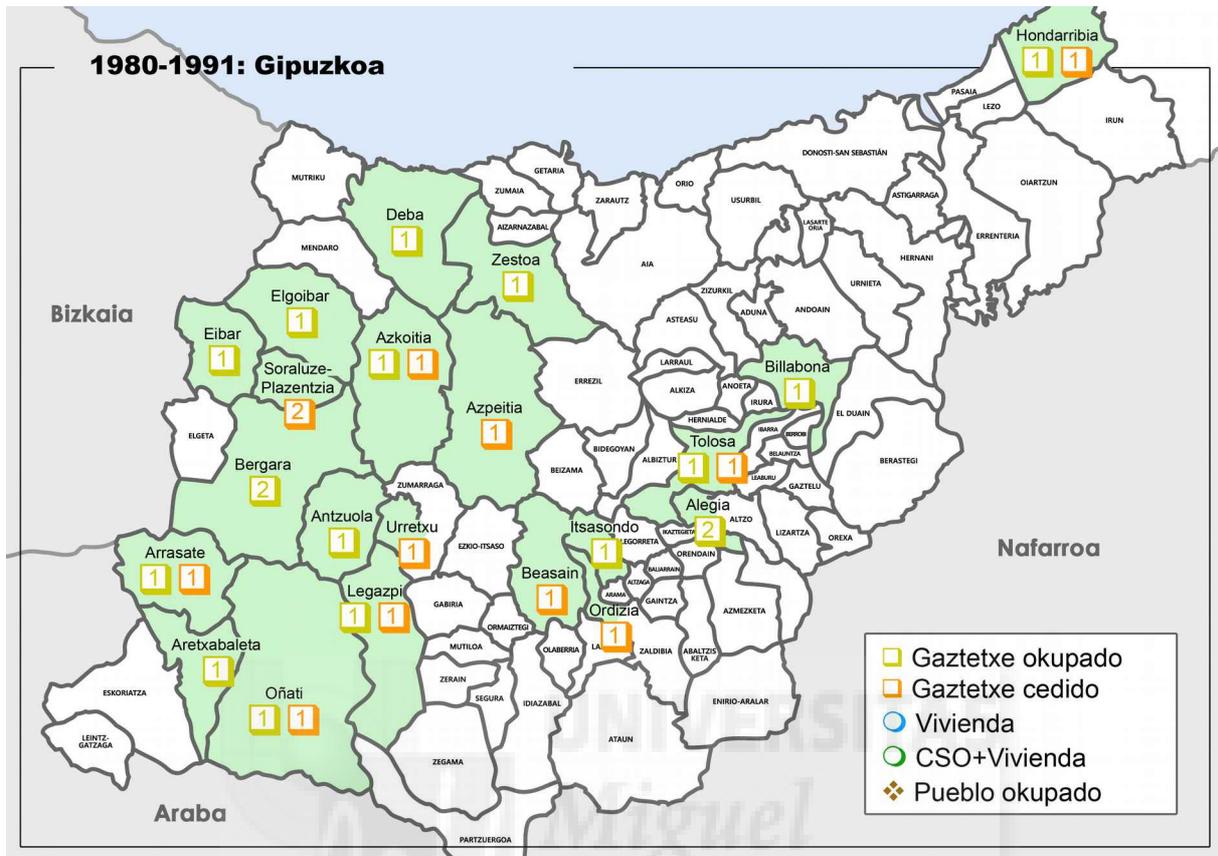
■ Gaztetxe okupado ■ Gaztetxe cedido ■ Vivienda ■ Desconocido ■ CSO+Vivienda ■ Pueblo okupado



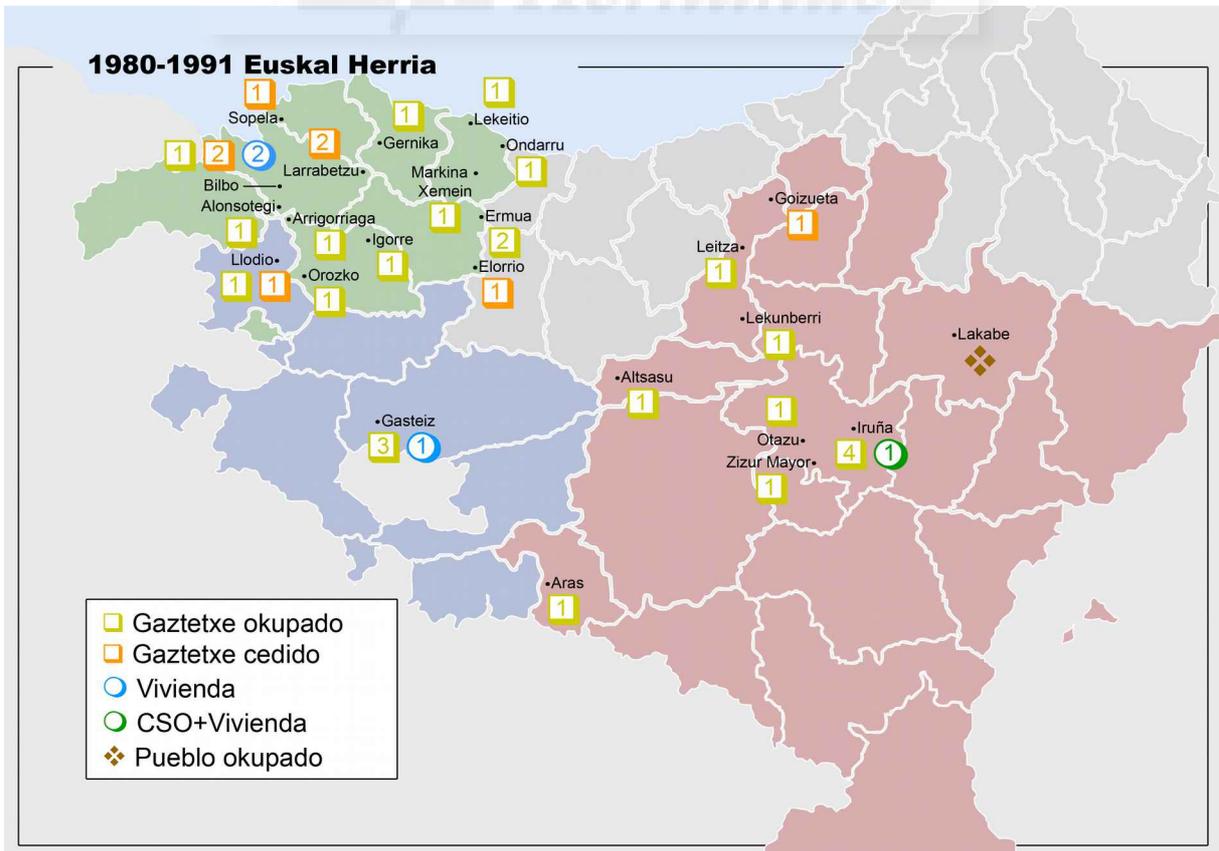
ANEXO 2
RELACIÓN GEOGRÁFICA DE OKUPACIONES



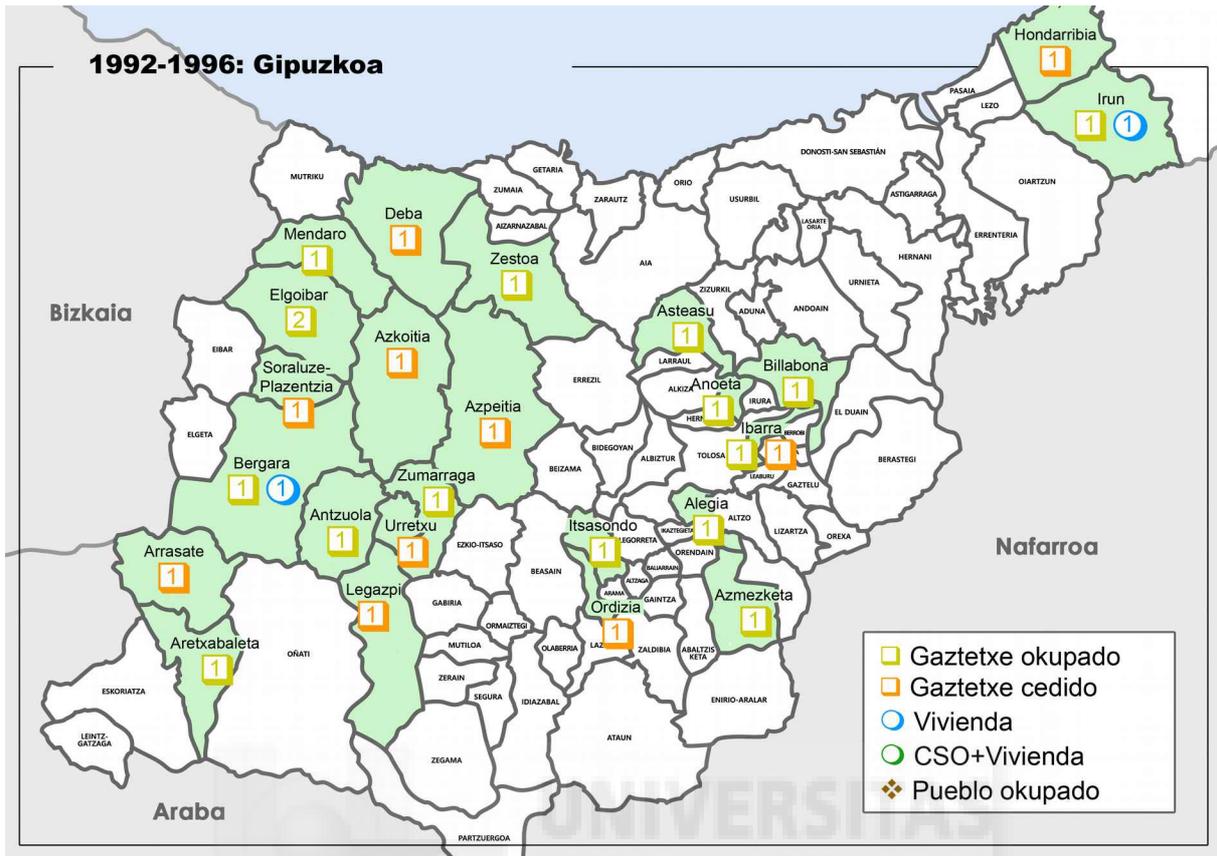
Janexo 2.1 Fase 1. Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)



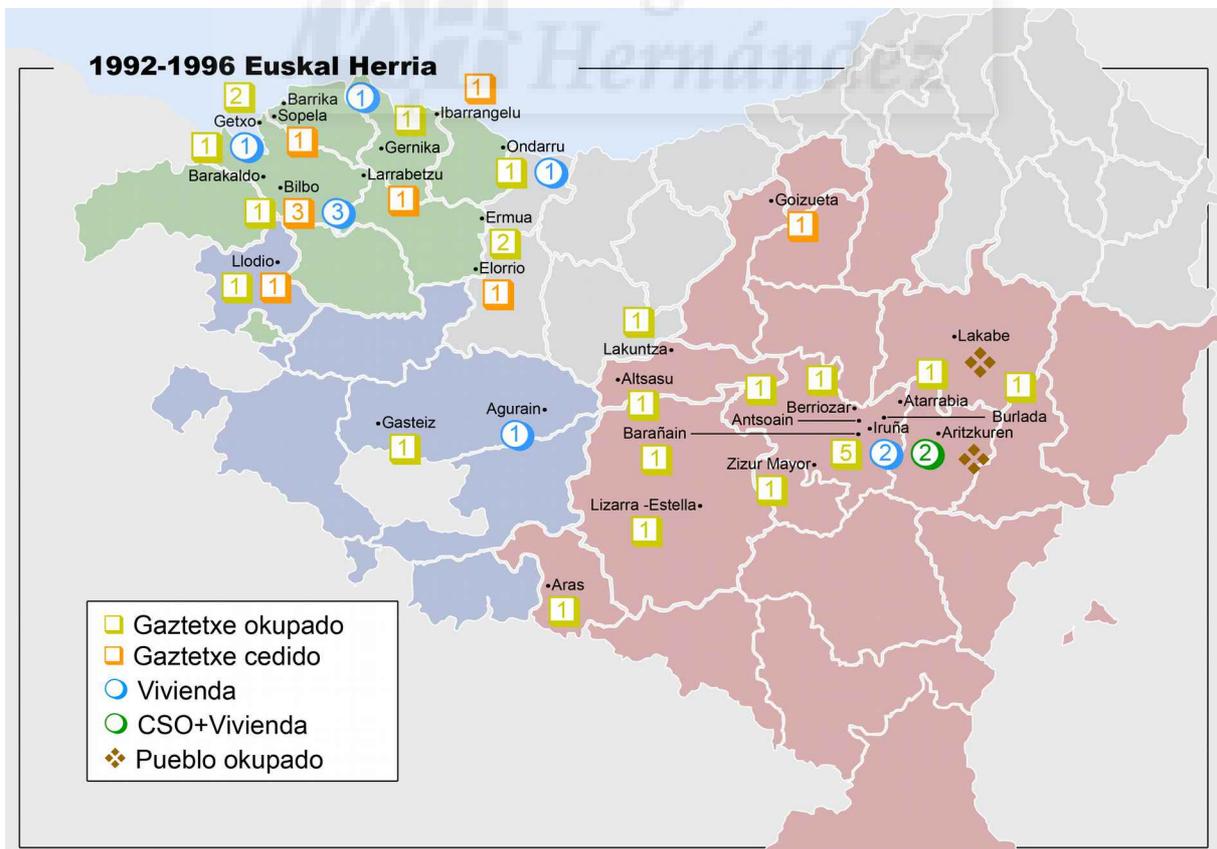
Anexo 2.1 Fase 1. Okupaciones en Euskal Herria (sin Gipuzkoa)



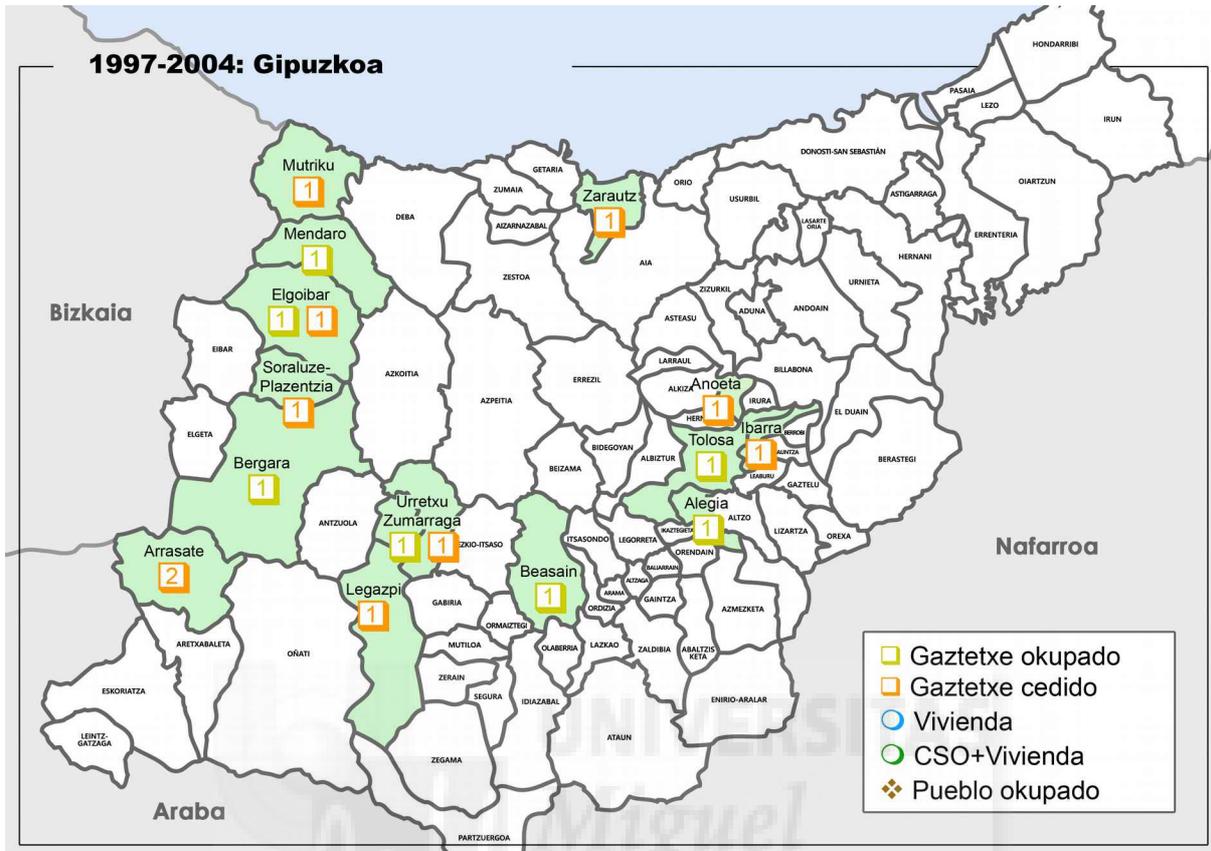
Anexo 2.2 Fase 2 Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)



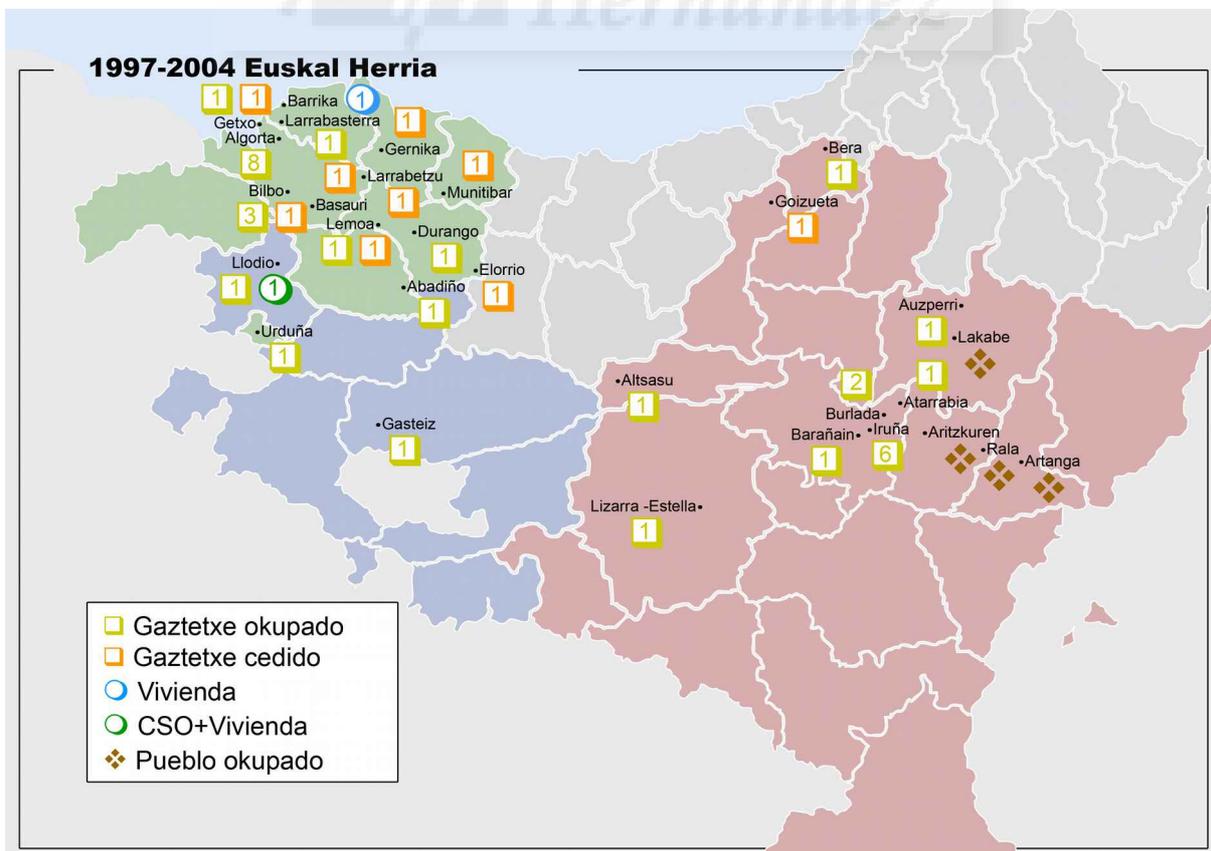
Anexo 2.2 Fase 2. Okupaciones en Euskal Herria (sin Gipuzkoa)



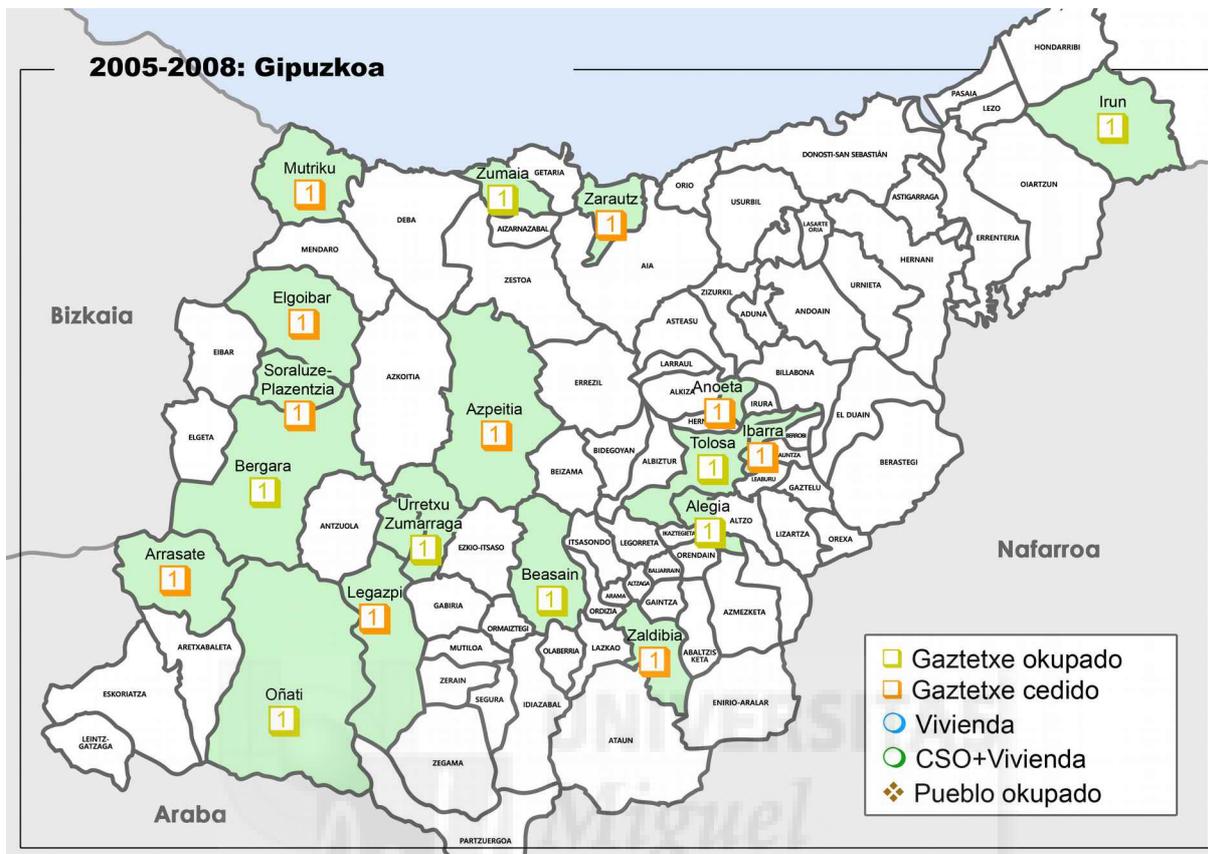
Anexo 2.3 Fase 3. Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)



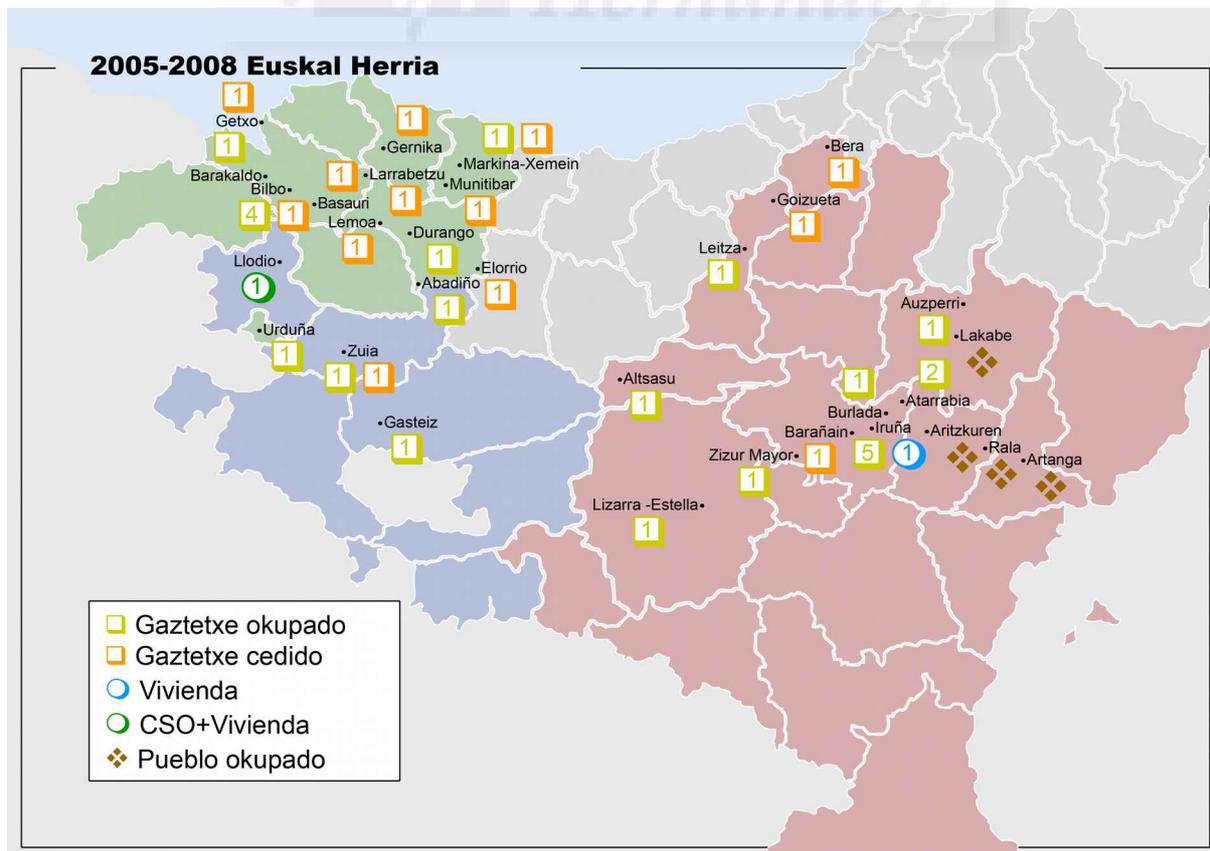
Anexo 2.3 Fase 3. Okupaciones en Euskal Herria (sin Gipuzkoa)



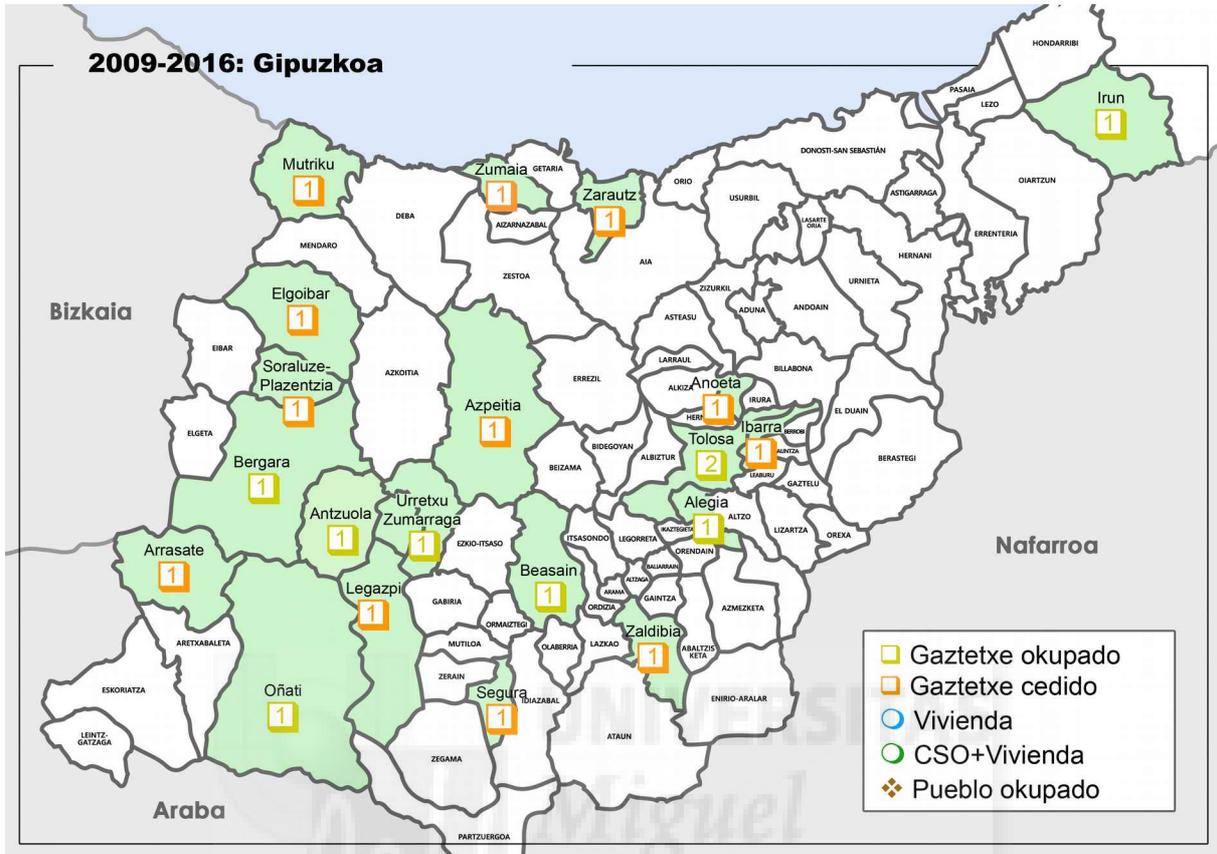
Anexo 2.4 Fase 4. Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)



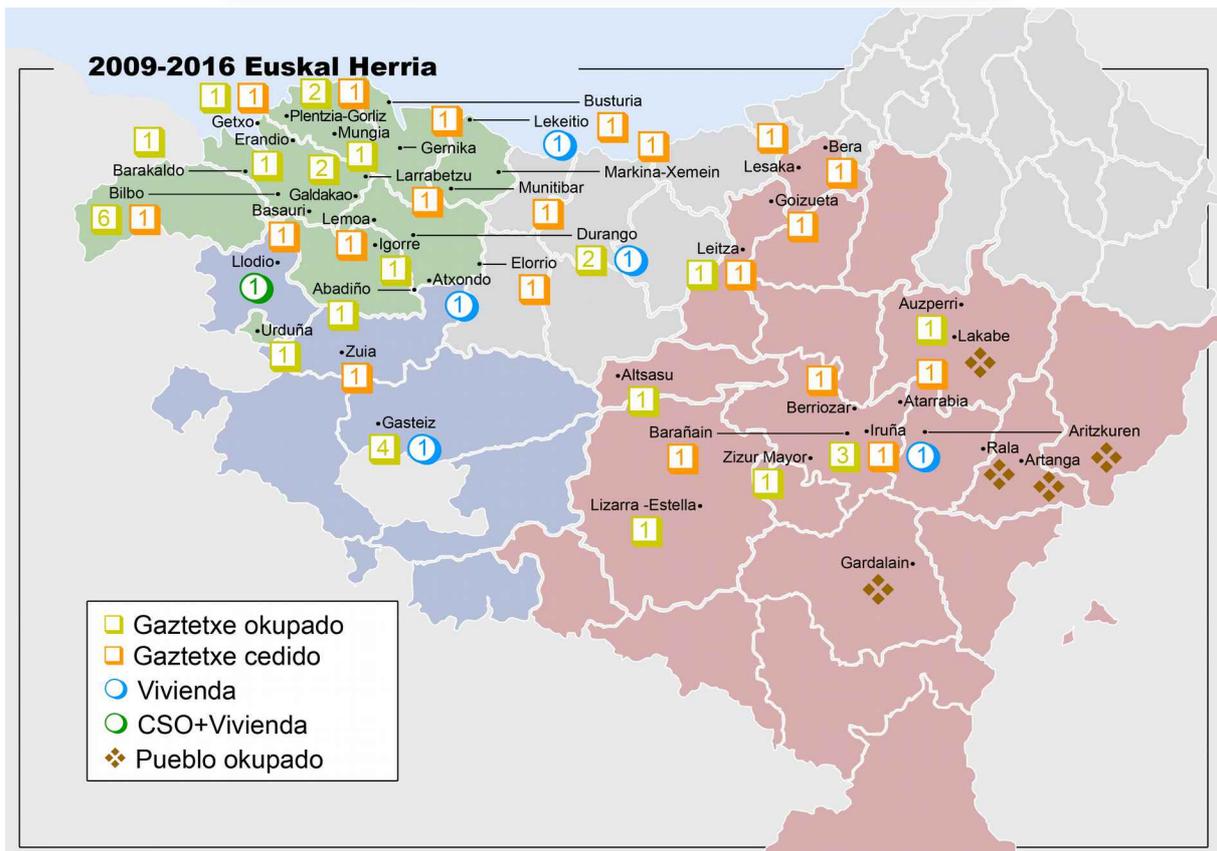
Anexo 2.4 Fase 4. Okupaciones en Euskal Herria (sin Gipuzkoa)



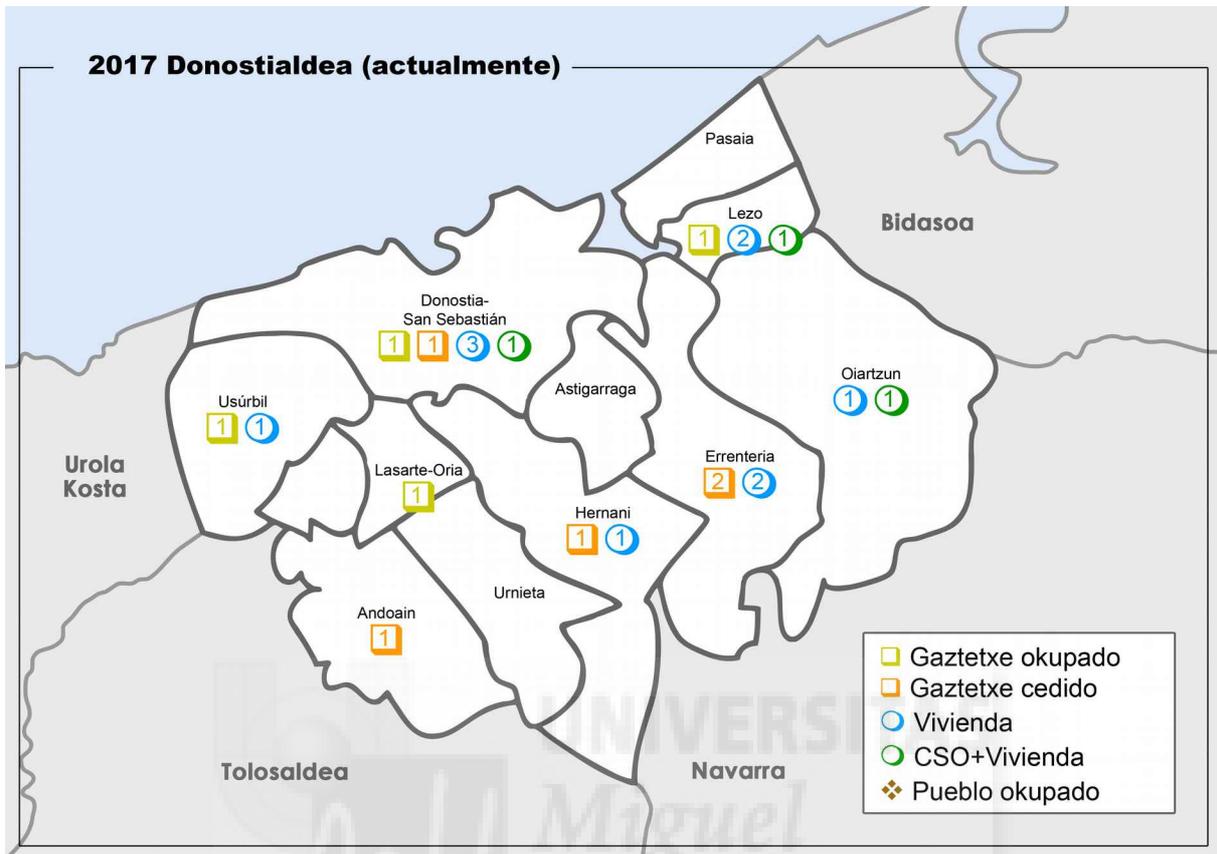
Anexo 2.5 Fase 5 Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)



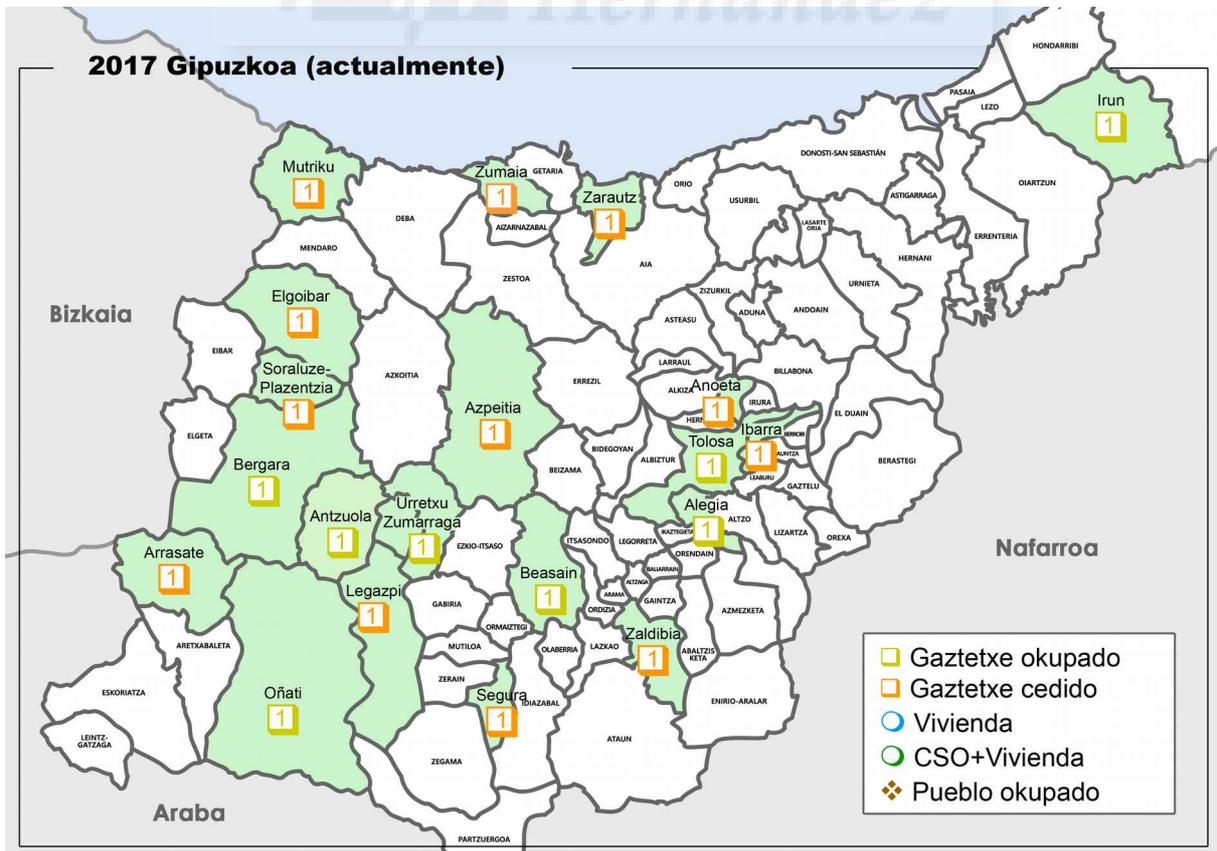
Anexo 2.5 Fase 5. Okupaciones en Euskal Herria (sin Gipuzkoa)



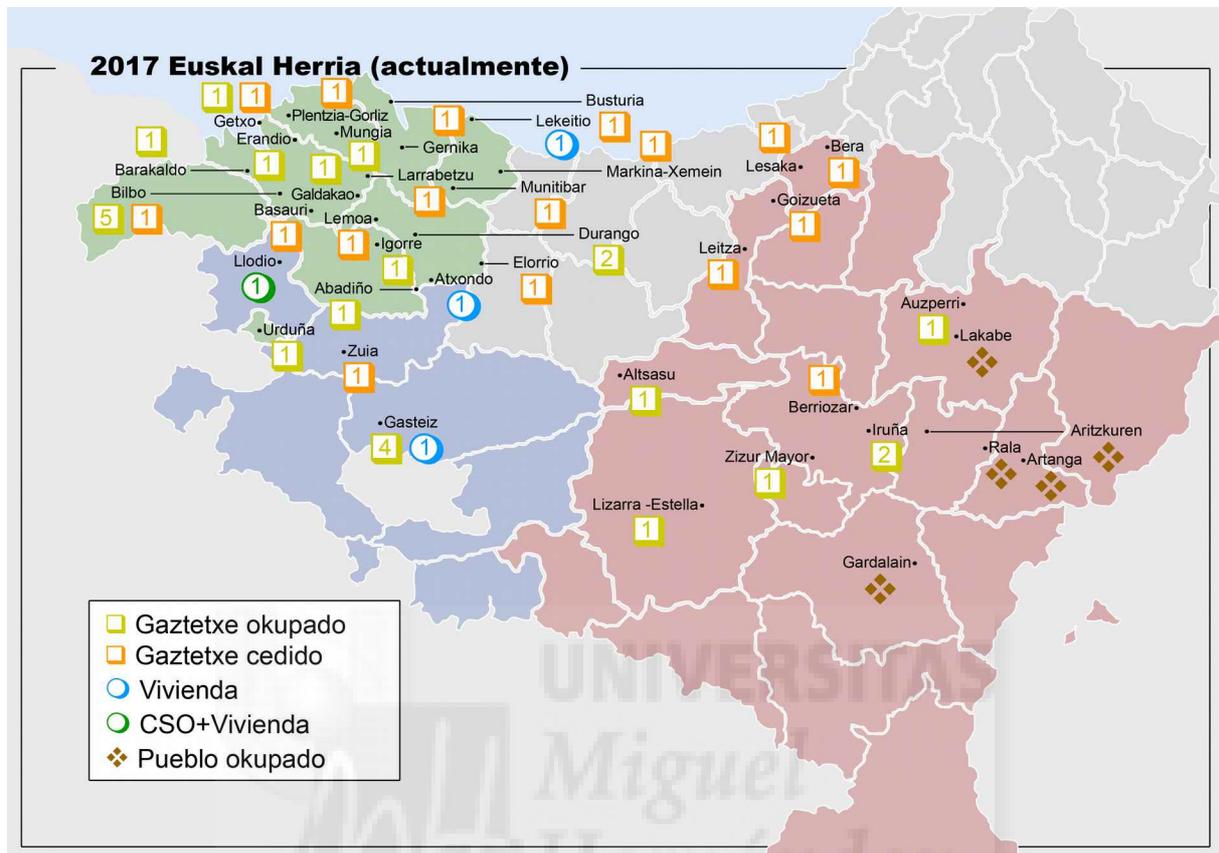
Anexo 2.6 Actualidad Okupaciones en Donostialdea



Anexo 2.6 Actualidad Okupaciones en Gipuzkoa (sin Donostialdea)

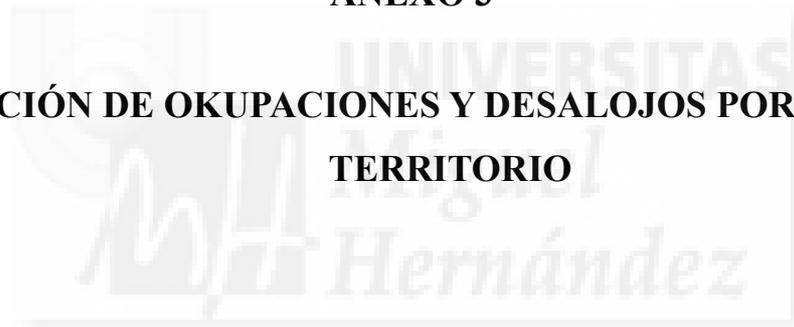


Anexo 2.6 Actualidad Euskal Herria (sin Gipuzkoa)

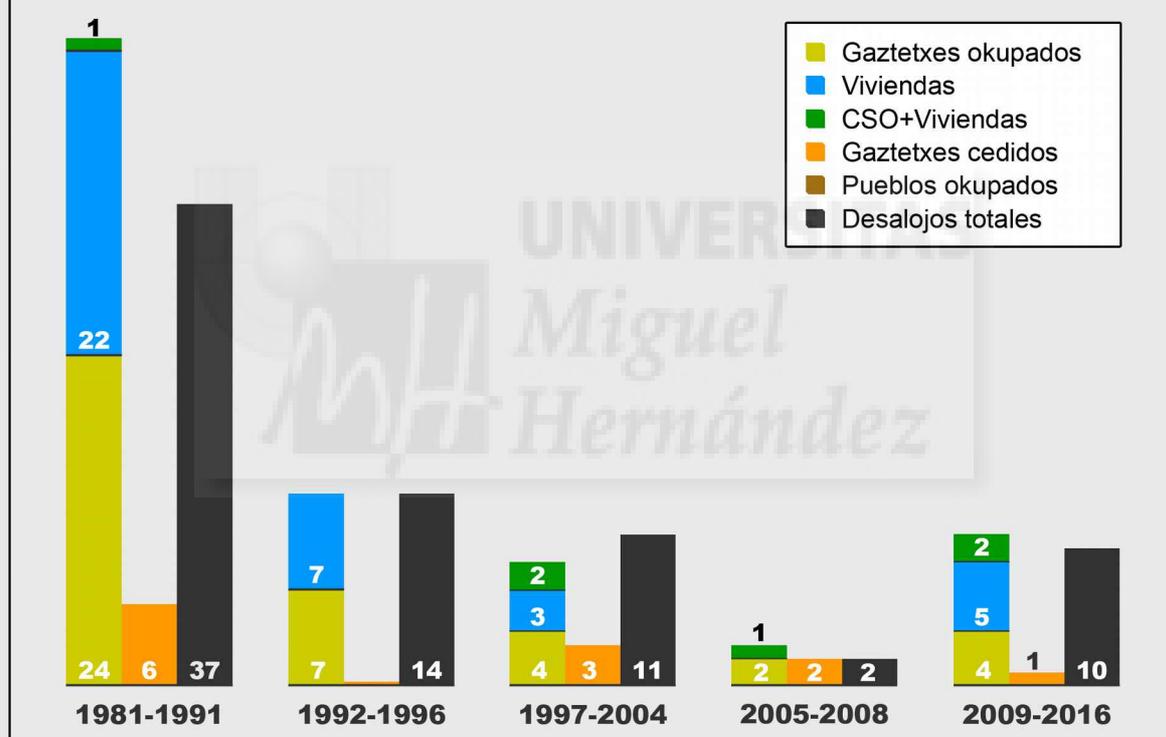


ANEXO 3

**RELACIÓN DE OKUPACIONES Y DESALOJOS POR FASE Y
TERRITORIO**

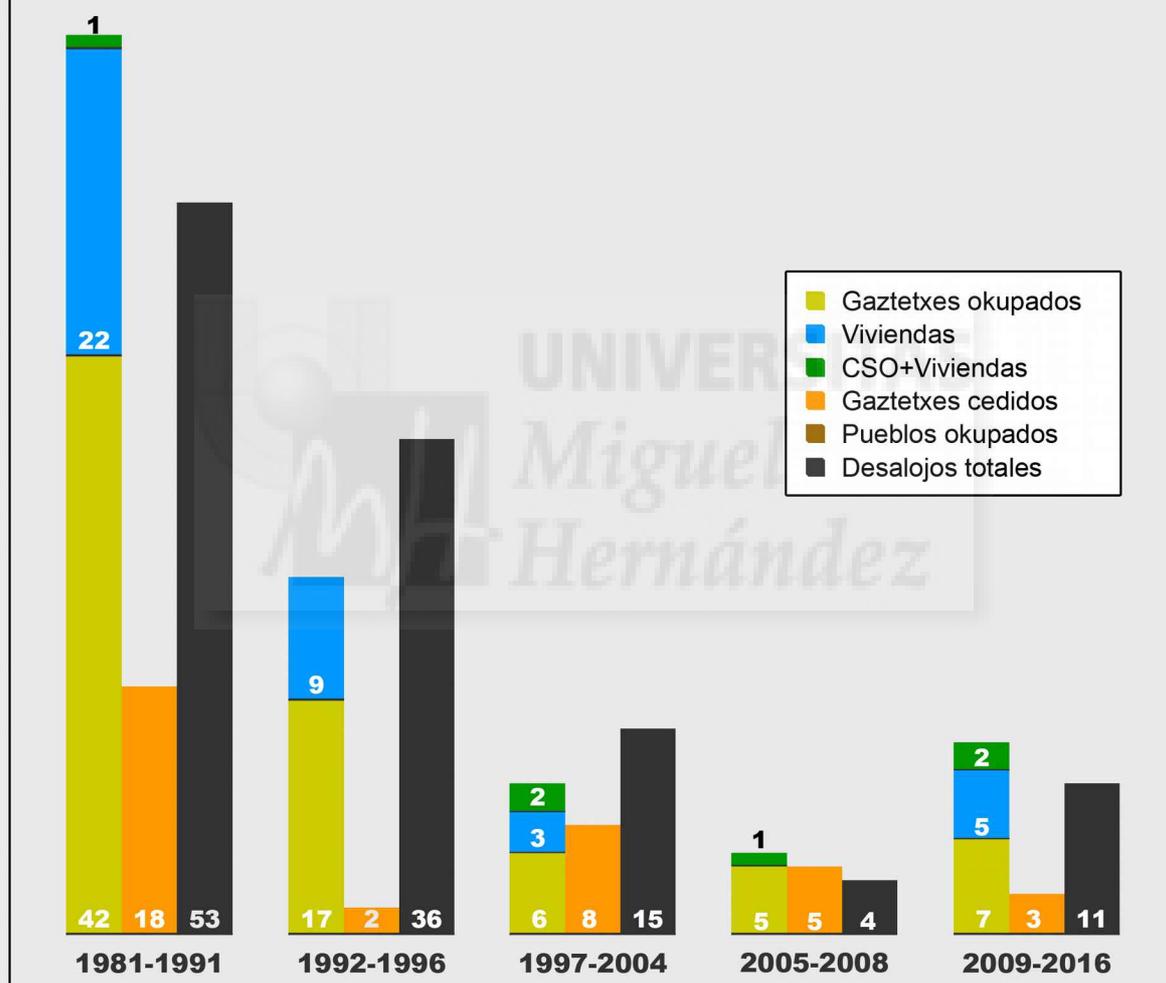


Donostialdea (okupaciones y desalojos)



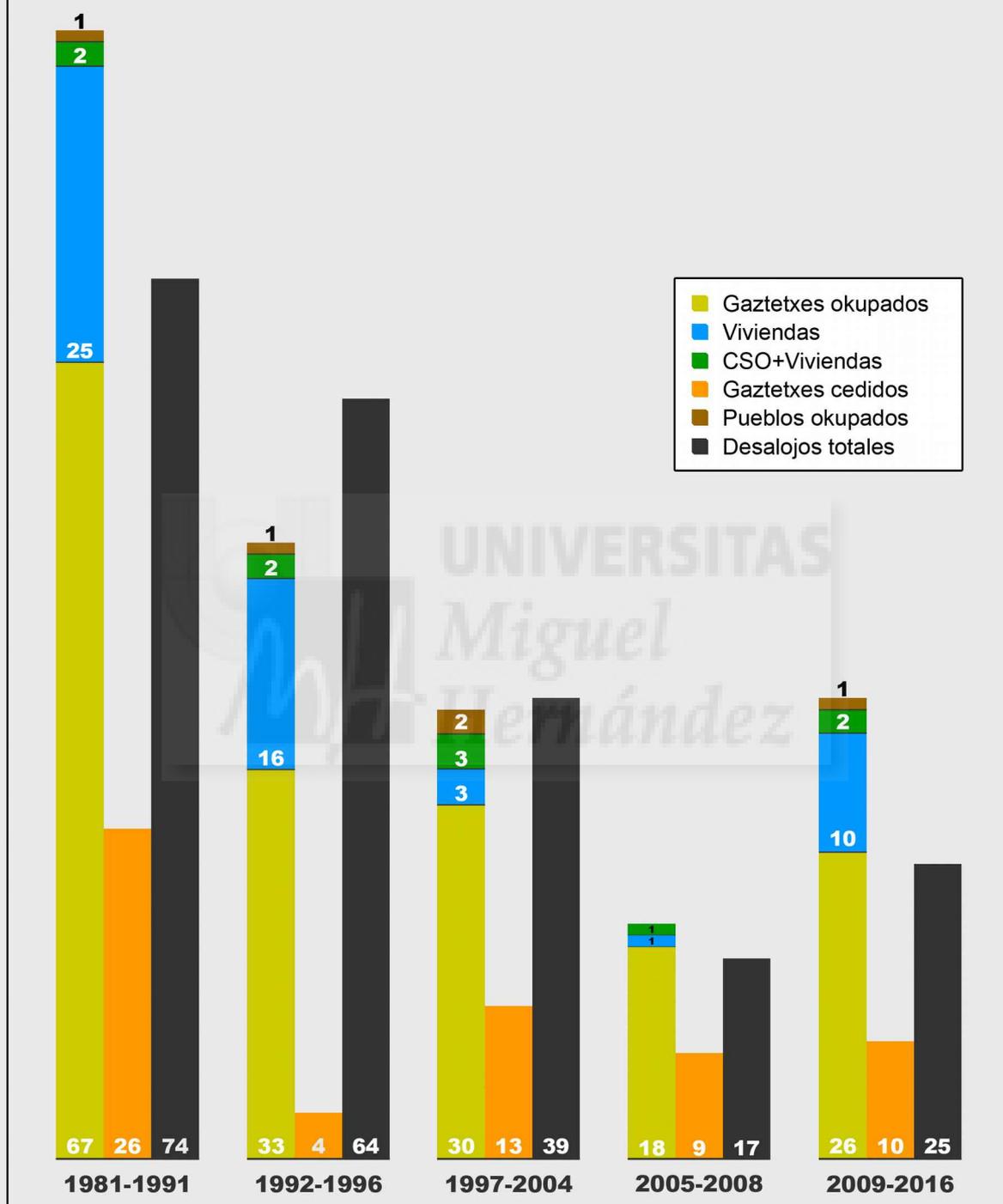
Anexo 3.1 Número total de okupaciones, cesiones y desalojos por fase en Donostialdea

Gipuzkoa (okupaciones y desalojos)



Anexo 3.2 Número total de okupaciones, cesiones y desalojos por fase en Gipuzkoa

Euskal Herria (okupaciones y desalojos)



Anexo 3.3 Número total de okupaciones, cesiones y desalojos por fase en Euskal Herria

